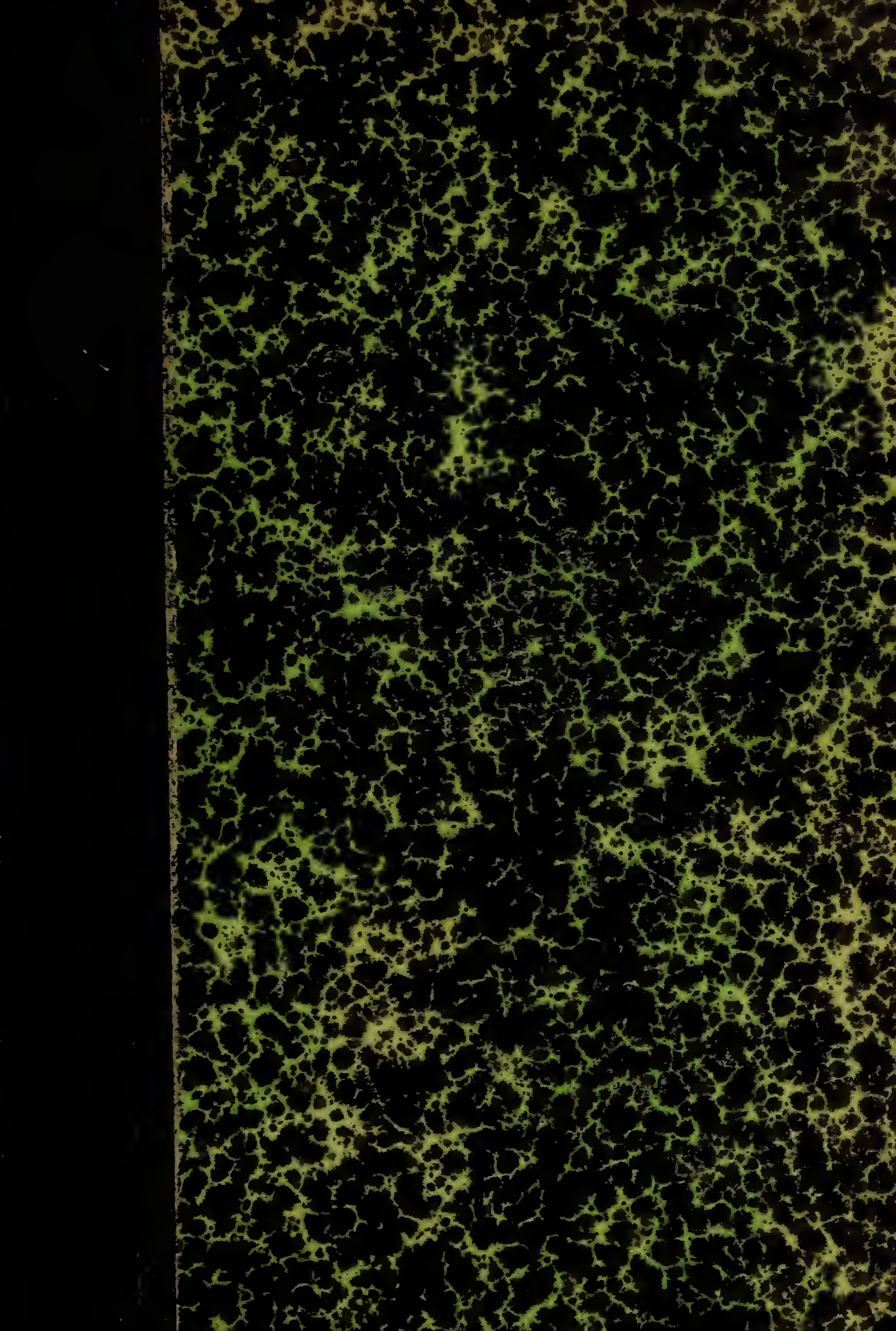
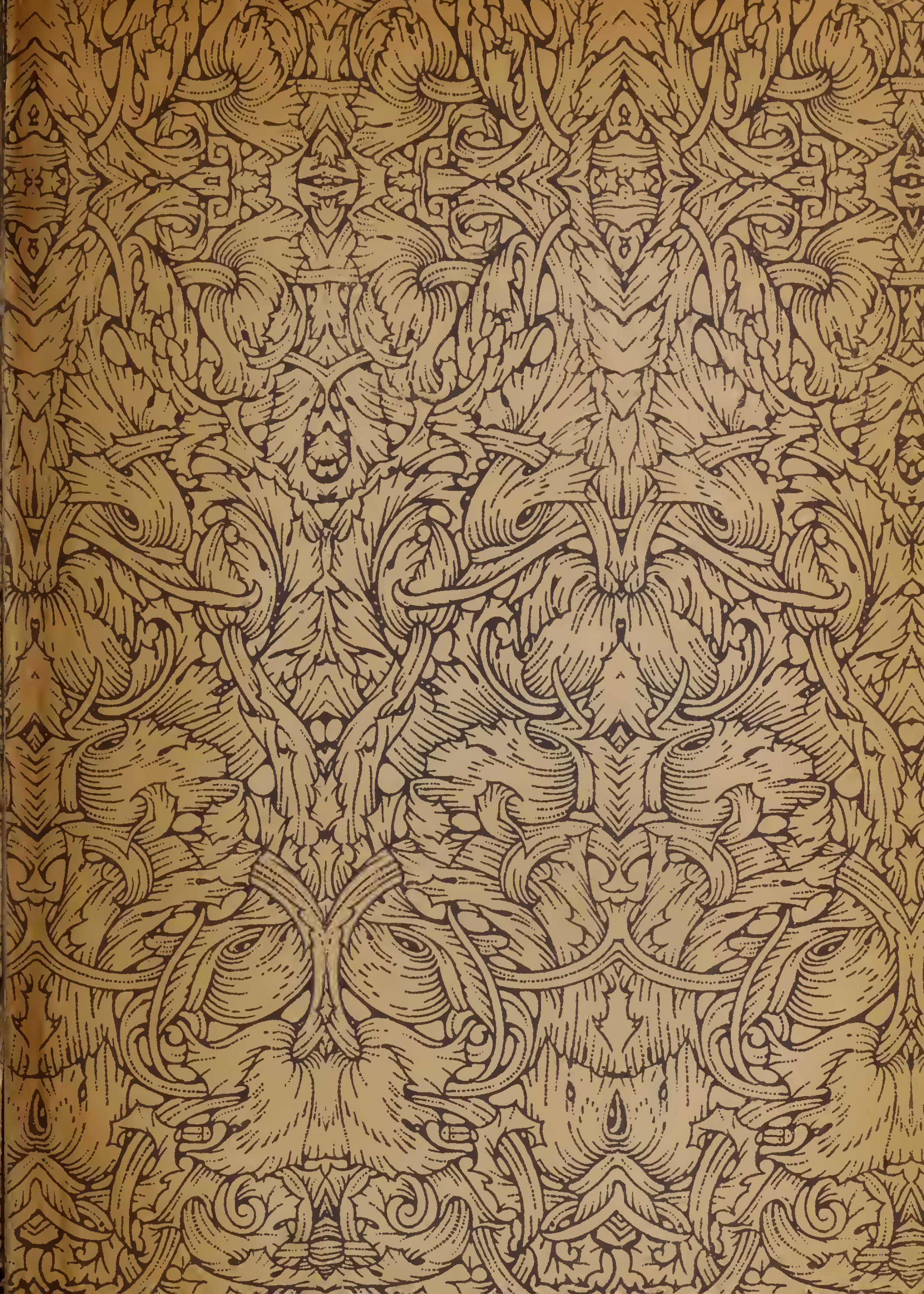
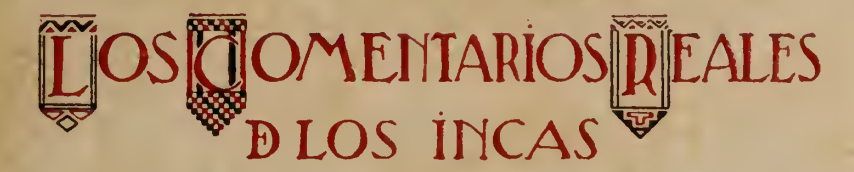






COLECCION D HISTORIADORES CLÁSICOS DEL PERÚ

TOMO II



LOS COMENTARIOS REALES D LOS INCAS

ESCRITOS



TOMO II

HOMENAJE al CENTENARIO de la Independencia Nacional

Anotaciones y concordancias con las crónicas de Indias

por

Horacio H. Urteaga

Miembro de número del Instituto Histórico del Perú

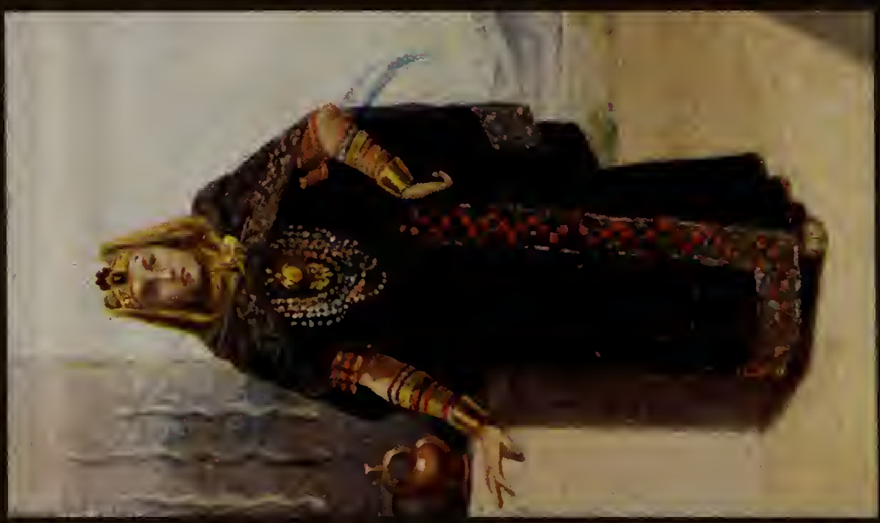
LIMA

IMP. y LIBRERIA SANMARTI y Ca.

MCMXIX









COLECCION DE HISTORIADORES CLASICOS
DEL PERU, T. II.

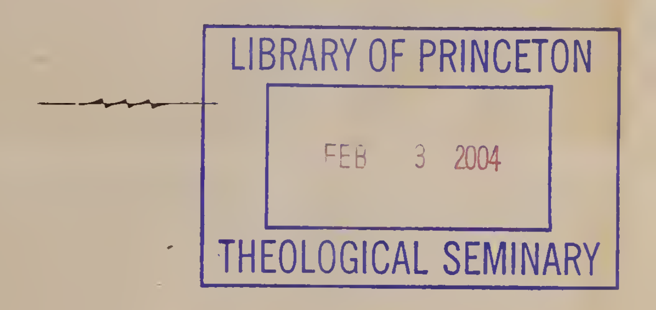
LOS
COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

POR

GARCILASO DE LA VEGA

TOMO II

Anotaciones y Concordancias con las Crónicas de Indias
por
HORACIO H. URTEAGA
MIEMBRO DE NÚMERO DEL INSTITUTO HISTORICO DEL PERU.



LIMA
IMPRENTA Y LIBRERIA SANMARTI Y Ca.
MCMXIX

COLECCION

DE

HISTORIADORES CLASICOS

DEL PERU

—

TOMO II

PRIMERA PARTE

DE

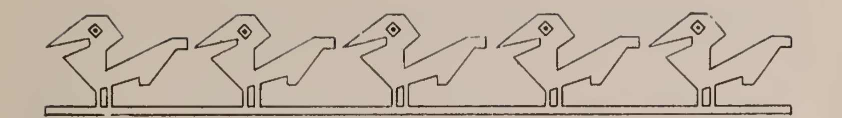
LOS COMENTARIOS REALES

DEL INCA

GARCILASO DE LA VEGA

—

TOMO II



LIBRO CUARTO

Trata de las vírgenes dedicadas al sol. La ley contra los que la violasen. Cómo se casaban los indios en común; y cómo casaban al príncipe heredero. La manera de heredar los estados. Cómo criaban los hijos. La vida del Inca Roca, sexto rey, sus conquistas. Las escuelas que fundó y sus dichos. La vida de Yahuar Huacac, séptimo rey; y de una estraña fantasma que se apareció al príncipe su hijo.—Contiene veinte y cuatro capítulos.

CAPITULO I

LA CASA DE LAS VIRGENES DEDICADAS AL SOL



TUVIERON los reyes Incas en su gentilidad y vana religión, cosas grandes dignas de mucha consideración; y una dellas fué la profesión de perpetua virginidad que las mugeres guardaban en muchas casas de recogimiento que para ellas en muchas provincias de su imperio edificaron; y para que se entienda qué mugeres eran éstas, y a quién se dedicaban y en qué se ejercitaban, lo diremos como ello era; porque los historiadores españoles que desto tratan, pasan por ello conforme al refrán que dice: Como gato por brasas. Diremos particularmente de la casa que había en el Cosco a cuya semejanza se hicieron después las que hubo en todo el Perú.

Es así que un barrio de los de aquella ciudad se llamaba Acllahuasi, quiere decir, casa de escogidas; el barrio es el que está entre las dos calles que salen de la plaza mayor, y van al convento de Santo Domingo, que solía ser casa del sol. La una de las calles es la que sale del rincón de la plaza, a mano izquierda de la iglesia mayor, y va Norte Sur. Cuando yo salí de aquella ciudad el año de mil y quinientos y sesenta,

era esta calle la principal de los Mercaderes. La otra calle es la que sale del medio de la plaza donde dejé la cárcel, y va derecha al mismo convento domínico, también Norte Sur. La frente de la casa salía a la plaza mayor, entre las dos calles dichas, y las espaldas della llegaban a la calle que las atraviesa de Oriente a Poniente; de manera que estaba hecha isla entre la plaza y las tres calles: quedaba entre ellas y el templo del sol otra isla grandísima de casas, y una plaza grande que hay delante del templo. De donde se vé claro la falta de relación verdadera que tuvieron los historiadores, que dicen que las vírgenes estaban en el templo del sol, y que eran sacerdotisas, y que ayudaban a los sacerdotes en los sacrificios, habiendo tanta distancia de la una casa a la otra, y siendo la principal intención de aquellos reyes Incas, que en esta de las monjas no entrasen hombres, ni en la del sol mugeres. Llamábase casa de escogidas, porque las escogían, o por linaje o por hermosura. Habían de ser vírgenes, y para seguridad de que lo eran las escogían de ocho años abajo.

Y porque las vírgenes de aquella casa del Cosco eran dedicadas para mugeres del sol, habían de ser de su misma sangre, quiero decir, hijas de los Incas, así del rey, como de sus deudos, los legítimos y limpios de sangre agena: porque de las mezcladas con sangre agena que llamamos bastardas no podían entrar en esta casa del Cosco, de la cual vamos hablando: y la razón desto decían, que como no se sufría dar al sol muger corrupta, sino virgen, así tampoco era lícito dárcela bastarda con mezcla de sangre agena. Porque habiendo de tener hijos el sol como ellos imaginaban, no era razón que fueran bastardos mezclados de sangre divina y humana. Por tanto habían de ser legítimas de la sangre real, que era la misma del sol, Había de ordinario más de mil y quinientas monjas, y no había tasa de las que podían ser.

Dentro en la casa había mugeres mayores de edad que vivían en la misma profesión envejecidas en ella; que habían entrado con las mismas condiciones, y por ser ya viejas, y por el oficio que hacían, las llamaban .Mamacuna, que interpretándolo superficialmente, bastaría decir matrona; empero para darle toda su significación, quiere decir muger que tiene cuidado de hacer de oficio de madre: porque es compuesto de mama, que es madre, y desta partícula cuna, que por sí no significa nada, y en composición significa lo que hemos dicho, sin otras muchas significaciones según las diversas composiciones que recibe. Hacíales bien el nombre, porque unas hacían oficio de abadesas, otras de maestras de novicias para enseñarlas, así en el culto divino de su idolatría, como en las cosas que hacían de manos para su ejercicio, como hilar, tejer, coser. Otras eran porteras, otras provisoras de la casa para pedir lo que habían menester, lo cual se les proveía abundantísimamente de la hacienda dél porque eran mugeres suyas.

CAPITULO II

LOS ESTATUTOS Y EJERCICIOS DE LAS VIRGENES ESCOGIDAS

VIVIAN en perpetua clausura hasta acabar la vida con guarda de perpetua virginidad; no tenían locutorio ni torno, ni otra parte alguna por donde pudiesen hablar ni ver hombre ni muger, sino eran ellas mismas unas con otras; porque decían que las mugeres del sol no habían ser tan comunes que las viese nadie; y esta clausura era tan grande, que aún el propio Inca no quería gozar del privilegio que como rey podía tener de las ver y hablar; porque nadie se atreviese a pedir semejante privilegio. Sola la Coya, que es la reina y sus hijas, tenían licencia de entrar en la casa y hablar con las encerradas, así mozas como viejas.

Con la reina y sus hijas enviaba el Inca a las visitar, y saber cómo estaban, y qué habían menester. Esta casa alcancé yo a ver entera de sus edificios, que sola ella y la del sol, que eran dos barrios, y otros cuatro galpones grandes que habían sido casas de los reyes Incas, respetaron los indios en su general levantamiento contra los españoles que no las quemaron (como quemaron todo lo demás de la ciudad) porque la una había sido casa del sol su dios, y la otra casa de sus mugeres, y las otras de sus reyes. Tenían entre otras grandezas de su edificio una calleja angosta, capaz de dos personas, la cual atravesaba toda la casa. Tenía la calleja muchos apartados a una mano y a otra, donde había oficinas de la casa. donde trabajan las mugeres de servicio. A cada puerta de aquellas había porteras de mucho recaudo; en el último apartado al fin de la calleja estaban las mugeres del sol donde no entraba nadie. Tenía la casa su puerta principal como las que acá llaman puerta reglar; la cual no se abría sino para la reina y para recebir las que entraban para ser monjas.

Al principio de la calleja, que era la puerta del servicio de la casa, había veinte porteros de ordinario para llevar y traer hasta la segunda puerta lo que en la casa hubiese de entrar y salir. Los porteros no podían pasar de la segunda puerta, so pena de la vida, aunque se lo mandasen de allá dentro; ni nadie lo podía mandar so la misma pena.

Tenían para servicio de las monjas y de la casa quinientas mozas, las cuales también habían de ser doncellas hijas de los Incas del privilegio, que el primer Inca dió a los que redujo a su servicio, no de los de la casa real, porque no entraban para mugeres del sol sino para criadas. No querían que fuesen hijas de alienígenas sino hijas de Incas, aunque de privilegio. Las cuales mozas también tenían sus mamacunas de la misma casta, y doncellas que les ordenaban lo que habían de hacer. Y estas mamacunas no eran sino las que envejecían en las casas, que llegadas a tal edad les daban el nombre y la administración, como diciéndoles: ya podéis ser madres y gobernar la casa. En el repartimiento que los españoles hicieron para sus moradas de las casas reales de la ciudad del Cosco cuando la ganaron, cupo la mitad deste convento a Pedro del Barco, de quien adelante haremos mención, fué la parte de las oficinas, y la otra mitad cupo al licenciado de la Gama que yo alcancé en mis niñeces; y después fué de Diego Ortíz de Guzman, caballero natural de Sevilla, que yo conoci y dejé vivo cuando vine a España.

El principal ejercicio que las mugeres del sol hacían, era hilar y tejer y hacer todo lo que el Inca traía sobre su persona, de vestido y tocado, y también para la Coya, su muger legítima. Labraban asímismo toda la ropa finísima que ofrecían al sol en sacrificios: lo que el Inca traía en la cabeza era una trenza llamada Llautu, ancha como el dedo merguerite y muy gruesa, que venía a ser casi cuadrada, que daba cuatro o cinco vueltas a la cabeza, y la borla colorada que le tomaba de una sien a otra.

El vestido era una camiseta que descendía hasta las rodillas que llaman Uncu. Los españoles le llaman Cusma, no es del general lenguage, sino vocablo intruso de alguna provincia particular. Traía una manta cuadrada de dos piernas en lugar de capa que llaman Yacolla. Hacían asimismo estas monjas para el Inca unas bolsas que son cuadradas de una cuarta en cuadro; traénlas debajo del brazo asida a una trenza muy labrada de dos dedos de ancho, puesta como tahelí del hombro izquierdo al costado derecho. A estas bolsas llaman Chuspa, servían solamente de traer la yerba llamada Cuca, que los indios comen. la cual entonces no era tan común como ahora; porque no la comía sino el Inca y sus parientes, y algunos curacas a quien el rey por mucho favor y merced enviaba algunos cestos de ella por año.

También hacían unas borlas pequeñas de dos colores, amarillo y colorado y llamado Paycha, asidas a una trenza delgada de una braza en largo, las cuales no eran para el Inca sino para los de su sangre real; traíanlas sobre su cabeza, caían las borlas sobre la sien derecha. (1)

---

(1) Entre los Incas habian tres clases de *llautus*: el Inca gobernante, *colorado*; el del príncipe imperial, *azul*, según Montesinos, y de muchos colores según Garcilaso (Lib. I. c. XXII); el de la familia real, colorado y amarillo según Garcilaso, y se permitia también «a los generales el uso del *llautu* con *borla* la cual no caía al rostro, que esto reservó (el Inca) para si, sino al lado

CAPITULO III

LA VENERACION EN QUE TENIAN LAS COSAS QUE HACIAN LAS ESCOGIDAS, Y LA LEY CONTRA LOS QUE LAS VIOLASEN

TODAS estas cosas hacían las monjas de sus manos en mucha cantidad para el sol marido de ellas; y porque el sol no podía vestir ni traer aquellos ornamentos, se los enviaban al Inca como a hijo legítimo y natural, y heredero que decían ser suyo, para que él los trajese. El cual los recibía como cosas sagradas, y las tenía él y todo su imperio en mayor veneración que las tuvieron los griegos y romanos, si en su gentilidad las hicieran sus diosas Juno, Venus y Palas. Porque estos nuevos gentiles como más simples que lo fueron los antiguos, adoraron con grandísima veneración y afecto de corazón, todo lo que en su falsa religión tenían por sagrado y divino; y porque aquellas cosas eran hechas por las manos de las coyas mugeres del sol, y hechas para el sol, y las mu-

---

izquierdo cuando iban a la guerra y al lado derecho cuando venian con la victoria, y si vencidos sin ella» (Montesinos *Memorias Historiales.* c. XIX y c XVII. Edic. Madrid 1882). El Palentino nos cuenta que los Incas tenían asi mismo una *borla*: la cual se ponía el señor en lugar de corona; y era hecha de lana de la tierra; y con *hilos* y *estampas de oro* por ella a la cual llaman *masca-paycha.* (Diego Fernandez. *Historia del Perú* Lib. III c. VIII p. 359. Ed. Lima 1876 COL. ODRIOZOLA). Véase además Pedro Gutierres de Santa Clara Colgábale una gran borla colorada de lana finisima y con *hilo de oro* de la frente, que le cubría las cejas y las sienes, que lo hacia muy feroz» *Historia de las Guerras Civiles del Prrú* t. III, c. LIII, p. 466. Edic. Madrid 1905. Concordante con Jerez «y tenía en la frente una borla de lana que parecía seda, de color carmesi, de dos manos asida de la cabeza con sus cordones que le bajaba hasta los ojos la cual le *hacia mucho más grave de lo que él es»* COL. URTEAGA-ROMERO t. V. c, 51, Sarmiento de Gamboa. *Historia Indica* párrafo 42 y 48. Edición Alemana de Pietschmann. Berlin 1906. Véase además Max. Uhle REVISTA HISTORICA t. II p. 227 y sigs. Horacio Urteaga. EL PERU *Bocetos Históricos*, t. I. pp. 141 y sigs. Llano Zapata *Memorias Históricas* Artículo V p. 98.

geres por su calidad eran de la misma sangre del sol; por todos estos respetos las tenían en suma veneración: y así el mismo Inca no podía darlas a otro alguno que no fuese de su sangre real y parentela, porque las cosas divinas decían ellos no era lícito sino sacrilegio emplearlas en hombres humanos, y de aquí le era prohibido al mismo rey dar a los curacas y capitanes por mucho que hubiesen servido, sino fuesen de su sangre; y adelante diremos de cuales otros vestidos suyos daba el Inca a los curacas y a los visoreyes, gobernadores y capitanes por gran merced y favor que los hacía con ellos.

Sin lo dicho tenían cuidado estas monjas de hacer a sus tiempos el pan llamado Zancu, para los sacrificios que ofrecían al sol en las fiestas mayores q' llamaban Raimi y Cittua. Hacían también la bebida q' el Inca y sus parientes aquellos días festivos bebían, que en su lengua llamen Aca.(2) pronunciada la última sílaba en las fauces, porque pronunciada como suenan las letras españolas significa estiercol.Toda la vajilla de aquella casa hasta las ollas, cántaros y tinajas eran de plata y oro como en la casa del sol, porque eran mugeres suyas, y ellas lo merecían por su calidad. Había asímismo un jardín con árboles y plantas, yerbas y flores, aves y animales, contrahechos de oro y plata, como los que había en el templo del sol.

Las cosas que hemos dicho eran las principales en que las monjas de la ciudad del Cosco se ocupaban. Todo lo demás era conforme a la vida y conversación de unas mugeres que guardaban perpetua clausura con perpetua virginidad. Para la monja que delinquiese contra su virginidad, había ley que la enterrasen viva, y al cómplice mandaban ahorcar; y porque les parecía (y así lo afirmaban ellos) que era poco castigo matar un hombre, solo por delito tan grave, como era atreverse a violar una muger dedicada al sol su dios y padre de sus reyes, mandaba la ley matar con el delincuente su muger y hijos, y críados y también sus parientes y todos los vecinos y moradores de su pueblo, y todos sus ganados sin quedar mamante ni piante como dicen. Derribaban el pueblo y lo sembraban de piedras, y como patria y madre que tan mal hijo había parido y criado, quedaba desierta y desolada, y el sitio maldito y descomulgado para que nadie lo hollase, ni aún los ganados si ser pudiese.

---

(2) *Acca*—Chicha. Véase para todo lo referente a esta bebida estimulante y sus usos en las fiestas privadas y públicas. Tschudi. Col. Urteaga, t. IX *dicciones Acca y Acatagmita.* Véase además para el uso del zancu en las fiestas, Bernabé Cobo. *Historia del nuevo Mundo.* t. IV Lib. XIII. c. XXV.

El Jesuita Anónimo asegura a su vez, que a las *Acllas* o *Virgenes del Sol* «les enseñaban a hilar y tejer y baislar (sic) hacer vinos preciosos (chicha?) *pan* (zancu?) y manjares delicados ...» Tres Relaciones de Antiguedades Peruanas. *Segunda Relación.* p. 182. Edic. Madrid 1879.

Esta era la ley, más nunca se vió ejecutada, porque jamás se halló que hubiesen delinquido contra ella: porque como otras veces hemos dicho, los indios del Perú fueron temerosísimos de sus leyes, y observantísimos dellas, principalmente de las que tocaban en su religión o en su rey: más si se hallara haber delinquido alguno contra ella, se ejecutara al pie de la letra sin remisión alguna, como si no fuera más que matar un gozque: porque los Incas nunca hicieron leyes para asombrar los vasallos ni para que burlasen dellas, sino para ejecutarlas en los que se atreviesen a quebrantarlas. (3)



Mama sara, conopa que representa la *madre del mais*

(3) De las *Acllas* o escojidas dan copiosos datos, el Padre J. de Acosta. *Historia Natural y Moral de las Indias*. Lib. V, c. XV. El Padre Ramos Gavilan. *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana* c. IX. Según el Padre Ramos las acllas se clasificaban en *huayuna*, muy bellas; *yurac aclla*, de mediana belleza; y *paco aclla*, feas. Agustín de Zárate. *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lib. I. c. XI. Véase además, Brehm. *Das Inca Reich* p. 138.

CAPITULO IV

QUE HABIA OTRAS MUCHAS CASAS DE ESCOGIDAS. COMPRUEBASE LA LEY RIGUROSA

TODO lo que se ha dicho era de las casas de las vírgenes del Cosco dedicadas al sol. A semejanza de la cual había otras muchas en todo el reino, en las provincias mas principales donde el Inca por gran merced y privilegio las mandaba edificar. En las cuales entraban doncellas de todas suertes, así de las legítimas de la sangre real como de las que llamamos bastardas, mezcladas con sangre agena. Entraban también por gran favor y merced hijas de los curacas señores de vasallos: así mismo entraban hijas de la gente común las que eran escogidas por muy hermosas, porque eran para mugeres y concubinas del Inca y no del sol. Los padres lo tenían por suma felicidad que les tomasen las hijas para mugeres del rey, y ellas lo mismo.

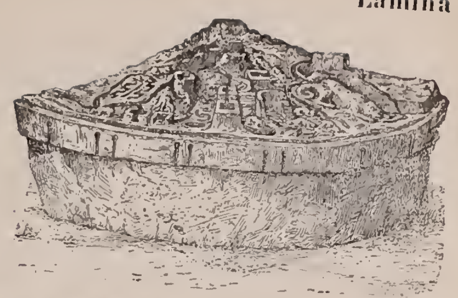
Guardábanse con la misma vigilancia y cuidado que las del sol. Tenían mozas de servicio doncellas como las otras: sustentábanse de la hacienda del Inca porque eran sus mugeres. Entendían en lo mismo que las del sol, en hilar y tejer y hacer de vestir en grandísima cantidad para el Inca. Hacían también todas las demás cosas que dijimos de las otras. De las cuales obras repartía el Inca con los de su sangre real, con los señores de vasallos, y con los capitanes de guerra, y con todas las demás personas a quien por el mucho favor y regalo quería hacer merced; y no le era prohibido el darlas, porque las hacían sus mugeres y no las del sol, y las hacían para él y no para el sol.

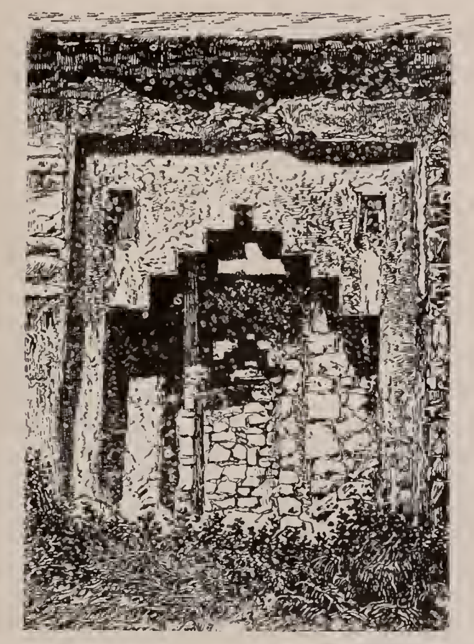
Tenían también sus mamacunas que las gobernaban como a las del Cosco. En suma todas eran una misma casa: salvo que en la del Cosco entraban para mugeres del sol, y habían de ser legítimas en la sangre real y guardaban perpetua clausura. Y en las demás casas del reino entraban mugeres de todas suertes, con que fuesen muy hermosas y doncellas, porque eran para el Inca. De donde cuando él las pedía sacaban las mas hermosas para llevárselas donde él estaba para concubinas.

Contra los delincuentes destas casas de las mugeres del Inca, había la misma ley rigurosa que contra los adúlteros de las escogidas dedica-

Lámina I

Monolito hallado en Concacha, cerca de Abancay, donde se ven grandes pumas, serpientes, canales y diversos simbolos, *que manifiestan que ésta mesa de piedra, o servia para ceremonias holocaústicas o explicaba las divisiones del año y el efecto de las estasiones.*





Una puerta mural en el palacio del Inca en la Isla del Sol. El vano está constituido por una linea qubrada con tendencias a la ojiva; esta forma caprichosa de las puertas, ventanas y nichos, es común en las construcciones de Tiahuanaco, Chavin de Huantar y Cajamarca.

Ruinas de un retustisimo palacio de los kechuas en la Isla del Sol del lago Titicaca. El estilo de esta construcción acusa una remota antiguedad, y probablemente fuè ampliada y reparada por los Incas, estos hicieron de la Isla lugar de recreo y de peregrinaciones reigiosas.



das para el sol, porque el delito era uno mismo; mas nunca se vió ejecutada, porque nunca hubo en quien. En confirmación de lo que decimos de la ley rigorosa contra los atrevidos a las mugeres del sol o del Inca. dice el Contador Agustín de Zárate, hablando de las causas de la muerte violenta de Atahuallpa, libro segundo, capítulo séptimo, estas palabras que son sacadas a la letra que hacen a nuestro propósito. Y como las averiguaciones que sobre esto se hicieron, era por lengua del mismo Filipillo, interpretaba lo que quería conforme a su intención; la causa que le movió nunca se pudo bien averiguar, mas de q' fue una de dos o que este indio tenía amores con una de las mugeres de Atabaliba, y quiso con su muerte gozar della seguramente, lo cual había ya venido a noticia de Atabaliba, y él se quejó dello al gobernador diciendo, que sentia mas aquel desacato que su prisión, ni cuantos desastres le habían venido aunque se le siguiese la muerte con ellos, q' un indio tan bajo le tuviese en tan poco y le hiciese tan gran afrenta, sabiendo él la ley que en aquella tierra había en semejante delito porque el que se hallaba culpado en él, y aún el que solamente lo intentaba, le quemaban vivo con la misma muger si tenía culpa, y mataban a sus padres y hijos y hermanos, y a todos los otros parientes cercanos, y aún hasta las oveias del tal adúltero; y demas desto despoblaban la tierra donde él era natural, sembrándola de sal y cortando los árboles, y derribando las casas de toda la población y haciendo otros muy grandes castigos en memoria del delito etc. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, donde muestra haber tenido entera relación del rigor de aquella ley. Hallélo después de haber escrito lo que yo sabía della: holgué mucho hallar la ley tan copiosamente escrita por un caballero español, por abonarme con su autoridad, que aunque todos los demás historiadores hablan desta ley, lo más que dicen es, que a los delincuentes daban pena de muerte, sin decir que también la daban a sus hijos, padres, parientes y a todos los vecinos de su pueblo, hasta matar los animales y arrancar los árboles y asolar la patria y sembrarla de piedra o de sal que todo es uno. Todo lo cual contenía la ley encareciendo el delito, para dar a entender cuán grave era: y así lo encareció bien el pobre Inca Atahuallpa diciendo, que sentía mas aquel desacato que su prisión ni todas sus adversidades, aunque viniese la muerte con ellas.

Las que una vez salían para concubinas del rey, como ya corruptas no podían volver a la casa, servían en la casa real como damas o criadas de la reina, hasta que las jubilaban y daban licencia que se volviesen a sus tierras donde les daban casas y heredades y las servían con gran veneración; porque era grandísima honra de toda su nación tener consigo una muger del Inca. Las que no alcanzaban a ser concubinas del rey se quedaban en la casa hasta muy viejas, entonces tenían libertad para irse a sus tierras, donde eran servidas como hemos dicho, o se quedaban en las casas hasta morir.

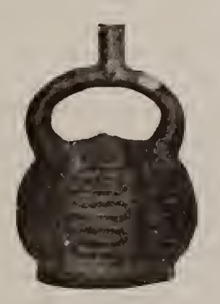
CAPTULO V

EL SERVICIO Y ORNAMENTO DE LAS ESCOGIDAS Y QUE NO LAS DABAN POR MUGERES A NADIE

LAS que se dedicaban para el rey presente, muerto él, se llamaban madres del sucesor, y entonces les daban el nombre Mamacuna con mas propiedad porque ya eran madres, y estas doctrinaban y guardaban las que entraban para concubinas del nuevo Inca como suegras a nueras. Tenía cada convento destos su gobernador, el cual había de ser inca: tenia mayordomo y despensero y los demás oficios necesarios para el servicio de las mugeres del rey, que aunque concubinas, las llamaban mugeres por la honestidad del nombre. En todas las casas de las doncellas escogidas para el Inca, la vajilla y los demás vasos del servicio eran de plata y oro como los había en las casas de las mugeres del sol. y en su famoso templo, y como los hubo (según diremos) en las casas reales; que hablando en suma, se puede afirmar que toda la riqueza de oro y plata y piedras preciosas que en aquel grande imperio se sacaba, no se empleaba en otra cosa sino en el adorno y servicio de los templos del sol, que eran muchos, y de las casas de las vírgenes, que por consiguiente eran otras tantas, y en la suntuosidad y magestad de las casas reales, que fueron muchas más. Lo que se gastaba en el servicio de los señores de vasallos era poco o nada, porque no era mas que para los vasos de beber, y esos eran limitados por su cuenta y número, conforme al privilegio que el Inca les daba para ellos; otro poco se empleaba en los vestidos y arreos con que celebraban sus fiestas principales.

Decir que destas casas de las escogidas sacaban doncellas para dárselas por mugeres a los señores de vasallos, y a los capitanes famosos, y y a otros beneméritos del Inca, y que él mismo se las daba por mugeres, es engaño que hicieron al autor por falsa relación que le dieron. Porque dedicadas una vez para muger del Inca y admitidas en aquella profesión no era lícito bajarlas de aquel estado ni se permitía que siendo muger de un particular digesen esta fué muger del Inca porque era profanar

lo sagrado que segundariamente, después del sol, se tenía por sagrado lo que se dedicaba para el Inca, particularmente las mugeres, por la mayor unión que hay con ellas; ni se sufría permitir el agravio que a ellas se les hacía en bajarlas de mugeres del Inca a mugeres de un particular que aun en cosas de muy poca importancia nunca permitieron agraviar a nadie cuanto más en la de tanta grandeza que tenían en más ser esclavas del Inca que ser mugeres de señores de vasallos, que por ser esclavas del Inca (digámoslo así, aunque no las tuvieron, ni supieron qué cosa era ser esclavo) las veneraban como a cosa sagrada por ser del Inca, y por mugeres de señores de vasallos no eran estimadas más que las otras comunes en comparación de las cosas del Inca. Todas estas razones miraban los indios con grandísima atención, y las guardaban en sumo grado, porque a sus reyes, demás de la magestad real, como ya se ha dicho, los tenían por dioses.



Cantaro con dibujos serpenteados, hallado en Chicama

CAPTULO VI

DE CUALES MUGERES HACIA MERCED EL INCA

VERDAD es que los Incas daban mugeres de su mano a las personas beneméritas en su servicio, como curacas y capitanes, y otros semejantes. Empero eran hijas de otros capitanes y de otros curacas, las cuales el Inca tomaba para darlas por mugeres a los que le habían servido; y no se tenía por menos favorecido y menos gratificado aquel a quien pedían la hija que al que se la daban: porque se había acordado el Inca de su hija para la pedir y hacer joya propia, y darla de su mano al que le había servido; que las en mercedes que el Inca hacía, no se estimaba tanto la dádiva, por grande que fuese, como el haber sido de mano de la magestad del Inca, porque se tenía por merced divina y no humana.

También daba el Inca, aunque raras veces, mugeres bastardas de su sangre real por mugeres a curacas, señores de grandes provincias, así por hacerles merced, como por obligarles con ella a que le fuesen leales vasallos. Y desta manera, habiendo tantas mugeres que dar, no tenía el rey necesidad de dar mugeres de las que se le habían dedicado en las dichas casas, porque le fuera menoscabo a él y a la muger y a su religión, que ellos tuvieron por inviolable, porque pudiendo las legítimas ser mugeres del sol, como está dicho, o del Inca, como era costumbre tomar concubinas de su sangre real, o pudiendo ser muger de otro Inca legítimo, que en estos tres estados no salían de lo que tenían por divino, no era lícito que fuera muger de un hombre humano, por gran señor que fuera, que era bajar de su deidad aquella sangre que tenían por divina, y porque la bastarda ya estaba decaída de su falsa divinidad, no se le hacía agravio en darla por muger a un gran señor.

CAPITULO VII

DE OTRAS MUGERES QUE GUARDABAN VIRGINIDAD Y DE LAS VIUDAS

DEMAS de las vírgenes que entraban en los monasterios de recogimiento a profesar perpetua virginidad, había muchas mugeres de la sangre real que en sus casas vivían en recogimiento y honestidad, con voto de virginidad, aunque no de clausura, porque no dejaban de salir a visitar las parientas más cercanas en sus enfermedades y partos, y cuando tresquilaban y ponían el nombre a los primogénitos Estas eran tenidas en grandísima veneración por su castidad y limpieza; y por escelencia y deidad las llamaban Ocllo, que era como nombre consagrado en su idolatría. Su castidad, no era fingida, sino muy verdadera, so pena de que por engañadora y falsaria en su vana religión la quemaran viva o la echaran en el lago de los leones si pareciera lo contrario. Yo alcancé a conocer una destas en su última vejez, que no se había casado, llamábanla Ocllo. Algunas veces visitaba a mi madre, y según entendí, era su tía, hermana de sus abuelos: teníanla en la veneración que hemos dicho, por donde quiera le daban el primer lugar; y soy testigo que mi madre lo hacía así con ella, tanto por ser tía, como por su edad y honestidad.

No es de dejar en olvido la honestidad de las viudas en común, que guardaban gran clausura por todo el primer año de su viudez y muy pocas de las que no tenían hijos se volvían a casar, y las que los tenían no había casarse jamás, sino que vivían en continencia. Por esta virtud eran muy favorecidas en sus leyes y ordenanzas; pues mandaban que se labrasen primero las tierras de las viudas que las del curaca ni las del Inca, sin otros muchos privilegios semejantes que les daban. Verdad es también que a los indios se les hacía de mal casarse ocn viuda, principalmente si él no era viudo, porque decían que aquel tal perdía no se qué de su calidad en casar con viuda. Las cosas dichas son las más notables que acerca de las vírgenes, y de las honestas, y de las viudas se pueden decir.

CAPITULO VIII

COMO CASABAN EN COMUN Y COMO ASENTABAN LA CASA

SERA bien tratemos de la manera cómo se casaban en todos los reinos y provincias sujetas al Inca. Es de saber que cada año, o de dos a dos años por tal tiempo, mandaba el rey juntar todos los mozos y mozas casaderas que en la ciudad del Cosco había de su linage. Las mozas habían de ser de diez y ocho a veinte años, y los mozos de veinticuatro arriba, y no los permitían que se casasen antes, porque decían que era menester que tuviesen edad y juicio para gobernar casa y hacienda; porque casarlos de menos edad era todo muchachería.

El Inca se ponía en medio de los contrayentes, que estaban cerca unos de otros, y mirándolos, llamaba a el y a ella y a cada uno tomaba por la mano y los juntaba, como que los unía con el vínculo del matrimonio, y los entregaba a sus padres; los cuales se iban a casa del padre del novio, y entre los parientes más cercanos se solemnizaban las bodas, dos o cuatro o seis días o más, los que querían. Estas eran las mugeres legítimas, y para mayor favor, y honra dellas, las llamaban en su lengua, entregadas de la mano del Inca. Habiendo casado el rey los de su linage, luego otro día siguiente los ministros, que para ello estaban diputados, casaban por la misma orden a los demás hijos de vecinos de la ciudad, guardando la división de las dos parcialidades, llamadas Cosco el alto, y Cosco el bajo, de las cuales al principio desta historia dimos larga cuenta.

La casas para la morada de los novios que eran Incas, de quien vamos hablando, las hacían los indios de aquellas provincias, a cuyo cargo era el hacerlas, conforme al repartimiento que para cada cosa había hecho. El ajuar, que eran las cosas del servicio de casa, lo proveían los parientes, acudiendo cada uno con su pieza, y no había otras ceremonias ni sacrificios. Y si los historiadores españoles dicen que usaban otras cosas en sus matrimonios, es por no saber distinguir las provincias donde se usaban tales y tales cosas. De donde vienen a atribuir en común a los Incas, las costumbres bárbaras que muchas provincias

tuvieron antes que ellos las señorearan; las cuales no solamente no las tuvieron los Incas, más antes las quitaron a los indios que las tenían, imponiéndoles gravísimas penas si las usaban.

Los Incas no tuvieron otra manera de casar sino la que se ha referido, y según aquellos salía por todos los reinos su mandato para que cada gobernador en su distrito juntamente con el curaca de la provincia, casase los mozos y mozas que hubiese para casar; y habían de asistir los curacas a los casamientos, o hacerlos ellos mismos, como señores y padres de la patria, porque nunca jamás los Incas tiranizaron cosa alguna de la jurisdicción del curaca; y el Inca gobernador asistía a los casamientos que el curaca hacía, no para quitar ni poner nada en ellos, sino para aprobar en nombre del rey lo que el curaca hacía con sus vasallos.

En los casamientos de la gente común eran obligados los consejos de cada pueblo a labrar las casas de sus novios, y el ajuar lo proveía la parentela. No les era lícito casarse los de una provincia en otra, ni los de un pueblo en otro, sino todos en sus pueblos y dentro en su parentela (como las Tribus de Israel) por no confundir los linages y naciones mezclándose unos con otros: reservaban las hermanas, y todos los de un pueblo se tenían por parientes (a semejanza de las abejas de una colmena) y aún los de una provincia, como fuesen de una nación y de una lengua. Tampoco les era lícito irse a vivir de una provincia a otra, ni de un pueblo a otro, ni de un barrio a otro, porque no podían confundir las decurias que estaban hechas de los vecinos de cada pueblo y barrio, y tampoco porque las casas las hacían los consejos, y no las habían de hacer más de una vez, y había de ser en el barrio o collación de sus parientes

CAPITULO IX

CASABAN AL PRINCIPE HEREDERO CON SU PROPIA HERMANA, Y LAS RAZONES QUE PARA ELLO DABAN

YA que hemos dicho la manera del casarse los indios en común, será bien digamos cómo casaba en particular el príncipe heredero del reino. Para lo cual es de saber que los reyes Incas, desde el primero dellos, tuvieron por ley, y costumbre muy guardada, que el heredero del reino casase con su hermana mayor, legítima de padre y madre, y esta era su legítima muger; llamaban la Coya, que es tanto como reina o emperatriz. El primogénito destos dos hermanos era el legítimo heredero de el reino.

Guardaron esta ley y costumbre desde el primer Inca Manco Capac y su muger Mama Ocllo Huaco, los cuales vinieron diciendo q' eran hermanos, hijos del sol y de la luna, y así lo creyeron los indios sus vasallos y los no vasallos. Tomaron también otro ejemplo antiguo para autorizar este segundo, y fué, que como ya se ha dicho, tuvieron en su gentilidad que la luna era hermana y muger del sol, de los cuales se preciaban descender los Incas. De aquí nació que para imitar en todo al sol y a los primeros Incas sus hijos, establecieron ley que el primogénito del Inca siguiendo ambos ejemplos, casase con su propia hermana de padre y madre. A falta de hermana legítima casaban con la parienta más cercana al árbol real, prima hermana, o sobrina o tía, la que a falta de varón pudiese heredar el reino, conforme a la ley de España (4)

---

(4) Concondante con la declaración de Sarmiento de Gamboa que pone en boca del sacerdote del Sol estas palabrás: «Yo le alcé (a Huascar) por Inca y señor por mandado de su padre Guayna Capac y por ser hijo de *Coya* (que es como decir entre nosotros infanta); y más adelante agrega: «Mataron ochenta y tantos hijos (y) hijas de Guascar y lo que más sintió fué ver matar delante sus ojos a una su *hermana* y *manceba* llamada *Coya Miro* la cual tenia un hijo de Guascar en los brazos y otro a cuestas etc.» Sarmiento de Gamboa, Ob. cit. párrafos 65 y 66 pp. 121 y 123.

Si el príncipe no había hijos en la primer hermana, casaba con la segunda y tercera hasta tenerlos y este rigor de ley y costumbre lo fundaban en los ejemplos ya dichos. Decían que pues el sol se había casado con su hermana, y había hecho aquel casamiento de sus dos primeros hijos, era justo se guardase la misma orden en los primogénitos del rey. Tambien lo hacían por conservar limpia la sangre del sol; porque decían que no era lícito se mezclase con sangre humana; llamaban sangre humana a la que no era de los Incas. Decían asimismo que casaban los príncipes con sus hermanas porque al heredero le perteneciese el reino, tanto por la madre como por el padre; porque no siendo así decían que el príncipe en la herencia bastardeaba por la vía de su madre. En tanto rigor como esto ponían la sucesión y derecho de heredar el reino.

A estas razones, añadían otras y decían que no era de permitir que la magestad de ser reina la diesen a muger alguna que no le perteneciese por legítimo derecho propio, y no por conjunta persona del rey; ni era justo, la adorasen y sirviesen otras que en igual fortuna eran mejores que ella.

Sin la muger legítima tuvieron aquellos reyes muchas concubinas, dellas eran de sus parientas, dentro y fuera del cuarto grado, otras eran de las alienígenas. Los hijos de las parientes eran tenidos por legítimos, porque no tenían mezcla de sangre agena, la cual limpieza se tuvo entre los Incas en suma veneración. no solamente entre los reyes, más también entre todos los de la sangre real. Los hijos de las mancebas estrangeras eran tenidos por bastardos, y aunque los respetaban como a hijos del rey, no era con el acatamiento y adoración interior y exterior que a los legítimos en sangre; porque a estos los adoraban como a dioses; y a aquellos como a hombres. De manera que el rey Inca tenía res suertes de hijos, los de su muger, que eran legítimos para la herenia de el reino, los de las parientas, que eran legítimos en sangre, y los bastardos hijos de las estrangeras.

CAPITULO X

DIFERENTES MANERAS DE HEREDAR LOS ESTADOS

A falta de los hijos de la legítima muger, era ley que podia heredar el mayor de los legítimos en sangre, como heredó Manco Inca a Huascar, como se dirá en su lugar, y así sucesivamente los demás a falta de el mayor, y en ninguna manera se permitía heredar alguno de los bastardos; y no habiendo hijo legítimo en sangre, volvía la herencia al pariente varón legítimo más cercano

Por esta ley destruyó Atahuallpa toda la sangre real, hombres y mugeres, como en su lugar diremos, porque él era bastardo, y temía no le quitasen el reino usurpado, y se lo diesen a algún legítimo. Casaban todos los de la sangre real con sus parientas, dentro en el cuarto grado, porque hubiese muchos hijos legítimos en sangre. Reservaban la hermana, cuyo casamiento no era permitido sino solo al rey Heredaba siempre el reino el hijo mayor y nunca faltó esta sucesión en doce reyes que reinaron hasta los españoles. En los curacas señores de vasallos hubo difefentes costumbres en la herencia de los estados. En unas provincias heredaba el hijo primogénito, sucediendo llanamente de padre a hijos En otras heredaba el hijo más bien quisto de sus vasallos, amado por su virtud y afabilidad, que parece elección más que no herencia: esta ley era freno para que ninguno de los hijos del curaca fuese tirano mal acondicionado, sino que cada uno dellos procurase merecer la herencia del estado y señorío por su bondad y valor, obligando a los vasallos a que lo pidiesen por señor porque era virtuoso.

En otras provincias heredaban todos los hijos por su antigüedad, que muerto el padre, sucedía el hijo mayor y luego el segundo y tercero &., y muertos todos los hermanos, volvía la herencia a los hijos del mayor, y después a los del segundo y tercero &, y así se iban en una muy cansada esperanza. De haber oído esta manera de heredar de algunos curacas se engañó un historiador español, diciendo que era común costumbre en todo el Perú no solamente en los caciques, más

también en los reyes heredar los hermanos del rey, y luego los hijos dellos por su órden y antigüedad: lo cual no hubo en los reyes Incas, sino en algunos curacas como hemos dicho.

Las tres diferentes costumbres o leyes que los señores de vasallos en diversas provincias tenían para heredar sus estados, no las hicieron los Incas; porque sus leyes y ordenanzas eran comunes y generales para todos sus reinos. Los curacas las tenían y usaban antes del Imperio de los Incas; y aunque ellos los conquistaron después, asi como no les quitaban los estados, tampoco les quitaban las costumbres que en su antigüedad tenían, como no fuesen contrarias a las que ellos mandaban guardar: antes confirmaron muchas dellas que les parecieron buenas, particularmente la costumbre de heredar el estado el hijo más virtuoso y más bien quisto, que les pareció muy loable; y así la aprobaron y mandaron que se guardase donde se hubiese usado, y donde quisiesen usarla; y un rey dellos hubo que quiso valerse desta ley de los curacas contra la aspereza y mala condición del príncipe su hijo primogénito, como en su lugar veremos; en un pueblo que está cuarenta leguas al Poniente del Cosco, que yo ví, es de la nación Quechua, dícese Sutcunca, acaeció lo que se dirá, que es a propósito de las herencias diferentes de aquella tierra. El curaca del pueblo se llamaba don Garcia, el cual viéndose cerca de morirse, llamó cuatro hijos varones que tenía, y los hombres nobles de su pueblo, y les dijo por vía de testamento que guardasen la ley de Jesucristo que nuevamente habían recibido, y que siempre diesen gracias a Dios por habérsela enviado: sirviesen y respetasen mucho a los españoles, porque se la habían llevado; particularmente sirviesen a su amo con mucho amor, porque les había cabido la suerte para ser señor dellos; y a lo último les dijo: bien sabéis que según la costumbre de nuestra tierra hereda mi estado el más virtuoso y más bien quisto de mis hijos: yo os encargo escojáis el que fuere tal; y si entre ellos no lo hubiere, os mando que lo desheredéis, y elijáis uno de vosotros que sea para mirar por vuestra honra, salud y provecho; porque deseo más el bien común de todos vosotros, que el particular de mis hijos. Todo esto contaba el sacerdote que los doctrinaba por hazaña y testamento notable de su inquilino.

CAPITULO XI

EL DESTETAR, TRESQUILAR Y PONER NOMBRE A LOS NIÑOS

LOS Incas usaron hacer gran fiesta al destetar de los hijos primogénitos, y no a las hijas ni a los demás varones segundos y terceros, a lo menos no con la solemnidad del primero; porque la dignidad de la primogenitura, principalmente del varón fué muy estimada entre estos Incas, y a imitación dellos lo fué entre todos sus vasallos.

Destetábanlos de dos años arriba, y les tresquilaban el primer cabello con que habían nacido, que hasta entonces no tocaban en él, y les ponían el nombre propio que había de tener. Para lo cual se juntaba toda la parentela, y elegían uno dellos para padrino del niño, el cual daba la primera tijerada al ahijado. Las tijeras eran cuchillos de pedernal; porque los indios no alcanzaron la invención de las tijeras. En pos del padrino iba cada uno por su grado de edad o dignidad, a dar su tijerada al destetado; y habiéndole tresquilado le ponían el nombre y le presentaban las dádivas que llevaban; unos ropa de vestir, otros ganados, otros armas de diversas maneras, otros le daban vasijas de oro o de plata para beber; y estos habían de ser de la estirpe real, que la gente común no los podía tener sino por privilegio.

Acabado el ofrecer, venía la solemnidad del beber, que sin él no había fiesta buena: cantaban y bailaban hasta la noche, y este regocijo duraba dos, tres o cuatro días, o más, como era la parentela del niño, y casi lo mismo se hacía cuando destetaban y tresquilaban al príncipe heredero, sino que era con solemnidad real y era el padrino el sumo sacerdote del sol. Acudían personalmente, o por sus embajadores, los curacas de todo el reino, hacíase una fiesta que por lo menos duraba más de veinte días: hacíanle grandes presentes de oro y plata, y piedras preciosas, y de todo lo mejor que había en sus provincias.

A semejanza de lo dicho, porque todos quieren imitar a la cabeza, hacían lo mismo lo curacas, y universalmente toda la gente común del Perú, cada uno según su grado y parentela y esta era una de sus fiestas

de mayor regocijo. Para los curiosos de lenguas decimos, que la general del Perú tiene dos nombres para decir hijos. El padre dice Churi, y la madre Huáhua (habíase de escrebir este nombre sin las hh., solamente las cuatro vocales pronunciadas cada una de por sí en dos diptongos Uáuá. Yo le añado las hh., porque no se hagan dos sílabas). Son nombres y ambos quieren decir hijos, incluyendo en sí cada uno dellos ambos, sexos. y ambos números; con tal rigor que no puedan los padres trocarlos, so pena de hacerse el varón hembra, y la hembra varón. Para distinguir los sexos añaden los nombres que significan macho y hembra; más para decir hijos en plural o en singular, dice el padre Churi y la madre Uáuá. Para llamarse hermanos tienen cuatro nombres diferentes. El varón al varón dice Huauque, quiere decir hermano. De muger a muger dicen Ñaña, quiere decir hermana. Y si el hermano a la hermana dijese Ñaña (pues significa hermana) sería hacerse muger. Y si la hermana al hermano dijese Huauque (pues significa hermano) sería hacerse varón. El hermano a la hermana dice Pána, quiere decir hermana, y la hermana al hermano dice Tora, quiere decir hermano; y un hermano a otro no puede decir Tora, aunque significa hermano, porque sería hacerse muger; ni una hermana a otra puede decir Pána, aunque significa hermana, porque sería hacerse varón. De manera que hay nombres de una misma significación y de un mismo género, unos apropiados a los hombres, y otros a las mugeres, para que usen dellos sin poderlos trocar, so la dicha pena. Todo lo cual se debe advertir mucho para enseñar nuestra religión a los indios sin darles ocasión de risa con los barbarismos. Los padres de la Compañía, como tan curiosos en todo, y otros religiosos, trabajaban mucho en aquella lengua para doctrinar aquellos gentiles como al principio dijimos.

CAPITULO XII

CRIAN LOS HIJOS SIN REGALO NINGUNO

LOS hijos criaban estrañamente, así los Incas, como la gente común, ricos y pobres, sin distinción alguna, con el menos regalo que les podían dar. Luego que nacía la criatura la bañaban con agua fría para envolverla en sus mantillas, y cada mañana que la envolvían, la habían de lavar con agua fría, y las más veces, puesta al sereno; y cuando la madre le hacía mucho regalo, tomaba el agua en la boca y le lavaba todo el cuerpo, salvo la cabeza, particularmente la mollera que nunca le llegaban a ella. Decían que hacían esto por acostumbrarlos al frío y al trabajo, y también porque los miembros se fortaleciesen. No les soltaban los brazos de las envolturas por más de tres meses, porque decían que soltándoselos antes se los hacían flojos de brazos. Teníanlos siempre echados en sus cunas que era un banquillo mal aliñado de cuatro pies, y el un pie era más corto que los otros para que se pudiese mecer porque no fuese tan dura si fuese de tabla; y con la misma red lo abrazaban por un lado y otro de la cuna, y lo liaban por que no se cayese della.

Al darles la leche, ni en otro tiempo alguno, no los tomaban en el regazo ni en brazos, porque decían que haciéndose a ellos, se hacían llorones y no querían estar en la cuna, sino siempre en brazos. La madre se recostaba sobre el niño y le daba el pecho, y el dárselo era tres veces al día Por la mañana, y al medio día, y en la tarde, y fuera destas horas no les daban leche aunque llorasen, porque decían que se habituaban a mamar todo el día, y se criaban sucios con vómitos y cámaras: y que cuando hombres eran comilones y glotones. Decían que los animales no estaban dando leche a sus hijos todo el día ni toda la noche sino a ciertas horas. La madre propia criaba su hijo, no se permitía darlo a criar por gran señora que fuese, sino era por enfermedad: mientras criaban se abstenían del cóito, porque decían que era malo para la leche y encanijaba las criaturas. A los tales encanijados llamaban Ayusca, es participio de pretérito, quiere decir en toda su signifi-

cación, el negado, y más propiamente el trocado por otro de sus padres. Y por semejanza se lo decían un mozo a otro; motejándole que su dama hacía más favor a otro que no a él. No se sufría decírselo al casado, porque es palabra de las cinco: tenía gran pena el que la decía. Una palla de la sangre real conocí, que por necesidad dió a criar una hija suya: la ama debió de hacer traición, o se empreñó, que la niña se encanijó, y se puso como ética, que no tenía sino los huesos y el pellejo. La madre viendo su hija Ayusca (al cabo de ocho meses que se le había enjugado la leche) la volvió a llamar a los pechos con cernadas y emplastos de yerbas que se puso a las espaldas, y volvió a criar su hija, y la convaleció y libró de muerte. No quiso dársela a otra ama, porque dijo que la leche de la madre era la que le aprovechaba.

Si la madre tenía leche bastante para sustentar su hijo, nunca jamás le daba de comer hasta que lo destetaba; porque decían que ofendía el manjar a la leche, y se criaban hediondos y sucios. Cuando era tiempo de sacarlos de la cuna, por no traerlos en brazos, les hacían un hoyo en el suelo que les llegaba a los pechos, aforrábanlos con algunos trapos viejos, y allí los metían y los ponían delante algunos juguetes en que se entretuviesen. Allí dentro podía el niño saltar y brincar, más en brazos no lo habían de traer aunque fuese hijo del mayor curaca del reino.

Ya cuando el niño andaba a gatas llegaba por el un lado o el otro de la madre a tomar el pecho y había de mamar de rodillas en el suelo; empero no entrar en el regazo de la madre; y cuando quería el otro pecho, le señalaban que rodease a tomarlo, por no tomarlo la madre en brazos. La parida se regalaba menos que regalaba a su hijo, porque en pariendo se iba a un arroyo, o en casa se lavaba con agua fría, y lavaba su hijo, y se volvía a hacer las haciendas de su casa como si nunca hubiera parido. Parían sin partera, ni la hubo entre ellas: si alguna hacía oficio de partera, más era hechicera que partera. Esta era la comun costumbre que las indias del Perú tenían en el parir y criar sus hijos, hecha ya naturaleza, sin distinción de ricas a pobres, ni de nobles a plebeyas.

CAPITULO XIII

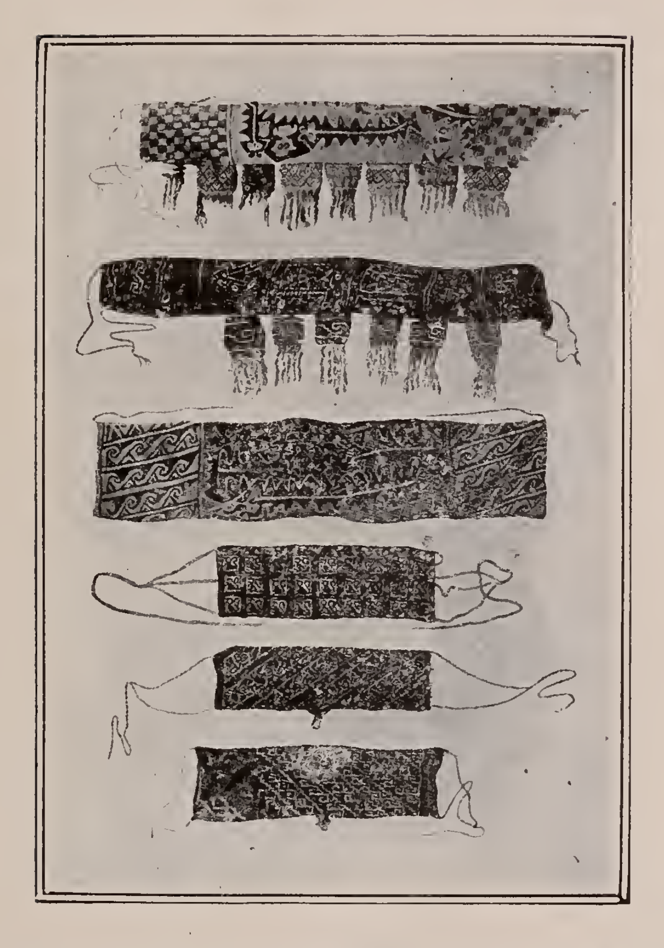
VIDA Y EJERCICIO DE LAS MUGERES CASADAS

LA vida de las mugeres casadas en común era con perpetua asistencia de sus casas. Entendían en hilar y tejer lana en las tierras frías, y algodón en las calientes. Cada una hilaba y tejía para sí, y para su marido y sus hijos. Cosían poco, porque los vestidos que vestían, así hombres como mugeres, eran de poca costura. Todo lo que tejían era torcido así algodón como lana Todas las telas, cualesquiera que fuesen, las sacaban de cuatro orillos. No las urdían más largas de como las habían menester para cada manta o camiseta. Los vestidos no eran cortados, sino enterizos, como la tela salía del telar; porque antes que la tejiesen le daban el ancho y largo que había de tener más o menos.

No hubo sastres, ni zapateros, ni calceteros entre aquellos indios. ¡Oh qué de cosas de las que por acá hay no hubieron menester que se pasaban sin ellas! Las mugeres cuidaban del vestido de sus casas, y los varones del calzado que, como dijimos, en el armarse caballeros, lo habían de saber hacer· y aunque los Incas de la sangre real y los curacas y la gente rica tenían criados que hacían de calzar, no se desdeñaban ellos de ejercitarse de cuando en cuando en hacer un calzado y cualquier género de armas que su profesión les mandaba que supiesen hacer, porque se preciaron mucho de cumplir sus estatutos Al trabajo del campo acudían todos hombres y mugeres para ayudarse unos a otros

En algunas provincias muy apartadas del Cosco, que aún no estaban bien cultivadas por los reyes Incas, iban las mugeres a trabajar al campo, y los maridos quedaban en casa a hilar y tejer; más yo hablo de aquella corte, y de las naciones que la imitaban, que eran casi todas las de su imperio, q' esotras por bárbaras merecían quedar en olvido. Las indias eran tan amigas de hilar, y tan enemigas de perder cualquier pequeño espacio de tiempo, q' yendo o viniendo de las aldeas a la ciudad, y aún pasando de un barrio a otro a visitarse en ocasiones forzosas, llevaban recaudo para dos maneras de hilado, quiero decir, para hilar y torcer.

CIVILIZACION PERUANA PROCOLOMBINA



Fajas de tela de lana de vicuña con dibujos policromos, halladas en los sepulcros de la costa, correspondientes a la época del mayor esplendor de los yungas, algunas de estas telas han sido sacadas de las necrópolis de Ancón, cerca de Lima. Muchas de estas fajas de tela son cinturones y adornos ó frontales, con caprichosos dibujos.

Por el camino iban torciendo lo que llevaban hilado por ser oficio más fácil, y en sus visitas sacaban la rueca del hilado, y hilaban en buena conversación. Esto de ir hilando o torciendo por los caminos era de la gente común; más las pallas, que eran las de la sangre real, cuando se visitaban unas a otras llevaban sus hilados y labores con sus criadas; y así las que iban a visitar como las visitadas estaban en su conversación ocupadas por no estar ociosas. Los husos hacen de caña, como en España los de hierro, échanles torteros, más no les hacen huecas a la punta; con la hebra que van hilando les echan una lazada y al hilar sueltan el huso como cuando tuercen, hacen la hebra cuan larga pueden, recógenla en los dedos mayores de la mano izquierda para meterla en el huso. La rueca traen en la mano izquierda, y no en la cinta es de una cuarta de largo, tiénenla con los dos dedos menores, acuden con ambas manos a delgazar la hebra y quitar las motas; no la lleban a la boca porque en mis tiempos no hilaban lino, que no lo había, sino lana y algodón. Hilan poco, porque es con las prolijidades que hemos dicho.



La personificación del fruto, ceramico hallado en Chimbote

CAPITULO XIV

COMO SE VISITABAN LAS MUGERES. COMO TRATABAN SU ROPA, Y QUE LAS HABIA PUBLICAS

SI alguna muger que no fuese palla, aunque fuese muger de curaca, que es señor de vasallos; iba a visitar a la palla de la sangre real, no llevaba hacienda suya que hacer, más luego pasadas las primeras palabras de la visita o de la adoración, que más era adorarla, pedía que le diesen que hacer, dando a entender que no iba a visitar por no ser igual, sino a servir como inferior a superior. La palla por gran favor correspondía a esta demanda con darle algo de lo que ella misma hacía o alguna de sus hijas, por no la igualar con las criadas, si mandase darle de lo que ellas hacían. El cual favor era todo lo que podía desear la que visitaba, por haberse humanado la palla a igualarla consigo o con sus hijas. Con semejante correspondencia de afabilidad o humildad que en toda cosa mostraban, se trataban las mugeres y los hombres en aquella república, estudiando los inferiores cómo servir y agradar a los superiores, y los superiores cómo regalar y favorecer a los inferiores, desde el Inca, que es el rey, hasta el más triste llamamiche, que es pastor.

La buena costumbre de visitarse las indias unas a otras, llevando sus labores, consigo, las imitaron las españolas en el Cosco, y la guardaron con mucha loa dellas hasta la tiranía y guerra de Francisco Hernandez Giron, la cual destruyó esta virtud, como suele destruir todas las que halla en su jurisdicción tiránica y cruel. Olvidado se me había decir cómo remienda la gente comun su ropa, que es de notar. Si la ropa de su vestir o cualquier otra de su servicio se le rompe no por vejez, sino por accidente, que se la rompa algún garrancho o se la queme alguna centella de fuego u otra desgracia semejante, la toman, y con una aguja hecha de una espina (que no supieron hacerlas de metal) (5) y

(5) Quizá entre los kechuas no se conocía la aguja de metal, pero si era usada la de cobre entre los yungas de la costa, como se ha comprobado por las muchas que se sacan de los enterramientos antiguos de Nasca, Pachacamac, Ancón y Chanchán y que se ven en los Museos, principalmente en el Museo particular del Dr. Javier Prado, en Lima.

una hebra de hilo del mismo color y del mismo grueso de la ropa la vuelven a tejer, pasando primero los hilos de la urdiembre por los mismos hilos rotos, y volviendo por los de la trama quince o veinte hilos a una parte y a otra más adelante de lo roto, donde los cortaban y volvían por el mismo hilo, cruzando y tejiendo siempre la trama con la urdimbre, y la urdimbre con la trama; de manera que hecho el remiendo, parecía no haber sido roto; y aunque fuese la rotura como la palma de la mano y mayor, la remendaban como se ha dicho, sirviéndose de bastidor de la boca de una olla, o de una calabaza partida por medio, para que la tela estuviese tirante y pareja. Reíanse del remendar de los españoles; verdad sea que es diferente tejido el de los indios, y la ropa española no sufre aquella manera de remendar. También es de notar que el hogar que en sus casas tenían para guisar de comer eran hornillos hechos de barro, grandes o chicos, conforme a la posibilidad de sus dueños. El fuego les daban por la boca, y por lo alto les hacían un agujero, o dos o tres, según los platos que comían, donde ponían las ollas que guisaban. Esta curiosidad tenían como gente aplicada, porque no se desperdiciase el fuego, ni se gastase más leña de la que fuese menester: admirábanse del desperdicio que los españoles hacían della.

Resta decir de las mugeres públicas, las cuales permitieron los Incas por evitar mayores daños: vivían en los campos en unas malas chozas, cada una de por sí y no juntas: no podían entrar en los pueblos, porque no comunicasen con las otras mugeres. Llamábanles Pampayruna, nombre que significa la morada y el oficio, porque es compuesto de pampa que es plaza o campo llano (que ambas significaciones contiene) y de runa, que en singular quiere decir persona, hombre o muger, y en plural quiere decir gente, juntas ambas dicciones, si las toman en la significación del campo, Pampayruna quiere decir gente que vive en el campo, esto, es por su mal oficio; y si las toman en la significación de plaza, quiere decir persona o muger de plaza, dando a entender que como la plaza es pública, y está dispuesta para recebir a cuantos quieren ir a ella, así lo están y son públicas para todo el mundo: en suma quiere decir muger pública.

Los hombres las trataban con grandísimo menosprecio. Las mugeres no hablaban con ellas, so pena de haber el mismo nombre, y ser tresquiladas en público, y dadas por infames, y ser repudiadas de los maridos si eran casadas. No las llamaban por su nombre propio, sino Pampayruna, que es ramera

CAPITULO XV

INCA ROCA, SEXTO REY, CONQUISTA MUCHAS NACIONES Y ENTRE ELLAS LOS CHANCAS Y HANCOHUALLU

EL rey Inca Roca, cuyo nombre, según atrás queda dicho por el M. Blas Valera, significa príncipe prudente y maduro, muerto su padre tomó la borla colorada, y habiendo cumplido con las solemnidades del entierro, visitó su reino: gastó en la visita los primeros tres años de su reinado. Luego mandó apercebir gente de guerra, para pasar adelante en su conquista por la banda de Chinchasuyu, que es al Septentrion del Cosco: mandó que se hiciese una puente en el río Apurimac, que es la que está en el camino real del Cosco a la ciudad de los Reyes, porque le pareció cosa indigna que siendo ya rey pasase su ejército aquel río en balsas, como lo pasò cuando era príncipe. Entonces no la mandó hacer el Inca pasado porque no tenía sujetas las provincias de la comarca como al presente lo estaban.

Hecha la puente salió el Inca del Cosco con veinte mil hombres de guerra y cuatro maeses de campo. Mandó que el ejército pasase la nueva puente en escuadrón formado de tres hombres por fila para perpetua memoria de su estreno Llegó al valle Amancay, que quiere decir azucena, (6) por la infinidad que della se cría en aquel valle. Aquella flor es diferente en forma y olor de la de España, porque la flor Amancay es de forma de una campana, y el tallo verde, liso y sin hojas, y sin olor ninguno. Solamente porque se parece a la azucena en los colores blanca y verde, la llamaron así los españoles. De Amancay echó a mano derecha del camino hacia la gran cordillera de la Sierra Nevada, y entre la cordillera y el camino halló pocos pueblos, y esos redujo a su

(6) La flor de Amancay tiene efectivamente la forma de la azucena, pero es de color amarillo. Esta preciosa flor que fué muy apreciada por los indios peruanos del Imperio, ha merecido estudio especial hecho por mi inteligente amigo el Dr. Ciro Napanga Agüero en una magnifica monografía intitulada *Ismene ámancaes.* Lima 1909.

imperio. Llámanse estas naciones Tacmara y Quiñualla. De allí pasó a Cochacassa, donde mandó hacer un gran pósito. De allí fué a Curampa, y con gran facilidad redujo aquellos pueblos, porque son de poca gente. De Curampa fué a la gran provincia llamada Antahuailla, cuyos moradores se extienden a una mano y a otra del camino real por espacio de diez y seis o diez y siete leguas Es gente rica y muy belicosa Esta nación se llama chanca: jáctanse descender de un león, y así lo tenían y adoraban por dios, y en sus grandes fiestas, antes y despues de ser conquistados por los reyes Incas, sacaban dos docenas de indios de la misma manera que pintan a Hércules, cubierto con el pellejo del león, y la cabeza del indio metida en la cabeza del león. Yo las vi así en las fiestas del Santísimo Sacramento en el Cosco.

Debajo deste apellido Chanca se encierran otras muchas naciones, como son Hancohuallu, Utunsulla, Uramarca, Villca y otras; las cuales se jactan descender de diversos padres, unas de una fuente, otras de una laguna, otras de un collado muy alto; y cada nación tenía por dios a lo que tenía por padre, y le ofrecía sacrificios. Los antepasados de aquellas naciones vinieron de lejas tierras y conquistaron muchas provincias, hasta llegar donde entonces estaban, que es la provincia Antahuailla; la cual ganaron por fuerza de armas, y echaron sus antiguos moradores fuera della, y arrinconaron y estrecharon a los indios quechuas en sus provincias, ganándoles muchas tierras, sujetáronles a que les diesen tributo, tratábanlos con tiranía: hicieron otras cosas famosas de que hoy se precian sus descendientes. De todo lo cual iba bien informado el rey Inca Roca; y así llegando a los términos de la provincia Antahuailla, envió a los chancas los requerimientos acostumbrados, que se sometiesen a los hijos del sol o se apercibiesen a las armas. Aquellas naciones se juntaron para responder al requerimiento, y tuvieron diversos pareceres porque se dividieron en dos parcialidades. Los unos decían que era muy justo recibiesen al Inca por señor, que era hijo del sol. Los otros decían en contrario (y estos eran los descendientes del león) que no era justo reconocer señorío ageno, siendo señores de tantos vasallos, y descendientes de un león; que su descendencia sabían y no querían creer que el Inca fuese hijo del sol, que conforme al blasón dellos y a las hazañas de los chancas sus pasados, más honroso les era presumir sujetar otras naciones a su imperio, que no hacerse súbditos del Inca, sin haber hecho la última prueba del valor de sus brazos; por lo cual era mejor resistir al Inca y no obedecerle con tanta vileza de ánimo, que al primer recaudo se le rindiesen sin desplegar sus banderas ni haber sacado sus armas al campo.

En estas diferencias estuvieron muchos días los chancas, ya resueltos de recebirle, ya determinados de resistir, sin concordarse. Lo cual sabido por el Inca, determinó entrar por la provincia para amedrentarlos, porque no tomasen ánimo y osadía viendo su mansedumbre y blandura, y también porque confiados en sus muchas victorias pasadas,

no se desvergonzasen a hacer algún desacato a su persona, con que le forzasen a les hacer cruel guerra y castigo riguroso. Mandó a sus maeses de campo que entrasen en la provincia Antahuailla, y juntamente envió un mensagero a los chancas diciéndoles, que lo recibiesen por señor o apercibiesen las gargantas que los habían de pasar todos a cuchillo; porque ya no se podía sufrir la pertinacia y rebeldía que hasta allí habían tenido. Los chanca viendo la determinación del Inca, y sabiendo que venían en su ejércitos muchos quechuas, y otras naciones que de tiempos pasados tenían ofendidas, bajaron la soberbia y recibieron el yugo de los Incas, más por temor de sus armas, y porque no se vengasen sus enemigos, que por amor de sus leyes y gobierno; y así le enviaron a decir que llanamente le obedecían por señor y se sometían a sus leyes y ordenanzas. Más el rencor del corazón no lo perdieron como adelante veremos.

El Inca, habiendo dejado los ministros necesarios, pasó adelante en su conquista a otra provincia que llaman Uramarca, que también es del apellido Chanca, pequeña de términos, aunque muy poblada de gente brava y guerrera, la cual se redujo con algun desabrimiento y resistencia; y si al ánimo gallardo y belicoso igualaran las fuerzas, resistieran de veras, que ya por este parage no se mostraban los indios tan blandos y amorosos para con los Incas, como se mostraron los de Contisuyu y Collasuyu; más al fin, aunque con señal de disgusto, se rindieron los de Uramarca. De allí pasó el Inca a la provincia y nación llamada Hancohuallu y Villca que los españoles llaman Vilcas, y con la misma pesadumbre se sujetaron a su imperio; porque estas naciones que también son chancas, eran señores de otras provincias que habían sujetado con las armas, y de día en día iban ganando con mucha ambición, y trataban los nuevamente ganados con soberbia y tiranía; la cual reprimió el rey Inca Roca con sujetarlos a su obediencia, de que todos ellos quedaron muy lastimados y guardaron el rencor en sus ánimos. En ambas estas provincias sacrificaban niños a sus dioses en sus fiestas principales. Lo cual sabido por el Inca les hizo una plática persuadiéndoles adorasen al sol y quitasen aquella crueldad entre ellos; y porque no la usasen de allí adelante les puso ley, pronunciándola por su propia boca, porque fuese más respetada, y les dijo que por un niño que sacrificasen los pasaría todos a cuchillo, y poblaría sus tierras de otras naciones que amasen a sus hijos y no los matasen. Lo cual sintieron aquellas provincias gravísimamente, porque estaban persuadidos de los demonios sus dioses, que era el sacrificio más agradable que les hacían.

De Villca torció el camino a mano izquierda al Poniente, que es hácia la costa de la mar y llegó a una de dos provincias muy grandes, ambas de un mismo nombre, Sulla; aunque para diferenciar la una de la otra llámanla una de ellas Utunsulla. Estas dos provincias abrazan entre sí muchas naciones de diversos nombres, unas de mucha gente y otras de poca, que por escusar hastío no se refieren más de que pasa-

ban de cuarenta mil vecinos, con los cuales gastó el Inca muchos meses (y aún dicen los naturales que tres años) por no romper y llegar a las armas, sino atraerlos por caricias y regalos. Más aquellos indios viéndose tantos en número y ellos de suyo belicosos y rústicos estuvieron muchas veces a punto de romper la guerra; empero la buena maña del Inca y su mucha afabilidad pudieron tanto, q' al fín de aquel largo tiempo se redujeron a su servicio y abrazaron sus leyes y admitieron los gobernadores y ministros que el Inca les dió. El cual se volvió al Cosco con esta victoria. En las dos últimas provincias que conquistó este Inca llamadas Sulla y Utunsulla, se han descubierto de treinta y dos años a esta parte algunas minas de plata y otras de azogue, que son riquísimas y de grande importancia para fundir el metal de plata.



Cántaro hallado en Chicama que representa el fruto del frejol.

CAPITULO XVI

DEL PRINCIPE YAHUAR HUACAC, Y LA INTERPRETACION DE SU NOMBRE

PASADOS algunos años que el rey Inca Roca gastó en paz y quietud en el gobierno de sus reinos, le pareció enviar al príncipe heredero llamado Yahuar Huacac su hijo, a la conquista de Antisuyu, que es Levante del Cosco, y cerca de la ciudad; porque aquella banda no se había alargado su imperio más de lo que el primer Inca Manco Capac dejó ganado hasta el río Paucartampu.

Antes que pasemos adelante será bien declaremos la significación del nombre Yahuar Huacac, y la causa por lo que se lo dieron a este príncipe. Dicen los indios que cuando niño de tres o cuatro años lloró sangre. Si fué sola una vez o muchas no lo saben decir: debió ser que tuviese algún mal de ojos, y que el mal causase alguna sangre en ellos. Otros dicen que nació llorando sangre, y esto tienen por más cierto. También pudo ser que sacase en los ojos algunas gotas de sangre de la madre, y como tan agoreros y supersticiosos, dijeron que eran lágrimas del niño: como quiera que haya sido certifican que lloró sangre; y como los indios fueron tan dados a hechicerías, habiendo sucedido el agüero en el príncipe heredero, miraron más en ello y tuviéronlo por agüero y pronóstico infelice, y temieron en su príncipe alguna gran desdicha o maldición de su padre el sol como ellos decían. (7) Esta es la deducción del nombre Yahuar Huacac, y quiere decir el que llora sangre, y no lloro de sangre como algunos interpretan: y el llorar fué cuando niño y no cuando hombre, ni por verse vencido y preso como otros dicen, que nunca lo fué Inca ninguno hasta el desdichado Huascar que lo prendió el traidor de Atahuallpa, su hermano bastardo, como diremos en su lugar

---

(7) En cuanto al nombre de Yahuar Huacac y las tradiciones que corrian respecto a su infancia, véase mi estudio *Yahuar Huacac, Tito Cussi Hualpa Inca* PERU. BOCETOS HISTORICOS t. I.

si el sumo Dios nos deja llegar allá. Tampoco lo hurtaron cuando niño como otro historiador dice, (8) que son cosas muy agenas de la veneración en que los indios tenían a sus Incas, ni en los ayos y criados diputados para el servicio y guarda del príncipe había tanto descuido que lo dejaran hurtar, ni indio tan atrevido que lo hiciera aunque pudiera: antes si tal imaginara, entendiera que sin ponerlo por obra solo por haberlo imaginado, se habría de abrir la tierra y tragárselo a él y a toda su parentela, pueblo y provincia: porque como otras veces lo hemos dicho, adoraban a sus reyes por dioses hijos de su dios el sol, y los tenían en suma veneración más que cualquiera otra gentilidad a sus dioses.

A semejanza, y en confirmación del agüero de llorar sangre, se me ofrece otra superstición que los indios cataban en los ojos, en el palpitar de los párpados altos y bajos, que por ser en los ojos no saldremos del propósito, para que se vea y sepa que los Incas y todos sus vasallos tuvieron por agüero bueno o malo, según el párpado que palpitaba. Era buen agüero palpitar el párpado alto del ojo izquierdo. Decían que habían de ver cosas de contento y alegría; pero con grandes ventajas era mejor agüero palpitar el párpado derecho porque le prometía que verían cosas felicísimas y prosperidades de grandes bienes, de mucho placer y descanso, fuera de todo encarecimfento. Y al contrario eran los párpados bajos, porque el derecho pronosticaba llanto, que habían de ver cosas que les darían pena y dolor más no con encarecimiento Empero palpitar el párpado bajo izquierdo ya era estremo de males, porque les amenazaba infinidad de lágrimas y que verían las cosas más, tristes y desdichadas que pudiesen imaginar; y tenían tanto crédito en estos sus agüeros, que con este postrer agüero se ponían a llorar tan tiernamente como si estuvieran ya en medio de cuantos males pudieran temer; y para no perecer llorando los males que aún no habían visto, tenían por remedio otra superstición tan ridiculosa como la del mal agüero; y era que tomaban una punta de paja, y mojándola con la saliva la pegaban en el mismo párpado bajo, y decían consolándose, que aquella paja atravesada atajaba que no corriesen las lágrimas que temían derramar, y que deshacía el mal pronóstico de la palpitación. Casi lo mismo tuvieron del zumbar de los oidos, que lo dejo por no ser tan a propósito como lo dicho de los ojos; y lo uno y lo otro doy fé que lo ví.

El rey Inca Roca (como decíamos) determinó enviar a la conquista de Antisuyu a su hijo, para lo cual mandó apercebir quince mil hombres de guerra y tres maeses de campo que le dió por acompañados y consejeros. Envióle bien industriado de lo que había de hacer. El príncipe fué con buen suceso hasta el río Paucartampu, y pasó adelante a Challapampa y redujo los pocos indios que por aquella región halló: de allí

(8) El historiador que tal hecho asegura, y cuya Relación, es dudoso conociera el Inca, es Sarmiento de Gamboa. Véase ob. cit. párrafos 20, 21. 22 y 23.

pasó a Pillcupata, donde mandó poblar cuatro pueblos de gente advenediza. De Pillcupata pasó a Havisca y a Tunu, (9) que son las primeras Chacras de Cuca,(10) que los Incas tuvieron, que es aquella yerba que los indios tanto estiman. La heredad llamada Havisca fué despues de Garcilaso de la Vega, mi señor, de la cual me hizo merced por donación en vida, y yo la perdí por venirme a España. Para entrar a estos valles donde se cría la Cuca se pasa una cuesta llamada Canac-huay, que tiene cinco leguas de bajada casi perpendicular, que pone grima y espanto solo el mirarla, cuanto más subir y bajar por ella, porque por toda ella sube el camino en forma de culebra, dando vueltas a una mano y a otra.

(9) Pilco pata, los andenes de pájaros, ya que pilco=es un pájaro de plumaje azul claro. Véase Molina COL. URTEAGA-ROMERO t. 1, p. 42. Pilcopata existe hasta hoy al norte del pueblo de Chalabamba y a las orillas del rio Paucartambo. *Havisca* y *Tuno*, poblados del valle del Paucartambo.

(10) *Cuca*=coca cuya producción era abundantísima en los valles de los rios Paucartambo y Urubamba.

CAPITULO XVII

LOS IDOLOS DE LOS INDIOS ANTIS Y LA CONQUISTA DE LOS CHARCAS

EN estas provincias de los antis comunmente adoraron por dios a los tigres y a las culebras grandes, que llaman Amaru; son mucho más gruesas que el muslo de un hombre, y largas de veinte y cinco y de treinta piés, otras hay menores. Todas las adoraban aquellos indios por su grandeza y monstruosidad. Son bobas, y no hacen mal, dicen que una maga las encantó para que no hiciesen mal, y que antes eran ferocísimas. Al tigre adoraban por su ferocidad y braveza. Decían que las culebras y los tigres eran naturales de aquella tierra, y como señores della merecían ser adorados, y que ellos eran advenedizos y estrangeros. Adoraban también la yerba llamada Cuca o Coca, como dicen los españoles. En esta jornada aumentó el príncipe Yahuar Huacac casi treinta leguas de tierra a su imperio, aunque de poca gente y mal poblada, y no pasó adelante por la mucha maleza de montes, ciénagas y pantanos que hay en aquella región, donde confina la provincia que propiamente se llama Anti, por quien toda aquella banda se llama Antisuyu.

Hecha la conquista se volvió el príncipe al Cosco. El rey su padre por entonces dejó de hacer nuevas conquistas, porque por Antisuyu, que es al Levante, ya no había que conquistar, y al Poniente, que es lo que llaman Cuntisuyu, tampoco había que reducir, porque por aquella banda llegaba ya el término de su imperio a la mar del Sur. De manera que de Oriente al Poniente tenían por el parage del Cosco más de cien leguas de tierra, y de Septentrion a Mediodía tenían más de doscientas leguas. En todo este espacio entendían los indios en edificios de casas reales, jardines, baños y casas de placer para el Inca, y también labraban pósitos por los caminos reales, donde se encerrasen los bastimentos, armas y munición, y ropa de vestir para la gente común.

Pasados algunos años que el rey Inca Roca se hubo ejercitado en la paz determinó hacer una jornada famosa por su persona, e ir a acabar de ganar las grandes provincias llamadas Charcas, que su padre el Inca Capac Yupanqui dejó empezadas a conquistaren el distrito Collasuyu. Mandó apercebir treinta mil hombres de guerra, ejército que hasta entonces no lo había levantado ninguno de sus pasados. Nombró seis maeses de campo, sin los demás capitanes y ministros de menor cuenta: mandó que el príncipe Yahuar Huacac quedase para el gobierno del reino, con otros cuatro Incas que fuesen sus consejeros.

Salió el Inca del Cosco por el camino real de Collasuyu: fué recogiendo la gente de guerra q' por todas aquellas provincias estaba apercebida: llegó a los confines de la provincia Chuncuri, Pucuna y Muyumuyu. (11) que eran las más cercanas a su reino. Envióles mensageros avisándoles como iba a reducir aquéllas naciones para que viviesen debajo de las leyes de su padre el sol, y le reconociesen por dios y dejasen sus ídolos hechos de piedra y de madera, y muchos malos abusos que contra la ley natural y vida humana tenían. Los naturales se alteraron grandemente, y los capitanes mozos y belicosos tomaron las armas con mucho furor, diciendo que era cosa muy rigorosa y estraña negar sus dioses naturales, y adorar el ageno, repudiar sus leyes y costumbres, y sujetarse a las del Inca, q' quitaba las tierras a los vasallos, y les imponía pechos y tributos, hasta servirse dellos como de esclavos, lo cual no era de sufrir, ni se debía recebir en ninguna manera, sino morir todos defendiendo sus dioses, su patria y libertad.

(11) En la región del Collao por el oriente o dominio de Umasuyus son comunes hasta hoy los poblados de filiación semejante. Hasta hoy existen *Cuyo-cuyo*, *Moco-moco*, *Collo-collo*, *Coro-coro*, *Vilca-vilca*.

CAPITULO XVIII

EL RAZONAMIENTO DE LOS VIEJOS Y COMO RECIBEN AL INCA

LOS más ancianos, y mejor considerados, dijeron que mirasen que por la vecindad que con los vasallos del Inca tenían, sabían años había q' sus leyes eran buenas y su gobierno muy suave; q' a los vasallos trataban como a propios hijos y no como a súbditos; que las tierras que tomaban no eran las que los indios habían menester, sino las que les sobraban que no podían labrar, y que la cosecha de las tierras, que a sus costa hacía labrar, era el tributo que llevaba y no la hacienda de los indios; antes les daba el Inca de la suya, toda la que sobraba del gasto de su ejércitos y corte; y que en prueba de lo que habían dicho no querían traer otras razones más de que mirasen desapasionadamente cuán mejoradas estaban al presente los vasallos del Inca que antes que lo fueran; cuanto más ricos y prósperos, más quietos, pacíficos y urbanos, como habían cesado las disenciones y pendencias que por causas muy livianas solía haber entre ellos; cuánto más guardadas sus haciendas de ladrones; cuánto más seguras sus mugeres y hijas de fornicarios y adúlteros; y en suma cuán certificada toda la república de que ni el rico, ni el pobre, ni el grande ni el chico, había de recibir agravio.

Que advirtiesen que muchas provincias circunvecinas a las del Inca era notorio que habiéndose certificado destos bienes se habían ofrecido y sometido voluntariamente a su imperio y señorío por gozar de la suavidad de su gobierno. Y que pues a ellos les constaba todo esto, sería bien hiciesen lo mismo, porque era mejor y más seguro aplacar al Inca, otorgando su demanda, que provocarlo a ira y enojo, negándosela, que si después se habían de rendir y obedecer por fuerza de armas, y perder la gracia del Inca, cuán mejor era cobrarla ahora obedeciendo por vía de amor. Mirasen que este camino era más seguro, que les aseguraba sus vidas y haciendas, mugeres y hijos; y que en lo de sus dioses, sin que el Inca lo mandase, les decía la razón que el sol merecía ser adorado mejor que sus ídolos. Por tanto que se allanasen y recibie-

sen al Inca por señor, y al sol por su dios; pues en lo uno y en lo otro ganaban honra y provecho. Con estas razones, y otras semejantes. aplacaron los viejos a los mozos, de tal manera, que de comun consentimiento fueron los unos y los otros a recebir al Inca. Los mozos con las armas en las manos y los viejos con dádivas y presentes de lo q' en su tierra había, diciendo que le llevaban los frutos de su tierra en señal de que se la entregaban por suya. Los mozos dijeron que llevaban sus armas para con ellas servirle en su ejército como leales vasallos, y ayudar a ganar otras nuevas provincias.

El Inca les recibió con mucha afabilidad: mandó que a los viejos les diesen ropa de vestir, a los más principales por mayor favor de la que el Inca vestía, y a los demás de la otra ropa comun. A los capitanes y soldados mozos, por condescender por el buen ánimo q' mostraban, les hizo merced que recibiesen por soldados quinientos dellos, no escogiéndolos ni nombrándolos por favor, porque no se afrentasen los desechados, sino que fuesen por suerte; y para satisfacer a los demás les díjeron que no les recibían todos, porque su tierra no quedase desamparada sin gente. Con las mercedes y favores quedaron los indios viejos y mozos tan ufanos y contentos, que todos a una empezaron a dar grandes aclamaciones, diciendo: bien pareces hijo del sol, tú solo mereces el nombre de rey; con mucha razón te llaman amador de pobres, pues apenas fuímos tus vasallos cuando nos colmaste de mercedes y favores: bendígate el sol tu padre, y las gentes de todas las cuatro partes del mundo te obedezcan y sirvan, porque mereces el nombre Capa Inca, que es solo señor. Con estas bendiciones, y otras semejantes, fué adorado el rey Inca Roca de sus nuevos vasallos. El cual habiendo proveído los ministros necesarios, pasó adelante a reducir las demás provincias cercanas, que son Misqui, Sacaca, Machaca, Caracara, y otras que hay hasta Chuquisaca, que es la que ahora llaman la ciudad de la Plata Todos son del apellido Charca, aunque de diferentes naciones y de diferente lenguages. Todas las redujo el rey Inca Roca a su obediencia con la misma facilidad que las pasadas. En esta jornada estendió su imperio más de cincuenta leguas de largo Norte y Sur, y otras tantas de ancho Leste hueste; y dejando en ellas, según la costumbre antigua. los ministros necesarios para la doctrina de su idolatría y administración de su hacienda, se volvió al Cosco. Fué despidiendo los soldados por sus provincias como los había ido recogiendo: a los capitanes hizo mercedes y favores.

Hecho esto le pareció descansar de las conquistas, y atender a la quietud y gobierno de su reino, en lo cual gastó los años que le quedaban de vida, que no sabemos decir cuantos fueron. (12) Falleció no ha-

(12) Sarmiento dá a Inca Roca 123 años de edad y 103 de reinado. Según una estricta cronologia, Inca Roca vivió 57 años, reinando 27: nació en 1299 y murió en 1348, y comenzó a reinar en 1321.

biendo degenerado nada de la bondad de sus pasados, antes habiéndoles imitado en todo lo que fué posible, así en aumentar su imperio, como en regalar y hacer bien a sus vasallos. Fundó escuelas donde enseñasen los amautas las ciencias que alcanzaban. Hizo cerca dellas su casa real, como veremos en su lugar. Instituyó leyes. Dijo sentencias graves, y porque el P. Blas Valera las escribía en particular, diré luego las que su paternidad tenía escritas, que cierto son de notar. Fué llorado universalmente de todos los suyos, y embalsamado según la costumbre de los reyes. Dejó por heredero a Yahuar Huacac su hijo; y de su legítima muger y hermana Mama Micay dejó otros muchos hijos legítimos y bastardos.

CAPITULO XIX

DE ALGUNAS LEYES QUE EL REY INCA ROCA HIZO, Y LAS ESCUELAS QUE FUNDO EN EL COSCO, Y DE ALGUNOS DICHOS QUE DIJO

LO que el P. Blas Valera como gran escudriñador que fué de las cosas de los Incas, dice de este rey, es que reinó casi cincuenta años, y que estableció muchas leyes, entre las cuales dice por más principales las que se siguen. Que convenía que los hijos de la gente común no aprendiesen las ciencias, las cuales pertenecían solamente a los nobles, porque no se ensoberbeciesen y amenguasen la república. Que les enseñasen los oficios de sus padres que les bastaban. Que al ladrón y al homicida, al adúltero y al incendiario ahorcasen sin remisión alguna. Que los hijos sirviesen a sus padres hasta los veinte y cinco años, y de allí adelante se ocupasen en el servicio de la república. Dice que fué el primero que puso escuelas en la real ciudad del Cosco para que los amautas enseñasen las ciencias que alcanzaban a los príncipes Incas, y a los de su sangre real, y a los nobles de su imperio: no por enseñanza de letras, que no las tuvieron sino por práctica y por uso cotidiano, y por esperiencia, para que supiesen los ritos, preceptos y ceremonias de su falsa religión; y para que entendiesen la razón y fundamento de sus leyes y fueros, y el número dellos, y su verdadera interpretación para que alcanzasen el dón de saber gobernar y se hiciesen más urbanos y fuesen de mayor industria para el arte militar: para conocer los tiempos y los años y saber por los ñudos las historias y dar cuenta dellas: para que supiesen hablar con ornamento y elegancia, y supiesen criar sus hijos, gobernar sus casas. Enseñábanles poesía, música, filosofía y astrología, eso poco que de cada ciencia alcanzaron. A los maestros llamaban amautas, que es tanto como filósofos y sabios, los cuales eran tenidos en suma veneración. Todas estas cosas dice el P. Blas Valera,

que instituyó por ley este príncipe Inca Roca, y que después las favoreció, declaró y amplió muy largamente el Inca Pachacutec su bisnieto, y que añadió otras muchas leyes. También dice deste rey Inca Roca, q' considerando la grandeza del cielo, su resplandor y hermosura, decia muchas veces que se podia concluir que el Pachacamac (que es Dios) era poderosísimo rey en el cielo, pues tenía tal y tan hermosa morada. Asimismo decía: si yo hubiese de adorar alguna cosa de las de acá abajo, cierto yo adorara al hombre sabio y discreto; porque hace ventaja a todas las cosas de la tierra. Empero el que nace niño y crece y al fin muere, el que ayer tuvo principio y hoy tiene fin; el que no puede librarse de la muerte, ni cobrar la vida que la muerte le quita, no debe ser adorado. Hasta aquí es del P. Blas Valera.

CAPITULO XX

EL INCA LLORA SANGRE, SEPTIMO REY, Y SUS MIEDOS Y CONQUISTAS, Y EL DISFAVOR DEL PRINCIPE

MUERTO el rey Inca Roca, su hijo Yahuar Huacac tomó la corona del reino, gobernólo con justicia, piedad y mansedumbre, acariciando sus vasallos, haciéndoles todo el bien q' podía. Deseó sustentarse en la prosperidad que sus padres y abuelos le dejaron, sin pretender conquistas ni pendencias con nadie: porque con el mal agüero de su nombre, y los pronósticos que cada día echaban sobre él, estaba temeroso de algún mal suceso, y no osaba tentar la fortuna por no irritar la ira de su padre el sol, no le enviase algún grave castigo como ellos decían. Con este miedo vivió algunos años, deseando paz y quietud para sí y para todos sus vecinos; y por no estar ocioso visitó sus reinos una y dos y tres veces. Procuraba ilustrarlos con edificios magníficos: regalaba a los vasallos en comun y en particular; tratábalos con mayor afición y ternura que mostraron sus antepasados, que eran muestras y efectos del temor; en lo cual gastó nueve o diez años. Empero por no mostrarse tan pusilánime, que entre todos los Incas fuese notado de cobarde, por no haber aumentado su imperio, acordó enviar un ejército de veinte mil hombres de guerra al Sudueste del Cosco, la costa adelante de Arequepa, donde sus pasados habían dejado por ganar una larga punta de tierra, aunque de poca población. Eligió por capitan general a su hermano Inca Mayta, que desde aquella jornada, por haber sido general en ella, se llamó siempre Apu Mayta, que quiere decir el capitán general Mayta. Nombró cuatro Incas esperimentados para maeses de campo. No se atrevió el Inca a hacer la conquista por su persona, aunque lo deseó mucho; más nunca se determinó a ír, porque su mal agüero en las cosas de la guerra lo traía sobre olas tan dudosas y tempestuosas, que adonde le arrojaban las del deseo lo retiraban las del temor: por estos miedos nombró al hermano y a sus ministros, los cuales hicieron

su conquista con brevedad y buena dicha, y redujeron al imperio de los Incas todo lo que hay desde Arequepa hasta Tacama, que llaman Collisuyu, que es el fin y término por la costa de lo que hoy llaman Perú. La cual tierra es larga y angosta y mal poblada, y así se detuvieron y gastaron más tiempo los Incas en caminar por ella que en reducirla a su señorío.

Acabada esta conquista se volvieron al Ccsco y dieron cuenta al Inca Yahuar Huacac de lo que habían hecho. El cual cobrando nuevo ánimo con el buen suceso de la jornada pasada, acordó hacer otra conquista de más honra y fama, que era reducir a su imperio unas grandes provincias que habían quedado por ganar en el distrito de Collasuyu, llamadas Caranca, Ullaca, Llipi, Chicha, Ampara. Las cuales, demás de ser grandes, eran pobladas de mucha gente valiente y belicosa; por los cuales inconvenientes, los incas pasados no habían hecho aquella conquista por fuerza de armas, por no destruir aquellas naciones bárbaras e indómitas,sino que de suyo se fuesen domesticando y cultivando poco a poco, y aficionándose al imperio y señorío de los Incas, viéndolo en sus comarcanos tan suave, tan piadoso, tan en provecho de los vasallos, como lo esperimentaban todos ellos.

En los cuidados de la conquista de aquellas provincias andaba el Inca Yahuar Huacac muy congojado, metido entre miedos y esperanzas, que unas veces se prometía buenos sucesos, conforme a la jornada que su hermano Apu Mayta había hecho, otras veces desconfiaba dellos por su mal agüero; por el cual no osaba acometer ninguna empresa de guerra por los pelígros della. Andando pues rodeado destas pasiones y congojas, volvió los ojos a otros cuidados domésticos que dentro en su casa se criaban, que días había le daban pena y dolor, que fué la condición áspera de su hijo el primogénito, heredero que había de ser de sus reinos; el cual desde niño se había mostrado mal acondicionado porque maltrataba los muchachos que de su edad con él andaban, y mostraba indicios de aspereza y crueldad; y aunque el Inca hacía diligencias para corregirle, y esperaba que con la edad, cobrando más juicio, iría perdiendo la braveza de su mala condición, parecía salirle vana esta confianza, porque con la edad antes crecía que menguaba la ferocidad de su ánimo. Lo cual para el Inca su padre era de grandísimo tormento; porque como todos sus pasados se hubiesen preciado de la afabilidad y mansedumbre, érale de suma pena ver al príncipe de contraria condición. Procuró remediarla con presuaciones y con ejemplos de sus mayores, trayéndoselos a la memoria para aficionarlo a ellos, y también con reprensiones y disfavores que le hacía; más todo le aprovechaba poco o nada. Porque la mala inclinación en el grande y poderoso, pocas veces o nunca suele admitir corrección.

Así le acaeció a este príncipe, que cuanta triaca le aplicaban a su mala inclinación, toda lo convertía en la misma ponzoña. Lo cual, viendo el Inca su padre, acordó desfavorecerlo del todo y apartarlo

de sí, con propósito si no aprovechaba el remedio del disfavor para enmendar la condición, desheredarlo, y elegir otro de sus hijos para heredero que fuese de la condición de sus mayores. Pensaba hacer esto imitando la costumbre de algunas provincias de su imperio, donde heredaban los hijos más bien quistos. La cual ley quería el Inca guardar con su hijo, no habiéndose hecho tal entre los reyes Incas. Con este presupuesto mandó echarlo de su casa y de la corte, siendo ya el príncipe de diez y nueve años, y que lo llevasen poco más de una legua al Levante de la ciudad, a unas grandes y hermosas dehesas que llaman Chita, donde yo estuve muchas veces. Allí había mucho ganado del sol, mandó que lo apacentasen con los pastores que tenían aquel cuidado. El príncipe, no pudiendo hacer otra cosa, aceptó el destierro y el disfavor que le daban en castigo de su ánimo bravo y belicoso, y llanamente se puso a hacer el oficio de pastor con los demás ganaderos, y guardó el ganado del sol, que ser del sol era consuelo para el triste Inca. Este oficio hizo aquel desfavorecido príncipe por espacio de tres años y más, donde lo dejaremos hasta su tiempo, que él nos dará bien que decir si lo acertásemos a decir bien.

CAPITULO XXI

DE UN AVISO QUE UNA FANTASMA DIO AL PRINCIPE PARA QUE LO LLEVE A SU PADRE

HABIENDO desterrado el Inca Yahuar Huacac a su hijo primogénito (cuyo nombre no se sabe cual era mientras fué príncipe, porque lo borró totalmente el q' adelante le dieron, que como no tuvieron letras se le olvidaba para siempre todo lo q' por su tradición dejaban de encomendar a la memoria) le pareció dejar del todo las guerras y conquistas de nuevas provincias, y atender solamente al gobierno y quietud de su reino, y no perder el hijo de vista, alejándolo de sí, sino tenerlo a la mira y procurar la mejora de su condición; y no pudiendo haberla, buscar otros remedios, aunque todos los q' se le ofrecían, como ponerlo en perpetua prisión o desheredarle, y elegir otro en su lugar, le parecían violentos y mal seguros, por la novedad y grandeza del caso, que era deshacer la deidad de los Incas, que eran tenidos por divinos hijos del sol, y que los vasallos no consentirían aquel castigo, ni cualquiera otro que quisiese hacer en el príncipe.

Con esta congoja y cuidado, que le quitaba todo descanso y reposo anduvo el Inca más de tres años sin que en ellos se ofreciese cosa digna de memoria. En este tiempo envió dos veces a visitar el reino a cuatro parientes suyos, repartiendo a cada uno las provincias que habían de visitar: mandóles que hiciesen las obras que conviniesen al honor del Inca y al beneficio comun de los vasallos, como era sacar nuevas acequias, hacer pósitos y casas reales y fuentes y puentes y calzadas y otras obras semejantes: más él no osó salir de la corte, donde entendía celebrar las fiestas del sol, y las otras que se hacían entre año, y en hacer justicia a sus vasallos. Al fín de aquel largo tiempo, un día, poco después de mediodía, entró el príncipe en la casa de su padre, donde menos le esperaban, solo y sin compañía, como hombre desfavorecido del rey. Al cual le envió a decir que estaba allí, y que tenía necesidad

de darle cierta embajada. El Inca respondió con mucho enojo que se fuese luego donde le había mandado residir, si no quería que lo castigase con pena de muerte por inobediente al mandato real; pues sabía que a nadie era lícito quebrantarlo, por muy liviano que fuese el caso que se le mandase. El príncipe respondió diciendo: que él no había venido allí por quebrantar su mandamiento, sino por obedecer a otro tan gran Inca como él. El cual le enviaba a decir ciertas cosas que le importaba mucho saberlas, que si las quería oír, le diese licencia para que entrase a decírselas; y si no, que con volver al que le había enviado, y darle cuenta de lo que había respondido, habría cumplido con él.

El Inca, oyendo decir otro gran señor como él, mandó que entrase por ver qué disparates eran aquellos, y saber quien le enviaba recado con el hijo desterrado y privado de su gracia, quíso averiguar qué novedades eran aquellas para castigarlas. El príncipe, puesto ante su padre, le dijo: solo, señor, sabrás, que estando yo recostado hoy a medio día (no sabré certificarme si despierto o dormido) debajo de una gran peña de las que hay en los pastos de Chita, donde por tu mandato apacento las ovejas de nuestro padre el sol, se me puso delante un hombre estraño, en hábito y en figura diferente de la nuestra; porque tenía barbas en la cara de más de un palmo, y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies :traía atado por el pescuezo un animal no conocido: el cual me dijo: sobrino, yo soy el hijo del sol y hermano del Inca Manco Capac y de la Coya Mama Ocllo Huaco, su muger y hermana, los primeros de tus antepasados; por lo cual soy hermano de tu padre y de todos vosotros. Llámome Viracocha Inca; vengo de parte del sol nuestro padre a dar aviso, para que se lo dés al Inca mi hermano, cómo toda la mayor parte de las provincias de Chinchasuyu, sujetas a su imperio, y otras de las no sujetas, están rebeladas, y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército a derribarle de su trono y destruir nuestra imperial ciudad del Cosco. Y por tanto vé al Inca mi hermano y dile de mi parte que se aperciba y prevenga y mire por lo que conviene acerca de este caso. Y en particular te digo a tí, que en cualquiera adversidad que suceda, no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto, no dejes de acometer cualquiera hazaña, por grande que sea, que convenga a la magestad de tu sangre y a la grandeza de tu imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo, y te buscaré los socorros que hubieses menester. Dihas estas palabras (dijo el príncipe) se me desapareció el Inca Viracocha, que no le ví más; y yo tomé luego el camino para darte cuenta de lo que me mandó te dijese.

CAPITULO XXII

LAS CONSULTAS DE LOS INCAS SOBRE EL RECAUDO DE LA FANTASMA

EL Inca Yahuar Huacac, con la pasión y enojo q' contra su hijo tenía, no quiso creerle; antes le dijo que era un loco soberbio, que los disparates q' andaba imaginando, venía a decir que eran revelaciones de su padre el sol; que se fuese luego a Chita, y no saliese de allí jamás, so pena de su ira. Con esto se volvió el príncipe a guardar sus ovejas, más favorecido de su padre que antes lo estaba. Los Incas más allegados al rey, como eran sus hermanos y tíos que asistían a su presencia, como fuesen tan agoreros y supersticiosos; principalmente en cosas de sueños, tomaron de otra manera lo que el príncipe dijo, y dijeron al Inca que no era de menospreciar el mensaje y aviso del Inca Viracocha su hermano, habiendo dicho que era hijo del sol, y que venía de su parte. Ni era de creer que el príncipe fingiese aquellas razones en desacato del sol, que fuera sacrilegio el imaginarlas, cuanto más decirlas delante del rey su padre. Por tanto, sería bien se examinasen una a una las palabras del príncipe, y sobre ellas se hiciesen sacrificios al sol, y tomasen sus agüeros para ver si los pronosticaba bien o mal, y se hiciesen las diligencias necesarias a negocio tan grave. Porque dejarlo así desamparado, no solamente era hacer en su daño, más también parecía menospreciar al sol, padre común, que enviaba aquel aviso: y al Inca Viracocha su hijo que lo había traído, y era amontonar para adelante errores sobre errores.

El Inca, con el odio que a la mala inclinación de su hijo tenía, no quiso admitir los consejos que sus parientes le daban; antes dijo que no se había de hacer caso del dicho de un loco furioso, que en lugar de enmendar y corregir la aspereza de su mala condición para merecer la gracia de su padre, venía con nuevos disparates, por los cuales y por su estrañeza, merecía que lo depusieran y privaran del principado y

herencia del reino, como lo pensaba hacer muy presto, y elegir uno de sus hermanos que imitase a sus pasados; el cual, por su clemencia, piedad y mansedumbre mereciese el nombre de hijo del sol; porque no era razón que un loco, por ser iracundo y vengativo, destruyese con el cuchillo de la crueldad lo que todos los Incas pasados, con la mansedumbre y beneficios, habían reducido a su imperio: que mirasen que aquello era de más importancia para prevenir y tratar de su remedio, que no las palabras desatinadas de un furioso, que ellas mismas decían cuyas eran: que si no autorizara su atrevimiento con decir que la embajada era de un hijo del sol, mandara le cortaran la cabeza, por haber quebrantado el destierro que le había dado. Por tanto les mandaba que no tratasen de aquel caso, sino que se le pusiese perpetuo silencio; porque le causaba mucho enojo traerle a la memoria cosa alguna del príncipe, que ya él sabía lo que había de hacer dél.

Por el mandato del rey callaron los Incas, y no hablaron más en ello, aunque en sus ánimos no dejaron de temer algún mal suceso; porque estos indios, como toda la demás gentilidad, fueron muy agoreros y particularmente miraron mucho en sueños, y más si los sueños acertaban a ser del rey o del príncipe heredero, o del sumo sacerdote, que estos eran tenidos entre ellos por dioses y oráculos mayores, a los cuales pedían cuenta de sus sueños los adivinos y hechiceros, para los interpretar y declarar cuando los mismos Incas no decían lo que habían soñado.

CAPITULO XXIII

LA REBELION DE LOS CHANCAS Y SUS ANTIGUAS HAZAÑAS

TRES meses después del sueño del príncipe Viracocha Inca (que así le llamaban los suyos de aquí adelante por la fantasma que vió) vino nueva, aunque incierta, del levantamiento de las provincias de Chinchasuyu, desde Atahualla adelante, (13) la cual está cerca de cuarenta leguas del Cosco al Noite. Esta nueva vino sin autor, más de que la fama lo trujo confusa y oculta, como ella suele hablar siempre en casos semejantes, y así aunque el príncipe Viracocha lo había soñado, y confirmado la nueva con el sueño, no hizo el rey caso della, porque le pareció q' eran hahlillas dé camino, y un recordar el sueño pasado q' parecía estaba ya olvidado. Pocos días después se volvió a refrescar la misma nueva, aunque todavía incierta y dudosa; porque los enemigos habían cerrado los caminos con grandísima diligencai, para que el levantamiento de llos no se supiese, sino que primero los viesen en el Cosco que supiesen de su ida. La tercera nueva, llegó ya muy certificada, diciendo que ías naciones llamadas Chanca, Uramarca, Villca, Utusula, Hancohuallu (14) y otras circunvecinas a ellas se habían rebelado, y muerto a los gobernadores y ministros regios, que venían contra la ciudad con ejército de más de cuarenta mil hombres de guerra.

Estas naciones son las que dijimos haberse reducido al imperio del rey Inca Roca, más por el terror de sus armas que por el amor de su gobierno; y como lo notamos entonces, quedaron con rencor y odio de los Incas, para mostrarlo cuando se les ofreciese ocasión. Viendo pues al Inca Yahuar Huacac tan poco belicoso, antes acobardado con el

---

(13) *Atahualla*= Andahuailas. «Los belicosos y turbulentos Chancas parecen haber tenido su sitio de origen en las cerranías de Huamanga y Huanta, pero al arrojar a los kechuas hácia la cabecera de los valles, extendieron eventualmente sus dominios a la orilla izquierda del Apurimac.« Markham *Posiciones geográficas del Imperio incaico.* p. 68.

(14) Los Chancas se dividían en las siguientes parcialidades: Hancohuallos, Utunsullas, Urumarcas, Vilcas, Iquichanos, Morochucos, Tacmanas, Quiñuallas y Pocras. Markham. Ob. cit. 4.

mal agüero de su nombre, y escandalizado y embarazado con la aspereza de la condición de su hijo el príncipe Inca Viracocha, y habiéndose divulgado entre estos indios algo del nuevo enojo que el rey había tenido con su hijo, aunque no se dijo la causa, y los grandes disfavores que le hacía, les pareció bastante ocasión para mostrar el mal ánimo que al Inca tenían y el odio que habían a su imperio y dominio. Y así con la mayor brevedad y secreto que pudieron se convocaron unos a otros, y llamaron sus comarcanos, y entre todos ellos levantaron un poderoso ejército de más de treinta mil hombres de guerra, y caminaron en demanda de la imperial ciudad del Cosco. Los autores deste levantamiento, y los que incitaron a los demás señores de vasallos, fueron tres indios, principales curacas de tres grandes provincias de la nación Chanca (debajo deste nombre se incluyen otras muchas naciones) el uno se llamó Hancohuallu, mozo de veinte y seis años, y el otro Tumay Huaraca, y el tercero Astu Huaraca. (15) Estos dos últimos eran hermanos y deudos de Hancohuallu. Los antepasados de estos tres reyecillos tuvieron guerra perpetua antes de los Incas con las naciones comarcanas a sus provincias, particularmente con la nación llamada Quechua, que debajo deste apellido entran cinco provincias grandes. (16) A estas y a otras sus vecinas tuvieron muy rendidas, y se hubieron con ellas áspera y tiránicamente; por lo cual holgaron los quechuas y sus vecinos de ser vasallos de los Incas, y se dieron con facilidad y amor, como en su lugar vimos, por librarse de las insolencias de los chancas. A los cuales por el contrario pesó mucho de que el Inca atajase sus buenas andanzas, y de señores de vasallos los hiciese tributarios; de cuya causa guardando el odio antiguo que de sus padres habían heredado, hicieron el levantamiento presente, pareciéndoles que con facilidad vencerían al Inca, por la presteza con que pensaban acometerle, y por el descuido con que imaginaban hallarle desapercibido de gente de guerra, y que con sola una victoria serían señores, no solamente de sus enemigos antiguos, más también de todo el imperio de los Incas.

Con esta esperanza convocaron sus vecinos, así de los sujetos al Inca, como de los no sujetos, prometiéndoles grande parte de la ganancia; los cuales fueron fáciles de persuadir, tanto por el gran premio que se prometían, como por la antigua opinión de los chancas que eran valientes guerreros. Eligieron por capitán general a Hancohuallu, que era un valeroso indio, y por maese de campo a los dos hermanos, y los demás curacas fueron caudillos y capitanes de sus gentes; y a toda diligencia fueron en demanda del Cosco.

---

(15) Cieza de León nombra a Tumay Huaraca, Ocmoguara, pero habla de un hermano de *Hastu Guaraca*, el señor de Andahuailas, llamado Tupac Huasco, a quien el Inca había dado por muger una Palla del Cusco. Véase *Señorío de los Incas* cc. XLIV, XLV, XLVI, XLVII, XLVIII, XLIX y L.

(16) Eran seis los linajes de los *Kechuas*: Yanahuaras, Chumpivilcas, Cotaneras, Cotapampas, Aymaras (de la actual Aymaraes) y los Umasuyus.

CAPITULO XXIV

EL INCA DESAMPARA LA CIUDAD Y EL PRINCIPE LA SOCORRE

EL Inca Yahuar Huacac se halló confuso con la certificación de la venida de los enemigos, porque nunca había creído que tal pudiera ser por la gran esperiencia q' tenía de que no se había rebelado provincia alguna de cuantas se habían conquistado, y reducido a su imperio desde el primer Inca Manco Capac hasta el presente. Por esta seguridad, y por el odio que al príncipe su hijo tenía, que dió el prcnóstico de aquella rebelión, no había querido darle crédito, ni tomar los consejos de sus parientes, porque la pasión le cegaba el entendimiento; viéndose pues ahora anegado, porque no tenía tiempo para convocar gente con que salir al encuenrto a los enemigos, ni presidio en la ciudad para (mientras le viniese el socorro) defenderse dellos, le pareció dar lugar a la furia de los tiranos, y retirarse hácia Collasuyu, donde se prometía estar seguro de la vida, por la nobleza y lealtad de los vasallos. Con esta determinación se retiró con los pocos Incas que pudieron seguirle, y fué hasta la angostura que llaman de Muyna, que está cinco leguas al Sur de la ciudad, donde hizo alto, para certificarse de lo que hacían los enemigos por los caminos, y donde llegaban yá.

La ciudad del Cosco con la ausencia de su rey quedó desamparada, sin capitán ni caudillo que osase hablar, cuanto más pensar defenderla, sino que todos procuraban huír; y así se fueron los que pudieron por diversas partes, donde entendían poder mejor salvar las vidas. Algunos de los que iban huyendo fueron a toparse con el príncipe Viracocha Inca, y le dieron nueva de la rebelión de Chinchasuyu; y cómo el Inca su padre se había retirado hacia Collasuyu, por parecerle que no tenía posibilidad para resistir a los enemigos por el repentino asalto con que le acometían.

El príncipe sintió grandemente saber que su padre se hubiese retirado y desamparado la ciudad, mandó a los que le habían dado la nueva

y a algunos de los pastores que consigo tenía, que fuesen a la ciudad, y a los indios que topasen por los caminos, y a los que hallasen en ella, les dijesen de su parte, que todos los que pudiesen procurasen ir en pos del Inca su señor con las armas que tuviesen; porque él pensaba hacer lo mismo, y que pasasen la palabra deste mandato de unos en otros. Dada esta orden, salió el príncipe Viracocha Inca en seguimiento de su padre por unos atajos, sin querer entrar en la ciudad, y con la prisa que se dió lo alcanzó en la angostura de Muyna, que aún no había salido de aquel puesto. Y lleno de polvo y sudor, con una lanza en la mano, que había llevado por el camino, se puso delante del rey, y con semblante triste y grave le dijo.

Inca, ¿cómo se permite que por una nueva falsa o verdadera de unos pocos de vasallos rebelados, desampares tu casa y corte, y vuelvas las espaldas a los enemigos aún no vistos? ¿Cómo se sufre que dejes entregada la casa del sol tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados y hagan en ella las abominaciones que tus antepasados les quitaron de sacrificios de hombres, mugeres y niños y otras grandes bestialidades y sacrilegios? ¿Qué cuenta daremos de las vírgenes que están dedicadas para mugeres del sol con observancia de perpetua virginidad, si las dejamos desamparadas para que los enemigos brutos y bestiales hagan dellas lo que quisieren? ¿Qué honra habremos ganado de haber permitido estas maldades por salvar la vida? Yo no la quiero, y así vuelvo a ponerme delante de los enemigos para que me la quiten antes que entren en el Cosco; porque no quiero ver las abominaciones que los bárbaros harán en aquella imperial y sagrada ciudad que el sol y sus hijos fundaron. Los que me quisieren seguir vengan en pos de mí, que yo les mostraré a trocar vida vergonzosa por muerte honrada.

Habiendo dicho con gran dolor y sentimiento estas razones volvió su camino hácia la ciudad sin querer tomar refresco alguno de comida ni bebida. Los Incas de la sangre real que habían salido con el rey, entre ellos hermanos suyos, y muchos sobrinos y primos hermanos y otra mucha parentela q' serían más de cuatro mil hombres, se volvieron todos con el príncipe, que no quedaron con su padre sino los viejos inútiles. Por el camino y fuera dél toparon mucha gente que salía huyendo de la ciudad: apellidáronles que se volviesen; diéronles nueva para que se esforzasen como el príncipe Inca Viracocha volvía a defender su ciudad y la casa de su padre el sol. Con està nueva se animaron los indios tanto, que volvieron todos los que huían, principalmente los que eran de provecho, y unos a otros se apellidaban por los campos pasando la palabra de mano en mano, como el príncipe volvió a la defensa de la ciudad la cual hazaña les era tan agradable, que con grandísimo consuelo volvían a morir con el príncipe. El cual mostraban tanto ánimo y esfuerza que lo ponía a todos los suyos.

Desta manera entró en la ciudad y mandó que la gente que se recogía le siguiese luego; y él pasó adelante y tomó el camino de Chinchasuyu, por donde los enemigos venían para ponerse entre ellos y la ciudad, porque su intención no era de resistirles, que bien entendía que no tendrían fuerzas para contra ellos, sino de morir peleando antes que los contrarios entrasen en la ciudad, y la hollasen como bárbaros y enemigos victoriosos sin respetar al sol, que era lo que más sentía. Y porque el Inca Yahuar Huacac, cuya vida escribimos, no reinó más de hasta aquí, como adelante veremos, me pareció cortar el hilo desta historia para dividir sus hechos de los de su hijo Inca Viracocha, y entremeter otras cosas del gobierno de aquel imperio, y variar los cuentos porque no sean todos de un propósito: hecho esto, volveremos a las hazañas del príncipe Viracocha que fueron muy grandes.



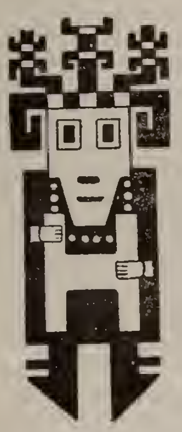


LIBRO QUINTO

Dice cómo se repartían y labraban las tierras. El tributo que daban al Inca. La provisión de armas y bastimentos que tenían para la guerra. Qué daban de vestir a los vasallos. Que no tuvieron mendigantes. Las leyes y ordenanzas en favor de los súbditos con otras cosas notables. Las victorias y generosidades del príncipe Inca Viracocha, octavo rey. Su padre privado del imperio. La huída de un gran señor. El pronóstico de la ida de los españoles.— Contiene veinte y nueve capítulos.

CAPITULO I

COMO ACRECENTABAN Y REPARTIAN LAS TIERRAS A LOS VASALLOS



ABIENDO conquistado el Inca cualquiera reino o provincia y dado asiento en el gobierno de los pueblos, y vivienda de los moradores, conforme a su idolatría y leyes, mandaba que se aumentasen las tierras de labor (que se entiende las que llevaban maiz) para lo cual mandaba traer los ingenieros de acequias de agua, que los hubo famosísimos, como lo muestran hoy sus obras, así las que se han destruído cuyos rastros se ven todavía, como las que viven. Los maestros sacaban las acequias necesarias conforme a las tierras que había de provecho: porque es de saber que por la mayor parte toda aquella tierra es pobre de tierras de pan; y por esto procuraban aumentarlas todo lo que les era posible; y porque por ser debajo de la Tórrida Zona tienen necesidad de riego, se lo daban con gran curiosidad, y no sembraban grano de maiz sin agua de riego. También abrían acequias para regar las dehesas cuando el otoño detenía sus aguas: que también quisieron asegurar los pastos como los sembrados, porque tuvieron infinito ganado. Estas acequias para las dehesas, se perdieron luego que los españoles entraron en la tierra, pero viven hoy los rastros dellas.

Sacadas las acequias allanaban los campos y los ponían de cuadrado para que gozasen bien del riego en los cerros y laderas que eran de buena tierra: hacían andenes para allanarlas como hoy se ven en el Cosco y en todo el Perú. Para hacer estos andenes, echaban tres muros de cantería fuerte, uno por delante y dos por los lados. algo pendientes adentro (como son todas las paredes que labran) para que puedan sufrir el peso de la tierra que les arriman hasta emparejar con lo alto de las paredes. Pasado el primer anden, hacían luego otro menor, y adelante de aquel otro más chico. Y así iban ganando todo el cerro poco a poco, allanándolo por sus andenes a manera de escalera, gozando de toda la tierra que era buena para sembrar, y que se podía regar. Donde había peñascales, quitaban las peñas y llevaban tierra de otra parte para hacer andenes y aprovechar aquel sitio porque no se perdiese. Los andenes primero, eran grandes conforme a la disposición del sitio, anchos y largos de ciento y de doscientas y trescientas más y menos fanegas de sembradura, y los segundos eran menores; y así iban disminuyéndose como iban subiendo hasta los postreros que venían a ser de dos y tres hiladas de maiz. Tan aplicados como esto fueron los Incas en lo que era aumentar tierras para sembrar el maiz. En muchas partes llevaron quince y veinte leguas una acequia de agua para regar muy pocas fanegas de tierra de pan porque no se perdiesen.

Habiendo aumentado las tierras, medían todas las que habían en toda la provincia, cada pueblo de por sí, y las repartían en tres partes; la una para el sol, y la otra para el rey, y la otra para los naturales. Estas partes se dividían siempre con atención que los naturales tuviesen bastantemente en qué sembrar, que antes les sobrase que les faltase; y cuando la gente del pueblo o provincia crecía en número, quitaban de la parte del sol y de la parte del Inca para los vasallos; de manera que no tomaba el rey para sí ni para el sol. sino las tierras que habían de quedar desiertas sin dueño; los andenes por la mayor parte se aplicaban al sol y al Inca, porque las había él mandado hacer. Sin las tierras del maiz que se regaba, repartían otras que no alcanzaban riego; en las cuales sembraban de sequero otras semillas y legumbres que son de mucha importancia, como es la que llaman papa y oca, y añus, las cuales tierras también se repartían por su cuenta y razón tercia parte a los vasallos como al sol y al Inca, y porque eran estériles por falta de riego, no las sembraban mas de un año o dos, y luego repartían otras y otras, porque descansasen las primeras; desta manera traían en concierto sus tierras flacas para que siempre les fuesen abundantes.

Las tierras del maiz las sembraban cada año, porque como las beneficiaban con agua y estiércol como una huerta, les hacían llevar siempre fruto. Con el maiz sembraban una semilla que es casi como arroz que llaman quinua: la cual también se dá en las tierras frías.

CAPITULO II

EL ORDEN QUE TENIAN EN LABRAR LAS TIERRAS. LA FIESTA CON QUE LABRABAN LAS DEL INCA Y LAS DE EL SOL

EN el labrar y cultivar las tierras también había orden y concierto: labraban primero las del sol, luego las de las viudas y huérfanos, y de los impedidos por vejez o enfermedad. Todos estos eran tenidos por pobres, y por tanto mandaba el Inca q' les labrasen las tierras. Había en cada pueblo o en cada barrio, si el pueblo era grande, hombres diputados solamente para hacer beneficiar las tierras de los que llamamos pobres. A estos diputados llamaban Llactacamayu, que es regidor del pueblo: tenían cuidado al tiempo del barbechar, sembrar y coger los frutos, subirse de noche en atalayas o torres que para este efecto había hechas, y tocaban una trompeta o caracol para pedir atención, y a grandes voces decían: tal día se labran las tierras de los impedidos, acuda cada uno a su pertinencia. Los vecinos de cada colación ya sabían por el padrón que estaba hecho, a cuales tierras habían de acudir, que eran las de su parientes o vecinos más cercanos. Era obligado cada uno a llevar de comer para sí lo que había de comer en su casa; porque los impedidos no tuviesen cuidado de buscarles la comida, decían que a los viejos, enfermos, viudas y huérfanos les bastaba su miseria sin cuidar de la agena. si los impedidos no tenían semilla se la daban de los pósitos, de los cuales diremos adelante. Las tierras de los soldados que andaban ocupados en la guerra, también se labraban por consejo como las tierras de las viudas, huérfanos y pobres; que mientras los maridos servían en la milicia, las mugeres entraban en la cuenta y lista de las viudas por la ausencia dellos; y así se les hacía este beneficio, como gente necesitada. Con los hijos de los que morían en la guerra tenían gran cuidado en la crianza dellos hasta que los casaban.

Labradas las tierras de los pobres, labraba cada uno las suyas, ayudándose unos a otros como dicen, a torna peon. Luego labraban las

del curaca, las cuales habían de ser las postreras que en cada pueblo o provincia se labrasen. En tiempo de Huaina Capac, en un pueblo de los Chachapuyas, porque un indio regidor antepuso las tierras del curaca que era su pariente a las de una viuda, lo ahorcaron por quebrantador del órden que el Inca tenía dado en el labrar de las tierras, y pusieron la horca en la misma tierra del curaca. Mandaba el Inca que las tierras de los vasallos fuesen preferidas a las suyas; porque decían que de la prosperidad de los súbditos redundaba el buen servicio para el rey, que estando pobres y necesitados mal podían servir en la guerra ni en la paz.

Las últimas que labraban eran las del rey: beneficiábanlas en común, iban a ellas y a las del sol todos los indios generalmente con grandísimo contento y regocijo, vestidos de las vestiduras y galas que para sus mayores fiestas tenían guardadas, llenas de chapería de oro y plata y con grandes plumages en las cabezas. Cuando barbechaban (que entonces era el trabajo de mayor contento) decían muchos cantares que componían en loor de sus Incas, trocaban el trabajo en fiesta y regocijo porque era en servicio de su dios y de sus reyes.

Dentro en la ciudad del Cosco, a las faldas del cerro donde está la fortaleza, había un anden grande de muchas fanegas de tierra, y hoy estará vivo si no lo han cubierto de casas; llámase Collampata. (17) El barrio donde está tomó el nombre propio del andén, el cual era particular y principal joya del sol, porque fué la primera que en todo el imperio de los Incas le dedicaron. Este andén labraban y beneficiaban los de la sangre real, y no podían trabajar otros en él sino los Incas y Pallas. Hacíase con grandísima fiesta, principalmente el barbechar: iban los Incas con todas sus mayores galas y arreos. Los cantores que decían en loor del sol y de sus reyes, todos eran compuestos sobre la significación desta palabra Haylli, (18) que en la lengua general del Perú quiere decir triunfo como que triunfaban de la tierra barbechándola y desentrañándola para que diese fruto. En estos cantares entremetían dichos graciosos de enamorados discretos y de soldados valientes, todo a propósito de triunfar de la tierra que labraban; y así el retruécano de todas sus coplas era la palabra Haylli, repetidas muchas veces cuantas era menester para cumplir el compás que los indios traen en un cierto contrapaso que hacen barbechando la tierra, con entradas y salidas que hacen para tomar vuelo y romperla mefor.

Traen por arado un palo de una braza en largo, es llano por delante y rollizo por detrás: tiene cuatro dedos de ancho, hácenle una punta para que entre en la tierra; media vara de la punta hacen un estribo de dos palos atados fuertemente al palo principal, donde el indio pone el pie de salto y con la fuerza hinca el arado hasta el estribo. Andan en

(17) *Collampata*=Andenes de plata.
(18) *Haylli*= triunfo, victoria.

cuadrillas de siete en siete y de ocho en ocho, más y menos, como es la parentela o camarada, y apalancando todos juntos a una levantan grandísimos céspedes, increíbles a quien no los ha visto; y es admiración ver que con tan flacos instrumentos hagan obra tan grande, y lo hacen con grandísima facilidad sin perder el compás del canto. Las mugeres andan contrapuestas a los varones, para ayudar con las manos a levantar los céspedes y volcar las raíces de las yerbas hácia arriba, para que se sequen y mueran y haya menos que escardar. Ayudan también a cantar a sus maridos, particularmente con el retruécano Haylli.

Pareciendo bien estos cantares de los indios y el tono dellos al maestro de capilla de aquella iglesia catedral, compuso el año de cincuenta y dos, una chanzoneta en canto de órgano para la fiesta del Santísimo Sacramento, contrahecha muy al natural al canto de los Incas. Salieron ocho muchachos mestizos de mis condiscípulos, vestidos como indios con sendos arados en las manos, con que representaron en la procesión el cantar y el Haylli de los indios, ayudándoles toda la capilla al retruécano de las coplas, con gran contento de los españoles y suma alegría de los indios, de ver que con sus cantos y bailes solemnizasen los españoles la fiesta del Señor Dios nuestro, al cual ellos llaman Pachacamac, que quiere decir, el que dá vida al universo.

He referido la fiesta particular que los Incas hacían cuando barbechaban aquel andén dedicado al sol, que lo ví en mis niñeces dos o tres años, para que por ella se saquen las demás fiestas que en todo el Perú se hacían cuando barbechaban las tierras del sol y las del Inca, aunque aquella fiesta que yo ví en comparación de las que hacían en tiempo de sus Incas, era sombra de las pasadas según lo encarecían los indios.

CAPITULO III

LA CANTIDAD DE TIERRA QUE DABAN A CADA INDIO Y COMO LA BENEFICIABAN

DABAN a cada indio un Tupu, que es una fanega de tierra, para sembrar maiz; empero tiene por fanega y media de las de España. También llaman Tupu a una legua de camino; y lo hacen verbo, y significa medir, y llaman Tupu a cualquiera medida de agua o de vino, o de cualquiera otro licor; y a los alfileres grandes con que las mugeres prenden sus ropas cuando se visten. La medida de las semillas tiene otro nombre, que es Poccha, quiere decir hanega.

Era bastante un Tupu de tierra para el sustento de un plebeyo casado y sin hijos. Luego que los tenía le daban para cada hijo varon otro Tupu, y para las hijas a medio: cuando el hijo varon se casaba le daba el padre la fanega de tierra que para su alimento había recibido, porque echándolo de su casa no podía quedarse con ella.

Las hijas no sacaban sus partes cuando se casaban, porque no se las habían dado para dote sino para alimentos, que habiendo de dar tierras a sus maridos, no las podían ellas llevar; porque no hacían cuenta de las mugeres después de casadas, sino mientras no tenían quien las sustentase, como era antes de casadas y después de viudas: los padres se quedaban con las tierras si las habían menester; y si no las volvían al concejo, porque nadie las podía vender ni comprar.

Al respecto de las tierras que daban para sembrar el maiz, repartían las que daban para sembrar las demás legumbres que no se regaban.

A la gente noble, como eran los curacas, señores de vasallos, les daban las tierras conforme a la familia que tenían de mugeres, y hijos, y concubinas, criados y criadas. A los Incas, que son los de la sangre real, daban al mismo respecto, donde quieran que vivían, de lo mejor de la tierra; y esto era sin la parte comun que todos ellos tenían en la hacienda del rey y en la del sol, como hijos deste y hermanos de aquel.

Estercolaban las tierras para fertilizarlas, y es de notar que en todo el valle del Cosco y casi en toda la serranía, echaban al maiz estiércol de gente, porque dicen que es el mejor; procúranlo haber con gran cuidado y diligencia, y lo tienen enjuto y hecho polvo para cuando hayan de sembrar el maiz. En todo el Collao, en más de ciento y cincuenta leguas de largo, donde por ser tierra muy fría no se dá el maiz, echan en las sementeras de las papas, y las demás legumbres, estiércol de ganado; dicen que es de más provecho que otro alguno.

En la costa de la mar desde más abajo de Arequepa hasta Tarapaca, que son más de doscientas leguas de costa, no echan otro estiércol sino el de los pájaros marinos, que los hay en toda la costa del Perú grandes y chicos, y aún en bandas tan grandes que son increíbles si no se ven: crían, en unos islotes despoblados que hay por aquella costa; y es tanto el estiércol que en ellos dejan, que también es increíble: de lejos parecen los montones del estiércol puntas de alguna sierra nevada. En tiempo de los reyes Incas había tanta vigilancia en guardar aquellas aves, que al tiempo de la cría a nadie era lícito entrar en las islas, so pena de la vida; porque no las asombrasen y echasen de sus nidos. Tampoco era lícito matarlas en ningun tiempo, dentro ni fuera de las islas, so la misma pena.

Cada isla estaba por órden del Inca señalada para tal o tal provincia, y si la isla era grande la daban a dos o tres provincias. Ponianles mojones porque los de la una provincia no se entrasen en el distrito de la otra; y repartiéndola más en particular, daban con el mismo límite a cada pueblo su parte, y a cada vecino la suya, tanteando la cantidad del estiércol que había menester; y so pena de muerte no podía el vecino de un pueblo tomar estiércol del término ageno, porque era hurto; ni de su mismo término podía sacar más de la cantidad que le estaba tasada conforme a sus tierras, que le era bastante, y la demasía le castigaban por el desacato. Ahora en estos tiempos se gasta de otra manera. Es aquel estiércol de los pájaros de mucha fertilidad.

En otras partes de la misma costa, como en las ollas de Atica, Atiquipa, Villacori, Malla y Chillca, y otros valles, estercolan con cabezas de sardinas, y no con otro estiércol. Los naturales destas partes que hemos nombrado y de otras semejantes, viven con mucho trabajo; porque no tienen riego de agua de pié ni llovediza; porque como es notorio, en más de setecientas leguas de largo de aquella costa no llueve jamás, ni pasan ríos por aquellas regiones que hemos dicho. Por lo cual los naturales buscando humedad suficiente para sembrar el maiz, acercan sus pueblos lo más que pueden a la mar, y apartan la arena superficial que está sobre la haz de la tierra, y ahondan en partes un estado y en partes dos, y más y menos hasta llegar al peso del agua de la mar; y por esto las llamaron ollas los españoles, unas son grandes y otras chicas; las menores tendrán a media fanega de sembradura, y las mayores a tres y a cuatro fanegas; no las barbechan ni cosechan, porque no

lo han menester: siémbranlas con estacas gruesas a compás y medida haciendo hoyos, en los cuales entierran las cabezas de las sardinas, con dos o tres granos de maiz dentro dellas. Este es el estiércol que usan echar en las sementeras de las ollas, y otro cualquiera dicen que antes daña que aprovecha. Y la Providencia divina que en toda cosa abunda, provee a los indios y a las aves de aquella costa, con que la mar a sus tiempos eche de sí tanta cantidad de sardina viva, que haya para comer y estercolar sus tierras, y para cargar muchos navíos si fuesen a cogerla. Algunos dicen que las sardinas salen huyendo de las lizas y de otros pescados mayores q' se las comen; que sea de la una manera o de la otra, es provecho de los indios para que tengan estiércol. Quien haya sido el inventor destas ollas no lo saben decir los indios: debiólo de ser la necesidad que aviva los entendimientos: que como hemos dicho, en todo el Perú hay gran falta de tierras de pan: puédese creer que harían las ollas como hicieron los andenes. De manera que todos universalmente sembraban lo que habían menester para sustentar sus casas, y así no tenían necesidad de vender los bastimentos, ni de encarecerlos, ni sabían que cosa era carestía. (19)

———∿———

(19) Cieza de León refiere que Pachacutec pretendió cultivar coca en la fría zona del Cuzco, sembrando la planta en el fondo de profundos pozos.

CAPITULO IV

COMO REPARTIAN EL AGUA PARA REGAR: CASTIGABAN A LOS FLOJOS Y DESCUIDADOS

EN las tierras donde alcanzaban poca agua para regar, la daban por su órden y medida (como todas las demàs cosas que se repartían) porque entre los indios no hubiese rencilla sobre el tomarla: y esto se hacía en los años escasos de lluvias cuando la necesidad era mayor. Medían el agua, y por esperiencia sabían qué espacio de tiempo era menester para regar una fanega de tierra: y por esta cuenta daban a cada indio las horas que conforme a sus tierras habían menester holgadamente. El tomar el agua era por su vez, como iban sucediendo las hazas, una en pos de otra: no era preferido el más rico, ni el más noble, ni el privado o pariente del curaca, ni el mismo curaca, ni el ministro o gobernador del rey. Al que se descuidaba de regar su tierra en el espacio de tiempo que le tocaba, lo castigaban afrentosamente: dábanle en público tres o cuatro golpes en las espaldas con una piedra, o le azotaban los brazos y piernas con varas de mimbre por holgazan y flojo, que entre ellos fué muy vituperado, a los cuales llamaban Mizquitullu, que quiere decir huesos dulces, compuesto de Mizqui, que es dulce, y de Tullu que es hueso.

CAPITULO V

EL TRIBUTO QUE DABAN AL INCA, Y LA CUENTA DELOS ORONES

YA se ha dicho de qué manera repartían los Incas las tierras, y de qué manera las beneficiaban sus vasallos, será bien que digamos el tributo que daban a sus reyes. Es así que el principal tributo era labrar y beneficiar las tierras del sol y del Inca, y coger los frutos cualesquiera que fuesen, y encerrarlos en sus orones y ponerlos en los pósitos reales que había en cada pueblo para recoger los frutos; y uno de los principales frutos era el Uchu, que los españoles llaman Axí, y por otro nombre pimiento.

A los orones llaman Pirua: son hechos de barro pisado con mucha paja. En tiempo de sus reyes los hacían con mucha curiosidad: eran largos más o menos conforme al altor de las paredes del aposento donde los ponían; eran angostos y cuadrados y enterizos, q' los debían de hacer con molde, y de diferentes tamaños. Hacianlos por cuenta y medida unos mayores que otros, de a treinta fanegas, de a cincuenta y de a ciento, y de a doscientas más y menos como convenía hacerlos. Cada tamaño de orones estaba en su aposento de por sí, porque se habian hecho á medida dél: poníanlos arrimados á todas cuatro paredes y por medio del aposento; por sus hiladas dejaban calles entre unos y otros para henchirlos y vaciarlos á sus tiempos. No los mudaban de donde una vez los ponian. Para vaciar el orón hacían por la delantera dél unas ventanillas de una ochava en cuadro, abiertas por su cuenta y medida, para saber por ellas las fanegas que se habian sacado y las que quedaban, sin haberlas medido. De manera que por el tamaño de los orones sabían con mucha facilidad del maiz que en cada aposento y en cada depósito había: y por las ventanillas sabían lo que habían sacado y lo que quedaba en cado orón: yo ví algunos destos orones que quedaron del tiempo de los Incas, y eran de los mas aventajados porque estaban

en la casa de las vírgenes escogidas, mugeres del sol; y eran hechos para el servicio de aquellas mugeres. Cuando los ví era la casa de los hijos de Pedro del Barco, que fueron mis condiscípulos.

La cosecha del sol y la del Inca se encerraba cada una de por sí aparte, aunque en unos mismos pósitos: la semilla para sembrar la daba el dueño de la tierra, que es el sol o el rey; y lo mismo era el sustento de los indios que trabajaban, porque los mantenían de la hacienda de cada uno dellos cuando labraban y beneficiaban sns tierras; de manera, que los indios no ponían más del trabajo personal. De la cosecha de sus tierras particulares no pagaban los vasallos cosa alguna al Inca. El P. M. Acosta dice lo mismo en el libro sesto, capítulo quince, por estas palabras: la tercera parte de tierras daba el Inca para la comunidad. No se ha averiguado qué tanta fuese esta parte, si mayor o menor que la del Inga y Guacas; pero es cierto que se tenía atención a que bastase a sustentar el pueblo. Desta tercera parte ningún particular poseía cosa propia, ni jamás poseyeron los indios cosa propia sino era por merced especial del Inca; y aquello no se podía enagenar ni aún dividir entre los herederos. Estas tierras de comunidad se repartían cada año y a cada uno se le señalaba el pedazo que había menester para sustentar su persona, y la de su muger y hijos; y así era unos años más y otros menos, según era la familia; para la cual había ya sus medidas determinadas. Desto que a cada uno se le repartía no daba jamás tributo, porque todo su tributo era labrar y beneficiar las tierras del Inga y de las Guacas, y ponerles en sus depósitos los frutos, &. Hasta aquí es del P. Acosta: llama tierras de las Guacas a las del sol, porque eran de lo sagrado.

En toda la provincia llamada Colla, en más de ciento y cincuenta leguas de largo por ser la tierra muy fría no se dá el maiz: cójese mucha quinua, que es como arroz, y otras semillas y legumbres, que fructifican debajo de tierra, y entrellas hay una que llaman Papa; es redonda y muy húmida, y por su mucha húmidad dispuesta a corromperse presto. Para preservarla de corrupción la echan en el suelo sobre paja que la hay en aquellos campos muy buena; déjanla muchas noches al hielo que en todo el año hiela en aquella provincia rigorosamente; y después que el hielo la tiene pasada como si la cocieran, la cubren con paja y la pisan con tiento y blandura para que despiche la acuosidad que de suyo tiene la papa, y la que el hielo le ha causado; y después de haberla bien esprimido la ponen al sol y la guardan del sereno hasta que está del todo enjuta. Desta manera preparada se conserva la papa mucho tiempo, y trueca su nombre y se llama Chuñu: así pasaban toda la que se cogía en las tierras del sol y del Inca, y la guardaban en los pósitos con las demás legumbres y semillas.

CAPITULO VI

HACIAN DE VESTIR, ARMAS Y CALZADO PARA LA GENTE DE GUERRA

SIN el tributo principal q` era sembrar las tierras, coger y beneficiar los frutos del sol y del Inca, daban otro segundo tributo, que era de hacer de vestir y de calzar, y armas para el gasto de la guerra y para la gente pobre, que eran las que no podían trabajar, por vejez o por enfermedad. En repartir y dar este segundo tributo había la misma órden y concierto que en todas las demás cosas. La ropa en toda la serranía, la hacían de lana, que el Inca les daba de sus ganados y del sol, que eran innumerables. En los Llanos que es la costa del mar, donde por ser la tierra caliente no visten la lana, hacian ropa de algodón de la cosecha de las tierras del sol y del Inca, que los indios no ponían más de la obra de sus manos. Hacian tres suertes de ropa, de lana, la más baja que llaman Avasca, era para la gente común; otra hacían más fina, que llaman Compi; desta vestía la gente noble, como eran los capitanes y curacas, y otros ministros; hacíanla de todas colores y labores con peine como se hacen los paños de Flandes, era a dos haces. Otra ropa hacían finísima del mismo nombre Compi, esta era para los de la sangre real, así capitanes, como soldados y ministros regios en la guerra y en la paz. Hacían la ropa fina en las provincias, donde los naturales tenían más habilidad y maña para la hacer, y la no fina en otras, donde no habia tan buena dispusición. La lana para toda esta ropa hilaban las mugeres, y tejían la ropa basta que llaman Avasca; la fina tejían los hombres, porque la tejen en pié; y la una y la otra labraban los vasallos y no los Incas, ni aún para su vestir; digo esto porque hay quien diga que hilaban los Incas. Adelante, cuando tratemos de cómo les armaban caballeros, diremos cómo y para qué era el hilar, que dicen de los Incas. El calzado hacían las provincias que tenían más abundancia de cáñamo, que se hace de las pencas del árbol llamado Maguey. Las armas se

hacían en las tierras que tenían abundancia de materiales para ello. En unas hacían arcos y flechas, en otras lanzas y dardos; en otras porras y hachas, y en otras hacían hondas y sogas de cargar, en otras paveses y rodelas; no supieron hacer otras armas defensivas. En suma, cada provincia y nación daba de lo que tenía de su cosecha, sin ír a buscar a tierra agena lo que en la suya no había, que no le obligaban a más; en fín pagaban su tributo sin salir de sus casas, que era ley universal para todo el imperio que ningún indio saliese fuera de su tierra a buscar lo que hubiese de dar en tributo, porque decían los Incas que no era justo pedir a los vasallos lo que no tenían de cosecha, y q' era abrirles la puerta para que en achaque del tributo anduviesen vagando de tierra en tierra hechos holgazanes. De manera que eran cuatro las cosas que de obligación daban al Inca, que eran bastimentos de las propias tierras del rey, ropa de lana de su ganado real, armas y calzado de lo que había en cada provincia. Repartían estas cosas por gran órden y concierto. Las provincias que en el repartimiento cargaban de ropa, por el buen aliño que en ellas había para hacerla, descargaban de las armas y del calzado; y por el semejante a las que daban más de una cosa descargaban de otra, y en toda cosa de contribución había el mismo respecto. De manera que ni en común ni en particular nadie se diese por agraviado. Por esta suavidad que en sus leyes había, acudían los vasallos a servir al Inca con tanta prontitud y contento, que hablando en el mismo propósito dice un famoso historiador español estas palabras: pero la mayor riqueza de aquellos bárbaros reyes era ser sus esclavos todos sus vasallos, de cuyo trabajo gozaban a su contento: y lo que pone admiración servíanse dellos por tal órden y por tal gobierno que no se les hacía servidumbre, sino vida muy dichosa: hasta aquí es ageno, y holgué ponerlo aquí, como pondré en sus lugares otras cosas deste muy venerable autor, que es el P. José de Acosta, de la Compañía de Jesús; de cuya autoridad, y de los demás historiadores españoles me quiero valer en semejantes pasos contra los maldicientes, porque no digan que finjo fábulas en favor de la patria y de los parientes. Este era el tributo que entonces pagaban a los reyes idólatras.

Otra manera de tributo daban los impedidos, que llamamos pobres; y era, que de tantos a tantos días eran obligados a dar a los gobernadores de sus pueblos, ciertos cañutos de piojos. Dicen que los Incas pedían aquel tributo porque nadie (fuera de los libres de tributo) se exentase de pagar pecho, por pobre que fuese, y que a estos se lo pedían de piojos, porque como pobres impedidos no podían hacer servicio personal, que era el tributo que todos pagaban. Pero también decían que la principal intención de los Incas para pedir aquel tributo era celo amoroso de los pobres impedidos, por obligarles a que se despiojasen y limpiasen; porque como gente desastrada no pereciesen comidos de piojos: por este celo, que en toda cosa tenían los reyes, les

llamaban amadores de los pobres. Los decuriones de a diez (que en su lugar dijimos) tenían cargo de hacer pagar este tributo.

Eran libres de los tributos que hemos dicho, todos los de la sangre real, y los sacerdotes y ministros de los templos, y los curacas, que eran los señores de vasallos, y todos los maeses de campo y capitanes de mayor nombre, hasta los centuriones, aunque no fuesen de la sangre real, y todos los gobernadores, jueces y ministros régios, mientras les duraban los oficios que administraban: todos los soldados que actualmente estaban ocupados en la guerra, y los mozos que no llegaban a veinte y cinco años, porque hasta entonces ayudaban a servir a sus padres, y no podían casarse; y después de casados, por el primer año, eran libres de cualquier tributo: asímismo eran libres los viejos de cincuenta años arriba, y las mugeres, así doncellas, como viudas y casadas, aunque muchos españoles quieren porfiar en decir que pagaban tributo, porque dicen que todos trabajaban; y engáñanse, que cuando ellas trabajaban era por su voluntad, por ayudar a sus padres, maridos o parientes, para que acabasen más aín sus tareas, y no por obligación de tributo. Los enfermos eran libres hasta que cobraban entera salud, y los ciegos, cojos, mancos y lisiados; por el contrario, los sordos y mudos no eran libres, porque podían trabajar; de manera que bien mirado, el trabajo personal era el tributo que cada uno pagaba: lo mismo dice el P. Blas Valera, como adelante veremos tan al propio, que parece lo uno sacado de lo otro, y la misma conformidad se hallará en todo lo que tratamos de tributos.

CAPITULO VII

EL ORO Y PLATA Y OTRAS COSAS DE ESTIMA NO ERA DE TRIBUTO. SINO PRESENTADAS

EL oro y plata, y las piedras preciosas que los reyes Incas tuvieron en tanta cantidad, como es notorio, no era de tributo obligatorio q' fuesen los indios obligados a darlo, ni los reyes lo pedían, porque no lo tuvieron por cosa necesaria para la guerra ni para la paz, y todo esto no estimaron por hacienda ni tesoro, porque como se sabe no vendían ni compraban cosa alguna por plata ni por oro. ni con ello pagaban la gente de guerra, ni lo gastaban en socorro de alguna necesidad que se les ofreciese; y por tanto lo tenían por cosa supérflua, porque ni era de comer ni para comprar de comer, solamente lo estimaban por su hermosura y resplandor, para ornato y servicio de las casas reales y templo del sol y casas de las vírgenes, como en sus lugares hemos visto y veremos adelante. Alcanzaron los Incas el azogue más no usaron de él, porque no le hallaron de ningún provecho; y adelante en su lugar daremos más larga cuenta dél.

Decimos pues que el oro y plata que daban al rey era presentado y no de tributo forzoso, porque aquellos indios (como hoy lo usan) no supieron jamás visitar al superior sin llevar algún presente, y cuando no tenían otra cosa llevaban una cestica de fruta verde o seca. Pues como los curacas, señores de vasallos, visitasen al Inca en las fiestas principales del año, particularmente en la principalísima que hacían al sol, llamada Raymi, y en los triunfos que se celebraban por sus grandes victorias, y en el tresquilar y poner nombre al príncipe heredero, y en otras muchas ocasiones que entre año se ofrecian, cuando hablaban al rey en sus negocios particulares, o en los de sus tierras, ó cuando los reyes visitaban el reino, en todas estas visitas jamás le besaban las manos, sin llevarle todo el oro y plata, y piedras preciosas que sus indios sacaban cuando estabas ociosos; porque como no era cosa nece-

saria para la vida humana, no los ocupaban en sacarlos cuando había otra cosa en que entender. Empero como veían que lo empleaban en adornar las casas raeles y los templos (cosa que ellos tanto estimaban) gastaban el tiempo que les sobraba buscando oro y plata, y piedras preciosas para tener que presentar al Inca y al sol, que eran sus dioses.

Sin estas riquezas presentaban los curacas al rey madera preciada de muchas maneras para los edificios de sus casas. Presentábanle tambien los hombres que en cualquier oficio salian escelentes oficiales, como plateros, pintores, canteros, carpinteros, y albañiles, que todos estos oficios tenían los Incas grandes maestros, que por ser dignos de su servicio se los presentaban los curacas. La gente común no los había menester, porque cada uno sabía lo necesario para su casa, como hacer de vestir y de calzar, y una pobre choza en que vivir, aunque entonces se la daba hecha el concejo, y ahora la hace cada uno para sí con ayuda de sus parientes ó amigos; y asi los oficiales de cualquier oficio eran impertinentes para los pobres, porque no pretendían mas de pasar y sustentar la vida natural, sin la superfluidad de tantas cosas como son menester para los poderosos.

Demas de los grandes oficiales presentaban al Inca animales fieros, tigres, leones, y osos, y otros no fieros, micos y monos y gatos, cervales, papagayos y guacamayos, y otras aves mayores. que son avestruces, y el ave que llaman Cuntur, grandísima sobre todas las aves que hay allá ni acá. También le presentaban culebras grandes y chicas, de las que se crían en los Antis: las mayores que llaman Amaru son de a veinte y cinco y de a treinta pies y más de largo: llevábanle grandes sapos y escuerzos, y lagartos fieros. Los de la costa le presentaban lobos marinos, y los lagartos que llaman Caimanes, que también los hay de a veinte y cinco, y de a treinta pies de largo. En suma no hallaban cosa notable en ferocidad, o en grandeza, o en lindeza q' no se la llevasen a presentar, juntamente con el oro y la plata, para decirle que era señor de todas aquellas cosas, y de los que se las llevaban, y para mostrarle el amor con que le servían.

CAPITULO VIII

LA GUARDA Y EL GASTO DE LOS BASTIMENTOS

SERA bien digamos cómo se guardaba, y en qué se gastaba este tributo. Es de saber q' por todo el reino había tres maneras de pósitos donde encerraban las cosechas y tributos. En cada pueblo grande o chico había dos pósitos, en el uno se encerraba el mantenimiento, que se guardaba para socorrer naturales en años estériles. En el otro pósito se guardaban las cosechas del sol y del Inca. Otros pósitos había por los caminos reales de tres a tres leguas, que ahora sirven a los españoles de ventas y mesones.

La cosecha del sol y del Inca, de cincuenta leguas alrrededor de la ciudad del Cosco llevaban a ella para el sustento de la corte, para que el Inca tuviese a mano bastimento de que hacer merced a los capitanes y curacas que a ella fuesen. De la renta del sol dejaban en cada pueblo de aquellas cincuenta leguas cierta parte para el pósito común de los vasallos.

La cosecha de los demás pueblos, fuera del distrito de la corte, guardaban en los pósitos reales que en ellos había, y de allí la llevaban por su cuenta y razón a los pósitos que estaban en los caminos, donde encerraban bastimento, armas, ropa de vestir, y calzado para los ejércitos que por ellos caminaban a las cuatro partes del mundo, que llamaron Tavantinsuyu. Destas cuatro cosas tenían tan bastecidos los pósitos de los caminos, que aunque pasasen por ellos muchas compañías o tercios de gente de guerra, había bastante recaudo para todos. No permitían que los soldados se alojasen por los pueblos a costa de los vasallos. Decían los Incas que ya había pagado cada pueblo el tributo que le cabía, que no era justicia hacerle más vejación; y de aquí nacía la ley que mandaba dar pena de muerte a cualquier soldado que tomase cosa alguna a los vasallos por poca que fuese. Pedro de Cieza de León, hablando de los caminos, lo refiere cap. 6º. y dice estas palabras: había para los Incas aposentos grandes y muy principales, y depósitos para proveimientos de la gente de guerra; porque fueron tan

temidos, que no saban dejar de tener gran proveimiento, y si faltaba alguna cosa se hacía castigo grande; y por el consiguiente si alguno de los que con él iban de una parte a otra era osado de entrar en las sementeras o casas de los indios, aunque el daño que hiciese no fuese mucho, mandaba que fuese muerto. Hasta aquí es de Pedro de Cieza. Decían los indios que para prohibir a los soldados el hacer agravio a nadie en campos ni poblados, y para castigarles con justicia les daban todo lo necesario. Así como la gente de guerra iba gastando lo que habíe en los pósitos de los caminos, así iban llevando de los pósitos de los pueblos por tanta cuenta y razón que jamás hubo falta en ellos.

Agustín de Zárate habiendo hablado de la grandeza de los caminos reales (que en su lugar diremos) dice lo que se sigue, libro primero, capítulo 14. Demás de la obra y gasto destos caminos, mandó Guainacava que en el de la sierra de jornada a jornada se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese caber su persona y casa con todo su ejército: y en el de los Llanos otros semejantes, aunque no se podían hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino a la orilla de los ríos, que, como tenemos dicho, están apartados ocho o diez leguas, y en partes quince y veinte. Estos aposentos se llaman Tambos, donde los indios, en cuya jurisdicción caían, tenían hecha provisión y depósito de todas las cosas que en él se había menester para proveimiento de su ejército, no solamente de mantenimientos más aún de armas y vestidos, y todas las otras cosas necesarias. Tanto, que si en cada uno destos Tambos quería renovar de armas y vestidos a veinte o treinta mil hombres de su campo, lo podía hacer sin salir de casa.

Traía consigo gran número de gente de guerra con picas, y alabardas, porras, y hachas de armas de plata y cobre, y algunas de oro, y con hondas, y tiraderas de palma tostadas las puentas &. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, acerca de la provisión que en los caminos aquellos reyes tenían para sus ejércitos.

Si por ser los gastos excesivos de la guerra no alcanzaban las rentas del rey, entonces se valía de la hacienda del sol, como hijo legítimo y universal heredero que decía ser suyo. Los bastimentos que sobraban de los gastos de la guerra y de la corte se guardaban en las tres maneras de pósitos que hemos dicho, para repartirlos en años de necesidad a los vasallos, en cuyo beneficio se empleaba el principal cuidado de los Incas.

De la hacieienda del sol mantenían en todo el reino a los sacerdotes y ministros de su idolatría mientras asistían en los templos. porque servían a semanas por su rueda; más cuando estaban en sus casas comían a su costa, que tambien les daban a ellos tierras para sombrar, como a toda la demás gente común, y con todo eso era poco el gasto que había en la hacienda del sol, según la cantidad de la renta; y así sobraba mucha para socorrer al Inca en sus necesidades.

CAPITULO IX

DABAN DE VESTIR A LOS VASALLOS. NO HUBO POBRES MENDIGANTES

ASI como había órden y gobierno para que hubiese ropa de vestir en abundancia para la gente de guerra, así también lo había para dar lana de dos a dos años a todos los vasallos y a los curacas en general, para que hiciesen de vestir para sí, y para sus mugeres y hijos, y los decuriones tenían cuidado de mirar si se vestían. Los indios en común fueron pobres de ganados, que aún los curacas tenían apenas para sí y para su familia; y por el contrario, el sol y el Inca tenían tanto que era innumerable. Decían los indios que cuando los españoles entraron en aquella tierra ya no tenían donde apacentar sus ganados; y también yo lo oí a mi padre y a sus contemporáneos q' contaban grandes excesos y desperdicios que algunos españoles habían hecho en el ganado, que quizá lo contaremos en su lugar. En las tierras calientes daban algodón de las rentas reales, para que los indios hiciesen de vestir para sí y para su casa. De manera que lo necesario para la vida humana, de comer, y vestir y calzar, lo tenían todos; que nadie podía llamarse pobre ni pedir limosna, porque lo uno y lo otro tenían bastantemente como si fueran ricos, y para las demasías eran pobrísimos, que nada les sobraba; tanto que el P. M. Acosta, hablando del Perú breve y compendiosamente, dice lo mismo que nosotros, con tanta prolijidad, hemos dicho al fín del capítulo quince, libro sesto, dice estas palabras; tresquilábase a su tiempo el ganado, y daban a cada uno a hilar y tejer su ropa para hijos y muger, y había visita si lo cumplían, y castigaban al negligente. La lana que sobraba poníase en sus depósitos, y así los hallaron muy llenos destas y de todas las otras cosas necesarias a la vida humna los españoles cuando en ella entraron. Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan noble y próvido gobierno, pues sin ser religiosos ni cristianos los indios, en su manera guarda-

ban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia y proveer a toda lo necesario, y sustentar tan copiosamente las sosas de la religión, y las de su rey y señor. Con esto acaba aquí el capítulo quince, q' intitula: la hacienda del Inca y tributo.

En el capítulo siguiente, hablando de los oficios de los indios, donde toca muchas cosas de las que hemos dicho y adelante diremos, dice lo que se sigue sacado a la letra: otro primor tuvieron también los indios del Perú, que es enseñarse cada uno desde muchacho en todos los oficios que ha menester un hombre para la vida humana. Porque entre ellos no había oficiales señalados, como entre nosotros, de sastres, y zapateros, y tejedores, sino que todo cuanto en sus personas y casa habian menester, lo aprendían todos y se proveían así mismos. Todos sabían tejer y hacer sus ropas; y así el Inca, con proveerles de lana, los daba por vestidos. Todos sabían labrar la tierra y beneficiarla sin alquilar otros obreros. Todos se hacían sus casas, y las mugeres eran las que más sabían de todo; sin criarse en regalo, sino con mucho cuidado sirviendo a sus maridos. Otros oficios, que no son para cosas comunes y ordinarias de la vida humana tenían sus propios y especiales oficiales, como eran plateros y pintores, y olleros y barqueros, y contadores y tañedores; y en los mismo oficios de tejer y labrar o edificar había maestros para obra prima, y de quien se servían los señores. Pero el vulgo común, como está dicho, cada uno acudía a lo que había menester en su casa, sin que uno pagase a otro para esto, y hoy día es así. De manera, que ninguno ha menester a otro para las cosas de su casa y persona, como es calzar y vestir y hacer una casa, y sembrar y coger y hacer los aparejos y herramientas necesarias para ello. Y casi en esto imitan los indios a los institutos de los monjes antiguos que refieren las vidas de los padres. A la verdad ellos son gente poco codiciosa ni regalada, y así se contentan con pasar bien moderadamente; que cierto, si su linage de vida se tomára por elección, y no por costumbre y naturaleza, dijéramos que era vida de gran perfección; y no deja de tener harto aparejo para recibir la doctrina del santo Evangelio, que tan enemiga es de la soberbia, y codicia y regalo. Pero los predicadores no todas veces se conforman con el ejemplo que dan, con la doctrina que predican a los indios. Poco más abajo dice: era ley inviolable no mudar cada uno el traje y hábito de su provincia, aunque se mudase a otra; y para el buen gobierno lo tenía el Inca por muy importante, y lo es hoy día, aunque no hay tanto cuidado como solía. Hasta aquí es del P. M. Acosta. Los indios se admiran mucho de ver mudar traje a los españoles cada año, y lo atribuían a soberbia, presunción y perdición.

La costumbre de no pedir nadie limosna todavía se guardaba en mis tiempos, que hasta el año de mil y quinientos y sesenta que salí del Perú, por todo lo q' por él anduve no ví indio ni india que la pidiese; sola una vieja conocí en el Cosco, que se decía Isabel, que la pe-

día; y más era por andarse chocarreando de casa en casa como las gitanas, que no por necesidad que hubiese. Los indios e indias se lo reñían y riñéndola escupían en el suelo, que es señal de vituperio y abominación; y por ende no pedía la vieja a los indios sino a los españoles; y como entonces aún no había en mi tierra moneda labrada, le daban maiz en limosna, que era lo que ella pedía, y si sentía que se lo daban de buena gana, pedía un poco de carne; y si se la daban, pedía un poco de brebage que beben; y luego, con sus chocarrerías, haciéndose truhana, pedía un poco de Cuca, que es la yerba preciada que los indios traen en la boca; y desta manera andaba en su vida holgazana y viciosa. Los Incas en su república tampoco se olvidaron de los caminantes, que en todas los caminos reales y comunes mandaron hacer casas de hospedería, que llamaron Corpahuasi, donde les daban de comer, y todo lo necesario para su camino, de los pósitos reales que en cada pueblo había; y si enfermaban, los curaban con grandísimo cuidado y regalo; de manera que no echasen menos sus casas, sino que antes les sobrase de lo que en ellas podían tener. Verdad es que no caminaban por su gusto y contento, ni por negocios propios de grangerías u otras cosas semejantes, porque no las tenían particulares, sino por órden del rey o de los curacas, que los enviaban de unas partes a otras, o de los capitanes y ministros de la guerra o de la paz. A estos tales caminantes daban bastante recaudo; y a los demás que caminaban sin causa justa los castigaban por vagamundos.

CAPITULO X

EL ORDEN Y DIVISION DEL GANADO Y DE LOS ANIMALES EXTRAÑOS

PARA poder tener cuenta con tanta multitud de ganado como tuvieron los Incas, lo tenían dividido por sus colores; q' aquel ganado es de muchas y diversas colores, como los caballos de España, y tienen sus nombres para nombrar cada color. A los muy pintados de dos colores llaman Murumuru, y los españoles dicen Moromoro. Si algún cordero nacía de diferente color que sus padres, luego que se había criado lo pasaban con los de su color; y desta manera, con mucha facilidad daban cuenta y razón de aquel su ganado por sus ñudos, porque los hilos eran de las mismas colores del ganado.

Las recuas para llevar los bastimentos a todas partes las hacían deste ganado, que los españoles llaman carneros, teniendo más semejanza de camellos (quitada la corcova) que de carneros; y aunque el cargarse los indios era comun costumbre entre ellos, el Inca no lo permitía en su servicio si no era a necesidad. Mandaba que fuesen reservados del todo el trabajo que se les pudiese escusar; porque decía que lo quería guardar para emplearlo en otras obras, en las cuales no se podía escusar y se empleaba mejor, como en labrar fortalezas y casas reales, hacer puentes y caminos, andenes y acequias y otras obras de provecho comun, en que los indios andaban siempre ocupados.

Del oro y plata que los vasallos presentaban al Inca, dijimos atrás, en qué y cómo se empleaba en el ornato de los templos del sol y de las casas reales; y de las escogidas diremos cuando tratemos dellas.

Las aves estrañas, y los animales fieros, y las culebras grandes y chicas con todas las demás sabandijas, malas y buenas que presentaban los curacas, las sustentaban en algunas provincias, que hoy retienen los nombres dellas, y también las tenían en la corte, así para gran deza della, como para dar a entender a los vasallos q' las habían traído;

que pues el Inca las mandaba guardar y sustentar en su corte, le había sido agradable el servicio que con ellas le habían hecho, lo cual era de sumo contento para los indios.

De los barrios donde tenían estos animales había alguna memoria cuando yo salí del Cosco; llamaban Amarucancha (que quiere decir barrio de Amarus, que son las culebras muy grandes) al barrio donde ahora es la casa de los padres de la Compañía de Jesús. Asímismo, llamaban Pumacurcu y Pumapchupan a los barrios donde tenían los leones, tigres y osos, dándoles el nombre del león, que llaman Puma. El uno dellos está a las faldas del cerro de la Fortaleza; el otro barrio está a las espaldas del monasterio de Santo Domingo.

Las aves, para que se criasen mejor, las tenían fuera de la ciudad; y de aquí se llamó Surihualla, que es prado de avestruces, un heredamiento que está cerca de una legua del Cosco, al Mediodía, que fué de mi ayo Juan de Alcobaza, y lo heredó su hijo Diego de Alcobaza, presbítero, mi condiscípulo.

Los animales fieros, como tigres y leones, culebras y zapos y escuerzos (demás de la grandeza de la corte) los mantenían para castigo de los malhechores, como en otra parte diremos, dondo se tratará de las leyes que tuvieron para tales o tales delincuentes.

Esto es lo que hay que decir acerca de los tributos que daban a los reyes Incas, y cómo lo gastaban ellos. De los papeles escritos de mano del curioso y muy docto P. M. Blas Valera saqué lo que se sigue, para que se vea la conformidad de lo que él iba diciendo, con todo lo que de los principios, costumbres, leyes y gobierno de aquella república hemos dicho. Su Paternidad lo escribía por mejor órden, más breve, y con mucha gala y hermosura; lo cual me movió a sacarlo aquí también, como la conformidad de la historia para hermosear la mía, y suplir las faltas della con trabajos agenos.

CAPITULO XI

LEYES Y ORDENANZAS DE LOS INCAS PARA EL BENEFICIO DE LOS VASALLOS

EL P. Blas Valera dice del gobierno de los Incas lo q' se sigue, q' por ser tan conforme a lo que hemos dicho, y por valerme de su autoridad, lo saqué a la letra de su galanísimo latın. Los indios del Perú comenzaron a tener alguna manera de república desde el tiempo del Inca Manco Capac y del rey Inca Roca, que fué uno de sus reyes. Hasta entonces, en muchos siglos atrás habían vivido en mucha torpeza y barbariedad, sin ninguna enseñanza de leyes ni otra alguna policía. Desde aquel tiempo criaron sus hijos con doctrina, comunicáronse unos con otros; hicieron de vestir para sí, no solo con honestidad, más también con algún atavío y ornato: cultivaron los campos con industria y en compañía unos de otros: dieron en tener jueces: hablaron cortesanamente: edificaron casas, así particulares como públicas y comunes: hicieron otras muchas cosas deste jaez, dignas de loor: abrazaron muy de buena gana las leyes que sus príncipes, enseñados con la lumbre natural, ordenaron, y las guardaron muy cumplidamente; en lo cual tengo para mí que estos Incas del Perú deben ser preferidos, no solo a los chinos y japoneses y a los indios orientales, más también a los gentiles, naturales de Asia y de Grecia. Porque bien mirado no es tanto de estimar lo que Numa Pompilio padeció y trabajó en hacer leyes para los romanos, y Solón para los atenienses, y Licurgo para los lacedemonios, porque supieron letras y ciencias humanas, las cuales enseñan a trazar y componer leyes y costumbres buenas, que dejaron escritas para los hombres de sus tiempos y de los venideros. Pero es de grande admiración que estos indios del todo desamparados destos socorros y ayudas de costa, alcanzasen a fabricar de tal manera sus leyes (sacadas las que pertenecen a su idolatría y errores) innumerables dellas vemos que guardan hoy los indios fieles, todas puestas en razón y muy conformes a las leys de los muy grandes letrados; las cuales escri-

bieron y encomendaron distintamente a los ñudos de los hilos de diversos colores, que para sus cuentas tenían, y les enseñaron a sus hijos y descendientes; de tal manera que las que sus primeros reyes establecieron de seiscientos años a esta parte tienen hoy tan en la memoria como si ahora de nuevo se hubieran promulgado. Tuvieron la ley municipal que hablaba acerca de los particulares provechos q' cada nación o pueblo tenía dentro de su jurisdicción. Y la ley agraria, que trataba del dividir y medir las tierras y repartirlas por los vecinos de cada pueblo, la cual se cumplía con grandísima diligencia y rectitud; que los medidores medían las tierras con sus cordeles por fanegas, que llaman Tupu, y las repartían por los vecinos, señalando a cada uno su parte. Llamaban ley común a la que mandaba que los indios acudiesen en común (sacando los viejos, muchachos y enfermos) a hacer y trabajar en las cosas de la república, como era edificar los templos, y las casas de los reyes o de los señores, y labrar sus tierras, hacer puentes, aderezar los caminos, y otras cosas semejantes. Llamaban ley de hermandad a la que mandaba que todos los vecinos de cada pueblo se ayudasen unos ó otros a barbechar, y a sembrar, y a coger sus cosechas, y a labrar sus casas, y otras cosas desta suerte, y que fuese sin llevar paga ninguna. La ley que llamaban Mitachanacuy, que es mudarse a veces por su rueda o por linages; la cual mandaba que en todas las obras y fábricas de trabajo que se hacían y acababan con el trabajo común, hubiese la misma cuenta, medida y repartimiento que había en las tierras, para que cada provincia, cada pueblo, cada linage. cada persona, trabajase lo que le pertenecía y no más; y aquel trabajo fuese remudándose a veces, porque fuesen trabajando y descansando. Tuvieron ley sobre el gasto ordinario, que les prohibía el fausto en los vestidos ordinarios, y las cosas preciosas, como el oro y plata, y piedras finas; y totalmente quitaba la superfluidad en los banquetes y comidas. Y mandaba que dos o tres veces al mes comiesen juntos los vecinos de cada pueblo delante de sus curacas, y se ejercitasen en juegos militares o populares, para que se reconciliasen los ánimos y guardasen perpetua paz, y para que los ganaderos y otros trabajadores del campo se alentasen y regocijasen. La ley en favor de los que llamaban pobres. la cual mandaba que los ciegos, mudos y cojos, los tullidos, los viejos y viejas decrépitos, los enfermos de larga enfermedad, y otros impedidos que no podían labrar sus tierras, para vestir y comer por sus manos y trabajo, los alimentasen de los pósitos públicos. También tenían ley que mandaba que de los mismos pósitos públicos proveyesen los huéspedes que recibiesen, los estrangeros y peregrinos, y los caminantes, para todos los cuales tenían casas públicas, que llaman Corpahuasi, que es casa de hospedería, donde les daban de gracia y de valde todo lo necesario. Demás desto, mandaba la misma ley que dos o tres veces al mes llamasen a los necesitados, que arriba nombramos, a los convites y comidas públicas, para que con el regocijo común desechasen parte de su

miseria. Otra ley llamaban casera, contenía dos cosas: la primera que ninguno estuviese ocioso; por lo cual, como atrás dijimos, aún los niños de cinco años ocupaban en cosas muy livianas, conforme a su edad: los ciegos, cojos y mudos, si no tenían otras enfermedades, también hacían trabajar en diversas cosas. La demás gente, mientras tenía salud, se ocupaba cada uno en su oficio y beneficio, y era entre ellos cosa de mucha infamia y deshonra castigar en público a alguno por ocioso. Después desto mandaba la misma ley que los indios comiesen y cenasen las puertas abiertas, para que los ministros de los jueces pudiesen entrar más libremente a visitarles. Porque había ciertos jueces que tenían cargo de visitar los templos, los lugares y edificios públicos, y las casas particulares: lamábanse Llactacamayu. Estos por sí, o por sus ministros, visitaban a menudo las casas para ver el cuidado y diligencia que así el varón como la muger tenía acerca de su casa y familia, y la obediencia, solicitud y ocupación de los hijos. Colegían y sacaban la diligencia dellos del ornamento, atavío y limpieza, y buen aliño de su casa, de sus alhajas, vestidos, hasta los vasos y todas las demás cosas caseras. Y a los que hallaban aliñosos premiaban con loarlos en público, y a los desaliñados castigaban con azotes en brazos y piernas, o con otras penas que la ley mandaba. De cuya causa había tanta abundancia de las cosas necesarias para la vida humana, que casi se daban de valde, y aún las que hoy tanto estiman. Las demás leyes y ordenanzas morales que en común y en particular todos guardaban, tan allegadas a razón se podrán colegir y sacar de lo que diremos de la vida y costumbres dellos. También diremos largamente en el capítuo octavo y noveno la causa. Por qué se han perdido estas leyes y derechos, o la mayor parte dellos y el gobierno de los Incas tan político y tan digno de loor: y cómo es mayor la barbariedad que ahora tienen los indios para las cosas ciudadanas, y mayor falta y carestía de las cosas necesarias para la vida humana y no la que tuvieron los de aquellos tiempos.

CAPITULO XII

COMO CONQUISTABAN Y DOMESTICABAN LOS NUEVOS VASALLOS

LA órden y manera que los Incas tenían de conquistar las tierras, y el camino q' tomaban para enseñar las gentes a la vida política y ciudadana, cierto no es de olvidar ni menospreciar; porque desde primeros los reyes, a los cuales imitaron los sucesores, nunca hicieron guerra sino movidos por alguna razón que les parecía bastante, como era la necesidad que los bárbaros tenían de que los redujesen a vida humana y política, o por injurias y molestias que los comarcanos hacían a sus vasallos; y antes que moviesen la guerra requerían a los enemigos una, y dos y tres veces. Después de sujetada la provincia lo primero que el Inca hacía era que como en rehenes tomaba el ídolo principal que aquella tal provincia tenía, y lo llevaba al Cosco; mandaba que se pusiese en un templo hasta que el cacique y sus indios se desengañasen de la burlería de sus vanos dioses, y se aficionasen a la idolatría de los Incas, que adoraban al sol. No echaban por tierra los dioses agenos luego que conquistaban la provincia por la honra della, porque los naturales no se desdeñasen del menosprecio de sus dioses, hasta que los tenían cultivados en su vana religion. También llevaban al Cosco al cacique principal y a todos sus hijos para los acariciar y regalar, y para que ellos frecuentando la corte aprendiesen, no solamente las leyes y costumbres, y la propiedad de la lengua, más también sus ritos, ceremonias y supersticiones; lo cual hecho restituía al curaca en su antigua dignidad y señorío y como rey mandaba a los vasallos le sirviesen y obedeciesen como a señor natural. Y para q' los soldados vencedores y vencidos se reconciliasen y tuviesen perpetua paz y amistad, y se perdiese y olvidase cualquiera enojo y rencor que durante la guerra hubiese nacido, mandaba que entre ellos celebrasen grandes banquetes, abundantes de todo regalo y que se hallasen a ellos los ciegos, cojos y

mudos, y los demás pobres impedidos. para que gozasen de la liberalidad real. En aquellas fiestas había danzas de doncellas, juegos y regocijos de mozos, ejercicios militares de hombres maduros. Demás desto les daban muchas dádivas de oro y plata, y plumas para adornar los vestidos y arreos de las fiestas principales. Sin esto les hacían otras mercedes de ropa de vestir y otras preseas, que entre ellos eran muy estimadas. Con estos regalos y otros semejantes regalaba el Inca los indios nuevamente conquistados; de tal manera, que por bárbaros y brutos que fuesen, se sujetaban y unían a su amor y servicio, con tal vínculo, que nunca jamás provincia alguna imaginó rebelarse. Y porque se quitasen del todo las ocasiones de producir quejas, y de las quejas se causasen rebeliones, confirmaba y de nuevo (porque fuesen más estimadas y acatadas) promulgaba todas las leyes, fueros y estatutos antiguos, sin tocar en cosa alguna dellos, sino eran los contrarios a la idolatría y leyes del imperio. Mudaba, cuando era menester, los habitadores de una provincia a otra; proveíanles de heredades, casas, criados y ganados en abundancia bastante, y en lugar de aquellos llevaban ciudadanos del Cosco, o de otras provincias fieles, para q' haciendo oficio de soldados en presidio, enseñasen a los comarcanos las leyes, ritos y ceremonias, y la lengua general del reino.

Lo restante del gobierno suave que los reyes Incas tuvieron, en que hicieron ventajas a todos los demás reyes y naciones del Nuevo Mundo, consta claro, no solamente por las cuentas y ñudos anales de los indios, más también por los cuadernos fidedignos, escritos de mano, que el visorey don Francisco de Toledo mandó a sus visitadores y jueces, y a sus escribanos que escribiesen, habiéndose informado largamente de los indios de cada provincia. Los cuales papeles están hoy en los archivos públicos; donde se vé claro cuán benignamente trataron los Incas, reyes del Perú, a los suyos. Porque, como ya se ha dicho, sacadas algunas cosas que convenían para la seguridad de todo el imperio, todo lo demás de leyes y derechos de los vasallos se conservaban sin tocarles en nada. Las haciendas y patrimonios, así comunes como particulares, mandaban los Incas que se sustentasen libres y enteras, sin disminuírles parte alguna. Nunca permitieron que sus soldados robasen ni saqueasen las provincias y reinos, que por armas sujetaban y rendían; y a los rendidos, naturales dellas, en breve tiempo les proveían en gobiernos de paz y en cargos de la guerra, como si los unos fueran soldados viejos del Inca de mucho tiempo atras, y los otros fueran criados fidelísimos.

La carga de los tributos que a sus vasallos imponían aquellos reyes era tan liviana, que parecerá cosa de burla lo que adelante diremos a los que lo leyeren. Empero los Incas no contentos ni satisfechos con todas estas cosas distribuían con grandísima largueza las cosas necesarias para el comer y el vestir sin otros muchos dones, no solamente a los señores y a los nobles, mas tambien a los pecheros y a los pobres de

tal manera, que con más razón se podrían llamar diligentes padres de familias, o cuidadosos mayordomos, que no reyes; de donde nació el renombre Capac Titu, con que los indios les solían llamar: Capac, lo mismo es que príncipe poderoso en riquezas y grandezas; y Titu significa príncipe liberal, magnánimo, medio dios augusto De aquí tambien nació, que aquellos reyes del Perú por haber sido tales, fueron tan amados y queridos de sus vasallos, que hoy los indios con ser ya cristianos no pueden olvidarlos; antes en sus trabajos y necesidades, con llantos y gemidos, a voces y alaridos, los llaman uno a uno por sus nombres: porque no se lee que ninguno de los reyes antiguos de Asia, Africa y Europa haya sido para sus naturales vasallos tan cuidadoso, tan apacible, tan provechoso, franco y liberal, como los fueron los reyes Incas para con los suyos. Destas cosas que historialmente escribimos y adelante escribiremos, podrá el que las leyere, colegir y sacar las antiguas leyes y derechos de los indios del Perú, las costumbres dellos, sus estatutos, sus oficios, y manera de vivir tan allegada a razón; las cuales cosas tambien se pudieran guardar y conservar para reducirlos a la religion cristiana con más suavidad y comodidad.

CAPITULO XIII

COMO PROVEIAN LOS MINISTROS PARA TODOS OFICIOS

EL P. Blas Valera procediendo en lo q' escribía, pone este título a lo q' se sigue: cómo proveían los Incas a los gobernadores y ministros para paz: cómo repartían los maestros de las obras y los trabajadores: cómo disponían los bienes comunes y particulares; y cómo se imponían los tributos.

Habiendo sujetado el Inca cualquiera nueva provincia, y mandado llevar al Cosco el ídolo principal della, y habiendo apaciguado los ánimos de los señores y de los vasallos, mandaba que todos los indios, así sacerdotes y adivinos, como la demás gente comun, adorasen al dios Ticci Viracocha, por otro nombre llamado Pachacamac, como a Dios poderosísimo, triunfador de todos los demás dioses. Luego mandaba que tuviesen al Inca por rey y supremo señor para le servir y obedecer y que los caciques por su rueda fuesen a la corte cada año, o cada dos años, según la distancia de las provincias; de la cual se causaba que aquella ciudad era una de las màs frecuentadas y pobladas que hubo en el Nuevo Mundo. Demás desto mandaba que todos los naturales y moradores de la tal provincia, se contasen y empadronasen hasta los niños por su edades y linages, oficios, haciendas, familias, artes y costumbres: que todo se notase y asentase como por escrito en los hilos de diversas colores, para que después conforme a aquellas condiciones, se les impusiese la carga del tributo y las demás obligaciones que a las cosas y obras públicas tenían. Nombraba diversos ministros para la guerra, como generales, maeses de campo, capitanes mayores y menores, alfereces, sargentos y cabos de escuadra. Unos eran de a diez soldados y otros de a cincuenta. Los capitanes menores eran de a cien soldados, otros de a quinientos, otros de a mil: los maeses de campo eran de a tres, cuatro, cinco mil hombres de guerra: los generales eran de a diez mil arriba; llamábanles Hatun Apu, que es gran capitan. A los se-

ñores de vasallos, como duques, condes y marqueses, llamabanc uracas, los cuales como verdaderos y naturales señores, presidían en paz y en guerra a los suyos, tenían potestad de hacer leyes particulares, y de repartir los tributos, y de proveer a su familia y a todos sus vasallos en tiempo de necesidad, conforme a las ordenanzas y estatutos del Inca. Los capitanes mayores y menores, aunque no tenían autoridad de hacer leyes ni declarar derechos, tambien sucedían por herencia en los oficios; y en la paz nunca pagaban tributo, antes eran tenidos por libres de pecho, y en sus necesidades les proveían de los pósitos reales y no de los comunes. Los demás inferiores a los capitanes, como son los cabos de escuadra de a diez, y de a cincuenta, no eran libres de tributo porque no eran de claro linage. Podían los generales y maeses de campo elegir los cabos de escuadra, empero una vez elegidos, no podían quitarles: los oficios eran perpetuos. El tributo que pagaban era el ocuparse en sus oficios de decuriones; los cuales también tenían cuidado de visitar y de mirar los campos y heredades, las casas reales y el vestir, y los alimentos de la gente común. Otros gobernadores y ministros nombraba el Inca, subordinados de menores a mayores para todas las cosas del gobierno y tributos del imperio, para que por su cuenta y razón las tuviesen de manifiesto para que ninguno pudiese ser engañado. Tenían pastores mayores y menores, a los cuales entregaban todo el ganado real y común, y lo guardaban con distinción y gran fidelidad; de manera que no faltaba una oveja, porque tenían cuidado de ahuyentar las fieras- y no tenían ladrones, porque no los habían, y así todos dormían seguros. Había guardas y veedores mayores y menores de los campos y heredades. Había mayordomos y administradores y jueces visitadores, El oficio de todos ellos era, que a su pueblo en común ni en particular, no faltase cosa alguna de lo necesario; y habiendo necesidad (de cualquiera cosa q' fuese) luego al punto daban cuenta della a los gobernadores, y a los curacas, y al mismo rey para que la proveyesen; lo cual ellos hacían maravillosamente, principalmente el Inca, que en particular en ninguna manera quería que los suyos lo tuviesen por rey, sino por padre de familias y tutor muy diligente. Los jueces y visitadores tenían cuidado y diligencia que todos los varones se ocupasen en sus oficios, y de ninguna manera estuviesen ociosos: que las mugeres cuidasen de aliñar sus casas, sus aposentos, sus vestidos, y comida, de criar sus hijos: finalmente de hilar y tejer para su casa: que las mozas obedeciesen bien a sus madres, a sus amas: que siempre estuviesen ocupadas en los oficios caseros y mugeriles: que los viejos y viejas y los impedidos para los trabajos mayores se ocupasen en algún ejercicio provechoso para ellos, siquiera en coger seroja y paja, y en despiojarse, y que llevasen los piojos a sus decuriones o cabos de escuadra. El oficio propio de los ciegos era limpiar el algodón de la semilla o grano que tiene dentro en sí, y desgranar el maiz de las mazorcas en que se cría. Había oficiales de diversos oficios, los cuales reconocían y tenían sus maestros

mayores, como plateros de oro y plata, y de cobre y latón, carpinteros, albañiles, canteros, lapidarios de piedras preciosas, sin los demás oficiales necesarios para la república; cuyos hijos se ejercitaran hoy aquellos oficios por el orden y concierto que los Incas lo tenían establecido y después por el Emperador Carlos Quinto Máximo, confirmado, quizá la república de los indios estuviera ahora más florecida y más abundante de las cosas pertenecientes al comer y vestir, como antes lo estaba; y para la predicación del Evangelio muy acomodada. Empero que estos daños hayan nacido de nuestro descuido y negligencia; y como los curacas y los indios que ahora son superiores, murmuran y mofan muchas veces en sus juntas y conversaciones del gobierno presente, comparando estos nuestros tiempos con los de los Incas, lo diremos adelante en el libro segundo, capítulo nueve, número cincuenta y cinco. Hasta aquí es del P. Blas Valera; lo que promete se perdió.

Pasando su paternidad adelante en el mismo propósito, dice lo que se sigue: demás de lo dicho había ministros oficiales labradores para visitar los campos: había cazadores de aves y pescadores, así de ríos como de la mar, tejedores, zapateros de aquel su calzado: había hombres que cortaban la madera para las casas reales y edificios públicos: y herreros que hacían de cobre las herramientas para sus menesteres: sin estos había otros muchos oficiales mecánicos; y aunque eran innumerables, todos ellos acudían con gran cuidado y diligencia a sus oficios y obras de sus manos. Pero ahora en nuestros tiempos es cosa de grande admiración ver cuán olvidados tienen los indios el orden antiquísimo de estos oficios públicos, y cuán porfiadamente procuran guardar los demás usos y costumbres que tenían, y cuàn pesadamente lo llevan si nuestros gobernadores les quitan algo dellas.

CAPITULO XIV

LA RAZON Y CUENTA QUE HABIA EN LOS BIENES COMUNES Y PARTICULARES

HABIENDO ganado el Inca la provincia y mandado empadronar los naturales della, y habiéndoles dado gobernadores y maestros para su idolatría, procuraba componer y dar órden en las cosas de aquella región. Para lo cual mandaba q' se asentasen y pusiesen en sus ñudos y cuentas las dehesas, los montes altos y bajos, las tierras de labor, las heredades, las minas de los metales, las salinas, fuentes, lagos y ríos, los algodonares y los árboles fructíferos, nacidos de suyo, los ganados mayores y menores de lana y sin ella. Todas estas cosas y otras muchas, mandaba que se contasen y midiesen, y se asentasen por memoria cada una de por sí; primeramente las de toda la provincia; luego las de cada pueblo, y a lo último las de cada vecino: midiesen lo ancho y largo de las tierras de labor y provecho, y de los campos; y que sabiéndolo muy en particular, le diesen relación muy clara de todo ello. Lo cual mandaba no para aplicar para sí ni para su tesoro cosa alguna de las q' por tan entero y tan por menudo pedía la noticia y razón dellas, sino para que sabida muy bien la fertilidad y abundancia o la esterilidad y pobreza de aquella región y de sus pueblos se proveyese lo que había de contribuir, y lo que habían de trabajar los naturales; y para que se viese con tiempo el socorro de bastimento o de ropa, o de cualquier otra cosa que hubiesen menester en tiempos de hambre, o de peste o de guerra. Finalmente mandaba que fuese público y notorio a los indios cualquiera cosa que hubiesen de hacer en servicio del Inca o de los curacas, o de la república. Desta manera ni los vasallos podían disminuir cosa alguna de lo que estaban obligados a hacer, ni los curacas, ni los ministros regios les podían molestar ni agraviar. Demás desto mandaba que conforme a la cuenta y medida que se había hecho de la provincia, le pusiesen sus mojoneras y linderos para que estuviese dividida de sus comar-

canas; y porque en los tiempos venideros no se causase alguna confusión, ponía nombres propios y nuevos a los montes y collados, campos, prados, y fuentes, y a los demás lugares, cada uno de por sí, y si de antes tenían nombres se los confirmaba, añadiéndoles alguna cosa nueva que significase la extinción de las otras regiones: lo cual es muy de notar para que adelante veamos de dónde nació la veneración y respeto que aún hoy día tienen los indios a aquellos semejantes lugares como adelante diremos. Después desto repartían las tierras a cada pueblo de la provincia lo que le pertenecía para que lo tuviese por territorio suyo particular, y prohibía que estos campos y sitios universales, señalados y medidos dentro de los términos de cada pueblo, en ninguna manera se confundiesen, ni los pastos y montes, ni las demás cosas las tuviesen por comunes, sino entre los naturales de la tal provincia, o entre los vecinos del tal pueblo. Las minas de oro y plata antiguas, o halladas de nuevo, concedía a los curacas y a sus parientes y vasallos que tomasen lo q' bien les estuviese, no para tesoros (que antes los menospreciaron) sino para adornar los vestidos y arreos con que celebraban sus fiestas principales, y para algunos vasos en que bebiese el cacique; y esto último con limitación: lo cual proveído no hacían caso de las minas, antes parece que las olvidaban y dejaban perder; y esta era la causa que hubiese tan pocos mineros que sacasen y fundiesen los metales, aunque de los demás oficios y artes había innumerables oficiales. Los mineros y fundidores de los metales y los demás ministros que andaban ocupados en aquel oficio, no pagaban otro tributo sino el de su trabajo y ocupación. Las herramientas y los instrumentos, y el comer y el vestir, y cualquiera otra cosa que hubiesen menester, se les proveía largamente de la hacienda del rey o del señor de vasallos si andaban en su servicio. Eran obligados a trabajar dos meses y no más, y con ellos cumplían sus tributos; el demás tiempo del año lo gastaban en lo que bien les estaba. No trabajaban todos los indios de la provincia en este ministerio, sino los que lo tenían por oficio particular y sabían el arte que eran llamados metaleros. Del cobre, que ellos llaman anta, se servían en lugar de hierro, del cual hacían los hierros para las armas, los cuchillos para cortar, y los pocos instrumentos que tenían para la carpintería, los alfileres grandes que las mugeres tenían para prender sus ropas, los espejos en que se miraban, las azadillas con que escardaban sus semesteras, y los martillos para los plateros: por lo cual estimaban mucho este metal, porque para todos era de más provecho que no la plata y el oro, y así sacaban más cantidad dél que de estotro.

La sal que se hacía, así de las fuentes salobres, como del agua marina, y el pescado de los ríos, arroyos y lagos, y el fruto de los árboles nacidos de suyo, el algodón y el cáñamo mandaba el Inca que fuese común para todos los naturales de la provincia donde había aquellas cosas, y que nadie en particular las aplicase para sí, sino que todos cogiesen lo que hubiesen menester, y no más: permitía que cada uno en

sus tierras plantase los árboles frutales que quisiese, y gozase dellos a su voluntad.

Las tierras de pan, y las que no eran de pan, sino de otros frutos y legumbres que los indios sembraban, repartía el Inca en tres partes: la primera para el sol y sus templos, sacerdotes y ministros. La segunda para el patrimonio real, de cuyos frutos sustentaban a los gobernadores y ministros regios que andaban fuera de sus patrias, de donde también se sacaba su parte para los pósitos comunes. La otra tercera parte para los naturales de la provincia y moradores de cada pueblo. Daban a cada vecino su parte, la cual bastaba a sustentar su casa. Este repartimiento hacía el Inca en todas las provincias de su imperio, para que en ningún tiempo pidiesen a los indios tributo alguno de sus bienes y hacienda, ni ellos fuesen obligados a darlo a nadie, ni a sus caciques, ni a los pósitos comunes de sus pueblos, ni a los gobernadores del rey, ni al mismo rey, ni a los templos, ni a los sacerdotes, ni aún para los sacrificios que hacían al sol; ni nadie pudiese apremiarles a que lo pagasen, porque ya estaba hecho el repartimiento para cada cosa. Los frutos que sobraban de la parte que al rey le cabía, se aplicaban a los pósitos comunes de cada pueblo. Los que sobraban de las tierras del sol, tambien se aplicaban a los pobres, que eran los inútiles, cojos, y mancos, ciegos y tullidos y otros semejantes; y esto era después de haber cumplido muy largamente con los sacrificios que hacían, que eran muchos, y con el sustento de los sacerdotes y ministros de los templos, que eran innumerables.

CAPTULO XV

EN QUE PAGABAN EL TRIBUTO. LA CANTIDAD DE EL, Y LAS LEYES ACERCA DEL

VINIENDO a los tributos q' lo Incas, reyes del Perú, imponían y cobraban de sus vasallos, eran tan moderados, q' si se consideran las cosas que eran, y la cantidad dellas, se podrá afirmar con verdad que ninguno de todos los reyes antiguos, ni los grandes Césares que se llamaron Augustos y Píos, se pueden comparar con los reyes Incas; porque cierto bien mirado parece que no recebían pechos ni tributos de sus vasallos, o los imponían para el provecho de los mismos vasallos, según las gastaban en el beneficio de ellos mismos. La cantidad del tributo, considerándolo conforme a la cuenta y razón de aquellos tiempos, y al jornal de los trabajadores, y al valor de las cosas, y a los gastos de los Incas, era tan poca, que muchos indios apenas pagaban el valor de cuatro reales de los de ahora; y aunque no dejaba de haber algunas molestias por causa del tributo, o del servicio del rey, o de los curacas los llevaban con gusto y contento, así por la pequeña cantidad del tributo, y por las ayudas de costa que tenían, como por los muchos provechos que de aquellas pequeñas ocupaciones se les seguían. Dos fueros y leyes que había en favor de los tributarios que inviolablemente se guardaban (de tal manera) que ni los jueces, ni los gobernadores, ni los capitanes generales, ni el mismo Inca podía corromperlas en perjuicio de los vasallos, eran las que se siguen. La primera y principal era, que a cualquiera que fuese libre de tributo, en ningún tiempo ni por causa alguna le obligasen a pagarlo. Eran libres todos los de la sangre real, todos los capitanes generales y los capitanes menores, hasta los centuriones, y sus hijos y nietos, todos los curacas y su parentela, los ministros regios en oficios menores (si eran de la gente comun) no pagaban tributo durante el oficio, ni los soldados que andaban ocupados en las guerras y conquistas, ni los mozos hasta los veinticinco años, porque

hasta aquella edad eran obligados a servir a sus padres. Los viejos de cincuenta años arriba eran libres de tributo, y todas las mugeres, así las doncellas, solteras y viudas, como las casadas; y los enfermos hasta que cobraban entera salud, y todos los inútiles, como ciegos, cojos y mancos, y otros impedidos de sus miembros, aunque los mudos y sordos se ocupaban en las cosas donde no había necesidad de oír ni hablar. La segunda ley, era que todos los demás indios, sacados los que se han dicho, eran pecheros, obligados a pagar tributo, sino eran sacerdotes y ministros de los templos del sol, o de las vírgenes escogidas. La tercera ley era, que ni por ninguna causa ni razón indio alguno era obligado a pagar de su hacienda cosa alguna en lugar de tributo, sino que solamente lo pagaba con su trabajo, o con su oficio, o con el tiempo que se ocupaba en el servicio del rey o de su república, y en esta parte eran iguales el pobre y al rico, porque ni este pagaba más ni aquel menos. Llámabase rico el que tenía hijos y familia que le ayudaban a trabajar, para acabar más aína el trabajo tributario que le cabía; y el que no la tenía, aunque fuese rico de otras cosas, era pobre. La cuarta ley era, que a ninguno podía compeler a que trabajase, ni se ocupase en otro oficio sino en el suyo, sino era en el labrar las tierras y en la milicia, que en estas dos cosas eran todos comunes. La quinta ley era, que cada uno pagaba su tributo en aquello que en su provincia podía haber, sin salir a la agena a buscar las cosas que en su tierra no había; porque le parecía al Inca mucho agravio pedir al vasallo el fruto que su tierra no daba. La sesta ley mandaba, que a cada uno de los maestros y oficiales que trabajan en servicio del Inca o de sus curacas, se les proveyese de todo lo que había menester para trabajar en sus oficios y artes; esto es, que al platero, le diesen oro o plata, o cobre en que trabajase, y al tejedor lana o algodón, y al pintor colores y todas las demás cosas en cada oficio necesarias. De manera, que el maestro no pusiese más de su trabajo, y el tiempo que estaba obligado trabajar, que eran dos meses, y cuando mucho tres, los cuales cumplidos, no era obligado a trabajar más; empero si en la obra que hacía quedaba algo por acabar y él por su gusto y voluntad quería trabajar más y acabarlo, se lo recibían en descuento del tributo del año venidero, y así lo ponían por memoria en sus ñudos y cuentas. La séptima ley, mandaba que a todos los maestro y oficiales de cualquiera oficio y arte que trabajaban en lugar de tributo, se les proveyese todo lo necesario de comida y vestido, y regalos y medicinas si enfermasen, para él solo si trabajaba solo, y para sus hijos y mugeres, si los llevaba, para q' le ayudasen a acabar más aína su tarea; y en estos repartimientos de las obras por tarea no tenía cuenta con el tiempo, sino que se acabase la obra. De manera, que si con el ayuda de los suyos acababa en una semana lo que había de trabajar en dos meses, cumplía, y largamente satisfacía con la obligación de aquel año; de suerte, que no podían apremiarle con otro tributo alguno. Esta razón bastará para responder y contradecir a los que dicen

que antiguamente pagaban tributo los hijos y las hijas, y las madres, cualesquiera q' fuesen; lo cual es falso, porque todos estos trabajaban, no por obligación de tributo que se les impusiese, sino por ayudar a su padres y maridos o sus amos, porque si el varón no quería ocupar a los suyos en su obra y trabajo, sino trabajarlo el solo, quedaban libres sus hjos y muger para ocuparse en las cosas de su casa, y no podían los jueces y decuriones forzarles a cosa alguna, más que no estuviesen ociosos en sus haciendas. Por esta causa, en tiempo de los Incas, eran estimados y tenidos por hombres ricos los que tenían muchos hijos y familia; porque los que no los tenían, muchos dellos enfermaban por el largo tiempo que se ocupaban en el trabajo hasta cumplir con su tributo. Para remedio desto también había ley, que los ricos de familia y los demás que hubiesen acabado sus padres, les ayudasen un día o dos; lo cual era muy agradable a todos los indios. (20)

(20) Fernando de Santillan. TRES RELACIONES. *Primera Relación*. Véase párrafos 36, 47, 51 y 52; Acosta. Ob. cit. Lib. VI. c. XV.

CAPITULO XVI

ORDEN Y RAZON PARA COBRAR LOS TRIBUTOS. EL INCA HACIA MERCED A LOS CURACAS DE LAS COSAS PRECIADAS QUE LE PRESENTABAN

LA octava ley era, acerca del cobrar los tributos, los cuales se cobraban, como se dirá, porque en todo hubiese cuenta, orden y razón. A cierto tiempo señalado se juntaban en el pueblo principal de cada provincia los jueces cobradores, y los contadores o escribanos que tenían los ñudos y cuentas de los tributos; y delante del curaca y del gobernador Inca hacían las cuentas y particiones por los ñudos de sus hilos y con piedrezuelas, conforme al número de los vecinos de la tal provincia; y las sacaban tan ajustadas y verdaderas, que en esta parte yo no sé a quién se puede atribuir mayor alabanza, si a los contadores, que sin cifras de guarismos hacían sus cuentas y particiones tan ajustadas de cosas tan menudas, cosa que nuestros aritméticos suelen hacer con mucha dificultad, o al gobernador y ministros regios, que con tanta facilidad entendían la cuenta y razón que de todas ellas les daban.

Por los ñudos se veía lo que cada indio había trabajado, los oficios que había hecho, los caminos que había andado por mandado de sus príncipes y superiores, y cualquiera otra ocupación en que le habían ocupado; todo lo cual se le descontaba del tributo que le pertenecía dar. Luego mostraban a los jueces cobradores y al gobernador cada cosa de por sí, de las que había encerradas en los pósitos reales, que eran los bastimentos, el pimiento, los vestidos, el calzado, las armas, y todas las demás cosas que los indios daban de tributo, hasta la plata y el oro, y las piedras preciosas, y el cobre que había del rey y del sol, cada parte dividida por sí. También daban cuenta de lo que había en los pósitos de cada pueblo. De todas las cuales cosas mandaba la ley, que el Inca, gobernador de la provincia, tuviese un traslado de las cuentas en su poder, para que ni de parte de los indios tributarios, ni de parte de los ministros cobradores hubiese falsedad alguna. La novena ley era, que todo lo que destos tributos sobraba del gasto real se aplicaba al bien comun y se ponía en los pósitos comunes para los tiempos de necesidad. De las cosas preciosas, como oro y plata, y piedras finas, plumería de

diversas aves, los colores para las pinturas y tinturas, el cobre y otras muchas cosas q' cada año o a cada vista presentaban al Inca los curacas, mandaba el rey que tomasen para su casa y servicio, y para los de la sangre real lo que fuese menester, y de lo que sobraba hacía gracia y merced a los capitanes y a los señores de vasallos, que habían traído aquellas cosas; que aunque las tenían en sus tierras, no podían servirse dellas, sino era con privilegio y merced hecha por el Inca. De todo lo dicho se concluye, que los reyes Incas tomaban para sí la menor parte de los tributos que les daban; y más se convertía en provecho de los mismos vasallos. La décima ley era la que declaraba las diversas ocupaciones en que los indios se habían de ocupar, así en servicio del rey como en provecho de sus pueblos y repúblicas; las cuales cosas se les imponían en lugar del tributo, que las habían de hacer en compañía y en comun; y estas eran allanar los caminos y empedrarlos; aderezar y reparar o hacer de nuevo los templos del sol y los demás santuarios de su idolatría; y hacer cualquiera otra cosa perteneciente a los templos. Eran obligados a hacer las casas públicas, como pósitos y casas para los jueces y gobernadores; aderezar las puentes, ser correos que llaman Chasqui. Labrar las tierras, encerrar los frutos, apacentar los ganados, guardar las heredades, los sembrados y cualesquiera otros bienes públicos. Hacer casas de hospedería para aposentar los caminantes, y asistir en ellas para proveerles de la hacienda real lo que hubiesen menester. Sin lo dicho eran obligados a hacer cualquiera otra cosa que fuese en provecho comun dellos, o de sus curacas, o en servicio del rey: más como en aquellos tiempos había tanta multitud de indios, cabía a cada uno de ellos tan poca parte de todas estas cosas, que no sentían el trabajo dellas, porque servían por su rueda en comun con gran rectitud de no cargar más a unos que a otros. También declaraba esta ley, que una vez al año se aderezasen los caminos y sus pretiles; se renovasen las puentes; se limpiasen las acequias de las aguas para regar las tierras; todo lo cual mandaba la ley que lo hiciesen de valde, porque era en provecho común de cada reino y provincia, y de todo el imperio.

Otras leyes más menudas se dejan por no cansar con ellas: las dichas eran las principales para en negocio de tributos. Hasta aquí es del P. Blas Valera. Holgara preguntar en este paso a un historiador que dice, que los Incas hacían fueros disolutos para que los vasallos les pagasen grandes subsidios y tributos, que me dijera cuáles destas leyes eran las disolutas; porque estas y otras que adelante diremos, la confirmaron muy de grado los reyes de España, de gloriosa memoria, como lo dice el mismo P. Blas Valera; y con esto será razón volvamos al príncipe Viracocha, que lo dejamos metido en grandes afanes por defender la magestad de la honra de sus pasados y de la suya. (21)

---

(21) Fernando de Santillan. Ob. cit. Relación Cit. párrafo 48.

CAPITULO XVII

EL INCA VIRACOCHA TIENE NUEVA DE LOS ENEMIGOS Y DE UN SOCORRO QUE LE VIENE

LAS grandes hazañas del Inca Viracocha nos obligan y fuerzan a que, dejadas otras cosas, tratemos dellas. Dijimos al fin de la historia de su padre, como dejándolo en Muyna se volvió al Cosco, apellidando la gente que andaba derramada por los campos, y como salió de la ciudad a recibir los enemigos para morir peleando con ellos, antes que ver las insolencias y torpezas que habían de hacer en las casas y templos del sol, y en el convento de las vírgenes escogidas, y en toda aquella ciudad que tenían por sagrada. Ahora es de saber, que poco más de media legua de la ciudad, al Norte, está un llano grande: allí paró el príncipe Inca Viracocha a esperar la gente, que en pos dél salía del Cosco a recoger los que habían huído por los campos: de los unos y de los otros y de los que trujo consigo, juntó más de ocho mil hombres de guerra, todos Incas, determinados de morir delante de su príncipe. En aquel puesto le llegó aviso que los enemigos quedaban nueve o diez leguas de la ciudad, y que pasaban ya el gran río Apurimac. Otro día, después de esta mala nueva, llegó otra buena en favor de los Incas, y vino de la parte de Contisuyu, de un socorro de casi veinte mil hombres de guerra, que venía pocas leguas de allí en servicio de su príncipe, de las naciones Quechua, Cotapampa, Cotanera y Aymara, y otras que por aquellas partes confinan con las provincias rebeladas.

Los quechuas, por mucho que hicieron los enemigos por encubrir su traición, la supieron, porque confinan con tierras de los chancas; y por parecerles el tiempo corto, no quisieron avisar al Inca por no esperar su mandado, sino que levantaron toda la más gente que pudieron, con la presteza que la necesidad pedía, y con ella caminaron hácia la ciudad del Cosco, para socorrerla si pudiesen, o morir en servicio de su rey; porque estas naciones eran las que se redujeron de su voluntad al imperio del Inca Capac Yupanqui, como dijimos en su tiempo; y por

mostrar aquel amor vinieron con este socorro. Tambien lo hicieron por su propio interés, por el odio y enemistad antigua que siempre hubo entre chancas y quechuas de muchos años atrás, y por no volver a las tiranías de los chancas (si por alguna vía venciesen) llevaron aquel socorro; y porque los enemigos no entrasen primero que ellos en la ciudad, fueron atajando para salir al Norte della a encontrarse con los rebelados; y así llegaron casi a un tiempo amigos y enemigos.

El príncipe Inca Viracocha y todos los suyos se esforzaron mucho de saber que les venía tan gran socorro en tiempo de tanta necesidad, y lo atribuyeron a la promesa que su tío la fantasma Viracocha Inca le había hecho cuando le apareció en sueños, y le dijo que en todas sus necesidades le favorecería como a su carne y sangre, y buscaría los socorros que hubiese menester: de las cuales palabras se acordó el príncipe, viendo el socorro tan a tiempo, y las volvió a referir muchas veces, certificando a los suyos que tenían el favor de su dios Viracocha, pues veían cumplida su promesa. Con lo cual cobraron los Incas tanto ánimo que certificaban por suya la victoria: y aunque habían determinado de ír a recebir los enemigos, y pelear con ellos en la cuestas y malos pasos que hay desde el rio Apurimac hasta lo alto de Villacunca (que por tenerlo alto les tenían ventaja). Sabiendo la venida del socorro, acordaron estarse quedos hasta que llegasen los amigos. para que descansasen y tomasen algún refresco entre tanto que llegaban los enemigos. Tambien le pareció al Inca Viracocha, y a sus parientes los consejeros, que ya que se aumentaban sus fuerzas no se alejasen de la ciudad, por tener cerca los bastimentos y lo demás necesario para la gente de guerra, y para socorrer la ciudad con presteza si se le ofreciese algún peligro. Con este acuerdo estuvo el príncipe Inca Viracocha en aquel llano hasta que llegó el socorro, que fué de doce mil hombres de guerra. El príncipe los recibió con mucho agradecimiento de el amor que a su Inca tenían; hizo grandes favores y regalos a los curacas de cada nación y a todos los demás capitanes y soldados, loando su lealtad, y ofreciendo para adelante el galardón de aquel servicio tan señalado. Los curacas, después de haber adorado a su Inca Viracocha, le dijeron como dos jornadas atrás venían otros cinco mil hombres de guerra que ellos por venir apriesa con el socorro no los habían esperado. El príncipe les agradeció de nuevo la venida de los unos y de los otros; y habiéndolo consultado con los parientes, mandó a los curacas que enviasen aviso a los que venían de lo que pasaba. y como el príncipe quedaba en aquel llano con su ejército. que se diesen priesa hasta llegar a sus cerrillos y quebradas que allí cerca había, y que en ellos se emboscasen y estuviesen encubiertos hasta ver qué hacían los enemigos de sí. Porque si quisiesen pelear entrarían en el mayor hervor de la batalla, y darían en los contrarios por un lado para vencerlos con más facilidad; y si no quisiesen pelear habrían hecho como buenos soldados. Dos días después que llegó el socorro al Inca, asomó por lo alto de la cuesta de Rimactampu la van-

guardia de los enemigos; los cuales sabiendo que el Inca Viracocha estaba cinco leguas de allí, fueron haciendo pausas y pasaron la palabra atrás, para que la batalla y retaguardia se diesen priesa a caminar, y se juntasen con la vanguardia. Desta manera caminaron aquel día y llegaron todos juntos a Sacsahuana, tres leguas y media de donde estaba el príncipe Viracocha, y donde fué después la batalla de Gonzalo Pizarro, y el de la Gasca. (22)

---

(22) Las informaciones de los quipocamayos a Vaca de Castro, documento de primer orden, guardan silencio respecto a esta hazaña de Viracocha contra los Chancas. En cambio Sarmiento de Gamboa o sean las informaciones de los quipocamayos a Toledo, relatan las hazañas de Viracocha contra los Chancas atribuyéndolas al Inca Pachacutec. El Padre Cristóbal de Molina llama Yupanqui al principe que tuvo la aparición en Cita y relata la visión del dios en la laguna de *Sursurpuquio*, de manera muy singular (Véase Molina Ob. cit. Col. cit. pp. 17 y 18.

Markham cree que la relación de Garcilaso parece ser errónea, pues según él fué Viracocha quien huyó y su hijo Inca Yupanqui, nombrado Pachacutec, el que derrotó a los Chancas y destronó a su padre. Véase *The History of the Incas*, by Pedro Sarmiento de Gamboa. Nota N°. 1 de la pág. 79. « De esta simple y desnuda afirmación, como dice el Dr. Carlos Wiesse, nada puede deducirse en contra de lo afirmado por Garcilaso. Precisa discutir y conjeturar, no afirmar meramente. Wiesse *Las Civilizaciones Primitivas del Perú* p. 189.

Variando sólo los nombres de los Incas, Viracocha y Pachacutec la tradición de la llegada de los Chancas y su derrota, es muy semejante en el relato, a la de todos los cronistas, principalmente a la de Betanzos, de Cieza de Leon y Balboa.

CAPITULO XVIII

BATALLA MUY SANGRIENTA Y EL ARDID CON QUE SE VENCIO

A Sacsahuana envió mensageros el Inca Viracocha a los enemigos con requerimientos de paz y amistad y perdon de lo pasado. Más los chancas habiendo sabido q' el Inca Yahuar Huacac se había retirado y desamparado la ciudad, aunque supieron que el príncipe su hijo estaba determinado defenderla, y que aquel mensage era suyo, no lo quisieron escuchar por parecerles (conforme a la soberbia que traían) que habiendo huído el padre no había por qué temer al hijo, y que la victoria era dellos. Con estas esperanzas despidieron los mensageros sin les oir. Otro día bien de mañana salieron de Sacsahuana y caminaron hácia el Cosco, y por priesa que se dieron, habiendo de caminar en escuadrón formado según órden de guerra, no pudieron llegar antes de la noche adonde el príncipe estaba: pararon un cuarto de legua en medio. El Inca Viracocha envió nuevos mensageros, y al camino se los había enviado muy a menudo con el mismo ofrecimiento de amistad y perdón de la rebelión. Los chancas no lo habían querido oir, solamente oyeron los postreros, que eran cuando estaban ya alojados, a los cuales por vía de desprecio dijeron: mañana se verá quién merece ser rey, y quién puede perdonar.

Con esta mala respuesta, estuvieron los unos y los otros bien a recaudo toda la noche, con sus centinelas puestas, y luego en siendo de día armaron sus escuadrones, y con grandísima grita y vocería, y sonido de trompetas y atabales, bocinas y caracoles, caminaron los unos contra los otros. El Inca Viracocha quiso ír delante de todos los suyos, y fué el primero que tiró a los enemigos el arma que llevaba; luego se trabó una bravísima pelea; los chancas por salir con la victoria que se habían prometido pelearon obstinadamente. Los Incas hicieron lo mismo por librar a su príncipe de muerte o de afrenta. En esta pelea anduvieron todos con grandísimo coraje hasta medio día, matándose unos a otros cruelmente sin reconocerse ventaja de alguna de las partes. A esta hora asomaron los cinco mil indios que habían estado emboscados

y con mucho denuedo y grande alarido dieron en los enemigos por el lado derecho de su escuadron; y como llegasen de refresco y arremetiesen con gran ímpetu, hicieron mucho daño en los chancas y los retiraron muchos pasos atrás. Más ellos, esforzándose unos a otros, volvieron a cobrar lo perdido y pelearon con grandísimo enojo que de sí mismos tenían, de ver que estuviesen tanto tiempo sin ganar la victoria que tan prometida se tenían. ....

Después desta segunda arremetida pelearon más de dos horas largas, sin que se reconociese ventaja alguna, más de allí adelante empezaron a aflojar los chancas, porque a todas horas sentían entrar nueva gente en la batalla; y fué que los que se iban huyendo de la ciudad y los vecinos de los pueblos comarcanos a ella, sabiendo que el príncipe Viracocha Inca había vuelto a defensa de la casa del sol, juntándose de cincuenta en cincuenta y de ciento en ciento, y más y menos, como acertaban a hallarse, iban a morir con el príncipe. y viendo la pelea trabada entraban en ella dando grandísimos alaridos, haciendo más ruído de lo que era la gente. Por estos nuevos socorros desconfiaron los chancas de ia victoria, entendiendo que eran de mucha más gente, y así pelearon de allí adelante más por morir que por vencer. Los Incas, como gente que estaba hecha a engrandecer sus hechos con fábulas y testimonios falsos que levantaban al sol, viendo tantos socorros aunque tan pequeños, quisieron no perder esta ocasión, sino valerse della con la buena industria que para semejantes cosas tenían. Dieron grandes voces diciendo: que las piedras y las matas de aquellos campos se convertían en hombres y venían a pelear en servicio del príncipe, porque el sol y el dios Viracocha lo mandaban así. Los chancas como gente creedera de fábulas, desmayaron mucho con esta novela, y ella se imprimió entonces y después en la gente común y simple de todo aquel reino, con tanta credulidad dellos, como lo dice el P. Fr. Gerónimo Román, en el libro segundo de la República de las Indias Occidentales, capítulo once, hablando desta batalla, que es lo que se sigue sacado a la letra. De manera que el campo quedó por el Inga, dicen hasta hoy todos los indios, cuando se habla de aquella valerosa batalla; que todas las piedras que había en aquel campo se tornaron hombres para pelear por ellos, y que todo aquello hizo el sol para cumplir la palabra que dió al valeroso Pachacuti Inga Yupanqui, que así se llamaba también este mozo valeroso. Hasta aquí es de aquel curioso inquiridor de repúblicas; el cual en el capítulo alegado y en el siguiente, toca brevemente muchas cosas de las que hemos dicho y diremos de los reyes del Perú. También escribe el P. M. Acosta la fantasma Viracocha, aunque trocados los nombres de los reyes de aquel tiempo, y dice la batalla de los chancas, y otras cosas de las que diremos deste príncipe, aunque abreviada y confusamente, como son casi todas las relaciones que los indios dan a los españoles, por las dificultades del lenguage, y porque tienen ya perdidos los memoriales de las tradiciones de sus historias. Dicen

en confuso la sustancia dellas sin guardar órden ni tiempo. Pero como quiera que la haya escrito, huelgo mucho poner aquí lo que dice para que se vea que no finjo fábulas, sino que mis parientes las fingieron, y que tambien las alcanzaron los españoles, más no en las mantillas ni en la leche como yo.

Dice pues su paternidad lo que se sigue, que es sacado a la letra, libro sesto, capítulo veinte y uno. Pachacuti Inga Yupanqui, reinó sesenta años y conquistó mucho. El principio de sus victorias fué, que un hermano mayor suyo que tenía el señorío en vida de su padre, y con su voluntad administraba la guerra, fué desbaratado en una batalla que tuvo con los changas, que es la nación que poseía el valle de Andahuailas, que está obra de treinta leguas del Cusco, camino de Lima: y así desbaratado se retiró con poca gente. Visto esto el hermano menor Inga Yupanqui, para hacerse señor inventó y dijo, que estando él solo y muy congojado le había hablado el Viracocha criador, y quejándosele que siendo él Señor universal y criador de todo y habiendo él hecho el cielo, y el sol, y el mundo y los hombres, y estando todo debajo de su poder no le daban la obediencia debida, antes hacían veneración igual al sol, y al trueno, y a la tierra y otras cosas, no teniendo ellas ninguna virtud más de la que les daba; y que le hacía saber que en el cielo donde estaba le llamaban Viracocha Pachayachachic, que significa criador universal. Y q' para q' creyesen que esto era verdad, que aunque estaba solo no dudase de hacer gente con este título, que aunque los changas eran tantos y estaban victoriosos, que él le daría victoria contra ellos y le haría señor; porque le enviaría gente que sin que fuese vista le ayudase. Y fué así, que con este apellido comenzó a hacer gente y juntó mucha cantidad y alcanzó la victoria, y se hizo señor, y quitó a su padre y a su hermano el señorío. Y desde aquella victora estatuyó que el Viracocha fuese tenido por Señor universal, y que las estátuas del sol y del trueno le hiciesen reverencia y acatamiento. Y desde aquel tiempo, se puso la estatua del Viracocha más alta que la del sol y del trueno y de las demas huacas. Y aunque este Inca Yupanqui señalo chacras, tierras, y ganado al sol y al trueno, y a otras huacas, no señaló cosa ninguna al Viracocha, dando por razón que siendo Señor universal y criador no lo había menester.

Habida pues la victoria de los changas, declaró a sus soldados que no habían sido ellos los que habían vencido, sino ciertos hombres barbudos que Viracocha le había enviado, y que nadie pudo verlos sino él; y que estos se habían después convertido en piedras, y convenía buscarlos, que él los conocería. Y así juntó de los montes gran suma de piedras, que él escogió y puso por huacas, y las adoraban y hacían sacrificios, y esas llamaban los Pururaucas, las cuales llevaban a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda, y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto, que con ella alcanzó victorias muy notables, &. Hasta aquí es del maestro Acosta,

y según lo que su paternidad dice la fábula es toda una. Decir que pusieron la estatua del Viracocha más alta que la del sol, es invención nueva de los indios por adular a los españoles, por decir que les dieron el nombre del dios más alto y más estimado que tuvieron, no siendo así; porque no tuvieron más de dos dioses, que fueron el Pachacamac, no visto ni conocido, y el sol visible y notorio; al Viracocha y a los demás Ingas tuvieron por hijos del sol. (23)

---

(23) «Para resolver la contradicción que existe entre las dos tradiciones de la aparición del dios Viracocha y la derrota de los chancas, hay historiadores que recurren al medio de atribuir a Huiracocha una derrota de los chancas y a Pachacutec una nueva guerra contra los mismos, y la emigración de su jefe Ancohuallu, incurriendo así en una ya manifiesta duplicación de sucesos. El Padre Cobo parece que fué el primero que echó mano de este arreglo, y en los tiempos contemporáneos, Lorente. Véase su *Historia de la Civilización Peruana* pp. 126 y 132).

«El debelador de los Chancas y el salvador del Cusco a juzgar por la fábula de la aparición y de la protección divina de Huiracocha, concedida al Inca que tomó ese mismo nombre, habiéndose llamado cuando niño, según Sarmiento, Hatun Tupac Inca, no da debido de haber sido otro personaje distinto, tal como Pachacutec, por ejemplo. Esta fábula inventada en momentos de gran angustia y sumo peligro y que forma parte integrante de la leyenda de la derrota de los invasores, tenía que referirse al mismo autor de ella, por creerlo familiar y protejido del Dios».

«La reconstrucción de la realidad histórica resulta por eso más aceptable en los siguientes términos, conforme a la opinión del Dr. Riva Agüero, en el reinado de Yahuar Huacac, los Chancas acometieron a los Incas y penetraron hasta el Cusco. Yahuar Huacac huyó, y como él Hurcco, su hijo primogénito y predilecto; uno de los hijos menores del rey Yupanqui, el Atun Tupac Inca, de Sarmiento, logró rehacer el ejército y poniéndose bajo la advocación de Huiracocha, dios adorado por las tribus quichuas, derrotó a los invasores». Wiesse *Civilizaciones primitivas del Perú*, p. 190.

CAPITULO XIX

GENEROSIDADES DEL PRINCIPE INCA VIRACOCHA DESPUES DE LA VICTORIA

LOS Incas viendo enflaquecer los enemigos, apellidando todos el nombre de su tío la fantasma Inca Viracocha, porque así lo mandó el príncipe, cerraron con ellos con gran impetu y los llevaron de arrancada; mataron gran número dellos, y los pocos q' quedaron volvieron las espaldas huyendo a más no poder. El príncipe habiendo seguido un rato el alcance, mandó tocar a recoger, porque no matasen ni hiriesen más enemigos, pues se daban ya por vencidos, y él por su persona corrió todo el campo do había sido la batalla, y mandó recoger los heridos para que los curasen, y los muertos para que los enterrasen. Mandó soltar los presos que se fuesen libremente a sus tierras, diciéndoles que los perdonaba a todos. La batalla habiendo sido tan reñida, que duró más de ocho horas, fué muy sangrienta, tanto que dicen los indios, que demás de la que se derramò por el campo, corrió sangre por un arroyo seco que pasa por aquel llano: por lo cual le llamaron de alli adelante Yahuar Pampa, que quiere decir campo de sangre. Murieron más de treinta mil indios, los ocho fueron de la parte del Inca Viracocha, y los demás de las naciones Chaucha, Hanchohuallu, Uramarca, Villca, y Untunsulla, y otras.

Quedaron presos los dos maeses de campo y el general Hancohuallu, al cual mandó curar el príncipe con mucho cuidado, que salió herido aunque poco, y a todos tres los retuvo para el triunfo que pensaba hacer adelante. Un tío del príncipe, pocos días después de la batalla, les dió una grave reprensión por haberse atrevido a los hijos del sol, diciendo que eran invencibles: en cuyo favor y servico peleaban las piedras y los árboles, convirtiéndose en hombres, porque así lo mandaba su padre el sol, como en la batalla pasada lo habian visto, y lo verían todas las veces que lo quisiesen esperimentar. Dijo otras fábulas en favor de los Incas; y a lo último les dijo que rindiesen las gracias al sol,

que mandaba a sus hijos tratasen con misericordia y clemencia a los indios; que por esta razón el príncipe les perdonaba las vidas y les hacía nueva merced de sus estados y a todos los demás curacas que con ellos se habían rebelado, aunque merecían cruel muerte; y q' de allí adelante fuesen buenos vasallos, si no querían q' el sol los castigase, con mandar a la tierra que se los tragase vivos. Los curacas con mucha humildad rindieron las gracias de la merced que les hacía, y prometieron ser leales criados.

Habida tan gran victoria, el Inca Viracocha, hizo luego tres mensageros. El uno envió a la casa del sol, a hacerle saber la victoria que mediante su favor y socorro hapía alcanzado, como si él no la hubiera visto: porque es así q' estos Incas aunque tenían al sol por Dios, le trataban tan corporalmente como si fuera un hombre como ellos; porque entre otras cosas q' con él hacían a semejanza de hombre, era brindarle, y lo que el sol había de beber lo echaban en un medio tinajón de oro que ponían en la plaza, donde hacían sus fiestas o en su templo; y la tenían al sol y decían que de lo q' allí faltaba lo bebía el sol; y no decían mal porque su calor lo consumía. También le ponían platos de vianda que comiese; y cuando había sucedido alguna cosa grande como la victoria pasada, le hacían mensagero particular para hacerle saber lo que pasaba y rendirle las gracias dello. Guardando esta costumbre antigua, el príncipe Viracocha Inca envió su mensagero al sol con la nueva de la victoria, y envió a mandar a los sacerdotes (que recogiéndose los que dellos habían huído) le diesen las gracias y le hiciesen nuevos sacrificios. Otro mensagero envió a las vírgenes dedicadas para mugeres del sol, q' llamamos escogidas, con la nueva de la victoria, como que por sus oraciones y méritos se la hubiese dado el sol. Otro correo que llaman Chasqui envió al Inca su padre, dándole cuenta de todo lo que hasta aquella hora había pasado, y suplicándole que hasta que él volviese no se moviese de donde estaba. (24)

(24) En Cieza de León se atribuye esta victoria y los homenajes al vencedor Inca Yupanqui, hijo de Viracocha. Véase *Señorío de los Incas* c. XLVI

CAPITULO XX·

EL PRINCIPE SIGUE EL ALCANCE, VUELVE AL COSCO, VEESE CON SU PADRE, DESPOSEELE DEL IMPERIO

DESESPERADOS los mensageros mandó elegir seis mil hombres de guerra, q' fuesen con él en seguimiento del alcance, y a la demás gente despidió q' se volviese a sus casas, con promesa q' hizo a los curacas de gratificarles a su tiempo aquel servicio. Nombró dos tíos suyos por maeses de campo que fuesen con él, y dos días después de la batalla salió con su gente en seguimiento de los enemigos, no para maltratarlos, sino para asegurarlos del temor q' podían llevar de su delito; y así los que por el camino alcanzó heridos y no heridos, los mandó regalar y curar, y de los mismos indios rendidos envió mensageros que fuesen a sus provincias y pueblos, y les dijesen como el Inca iba a perdonarlos y consolarlos, y que no hubiese miedo. Con estas prevenciones hechas caminó apriesa, y cuando llegó a la provincia Antahuailla, que es la de los chancas, salieron las mugeres y niños que pudieron juntarse, con ramos verdes en las manos, aclamando y diciendo: solo señor, hijo del sol, amador de pobres, habed lástima de nosotros y perdonadnos.

El príncipe los recibió con mucha mansedumbre y les mandó decir que de la desgracia recebida habían tenido la culpa sus padres y maridos; y que a todos los que se habían rebelado los tenía perdonados y que venía a visitarlos por su persona, para que oyendo el perdón de su propia boca, quedasen más satisfechos, y perdiesen de todo el temor que podían tener de su delito, Mandó que les diesen lo que hubiesen menester, y los tratasen con todo amor y caridad, y tuviesen gran cuenta con el alimento de las viudas y huérfanos, hijo de los que habían muerto en la batalla de Yahuarpampa.

Corrió en muy breve tiempo todas las provincias que se habían rebelado, y dejando en ellas gobernadores con bastante gente, se volvió a la ciudad y entró en ella en espacio de una luna (como dicen los indios) que habían salido della, porque cuentan los meses por lunas. Los indios, así los leales como los que se habían rebelado, quedaron admi-

rados de ver la piedad y mansedumbre del príncipe, que no lo esperaban de la aspereza de su condición; antes habían temido que pasada la victoria, había de hacer alguna grande carnicería. Empero decían que su dios el sol le había mandado que mudase de condición y semejase a su pasados. Mas lo cierto es, que el deseo de la honra y fama puede tanto en los ánimos generosos, que les hace fuerza a que truequen la brava condición, y cualquiera otra mala inclinación en la contraria, como lo hizo este príncipe, para dejar el buen nombre que dejó entre los suyos.

El Inca Viracocha entró en el Cosco a pié, por mostrarse soldado más que no rey: descendió por la cuesta abajo de Carmenca rodeado de su gente de guerra, enmedio de sus dos tíos los maeses de campo, y los prisioneros en pos dellos. Fué recebido con grandísima alegría y muchas aclamaciones de la multitud del pueblo. Los Incas viejos salieron a recebirle y adorarle por hijo del sol; y después de haberle hecho el acatamiento debido, se metieron entre sus soldados para participar del triunfo de aquella victoria. Daban a entender que deseaban ser mozos para militar debajo de tal capitan. Su madre la Coya Mama Chic-ya y las mugeres más cercanas en sangre al príncipe, como hermanas, tías y primas hermanas, y segundas, con otra gran multitud de pallas salieron por otra parte a recebirle con cantares de fiesta y regocijo; unas le abrazaban; otras le enjugaban el sudor de la cara; otras le quitaban el polvo que traía; otras le echaban flores y yerbas olorosas. Desta manera fué el príncipe hasta la casa del sol, donde entró descalzo según la costumbre dellos, a rendirle las gracias de la victoria que le había dado. Luego fué a visitar las vírgenes mugeres del sol; y habiendo hecho estas dos visitas, salió de la ciudad a ver a su padre que todavía se estaba en el angostura de Muyna donde lo había dejado.

El Inca Yahuar Huacac recibió al principe su hijo, no con el regocijo, alegría y contento que se esperaba de hazaña tan grande y victoria tan desconfiada, sino con un semblante grave y melancólico, que antes mostraba pesar que placer. O que fuese de envidia de la famosa victoria del hijo, o de vergüenza de su pusilanimidad pasada, o de temor que el príncipe le quitase el reino, por haber desamparado la casa del sol, y las vírgenes sus mugeres, y la ciudad imperial; no se sabe cuál destas tres cosas causase su pena, o si todas tres juntas.

En aquel auto público pasaron entre ellos pocas palabras, más después en secreto hablaron muy largo: sobre qué fuese la plática no lo saben decir los indios, más de que por conjeturas se entiende, q' debió de ser acerca de cuál dellos había de reinar, si el padre o el hijo; porque de la plática secreta salió resuelto el príncipe que su padre no volviese al Cosco, por haberla desamparado. Y como la ambición y deseo de reinar en los príncipes esté tan dispuesta a abrazar cualquier aparente color, bastó solo ésto para quitar el reino a su padre. El cual dió lugar a la determinación del hijo, porque sintió inclinada a su deseo toda la te, que era la cabeza del reino, y por evitar escándalos y guerras civiles,

y particularmente porque no pudo más, consintió en todo lo que el príncipe quiso hacer dél. Con este acuerdo trazaron luego una casa real entre el angostura de Muyna y Quespicancha, en un sitio ameno (que todo aquel valle lo es) con todo el regalo y delicias que se pudieron imaginar, de huertas y jardines, y otros entretenimientos reales de caza y pesquería, que al Levante de la casa pasa cerca della el río de Yucay, y muchos arroyos que entran en él.

Dada la traza de la casa, cuyas reliquias y cimientos hoy viven, se volvió el príncipe Viracocha Inca a la ciudad, y dejó la borla amarilla y tomó la colorada: más aunque él la traía, nunca consintió que su padre se quitase la suya, que de las insignias se hace poco caudal como falte la realidad del imperio y dominio. Acabada de labrar la casa le puso todos los criados y el demás servicio necesario, tan cumplido, que si no era el gobierno del reino, no le faltó al Inca Yahuar Huacac otra cosa. En esta vida solitaria vivió este pobre rey lo que de la vida le quedó, desposeído del reino por su propio hijo, y desterrado en el campo a hacer vida con las bestias, como poco antes tuvo él al mismo hijo.

Esta desdicha decían los indios que había pronosticado el mal agüero de haber llorado sangre en su niñez. Decían también, razonando unos con otros, volviendo a la memoria las cosas pasadas, que si este Inca cuando temía la mala condición del hijo, y procuraba remediarla cayera en darle un poco de tósigo (según la costumbre de los tiranos, y como lo hacían los hechiceros de algunas provincias de su imperio) quizá no se viera desposeído dél. Otros, que hablaban en favor del príncipe, no negando lo mal que lo había hecho con su padre, decían que también pudiera suceder peor al padre si cayera en poder de los enemigos, pues les había vuelto ya las espaldas y desamparado la ciudad, que le quitaran la vida y el reino la sucesión de los hijos; de manera que perecieran del todo, y que el príncipe lo había remediado con su buen ánimo y valor. Otros, hablando en alabanza común de sus reyes, decían que aquel malhadado Inca no había caído en el remedio del veneno, porque todos antes cuidaban en quitarlo del mundo que en usar dél. Otros, que se tenían por religiosos, encareciendo más la nobleza y generosidad de sus Incas, decían que aunque les advirtieran del remedio del veneno no usara dél, porque era cosa indigna de Incas, hijos del sol, usar con sus hijos lo que a los vasallos prohibían usar con los estraños. Desta suerte decían otras muchas cosas en sus pláticas, como a cada uno le parecía, que era más a propósito. Y con esto dejaremos al Inca llora sangre para no hablar más dél.

CAPITULO XXI

DEL NOMBRE VIRACOCHA Y POR QUE SE LO DIERON A LOS ESPAÑOLES

VOLVIENDO al príncipe, es de saber, que por el sueño pasado le llamaron Viracocha Inca, o Inca Viracocha, q' todo es uno, porque el nombre Inca no significa más antepuesto que pospuesto. Diéronle el nombre de la fantasma que se le apareció, la cual dijo llamarse así. Y porque el príncipe dijo que tenía barbas en la cara, a diferencia de los indios, que generalmente son lampiños, y que traía el vestido hasta los pies, diferente hábito del que los indios traen, que no les llega más de hasta la rodilla. De aquí nació que llamaron Viracocha a los primeros españoles que entraron en el Perú, porque les vieron barbas y todo el cuerpo vestido, y porque luego que entraron los españoles prendieron a Atahuallpa, rey tirano, y lo mataron; el cual poco antes había muerto a Huascar Inca, legítimo heredero, y había hecho en los de la sangre real (sin respetar sexo ni edad) las crueldades que en su lugar diremos, confirmaron de veras el nombre Viracocha a los españoles, diciendo que eran hijos de su dios Viracocha, que los envió del cielo para que sacasen a los Incas, y librasen la ciudad del Cosco y todo su imperio de las tiranías y crueldades de Atahuallpa, como el mismo Viracocha lo había hecho otra vez, manifestándose al príncipe Inca Viracocha para librarle de la rebelión de los chancas. Y dijeron que los españoles habían muerto al tirano en castigo y venganza de los Incas, por habérselo mandado así el dios Viracocha, padre de los españoles; y esta es la razón por lo cual llamaron Viracocha a los primeros españoles, y porque creyeron que eran hijos de su dios los respetaron tanto, que los adoraron y les hicieron tan poca defensa, como se verá en la conquista del reino; pues seis españoles solos (Hernando de Soto y Pedro del Barco entre

ellos) se atrevieron a ir desde Casamarca, al Cosco, (25) y a otras partes, doscientas y trescientas leguas de camino, a ver las riquezas de aquella ciudad y de otras, y los llevaron en andas porque fuesen más regalados. También les llamaron Incas, hijos del sol, como a sus reyes. Si a esta vana creencia de los indios correspondieran los españoles con decirles que el verdadero Dios los había enviado para sacarlos de las tiranías del demonio, que eran mayores que las de Atahuallpa, y les predicaran el santo Evangelio con el ejemplo que la doctrina pide, no hay duda sino que hicieran grandísimo fruto. Pero pasó todo tan diferente, como sus mismas historias lo cuentan, a que me remito, que a mí no me es lícito decirlo: dirán que por ser indio hablo apasionadamente. Aunque es verdad que no se deben culpar todos, que los más hicieron oficio de buenos cristianos; pero entre gente tan simple como eran aquellos gentiles, destruía más un malo que edificaban cien buenos.

Los historiadores españoles, y aún todos ellos, dicen que los indios llamaron así a los españoles, porque pasaron allá por la mar. Y dicen que el nombre Viracocha significa grosura de la mar, haciendo composición de Vira, que dicen que es grosura, y Cocha que es mar. En la composición se engañan tambien como en la significación, porque conforme a la composición que los españoles hacen querrá decir mar de sebo. Porque Vira, en propia significación, quiere decir sebo, y con el nombre Cocha que es mar, dice mar de sebo; porque en semejantes composiciones de nominativo y genitivo siempre ponen los indios el genitivo delante. De donde consta claro no ser nombre compuesto sino propio de aquella fantasma, que dijo llamarse Viracocha, y que era hijo del sol. Esto puse aquí para los curiosos que holgaran de ver la interpretación deste nombre tan comun, y cuánto se engañan en declarar el lenguage del Perú los que no lo mamaron en la leche de la misma ciudad del Cosco, aunque sean indios, porque los no naturales della tambien son estrangeros y bárbaros en la lengua como los castellanos. Sin la razón dicha para llamar Viracocha a los españoles, diremos adelante otra que no fué menos principal, que fué la artillería y arcabucería que llevaron. El P. Blas Valera, interpretando la significación deste nombre, lo declara por esta dicción Numen, que es voluntad y poderío de Dios: dícelo, no porque signifique esto el nombre Viracocha, sino por la deidad que los indios tuvieron a la fantasma, que después del sol le adoraron por dios, y le dieron el segundo lugar, y en pos dél adoraron a sus Incas y reyes, y no tuvieron más dioses.

---

(25) No están acordes los cronistas en la designación de los primeros comisionados, que para activar el rescate de Atahuallpa, partieron de Cajamarca al Cusco. Zárate y Garcilaso dicen que fueron Soto y del Barco. Pedro Pizarro los nombra Martín Bueno y Martín Mogüer, Herrera los llama Mogüer Zárate y Bueno, y Juan Pachacuti dice Varco y Candia. Lo que sí está fuera de duda es que no fué Hernando de Soto comisionado, no obstante la leyenda que le atribuye Cabello Balboa con Quilaco Yupanqui y Cussi Coyllur. Véase Urteaga *El Perú. Bocetos Históricos* p. 125.

El Inca Viracocha quedó con tanta reputación, acerca de sus parientes y vasallos y ni por el sueño como por la victoria, que en vida le adoraron por nuevo dios, enviado por el sol para reparo de los de su sangre porque no se perdiese. Y para remedio de la imperial ciudad y casa del sol, y de sus vírgenes que no la destruyesen los enemigos; y así le hacían la veneración y acatamiento con nuevas y mayores ostentaciones de adoración que a sus pasados, como que en él hubiese nueva y mayor deidad que en ellos, pues habían sucedido por él cosas tan estrañas y admirables. Y aunque el Inca quiso prohibir a los indios que no le adorasen, sino a su tío, el que se le había aparecido, no pudo acabarlo con ellos. Empero quedó acordado que los adorasen a ambos igualmente, y que nombrando a cualquiera dellos, pues tenían un mismo nombre, se entendiese que los nombraban a ambos. Y el Inca Viracocha, para mayor honra y fama de su tío la fantasma, y de sí propio, edificó un templo, como poco adelante diremos.

El sueño puédese creer que el demonio, como tan gran maestre de maldades, lo causase durmiendo el príncipe, o que velando se le representase en aquella figura, que no se sabe de cierto si dormía o velaba, y los indios antes se inclinaban a afirmar que no dormía sino que velaba recostado debajo de aquella peña. Y pudo hacer esto el enemigo del género humano para aumentar crédito y reputación a la idolatría de los Incas: porque como viese que el reino dellos íbase estableciendo, y q' los Incas habían de ser los legisladores de las supersticiones de su gentilidad y vana ley, para que fuesen creídos y tenidos por dioses, y obedecidos por tales, haría aquella representación, y otras que los indios cuentan, aunque ninguna para ellos de tanta admiración como la del Viracocha Inca: porque la fantasma vino diciendo que era hijo del sol y hermano de los Incas; y como sucedió después el levantamiento de los chancas y la victoria contra ellos, quedó el Inca en grandísima autoridad y crédito, hecho un oráculo para lo que de allí en adelante quisiese mandar y ordenar a los indios. Este es el dios fantástico Viracocha, que algunos historiadores dicen que los indios tuvieron por principal dios y en mayor veneración que al sol: siendo falsa relación y adulación que los indios les hacen por lisonjearlos, diciendo que les dieren el nombre de su más principal dios. Lo cierto es que no tuvieron dios más principal que el sol (sino fué Pachacamac, dios no conocido) antes por dar deidad a los españoles, decían a los principios que eran hijos del sol, como lo dijeron de la fantasma Viracocha.

CAPITULO XXII

EL INCA VIRACOCHA MANDA LABRAR UN TEMPLO EN MEMORIA DE SU TIO LA FANTASMA

PARA mayor estima de su sueño, y para perpetuarlo en la memoria de las gentes, mandó el Inca Viracocha hacer en un pueblo llamado Cacha,(26) q' está diez y seis leguas al Sur de la ciudad del Cosco, un templo a honor y reverencia de su tio la fantasma que se le apareció. Mandó que la hechura del templo imitase todo lo que fuese posible al lugar donde se le apareció: que fuese (como el campo) descubierto, sin techo: que le hiciesen una capilla pequeña, cubierta de piedra, que semejase al cóncavo de la peña donde estuvo recostado: que tuviese un soberado alto del suelo, traza y obra diferente de toda cuanta aquellos indios antes ni despues hicieron porque nunca hicieron casa ni pieza con soberado El templo tenia ciento y veinte piés de hueco en largo, y ochenta en ancho. Era de cantería pulida, de piedra hermosamente labrada, como es toda la q' labran aquellos indios Tenía cuatro puertas á las cuatro partes principales del cielo; las tres estaban cerradas, que no era sino portadas para ornamento de las paredes. La puerta que miraba al Oriente servía de entrada y salida del templo; estaba en medio del hastial, y porque no supieron aquellos indios hacer bóveda para hacer soberado encima de ella, hicieron paredes de la misma cantería que sirviesen de vigas, porque durasen mas que si fueran de madera: pusiéronla á trechos, dejando siete pies de hueco entre pared y pared, y las paredes tenían tres pies de macizo. Eran doce los callejones que estas paredes hacían. Cerráronlos por lo alto en lugar de tablas con losas de á diez pies en largo y media vara de alto, labradas a todas seis haces. Entrando por la puerta del templo volvían á mano derecha por el primer callejon hasta llegar á la pared de la mano derecha del templo, luego

(26) En el primer tomo de esta obra hemos reproducido en la lámina Nº. V una vista de las ruinas del Templo de Cacha o de Viracocha p. 58

volvian á mano izquierda por el segundo callejon hasta la otra pared. De allí volvian otra vez sobre mano derecha por el tercer callejon, y desta manera como van los espacios de los renglones desta plana iban ganando todo el hueco del templo de callejon en callejon, hasta el postrero, que era el doceno, donde había una escalera para subir al soberado del templo.

De frente de cada callejón a una mano y a otra, habían ventanas como saetas, q' bastantemente daban luz a los callejones: debajo de cada ventana había un vacío hecho en la pared donde estaba un portero sentado sin ocupar el paso del callejon. La escalera estaba hecha a dos aguas que podían subir y bajar por la una banda o por la otra; venía a salir lo alto della de frente del altar mayor. El suelo del soberado estaba enlosado de unas losas negras muy lustrosas que parecían de azabache, traídas de muy lejas tierras. En lugar del altar mayor había una capilla de doce pies de hueco en cuadro cubierta de las mismas losas negras encajadas unas en otras, levantadas en forma de chapitel de cuatro aguas; era lo más admirable de toda la obra. Dentro de la capilla en el grueso de la pared del templo había un tabernáculo donde tenían puesta la imagen de la fantasma Viracocha. A un lado y a otro de la capilla había otros dos tabernáculos, más no había nada en ellos, solamente servían de ornamento y de acompañar la capilla principal Las paredes del templo encima del soberado, subían tres varas en alto sin ventana ninguna: tenían su cornija de piedra labrada adentro y afuera por todos cuatro lienzos. En el tabernáculo que estaba dentro de la capilla, había una base grande, sobre ella pusieron una estatua de piedra que mandó hacer el Inca Viracocha de la misma figura que dijo habérsele aparecido la fantasma.

Era un hombre de buena estatura, con una barba larga, de más de un palmo, los vestidos largos y anchos como túnica o sotana, llegaban hasta los pies: tenía un estraño animal de figura no conocida con garras de león, atado por el pescuezo con una cadena, y el ramal della en la una mano de la estatua. Todo esto estaba contrahecho de piedra, y porque los oficiales por no haber visto la figura ni su retrato, no atinaban a esculpirla, como lo decía el Inca, se puso el mismo muchas veces en el hábito y figura que dijo haberla visto. Y no consintió que otro alguno se pusiese en ella, porque no pareciese desacatar y menospreciar la imagen de su dios Viracocha, permitiendo que la representase otro que el mismo rey: en tanto como esto estimaban sus vanos dioses.

La estatua semejaba a las imágenes de nuestros bienaventurados Apóstoles, y más propiamente a la del señor San Bartolomé, porque la pintan con el demonio atado a sus pies como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido. Los españoles habiendo visto este templo y la estatua de la forma que se ha dicho, han querido decir que pudo ser q' el Apóstol San Bartolomé llegase hasta el Perú a predicar a aquellos gentiles, y que en memoria suya hubiesen hecho los in-

dios la estátua y templo. Y los mestizos naturales del Cosco de treinta años a esta parte, en una cofradía que hicieron dellos solos, que no quisieron que entrasen españoles en ella, la cual solemnizan con grandes gastos, tomaron por abogado a este bienaventurado Apóstol, diciendo que ya q' con ficción o sin ella se había dicho que había predicado en el Perú, lo querían por su patrón; aunque algunos españoles maldicientes viendo los arreos y galas que aquel dia sacan, han dicho que no lo hacen por el Apóstol, sino por el Inca Viracocha.

Qué motivo tuviese el Inca Viracocha, y a qué propósito hubiese mandado hacer aquel templo en Cacha, y no en Chita, donde la fantasma se le apareció, o en Yahuarpampa, donde hubo la victoria de los chancas, siendo cualquiera de aquellos dos puestos más a propósito, que el Cacha, no lo saben decir los indios; más de que fué voluntad del Inca, y no es de creer sino que tuvo alguna causa oculta. Con ser el templo de tan estraña labor, como se ha dicho, lo han destruído los españoles, como han hecho otras muchas obras famosas que hallaron en el Perú, debiéndolas sustentar ellos mismos a su costa para que en siglos venideros vieran las gentes las grandezas que con sus brazos y buena fortuna habían ganado. Mas parece que a sabiendas, como envidiosos de sí propios, las han derribado por el suelo; de tal manera, que el día de hoy apenas quedan los cimientos desta obra ni de otras semejantes que había: cosa que a los discretos ha lastimado mucho. La principal causa que les movió a destruir esta obra y todas las que han derribado, fué decir que no era posible, sino que había mucho tesoro debajo della. Lo primero que derribaron fué la estatua, porque dijeron que debajo de sus pies había mucho oro enterrado. El templo fueron cavando a tiento, ya aquí, ya allí, hasta los cimientos: y desta manera lo han derribado todo. La estatua de piedra vivía pocos años há, aunque toda desfigurada a poder de pedradas que le tiraban.

———

CAPITULO XXIII

PINTURA FAMOSA; Y LA GRATIFICACION A LOS DEL SOCORRO

HABLANDO del Inca Viracocha, es de saber, que quedó tan ufano y glorioso de sus hazañas, y de la nueva adoración q' los indios le hacían, q' no contento con la obra famosa del templo, hizo otra galana y vistosa, aunque no menos mordaz contra su padre, que aguda en su favor. Aunque dicen los indios que no la hizo hasta que su padre fué muerto: y fué que en una peña altísima que entre otras muchas hay en el parage donde su padre paró cuando salió del Cosco retirándose de los chancas, mandó pintar dos aves que los indios llaman Cuntur, que son tan grandes, que muchas se han visto tener cinco varas de medir de punta a punta de las alas. Son aves de rapiña y ferocísimas, aunque la naturaleza, madre comun, por templarles la ferocidad les quitó las garras: tienen las manos como pies de gallina, pero el pico tan feroz y fuerte, que de una herronada rompen el cuero a una vaca, que dos aves de aquellas la acometen y matan como si fueran lobos. Son prietas y blancas a remiendos como las urracas. Dos aves destas, mandó pintar, la una con las alas cerradas, y la cabeza baja y encojida como se ponen las aves por fieras que sean cuando se quieren esconder; tenía el rostro hácia Collasuyu, y las espaldas al Cosco. La otra mandó pintar en contrario, el rostro vuelto a la ciudad, y feroz con las alas abiertas, como que iba volando a hacer alguna presa. Decían los indios qae el un Cuntur figuraba a su padre que había salido huyendo del Cosco, e iba a esconderse en el Collao; y el otro representaba al Inca Viracocha que había vuelto volando a defender la ciudad y todo su imperio.

Esta pintura vivía en todo su buen ser el año de mil y quinientos y ochenta; y el de noventa y cinco pregunté a un sacerdote criollo que vino del Perú a España, si la había visto, ¿y cómo estaba?. Díjome que estaba muy gastada, que casi no se divisaba nada della; porque el tiempo con sus aguas y el descuido de la perpetuidad de aquella y otras semejantes antiguallas la habían arruinado.

Como el Inca Viracocha quedase absoluto señor de todo su imperio tan amado y acatado de los suyos, como se ha dicho, y adorado por dios, procuró al principio de su reinado establecer su reino y atender al sociego y quietud dél y al buen gobierno y beneficio de sus vasallos.

Lo primero que hizo fué gratificar con favores y mercedes a los que le habían dado el socorro en el levantamiento pasado, particularmente a los quechuas de los apellidos Cotapampa y Cotanera; que por haber sido los principales autores del socorro, les mandó que trujesen las cabezas tresquiladas, y el llauto por tocado, y las orejas horadadas como los Incas; aunque el tamaño del horado fué limitado como lo dió el primer Inca Manco Capac a sus primeros vasallos.

A las demás naciones dió otros privilegios de grandes favores, con que todos quedaron muy contentos y satisfechos. Visitó sus reinos porque se favoreciesen con verle, que por las maravillas que dél se contaban era deseado por todos ellos; y habiendo gastado algunos años en la visita se volvió al Cosco, donde con el parecer de los de su consejo determinó conquistar aquellas grandes provincias que llaman Caranca, Ullaca, Llipi, Chicha. Las cuales su padre dejó de conquistar para acudir al remedio de la mala condición del hijo, como en su lugar dijimos. Para lo cual mandó el Inca Viracocha que en Collasuyu y Cuntisuyu se apercibiesen treinta mil hombres de guerra para el verano siguiente. Eligió por capitan general uno de sus hermanos llamado Pahuac Maita Inca, que quiere decir el que vuela Maita Inca, que fué ligerísimo sobre todos los de su tiempo, y el don natural le pusieron por sobrenombre.

Eligió cuatro Incas por consejeros del hermano y maeses de campos. Salieron del Cosco y recogieron de camino la gente levantada. Fueron a las provincias dichas: las dos dellas, que son Chicha y Ampara, adoraban la gran Cordillera de la Sierra Nevada por su grandeza y hermosura, y por los ríos que della salen con que riegan sus campos. Tuvieron algunos recuentros y batallas aunque de poco momento; porque más fué querer los enemigos como belicosos tentar sus fuerzas que hacer guerra descubierta a los Incas; cuya potencia era ya tanta, y más con la nueva reputación de las hazañas del Inca Viracocha, que los enemigos se hallaban poderosos para los resistir; por estas causas se redujeron aquellas grandes provincias al imperio de los Incas con más facilidad y menos peligros y muertes, de las que al principio se habían temido, porque son belicosas y pobladas de mucha gente; aunque todavía se gastaron más de tres años en la reducion y conquista dellas.

CAPITULO XXIV

NUEVAS PROVINCIAS QUE EL INCA SUJETA, Y UNA ACEQUIA PARA REGAR LOS PASTOS

EL Inca Pahuac Maita y sus tíos, habiendo dado fín a su jornada y dejado los gobernadores y ministros necesarios para instruir los nuevos vasallos, se volvieron al Cosco, donde fueron recebidos del Inca con muchas fiestas y grandes favores y mercedes, cuales convenían a tan gran conquista como la que hicieron: con la cual acrecentó el Inca Viracocha su imperio hasta los términos posiblès; porque al Oriente llegaba hasta el pie de la gran Cordillera y Sierra Nevada; y al Poniente hasta la mar, y al Mediodía hasta la última provincia de los chancas, más de doscientas leguas de la ciudad; y por estas tres partes ya no había que conquistar, porque por la una parte le atajaba la mar, y por la otra las nieves y grandes montañas de los Antis; y al Sur le atajaban los desiertos que hay entre el Perú y el reino de Chili. Más con todo eso, como el reinar sea insaciable, le nacieron nuevos cuidados de la parte de Chinchasuyu, que es al Norte: deseó aumentar su imperio lo que pudiese por aquella banda; y habiéndolo comunicado con los de su consejo, mandó levantar treinta mil hombres de guerra, y eligió seis Incas de los más esperimentados que fuesen con él. Proveído todo lo necesario salió con su ejército por el camino de Chinchasuyu, dejando por gobernador de la ciudad a su hermano el Inca Pahuac Maita. Llegó a la provincia Antahuilla, que es de la nacion Chanca; la cual por la traición que hicieron al Inca Yahuar Huacac el rebelarse contra él, fué llamada traidora por sobrenombre; y dura este apellido entre los indios hasta hoy, que jamás dicen Chanca, que no añidan Auca, que quiere decir traidor. Tambien significa tirano, alevoso, fementido, y todo lo demás q' puede pertenecer a la tiranía y alevosía; todo lo contiene este adjetivo Auca; tambien significa guerrear y dar batalla; porque se vea cuanto comprende el lenguage comun del Perú con una palabra sola.

Con la fiesta y regocijo que como gente afligida pudieron hacer los chancas, fué recebido el Inca Viracocha. El cual se mostró muy afable con todos ellos, y a los más principales regaló, así con palabras como con dádivas que les dió de vestidos y otras preseas, porque perdiesen el temor del delito pasado, que como no había sido el castigo conforme a la maldad, temían si había de llegar entonces o después. El Inca demás del comun favor que a todos hizo, visitó las provincias todas; proveyó en ellas lo que le pareció convenir. Hecho esto, recogió el ejército que estaba alojado en diversas provincias; caminó a las que estaban por sujetar. La más cercana, llamada Huaitara, grande y muy poblada de gente rica y belicosa. y q' había sido del bando de los rebelados. La cual se rindió luego que el Inca Viracocha envió sus mensageros, mandándoles que le obedeciesen; y así salieron con mucha humildad a recebirle por señor, porque estaban escarmentados de la batalla de Yahuarpampa. El Inca los recibió con mucha afabilidad, y les mandó decir que viviesen quietos y pacíficos que era lo que más les convenía.

De allí pasó a otra provincia llamada Poc-ra, por otro nombre Huamanca, y a otras q' se dicen Asancaru, Parco, Picuy y Acos, las cuales todas se dieron con mucha facilidad, y holgaron ser de su imperio; porque el Inca Viracocha era deseado en todas partes por las maravillas que había hecho. Habiéndolas ganado despidió el ejército. Ordenó lo que al beneficio comun de los vasallos convenía, y entre otras cosas que mandó hacer, fué sacar una acequia de agua de más de doce pies de hueco q' corría más de ciento y veinte leguas de largo: empezaba de lo alto de las sierras que hay entre Parcu y Picuy, de unas hermosas fuentes que allí nacen, que parecen caudalosos ríos. Y corría el acequia hacia los Rucanas, servía de regar los pastos que hay por aquellos despoblados que tienen diez y ocho leguas de travesía, y de largo toman casi todo el Perú.

Otra acequia semejante atraviesa casi todo Cuntisuyu, y corre del Sur al Norte más de ciento y cincuenta leguas por lo alto de las sierras más altas que hay en aquellas provincias, y sale a los quechuas, y sirve o servía solamente para regar los pastos cuando el otoño detenía sus aguas. Destas acequias para regar los pastos hay muchas en todo el imperio que los Incas gobernaron: es obra digna de la grandeza y gobierno de tales príncipes. Puédese igualar estas acequias a las mayores obras q' en el mundo ha habido, y darles el primer lugar, consideradas las sierras altísimas por donde las llevaban, las peñas grandísimas q' rompian sin instrumentos de acero, ni hierro, sino q' con unas piedras quebrantaban otras a pura fuerza de brazos, y q' no supieron hacer cimbras para sobre ellas armar arcos de puentes con q' atajar las quebradas y los arroyos. Si algún arroyo hondo se les atravesaba, iban a descabezarlo hasta su nacimiento, rodeando las sierras todas que se le ofrecían por delante. Las acequias eran de diez a doce pies de hueco por la

parte de la sierra a que iban arrimadas. Rompían la misma sierra para el paso de las aguas, y por la parte de afuera les ponían grandes losas de piedra labradas por todas sus seis partes de vara y media, y de dos varas de largo, y más de vara de alto, las cuales iban puestas a la hila, pegadas unas a otras, y fortalecidas por la parte de afuera con grandes céspedes, y mucha tierra arrimada a las losas, para que el ganado que atravesase no desportillase la acequia.

Esta, que viene atravesando todo el distrito llamado Cuntisuyu, vide en la provincia llamada Quechua, q' es al fín del mismo distrito, y tiene todo lo que he dicho, y la miré con mucha atención; y cierto son obras tan grandes y admirables, que esceden a toda pintura y encarecimiento que dellas se pueda hacer. Los españoles, como estrangeros no han hecho caso de semejantes grandezas, ni para sustentarlas, ni para estimarlas, ni aún para haber hecho mención de llas en sus historias; antes parece que a sabiendas o con sobra de descuido, que es lo más cierto, han permitido que se pierdan todas. Lo mismo ha sido de las acequias que los indios tenían sacadas para regar las tierras de pan, que han dejado perder las dos tercias partes que hoy y muchos años atrás no sirven ya, sino las acequias que no pueden dejar de sustentar por la necesidad que tienen dellas. De las que se han perdido grandes y chicas viven todavía los rastros y señales.

CAPITULO XXV

EL INCA VISITA SU IMPERIO. VIENEN EMBAJADORES OFRECIENDO VASALLAGE

HABIENDOSE dado la traza, y proveído lo necesario para sacar la acequia grande para regar los pastos, el Inca Viracocha pasó de la provincia de Chinchasuyu a las de Cuntisuyu, con propósito de visitar todos sus reinos de aquel viage. Las primeras provincias que visitó fueron las que llaman Quechua, que entre otras que hay deste nombre, las más principales son dos: la una llamada Cotapampa, y la otra Cotanera, las cuales regaló con particulares mercedes y favores por el gran servicio que le hicieron en el socorro contra los chancas. Luego pasó a visitar todas las demás provincias de Cuntisuyu, y no se contentó con visitar las de la sierra, sino tambien los valles de los Llanos y costa de la mar porque no quedase alguna provincia desfavorecida, de que el Inca no la hubiese visto, según era deseado de todas.

Hizo gran pesquisa para saber si los gobernadores y ministros regios hacían el deber cada cual en su ministerio: mandaba castigar severísimamente al que había hecho mal su oficio: decía que estos tales merecían más pena y castigo que los salteadores de caminos, porque con la potestad real que les daban para hacer justicia y beneficio a los vasallos, los fatigaban con molestias y agravios contra la voluntad del Inca, menospreciando sus leyes y ordenanzas. Hecha la visita de Cuntisuyu, entró en la provincia de Collasuyu, las cuales anduvo una por una visitando los pueblos más principales, donde, como en las pasadas, hizo muchas mercedes y favores, así a los indios en común, como a sus curacas en particular. Visitó aquella costa de la mar hasta Tarapaca.

Estando el Inca en la provincia Charca, vinieron embajadores del reino llamado Tucma, que los españoles llaman Tucman, que está doscientas leguas de los charcas al Sueste y puestos ante él le dijeron: Capa Inca Viracocha, la fama de las hazañas de los Incas, tus progenitores, la rectitud e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el

gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la escelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros, y las grandes maravillas que tu padre el sol nuevamente ha hecho por tí, han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra, y aún pasan adelante. De las cuales grandezas aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte, hayas por bien de recebirlos debajo de tu imperio, y permitas que se llamen tus vasallos, para que gocen de tus beneficios, y te dignes de darnos Incas de tu sangre real, que vayan con nosotros a sacarnos de nuestras bárbaras leyes y costumbres, y a enseñarnos la religion que debemos tener, y los fueros que debemos guardar. Para lo cual en nombre de todo nuestro reino te adoramos por hijo del sol, y te recebimos por rey y señor nuestro, en testimonio de lo cual te ofrecemos nuestras personas y los frutos de nuestra tierra, para que sea señal y muestra de que somos tuyos. Diciendo esto descubieron mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, cara, y otras mieses, y legumbres de aquella tierra, que de todas ellas trujeron parte, para que en todas se tomase la posesión: no trujeron oro ni plata, porque no la tenían los indios, ni hasta ahora, por mucha que ha sido la diligencia de los que la han buscado, han podido descubrirla.

Hecho el presente los embajadores se pusieron de rodillas a la usanza dellos delante del Inca, y le adoraron como a su dios y como a su rey. El cual los recebió con mucha afabilidad y después de haber recebido el presente en señal de posesión de todo aquel reino, mandó a sus parientes que les brindasen, para hacerles el favor que entre ellos era tenido por inestimable. Hecha la bebida, mandó decirles que el Inca holgaba mucho hubiesen venido de su grado a la obediencia y señorío de los Incas, que serían tanto más regalados y bien tratados que los demás, cuanto su amor y buena voluntad lo merecía mejor que los que venían por fuerza. Mandó que les diesen mucha ropa de lana para sus curacas de la muy fina que se hacía para el Inca y otras preseas de la misma persona real, hecha de manos de las vírgenes escogidas, que eran tenidas por cosas divinas y sagradas, y a los embajadores dieron muchas dádivas. Mandó que fuesen Incas parientes suyos a instruir aquellos indios en su idolatría, y que les quitasen los abusos y torpezas que tuviesen, y enseñasen las leyes y ordenanzas de los Incas para que las guardasen. Mandó que fuesen ministros que entendiesen en sacar acequias y cultivar la tierra, para acrecentar la hacienda del sol y la del rey.

Los embajadores habiendo asistido algunos dias a la presencia del Inca muy contentos de su condición, y admirados de las buenas leyes y costumbres de la corte; y habiéndolas cotejado con las que ellos tenían, decían que aquellas eran leyes de hombres, hijos del sol, y las suyas de bestias sin entendimiento; y movidos de buen celo, dijeron a su partida al Inca: solo, señor porque no quede nadie en el mundo que no goce de tu religión y leyes y gobierno, te hacemos saber que lejos

de nuestra tierra entre el Sur y el Poniente está un gran reino llamado Chili, poblado de mucha gente, con las cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de sierra nevada que hay entre ellos y nosotros, más la relación tenésmola de nuestros padres y abuelos, y pareciónos dártela, para que hayas por bien de conquistar aquella tierra y reducirla a tu imperio, para que sepan tu religión, y adoren al sol y gocen de tus beneficios. El Inca mandó tomar por memoria aquella relación, y dió licencia a los embajadores para que se volviesen a sus tierras.

El Inca Viracocha pasó adelante en su vida, como íbamos diciendo y visitó las provincias todas de Collasuyu, haciendo siempre mercedes y favores a los curacas y capitanes de guerra, y a los consejos y gente comun. De manera que todos en general quedaron con nuevo contento y nueva satisfacción de su Inca. Recebíanle por todas aquellas provincias con grandísima fiesta, y regocijo, y aclamaciones hasta entonces nunca oídas; porque como muchas veces se nos ofrece decir el sueño, y la gran victoria de Yahuarpampa, habían causado en los indios tanta veneración y respeto para con el Inca, que le adoraban por nuevo dios, y hoy día tienen en gran veneración la peña donde dicen que estuvo recostado cuando se le apareció la fantasma. Y no lo hacen por idolatrar, que por la misericordia de Dios bien desengañados están ya de la que tuvieron, sino por memoria de su rey, que tan bueno les fué en paz y en guerra.

Acabada la visita de Cogasuyu entró en Antisuyu, donde, aunque fué recebido con mucho fausto y pompa, por ser los pueblos menores que los pasados, no dejaron de hacerle toda la fiesta y aparato posible. Hicieron por los caminos arcos triunfales de madera, cubiertos de juncía y fores, cosa muy usada entre los indios para grandes recebimientos. Cubrieron los caminos con juncia y flores por dó pasaba el Inca. En suma, hacían todas las ostentaciones que podían dar para entender la vana adoración que deseaban hacerle. En la visita destas tres partes de su imperio gastó el Inca Viracocha, tres años, en las cuales no dejaba de hacer las fiestas del sol, que llaman Raymi, y la que llaman Citua, donde le hallaba el tiempo de las fiestas, aunque era con menos solemnidad que en el Cosco, más como podían la solemnizaban por cumplir con su vana religión. Acabada la visita se volvió a su imperial ciudad, donde fué tan bien recebido como había sido deseado, porque como a nuevo fundador, defensor y amparo que había sido della, salieron todos sus cortesanos a recebirle con muchas fiestas y nuevos cantares, compuestos en loor de sus grandezas.

CAPITULO XXVI

LA HUIDA DEL BRAVO HANCOHUALLU DEL IMPERIO DE LOS INCAS

DE la manera que se ha dicho visitó este Inca otras dos veces todos sus reinos y provincias. En la segunda visita sucedió q' andando en la provincia de los Chichas, q' es lo último del Perú, hacía el Mediodía, le llevaron nuevas de un caso estraño que le causó mucha pena y dolor; y fué que el bravo Hancohuallu, que dijimos fué rey de los chancas, aunque había gozado nueve o diez años del suave gobierno de los Incas, y aunque de sus estados y jurisdicción no le habían quitado nada, sino q' se era tan gran señor como antes, y el Inca le había hecho todo el regalo y buen tratamiento posible, con todo eso no pudiendo su ánimo altivo y generoso sufrir ser súbdito y vasallo de otro habiendo sido absoluto señor de tantos vasallos como tenía, y que sus padres y abuelos y antepasados habían conquistado y sujetado muchas naciones a su estado y señorío; particularmente los quechuas, que fueron los primeros que dieron el socorro al Inca Viracocha, para que él no alcanzase la victoria que esperaba, y que al presente se veía igual a todos los que había tenido por inferiores, y le parecía, según su imaginación, y conforme a buena razón, que por aquel servicio q' sus enemigos hicieron al Inca eran más queridos y estimados que no él, y que él había de ser cada día menos y menos. Desdeñado destas imaginaciones que a todas horas se le representaban en la fantasía, aunque por otra parte veía que el gobierno de los Incas era para someterse a él de su voluntad todos los potentados y señoríos libres, quiso más procurar su libertad, desechando cuanto poseía, que sin ella gozar de otros mayores estados. Para lo cual habló a algunos indios de los suyos, y les descubrió su pecho, diciendo como deseaba desamparar su tierra natural y señorío propio, y salir del vasallage de los Incas y de todo su imperio, y buscar nuevas tierras donde poblar y ser señor absoluto, o morir en la demanda: que para conseguir este deseo se hablasen unos a otros, y que lo más disimuladamente que pudiesen se fuesen saliendo poco a poco de la juris-

dicción del Inca con sus mugeres y hijos, y como mejor pudiesen, y que él les daría pasaportes para que no les pidiesen cuenta de su camino, y que le esperasen en las tierras agenas comarcanas, porque todos juntos no podían salir sin que el Inca lo supiese, y estorbase; y q' él saldría en pos dellos lo más presto que pudiese, y que aquel camino era el más seguro para conseguir la libertad perdida: porque tratar de nuevo levantamiento era locura y disparate, porque no eran poderosos para resistir al Inca, y aunque lo fueran, dijo que no lo hiciera, por no mostrarse ingrato y desconocido a quien tantas mercedes le había hecho, que el se contentaba con buscar su libertad con la menos ofensa que pudiese hacer a un príncipe tan bueno como el Inca Viracocha.

Con estas palabras persuadió el bravo y generoso Hancohuallu a los primeros que se las oyeron, y aquellos a los segundos y terceros y así de mano en mano; y desta manera por el amor entrañable q' en común los indios a su señor natural tienen, fueron fáciles los chancas de persuadirse unos a otros, y en breve espacio salieron de su tierra más de ocho mil indios de guerra de provecho, sin la demás gente comun y menuda de mugeres y niños, con los cuales se fué el altivo Hancohuallu, haciendo camino por tierras agenas con el terror de sus armas y con el nombre Chanca, cuya ferocidad y valentía era temida por todas aquellas naciones de su comarca. Con el mismo asombro se hizo proveer de mantenimientos hasta llegar a las provincias de Tarma y Pumpu, q' estan sesenta leguas de su tierra, donde tuvo algunos recuentros, y aunque pudiera con facilidad sujetar aquellas naciones, y poblar en ellas, no quiso, por parecerle que estaban cerca del imperio del Inca, cuya ambición le parecía tanta, q' tardaría poco en llegar a sujetar aquellas tierras, y caería en la misma sujeción y desventura que había huído. Por lo cual le pareció pasara delante, y alejarse donde el Inca no llegase tan presto, siquiera mientras él viviese. Con este acuerdo caminó, arrimándose a mano derecha de como iba llegándose hácia las grandes montañas de los Antis, con propósito de entrarse por ellas, y poblar donde hallase buena dispusición; y así dicen los de su nación que lo hizo, habiéndose alejado casi doscientas leguas de su tierra; más por dónde entró y dónde pobló no lo saben decir, más de que entraron por un gran río abajo, y poblaron en las riberas de unos grandes y hermosos lagos, donde dicen que hicieron tan grandes hazañas, q' más parecen fábulas, compuestas en loor de sus parientes los chancas, que historia verdadera; aunque del ánimo y valor del gran Hancohuallu se pueden creer muy grandes cosas, las cuales dejaremos de contar porque no son de nuestra historia: baste haber dicho lo que a ella pertenece.

CAPITULO XXVII

COLONIAS EN LAS TIERRAS DE HANCOHUALLU, EL VALLE DE Y-UCAY ILUSTRADO

El Inca Viracocha recibió mucha pena de la huída de Hancohuallu y quisiera haber podido estorbarla; más ya no le fué posible, se consoló con q' no había sido por su causa, y mirándolo más en su particular, decían los indios se había holgado de que se hubiese ido, por la natural condición de los señores que sufren mal los vasallos de semejante ánimo y valor, porque les son formidables. Informóse muy por menudo de la huída de Hancohuallu, y de qué manera quedaban aquellas provincias; y habindo sabido que no había alteración alguna, envió a mandar (por no dejar de hacer su visita) que su hermano Pahuac Maita, que había quedado en el Cosco por gobernador, y otros dos de su consejo, fuesen con buena guarda de gente, y visitasen los pueblos de los chancas, y con blandura y mansedumbre aquietasen los ánimos que hubiese alterados por la ida de Hancohuallu.

Los Incas fueron y visitaron aquellos pueblos y las provincias circunvecinas, y lo mejor que pudieron las dejaron quietas y pacíficas. Visitaron asímismo dos famosas fortalezas que eran de la antigüedad de los antecesores de Hancohuallu, llamadas Challcumarca y Suramarca. Marca, en la lengua de aquellas provincias quiere decir fortaleza. En ellas estuvo el desterrado Hancohuallu los postreros días que estuvo en su señorío, como despidiéndose dellas, las cuales, segun dicen sus indios, sintió más dejar que todo su estado. Sosegado el alboroto que causó la huída de Hancohuallu, y acabada la visita que el Inca hacía de su imperio, se volvió al Cosco, con determinación de hacer asiento por algunos años en su corte, y ocuparse en el gobierno y beneficio de sus reinos, hasta que se olvidase este segundo motín de los chancas. Lo primero que hizo fué promulgar algunas leyes, que parecieron convenir para

atajar que no sucediesen otros levantamientos como los pasados. Envió a las provincias chancas gente de las que llamaban advenediza, en cantidad de diez mil vecinos que poblasen y restaurasen la falta de los que murieron en la batalla de Yahuarpampa, y de los que se fueron con Hancohuallu. Dióles por caudillos Incas de los del privilegio, los cuales ocuparon los vacios que en aquellas provincias había. Concluído lo que se ha dicho mandó hacer grandes y suntuosos edificios por todo su imperio, particularmente en el valle Y-ucay y más abajo en Tampu. Aquel valle se aventaja en escelencias a todos los que hay en el Perú; por lo cual todos los reyes Incas, desde Maco Capac, que fué el primero, hasta el último, lo tuvieron por jardín y lugar de sus deleites, y recreación donde iban a alentarse de la carga y pesadumbre que el reinar tiène consigo con los negocios de paz y de guerra que perpetuamente se ofrecen. Está cuatro leguas pequeñas al Nordeste de la ciudad. El sitio es amenísimo, de aires frescos y suaves, de lindas aguas, de perpetua templanza, de tiempo sin frio ni calor, sin moscas ni mosquitos, ni otras sabandijas penosas. Está entre dos sierras grandes, la que tiene al Levante es la gran Cordillera de Sierra Nevada, que la una de sus vueltas llega hasta allí. Lo alto de aquella sierra es de perpetua nieve, de la cual descienden al valle muchos arroyos de agua, de q` sacan acequias para regar los campos Lo medio de la sierra es de bravísimas montañas: la falda della es de ricos y abundantes pastos, llenos de venados, corzos gamos, huanacus, y vicuñas, y perdices, y otras muchas aves, aunque el desperdicio de los españoles tiene ya destruído todo lo q` es cacería. Lo llano del valle es de fertílisimas heredades, llenas de viñas y árboles frutales, y cañaverales de azucar que los españoles han puesto.

La otra sierra que tiene al Poniente es baja, aunque tiene más de una legua de subida; al pie della corre el caudaloso río de Y-ucay, con suave y mansa corriente, con mucha pesquería y abundancia de garzas, ánades y otras aves de agua. Por las cuales cosas se van a convalecer a aquel valle todos los enfermos del Cosco que puede ir a él; porque la ciudad, por ser de temple más frío, no es buena para convalecientes. El día de hoy no se tiene por bien andante el español morador del Cosco si no tiene parte en aquel valle. Este Inca Viracocha fué particularmente aficionado a aquel sitio; y así mandó hacer en él muchos edificios, unos para recreación y otros para mostrar magestad y grandeza; yo alcancé alguna parte dellos.

Amplió la casa del sol, así en riquezas como en edificios y gente de servicio, conforme a su magnanimidad, y conforme a la veneración y acatamiento que todos los Incas tuvieron aquella casa, y particularmente el Inca Viracocha, por el mensage que le envió con la fantasma

CAPITULO XXVIII

DIO NOMBRE AL PRIMOGENITO. HIZO PRONOSTICO DE LA IDA DE LOS ESPAÑOLES

EN las cosas referidas se ejercitó el Inca Viracocha algunos años con suma tranquilidad y paz de todo su imperio que el buen gobierno q' en él había. Al primer hijo q' le nació de la Coya Mama Runtu, su legítima muger y hermana, mandó en su testamento que se llamase Pachacutec. (llamándose antes Titu Manco Capac): es participio de presente. Quiere decir, el que vuelve, o el que trastorna o trueca el mundo: dicen por via de refran, Pachamcutin. quiere decir el mundo se trueca; y por la mayor parte lo dicen cuando las cosas grandes se truecan de bien en mal, y raras veces lo dicen cuando se truecan de mal en bien; porque dicen, que más cierto es trocarse de bien en mal que de mal en bien. Conforme al refrán el Inca Viracocha se había de llamar Pachacutec, porque tuvo en pie su imperio, y lo trocó de mal en bien, que por la rebelión de los chancas, y por la huída de su padre se trocaba de bien en mal. Empero porque no le fué posible llamarse así, porque todos sus reinos le llamaron Viracocha desde que se le apareció la fantasma: por esto dió al príncipe su heredero el nombre Pachacutec que él había de tener, porque se conservase en el hijo la memoria de la hazaña del padre. El maestro Acosta, libro sesto. capítulo veinte, dice: A este Inca le tuvieron a mal que se intitulase Viracocha, que es el nombre de Dios: y para escusarse dijo: que el mismo Viracocha en sueños le había aparecido, y mandado q' tomase su nombre. A este sucedió Pachacuti Inga Yupanqui. que fué muy valeroso conquistador, y gran republicano, e inventor de la mayor parte de los ritos y supersticiones de su idolatría. como luego diré. Con esto acaba aquel capítulo. Yo alego en mi favor el habérsele aparecido en sueños la fantasma, y haber tomado su nombre y la sucesión del hijo llamado Pachacutec. Lo q' su paternidad dice en el capítulo viente y uno, que el Pachacutec quitó el reino a su padre es lo que hemos dicho, q' el Inca Viracocha se lo quitó a su padre Yahuarhuacac, y no Pachacutec a Viracocha su padre, que atrasaron una generación en la relación

que a su paternidad dieron. Y aunque sea así, huelgo que se la hayan dado por favorecerme della.

El nombre de la reina, muger del Inca Viracocha, fué Mama Runtu, quiere decir Madre huevo, llamáronla así porque esta Coya fué más blanca de color que lo son en comun todas las indias; y por vía de comparación la llamaron Madre huevo, que es gala y manera de hablar de aquel lenguage, quisieron decir: Madre blanca como el huevo. Los curiosos en lenguas holgaran de oir estas y otras semejantes prolijidades, que para ellos no lo serán. Los no curiosos me la perdonen.

A este Inca Viracocha dan los suyos el origen del pronóstico que los reyes de Perú tuvieron, que después que hubiese reinado cierto número dellos, había de ir a aquella tierra gente nunca jamás vista, y les había de quitar la idolatría y el imperio. Esto contenía el pronóstico en suma, dicho en palabras confusas de dos sentidos que no se dejaban entender. Dicen los indios que como este Inca, después del sueño de la fantasma, quedase hecho oráculo dellos, los amautas, que eran los filósofos, y el sumo sacerdote, con los sacerdotes más antiguos del templo del sol, que eran los adivinos, le preguntaban a sus tiempos lo que había soñado, y que de los sueños y de las cometas del cielo, y de los agüeros de la tierra que cataban en aves y animales, y de las supersticiones y anuncios que de sus sacrificios sacaban, consultándolo todo con los suyos, salió el Inca Viracocha con el pronóstico referido, haciéndose adivino mayor y mandó que se guardase por tradición en la memoria de los reyes, y que no se divulgase entre la gente comun, porque no era lícito profanar lo que tenían por revelación divina, ni era bien que se supiese ni se dijese, que en algún tiempo habían de perder los Incas su idolatría y su imperio, que caerían de la alteza y divinidad en que los tenían. Por esto no se habló más deste pronóstico, hasta el Inca Huaina Capac, que lo declaró muy al descubierto poco antes de su muerte, como en su lugar diremos. Algunos historiadores tocan brevemente en lo que hemos dicho: dicen que dió el pronóstico un dios que los indios tenían, llamado Ticci Viracocha. Lo que yo digo lo oí al Inca viejo, que contaba las antigüedades y fábulas de sus reyes en presencia de mi madre.

Por haber dado este pronóstico el Inca Viracocha, y por haberse cumplido con la ida de los españoles al Perú, y haberlo ganado ellos, y quitado la idolatria de los Incas y predicado la fé católica de nuestra santa Madre Iglesia romana, dieron los indios el nombre Viracocha a los españoles, y fué la segunda razon que tuvieron para dárselo, juntándola con la primera, que fué decir que eran hijos del dios fantástico Viracocha, enviados por él (como atrás dijimos) para remedio de los Incas y castigo del tirano. Hemos antepuesto este paso de su lugar por dar cuenta deste maravilloso pronóstico, que tantos años antes lo tuvieron los reyes Incas: cumplióse en los tiempos de Huascar y Atahuallpa, que fueron chosnos deste Inca Viracocha.

CAPITULO XXIX

LA MUERTE DEL INCA VIRACOCHA. EL AUTOR VIO SU CUERPO

MURIO el Inca Viracocha en la magestad y alteza de estado q' se ha referido. Fue llorado universalmente de todo su imperio, adorado por dios, hijo del sol, a quien ofrecieran muchos sacrificios. Dejó por heredero a Pachacutec Inca y a otros muchos hijos y hijas legítimas en sangre real, y no legítimos: ganó once provincias. Las cuatro al Mediodía del Csoco, y las siete al Setentrion. No se sabe de cierto qué años vivió ni cuántos reinó: más de que comunmente se tiene que fueron más de cincuenta los de su reinado: y así lo mostraba su cuerpo cuando yo lo ví en el Cosco al principio del año de mil y quinientos y sesenta, que habiendo de venirme a España, fuí a la posada del licenciado Polo Ondegardo, natural de Salamanca, que era corregidor de aquella ciudad, a besarle las manos y despedirme dél para mi viaje. El cual, entre otros favores que me hizo, me dijo: pues que vais a España, entrad en ese aposento, veréis algunos de los vuestros q' he sacado a luz, para q' llevéis que contar por allá. En el aposento hallé cinco cuerpos de los reyes Incas, tres de varón y dos de muger El uno dellos decían los indios que era este Inca Viracocha, mostraba bien su larga edad; tenía la cabeza blanca como la nieve. El segundo decían que era el gran Tupac Inca Yupanqui, que fué bisnieto de Viracocha Inca. El tercero era Huaina Capac, hijo de Tupac Inca Yupanqui, y tataranieto del Inca Viracocha. Los dos últimos no mostraban haber vivido tanto; que aunque tenían canas, eran menos que las del Viracocha. La una de las mugeres era la reina Mama Runtu, muger deste Inca Viracocha. La otra era la Coya Mama Ocllo, madre de Huaina Capac, y es verisímile, que los indios los tuviesen juntos despues de muertos, marido y muger, como vivieron en vida. Los cuerpos estaban tan enteros que no les faltaba cabello, ceja ni pestaña. Estaban con sus vestiduras

como andaban en vida. Los llautos en las cabezas, sin más ornamento ni insignia de las reales. Estaban asentados, como suelen sentarse los indios y las indias; las manos tenían cruzadas sobre el pecho; la derecha sobre la izquierda, los ojos bajos como que miraban al suelo. El P. M. Acosta, hablando de uno destos cuerpos, que tambien los alcanzó su paternidad, dice libro sesto, capítulo veinte y uno: estaba el cuerpo tan entero y bien aderezado con cierto betún, que parecía vivo. Los ojos tenía hechos de una telilla de oro, tan bien puestos, que no le hacían falta los naturales &. Yo confieso mi descuido que no los miré tanto, y fué porque no pensaba escribir de ellos; que si lo pensara, mirara más por entero cómo estaban, y supiera cómo y con qué los embalsamaban, que a mí por ser hijo natural, no me lo negaran, como lo han negado a los españoles que por diligencias que han hecho no ha sido posible, sacarlo de los indios. Debe de ser porque les falta ya la tradición desto, como de otras cosas que hemos dicho y diremos. Tampoco eché de ver el betun, porque estaban tan enteros, que parecían estar vivos, como su paternidad dice. Y es de creer que lo tenían, porque cuerpos muertos de tantos años,y estar tan enteros y llenos de sus carnes como lo parecían, no es posible sino que les ponían algo: pero era tan disimulado, q' no se descubría. El mismo autor, hablando destos cuerpos, libro quinto, capítulo sesto, dice lo que se sigue: primeramente los cuerpos de los reyes y señores procuraban conservarlos, y permanecían enteros, sin oler mal ni corromperse más de doscientos años. Desta manera estaban los reyes Ingas en el Cosco, cada uno en su capilla y adoratorio; de los cuales el visorrey, marqués de Cañete (por estirpar la idolatría) hizo sacar y traer a la ciudad de los Reyes tres o cuatro dellos, que causó admiración ver cuerpos humanos de tantos años con tan linda tez y tan enteros &. Hasta aquí es del P. M. Y es de advertir que la ciudad de los Reyes (donde había casi veinte años que los cuerpos estaban cuando su paternidad los vió) es tierra muy caliente y humida, y por ende muy corrosiva, particularmente de carnes que no se pueden guardar de un día para otro: con todo eso dice, que causaba admiración ver cuerpos muertos de tantos años con tan linda tez y tan enteros. Pues cuanto mejor estarían veinte años antes, y en el Cosco, donde por ser tierra fría y seca se conserva la carne sin corromperse hasta secarse como un palo. Tengo para mí, que la principal y mejor diligencia que harían para embalsamarlos, sería llevarlos cerca de las nieves, y tenerlos allí hasta que se secasen las carnes, y despues les pondrían el betun que el P. M. dice, para llenar y suplir las carnes que se habian secado, que los cuerpos estaban tan enteros en todo, como si estuvieran vivos, sanos y buenos, que como dicen, no les faltaba sino hablar. Náceme esta conjetura de ver que el tasajo que los indios hacen en todas las tierras frías, lo hacen solamente con poner la carne al aire hasta que ha perdido toda la humidad que tenía, y no le echan sal ni otro preservativo, y así seca la guardan todo el tiempo que quieren. Y desta ma-

nera se hacía todo el carnaje en tiempo de los Incas para bastimento de la gente de guerra.

Acuérdome que llegué a tocar un dedo de la mano de Huaina Capac; parecía que era de una estatua de palo, según estaba duro y fuerte. Los cuerpos pesaban tan poco, que cualquiera indio los llevaba en brazos o en los hombros de casa en casa de los caballeros que los pedían para verlos. Llevábanlos cubiertos con sábanas blancas: por las calles y plazas se arrodillaban los indios, haciéndoles reverencia con lágrimas y gemidos; y muchos españoles les quitaban la gorra, porque eran cuerpos de reyes; de lo cual quedaban los indios tan agradecidos, que no sabían cómo decirlo. Esto es lo que se pudo haber de las hazañas del Inca Viracocha. Las demás cosas mas menudas de hechos y dichos deste famoso rey no se saben en particular, por lo cual es lástima que por falta de letras muriesen, y se enterrasen con ellos mismos las hazañas de hombres tan valerosos.

El P. Blas Valera refiere solo un dicho deste Inca Viracocha: dice que lo repetía muchas veces, y que tres Incas (que nombra) le dieron la tradición dél y de otros dichos, que adelante veremos de otros reyes Incas. Es acerca del criar los hijos; que como este Inca se crió con tanta aspereza y disfavor de su padre, acordándose de lo que había pasado, advertía a los suyos de qué manera debían criar sus hijos para que saliesen bien doctrinados. Decía: los padres muchas veces son causa de que los hijos se pierdan o corrompan con las malas costumbres que les dejan tomar en la niñez; porque algunos los crian con sobra de regalos y demasiada blandura; y como encantados con la hermosura y ternura de los niños, los dejan ir a toda su voluntad, sin cuidar de lo que adelante, cuando sean hombres, les ha de suceder. Otros hay que los crian con demasiada aspereza y castigo que también los destruyen; porque con el demasiado regalo se debilitan, y apocan las fuerzas del cuerpo y del ánimo, y con el mucho castigo desmayan y desfallecen los ingenios; de tal manera que pierden la esperanza de aprender y aborrecen la doctrina; y los que lo temen todo no pueden enforzarse a hacer cosa digna de hombres. El orden que se debe guardar es que los crien en un medio; de manera que salgan fuertes y animosos para la guerra y sabios y discretos para la paz. Con este dicho acaba el P. Blas Valera la vida deste Inca Viracocha.

RUINAS DE HUANUCO VIEJO





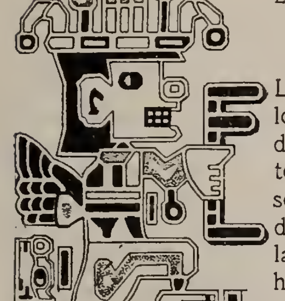
Como Tiahuanaco es Huánuco Viejo una vasta región de ruinas de construcciones megalíticas. Los edificios llaman la atención por su semejanza con los de aquella ciudad, así como por la extensión de los planos de sus palacios. Entre estos es célebre el llamado el Palacio de la puerta de los leones en cuya entrada se ven esculpidos dos pumas de piedra, contienen los edificios, múltiples compartimentos salones, estrechos pasillos, series de cuartos o celdas, avenidas y recintos interiores a manera de patios de guardia.

LIBRO SESTO

Contiene el ornamento y servicio de la casa real de los Incas. Las obsequias reales. Las cacerías de los reyes, los correos y el contar por ñudos. Las conquistas, leyes y gobierno del Inca Pachacutec, noveno rey. La fiesta principal que hacían. Las conquistas de muchos valles de la costa. El aumento de las escuelas del Cosco, y los dichos sentenciosos del Inca Pachacutec.—Contiene treinta y seis capítulos.

CAPITULO I

LA FABRICA Y ORNAMENTO DE LAS CASAS REALES



EL servicio y ornamento de las casas reales de los Incas reyes que fueron del Perú, no eran de menos grandeza, riqueza y magestad que todas las demás cosas magníficas que para su servicio tenían: antes parece que en algunas dellas, como se podrán notar, escedieron a todas las casas de los reyes y emperadores que hasta hoy se sabe q' hayan sido en el mundo. Cuanto a lo primero los edificios de sus casas, templos, jardines y baños, fueron en estremo pulidos, de cantería maravillosamente labrada, tan ajustadas las piedras unas con otras que no admitían mezcla; y aunque es verdad que se la echaban era de un barro colorado (que en su lengua llaman Lancac Allpa, pues es barro pegajoso) hecho leche, del cual barro no quedaba señal ninguna entre las piedras; por lo cual dicen los españoles que labraban sin mezcla. Otros dicen que echaban al, y engáñanse: porque los indios del Perú no supieron hacer cal ni yeso, (27) teja ni ladrillo.

---

(27) Está en error Garcilaso, porque en los sepulcros antiguos de los yungas se han hallado momias rodeadas de artefáctos,y utensilios cal,y bolsas de coca conteniendo la misma sustancia y tal como usan hoy los indios coqueros de la sierra. El museo particular del Dr. Javier Pardo presenta magnificos ejemplares.

En muchas casas reales y templos del sol echaron plomo derretido y plata, y oro por mezcla. Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, (28) lo dice tambien, que huelgo alegar los historiadores españoles para mi abono. Echábanlo para mayor magestad, lo cual fué la principal causa de la total destrucción de aquellos edificios; porque por haber hallado estos metales en algunos dellos, los han derribado todos buscando oro y plata, que los ediicios eran de suyo tan bien labrados y de tan buena piedra, q' duraran muchos siglos si los dejaran vivir. Pedro de Cieza capítulos cuarenta y dos, sesenta y noventa y cuatro, (29) dice lo mismo de los edificios, q' duraran mucho si no los derribaran. Con planchas de oro chaparon los templos del sol y los aposentos reales, donde quiera que los había: pusieron muchas figuras de hombres y mugeres, y de aves del aire y del agua, y de animales bravos, como tigres, osos, leones, zorras, perros y gatos cervales, venados, huanacus y vicuñas, y de las ovejas domésticas, todo de oro y plata vaciado al natural en su figura y tamaño, y los ponían por las paredes, en los vacíos y concavidades, que yendo labrándolos dejaban para aquel efecto. Pedro de Cieza, capítulo cuarenta y cuatro, lo dice largamente.

Contrahacían yerbas y plantas de las q' nacen por los muros, y las ponían por las paredes que parecía haberse nacido en ellas. Sembraban las paredes de lagartijas y mariposas, ratones y culebras grandes y chicas, que parecían andar subiendo y bajando por ellas. El Inca se sentaba de ordinario en un asiento de oro macizo que llaman Tiana. Era de una tercia en alto, sin braceras ni espaldar, con algún cóncavo para el asiento. Poníanla sobre un gran tablon cuadrado de oro. Las vasijas de todo el servicio de la casa, así de la mesa como de la botillería y cocina, chicas y grandes todas eran de oro y plata, y las había en cada casa de depósito para cuando el rey caminase, que no las llevaban de unas partes a otras, sino q' cada casa de las del Inca, así las q' había por los caminos reales como las que había por las provincias, todas tenían lo necesario para cuando el Inca llegase a ellas, caminando con su ejército o visitando sus reinos. Había también en estas casas reales muchos graneros y orones que los indios llaman Pirua, hechos de oro y plata no para encerrar granos, sino para grandeza y magestad de la casa y del señor della.

Juntamente tenían mucha ropa de cama y de vestir siempre nueva; porque el Inca no se ponía un vestido dos veces, que luego los daba a sus parientes. La ropa de la cama toda era de mantas y frezadas de lana de vicuña, que es tan fina y tan regalada, que entre otras cosas preciadas de aquella tierras, se las han traído para la cama del rey don Felipe segundo. Echábanlas debajo y encima. No supieron o no quisieron la

---

(28) En el que trata de los fuertes aposentos de Tambo; el capitulo referente pertenece a la *Primera Parte de la Crónica*.

(29) La cita está errada y debe referirse a los capitulos XCII, XCIII y XCIV, de la *Primera Parte de la Crónica*.

invención de los colchones; y puédese afirmar que no la quisieron, pues con haberlos visto en las camas de los españoles, nunca los han querido admitir en las suyas, por parecerles demasiado regalo y curiosidad para la vida natural que ellos profesaban.

Tapices por las paredes no las usaban, porque como se ha dicho, las entapizaban con oro y plata. La comida era abundantísima, porque se aderezaba para todos los Incas parientes que quisieren ir a comer con el rey, y para los criados de la casa real que eran muchos. La hora de la comida principal de los Incas y de toda la gente comun, era por la mañana de las ocho a las nueve: a la noche cenaban con luz del día livianamente y no hacían más comidas que estas dos. (30) Fueron generalmente malos comedores, quiero decir, de poco comer: en el beber fueron más viciosos: no bebían mientras comían, pero después de la comida se vengaban, porque duraba el beber hasta la noche. Esto se usaba entre los ricos, que los pobres, que era la gente comun, en toda cosa tenía escazesa, pero no necesidad. Acostábanse temprano y madrugaban mucho a hacer sus haciendas.

---

(30) Garcilaso olvida que al medio dia y en medio de las faenas se hacia una segunda comida, que seguia a la de la mañana, en esta comida, casi meridiana, se reunian los trabajadores de la *minga* o faena común y se tomaba un ligero refrigerio: un poco de chuño y mote, se bebía una ración de chicha y se tomaba un ligero descanso. A sonido del clarin o de las *tinyas* se volvía a la faena. En los dias de descanso no se olvidaba en el hogar este refrigerio frugal del medio dia, que en la Corte del Inca debió de haber sido más abundante y variado.

CAPITULO II

CONTRAHACIAN DE ORO Y PLATA CUANTO HABIA PARA ADORNAR LAS CASAS REALES

EN todas las casas reales tenían hechos jardines y huertos donde el Inca se recreaba. Plantaban en ellos todos los árboles hermosos y vistosos, posturas de flores y plantas olorosas y hermosas que en el reino había: a cuya semeajanza contrahacían de oro y plata muchos árboles y otras matas menores al natural, con sus hojas, flores y frutas; unas que empezaban a brotar; otras a medio sazonar: otras del todo perfeccionadas en su tamaño. Entre estas y otras grandezas hacían maizales contrahechos al natural, con sus hojas, mazorca y caña, con sus raíces y flor; y los cabellos que echa la mazorca eran de oro, y todo lo demás de plata soldado lo uno con lo otro. Y la misma diferencia hacían en las demás plantas que en la flor o cualquiera otra cosa que amarilleaba, la contrahacían de oro y lo demás de plata.

También había animales chicos y grandes contrahechos y vaciado de oro y plata, como eran, conejos, ratones y lagartijas, culebras, mariposas, zorras, gatos monteses, que domésticos no los tuvieron. Habia pájaros de todas suertes, unos puestos por los árboles como que càntaban; otros como que estaban volando y chupando la miel de las flores. Había venados y gamos, leones y tigres, y todos los demás animales y aves que en la tierra se criaban, cada cosa puesta en su lugar como mejor contrahiciese a lo natural

En muchas casas, o en todas tenían baños con grandes tinajones de oro y plata en que se lavaban y caños de plata y oro por los cuales venía el agua a los tinajones. Y donde había fuentes de agua caliente natural, tambien tenían baños hechos de gran magestad y riqueza. Entre otras grandezas tenían montones y rimeros de rajas de leña, contrahechos al natural de oro y plata, como que estuviesen de depósito para gastar en el servicio de las casas.

La mayor parte destas riquezas hundieron los indios, luego que vieron los españoles deseosos de oro y plata; y de tal manera la escondieron que nunca más ha parecido, ni se espera que parezcan sino es que se hallen acaso, porque se entiende que los indios que hoy viven no saben los sitios do quedaron aquellos tesoros y que sus padres y

abuelos no quisieron dejarles noticia dellos, porque las cosas que habían sido dedicadas para el servicio de sus reyes, no querían que sirviesen a otros. Todo lo que hemos dicho del tesoro y riqueza de los Incas, lo refieren generalmente todos los historiadores del Perú, encareciéndolas cada uno conforme a la relación que de ellas tuvo. Y los que más a la larga lo escriben son. Pedro de Cieza de León, capítulo veinte y uno, treinta y siete, cuarenta y uno, cuarenta y cuatro, y noventa y cuatro, sin otros muchos lugares de su historia. Y el tal contador general Agustín de Zárate, libro primero, capítuo catorce, donde dice estas palabras: tenían en gran estima el oro, porque de ello hacía el rey y sus principales sus vasijas para su servicio, y dello hacían joyas para su atavío y lo ofrecían en los templos, y traía el rey un tablon donde se sentaba; de oro de diez y seis quilates, que valió de buen oro más de veinte y cinco mil ducados que es el que don Francisco Pizarro escogió por su joya al tiempo de la conquista, porque conforme a su capitulación le habían de dar una joya que él escogiese fuera de la cuenta común.

Al tiempo que le nació un hijo el primero, mandó hacer Huainacava una maroma de oro tan gruesa (según hay muchos indios vivos que lo dicen) que asidos a ella más de doscientos indios orejones, no la levantaban muy facilmente. Y en memoria desta tan señalada joya llamaron al hijo Huasca, que en su lengua quiere decir soga, con el sobrenombre de Inga, que era de todos los reyes, como los emperadores romanos se llamaban augustos. Esto he traido aquí por desarraigar una opinión que comunmente se ha tenido en Castilla, entre la gente q' no tiene plática en las cosas de las Indias, de que los indios no tenían en nada el oro ni conocían su valor. Tambien tenían muchos graneros y troges hechas de oro y plata, y grandes figuras de hombres y mugeres y de ovejas, y de todos los otros animales, y de todos los géneros de yerbas que nacían en aquella tierra, con sus espigas y bástigas, y ñudos hechos al natural, y gran suma de mantas y hondas entretejidas con oro tirado, y aún cierto número de leños como los que había de quemar hechos de oro y plata.. Todas son palabras de aquel autor, con las cuales acaba el capítulo catorce de su historia del Perú. (31)

La joya que dice que don Francisco Pizarro escogió, fué de aquel gran rescate que Atahuallpa dió por sí, y Pizarro como general podía según ley militar tomar del monton la joya que quisiese; y aunque había otras de más precio, como tinajas y tinajones, tomó aquella porqua era singular, y era asiento del rey (que sobre aquel tablon le ponían la silla) como pronosticando que el rey de España se había de sentar en ella. (32) De la maroma de oro diremos en la vida de Huaina Capac, último de los Inca, que fué una cosa increíble.

---

(31) La referencia está errada pues la cita corresponde al capítulo XI del Lib. I. de la *Historia del Perú* de Zárate.

(32) En Cajamarca corre la tradición que las andas en que fué conducido el Inca a la ciudad en la tarde del sábado 16 de noviembre de 1533, fueron lle-

Lo que Pedro de Cieza escribe de la gran riqueza del Perú, y que lo demás della escondieron los indios, es lo q' se sigue, y es del capítulo veinte y uno, sin lo que se dice en los otros capítulos alegados. Si lo que hay en el Perú y en estas tierras enterrado se sacase, no se podría numerar el valor segun es grande: y en tanto lo pondero, que es poco lo que los españoles han habido para compararlo con ello. Estando yo allí en el Cosco tomando de los principales de allí la relación de los Ingas, oí decir que Paulo Inga y otros principales decían, que si todo el tesoro que había en las provincias y guacas que son sus templos, y en los enterramientos se juntase, que haría tan poca mella lo que los españoles habían sacado, cuán poca se haría sacando de una gran vasija de agua una gota della. Y que haciendo más clara y patente la comparación, tomaban una medida de maiz de la cual sacando un puñado decían: los cristianos han habido esto, lo demás está en tales partes que nosotros mismos no sabemos dello. Así que grandes son los tesoros que en estas partes están perdidos. Y lo que se ha habido si los españoles no lo hubieran habido, ciertamente todo ello o lo más estuviera ofrecido al diablo y a sus templos y sepulturas donde enterraban sus difuntos: porque estos indios no lo quieren ni lo buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello a la gente de guerra, ni mercan ciudades, ni reinos, ni quieren más que enjaezarse con ello siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo. Aunque me parece a mí que todas estas cosas éramos obligados a les amonestar, que viniesen a conocimiento de nuestra santa fé católica, sin pretender solamente henchir las bolsas &. Todo esto es de Pedro de Cieza del capítulo veinte y uno sacado a la letra sucesivamente. El Inca que llama Paulo se decía Paullu, de quien hacen mención todos los historiadores españoles. Fué uno de los muchos hijos de Huaina Capac: salió valeroso: sirvió al rey de España en las guerras de los españoles: llamóse en el bautismo don Cristóbal Paullu: fué su padrino de pila Garcilaso de la Vega, mi señor, y de un hermano suyo de los legítimos en sangre llamado Titu Auqui, (33) el cual tomó por nombre en el bautismo don Felipe, a devoción de

vadas por los indios, una vez preso el emperador, a los baños de Pultamarca (Baños del Inca) y arrojados a la ciénega termal conocida hoy con el nombre de *Tragadero*. Hecho inverosímil si se tiene en cuenta que la distancia de Cajamarca al *Tragadero* es de dos leguas, y la confusión y terror de que se hallaban poseidos los indios hacía imposible semejante procesión. Esto no obstante en diferentes épocas se han hecho por algunos incautos, tentativas de sondeo en el llamado Tragadero, para extraer la enorme pieza de oro que, como dice Garcilaso, era un enorme tablón de este metal.

(33) Otros españoles llaman a éste, Tito Atauchi, pero es seguro que el verdadero nombre debió ser el que le dá Garcilaso.

Véase sobre este príncipe que jugó papel importante en los primeros años de la conquista, Sarmiento de Gamboa, Ob. cit. pp. 105, 114, 118, 120, 125 y 128. En las *Informaciones de Toledo* figura un D. Alonso Tito Atauchi, p. 249. Este mismo D. Alonso es citado por Gamboa Ob. cit. pp. 125 y 128. Sarmiento asegura que el primer Tito Atauchi fué muerto con Huascar y el segundo sobrevivió hasta los tiempos de Toledo.

don Felipe Segundo, que era entonces príncipe de España. Yo los conocí, ambos, murieron poco despues. Tambien conocí a la madre de Paullu, llamábase Añas. (34)

Lo que Francisco Lopez de Gomara escribe en su historia de la riqueza de aquellos reyes, es lo que se sigue sacado a la letra del capítulo ciento y veinte y uno. (35) Todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y plata, y cuando menos de plata y cobre por más recio. Tenía en su recámara estatuas huecas de oro que parecían gigantes, y las figuras al propio y tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, de cuantos peces cría la mar y aguas de sus reinos. Tenía asímismo, soga, costales, cestas y troges de oro y plata, rimeros de palos de oro que pareciese leña rajada para quemar. En fin no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecho y aún dicen que tenían los Ingas un vergel en una isla cerca de Puna, donde se iban a holgar, cuando querían mar, que tenía la hortaliza, los árboles y flores de oro y plata, invención y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto tenía infinitísima cantidad de oro y plata por labrar en el Cusco, que se perdió por la muerte de Huascar, que los indios lo escondieron viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban a España. Muchos lo han buscado después acá y no lo hallan &. Hasta aquí es de Francisco Lopez de Gomara, y el vergel que dice que los reyes Incas tenían cerca de Puna, lo tenían en cada casa de todas las reales que había en el reino, con toda la demás riqueza que dellas escribe; sino que como los españoles no vieron otro vergel en pie sino aquel, que estaba por donde ellos entraron en aquel reino, no pudieron dar relación de otro; porque luego que ellos entraron los descompusieron los indios, y escondieron la riqueza donde nunca más ha parecido, como lo dice el mismo autor y todos los otros historiadores. La infinita cantidad de plata y oro que dice que tenían por labrar en el Cosco, allende de aquella grandeza y magestad que ha dicho de las casas reales, era lo que sobraba del ornato de ellas, que no teniendo en que lo ocupar lo tenían amontonado. No se hace esto duro de creer a los que después acá han visto traer de mi tierra tanto oro y plata como se ha traído, pues solo en el año de mil y quinientos y noventa y cinco, en espacio de ocho meses, en tres partidas, entraron por la barra de San Lúcar treinta y cinco millones de plata y oro.

---

(34) La hermana de Atahualpa la ñusta Añas, tomó en el bautismo el nombre de doña Angelina, fué manceba del Marqués Pizarro y en ella tuvo a su tercer hijo D. Francisco, el único a quien no pudo legitimar. Más tarde, la manceba-viuda contrajo matrimonio con el historiador Juan de Betanzso Véase *Informaciones de los quipocamayos a Vaca de Castro*, p. 4.

(35) De la obra HISPANIA VICTRIX. *Historia General de las Indias.*

CAPITULO III

LOS CRIADOS DE LA CASA REAL Y LOS QUE TRAIAN LAS ANDAS DEL REY

LOS criados para el servicio de la casa real, como barrenderos, aguadores, leñadores, cocineros para la mesa de estado (que para la del Inca guisaban sus mugeres concubinas) botilleres, porteros, guarda ropa y guarda joyas jardineros, caseros, y todos los demás oficios personales que hay en las casas de los reyes y emperadores, en la destos Incas no eran personas particulares los que servían en estos ministerios, sino que para cada oficio había un pueblo, o dos o tres señalados conforme al oficio, los cuales tenían cuidado de dar hombres hábiles y fieles, que en número bastante sirviesen aquellos oficios, remudándose de tantos a tantos días, semanas o meses; y este era el tributo de aquellos pueblos, y el descuido o negligencia de cualquiera destos sirvientes era delito de todo su pueblo, y por el singular castigaban a todos sus moradores, más o menos rigurosamente segun era el delito; y si era contra la magestad real asolaban el pueblo. Y porque decimos de leñadores, no se entienda que estos fuesen por leña al monte, sino que metían en la casa real la que todo el vasallage traía para el gasto y servicio della; y así se puede entender en los demás ministerios, los cuales oficios eran muy preciados entre los indios, porque servían la persona real de más cerca, y fiaban dellos, no solamente la casa del Inca, más tambien su persona, que era lo que más estimaban.

Estos pueblos que así servían de oficiales en la casa real, eran los que más cerca estaban de la ciudad del Cosco, cinco, o seis, o siete leguas en contorno della, y eran los primeros que el primer Inca Manco Capac mandó poblar de los salvages q' redujo a su servicio; y por particular privilegio y merced suya se llamaron Incas y recibieron las insignias y el trage de vestidos y tocado de la misma persona real, como se dijo al principio desta historia.

Para traer en hombros la persona real en las andas de oro en que andaba continuamente, tenían escogidas dos provincias, ambas de un nombre, que confina la una con la otra, y por diferenciarlas las llamaban a la una Rucana, y a la otra Hatunrucana, que es Rucana la grande; tenían más de quince mil vecinos, gente granada, bien dispuesta y pareja. Los cuales en llegando a edad de veinte años, se ensayaban a traer las andas sesgas, sin golpes ni vaivenes, sin caer ni dar tropezones que era grande afrenta para el desdichado que tal le acaecía, porque su capitan q' era el andero mayor, lo castigaba con afrenta pública como en España sacar a la vergüenza. Un historiador dice que tenía pena de muerte el que caía. Los cuales vasallos servían al Inca por su rueda en aquel ministerio y era su principal tributo, por el cual eran reservados de otros, y ellos en sí muy favorecidos, porque los hacían dignos de traer a su rey en sus hombros. Iban siempre asidos a las andas veinte y cinco hombres y más, porque si alguno tropezase o cayese no se echase de ver

El gasto de la comida de la casa real era muy grande, principalmente el gasto de la carne, porque de la casa del Inca la llevaban para todos los de la sangre real que residían en la corte, y lo mismo se hacía donde quiera que estaba la persona del rey. Del maiz, que era el pan que comían, no se gastaba tanto sino era con los criados de dentro en la casa real; porque los de fuera todos cogían bastantemente para el sustento de sus casas. Caza de venados, gamos o corzos, huanacu o vicuña, no mataban ninguno para el gasto de la casa real, ni para la de otro ningun señor de vasallos, sino era de aves, porque la de los animales la reservaban para hacer la cacería que hacían a sus tiempos, como diremos en el capítulo de la caza, que llamaban Chacu; y entonces repartían la carne y la lana para todos los pobres y ricos. La bebida que se gastaba en casa del Inca era tanta, q' casi no cabía cuenta ni medida porque como el principal favor que se hacía era dar de beber a todos los que venían a servir al Inca, curacas y no curacas, como venir a visitarle o a traer otros recaudos de paz o de guerra, era cosa increíble lo que se gastaba.

CAPITULO IV

SALAS QUE SERVIAN DE PLAZA, Y OTRAS COSAS DE LAS CASAS REALES

EN muchas casas de la del Inca había galpones muy grandes de a doscientos pasos de largo, y de cincuenta y sesenta de ancho, todo de una pieza q' servian de plaza; en los cuales hacían sus fiestas y bailes, cuando el tiempo con aguas no les permitía estar en la plaza al descubierto. En la ciudad del Cosco alcancé a ver cuatro galpones destos que aun estaban en pie en mi niñez. El uno estaba en Amarucancha, casas que fueron de Hernando Pizarro, donde hoy es el colegio de la santa Compañía de Jesús, y el otro estaba en Cassana, donde ahora son las tiendas de mi condiscípulo Juan de Cillorico, y el otro estaba en Collcampata, en las casas que fueron del Inca Paullu, y de su hijo don Carlos, que tambien fue mi condiscípulo. Este galpon era menor de todos cuatro, y el mayor era el Cassana, que era capaz de tres mil personas: cosa increíble que hubiese madera que alcance a cubrir tan grandes piezas. El cuarto galpon es el que ahora sirve de iglesia Catedral. Advertimos que nunca los indios del Perú labraron soberados en sus casas, sino q' todas eran piezas bajas, y no trababan unas piezas con otras, sino que todas las hacían sueltas cada una de por si; cuando mucho de una muy gran sala o cuadra sacaban a un lado y a otro sendos aposentos pequeños que servían de recámaras. Dividían las oficinas con cercas largas o cortas para que no se comunicasen unas con otras.

Tambien se advierta q' todas las cuatro paredes de cantería o de adobes de cualquiera casa o aposento grande o chico las hacían habiadas adentro, porque no supieron trabar una pieza con otra, ni echar tirantes de una pared a otra, ni supieron usar de la clavazón. Echaban suelta sobre las paredes toda la madera que servía de tiseras: por lo alto della en lugar de clavos la ataban con fuertes sogas que hacen de una paja larga y suave que asemeja al esparto. Sobre esta primera madera echaban la que servía de costaneras y cabíos, atada asimismo una

a otra, y otra a otra: sobre ella echaban la cobija de paja, en tanta cantidad, q' los edificios reales de que vamos hablando, tenían de grueso casi una braza si ya no tenían más. La misma cobija servía de cornija a la pared para que no se mojase: salía más de una vara a fuera de la pared a verter las aguas: toda la paja que salía fuera de las paredes la cercenaban muy pareja. Una cuadra alcancé en el valle de Y-ucay, labrada de la manera que hemos dicho, de más de setenta pies en cuadro, cubierta en forma de pirámide: las paredes eran de tres estados en alto y el techo tenía más de doce estados: tenía dos aposentos pequeños a los lados. Esta pieza no quemaron los indios en el general levantamiento que hicieron contra los españoles, porque sus reyes Incas se ponían en ella para ver las fiestas más principales, que en una grandísima plaza cuadrada (mejor se dijera campo) que ante ella había se le hacían; quemaron otros muchos edificios hermosísimos que en aquel valle había cuyas paredes yo alcancé.

Sin la cantería de piedra labraban paredes de adobes, los cuales hacían en sus moldes como hacen acá los ladrillos, eran de barro pisado con paja. Hacían los adobes tan largos como querían que fuese el grueso de la pared, que los mas cortos venían a ser de una vara de medir, tenían una sesma poco más o menos de ancho, y casi otro tanto de grueso: enjugábanlos al sol, y después los amontonaban por su órden, y los dejaban al sol y al agua debajo de techado, dos y tres años, porque se enjugasen del todo. Asentábanlos en el edificio como asientan los ladrillos: echábanles por mezcla el mismo barro de los adobes pisado con paja.

No supieron hacer tapias, ni los españoles usan dellas por el material de los adobes. Sí a los indios se les quemaba alguna casa destas soberbias que hemos dicho, no volvían a labrar sobre las paredes quemadas, porque decían que habiendo quemado el fuego la paja de los adobes, quedaban las paredes flacas como de tierra suelta, y no podían sufrir el peso de la techumbre: debíanlo de hacer por alguna otra abusión, porque yo alcancé de aquellos edificios muchas paredes q' habían sido quemadas y estaban muy buenas. Luego que fallecía el rey poseedor cerraban el aposento donde solía dormir con todo el ornato de oro y plata que tenía dentro, como lugar sagrado para que nadie entrase jamás en él, y esto se hacía en todas las casas reales del reino, en las cuales hubiese el Inca hecho noche o noches, aunque no fuese sino caminando. Y para el Inca sucesor labraban luego otro aposento en que durmiese, y reparaban con gran cuidado por defuera el aposento cerrado porque no viniese a menos. Todas las vasijas de oro y plata que manualmente habían servido al rey, como jarros, cántaros, tinajas, y todo el servicio de la cocina, con todo lo demás que suele servir en las casas reales, y todas las joyas y ropas de su persona lo enterraban con el rey muerto, cuyo había sido, y en todas las casas del reino donde tenía semejante servicio también lo enterraban, como que se lo enviaban para que en

la otra vida se sirviese dello. Las demás riquezas que eran ornamento y magestad de las casas reales, como jardines, baños, la leña contrahecha, y otras grandezas, se quedaban para los sucesores.

La leña y el agua y otras cosas que se gastaban en la casa real, cuando el Inca estaba en la ciudad del Cosco, la traían por su vez y repartimiento los indios de las cuatro distritos que llamaron Tavantinsuyu, quiero decir, los pueblos más cercanos a la ciudad de aquellas cuatro partes, en espacio de quince o veinte leguas a la redonda. En ausencia del Inca tambien servían los mismos, más no en tanta cantidad. El agua que gastaban en el brebaje que hacen para beber (que llaman Aca, pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta) la quieren gruesa y algo salobre, porque la dulce y delgada dicen que se les ahila y corrompe, sin dar sazón ni gusto al brebaje. Por esta causa no fueron curiosos los indios en tener fuentes de buenas aguas, que antes las querían gruesas que delgadas, ni el sitio de la ciudad del Cosco las tiene buenas. Siendo mi padre corregidor en aquella ciudad después de la guerra de Francisco Hernandez Giron, por los años de mil y quinientos y cincuenta y cinco, y cincuenta y seis, llevaron el agua que llaman de Ticatica, que nace un cuarto de legua fuera de la ciudad, que es muy buena, y la pusieron en la plaza mayor della; después acá la han pasado (según me han dicho) a la plaza de San Francisco, y para la plaza mayor han llevado otra fuente más caudalosa y de muy linda agua.

CAPITULO V

COMO ENTERRABAN LOS REYES: DURABAN LAS OBSEQUIAS UN AÑO

LAS obsequias que hacían a los reyes Incas eran muy solemnes, aunque prolijas. El cuerpo difunto embalsamaban, que no se sabe cómo quedaban tan enteros que parecían estar vivos, como atrás dijimos de cinco cuerpos de los Incas q' se hallaron año de mil y quinientos y cincuenta y nueve. Todo lo interior dellos enterraban en el templo que tenían en el pueblo que llamaron Tampu, que está el río abajo de Y-ucay, menos de cinco leguas de la ciudad del Cosco, donde hubo edificios muy grandes y soberbios de cantería de los cuales Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, dice q' le dijeron por muy cierto, q' se halló en cierta parte de el palacio real o del templo del sol, oro derretido en lugar de mezcla, con que juntamente con el betun que ellos ponen quedaban las piedras asentadas unas con otras: palabras son suyas sacadas a la letra.

Cuando moría el Inca o algun curaca de los principales, se mataban y se dejaban enterrar vivos los criados más favorecidos y las mugeres más queridas, diciendo que querían ír a servir a sus reyes y señores a la otra vida; (36) porque como ya lo hemos dicho, tuvieron en su gentilidad que después de esta vida había otra semejante a ella corporal, y no espiritual. Ofrecíanse ellos mismos a la muerte, o se la tomaban con sus manos por el amor que a sus señores tenían. Y lo que dicen algunos historiadores que los mataban para enterrarlos con sus amos o maridos es falso; porque fuera gran inhumanidad, tiranía y escándalo que dijeran que en achaque de enviarlos con sus señores mataban a los que tenían por odiosos. Lo cierto es que ellos mismos se

---

(36) Véase Urteaga, EL PERU-BOCETOS HISTORICOS. *Las necrópolis en el Antiguo Perú* t. I.; y en el t. II. *Los sacrificios humanos* y las notas correspondientes y concordantes con las Crónicas de Indias.

ofrecían a la muerte, y muchas veces eran tantos, que los atajaban los superiores, diciéndoles q' de presente bastaban los que iban, que adelante poco a poco como fuesen muriendo irían a servir a sus señores.

Los cuerpos de los reyes después de embalsamados ponían delante de la figura del sol en el templo del Cosco, donde les ofrecían muchos sacrificios como a hombres divinos que decían ser hijos de ese sol. El primer mes de la muerte del rey le lloraban cada día con gran senti miento y muchos alaridos todos los de la ciudad: salía a los campos cada barrio de por sí, llevaban las insignias del Inca, sus banderas, sus armas, y ropa de su vestir, la q' dejaban de enterrar para hacer las obsequias. En sus llantos a grandes voces recitaban sus hazañas hechas en la guerra, y las mercedes y beneficios que había hecho a las provincias de donde eran naturales los que vivían en aquel tal barrio. Pasado el primer mes hacían lo mismo de quince a quinc días a cada llena y conjunción de la luna; y esto duraba todo el año; al fín dél hacían su cabo de año en toda la mayor solemnidad que podían, y con los mismos llantos,para los cuales había hombres y mugeres señaladas y aventajadas en habilidad,como endechaderas que cantando en tonos tristes y funerales decían las grandezas y virtudes del rey muerto. Lo que hemos dicho hacía la gente comun de aquella ciudad, lo mismo hacían los Incas de la parentela real; pero con mucha más solemnidad y ventajas, como de príncipes a plebeyos.

Lo mismo se hacía en cada provincia de las del Imperio, procurando cada señor della que por la muerte de su Inca se hiciese el mayor sentimiento que fuese posible. Con estos llantos iban a visitar los lugares donde aquel rey había parado en aquella tal provincia, en el campo caminando, o en el pueblo para hacerles alguna merced; los cuales puestos como se ha dicho, tenían en gran veneración; allí eran mayores los llantos y alaridos, y en particular recitaban la gracia, merced o beneficio que en aquel tal lugar les había hecho. Y esto baste de las obsequias reales, a cuya semejanza hacían parte dellas en las provincias por sus caciques; q' yo me acuerdo haber visto en mis niñeces algo dello. En una provincia de las que llaman Quechua, ví que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su curaca llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase, ¿qué era aquello? y me dijeron que eran las obsequias del cacique Huamampallpa, que así se llamaba el difunto. (37)

(37) Véase las referencias de la nota anterior. El nombre de Huaman= *Alcón* es uno de los más comunes,hasta hoy,entre las familias de los kechuas. El *Alcón* era el ave sagrada de Manco, segun Sarmiento, y era con el puma, uno de los totémes de los *hijos del Sol*

CAPITULO VI

CACERIA SOLEMNE QUE LOS REYES HACIAN EN TODO EL REINO

LOS Incas reyes del Perú, entre otras muchas grandezas reales que tuvieron, fué una dellas hacer a sus tiempos una cacería solemne que en su lenguaje llaman Chacu, que quiere decir atajar, porque atajaban la caza. Para lo cual es de saber que en todos sus reinos era vedado el cazar ningún género de caza, sino eran perdices, palomas, tórtolas y otras aves menores para la comida de los gobernadores Incas y para los curacas; y esto en poca cantidad, y no sin orden y mandado de la justicia. En todo lo demás era prohibido el cazar, porque los indios con el deleite de la caza no se hiciesen holgazanes y dejasen de acudir a lo necesario de sus casas y hacienda; y así no osaba nadie matar un pájaro, porque lo habían de matar a él por quebrantador de la ley de el Inca, que sus leyes no las hacían para que burlasen dellas.

Con esta observancia en toda cosa, y en particular en la caza había tanta, así de animales como de aves, que se entraban por las casas. Empero no les quitaba la ley que no echasen de sus heredades y sementeras los venados si en ellas los hallasen, porque decían que el Inca quería el venado y toda la caza para el vasallo, y no el vasallo para la caza.

A cierto tiempo del año, pasada la cría, salía el Inca a la provincia que le parecía conforme a su gusto, y según que las cosas de la paz o de la guerra daban lugar. Mandaba que saliesen veinte o treinta mil indios o más o menos los que eran menester para el espacio de tierra que habían de atajar. Los indios se dividían en dos partes, los unos iban hácia la mano derecha, y los otros a la izquierda a la hila, haciendo un gran cerco de veinte o treinta leguas de tierra más o menos, según el distrito que habían de cercar. Tomaban los ríos, arroyos o quebradas que estaban señaladas por términos y padrones de la tierra que cazaban aquel año, y no entraban en el distrito que estaba señalado para el año siguiente. Iban dando voces y ojeando cuantos animales topaban por

delante, y ya sabían donde habían de ír a parar y juntarse las dos mangas de gente para abrazar el cerco que llevaban hecho, y acorralar el ganado que habían recogido, y sabían tambien donde habían de ir a parar con el ojeo, que fuese tierra limpia de montes, riscos y peñas, porque no estorbasen la cacería: llegados allí apretaban la caza con tres y cuatro paredes de indios hasta llegar a tomar el ganado a manos.

Con la caza traían antecogidos leones y osos, y muchas zorras, gatos cervales, que llaman oscollo, que los hay de dos o tres especies, ginetas y otras sabandijas semejantes que hacen daño en la caza. Todas las mataban luego para limpiar el campo de aquella mala canalla. De tigres no hacemos mención, porque no los hay sino en las bravas montañas de los Antis. El número de los venados, corzos y gamos, y del ganado mayor que llaman Huanacu, que es de lana basta, y de otro que llaman Vicuña, que es menor de cuerpo, y de lana finísima, era muy grande, que muchas veces, y que según que las tierras eran unas de más caza que tras, pasaban de veinte, treinta y cuarenta mil cabezas, cosa hermosa de ver y de mucho regocijo. Esto había entonces; ahora digan los presentes el número de las q' se han escapado del estrago y desperdicio de los arbacuces, pues apenas se hallan ya huanacus y vicuñas, sino donde ellos no han podido llegar.

Todo este ganado tomaban a manos. Las hembras del ganado cervuno, como venados, gamos y corzos, soltaban luego, porque no tenían lana que les quitar, las muy viejas que ya no eran para criar mataban Tambien soltaban los machos q' les parecían necesarias para padres, y soltaban los mejores y más crecidos, todos los demás mataban, y repartían la carne a la gente comun. Tambien soltaban los huanacus y vicuñas luego q' las habían tresquilado. Tenían cuenta del número de todo este ganado bravo, como si fuera manso, y en los Quipus, que eran los libros anales, lo asentaban por sus especies, dividiendo los machos de las hembras. Tambien asentaban el número de los animales que habían muerto, así de las salvaginas dañosas, como de las provechosas, para saber las cabezas que habían muerto y las que quedaban vivas, para ver en la cacería venidera lo que se había multiplicado.

La lana de los huanacus, porque es lana basta, se repartía a la gente comun; y la de la vicuña, por ser tan estimada por su fineza, era toda para el Inca; de la cual mandaba repartir con los de su sangre real, que otros no podían vestir de aquella lana, so pena de la vida. Tambien daban della por privilegio y merced particular a los curacas, que de otra manera tampoco podían vestir della. La carne de los huanacus y vicuñas que mataban se repartía toda a la gente comun, y a los curacas daban su parte, y tambien de la de los corzos, conforme a sus familias, no por necesidad, sino por regocijo y fiesta de la cacería, porque todos, alcanzasen della.

Estas cacerías se hacían en cada distrito de cuatro en cuatro años, dejando pasar tres años de la una a la otra; porque dicen los indios que

en este espacio de tiempo cría la lana de la vicuña todo lo que ha de criar, y no la querían tresquilar antes porque no perdiese de su ser; y tambien lo hacían porque todo aquel ganado bravo tuviese tiempo de mutiplicar, y no anduviese tan asombrado como anduviera si cada año lo corrieran, con menos provecho de los indios, y más daño del ganado. Y porque no se dejase de hacer la cacería cada año (que parece que la habían hecho cosecha añal) tenían repartidas las provincias en tres o cuatro partes, o hojas, como dicen los labradores; de manera que cada año cazaban la tierra que había holgado tres años.

Con este concierto cazaban los Incas sus tierras conservando la caza, y mejorándola para adelante, y deleitándose él y su corte, y aprovechándose sus vasallos con toda ella, y tenían dada la misma orden por todos sus reinos. Porque decían que se había de tratar el ganado bravo de manera q' fuese tan de provecho como el manso, que no lo había criado el Pachacamac o el sol para que fuese inutil. Y que tambien se habían de cazar los animales dañosos y malos, para matarlos y quitarlos de entre los buenos, como escardan la mala yerba de los panes. Estas razones y otras semejantes daban los Incas desta su cacería real, llamada Chacu; por los cuales se podrá ver el orden y buen gobierno que estos reyes tenían en las cosas de más importancia, pues en la caza pasaba lo que hemos dicho. Deste ganado bravo se saca la piedra bezar que traen de aquella tierra, aunque dicen que hay diferencia en la bondad della, que la de tal especie es mejor que toda la otra.

Por la misma orden cazaban los visorreyes y gobernadores Incas, cada uno en su provincia, asistiendo ellos personalmente a la cacería, así por recrearse, como porque no hubiese agravio en el repartir la carne y lana a la gente comun y pobres, que eran los impedidos por vejez o larga enfermedad.

La gente plebeya en general era pobre de ganado (sino eran los collas que tenían mucho) y por tanto padecían necesidad de carne, que no la comían sino de merced de los curacas,o de algun conejo que por mucha fiesta mataban de los caseros que en sus casas criaban, que llaman Coy. Para socorrer esta general necesidad mandaba el Inca hacer aquella cacería, y repartir la carne en toda la gente comun, de la cual hacían tasajos, que llaman Charqui, que les duraba todo el año hasta otra cacería, porque los indios fueron muy escasos en su comer y muy avaros en guardar los tasajos.

En sus guisados comen cuantas yerbas nacen en el campo, dulces y amargas. como no sean ponzoñosas: las amargas cuecen en dos o tres aguas, y las pasan al sol, y las guardan para cuando no las hay verdes. No perdonan las ovas que se crían en los arroyos, que tambien las guardan lavadas y preparadas para sus tiempos. Tambien comían yerbas verdes crudas, como se comen las lechugas y los rábanos, más nunca hicieron ensalada dellas.

CAPITULO VII

POSTAS Y CORREOS, Y LOS DESPACHOS QUE LLEVABAN

CHASQUI llamaban a los correos q' había puestos por los caminos para llevar con brevedad los mandatos del rey, y traer las nuevas y avisos que por sus reinos y provincias, lejos o cerca, hubiese de importancia. Para lo cual tenían a cada cuarto de legua cuatro o seis indios mozos y ligeros, los cuales estaban en dos chozas para repararse de las inclemencias del cielo. Llevaban los recaudos por su vez, ya los de una choza, ya los de la otra: los unos miraban a la una parte del camino y los otros a la otra para descubrir los mensageros antes que llegasen a ellos, y apercebirse para tomar el recaudo, porque no se perdiese tiempo alguno. Y para esto ponían siempre las chozas en alto, y tambien las ponían de manera que se viesen las unas a las otras. Estaban a cuarto de legua, porque decían que aquello era lo que un indio podía correr con ligereza y aliento sin cansarse.

Llamáronlos Chasqui, que quiere decir trocar, o dar y tomar, que es lo mismo, porque trocaban, daban y tomaban de uno en otro, y de otro en otro los recaudos que llevaban. No les llamaron Cacha, que quiere decir mensageros, porque este nombre lo daban al embajador o mensagero propio, que personalmente iba de un príncipe al otro, o del señor al súbdito. El recaudo o mensaje que los Chasquis llevaban era de palabra, porque los indios del Perú no supieron escrebir. Las palabras eran pocas, y muy concertadas y corrientes, porque no se trocase y por ser muchas no se olvidasen. El que venía con el mensage daba voces llegando a vista de la choza, para que se apercibiese el que había de ir, como hace el correo en tocar su bocina, para que le tengan ensillada la posta, y en llegando donde le podían entender daban su recaudo, repetiéndolo dos y tres y cuatro veces, hasta q' lo entendía el que lo había de llevar, y si no lo entendía aguardaba a que llegase y diese muy en forma su recaudo; y desta manera pasaba de uno en otro hasta donde había de llegar.

Otros recaudos llevaban no de palabra sino por escrito, digámoslo así, aunque hemos dicho que no tuvieron letras; los cuales eran ñudos dados en diferentes hilos de diversos colores, que iban puestos por su orden, más no siempre de una misma manera, sino unas veces antepuesto el un color al otro, y otras veces trocados al revés; y esta manera de recaudos eran cifras, por los cuales se entendían el Inca y sus gobernadores, para lo que había de hacer, y los ñudos y los colores de los hilos significaban el número de gente, armas, vestidos, o bastimento, o cualquiera otra cosa que se hubiese de hacer, enviar o aprestar. A estos hilos añudados llamaban los indios Quipu (que quiere decir añudar, y ñudo que sirve de nombre y verbo) por los cuales se entendían en sus cuentas. En otra parte, capítulo de por sí, diremos largamente cómo eran y de qué servían. Cuando había priesa de mensages añadían correos, y ponían en cada posta ocho y diez y doce indios chasquis. Tenían otra manera de dar aviso por estos correos, y era haciendo ahumadas de día de uno en otro, y llamaradas de noche. Para lo cual tenían siempre los chasquis apercebido el fuego y los hachos, y velaban perpetuamente de noche y de día por su rueda, para estar apercebidos para cualquiera suceso que se ofreciese. Esta manera de aviso por los fuegos era solamente cuando había algun levantamiento y rebelion de reino o provincia grande, y hacíase para que el Inca lo supiese dentro de dos o tres horas cuando mucho (aunque fuese de quinientas o seiscientas leguas de la corte) y mandase apercebir lo necesario para cuando llegase la nueva cierta de cual provincia o reino era el levantamiento. Este era el oficio de los chasquis, y los recaudos que llevaban.

CAPITULO VIII

CONTABAN POR HILOS Y ÑUDOS: HABIA GRAN FIDELIDAD EN LOS CONTADORES

QUIPU quiere decir añudar y ñudo, y tambien se toma por la cuenta, porque los ñudos la daban de toda cosa. Hacían los indios hilos de diversos colores, unos eran de un color solo, otros de dos colores otros de tres, y otros de más, porque las colores simples y las mezcladas todas tenían su significación de por sí: lo hilos eran muy torcidos de tres o cuatro liñuelos, y gruesos como un huso de hierro, y largos de a tres cuartos de vara: los cuales ensartaban a otro hilo por su orden a la larga, a manera de rapacejos. Por las colores sacaban lo que se contenía en aquel tal hilo, como el oro por el amarillo, y la plata por el blanco, y por el colorado la gente de guerra.

Las cosas q' no tenían colores iban puestas por su orden, empezando de las de más calidad, y procediendo hasta las de menos, cada cosa en su género, como en las mieses y legumbres. Pongamos por comparación las de España, primero el trigo, luego la cebada, luego el garbanzo, haba, mijo &. Y así tambien cuando daban cuenta de las armas primero ponían las que tenían por más nobles, como lanzas, y luego dardos, arcos y flechas, porras y hachas, hondas, y las demás armas que tenían. Y hablando de los vasallos, daban cuenta de los vecinos de cada pueblo, y luego en junto los de cada provincia. En el primer hilo ponían los viejos de sesenta años arriba; en el segundo los hombres maduros de cincuenta arriba, y el tercero contenía los de cuarenta; y así de diez a diez años, hasta los niños de teta. Por la misma orden contaban las mugeres por las edades.

Algunos destos hilos tenían otros hilitos delgados del mismo color, como hijuelas, o escepciones de aquellas reglas generales, como digamos en el hilo de los hombres o mugeres de tal edad, que se entendían ser casados; los hilitos significaban el número de los viudos o viudas que

de aquella edad había aquel año; porque estas cuentas eran anales, y no daban razón más que de un año solo.

Los ñudos se daban por su orden de unidad, decena. centena, millar, decena de millar, y pocas veces o nunca pasaban a la centena de millar; porque como cada pueblo tenía su cuenta de por sí, y. cada metrópoli la de su distrito, nunca llegaba al número destos o de aquellos a tanta cantidad que pasase la centena de millar, que en los números que hay de allí abajo tenían harto. Más si se ofreciera haber de contar por el número centena de millar, tambien lo contaran, porque en su lenguaje pueden dar estos los números del guarismo como él los tiene; más porque no había de usar de los números mayores no pasaban de decena de millar. Estos números contaban por ñudos dados en aquellos hilos, cada número dividido del otro: empero los ñudos de cada número estaban dados todos juntos debajo de una vuelta, a manera de los ñudos que se dan en el cordon del bienaventurado patriarca San Francisco, y podíase hacer bien porque nunca pasaban de nueve, como no pasan de nueve las unidades y decenas &.

En lo más alto de los hilos ponían el número mayor, que era el decena de millar, y más abajo el millar, y así hasta la unidad. Los ñudos de cada número y de cada hilo iban parejos unos con otros, ni más ni menos que los pone un buen contador para hacer una suma grande. Estos ñudos o quipus los tenían indios de por sí a cargo, los cuales llamaban Quipucamayu, quiere decir el que tiene cargo de las cuentas; y aunque en aquel tiempo había poca diferencia en los indios de buenos a malos, que según su poca malicia, y el buen gobierno que tenían, todos se podían llamar buenos, con todo eso elegían para este oficio y para otro cualquiera los más aprobados y los que hubiesen dado más larga esperiencia de su bondad. No se los daban por favor ageno, porque entre aquellos indios jamás se usó favor ageno sino el de su propia virtud. Tampoco se daban vendidos ni arrendados, porque ni supieron arrendar, ni comprar ni vender, porque no tuvieron moneda. Trocaban unas cosas por otras, esto es, las cosas del comer y no más, que no vendían los vestidos, ni las casas ni heredades.

Con ser los quipucamayus tan fieles y legales, como hemos dicho, habían de ser en cada pueblo conforme a los vecinos dél, que por muy pequeño que fuese el pueblo había de haber cuatro, y de allí arriba hasta veinte y treinta, y todos tenían unos mismos registros; aunque por ser los registros todos unos mismos, bastaba que hubiera un contador o escribano; querían los Incas que hubiese muchos en cada pueblo y en cada facultad, por escusar la falsedad que podía haber entre los pocos y decían que habiendo muchos habían de ser todos en la maldad o ninguno. (38)

---

(38) Véase Acosta. Ob. cit: t. I, Lib. IV, c. VIII. «Era el escribano público de todos los registros». Morkham—Cieza de León I p. c. 82 J. J. Esdundi. *Perú* 2. 384—387.

CAPITULO IX

LO QUE ASENTABAN EN SUS CUENTAS, Y COMO SE ENTENDIAN

ESTOS asentaban por sus ñudos todo el tributo q' daban cada año al Inca, poniendo cada cosa por sus géneros, especies y calidades. Asentaban la gente que iba a la guerra, la que moría en ella, los q' nacían y fallecían cada año por sus meses. En suma, decimos, que escribían en aquellos ñudos todas las cosas que consistían en cuenta de números, hasta poner las batallas y recuentros que se daban, hasta decir cuántas embajadas habían traído al Inca, y cuántas pláticas y razonamientos había hecho el rey. Pero lo que contenía la embajada ni las palabras del razonamiento, ni otro suceso historial, no podían decirlo por los ñudos; porque consiste en oración, ordenada de viva voz o por escrito, lo cual no se puede referir por ñudos; porque el ñudo dice el número, más no la palabra. Para remedio desta falta tenían señales que mostraban los hechos historiales hazañosos, o haber habido embajada, razonamiento o plática hecha en paz o en guerra. Las cuales pláticas tomaban los indios Quipucamayus de memoria; en suma, en breves palabras, y las encomendaban a la memoria, y por tradición las enseñaban a los sucesores de padres a hijos y descendientes, principal y particularmente en los pueblos o provincias donde habían pasado, y de allí se conservaban más en otra parte, porque los naturales se preciaban dellas. Tambien usaban de otro remedio para q' sus hazañas, y las embajadas que traían al Inca, y las respuestas que el Inca daba, se conservasen en la memoria de las gentes; y es, que los amautas, que eran los filósofos y sabios, tenían cuidado de ponerlas en prosa, en cuetos historiales, breves como fábulas, para que por sus edades los contasen a los niños y a los mozos, y a la gente rústica del campo, para que pasando de mano en mano, y de edad en edad, se conservasen en la memoria de todos. Tambien ponían las historias en modo fabuloso, con su alegoría, como hemos dicho de algunas, y adelante diremos de

otras. Asímismo los Haravicus, que eran los poetas, componían versos breves y compendiosos, en los cuales encerraban la historia, o la embajada, o la respuesta del rey. En suma, decían en los versos todo lo que no podían poner en los ñudos; y aquellos versos cantaban en sus triunfos y en sus fiestas mayores, y los recitaban a los Incas nobles cuando los armaban caballeros; y desta manera guardaban la memoria de sus historias. Empero como la esperiencia lo muestra, todos eran remedios perecederos; porque las letras son las que perpetúan los hechos; más como aquellos Incas no las alcanzaron, valiéronse de lo que pudieron inventar; y como si los ñudos fueran letras, eligieron historiadores y contadores, que llamaron Quipucamayu, que es el que tiene cargo de los ñudos, para que por ellos y por los hilos, y por los colores de los hilos, y con el favor de los cuentos y de la poesía, escribiesen y retuviesen la tradición de sus hechos. Esta fué la manera del escribir que los Incas tuvieron en su república.

A estos Quipucamayus acudían los curacas y los hombres nobles en sus provincias a saber las cosas historiales que de sus antepasados deseaban saber, o cualquier otro acaecimiento notable que hubiese pasado en aquella tal provincia; porque estos, como escribanos y como historiadores, guardaban los registros, que eran los Quipus anales que de los sucesos dignos de memoria se hacían, y como obligados por el oficio estudiaban perpetuamente en las señales y cifras que en los ñudos había, para conservar en la memoria la tradición que de aquellos hechos famosos tenían; porque, como historiadores, debían de dar cuenta dellos cuando se la pidiesen, por el cual oficio eran reservados de tributo y de cualquiera otro servicio, y así nunca jamás soltaban los ñudos de las manos.

Por la misma orden daban cuenta de sus leyes y ordenanzas, ritos y ceremonias, q' por el color del hilo, y por el número de los ñudos sacaban la ley que prohibía tal o tal delito, y la pena que se daba al quebrantador della. Decían el sacrificio y ceremonia que en tales y tales fiestas se hacían al sol. Declaraba la ordenanza y fuero que hablaba en favor de las viudas, o de los pobres o pasageros: y así daban cuenta de todas las demás cosas tomadas de memoria por tradición. De manera, que cada hilo y ñudo les traía a la memoria lo que en sí contenía, a semejanza de los mandamientos o artículos de nuestra santa fé católica y obras de misericordia, que por el número sacamos lo que debajo dél se nos manda. Así se acordaban los indios por los ñudos de las cosas que sus padres y abuelos les habían enseñado por tradición, lo cual tomaban con grandísima atención y veneración, como cosas sagradas de su idolatría y leyes de sus Incas, y procuraban conservarlas en la memoria por la falta que tenían de escritura; y el indio que no había tomado de memoria por tradición las cuentas, o cualquiera otra historia que hubiese pasado entre ellos, era tan ignorante en lo uno y en lo otro, como el español o cualquiera otro estrangero. Yo traté los quipus y ñudos

con los indios de mi padre y con otros curacas, cuando por san Juan y Navidad venían a la ciudad a pagar sus tributos. Los curacas agenos rogaban a mi madre que me mandase les cotejase sus cuentas; porque como gente sospechosa, no se fiaban de los españoles que les tratasen verdad en aquel particular, hasta que yo les certificaba della, leyéndoles los traslados que de sus tributos me traían, y cotejándolos con sus ñudos; y desta manera supe dellos tanto como los indios.

CAPITULO X

EL INCA PACHACUTEC VISITA SU IMPERIO. CONQUISTA LA NACION HUANCA

MUERTO el Inca Viracocha sucedió en su Imperio Pachacutec Inca, su legítimo hijo. El cual habiendo cumplido solemnísimamente con las obsequias del padre, se ocupó tres años en el gobierno de sus reinos sin salir de su corte. Luego los visitó personalmente, anduvo todas las provincias una a una; y aunque no halló qué castigar, porque los gobernadores y los ministros regios procuraban vivir ajustados so pena de la vida. Holgaban aquellos reyes hacer estas visitas generales a sus tiempos, porque los ministros no se descuidasen, y tiranizasen por la ausencia larga y mucha negligencia del príncipe. Y también lo hacían porque los vasallos pudiesen dar las quejas de sus agravios al mismo Inca vista a vista; porque no consentían que les hablasen por terceras personas, porque el tercero, por amistad o por cohecho, del acusado, no disminuyese su culpa ni el agravio del quejoso; que cierto en esto de administrar justicia, igualmente al chico, y al grande, al pobre y al rico, conforme a la ley natural, tuvieron estos reyes Incas muy grande cuidado, de manera que nadie recibiese agravio. Y por esta rectitud que guardaron fueron tan amados como lo fueron, y lo serán en la memoria de sus indios muchos siglos. Gastó en la visita otros tres años. Vuelto a su corte le pareció que era razón dar parte del tiempo al ejercicio militar, y no gastarlo todo en la ociosidad de la paz, con achaque de administrar justicia, que parece cobardía. Mandó juntar treinta mil hombres de guerra, con los cuales fué por el distrito de Chinchasuyu, acompañado de su hermano Capac Yupanqui, que fué un valeroso príncipe digno de tal nombre. Fueron hasta llegar a Villca, que era lo último que por aquella banda tenían conquistado.

De allí envió al hermano a la conquista bien proveído de todo lo necesario para la guerra. El cual entró por la provincia llamada Sausa, que los españoles, corrompiendo dos letras, llaman Jauja, hermosísima provincia que tenía más de treinta mil vecinos, todos debajo de un nombre y de una misma generación y apellido, que es Huanca. Précianse descender de un hombre y de una muger, que dicen que salieron de una fuente. Fueron belicosos; a los que prendían en las guerras desollaban: unos pellejos henchían de ceniza y los ponían en un templo por trofeos de sus hazañas; y otros pellejos ponían en sus atambores. diciendo que sus enemigos se acobardaban viendo que eran de los suyos, y huían en oyéndolos. Tenían sus pueblos, aunque pequeños, muy fortalecidos a manera de las fortalezas que entre ellos usaban; porque con ser todos los de una nación, tenían bandos y pendencias sobre las tierras de labor y sobre los términos de cada pueblo.

En su antigua gentilidad, antes de ser conquistados por los Incas, adoraban por dios la figura de un perro(39); y así lo tenían en sus templos por ídolos y comían la carne de los perros sabrosísimamente, que se perdían por ella, Sospéchase que adoraban al perro por lo mucho que les sabía la carne. En suma era la mayor fiesta que celebraban el con vite de un perro; y para mayor ostentación de la devoción que tenían a los perros, hacían de sus cabezas una manera de bocinas, que tocaban en sus fiestas y bailes por música muy suave a sus oídos; y en la guerra los tocaban para terror y asombro de sus enemigos; y decían que la virtud de su dios causaban aquellos dos efectos contrarios; que a ellos, porque le honraban, le sonase bien, y a sus enemigos los asombrase y hiciese huir. Todas estas abusiones y crueldades les quitaron los Incas, aunque para memoria de su antigüedad les permitieron, que como eran las bocinas de cabezas de perros, lo fuesen de allí adelante de cabezas de corzos, gamos o venados, como ellos más quisiesen; y así las tocan ahora en sus fiestas y bailes; y por la afición o pasión con que esta nación comía los perros, les dijeron un sobrenombre que vive hasta hoy, que nombrando el nombre Huanca, añade come perros. Tambien tuvieron un ídolo en figura de hombre: hablaba el demonio en él; mandaba lo que quería, y respondía a lo que le preguntaban, con el cual se quedaron los huancas después de ser conquistados, porque era oráculo hablador, y no contradecía la idolatría de los Incas, y desecharon el perro, porque no consintieron adorar figuras de animales.

Esta nacion tan poderosa y tan amiga de perros conquistó el Inca Capac Yupanqui con regalos y halagos, más q' no con fuerza de armas, porque pretendían ser señores de los ánimos antes que de los cuerpos. Después de sosegados los huancas mandó dividirlos en tres parcialidades, por quitarles de las pendencias q' traían, y que les partiesen las tierras

---

(39) Véase J. J. Eschundi *Contribución a la Historia, Civilización y linguística del Perú*, Col. Urteaga-Romero, c. *Alko*.

y señalasen los términos. La una parte llamaron Sausa y la otra Marcavilca, y la tercera Llacsapallanca. Y el tocado que todos traían en la cabeza, que era de una misma manera, mandó que sin mudar la forma lo diferenciasen en los colores Esta provincia se llama Huanca, como hemos dicho. Los españoles en estos tiempos no se con qué razon le llamaron Huancavillca, sin advertir que la provincia Huancavillca está cerca de Tumpiz, casi trescientas leguas destotra, que está cerca de la ciudad de Humanca, (39a) la una en la costa de la mar, y la otra muy adentro en tierra. Decimos esto para que no se confunda el que leyere esta historia, y adelante en su lugar diremos de Huancavillca, donde pasaron cosas estrañas.

(39a) Así en el texto lease Huamanga.

CAPITULO XI

DE OTRAS PROVINCIAS QUE GANO EL INCA, Y DE LAS COSTUMBRES DELLAS, Y CASTIGO DE LA SODOMIA

CON la misma buena orden y maña conquistó el Inca Capac Yupanqui otras muchas provincias q' hay en aquel distrito, a una mano y a otra del camino real. Entre las cuales se cuentan por más principales las provincias Tarma y Pumpu, que los españoles llaman Bombon, provincias fertilísimas, y las sujetó el Inca Capac Yupanqui con toda facilidad, mediante su buena industria y maña con dádivas y promesas; aunque por ser la gente valiente y guerrera no faltaron algunas peleas en que hubo muertes; más al fín se rindieron con poca defensa, según la que se temió que hicieran. Los naturales destas provincias Tarma y Pumpu, y de otras muchas circunvecinas, tuvieron por señal de matrimonio un beso q' el novio daba a la novia en la frente o en el carrillo. Las viudas se tresquilaban por luto, y no podían casar dentro del año. Los varones en los ayunos no comían carne, ni sal, ni pimiento, ni dormían con sus mugeres. Los que se daban más a la religión, que eran como sacerdotes, ayunaban todo el año por los suyos.

Habiendo ganado el Inca Capac Yupanqui a Tarma y a Pumpu, pasó adelante, reduciendo otras muchas provincias que hay al Oriente hácia los Antis, los cuales eran como behetrías, sin orden, ni gobierno, ni tenían pueblos, ni adoraban dioses, ni tenían cosas de hombres. Vivían como bestias, derramados por los campos, sierras y valles, matándose unos a otros sin saber por qué: no reconocían señor, y así no tuvieron nombre sus provincias; y esto fué por espacio de más de treinta leguas Norte Sur, y otras tantas Leste Hueste. Los cuales se redujeron y obedecieron al Inca Pachacutec, atraídos por bien, y como gente simple se iban donde les mandaban, poblaron pueblos, y aprendieron la doctrina de los Incas: y no se ofrece otra cosa que contar hasta la provincia llamada Chucurpu, la cual era poblada de gente belicosa, bárbara, y áspera de condición y de malas costumbres, y conforme a ellas adoraban a un tigre por su ferocidad y braveza.

Con esta nación, por ser tan feroz, y que como bárbaros se preciaban de no admitir razon alguna, tuvo el Inca Capac Yupanqui algunos reencuentros, en que murieron de ambas partes más de cuatro mil in-

dios; más al cabo se rindieron, habiendo esperimentado la pujanza del Inca, y su mansedumbre y piedad, porque vieron que muchas veces pudo destruirlos, y no quiso, y que cuando más apretados y necesitados los tenía, entonces los convidaba con la paz con mayor mansedumbre y clemencia. Por lo cual tuvieron por bien de rendirse y sujetarse al señorío del Inca Pachacutec, y abrazar sus leyes y costumbres, y adorar al sol, dejando al tigre que tenían por dios, y la idolatría y manera de vivir de sus pasados.

El Inca Capac Yupanqui tuvo a buena dicha que aquella nación se le sujetase, porque segun se habían mostrado ásperos y indomables temía destruirlos del todo, habiéndolos de conquistar o dejarlos libre. como lo había hallado, por no los matar, que lo uno o lo otro fuera pérdida de la reputacion de los Incas; y así con buena maña y muchohalagos y regalos asentó la paz con la provincia Chucurpu. Donde dejó los gobernadores y ministros necesarios para la enseñanza de las indios, y para la administración de la hacienda del sol y del Inca: dejó asímismo gente de guarnición para asegurar lo que había conquistado.

Luego pasó a mano derecha del camino real, y con la misma industria y maña (que vamos abreviando por no repetir los mismos hechos) redujo otras dos provincias muy grandes y de mucha gente; la una llamada Ancara; (40) y las otra Huaillas: dejó en ellas, como en las demás, los misnistros del gobierno y de la hacienda, y la guarnición necesaria. Y en la provincia de Huaillas castigó severísimamente algunos someticos, que en mucho secreto usaban el abominable vicio de la sodomía; y porque hasta entonces no se había hallado ni sentido tal pecado en los indios de la sierra, aunque en los llanos sí, como ya lo dejamos dicho, escandalizó mucho el haberlo entre los huaillas, del cual escándalo nació un refrán entre los indios de aquel tiempo, y vive hasta hoy en oprobio de aquella nación, que dice: Astaya Huaillas, que dice: apártate allá Huaillas, como que hiedan (41) por su antiguo pecado, aunque usado entre pocos, y en mucho secreto, y bien castigado por el Inca Capac Yupanqui.

El cual habiendo proveído lo que se ha dicho, pareciéndole que por entonces bastaba lo que había ganado, que eran sesenta leguas de largo Norte Sur, y de ancho lo que hay de los Llanos a la gran Cordillera de la Sierra Nevada, se volvió al Cosco, al fín de tres años que había salido de aquella ciudad, donde halló al Inca Pachacutec, su hermano. El cual lo recibió con gran fiesta y triunfo de sus victorias, que duraron una lunación, que así cuentan el tiempo los indios por lunas.

---

(40) Ancara probablemente error del Copista se refiere a la región del Ancash actual.

(41) Esta gente de Guaylas era gente sucia a lo que los naturales decian por que se decian de-ellos que comian la semilla de la mujer &» Pedro Pizarro. Col. Urteaga. t. VI p. 56.

CAPITULO XII

EDIFICIOS Y LEYES, Y NUEVAS CONQUISTAS QUE EL INCA PACHACUTEC HIZO

ACABADAS las fiestas y hechas muchas mercedes a los maeses de campo, y capitanes, y curacas particulares que se hallaron en la conquista, y tambien a los soldados que se señalaron y aventajaron de los demás. que de todos había singular cuidado y noticia, acordó el Inca, pasados algunos meses, volver a visitar sus reinos, porque era el mayor favor y beneficio que les podía hacer. En la visita mandó edificar en las provincias más nobles y ricas templos a honor y reverencia del sol, donde los indios le adorasen y tambien se fundaron casas de las vírgenes escogidas, porque nunca fundaron la una sin la otra. Las cuales eran de mucho favor para los naturales de las provincias donde se edificaban, porque era hacerlos vecinos y naturales del Cosco. Sin los templos mandó hacer muchas fortalezas en las fronteras de lo que estaba por ganar, y casas reales en los valles y sitios más amenos y deleitosos, y tambien en los caminos donde se alojasen los Incas cuando se ofreciese caminar con sus ejércitos. Mandó asímismo hacer muchos pósitos en los pueblos particulares donde se guardasen los bastimentos para los años de necesidad con que socorrer los naturales.

Ordenó muchas leyes y fueron particulares, arrimándose a las costumbres antiguas de aquellas provincias donde se habían de guardar, porque todo lo que no era contra su idolatría ni contra las leyes comunes tuvieron por bien aquellos reyes Incas dejarlo usar a cada nación como lo tenían en su antigüedad, porque no pareciese que los tiranizaban, sino que los sacaban de la vida ferína, y los pasaban a la humana, dejándoles todo lo que no fuese contra ley natural, que era lo que estos Incas más desearon guardar.

Hecha la visita, en la cual gastó tres años, se volvió a su corte, donde gastó algunos meses en fiestas y regocijos; más luego trató con

Lámina IV

RUINAS DE HUANUCO VIEJO





Parece que una triple muralla circundaba las construcciones de piedra de Huánaco Viejo. Tenía además un sistema hidráulico admirable que provocó la admiración de Humboldt. El viajero que atravieza la provincia de Huamalíes se asombra, al llegar a los páramos donde hay banquean las piedras labradas y lienzos todavía en pie, de la magestad y simetría de esos monumentos, mudos testigos de una magnífica cultura.

el hermano, que era su segunda persona, y con los de su consejo de volver a la conquista de las provincias de Chinchasuyu, que por aquella parte sola había tierras de provecho que conquistar; que por las de Antisuyu, arrimadas a la Cordillera Nevada eran montañas bravas las que se descubrían.

Acordaron que el Inca Capac Yupanqui volviese a la conquista, pues en la jornada pasada había dado tan buena muestra de su prudencia y valor, y de las demás partes de gran capitan: mandaron que llevase consigo al príncipe heredero su sobrino, llamado Inca Yupanqui, muchacho de diez y seis años (que aquel mismo año le habían armado caballero, conforme a la solemnidad del Huaracu, q' largamente diremos adelante) para que se ejercitase en el arte militar, que tanto estimaban los Incas. Apercibieron cincuenta mil hombres de guerra. Los Incas, tío y sobrino, salieron con el primer tercio, caminaron hasta la gran provincia llamada Chucurpu, que era la última del imperio por aquel parage.

De allí enviaron los apercebimientos acostumbrados a los naturales de una provincia llamada Pincu, los cuales, viendo que no podían resistir al poder del Inca, y tambien porque habían sabido cuán bien les iba a todos sus vasallos con sus leyes y gobierno, respondieron que holgaban mucho recebir el imperio del Inca y sus leyes. Con esta respuesta entraron los Incas en la provincia, y de allí enviaron el mismo recaudo a las demás provincias cercanas a ella; que entre otras que hay, las más principales son Huaras, Piscopampa, Cunchucu. Las cuales habiendo de seguir el ejemplo de Pincu, hicieron lo contrario, que se amotinaron y convocaron unas a otras, deponiendo sus pasiones particulares para acudir a la comun defensa; y así se juntaron y respondieron diciendo que antes querían morir todos, que recebir nuevas leyes y costumbres, y adorar nuevos dioses, que no los querían, que muy bien se hallaban con los suyos antiguos, que eran de sus antepasados, conocidos de muchos siglos atrás, y que el Inca se contentase con lo que había tiranizado, pues con celo de religión había usurpado el señorío de tantos curacas como habia sujetado.

Dada esta respuesta, viendo que no podían resistir la pujanza del Inca en campaña abierta, acordaron retirarse a sus fortalezas, y alzar los bastimentos, y quebrar los caminos, y defender los malos pasos que hubiese, lo cual todo apercibieron con gran diligencia y presteza.

CAPITULO XIII

GANA EL INCA LAS PROVINCIAS REBELDES CON HAMBRE Y ASTUCIA MILITAR

EL general Capac Yupanqui no recibió alteración alguna con la soberbia y desvergonzada respuesta de los enemigos, porque como magnánimo iba apercebido para recebir con un mismo ánimo las buenas y malas palabras, y tambien los sucesos; más no por eso dejó de apercebir su gente, y sabiendo q' los contrarios se retiraban a sus plazas fuertes, dividió su ejército en cuatro tercios de a diez mil hombres, y a cada tercio encaminó a las fortalezas que más cerca les caían, con apercebimiento que no llegasen con los enemigos a rompimiento, sino que les aprestasen con el cerco y con la hambre hasta que se rindiesen. Y el se quedó a la mira con el príncipe su sobrino para socorrer donde fuese menester. Y porque no faltasen los bastimentos par haberlos alzado los enemigos para si durase mucho la guerra, envió a mandar a las provincias comarcanas del Inca su hermano, le acudiesen con doblada provisión de la ordinaria.

Con estas prevenciones esperó el Inca Capac Yupanqui la guerra. La cual se encendió cruelísima con mucha mortandad de ambas partes, porque los enemigos con gran pertinacia defendían los caminos y lugares fuertes, de donde viendo que los Incas no los acometían, salían a ellos y peleaban con rabia de desesperados, metiéndose por las armas de sus contrarios, y cada provincia de las tres en competencia de las otras hacía cuanto podía por mostrar mayor ánimo y valor que las demás por aventajarse dellas.

Los Incas no hacían más que resistirles y esperar a que la hambre y las demás incomodidades de la guerra los rindiesen; y cuando por los campos y por los pueblos desamparados hallaban las mugeres y hijos de los enemigos, que los habían dejado por no haber podido llevarlos todos consigo, los regalaban y acariciaban y les daban de comer; y reco-

giendo los más que podían los encaminaban a que se fuesen con sus padres y con sus maridos, para que viesen que no iban a cautivarlos sino a mejorarlos de ley y costumbres. Tambien lo hacían con astucia militar porque tuviesen los enemigos más que mantener, más que guardar y cuidar, y que no estuviesen tan libres como lo estaban sin mugeres y hijos para hacer la guerra sin estorbos. Y tambien para que la hambre y la aflicción de los hijos les afligiese más q' la propia, y el llanto de las mugeres enterneciese á los varones, y les hiciese perder el ánimo y la ferocidad para que se rindiesen mas aína.

Los contrarios no dejaban de reconocer los beneficios que se hacían á sus mugeres y hijos, mas la obstinación y pertinacia que tenían era tanta, que no daban lugar al agradecimiento, antes parecían que los mismos beneficios los endurecia más.

Así porfiaron en la guerra los unos y los otros cinco ó seis meses, hasta que se empezó á sentir la hambre y la mortandad de la gente mas flaca, que eran los niños y la mugeres mas delicadas; y creciendo mas y mas estos males, forzaron á los varones á lo que pensaban que no les forzara la propia muerte: y así de comun consentimiento de capitanes y soldados, cada cual en las fortalezas donde estaban, eligieron embajadores que con toda humildad fuesen á los Incas y les pidiesen perdon de lo pasado, y ofreciesen la obediencia y vasallage en lo porvenir.

Los Incas los recibieron con la clemencia acostumbada y con las más blandas palabras que supieron decir, les amonestaron que se volviesen a sus pueblos y casas, y procurasen ser buenos vasallos para merecer los beneficios del Inca y tenerle por señor, y que todo lo pasado se les perdonaba sin acordarse más dello.

Los embajadores volvieron muy contentos a los suyos de la buena negociacion de su embajada: y sabida la respuesta de los Incas hubieron mucho regocijo, y conforme al mandato dellos se volvieron a sus pueblos, en los cuales los acariciaron y proveyeron de lo necesario; y fue bien menester el doblado bastimento que al principio desta guerra el Inca Capac Yupanqui mandó pedir a los suyos, para con él proveer a los enemigos rendidos que lo pasaran mal aquel primer año, porque por causa de la guerra se habían perdido todos los sembrados: con la comida les proveyeron los ministros necesarios para el gobierno de la justicia y de la hacienda, y para la enseñanza de su idolatría.

CAPITULO XIV

DEL BUEN CURACA HUAMACHUCU, Y COMO SE REDUJO

EL Inca pasó adelante en su conquista, llegó a los confines de la gran provincia llamada Huamachucu, donde había un gran señor del mismo nombre tenido por hombre de mucho juicio y prudencia: al cual envió los requerimientos y protestaciones acostumbradas, ofreciéndole paz y amistad, y mejoría de religión, leyes y costumbres; porque es verdad que aquella nación las tenía bárbaras y crueles: y en su idolatría y sacrificios eran barbarísimos, porque adoraban piedras las que hallaban por los ríos o arroyos, de diversos colores, como el jaspe que les parecía que no podían juntarse diferentes colores en una piedra sino por gran deidad que en ella hubiese: y con esta bobería las tenían en sus casas por ídolos, honrándolas como a dioses: sus sacrificios eran de carne y sangre humana. No tenían pueblos poblados. Vivían por los campos en chozas derramadas sin orden ni concierto; andaban como bestias. Todo lo cual deseaba remediar el buen Huamachucu, más no osaba intentarlo porque no le matasen los suyos diciendo, que pues alteraba su vida menospreciaba la religión y la manera de vivir de sus antepasados, y este miedo le tenía reprimido en sus buenos deseos, y así recibió mucho contento con el mensage del Inca.

Y usando de su buen juicio respondió, que holgaba mucho que el Imperio del Inca y sus banderas hubiesen llegado a los confines de su tierra, que por las nuevas buenas que había oído de su religión y buen gobierno, había años que lo deseaba por su rey y señor: que por las provincias de enemigos que había en medio, y por no desamparar sus tierras, no había salido dellas a buscarle para darle la obediencia y adorarle por hijo del sol, y que ahora que sus deseos se habían cumplido, lo recibía con todo el buen ánimo y deseo que había tenido de ser su vasallo, que le suplicaba lo recibiese con el mismo ánimo que él se ofrecía, y en él y en sus vasallos hiciese los beneficios que en los demás indios había hecho.

Con la buena respuesta del gran Huamachucu entró el príncipe Inca Yupanqui y el general su tío en sus tierras. El curaca salió a recebirlos con dádivas y presentes de todo lo que había en su estado, y puesto delante dellos los adoró con toda reverencia. El general lo recibió con mucha afabilidad, y en nombre del Inca su hermano le rindió las gracias de su amor y buena voluntad; y el príncipe le mandó dar mucha ropa de vestir de la de su padre, así para el curaca como para sus deudos, y los principales y nobles de su tierra. Sin esta merced que los indios estimaron en mucho, les dieron gracias y privilegios de mucha favor y honra por el amor que mostraron al servicio del Inca. Y es asi que el Inca Pachacutec, y después los que le sucedieron, hicieron siempre mucho caudal y estima deste Huamachucu y de sus descendientes, y ennoblecieron grandemente su provincia por haberse sujetado a su imperio de la manera que se ha dicho.

Acabadas las fiestas que se hicieron por haber recibido al Inca por señor, el gran curaca Huamachucu habló al capitan general diciendo, que le suplicaba mandase reducir con brevedad aquella manera de pueblos de su estado a otra mejor forma, y mejorase su idolatría, leyes y costumbes, que bien entendían que las q' sus antepasados les habían dejado eran bestiales, dignas de risa, por lo cual él había deseado mejorarlas, más que no había osado porque los suyos no lo matasen por menospreciador de la ley de sus antecesores; que como brutos se contentaban con lo que sus mayores les dejaron. Empero que ya que su buena dicha le había llevado Incas hijos del sol a su tierra, le suplicaba se la mejorase en todo pues eran sus vasallos.

El Inca holgó de haberle oído y mandó que las cacerías y chozas derramadas por los campos, se redujesen a pueblos de calles y vecindad en los mejores sitios que para ello se hallasen. Mandó a pregonar que no tuviesen a otro dios sino al sol y que echasen en las calles las piedras pintadas que en sus casas tenían por ídolos, que más eran para que los muchachos jugasen con ellas, que no para que los hombres las adorasen; y que guardasen y cumpliesen las leyes y ordenanzas de los Incas, para cuya enseñanza mandó señalar hombres q' asistiesen en cada pueblo como maestros en su ley.

CAPITULO XV

RESISTEN LOS DE CASAMARCA, Y AL FIN SE RINDEN

TODO lo cual proveído con mucho contento del buen Huamachucu, pasaron adelante los Incas. tío y sobrino en sus conquista, y en llegando a los términos de Casamarca, famosa por la prisión de Atahuallpa en ella, la cual era una gran provincia, rica, fértil, poblada de mucha gente belicosa, enviaron un mensage con los requerimientos y protestaciones acostumbradas de paz o de guerra, porque después no alegasen que los habían cogido descuidados.

Los de Casamarca se alteraron grandemente, aunque de atrás como gente valiente y belicosa, por haber visto la guerra cerca de sus tierras, tenían apercebidas las armas y los bastimentos, y estaban fortalecidos en sus plazas fuertes, y tenían tomados los malos pasos de los caminos: y así respondieron con mucha soberbia diciendo, que ellos no tenían necesidad de nuevos dioses, ni de señor estrangero que les diese nuevas leyes y fueros estraños, que ellos tenían lo que habían menester, ordenados y establecidos por sus antepasados, y no querían novedades, q' los Incas se contentasen con los que quisiesen obedecerles, y buscasen otros, que ellos no querían su amistad y menos su señorío; y que protestaban de morir todos por defender su libertad.

Con esta respuesta entró el Inca Capac Yupanqui en los confines de Casamarca, donde los naturales como bravos y animosos se le ponían delante en los pasos dificultosos, ganosos de pelear por vencer o morir; y aunque el Inca deseaba escusar la pelea no le era posible, porque para haber de pasar adelante le convenía ganar los pasos fuertes a fuerza de armas; en los cuales peleando obstinadamente los unos y los otros murieron muchos. Lo mismo pasó en algunas batallas que se dieron en campo abierto: más como la potencia de los Incas fuese tanta no pudiendo resistirla sus contrarios, se acogieron a las fortalezas, y riscos y peñas fuertes, donde pensaban defenderse. De allí salían a hacer sus saltos, mataban mucha gente a los Incas y tambien morían muchos dellos. Así duró la guerra cuatro meses por querer los Incas ir entrete-

niéndola, por no destruir los enemigos, mas que no por la pujanza dellos, aunque no dejaban de resistir con todo ánimo y esfuerzo; empero ya disminuídos de su primera bizarría.

Durante la guerra hacían los Incas todo el beneficio que podían a sus enemigos por vencerlos por bien. Los que prendían en las batallas soltaban libremente, con muy buenas palabras que enviaban a decir a su curaca, ofreciéndoles paz y amistad. Los heridos curaban y después de sanos los enviaban con los mismos recaudos, y les decían que volviesen a pelear contra ellos, que cuantas veces los hiriesen y prendiesen tantas volverían a curar y soltar, porque habían de vencer como Incas y no como tiranos enemigos crueles. Las mugeres y niños que hallaban en los montes y cuevas, después de haberlos regalado los enviaban a sus padres y maridos, con persuaciones que no porfiasen en su obstinación, pues no podían vencer a los hijos del sol.

Con estas y otras semejantes caricias porfiadas en tan largo tiempo empezaron los de Casamarca a ablandar y amansar la ferocidad y dureza de sus ánimos, y volver en sí poco a poco para considerar que no les estaba mal sujetarse a gente que pudiéndolos matar usaba con ellos de aquellos beneficios. Sin lo cual veían por esperiencia que el poder del Inca crecía cada día y el suyo menguaba de hora en hora, y que la hambre los apretaba ya de manera q' a poco más no podían dejar de perecer, cuanto más vencer o resistir a los Incas. Por estas dificultades habiéndolas consultado el curaca con los más principales de su estado les pareció aceptar los partidos que los Incas les ofrecían, antes que por su obstinación y ingratitud se los negasen; y así enviaron luego sus embajadores diciendo, que por haber esperimentado la piedad, clemencia y mansedumbre de los Incas y la potencia de sus armas, confesaban que merecían ser señores del mundo, y que con mucha razon publicaban ser hijos del sol, los que tales beneficios hacían a sus enemigos; en los cuales se certificaba que serían mayores las mercedes cuando fuesen sus vasallos. Por lo cual arrepentidos de su dureza, y avergonzados de su ingratitud de no haber correspondido antes a tantos beneficios recebidos, suplicaban al príncipe y a su tío el general, y tuviesen por bien de perdonarles su rebeldía, y ser sus padrinos y abogados para que la magestad del Inca los recibiese por sus vasallos.

Apenas pudieron haber llegado los embajadores ante los Incas, cuando el curaca Casamarca y sus nobles acordaron ir ellos mismos a pedir el perdon de sus delitos, por mover a mayor compasión a los Incas, y asi fueron con la mayor sumision q' pudieron; y puestos ante el príncipe y el Inca general los adoraron a la usanza dellos, y repitieron las mismas palabras que sus embajadores habían dicho. El Inca Capac Yupanqui, en lugar del príncipe su sobrino, los recibió con mucha afabilidad, y con muy dulces palabras les dijo: que en nombre del Inca su hermano y del príncipe su sobrino los perdonaba y recibía en su servicio como a cualquiera de sus vasallos, y que de lo pasado no se acordarían

jamás: que procurasen hacer lo que debían de su parte para merecer los beneficios del Inca, que su magestad no faltaría de les hacer las mercedes acostumbradas, y los trataría como su padre el sol se lo tenía mandado: que se fuesen en paz y se redujesen a sus pueblos y casas, y pidiesen cualquiera merced que bien les estuviese.

El curaca juntamente con los suyos volvió adorar a los Incas, y en nombre de todos dijo: que bien mostraban ser hijos del sol, y que ellos se tenían por dichosos de haber alcanzado tales señores, y que servirían al Inca como buenos vasallos. Dicho esto se despidieron y volvieron a sus casas.

CAPITULO XVI

LA CONQUISTA DE YAUYU, Y EL TRIUNFO DE LOS INCAS TIO Y SOBRINO

EL Inca general tuvo en mucho haber ganado esta provincia, porque era una de las buenas q' había en todo el imperio de su hermano. Procuró ilustrarla luego,mandó reducir las caserías derramadas a pueblos recogidos. Mandó trazar una casa o templo para el sol y otra para las vírgenes escogidas. Estas casas crecieron después en tanta grandeza de ornamento y servicio, que fueron de las principales que hubo en todo el Perú. Diole maestros para su idolatría, y los ministros para el gobierno comun y para la hacienda del sol y del rey, y grandes ingenieros para sacar acequias de agua y aumentar las tierras de labor. Dejó guarnicion de gente para asegurar lo ganado.

Lo cual proveído, acordó volverse al Cosco, y de camino conquistar un rincon de tierra que había dejado atrás, que por estar lejos del camino que llevó a la ida no la dejó ganada. Esta provincia, que llaman Yauya, es áspera de sitio y de gente belicosa; más con todo eso le pareció que bastarían doce mil soldados: mandó que se escogiesen, y despidió los demás, por no fatigarlos donde no eran menester. Llegando a los términos de aquella provincia, le envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra.

Los Yauyus se juntaron y platicaron sobre el caso, tuvieron contrarios pareceres: unos decían que muriesen todos defendiendo la patria y la libertad, y sus dioses antiguos. Otros más cuerdos dijeron, que no había para qué proponer temeridades y locuras manifiestas, que bien veían que no se podía defender la patria ni la libertad contra el poder del Inca que los tenía rodeados por todas partes, y sabían que había sujetado otras provincias mayores, y que sus dioses no se ofenderían; pues los dejaban por fuerza a más no poder, y que no hacían ellos mayor delito que todas las demás naciones que habían hecho lo mismo, que mirasen que los Incas, segun habían oído decir, trataban a vasallos

de manera que antes se debía desear y amar, que aborrecer el imperio dellos. Por todo lo cual les parecía q' llanamente le obedeciesen, porque lo contrario era manifiesto desatino y total destruición de lo que pretendían conservar; porque podían los Incas, si quisiesen, echarles encima las sierras que enderredor tenían.

Este consejo prevaleció y así de comun consentimiento recibieron a los Incas con toda la fiesta y solemnidad que pudieron hacer. El general hizo muchas mercedes al curaca y a sus deudos, capitanes y gente noble; mandó dar mucha ropa de la fina, que llaman Compi; y a los plebeyos otra mucha de la comun, que llaman Avasca; y todos quedaron muy contentos de haber cobrado tal rey y señor.

Los Incas, tío y sobrino, se fueron al Cosco, dejando en Yauyu los ministros acostumbrados para el gobierno de los vasallos y de la hacienda real. El Inca Pachacutec salió a recibir al hermano y al príncipe su hijo con solemne triunfo y mucha fiesta q' les tenía apercebida, mandó que entrasen en andas, que llevaron sobre sus hombros los indios, naturales de las provincias que de aquella jornada conquistaron.

Todas las naciones que vivían en la ciudad y los curacas que vinieron a hallarse en la fiesta, entraron por sus cuadrillas, cada una de por sí con diferentes instrumentos de atambores, trompetas, bocinas, y caracoles conforme a la usanza de sus tierras, con nuevos y diversos cantares, compuestos en su propia lengua, en loor de las hazañas y escelencias del capitan general Capac Yupanqui, y del principe su sobrino Inca Yupanqui: de cuyos buenos principios recibieron grandísimo contento su padre, parientes y vasallos. En pos de los vecinos y cortesanos entraron los soldados de guerra con sus armas en las manos, cada nación de por sí cantando ellos también las hazañas que sus Incas habían hecho en la guerra, hacían de ambos una persona. Decían las grandezas y escelencias dellos; el esfuerzo, ánimo y valentía en las batallas; la industria, diligencia y buena maña en los ardides de la guerra; la paciencia, cordura y mansedumbre para sufrir los ignorantes y atrevidos; la clemencia, piedad y caridad con los rendidos; la afabilidad, liberalidad y magnificencia con sus capitanes y soldados, y con los estraños; la prudencia y buen consejo en todos sus hechos. Repetían muchas veces los nombres de los Incas, tío y sobrino; decían que dignamente merecían por sus virtudes renombres de tanta magestad y alteza. En pos de la gente de guerra iban los Incas de la sangre real con sus armas en las manos, así los que salieron de la ciudad, como los que venían de la guerra, todos igualmente compuestos sin diferencia alguna, porque cualesquiera hazaña que pocos o muchos Incas hiciesen, las hacían comunes de todos ellos, como si todos se hubieran hallado en ellas.

En medio de los Incas, iba el general, y el príncipe a su lado derecho; tras ellos iba el Inca Pachacutec en sus andas de oro. Con esta orden fueron hasta los límites de la casa del sol, donde se apearon los In-

cas, y se descalzaron todos sino fué el rey, y así fueron todos hasta la puerta del templo, donde se descalzó el Inca, y entró dentro con los de su sangre real y no otros; y habiéndole adorado y rendido las gracias de la victoria que les había dado, se volvieron a la plaza principal de la ciudad, donde se solemnizó la fiesta con cantares y bailes, y mucha comida y bebida, que era lo más principal de sus fiestas.

Cada nación, según su antigüedad, se levantaba de su asiento, e iba a bailar y cantar delante del Inca, conforme al uso de su tierra; llevaban consigo sus criados que tocaban los atambores y otros instrumentos, y respondían a los cantares; y acabando de bailar aquellos, se brindaban unos con otros, y luego se levantaban otros a bailar, y luego otros y otros, y desta manera duraba el baile todo el día. Por esta orden regocijaron la solemnidad de aquel triunfo por espacio de una lunacion, y así lo hicieron en todos los triunfos pasados; más no hemos dado cuenta dellos, porque este de Capac Yupanqui fué el más solemne de los que hasta entonces se hicieron

CAPITULO XVII

REDUCENSE DOS VALLES, Y CHINCHA RESPONDE CON SOBERBIA

PASADAS las fiestas, descansaron los Incas tres o cuatro años sin hacer guerra, solamente atendían a ilustrar y engrandecer con edificios y beneficios las provincias y reinos ganados. Tras este largo tiempo q' los pueblos hubieron descansado, trataron los Incas de hacer la conquista de los Llanos, que por aquella parte no tenían ganado más de hasta Nanasca; y habiéndose consultado en el consejo de guerra, mandó apercebir treinta mil soldados que fuesen luego a la conquista, y quedasen apercibiéndose otros treinta mil para remudar los ejércitos de dos a dos meses, que convenía hacerlo así, porque la tierra de los Llanos es enferma y peligrosa para los nacidos y criados en la sierra.

Aprestada la gente, mandó el Inca Pachacutec que los treinta mil hombres quedasen en los pueblos comarcanos, apercibidos para cuando los llamasen, y los otros treinta mil salieron para la conquista. Con los cuales salieron los tres Incas, que son el rey y el príncipe Inca Yupanqui y el general Capac Yupanqui; y caminaron por sus jornadas hasta las provincias llamadas Rucana y Hatunrucana, donde el Inca quiso quedarse, por estar en comarca que pudiese dar calor a la guerra, y acudir al gobierno de la paz.

Los Incas tío y sobrino pasaron adelante hasta Nanasca; de allí enviaron mensageros al valle de Ica, que está al Norte de Nanasca, con los requerimientos acostumbrados. Los naturales pidieron plazo para comunicar la respuesta, y al fin de algunas diferencias acordaron recebir al Inca por señor; porque por el largo tiempo de la vecindad de Nanasca, habían sabido y visto el suave gobierno de los Incas. Lo mismo hicieron los del valle de Pisco, aunque con alguna dificultad, por la vecindad del gran valle de Chincha, cuyo favor y socorro quisieron pedir, y lo dejaron de intentar por parecerles que no podía ser el socorro tan grande, que bastase a defenderlos del Inca. Por lo cual tomaron el

consejo más seguro y saludable, y aceptaron las leyes y costumbres del Inca, y prometieron de adorar al sol por su dios, y repudiar y abominar los dioses que tenían.

Al valle de Ica, que es fertil como lo son todos aquellos valles, ennoblecieron todos aquellos reyes Incas con una hermosísima acequia que mandaron sacar de lo alto de la sierras, muy caudalosa de agua, cuyas corrientes trocaron en contra con admirable artificio; que yendo naturalmente encaminadas al Levante, las hicieron volver al poniente, porque un río que pasa por aquel valle traía muy poca agua de verano, y padecían los indios mucha esterilidad en sus sembrados, que muchos años que en la sierra llovía poco, los perdían por falta de riego; y con el socorro del acequia, que era mayor que el río, ensancharon las tierras de labor en más que otro tanto; y de allí adelante vivieron en grande abundancia y prosperidad. Todo lo cual causaba, que los indios conquistados y no conquistados, deseasen y amasen el imperio de los Incas, cuya vigilancia y cuidado notaban que se empleaba siempre en semejantes beneficios de los valles.

Es de saber que generalmente los indios de aquella costa, en casi quinientas leguas dende Trujillo hasta Tarapaca, que es lo último del Perú, Norte Sur, adoraban en comun a la mar (sin los ídolos que en particular cada provincia tenía) adorábanla por el beneficio que con su pescado les hacía para comer y para estercolar sus tierras, que en algunas partes de aquella costa las estercolan con cabezas de sardinas: y así le llamaban Mamacocha, que quiere decir Madre Mar, como que hacía oficio de madre en darles de comer. Adoraban tambien comunmente a la ballena por su grandeza y monstruosidad; y en particular unas provincias adoraban a unos peces y otras a otros, segun que les eran más provechosos, porque los mataban en más cantidad. Esta era en suma la idolatría de los yuncas de aquella costa antes del imperio de los Incas. (42)

Habiendo ganado los dos valles Ica y Pisco, enviaron los Incas sus mensageros al grande y poderoso valle llamado Chincha (por quien se llamó Chinchasuyu todo aquel distrito, que es una de las cuatro partes en que dividieron los Incas su imperio) diciendo que tomasen las armas, o diesen la obediencia al Inca Pachacutec, hijo del sol.

Los de Chincha, confiados en la mucha gente de guerra que tenían, quisieron bravear; dijeron que ni querían al Inca por su rey, ni al sol por su dios; que ellos tenían dios a quien adorar, y rey a quien servir; que su dios en comun era la mar; que como todos lo veían, era mayor cosa que el sol, y tenía mucho pescado que les dar; y que el sol no les hacía beneficio alguno, antes los ofendía con su demasiado calor, que su tierra era caliente, y no habían menester al sol; que los de la sierra,

(42) Véasa sobre el *fetichismo de los Chinchas y los huacos simbólicos de Nazca*, El Perú Bocetos Históricos, t. I, p. 77.

que vivían en tierras frías le adorasen, pues tenían necesidad dél. Y en cuanto al rey dijeron, que ellos le tenían natural de su mismo linage; que no lo querían estrangero, aunque fuese hijo del sol; que ni habían menester al sol, ni a sus hijos tampoco; y que no tenían necesidad de que los apercebiesen para las armas; que quien los buscase los hallaría siempre bien apercebidos para defender su tierra, su libertad y sus dioses, particularmente a su dios, llamado Chincha Camac, que era sustentador y hacedor de Chincha; que los Incas harían mejor en volverse a sus casas, que no en tener guerra con el señor y rey de Chincha, que era poderosísimo príncipe. Los naturales de Chincha se preciaban haber venido sus antepasados de lejas tierras (aunque no dicen de dónde) con capitan general, tan religioso como valiente, según ellos dicen; y que ganaron aquel valle a fuerza de armas, destruyendo los que hallaron en él, y que no hicieron mucho, porque era una gente vil y apocada, los cuales perecieron todos sin quedar alguno, y que hicieron otras mayores valentías que se dirán adelante (43)

(43) Véase las tradiciones primitivas sobre inmigraciones a la costa, en Cabello Balboa, *Historia del Perú* y en EL PERU—BOCETOS HISTORICOS t. I y II capitulos referentes.

CAPITULO XVIII

LA PERTINACIA DE CHINCHA, Y COMO AL FIN SE REDUCE

HABIDA la respuesta caminaron los Incas hacia Chincha. El curaca que se llamaba del mismo nombre, salió con una buena banda de gente fuera del mismo valle a escaramuzar con los Incas; más por la mucha arena no pudieron pelear los unos ni los otros, y los yuncas se fueron retirando hasta meterse en el valle, donde resistieron la entrada a los Incas; más no pudieron hacer tanto que no perdiesen sitio bastante donde se alojasen los enemigos. La guerra se trabó entre ellos muy cruel, con muertes y heridas de ambas partes. Los yuncas peleaban por defender su patria, y los Incas por aumentar su imperio, honra y fama.

Así estuvieron muchos días en su porfía; los Incas los convidaron muchas veces con la paz y amistad. Los yuncas, obstinados en su pertinacia, y confiados en el calor de su tierra que forzaría a los serranos q' se saliesen della, no quisieron aceptar partido alguno, antes se mostraban cada día más rebeldes y porfiando en su vana esperanza. Los Incas, guardando su antigua costumbre de no destruir los enemigos por guerra, sino conquistarlos por bien, dejaron correr el tiempo, hasta que los yuncas se cansasen y se entregasen de su grado; y porque habían pasado ya dos meses, mandaron los Incas renovar su ejército, antes que el calor de aquella tierra les hiciese mal; para lo cual enviaron a mandar que la gente que había quedado aprestada para aquel efecto caminase a toda priesa, para que los que asistían en la guerra saliesen antes que enfermasen por el mucho calor de la tierra.

Los maeses de campo del nuevo ejército se dieron priesa a caminar y en pocos días llegaron a Chincha; el general Capac Yupanqui los recibió y despidió el ejército viejo, mandó que estuviesen aprestados otros tantos soldados, para renovar otra vez el ejército si fuese menester. Mandó asimismo que el príncipe su sobrino se saliese a la sierra con los soldados viejos, porque su salud y vida no corriese tanto riesgo en los Llanos.

Despachadas estas cosas, apretó el general la guerra contra los de Chincha, sitiándolos más estrechamente, y talando las mieses y los frutos del campo para que la hambre los rindiese. Mandó quebrar las acequias para que no pudiesen regar, lo que no alcanzaron a talar, que fué lo que más sintieron los yuncas; porque como la tierra es tan caliente y el sol arde mucho en ella, tiene necesidad de que la rieguen cada tres o cuatro días para poder dar fruto.

Pues como los yuncas se viesen por una parte apretados con el sitio más estrecho y quebradas las acequias, y por otra perdida la esperanza que tenían de que los Incas se habían de salir a la sierra, de temor de las enfermedades de los Llanos, viendo ahora nuevo ejército, y sabiendo que lo habían de renovar cada tres meses, perdieron parte del orgullo, más no la pertinacia; y en ella se estuvieron otros dos meses, que no quisieron aceptar la paz y amistad que los Incas les ofrecían cada ocho días. Por una parte resistían a sus enemigos con las armas, haciendo lo que podían, y sufriendo con mucha paciencia los trabajos de la guerra. Por otra acudían con gran devocion y promesas a su dios Chincha Camac, particularmente las mugeres, con muchas lágrimas y sacrificios le pedían los librase del poder de los Incas.

Es de saber que los indios deste hermoso valle Chincha, tenían un ídolo famoso que adoraban por dios, y le llamaban Chincha Camac. Levantaron este dios a semejanza del Pachacamac, dios no conocido, que los Incas adoraban mentalmente como se ha dicho atrás, porque supieron que los naturales de otro gran valle que está delante de Chincha (del cual hablaremos presto) habían levantado al Pachacamac por su dios, y héchole un famoso templo. Pues como supiesen que Pachacamac quería decir sustentador del universo, les pareció que teniendo tanto que sustentar, se descuidaría o no podría sustentar a Chincha tan bastantemente como sus moradores quisieran. Por lo cual les pareció inventar un dios que fuese particular sustentador de su tierra, y así le llamaron Chincha Camac; en cuya confianza estaban obstinados en no rendirse a los enemigos, esperando que, siendo su dios casero, los libraría presto dellos.

Los Incas sufrían con mucha paciencia el hastío de la guerra, y la porfía de los yuncas por no destruirlos; más no por eso dejaban de aprestarles en todo lo que podían, como no fuese matarlos.

El Inca Capac Yupanqui, viendo la rebeldía de los yuncas, y que se perdía tiempo y reputación en esperarlos tanto, y q' para cumplir con la piedad de el Inca su hermano bastaba lo esperado, y que podría ser que la mansedumbre que se usaba con los enemigos, se convirtiese en crueldad contra los suyos si enfermasen, como se temía, del mucho calor de aquella tierra, para los indios no hechos a ella, les envió un mensage diciendo, que ya él había cumplido con el mandato del Inca su heramno; que era que atrajese los indios a su imperio por bien y no por mal; y que ellos, cuanta más piedad habían sentido en los Incas, tanto

más rebeldes se mostraban, atribuyéndolo a cobardía; por tanto les enviaba a amonestar que se rindiesen al servicio del Inca dentro de ocho días; los cuales pasados les prometía pasarlos todos a cuchillo, y poblar sus tierras de nuevas gentes que a ellas traería. Mandó a los mensageros, que dado el recaudo, se volviesen sin esperar respuesta.

Los yuncas temieron el recaudo, porque vieron que el Inca tenía demasiada razón, que les había sufrido y esperado mucho tiempo; y que pudiendo haberles hecho la guerra a fuego y a sangre, la había hecho con mucha mansedumbre; que había usado así con ellos, como con sus heredades, no las talando del todo; por lo cual, habiéndolo platicado les pareció no irritarlo a mayor saña, sino hacer lo que les mandaba, pues ya la hambre y los trabajos los forzaban a que se rindiesen. Con este acuerdo enviaron sus embajadores, suplicando al Inca los perdonase y recibiese por súbditos; que la rebeldía que hasta allí habían tenido, la trocarían de allí adelante en lealtad para le servir como buenos vasallos. Otro día fué el curaca acompañado de sus deudos y otros nobles a besar las manos al Inca, y a darle la obediencia personalmente.

CAPITULO XIX

CONQUISTAS ANTIGUAS, Y JACTANCIAS FALSAS DE LOS CHINCHAS

EL Inca holgó mucho con el curaca Chincha, por ver acabada aquella guerra que le había dado hastío y pesadumbre, y así recibió con mucha afabilidad al gran Yunca, y le dijo muy buenas palabras acerca del perdon y de la rebeldía pasada, porque el curaca se mostraba muy penado y aflijido de su delito. El Inca le mandó que no hablase más en ello, ni se le acordase que ya el rey su hermano lo tenía borrado de la memoria; y para que viese que estaba perdonado le hizo mercedes en nombre del Inca a él y a los suyos, y les dió de vestir y preseas de las muy estimadas del Inca, con que todos quedaron muy contentos.

Estos indios de Chincha se jactan mucho en este tiempo, diciendo la mucha resistencia que hicieron a los Incas, y q' no los pudieron sujetar de una vez, sino que fueron sobre ellos dos veces, que de la primera vez se retiraron y volvieron a sus tierras; y lo dicen por los dos ejércitos que fueron sobre su provincia, trocándose el uno por el otro como se ha dicho. Dicen tambien que tardaron los Incas muchos años en conquistarlos, y que más los rindieron con las promesas, dádivas y presentes, que no con las armas, haciendo valentía suya la mansedumbre de los Incas, cuya potencia en aquellos tiempos era ya tanta, que si quisieran ganarlos por fuerza pudieran hacerlo con mucha facilidad. Mas esto del blasonar, pasada la tormenta, quien quiera lo sabe hacer bien.

Tambien dicen que antes que los Incas los sujetasen se vieron tan poderosos, y fueron tan belicosos, que muchas veces salían a correr la tierra, y traían muchos despojos della, y q' los serranos les temían y les desamparaban los pueblos, y que desta manera llegaron muchas veces hasta la provincia Colla. Todo lo cual es falso, porque aquellos yuncas, por la mayor parte, son gente regalada y de poco trabajo, y para llegar a los collas habían de caminar casi doscientas leguas, y atravesar provincias mayores y más pobladas que la suya. Y lo que más le con-

tradice es que los yuncas, como en su tierra hace mucho calor y no oyen jamás truenos, porque no llueve en ella, en subiendo a la sierra y oyendo tronar, se mueren de miedo y no saben donde se meter, y se vuelven huyendo a sus tierras. Por todo lo cual se ve que los yuncas levantan grandes testimonios en su favor contra los de la sierra.

El Inca Capac Yupanqui, entre tanto que se daba orden y asiento en el gobierno de Chincha, avisó al Inca su hermano de todo lo hasta allí sucedido, y le suplicó le enviase nuevo ejército para trocar el que tenía, y pasar adelante en la conquista de los yuncas, y tratando en Chincha de las nuevas leyes y costumbres que habían de tener, supo que habían algunos someticos,(44) y no pocos, los cuales mandó prender y en un día los quemaron vivos todos juntos, y mandaron derribar sus casas y talar sus heredades, y sacar los árboles de raíz, porque no quedase memoria de cosa que los sodomistas hubiesen plantado con sus manos, y las mugeres y hijos quemaran por el pecado de sus padres, sino pareciera inhumanidad, porque fue un vicio éste que los Incas abominaron fuera de todo encarecimiento.

El tiempo adelante los reyes Incas ennoblecieron mucho este valle de Chincha: hicieron solemnísimo templo para el sol y casa de escogidas; tuvo más de treinta mil vecinos; es uno de los más hermosos valles que hay en el Perú; y porque las hazañas y conquistas deste rey Pachacutec fueron muchas, y porque hablar siempre en una materia suele enfadar, me pareció dividir su vida y hechos en dos partes, y poner en medio dos fiestas principales que aquellos reyes en su gentilidad tuvieron: hecho esto volveremos a la vida deste rey.

(44)—Quiere decir sodomiticos ó sodomistas.

CAPITULO XX

LA FIESTA PRINCIPAL DEL SOL, Y COMO SE PREPARABAN PARA ELLA

ESTE nombre Raimi suena tanto como pascua o fiesta solemne. Entre cuatro fiestas que solemnizaban los reyes Incas en la ciudad del Cosco, que fué otra Roma, la solemnísima era la que hacían al sol por el mes de junio, que llamaban Intip Raimi, que quiere decir la pascua solemne del sol, y absolutamente le llamaban Raimi, que significa lo mismo, y si a otras fiestas llamaban con este nombre era por participacion desta fiesta, a la cual pertenecía derechamente el nombre Raimi, celebrábanla pasado el solsticio de junio.

Hacían esta fiesta al sol en reconocimiento de tenerle y adorarle por sumo, solo y univeısal dios, que con su luz y virtud criaba y sustentaba todas las cosas de la tierra.

Y en reconocimiento de que era padre natural del primer Inca Manco Capac, y de la Coya Mama Ocllo Huaco, y de todos los reyes, y de sus hijos y descendientes, enviados a la tierra para el beneficio universal de las gentes. Por estas causas, como ellos dicen, era solemnísima esta fiesta.

Hallábanse a ella todos los capitanes principales de guerra, ya jubilados, y los que no estaban ocupados en la milicia, y todos los curacas señores de vasallos de todo el imperio, no por precepto q' les obligase a ir a ella, sino porque ellos holgaban de hallarse en la solemnidad de tan gran fiesta; que como contenía en sı la adoracion de su dios el sol, y la veneracion del Inca su rey, no quedaba nadie que no acudiese a ella. Y cuando los curacas no podían ír por estar impedidos de vejez o de enfermedad, o con negocios graves en servicio del rey, o por la mucha distancia del camino, enviaban a ella los hijos y hermanos, acompañados de los más nobles de su parentela, para que se hallasen a la fiesta en nombre dellos. Hallábase a ella el Inca en persona, no siendo impedido en guerra forzosa o en visita del reino.

Lámina V

LA ADORACION DEL INCA Y DE LAS ACCLLAS EN LA FIESTA DEL CAPAC RAYMI

(Reconstrucción ideal de una escena religiosa en el Coricancha, por el artista peruano E. Gonzales Gamarra).



En la fiesta del Capac Raymi se imploraba al sol para que fecundara los campos, tostara las mieses y vivificara todo lo creado. El inca con una copa de oro, llena de chicha, ofrecía las libaciones, desparramando el sagrado líquido por la gran pila donde se escurría el licor por un oculto caño. Las Acllas, sacerdotizas del Sol, arrodilladas, entonaban cánticos y plegarias, mientras el pueblo reunido en la vasta Plaza de la alegría. (Cussi pampa) saludaba al astro rey entre un ruido ensordecedor, producido por los redobles de atambores, toques de clarines y plegarias públicas.

Hacía el rey las primeras ceremonias como sumo sacerdote, que aunque siempre había sumo sacerdote de la misma sangre, porque lo había de ser hermano o tío del Inca de los legítimos de padre y madre. En esta fiesta, por ser particular del sol, hacía las ceremonias el mismo rey, como hijo primogénito de ese sol, a quien primero y principalmente tocaba solemnizar su fiesta.

Los curacas venían con todas sus mayores galas y invenciones que podían haber: unos traían los vestidos chapados de oro y plata, y guirnaldas de lo mismo en las cabezas sobre sus tocados.

Otros venían ni más ni menos que pintan a Hércules. vestida la piel de león y la cabeza encajada en la del indio, porque se precian los tales descendir de un leon.

Otros venían de la manera de que pintan los ángeles, con grandes alas de un ave que llaman Cuntur. Son blancas y negras, y tan grandes, que muchas han muerto los españoles de catorce y quince pies de punta a punta de los vuelos, porque se jactan descendir y haber sido su orígen de un Cuntur.

Otros traían máscaras, hechas a posta de las más abominables figuras q' pueden hacer, y estos son los yuncas. Entraban en las fiestas haciendo ademanes y visajes de locos, tontos y simples. Para lo cual traían en las manos instrumentos apropiados, como flautas, tamborinos mal concertados, pedazos de pellejos, con que se ayudaban para hacer sus tonterías.

Otros curacas venían con otras diferentes invenciones de sus blasones. Traía cada nacion sus armas con que peleaban en las guerras. Unos traían arcos y flechas. Otros lanzas, dardos, tiraderas, porras, hondas y hachas de asta corta, para pelear con una mano, y otras de asta larga para combatir a dos manos.

Traían pintadas las hazañas que en servicio del sol y de los Incas habían hecho. Traían grandes atabales y trompetas, y muchos ministros que los tocaban; en suma, cada nacion venía lo mejor arreado y más bien acompañado que podía; procurando cada uno en su tanto aventajarse de sus vecinos y comarcanos, o de todos si pudiese.

Preparábanse todos generalmente para el Raimi del sol con ayuno riguroso, que en tres días no comían sino un poco de maiz blanco, crudo y unas pocas de yerbas que llaman Chucam, y agua simple. En todo este tiempo no encendían fuego en toda la ciudad, y se abstenían de dormir con sus mugeres.

Pasado el ayuno la noche antes de la fiesta, los sacerdotes Incas, deputados para el sacrificio, entendían en apercebir los carneros y corderos que se habían de sacrificar, y las demás ofrendas de comida y bebida que al sol se habían de ofrecer. Todo lo cual se prevenía, sabida la gente que a la fiesta había venido, porque de las ofrendas habían de alcanzar todas las naciones, no solamente los curacas y los embajadores, sino tambien los parientes, vasallos y criados de todos ellos.

Las mugeres del sol entendían aquella noche en hacer grandísima cantidad de una masa de maiz que llaman Sancu, hacían panecillos redondos del tamaño de una manzana comun; y es de advertir que estos indios no comían nunca su trigo amasado y hecho pan, sino en esta fiesta y en otra que llaman Citua, y no comían este pan a toda la comida, sino dos o tres bocados al principio, que de su comida ordinaria en lugar de pan es la sara tostada o cocida en grano.

La harina para este pan, principalmente lo que el Inca y los de su sangre real habían de comer, la molían y amasaban las vírgenes escogidas, mugeres del sol, y estas mismas guisaban toda la demás vianda de aquella fiesta, porque el banquete más parecía que lo hacía el sol a sus hijos que sus hijos a él; y por tanto guisaban las vírgenes, como mugeres que eran del sol.

Para la demás gente comun amasaban el pan y guisaban la comida otra infinidad de mugeres diputadas para esto. Empero el pan, aunque era para la comunidad, se hacía con atencion y cuidado, de que a lo menos la harina la tuviesen hecha doncellas, porque este pan lo tenían por cosa sagrada, no permitiendo comerse entre año, sino en solo esta festividad, que era fiesta de sus fiestas.

CAPITULO XXI

ADORABAN AL SOL, IBAN A SU CASA. SACRIFICABAN UN CORDERO

PREVENIDO lo necesario, el día siguiente, q' era el de la fiesta.al amanecer, salía el Inca acompañado de toda su parentela, la cual iba por su orden conforme a la edad y dignidad de cada uno a la plaza mayor de la ciudad que llaman Huacaipata. Allí esperaban a que saliese el sol, y estaban todos descalzos y con grande atención mirando al Oriente, y en asomando el sol se ponían todos de cuclillas (que entre estos indios es tanto como ponerse de rodillas) para le adorar, y con los brazos abiertos y las manos alzadas y puestas en derecho del rostro dando besos al aire (que es lo mismo que en España besar su propia mano, o la ropa del príncipe cuando la reverencian) le adoraban con grandísimo afecto y reconocimiento de tenerle por su dios y padre natural.

Los curacas, porque no eran de la sangre real, se ponían en otra plaza apegada a la principal que llaman Cusipata. Hacían al sol la misma adoración que los Incas. Luego el rey se ponía en pié, quedando los demás de cuclillas, y tomaba dos grandes vasos de oro que llaman Aquilla, llenos del brebage que ellos beben. Hacía esta ceremonia (como primogénito) en nombre de su padre el sol, y con el vaso de la mano derecha le convidaba a beber, que era lo que el sol había de hacer, convidando el Inca a todos su parientes; porque esto del darse a beber unos a otros, era la mayor y más ordinaria demostración que ellos teñían del beneplácito del superior para con el inferior, y de la amistad del un amigo con el otro.

Hecho el convite del beber, derramaba el vaso de la mano derecha, que era dedicado al sol, en un tinajon de oro, y del tinajon salía a un caño de muy hermosa cantería, que desde la plaza mayor iba hasta la casa del sol, como que él se lo hubiese bebido. Y del vaso de la mano izquierda tomaba el Inca un trago, que era su parte, y luego se repartía

lo demás por los demás Incas, dando a cada uno un poco en un vaso pequeño de oro o plata, que para lo recebir tenía apercebido, y de poco en poco roceaban el vaso principal que el Inca había tenido, para que aquel licor primero, santificado por mano del sol, o del Inca, o de ambos a dos, comunicase su virtud al que le fuesen echando. Desta bebida bebían todos los de la sangre real cada uno un trago. A los demás curacas que estaban en la otra plaza daban de beber del mismo brebage q' las mugeres del sol habían hecho; pero no de la santificada, que era solamente para los Incas. a

Hecha esta ceremonia, que era como salva de la que después se había de beber, iban todos por su orden a la casa del sol, y doscientos pasos antes de llegar a la puerta se descalzaban todos, salvo el rey, que no se descalzaba hasta la misma puerta del templo. El Inca y los de su sangre entraban dentro, como hijos naturales, y hacían su adoración a la imágen del sol. Los curacas, como indignos de tan alto lugar, porque no eran hijos, quedaban fuera en una gran plaza que hoy está ante la puerta del templo.

El Inca ofrecía de su propia mano los vasos de oro en que había hecho la ceremonia; los demás Incas daban sus vasos a los sacerdotes Incas, que para servicio del sol estaban nombrados y dedicados, porque a los no sacerdotes, aunque de la misma sangre del sol (como a seglares) no les era permitido hacer oficio de sacerdotes. Los sacerdotes, habiendo ofrecido los vasos de los Incas, salían a la puerta a recebir los vasos de los curacas, los cuales llegaban por su antiguedad como habían sido reducidos al imperio, y daban sus vasos y otras cosas de oro y plata que para presentar al sol habían traído de sus tierras, como ovejas, corderos, lagartijas, sapos, culebras, zorras, tigres y leones, y mucha variedad de aves. En fín, de lo que más abundancia había en sus provincias, todo contrahecho al natural en plata y oro, aunque en pequeña cantidad cada cosa.

Acabada la ofrenda se volvían a sus plazas por su orden: luego venían los sacerdotes Incas con gran suma de corderos, ovejas machorras y carneros de todas colores, porque el ganado natural de aquella tierra es de todas colores como los caballos de España. Todo este ganado era del sol. Tomaban un cordero negro, que este color fué entre estos indios antepuesto a los demás colores para los sacrificios, porque lo tenían por de mayor deidad. Porque decían que la res prieta era en todo prieta, y que la blanca, aunque lo fuese en todo su cuerpo, siempre tenía el hocico prieto, lo cual era defecto, y por tanto era tenida en menos que la prieta. Y por esta razon los reyes lo más del tiempo vestían de negro y el de luto dellos era el vellorí, color pardo que llaman.

Este primer sacrificio del cordero prieto era para catar los agüeros y pronósticos de su fiesta. Porque todas las cosas que hacían de importancia, así para la paz como para la guerra, casi siempre sacrificaban un cordero, para mirar y certificarse por el corazón y pulmones si era

acepto al sol, esto es, si había de ser felice o no aquella jornada de guerra, si habían de tener buena cosecha de frutos aquel año. Para unas cosas tomaban sus agueros en un cordero, para otras en un carnero, para otras en una oveja esteril, que cuando se dijera oveja, siempre se ha de entender esteril, porque las parideras nunca las mataban, ni aun para su comer, sino cuando eran ya inútiles para criar.

Tomaban el cordero o carnero y poníanle la cabeza hácia el Oriente: no les ataban las manos ni los pies, sino que lo tenían asido tres o cuatro indios; abríanle vivo por el costado izquierdo, por do metían la mano y sacaban el corazón con los pulmones y todo el gazgorro, arrancándolo con la mano y no cortándolo, y había de salir entero desde el paladar.

CAPITULO XXII

LOS AGUEROS DE SUS SACRIFICIOS, Y FUEGO PARA ELLOS

TENIAN pr felicísimo agüero si los pulmones salían palpitando, no acabados de morir,como ellos decían; y habiendo este buen agüero, aunque hubiese otros en contrario, no hacían caso dellos. Porque decían que la bondad deste dichoso agüero vencía a la maldad y desdicha de todos los malos. Sacaban la asadura, lo hinchaban de un soplo y guardaban el aire dentro, atando el cañón de la asadura, o apretando con las manos; y luego miraban las vías por donde el aire entra en las pulmones, y las venillas que hay por ellos, a ver si estaban muy hinchados u pocos lleno del aire, porque cuanto más hinchados tanto más felice era el agüero. Otras cosas miraban, q' no sabré decir cuáles, porque no las noté. De las dichas me acuerdo que miré en ellos dos veces, que como niño acerté a entrar en ciertos corrales, donde indios viejos, aún no bautizados, estaban haciendo este sacrificio, no del Raimi, que cuando yo nací ya era acabado, sino en otros casos particulares en que miraban sus agueros y para los mirar sacrificaban los corderos y carneros, como hemos dicho, del sacrificio del Raimi; porque cuanto hacían en sus sacrificios particulares era semejanza de lo que hacían en sus fiestas principales.

Tenían por infelicísimo agüero si la res, mientras le abrían el costado, se levantaba en pie, venciendo de fuera a los que la tenían asida. Asímismo era mala señal si al arrancar del cañon del asadura se quebraba y no salía todo entero. Tambien era mal pronóstico que los pulmones saliesen rotos, o el corazón lastimado, y otras cosas, que como he dicho, ni las pregunté ni las noté. Destas me acuerdo, porque las oí hablar a los indios, que hallé haciendo el sacrificio, preguntándose unos a los otros por los buenos o malos agüeros, y no se recataban de mí por mi poca edad.

Volviendo a la solemnidad de la fiesta Raimi decimos, que si del sacrificio del cordero no salía próspero el agüero, hacían otro del carnero

y si tampoco salía dichoso, hacían otro de la oveja machorra, y cuando este salía infelice, no dejaban de hacer la fiesta; más era con tristeza y llanto interior, diciendo que el sol, su padre, estaba enojado contra ellos por alguna falta o descuido, que sin lo advertir hubiesen cometido en su servicio.

Temían crueles guerras, esterilidad en los frutos, muerte de sus ganados, y otros males semejantes· empero cuando los agüeros pronosticaban felicidad, era grandísimo el regocijo que en festejar su pascua traían por las esperanzas de los bienes venideros.

Hecho el sacrificio del cordero, traían gran cantidad de corderos, ovejas y carneros para el sacrificio comun, y no lo hacían como el pasado abriéndolos vivos, sino que llanamente los degollaban y desollaban, guardaban la sangre y el corazon de todos ellos, y lo ofrecían al sol como el del primer cordero: quemábanlo todo hasta que se convertía en ceniza.

El fuego para aquel sacrificio había de ser nuevo, dado de mano del sol, como ellos decían. Para el cual tomaban un brazalete grande, que llaman Chipana (a semejanza de otras que comunmente traían los Incas en la muñeca izquierda) el cual tenía el sumo sacerdote; era grande, más que los comunes, tenía por medalla un vaso cóncavo como media naranja muy bruñido, poníanlo contra el sol, y a un cierto punto donde los rayos que del vaso salían daban en junto, ponían un poco de algodón muy carmenado, que no supieron hacer yesca, el cual se encendía en breve espacio, porque es cosa natural. Con este fuego, dado así de mano del sol, se quemaba el sacrificio y se asaba toda la carne de aquel día. Y del fuego llevaban al templo del sol y a las casas de las vírgenes, donde lo conservaban todo el año, y era mal agüero apagárseles como quiera q' fuese. Si la víspera de la fiesta, que era cuando se apercebía lo necesario para el sacrificio, del dia siguiente, no hacía sol para sacar el fuego nuevo, lo sacaban con dos palillos rollizos, delgados como el dedo merguerite, y largos de media vara, barrenando uno con otro: lopalillos son de color de canela, llaman Uyaca, así a los palillos, como al sacar del fuego; que una misma dicción sirve de nombre y verbo. Los indios se sirven dellos en lugar del eslabon y pedernal, y de camino los llevan para sacarf uego en las dormidas que han de hacer en despoblados, como yo lo ví muchas veces caminando con ellos, y los pastores se valen dellos para lo mismo.

Tenían por mal agüero sacar el fuego para el sacrificio de la fiesta con aquel instrumento. Decían que pues se lo negaba el sol, de su mano estaba enojado dellos. Toda la carne de aquel sacrificio asaban en público en las dos plazas, y la repartían por todos los que se habían hallado en la fiesta, así Incas como curacas, y la demás gente comun por sus grados. Y a los unos y a los otros se la daban con el pan llamado Sancu; y este era el primer plato de su gran fiesta y banquete solemne. Luego traían otra gran variedad de manjares que comían sin beber entre co-

mida; porque fué costumbre universal de los indios del Perú no beber mientras comían.

De lo que hemos dicho puede haber nacido lo que algunos españoles han querido afirmar que comulgaban estos Incas y sus vasallos como los cristianos. Lo que entre ellos había hemos contado llanamente aseméjalo cada uno a su gusto.

Pasada la comida les traían de beber en grandísima abundancia, que este era uno de los vicios más notables que estos indios tenían, aunque ya el día de hoy por la misericordia de Dios, y por el buen ejemplo que los españoles en este particular les han dado, no hay indio que se emborrache sino que lo vituperan y abominan por grande infamia; que si en todo vicio hubiera sido el ejemplo tal, hubieran sido apostólicos predicadores del Evangelio.

CAPITULO XXIII

BRINDANSE UNOS A OTROS, Y CON QUE ORDEN

EL Inca sentado en su silla de oro macizo puesta sobre un tablón de lo mismo enviaba a los parientes llamados Hanan Cosco, y Hurin Cosco, a q' en su nombre fuesen a brindar a los indios más señalados que de las otras naciones había. Convidaban primero a los capitanes que habían sido valerosos en la guerra, que estos tales aunque no fuesen señores de vasallos, eran por su valerosidad preferidos a los curacas; pero si el curaca juntamente con ser señor de vasallos había sido capitan en la guerra, le hacían honra por el un título y por el otro. Luego en segundo lugar mandaba el Inca convidar a beber a los curacas de la redondez del Cosco, que eran todos los que el primer Inca Manco Capac redujo a su servicio: los cuales por el privilegio tan favorable que aquel príncipe les dió del nombre Inca eran tenidos por tales y estimados en el primer grado después de los Incas de la sangre real, y preferidos a todas las demás naciones; porque aquellos reyes nunca jamas imaginaron disminuir en todo ni en parte privilegio o merced alguna que en comun o en particular sus pasados hubiesen hecho a sus vasallos; antes les iban confirmando y aumentando de más en más.

Para este brindarse que unos a otros se hacían, es de saber que todos estos indios generalmente (cada uno en su tanto) tuvieron, y hoy tienen los vasos para beber todos hermanados de dos en dos, o sean grandes o chicos han de ser de un tamaño, de una misma hechura, de un mismo metal, de oro o plata o de madera. Y esto hacían porque hubiese igualdad en lo que se bebiese. El que convidaba a beber llevaba sus dos vasos en las manos; y si el convidado era de menor calidad, le daba el vaso de la mano izquierda; y si de mayor o igual el de

la derecha, con más o menos comedimiento conforme al grado y calidad del uno y del otro; y luego bebían ambos a la par; y habiendo vuelto a recebir su vaso se volvía a su lugar; y siempre en semejantes fiestas el primer convite era del mayor al menor en señal de merced y favor que el superior hacía al inferior. Dende a poco iba el inferior a convidar al superior en reconocimiento de su vasallage y servitud.

Guardando esta comun costumbre enviaba el Inca a convidar primero a sus vasallos por la orden que hemos dicho, prefiriendo en cada nacion a los capitanes de los que no lo eran. Los Incas que llevaban la bebida decían al convidado: el Zapa Inca te envía a convidar a beber, y yo vengo en su nombre a beber contigo. El capitan o curaca tomaba el vaso con gran reverencia, y alzaba los ojos al sol, como dándole gracias por aquella no merecida merced que su hijo le hacía; y habiendo bebido, volvía el vaso al Inca sin hablar palabra más de con ademanes y muestras de adoración con las manos y los labios dando besos al aire.

Y es de advertir que el Inca no enviaba a convidar a beber a todos los curacas en general (aunque a los capitanes sí) sino a algunos en particular que eran más bien quistos de sus vasallos más amigos del bien comun: porque este fué el blanco a que ellos tiraban, así el Inca como los curacas y los ministros de paz y de guerra. A los demás curacas convidaban a beber los mismos Incas que llevaban los vasos en su propio nombre, y no en nombre del Inca, que les bastaba y lo tenían a muy buena dicha, porque era Inca hijo del sol tambien como su rey.

Hecho el primer convite del beber dende a poco espacio los capitanes y curacas de todas naciones volvían a convidar por la misma orden que habían sido convidados, los unos al mismo Inca, y los otros a los otros Incas, cada uno al que le había bebido. Al Inca llegaban sin hablar no más de con la adoracion q' hemos dicho. El los recebía con grande afabilidad, y tomaba los vasos que le daban; y porque no podía ni le era lícito beberlos todos, acometía llegarlos a la boca; de algunos bebía un poco, tomando de unos más y de otros menos, conforme a la merced y favor que a sus dueños les quería hacer segun el mérito y calidad dellos. Y a los criados que cabe si tenía, que eran todos Incas del previlegio, mandaba bebiesen por él con aquellos capitanes y curacas; los cuales habiendo bebido les volvían sus vasos.

Estos vasos porque el Capa Inca los había tocado con la mano y con los labios, los tenían los curacas en grandísima veneracion, como a cosa sagrada; no bebían en ellos ni los tocaban, sino que los ponían como a ídolos donde los adoraban en memoria y reverencia de su Inca que les había tocado; que cierto llegando a este punto ningún encarecimiento basta a poder decir suficientemente el amor y veneración interior y esterior que estos indios a sus reyes tenían

Hecho el retorno y cambio de la bebida, se volvían todos a sus puestos. Luego salían las danzas, cantares y bailes de diversas maneras con las divisas, blasones, máscaras e invenciones que cada nacion traía,

Y entre tanto que cantaban y bailaban, no cesaba el beber, convidándose unos Incas a otros, unos capitanes y curacas a otros, conforme a sus particulares amistades, y a la vecindad de sus tierras y otros respetos que entre ellos hubiese.

Nueve días duraba el celebrar la fiesta Raimi, con la abundancia del comer y beber que se ha dicho, y con la fiesta y regocijo que cada uno podía mostrar; pero los sacrificios para tomar los agüeros, no los hacían más del primer día. Pasados los nueve se volvían los curacas a sus tierras con licencia de su rey, muy alegres y contentos de haber celebrado la fiesta principal de su dios el sol. Cuando el rey andaba ocupado en las guerras, o visitando sus reinos hacía la fiesta donde le tomaba el día de la fiesta, más no era con la solemnidad que en el Cosco; en la cual tenía cuidado de hacerla el gobernador Inca, y el sumo sacerdote y los demás Incas de la sangre real, y entonces acudían los curacas a los embajadores de las provincias cada cual a la fiesta que más cerca les caía.

CAPITULO XXIV

ARMABAN CABALLEROS A LOS INCAS, Y COMO LOS EXAMINABAN

ESTE nombre Huaracu es de la lengua general delPerú, suena tanto como en castellano armar caballero; porque era dar insignias de varon a los mozos de la sangre real, y habilitarlos, así para ir a la guerra como para tomar estado. Sin las cuales insignias no eran capaces ni para lo uno ni para lo otro, que como dicen los libros de caballería eran donceles que no podían vestir armas. Para darles estas insignia que las diremos adelante, pasaban los mozos que se disponían a recibirlas por un noviciado rigurosísimo que era ser examinados en todos los trabajos y necesidades que en la guerra se les podían ofrecer, así en próspera como en adversa fortuna; y para que noa demos mejor a entender, será bien vamos desmembrando esta fiesta y solemnidad recitándola a pedazos, que cierto para gente tan bárbara tiene muchas cosas de pulicía y admiracion encaminadas a la milicia. Es de saber que era fiesta de mucho regocijo para la gente comun, y de gran honra y magestad para los Incas, así viejos como mozos para los ya aprobados, y para los que entonces se aprobaban. Porque la honra o infamia que desta aprobacion los novicios sacaban, participaba toda la parentela, y como la de los Incas fuese toda una familia, principalmente la de los legitimos y limpios en sangre real, corría por todos ellos el bien o mal que cada uno pasaba, aunque mas en particular por los más propíncuos.

Cada año, o cada dos años, o más o menos como había la dispusición, admitían los mozos Incas (que siempre se ha de entender dellos y no de otros, aunque fuesen hijos de grandes señores) a la aprobación miliar: habían de ser de diez y seis años arriba; Me íanlos en una casa que para estos ejercicios tenían hecha en el barrio llamado Collcampata, que aún yo la alcancé en pié, y ví en ella alguna par e destas fiestas, que más propiamente se pudieran decir sombras de las pasadas, que realidad y grandeza dellas. En esta casa había Incas viejos esperimen-

tados en paz y en guerra que eran maestros de los novicios que los examinaban en las cosas que diremos y en otras que la memoria ha perdido. Hacíanles ayunar seis días un ayuno muy riguroso, porque no les daban más de sendos puñados de sara cruda, que es un trigo y un jarro de agua simple sin otra cosa alguna, ni sal, ni uchu, que es lo que en España llaman pimiento de las Indias; cuyo condimiento enriquece y saborea cualquiera pobre y mala comida que sea, aunque no sea sino de yerbas, y por esto se lo quitaban a los novicios.

No se permitía ayunar más de tres días este ayuno riguroso; empero doblábanselo a los noveles, porque era aprobación, y querían ver si eran hombres para sufrir cualquiera sed o hambre que en la guerra se le ofreciese. Otro ayuno menos riguroso ayunaban los padres y hermanos y los parientes más cercanos de los noveles, con grandísima observancia, rogando todos a su padre el sol diese fuerzas y ánimo a aquellos sus hijos para que saliesen con honra aprobados de aquellos ejercicios. Al q' en este ayuno se mostraba flaco y debilitado, o pedía más comida, lo reprobaban y echaban del noviciado. Pasado el ayuno, habiéndolos confortado con alguna más vianda, los examinaban en la ligereza de sus personas, para lo cual les hacían correr desde el cerro llamado Huanacauri (que ellos tenían por sagrado) hasta la fortaleza de la misma ciudad, q' debe de haber casi legua y media; donde les tenían puesta una señal como pendcn o bandera, y el primero que llegaba quedaba elegido por capitan de todos los demás. Tambien quedaba con grande honra el segundo, tercero y cuarto, hasta el décimo de los primeros y más ligeros: y por el semejante quedaban notados de infamia y reprobados los que se desalentaban y desmayaban en la carrera. En la cual se ponían a trechos los padres y parientes a esforzar los que corrían, poniéndoles delante la honra y la infamia, diciéndoles que eligiesen por menos mal reventar antes que desmayar en la carrera.

Otro día los dividían en dos números iguales, a los unos mandaban quedar en la fortaleza, y a los otros salir fuera, y que peleasen unos contra otros: unos para ganar el fuerte, y otros por defenderle. Y habiendo combatido desta manera todo aquel día los trocaban el siguiente, que los que habían sido defensores fueran ofensores, para que de todas maneras mostrasen agilidad y habilidad que en ofender o defender las plazas fuertes les convenía tener. En estas peleas aunque les templaban las armas para que no fuesen tan rigurosas como en las veras, había muy buenas heridas, y algunas veces muertes; porque la codicia de la victoria los encendía hasta matarse.

CAPITULO XXV

HABIAN DE SABER HACER SUS ARMAS Y EL CALZADO

PASADOS estos ejercicios en comun, les hacían luchar unos con otros los más iguales en edad, y que saltasen y tirasen una piedra chica o grande, y una lanza y un dardo, y cualquiera otra arma arrojadiza. Hacíanles tirar al terrero con arcos y flechas para ver la destreza que tenían en la puntería y uso destas armas. Tambien les hacían tirar a tira más tira para prueba de la fortaleza y ejercicio de sus brazos. Lo mismo les hacían hacer con las hondas, mandándoles tirar a puntería y a lo largo. Sin estas armas los examinaban en todas las demás que ellos usaban en la guerra para ver la destreza q' en ellas tenían. Hacíanles velar en veces diez o doce noches, puestos como centinelas para esperimentar si eran hombres que resistían la fuerza del sueño: requeríanlos a sus horas inciertas: y al que hallaban durmiendo reprobaban con grande ignominia diciéndole que era niño para recebir insignias militares de honra y magestad. Heríanlos ásperamente con varas de mimbre y otros renuevos en los brazos y piernas que los indios del Perú en su hábito comun traen descubiertas para ver qué semblante mostraban a los golpes; y si hacían sentimiento de dolor con el rostro o con encoger tanto cuanto las piernas o brazos lo repudiaban, diciendo que quien no era para sufrir golpes de varas tan tiernas, menos sufriría los golpes y heridas de las armas duras de sus enemigos. Habían de estar como insensibles.

Otras veces los ponían trechos calle, y en ella entraba un capitan, maestro de armas, con una arma a manera de montante, o digamos porra, porque le es más semejante, que se juega a dos manos, que los indios llaman Macana: otras veces con una pica que llaman Chuqui, y con cualquiera destas armas jugaba diestrísimamente entre los noveles, y les pasaba los botes por delante de los ojos como q' se los quisiese sacar, o por las piernas como para las quebrar; y si por desgracia hacían algun semblante de temor palpitando los ojos, o retrayendo la pierna los echa-

ban de la aprobación, diciendo que quien temía los ademanes de las armas que sabían que no les habían de herir, mucho más temerían las de los enemigos, pues eran ciertos que se las tiraban para matarlos; por lo cual les convenía estar sin moverse como rocas combatidas del mar y del viento.

Sin lo dicho habían de saber hacer de su mano todas las armas ofensivas que en la guerra hubiesen menester, a lo menos las más comunes, y las que no tienen necesidad de herrería, como un arco y flecha, una tiradera que se podrá llamar bohordo, porque se tira con amiento de palo, o de cordel, una lanza, la punta aguzada en lugar de hierro, una honda de cáñamo o esparto, que a necesidad se sirven y aprovechan de todo. De armas defensivas no usaron de ningunas, sino fueron rodelas o paveses que ellos llaman Huallcanca. Estas rodelas habían de saber hacer tambien de lo que pudiesen haber. Habían de saber hacer el calzado que ellos traen, que llaman Usuta, que es de una suela de cuero, o de esparto o de cáñamo, como las suelas de los alpargates q' en España hacen; no les supieron dar capellada; empero atan las suelas al pie con unos cordeles del mismo cáñamo o lana, que por abreviar diremos que son a semejanza de los zapatos abiertos que los religiosos de San Francisco traen.

Los cordeles para este calzado hacen de lana torcida con un palillo; la lana tienen al torcer en la una mano, y el palillo en la otra, y con media braza de cordel tienen harto para el un pie. Es grueso como el dedo merguerite, porque cuanto más grueso menos ofende el pie. A esta manera de torcer un cordel, y para el efecto que vamos contando, dice un historiador de las Indias, hablando de los Incas que hilaban, sin decir cómo ni para qué. Podrásele perdonar esta falsa relación que le hicieron con otras muchas que así en perjuicio de los indios como de los españoles recibió sin culpa suya; porque escribió de lejos y por relaciones varias y diversas, compuestas conforme al interés y pretension de los que se las daban. Por lo cual sea regla general que en toda la gentilidad no ha habido gente más varonil que tanto se haya preciado de cosas de hombres como los Incas, ni que tanto aborreciesen las cosas mugeriles; porque cierto todos ellos generalmente fueron magnánimos y aspiraron a las cosas más altas de las que manejaron; porque se preciaban de hijos del sol, y este blason les levantaba a ser heroicos.

Llaman a esta manera de torcer lana Milluy. Es verbo que solo sin más dicciones, significa torcer lana con palillo para cordel del calzado, o para sogas de cargar, que tambien las hacían de lana; y porque este oficio era de hombres no usaban deste verbo las mugeres en su lenguaje porque era hacerse hombres. Al hilar de las mugeres, dicen buhca; es verbo, quiere decir hilar con huso para tejer; tambien significa el huso. Y porque este oficio era propio de las mugeres, no usaban del verbo buhca los hombres, porque era hacerse mugeres. Y esta manera de hablar usan mucho en aquel lenguaje, como adelante notaremos

en otros verbos y nombres que los curiosos holgaran ver. De manera que los españoles que escriben en España historias del Perú, no alcanzando estas propiedades del lenguaje, y los que las escriben en el Perú, no dándoseles nada por ellas, no es mucho q' las interpreten conforme a su lengua española, y que levanten falsos testimonios a los Incas sin quererlo hacer. Volviendo a nuestro cuento decimos, que los noveles habían de saber hacer las armas y el calzado que en la guerra en tiempo de necesidad hubiesen menester. Todo lo cual les pedían para que en la necesidad forzosa de cualquiera acaecimiento no se hallasen desamparados, sino que tuviesen habilidad y maña para poderse valer por sí.

CAPITULO XXVI

ENTRABA EL PRINCIPE EN LA APROBACION: TRATABANLE CON MAS RIGOR QUE A LOS DEMAS

HACIALES un parlamento cada día uno de los capitanes y maestros de aquellas ceremonias: traíales a la memoria la descendencia del sol, las hazañas hechas así en paz como en guerra por sus reyes pasados, y por otros famosos varones de la misma sangre real. El ánimo y esfuerzo que debían tener en las guerras para aumentar su imperio, la paciencia y sufrimiento en los trabajos para mostrar su ánimo y generosidad. La clemencia, y piedad, y mansedumbre con los pobres y súbditos. La rectitud en la justicia, el no consentir que se hiciese agravio a nadie. La liberalidad y magnificencia para con todos, como hijos que eran del sol. En suma les persuadía a todo lo que en su moral filosofía alcanzaron que convenía a gente que se preciaba ser divina y haber descendido del cielo. Hacíanles dormir en el suelo, comer poco y mal, andar descalzos, y todo lo demás perteneciente a la guerra paia ser buenos soldados en ella.

En esta aprobacion entraba tambien el primogénito Inca legítimo heredero del Imperio, cuando era de edad para poder hacer los ejercicios; y es de saber que en todos ellos lo examinaban con el mismo rigor que a los demás, sin q' la alteza de tan gran principado le exentase de trabajo alguno, sino era del pendon que ganaba el más ligero en la carrera para ser capitan, que se lo daban al príncipe porque decían que era suyo, juntamente con la herencia de el reino. En todos los demás ejercicios, así de ayuno como de las disciplinas militares, y saber hacer armas necesarias, y el calzado para sí, y dormir en el suelo, y comer mal, y andar descalzo, en ninguna cosa destas era privilegiado; antes si podía ser lo llevaban por más rigor que a los demás; y decían a esto, q' habiendo de ser rey era justo que en cualquiera cosa que hubiese de hacer, hiciese ventaja a todos los demás, como la hacía en el estado y

alteza de señorío: porque si viniese a igual fortuna no era decente a la persona real ser menos que otro, sino que en la prosperidad y adversidad se aventajase de todos, asi en los dotes del ánimo como en las cosas agibles, principalmente en las de la guerra.

Por las cuales escelencias decían ellos merecía reinar mejor que por ser primogénito de su padre. Decían tambien que era muy necesario que los reyes y príncipes esperimentasen los trabajos de la guerra, para que supiesen honrar, estimar, y gratificar a los que en ella los sirviesen. Todo el tiempo que duraba el noviciado, que era de una luna nueva a otra, andaba el príncipe vestido del más pobre y vil hábito que se podía imaginar, hecho de andrajos vilisimos, y con él parecía en público todas las veces que era menester. Afirmaba a esto, que le ponían aquel hábito para que adelante cuando se viese poderoso rey, no menospreciase los pobres, sino que se acordase haber sido uno dellos y traído su divisa; y por ende fuese amigo dellos y les hiciese caridad, para merecer el nombre Huachacuyac q' a sus reyes daban, que quiere decir amador y bienhechor de pobres. Hecho el examen los calificaban y daban por dignos de las insignias de Inca, y los nombraban verdaderos Incas hijos del Sol. Luego venían las madres y hermanas de los donceles y les calzaban usutas de esparto crudo, en testimonio de que habían hollado y pasado por la aspereza de los ejercicios militares.

———∿———

CAPITULO XXVII

EL INCA DABA LA PRINCIPAL INSIGNIA Y UN PARIENTE LAS DEMAS

HECHA esta ceremonia daban aviso al rey,el cual venía acompañado de los más ancianos de su real sangre, y puesto delante de los noveles les hacía breve plática diciéndoles, q' no se contentasen con las insignias de caballeros de la sangre real, para las traer solamente y ser honrados, sino q' con ellas usando de las virtudes que sus antepasados habían tenido, particularmente de la justicia para con todos, y de la misericordia para con los pobres y flacos, se mostrasen verdaderos hijos del sol, a quien como a su padre debía asemejar en el resplandor de sus obras, en el beneficio comun de los vasallos; pues para les hacer bien los había enviado del cielo a la tierra. Pasada la plática llegaban los noveles uno a uno ante el rey, y puesto de rodillas recebían de su mano la primera y principal insignia que era el horadar las orejas, insignia real y de suprema alteza. Horadábaselas el mismo Inca por el lugar donde se traen comunmente los zarcillos, y era con altileres gruesos de oro, y dejábaselos pues os para que mediante ellos las curasen y agradasen, como las agrandan en increíble grandeza.

El novel besaba la mano al Inca en testimonio de que (como ellos decían) mano q' tal merced hacía merecía ser besada. Luego pasaba adelante y se ponía un pié delante de otro Inca hermano o tío del rey, segundo en autoridad a la persona real. El cual le descalzaba las usutas de esparto crudo, en testimonio de que era ya pasado el rigor del examen, y le calzaba otras de lana muy galanas como las que el rey y los demás Incas traian. La cual ceremonia era como el calzar las espuelas en España, cuando les dan el hábito a los caballeros de las órdenes militares, y después de habérselas calzado le besaba en el hombro derecho diciendo: el hijo de el sol q' tal prueba ha dado de sí merece ser adorado; que el verbo besar significa tambien adorar, reverenciar y hacer cortesía. Hecha esta ceremonia, entraba el novel en un cercado de paramentos donde otros Incas ancianos les ponían los pañetes, insignia de

varon, que hasta entonces les era prohibido el traerlos. Los pañetes eran hechos a manera de un paño de cabeza de tres puntas, las dos dellas iban a la larga cosidas a un cordon grueso como el dedo que ceñían al cuerpo, y lo ataban atras en derecho de los riñones y quedaba el paño delante de las vergüenzas. La otra punta del paño ataban atrás al mismo cordon pasándola por entre los muslos; de manera que aunque se quitasen los vestidos, quedaban bastante y honestamente cubiertos.

La insignia principal era el horador las orejas porque era insignia real, y la segunda era poner los pañetes que era insignia de varon. El calzado mas era ceremonia, que por vía de regalo se les hacía como a gente trabajada, que no cosa esencial de honra ni calidad. Este nombre Huaracu, que en sí significa y contiene todo lo que desta solemne fiesta hemos dicho, se deduce deste nombre Huara que es pañete: porque al varon que merecía ponérselo le pertenecían todas las demás insignias, honras y dignidades, que entonces y después, en paz y en guerra se le podían dar. Sin las insignias dichas, ponían en las cabezas a los noveles ramilletes de dos maneras de flores, unas que llaman Cantut, que son hermosísimas de forma y color, que unas son amarillas, otras moradas, y otras coloradas, y cada color de por sí en estremo fino. La otra manera de flor llaman Chihuaihua, es amarilla, asemeja en el talle a las clavelinas de España. Estas dos maneras de flores no las podían traer la gente comun, ni los curacas por grandes señores que fuesen, sino solamente los de la sangre real. También les ponían en la cabeza una hoja de yerba que llaman Viñay Huaina, que quiere decir siempre mozo, es verde, asemeja a la hoja del lirio, conserva mucho tiempo su verdor, y aunque se seque nunca lo pierde, y por esto le llaman así.

Al príncipe heredero daban las mismas flores y hoja de yerba, y todas las demás insignias que a los demás Incas noveles: porque como hemos dicho en ninguna cosa se diferenciaba dellos, salvo en una borla que le ponían sobre la frente que le tomaba de una sien a otra, la cual tenía como cuatro dedos de caída. No era redonda (como entienden los españoles por este nombre borla) sino prolongada a manera de rapacejo. Era de lana porque estos indios no tuvieron seda, y de color amarillo. Esta divisa era solamente del príncipe heredero, y no la podía traer otro alguno aunque fuese hermano suyo, ni el mismo príncipe hasta haber pasado por el examen y aprobación.

Por última divisa real daban al príncipe una hacha de armas que llaman Champi, con una asta de mas de una braza en largo. El hierro tenía una cuchilla de la una parte y una punta de diamante de la otra, que para ser partesana no le faltaba más de la punta que la partesana tiene por delante. Al ponérsela en la mano le decían Aucacunapac. Es dativo del número plural, quiere decir para los tiranos, para los traidores, crueles, alevosos fementidos &., que todo esto y mucho más significa el nombre Auca. Querían decirle en sola esta palabra conforme al frasis de aquel lenguaje, que le daban aquella arma en señal y

divisa de que había de tener mucho cuidado de castigar a los tales; porque las demás divisas de las flores lindas y olorosas, le decían que significaban su clemencia, piedad y mansedumbre, y los demás ornamentos reales que debía tener para con los buenos y leales. Que como su padre el sol criaba aquellas flores por los campos para el contento y regalo de los hombres, así criase el príncipe aquellas virtudes en su ánimo y corazon, para hacer bien a todos, para que dignamente le llamasen amador y bienhechor de pobres. Y su nombre y fama viviese para siempre en el mundo.

Habiéndole dicho estas razones delante de su padre los ministros de la caballería, venían los tíos y hermanos del príncipe y todos los de su sangre real, y puestos de rodillas a la usanza dellos, le adoraban por primogénito de su Inca. La cual ceremonia era como jurarle por príncipe heredero y sucesor del imperio, y entonces le ponían la borla amarilla. Con esto acababan los Incas su fiesta solemne del armar caballeros a sus noveles.

CAPITULO XXVIII

DIVISAS DE LOS REYES Y DE LOS DEMAS INCAS, Y LOS MAESTROS DE LOS NOVELES

EL rey traía esta misma borla, empero era colorada. Sin la borla colorada traía el Inca en la cabeza otra divisa más particular suya, y eran dos plumas de los cuchillos de las alas de una ave q' llaman Corequenque. Es nombre propio en la lengua general, no tiene significación de cosa alguna; en la particular de los Incas que se ha perdido la debía de tener. Las plumas son blancas y negras a pedazos, son de tamaño de las de un alcon Bahari prima; y habían de ser hermanas una de la una ala, y otra de la otra. Yo se las ví puestas al Inca Sayri Tupac. Las aves que tienen estas plumas se halla n en el despoblado de Villcanuta, treinta y dos leguas de la ciudad del Cosco, en una laguna pequeña que allí hay al pie de aquella inaccesible Sierra Nevada. Los que las han visto afirman, que no se ven más de dos, macho y hembra, que sean siempre unas, ni de donde vengan, ni donde críen, no se sabe ni se han visto otras en todo el Perú más de aquellas, según dicen los indios, con haber en aquella tierra otras muchas sierras nevadas, y despoblados, y lagunas grandes y chicas como la de Villcanuta. Parece que semeja esto a lo del ave Fenix, aunque no se quien la haya visto como han visto estotras.

Por no haberse hallado más destas dos, ni haber noticia según dicen que haya otras en el mundo, traían los reyes Incas sus plumas, y las estimaban en tanto, que no las podía traer otro en ninguna manera ni aún el príncipe heredero; porque decían que estas aves por su singularidad, semejaban a los primeros Incas sus padres, que no fueron más de dos, hombre y muger, venidos del cielo como ellos decían, y por conservar la memoria de sus primeros padres traían por principal divisa las plumas destas aves, teniéndolas por cosa sagrada. Tengo para mi q' hay otras muchas aves de aquellas, q' no es posibie tanta singulari-

dad: baste la del Fenix, sino que ellas deben de andar apareadas a solas como se ha dicho, y los indios por la semejanza de sus primeros reyes diran lo que dicen. Basta que las plumas del Corequenque fueron tan estimadas como se ha visto. Dícenme que ahora en estos tiempos las traen muchos indios, diciendo que son descendientes de la sangre real de los Incas; y los más burlan que ya aquella sangre se ha consumido casi del todo. Más el ejemplo estrangero, con el cual han confundido las divisas que en las cabezas traían, por las cuales eran conocidos, les ha dado atrevimiento a esto y a mucho más que todos se hacen ya Incas y pallas.

Traían las plumas sobre la borla colorada, las puntas hácia arriba algo apartadas la una de la otra y juntas del nacimiento. Para haber estas plumas cazaban las aves con la mayor suavidad q' podían, y quitada las dos plumas las volvían a soltar, y para cada nuevo Inca q' heredaba el reino las volvían a prender y quitar las plumas, porque nunca el heredero tomaba las mismas insignias reales del padre sino otras semejantes; porque el rey difunto lo embalsamaban y ponían donde hubiese de estar, con las mismas insignias imperiales que en vida traía. Esta es la magestad del ave Corequenque, y la veneración y estima en que los reyes Incas a sus plumas tenían. Esta noticia aunque es de poca o ninguna importancia a los de España, me pareció ponerla por haber sido cosas de los reyes pasados. Volviendo a nuestros noveles decimos, que recebidas las insignias lo sacaban con ellas a la plaza principal de la ciudad, donde en general por muchos días con cantos y bailes solemnizaban su victoria; y lo mismo se hacía en particular en las casas de sus padres, donde se juntaban los parientes más cercanos a festejar el triunfo de sus noveles. Cuyos maestros para los ejercicios, y saber hacer las armas y el calzado habían sido sus mismos padres. Los cuales pasada la tierna edad de niño, los industriaban y ejercitaban en todas las cosas necesarias para ser aprobados, quitándoles el regalo y trocándoselo en trabajo y ejercicio militar, porque cuando llegasen a ser hombres fuesen lo que debían ser en paz y en guerra.

CAPITULO XXIX

RINDESE CHUQUIMANCU, SEÑOR DE CUATRO VALLES

VOLVIENDO a la vida y conquistas del Inca Pachacutec, es de saber, q' su hermano el general Capac Yupanqui, habiendo hecho la conquista y sujetado al gran curaca Chincha, envió a pedir como atrás dijimos, nuevo ejército al rey su hermano para conquistar los valles q' adelante había: el cual se lo envió con grandes ministros y mucha munición de armas y bastimento, conforme a la calidad y grandeza de la empresa que se había de hacer, llegado el nuevo ejército con el cual volvió el príncipe Inca Yupanqui que gustaba mucho de ejercitarse en la guerra. Salió el general de Chincha y fué al hermoso valle de Runahuanac, que quiere decir escarmienta gentes. Llamáronle así por un rio que pasa por el valle; el cual por ser muy raudo y caudaloso y haberse ahogado en él mucha gente, cobró este bravo nombre. Hánse ahogado allí muchos que por no rodear una legua que hay hasta una puente que está encima del vado, se atreven al río, confiados que como lo pasan de verano así lo pasarán de invierno, y perecen miserablemente. El nombre del río es compuesto deste nombre Runa, que quiere decir gente y deste verbo Huana que significa escarmentar, y con la C final hace participio de presente, y quiere decir el que hace escarmentar; y ambas dicciones juntas dicen, el que hace escarmentar las gentes. Los historiadores españoles llaman a este valle y a su rio Lunaguana, corrompiendo el nombre en tres letras como se ve· uno dellos dice, que se dedujo este nombre de Guano que es estiercol; porque dice que en aquel valle se aprovechan mucho dél para sus sembrados. El nombre Guano se ha de escrebir Huano; porque como al principio dijimos, no tiene letra G aquella lengua general del Perú; quiere decir estiercol, y Huana es verbo y quiere decir escarmentar. Deste paso y de otros muchos que apuntaremos, se puede sacar lo mal que entienden los españoles aquel lenguaje, y aun los mestizos mis compatriotas se van ya tras ellos en la pronunciación, y en el escrebir, que casi todas las dicciones que me escriben desta mi lengua y suya vienen españolizadas como las escriben

y hablan los españoles, y yo les he reñido sobre ello y no me aprovecha, por el comun uso de corromperse las lenguas con el imperio y comunicación de diversas naciones.

En aquellos tiempos fué muy poblado aquel valle Runahuanac, y otro que está al Norte dél, llamado Huarcu, el cual tuvo más de treinta mil vecinos, y lo mismo fué Chincha, y otros que están al Norte y al Sur dellos. Ahora en estos tiempos el que más tiene no tiene dos mil vecinos; y alguno hay tan desierto, que no tiene ninguno, y está poblado de españoles.

Diciendo de la conquista de los yuncas, es de saber q' el valle de Runahuanac, y otros tres que están al Norte dél, llamados Huarcu, Malla, Chillca, eran todos cuatro de un señor llamado Chuquimancu, el cual se trataba como rey, y presumía que todos los de su comarca le temiesen y reconociesen ventaja, aunque no fuesen sus vasallos. El cual, sabiendo que los Incas iban a su reino, que así le llamaremos por la presunción de su curaca, juntó la más gente q' pudo, y salió a defenderles el paso del río. Hubo algunos recuentros en que murieron muchos de ambas partes, más al fin los Incas, por ír apercibidos de muchas balsas chicas y grandes ganaron el paso del río, en el cual los yuncas no hicieron toda la defensa que pudieran, porque el rey Chuquimancu pretendía hacer la guerra en el valle Huarcu, por parecerle que era sitio más fuerte, y porque no sabía del arte militar lo que le convenía: por ende no hizo la resistencia que pudo hacer en Runahuanac; en lo cual se engañó, como adelante veremos. Los Incas alojaron su ejército, y en menos de un mes ganaron todo aquel hermoso valle por el mal consejo de Chuquimancu.

El Inca dejó gente de guarnición en Runahuanac, que recibiese el bastimento que le trujesen, y la asegurase las espaldas. Y pasó adelante al Huarcu, donde fué la guerra muy cruel, porque Chuquimancu, habiendo recogido todo su poder en aquel valle, tenía veinte mil hombres de guerra, y pretendía no perder su reputación; y así ejercitaba todas sus fuerzas con mañas y astucias, cuantas podía usar contra sus enemigos. Por otra parte, los Incas hacían por resistir y vencer sin matarlos. En esta porfía anduvieron más de ocho meses, y se dieron batallas sangrientas; y duraron los yuncas tanto en su obstinación, que el Inca remudó el ejército tres veces, y aún otros dicen que cuatro: y para dar a entender a los yuncas que no se había de ir de aquel punto hasta vencerlos, y que sus soldados estaban tan a su placer como si estuvieran en la corte, llamaron Cosco al sitio donde tenían el real, y a los cuarteles del ejército pusieron los nombres de los barrios más principales de la ciudad. Por este nombre que los Incas dieron al sitio de su real, dice Pedro de Cieza de León, capítulo treinta y siete, que viendo los Incas la pertinacia de los enemigos, fundaron otra ciudad como el Cosco, y que duró la guerra más de cuatro años. Dícelo de relación de los mismos yuncas, como él afirma, los cuales se la dieron aumentada, por engran-

decer las hazañas que en su defensa hicieron, que no fueron pocas. Pero los cuatro años fueron los cuatro ejércitos que los Incas remudaron, y la ciudad fué nombre que dieron al sitio donde estaban; y de lo uno ni de lo otro no hubo más de lo que se ha dicho.

Los yuncas, al cabo deste largo tiempo, empezaron a sentir hambre muy cruel, q' es el q' doma y ablanda a los más valientes, duros y obstinados. Sin la hambre habían días que los naturales de Runahuanac importunaban a su rey Chuquimancu se rindiese a los Incas, pues no podía resistirles, y que fuese antes que los Incas por su pertinacia enagenasen sus casas y heredades, y se las diesen a los vecinos naturales de Chincha, sus enemigos antiguos: y con este miedo, cuando vieron que su rey no acudió a su peticion, dieron en huírse y volverse a sus casas, llevando nuevas al Inca del estado en que estaban las fuerzas y poder de sus enemigos, y como padecían mucha hambre.

Todo lo cual visto y sabido por Chuquimancu, temiendo no le desamparasen todos los suyos y se fuesen al Inca se inclinó a hacer lo que le pedían (habiendo mostrado ánimo de buen capitan) y consultándolo con los más principales, acordaron entre todos de irse al Inca sin enviarle embajada, sino ser ellos mismos los embajadores. Con esta determinación salieron todos, como habían estado en su consulta, y fueron al real de los Incas, y puestos de rodillas ante ellos, pidieron misericordia y perdon de sus delitos, y dijeron que holgaban ser vasallos del Inca, pues el sol su padre mandaba que fuese señor de todo el mundo,

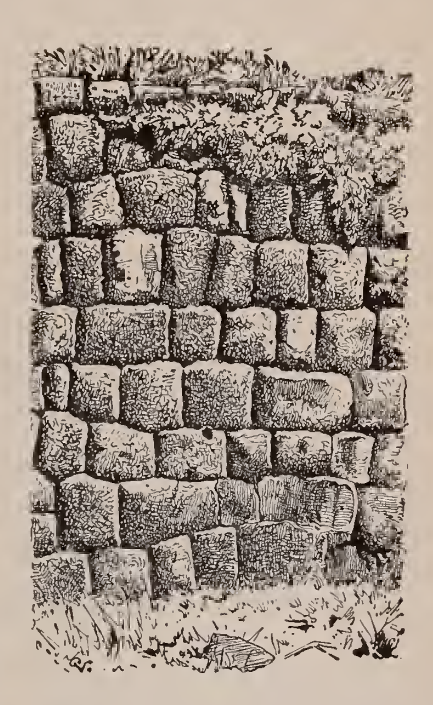
Los Incas tío y sobrino los recibieron con mansedumbre, y les dijeron que los perdonaban; y con ropa y otras preseas que (segun lo acostumbrado) les dieron, les enviaron muy contentos a sus casas.

Los naturales de aquellas cuatro provincias tambien se jactan, como los de Chincha, que los Incas con todo su poder no pudieron sujetarlos en más de cuatro años de guerra, y que fundaron una ciudad, y q' los vencieron con dádivas y promesas, y no con las armas; y lo dicen por los tres o cuatro ejércitos que remudaron por domarlos con la hambre y hastío de la guerra y no con el hierro. Otras muchas cosas cuentan acerca de sus hazañas y valentías; más porque no importan a la historia las dejaremos.

Los Incas tuveiron en mucho haber sujeto al rey Chuquimancu, y estimaron tanto aquella victoria, que por trofeo della, y porque quedase perpetua memoria de las hazañas que en aquella guerra hicieron los suyos, y también los yuncas que se mostraron valerosos, mandaron hacer en el valle llamado Huarcu una fortaleza prqueña de sitio, empero grande y maravillosa en la obra. La cual, así por su edificio, como por el lugar donde estaba, que la mar batía en ella, merecía que la dejaran vivir lo que pudiera; que segun estaba obrada, viviera por sí muchos siglos sin que la repararan. Cuando yo pasé por allí el año de sesenta todavía mosraba lo que fué, para más lastimar a los que la miraban.



El uso del remo estuvo muy generalizado entre los antiguos peruanos solo que los navegantes de lagos lo usaban sin las paletas terminales. Entre los yungas el uso del remo de paletas terminales estuvo generalizado usándolo de ejes cortos y apenas unos cuantos centimetros mas largos que la longitud de la paleta.



Muro de piedras talladas del periodo arquitectural de transición hallada en un monumento de la isla del Sol en el lago Titicaca.



Poderosos baluartes de la fortaleza de Ollantaitambo en la cuenca del caudaloso río Urubamba elevada por los Keschuas para defender la región de las invasiones de gentes venidas del Sur.

CAPITULO XXX

LOS VALLES DE PACHACAMAC Y RIMAC Y SUS IDOLOS

SUJETADO el rey Chuquimancu y dada orden en el gobierno, leyes y costumbres q' él y los suyos habían de guardar, pasaron los Incas a conquistar los valles de Pachacamac, Rimac, Chancai y Huaman que los españoles llaman la Barranca, que todos estos seis valles poseía un señor poderoso, llamado Cuismancu, que tambien como el pasado presumía llamarse rey, aunque entre los indios no hay este nombre rey sino otro semejante, que es Hatun Apu, que quiere decir el Gran Señor: porque no sea menester repetirlo muchas veces, diremos aquí lo que en particular hay que decir del valle de Pachacamac, y de otro valle llamado Rimac, al cual los españoles, corrompiendo el nombre, llaman Lima.

Es de saber, que como en otra parte hemos dicho y adelante diremos y como lo escriben todos los historiadores, los Incas reyes del Perú, con la lumbre natural que Dios les dió, alcanzaron que había un hacedor de todas las cosas, al cual llamaron Pachacamac, que quiere decir el Hacedor y sustentador del universo. Esta doctrina salió primero de los Incas, y se derramó por todos sus reinos antes y después de conquistarlos.

Decían que era invisible y que no se dejaba ver, y por esto no le hicieron templos ni sacrificios como al sol, más de adorarle interiormente con grandísima veneración, según las demostraciones esteriores que con la cabeza, ojos, brazos y cuerpo hacían cuando le nombraban. Esta doctrina, habiéndose derramado por fama, la admitieron todas aquellas naciones, unas después de conquistadas y otras antes; los que más en particular la adimitieron, antes que los Incas los sujetaran, fueron los antecesores deste rey Cuismancu; los cuales hicieron templo al Pachacamac, y dieron el mismo nombre al valle donde lo fundaron, que en aquellos tiempos fué uno de los más principales que hubo en toda

aquella costa. En el templo pusieron los yuncas sus ídolos, que eran figuras de peces, entre las cuales tenían tambien la figura de la zorra.

Este templo del Pachacamac fué solemnísimo en edificios y servicio, y uno solo en todo el Perú, donde los yuncas hacían muchos sacrificios de animales y de otras cosas, y algunos eran con sangre humana de hombres, mujeres y niños, que mataban en sus mayores fiestas, como lo hacían otras muchas provincias antes que los Incas las conquistaran: y de Pachacamac no diremos aquí más, porque en el discurso de la historia, en su propio lugar se añadirá lo que resta por decir.

El valle de Rimac está cuatro leguas al Norte de Pachacamac. El nombre Rimac es participio de presente, quiere decir el que habla. Llamaron así al valle por un ídolo que en él hubo en figura de hombre que hablaba y respondía a lo que le preguntaban, como el oráculo de Apolo Délfico, y otros muchos que hubo en la gentilidad antigua; y porque hablaba, le llamaban el que hablaba, y tambien al valle donde estaba.

Este ídolo tuvieron los yuncas en mucha veneración y tambien los Incas despues que ganaron aquel hermoso valle, donde fundaron los españoles la ciudad que llaman de los Reyes, por haberse fundado día de la Aparicion del Señor, cuando se mostró a la gentilidad. De manera, que Rimac o Lima, o la ciudad de los Reyes, todo es una misma cosa; tiene por armas tres coronas y una estrella.

Tenían el ídolo en un templo suntuoso, y aunque no tanto como el de Pachacamac, donde iban y enviaban sus embajadores los señores del Perú, a consultar las cosas que se les ofrecían de importancia. Los historiadores españoles confunden el templo de Rimac con el de Pachacamac; y dicen que Pachacamac era el que hablaba, y no hacen mencion de Rimac; y este error, con otros muchos que en sus historias hay semejantes, nacen de no saber la propiedad de la lengua, y de no dárseles mucho por la averiguacion de las cosas; y tambien lo pudo causar la cercanía de los valles, que no hay más de cuatro leguas pequeñas del uno al otro, y ser ambos de un mismo señor. Y esto baste para noticia de lo que hubo en aquellos valles, y que el ídolo hablador estuvo en Rimac y no en Pachacamac; con lo cual volveremos a tratar de la conquista dellos.

Antes que el general Capac Yupanqu llegase con su ejército al valle Pachacamac, envió, como lo había de costumbre, sus mensageros al rey Cuismancu, diciendo que obedeciese al Inca Pachacutec, y lo tuviese por supremo señor, y guardase sus leyes y costumbres y adorase al sol por principal dios, y echase de sus templos y casas los ídolos que tenían, donde no, que se aprestase para la guerra; porque el Inca le había de sujetar por bien o por mal, de grado o por fuerza.

CAPITULO XXXI

REQUIEREN A CUISMANCU. SU RESPUESTA Y CAPITULACIONES

EL gran señor Cuismancu estaba apercebido de guerra, porque como lo hubiese visto en su vecindad, temiendo que los Incas habían de ír sobre sus tierras, se había apercebido para las defender; y así rodeado de sus capitanes y soldados, oyó los mensageros del Inca y respondió diciendo, que no tenían sus vasallos necesidad de otro señor; que para ellos y sus tierras bastaba el solo; y que las leyes y costumbres que guardaban eran las que sus antepasados las habían dejado; que se hallaban bien con ellas; que no tenían necesidad de otras leyes, y q' no querían repudiar sus dioses, que eran muy principales; porque entre otros adoraban al Pachacamac, que según habían oído decir, era el Hacedor y sustentador del universo; que si era verdad, de fuerza había de ser mayor Dios que el sol, y q' le tenían hecho templo, donde le ofrecían todo lo mejor que tenían, hasta sacrificarle hombres, mugeres y niños por más le honrar, y q' era tanta la veneración que le tenían, que no; osaban mirarle; y así los sacerdotes y el rey entraban en su templo a le adorar las espaldas al ídolo, y también al salir, para quitar la ocasión el alzar los ojos a él; y que tambien adoraban al Rimac, que era un dios que les hablaba, y daba las respuestas que le pedían, y les decía las cosas por venir. Y así mismo adoraban la zorra por su cautela y astucias; y que al sol no le habían oído hablar, ni sabían que hablase como su dios Rimac, y que tambien adoraban la Mamacocha que era la mar porque los mantenía con su pescado; que les bastaban los dioses que tenían; qne no querían otros, y al sol menos, porque no habían menester más calor del que su tierra les daba; que suplicaban al Inca, o le requerían los dejase libres, pues no tenían necesidad de su imperic.

Los Incas holgaron mucho saber que los yuncas tuviesen en tanta veneración al Pachacamac que ellos adoraban interiormente por sumo Dios. Por lo cual propusieron de no les hacer guerra, sino reducirlos por bien con buenas razones, halagos y promesas, dejando las armas por último remedio para cuando los regalos no aprovechasen.

Con esta determinación fueron los Incas al valle de Pachacamac. El rey Cuismancu salió con una muy buena banda de gente a defender su tierra. El general Cápac Yupanqui le envió a decir que tuviese por bien que no peleasen hasta que hubiesen hablado más largo acerca de sus dioses, porque le hacía saber que los Incas, demás de adorar al sol, adoraban tambien al Pachacamac, y que no le hacían templos ni ofrecían sacrificios por no le haber visto ni conocerle, ni saber qué cosa fuese. Pero que interiormente en su corazon le acataban y tenían en suma veneración, tanto que no osaban tomar su nombre en la boca sino con grandísima adoracion y humildad, y que pues los unos y los otros adoraban a un mismo dios, no era razon q' riñesen ni tuviesen guerra, sino que fuesen amigos y hermanos. Y que los reyes Incas de más de adorar al Pachacamac, y tenerle por Hacedor y sustentador del universo, tendrían de allí adelante por oráculo y cosa sagrada al Rimac que los yuncas adoraban; y que pues los Incas se ofrecían a venerar su ídolo Rimac, que los yuncas en correspondencia por vía de hermandad adorasen y tuviesen por dios al sol, pues por sus beneficios, hermosura y resplandor merecía ser adorado, y no la zorra, ni otros animales de la tierra ni de la mar. Y que tambien por vía de paz y amistad les pedía que obedeciesen al Inca, su hermano y señor porque era hijo del sol, tenido por dios en la tierra. El cual por su justicia, piedad, clemencia y mansedumbre, por sus leyes y gobierno tan suave era amado y querido de tantas naciones y q' muchas dellas por las buenas nuevas que de sus virtudes y magestad habían oído, se habían venido a sujetársele de su grado y voluntad, y queno era razón que ellos, viniendo el Inca a buscarles a sus tierras para hacerles bien, lo repudiasen. Que les encargaba mirasen todas estas cosas desapasionadamente, y acudiesen a lo que la razón les dictaba, y no permitiesen hacer por fuerza, perdiendo la gracia del Inca, lo que al presente podían hacer con mucho aplauso de su Magestad, a cuyo poder y fuerza de armas no había resistencia en la tierra.

El rey Cuismancu y los suyos oyeron los partidos del Inca, y habiendo asentado treguas, dieron y tomaron acerca dellos muchos días; al fin dellos, por la buena maña y industria de los Incas, concluyeron las paces con las condiciones siguientes:

Que adorasen los yuncas al sol como los Incas. Que le hiciesen templo aparte como al Pachacamac, donde le sacrificasen y ofreciesen sus dones con que no fuesen de sangre humana, poque era contra ley natural matar un hombre a otro para ofrecerlo en sacrificio, lo cual se quitase totalmente. Que echasen los ídolos que había en el templo de Pachacamac. Porque siendo el Hacedor y sustentador del universo, no era decente que ídolos de menos magestad estuviesen en su templo y altar, y q' al Pachacamac le adorasen en el corazon, y no le pusiesen estatua alguna; porque no habiendo dejado verse, no sabían qué figura tenía, y así no podían ponerle retrato como al sol. Que para mayor ornato y grandeza del valle Pachacamac se fundase en él casa de las vírgenes escogidas, que eran dos cosas muy estimadas de las provincias

q' las alcanzaban a tener, esto es, la casa del sol y la de las vírgenes porque en ellas semejaban al Cosco, y era lo más preciado que aquella, ciudad tenía. Que el rey Cuismancu se quedase en su señorío, como todos los demás curacas, teniendo al Inca por supremo señor, guardase y obedeciese sus leyes y costumbres. Y que los Incas tuviesen en mucha estima y veneracion al oráculo Rimac, y mandasen a todos sus reinos hiciesen lo mismo.

Con las condiciones referidas se asentaron las paces entre el general Capac Yupanqui y el rey Cuismancu, al cual se le dió noticia de las leyes y costumbres q' el Inca mandaba guardar. Las cuales aceptó con mucha prontitud, porque le parecieron justas y honestas, y lo mismo las ordenanzas de los tributos que habían de pertenecer al sol y al Inca. Las cuales cosas asentadas y puestas en órden, y dejados los ministros necesarios y gente de guarnición para seguridad de todo lo ganado, le pareció al Inca Capac Yupanqui volverse al Cosco, juntamente con el príncipe su sobrino, a dar cuenta al Inca su hermano de todo lo sucedido con los yuncas en sus dos conquistas, y llevar consigo al rey Cuismancu para que el Inca le conociese y hiciese merced de su mano, porque era amigo confederado, y no rendido. Y Cuismancu holgó mucho de ír a besar las manos al Inca, y ver la corte y aquella famosa ciudad del Cosco.

El Inca Pachacutec, que a los principios de aquella jornada había quedado en la provincia Rucana, habiendo sabido lo bien que a su hermano le iba en la conquista de aquellas provincias de los Llanos, se había vuelto a su imperial ciudad. Salía della a recebir al hermano y al hijo con el mismo aparato de fiesta y triunfo q' la vez pasada, y mayor si mayor se pudo hacer; y habiéndolos recebido, regaló con muy buenas palabras a Cuismancu, y mandó que en el triunfo entrase entre los Incas de la sangre real, porque juntamente con ellos adoraba al Pachacamac, del cual favor quedó Cuismancu tan ufano, como envidiado de todos los demás curacas.

Pasado el triunfo hizo el Inca muchas mercedes a Cuismancn, y lo envió a su tierra lleno de favores y honra, y lo mismo a todos los que con él habían ido. Los cuales volvieron a sus tierras muy contentos, pregonando que el Inca era verdadero hijo del sol, digno de ser adorado y servido de todo el mundo. Es de saber, que luego que el demonio vió q' los Incas señoreaban el valle de Pachacamac, y que su templo estaba desembarazado de los muchos ídolos que tenía, quiso hacerse particular señor de él, pretendiendo que lo tuviesen por el dios no conocido que los indios tanto honraban, para hacerse adorar de muchas maneras, y vender sus mentiras más caro en unas partes que en otras. Para lo cual dió en hablar desde los rincones del templo a los sacerdotes de mayor dignidad y crédito, y les dijo que ahora que estaba solo quería hacer merced de responder a sus demandas y preguntas, no a todas en comun, sino a las de mayor importancia; porque a su grandeza y seño-

río no era decente hablar con hombres bajos y viles, sino con reyes y grandes señores, y que al ídolo Rimac, que era su criado, mandaría que hablase a la gente común, y respondiese a todo lo que le preguntasen; y así desde entonces quedó asentado q' en el templo de Pachacamac se consultasen los negocios reales y señoriles, y en el de Rimac los comunes y plebeyos; y así le confirmó a aquel ídolo el nombre de hablador porque habiendo de responder a todos, le era forzoso hablar mucho. El P. Blas Valera refiere también este paso aunque brevemente.

Al Inca Pachacutec le pareció desistir por algunos años de las conquistas de nuevas provincias, y dejar descansar las suyas, porque con el trocar de los ejércitos había recebido alguna molestia. Solamente se ejercitaba en el gobierno comun de sus reinos, y en ilustrarlos con edificios y con leyes, y ordenanzas, ritos y ceremonias, que de nuevo compuso para su idolatría, reformando lo antiguo, para que quedase bien la significación de su nombre Pachacutec, y su fama quedase eternizada de haber sido gran rey para gobernar sus reinos, y gran sacerdote para su vana religion, y gran capitan para sus conquistas, pues ganó más provincias que ninguno de sus antepasados. Particularmente enriqueció el templo del Sol; mandó chapar las paredes con planchas de oro, no solamente las del templo, más tambien la de otros aposentos, y las de un claustro que en él había, que hoy vive más rico de verdadera riqueza y bienes espirituales, que entonces lo estaba de oro y piedras preciosas. Porque en el mismo lugar del templo donde tenían la figura del sol está hoy el Santísimo Sacramento, y el claustro sirve de andar por él las procesiones y fiestas que por año se le hacen. Su eterna Magestad sea loada por todas sus misericordias. Es el convento de Santo Domingo.

CAPITULO XXXII

VAN A CONQUISTAR AL REY CHIMU, Y LA GUERRA CRUEL QUE SE HACEN

EN los ejercicios que hemos dicho gastó el Inca Pachacutec seis años, los cuales pasados, viendo sus reinos prósperos y descansados, mandó apercebir un ejército de treinta mil hombres de guerra, para conquistar los valles que hubiese en la costa, hasta el paraje de Casamarca, donde quedaban los términos de su imperio por el camino de la sierra.

Aprestada la gente nombró seis Incas de los más esperimentados, que fuesen coroneles o maeses de campo del ejército, y consejeros del príncipe Inca Yupanqui su hijo. Al cual mandó que fuese general de aquella conquista, porque como discípulo de tan buen maestro, y soldado de tan gran capitan, como su tío Capac Yupanqui, había salido tan práctico en la milicia, que se le podía fiar cualquiera empresa por grande que fuese; y a su hermano, a quien por sus hazañas llamaba mi brazo derecho, mandó que se quedase con él a descansar de los trabajos pasados. En remuneración de los cuales, y en testimonio de sus reales virtudes, le nombró por su lugarteniente, segunda persona suya en la paz y en la guerra, y le dió absoluto poder y mando en todo su imperio.

Apercebido el ejército caminó con el primer tercio el príncipe Inca Yupanqui por el camino de la sierra, hasta ponerse en la provincia Yauyu, que está en el paraje de la ciudad de los Reyes, y allí esperó a que se juntase todo su ejército: y habiéndolo juntado caminó hasta Rimac, donde estaba el oráculo hablador. A este príncipe heredero Inca Yupanqui dan los indios la honra y fama de haber sido el primero de los reyes Incas que vió la mar del Sur; y fué el que más provincias ganó en aquella costa, como se verá en el discurso de su vida. El curaca Pachacamac, llamdo Cuismancu, y el de Runahuanac, que había por nombre Chuquimancu, salieron a recebir al príncipe con gente de guerra, para

le servir en aquella conquista. El príncipe les agradeció su buen ánimo, y les hizo mercedes y grandes favores. Del valle del Rimac fué a visitar el templo de Pachacamac, entró en él sin murmullo de oraciones ni sacrificios, más de con las ostentaciones que hemos dicho, hacían los Incas al Pachacamac en su adoración mental. Luego visitó el templo del sol, donde hubo muchos sacrificios y grandes ofrendas de oro y plata. Visitó asímismo al ídolo Rimac por favorecer a los yuncas; y por cumplir con las capitulaciones pasadas, mandó ofrecerle sacrificios, y que los sacerdotes le consultasen el suceso de aquella jornada; y habiendo tenido respuesta, que sería próspera, caminó hasta el valle que llaman los indios Huaman, y los españoles la Barranca, y de allí envió los recaudos acostumbrados de paz o de guerra a un gran señor llamado Chimu, que era señor de los valles que hay pasada la Barranca, hasta la ciudad que llaman Trujillo, que los mas principales son cinco, y han por nombre Parmunca, Huallmi, Santa, Huanapu y Chimu, que es donde está ahora Trujillo, todos cinco hermosísimos valles, muy fértiles y poblados de mucha gente, y el curaca principal se llamaba el poderoso Chimu, del nombre de la provincia donde tenía su corte. Este se trataba como rey, y era temido de todos los que por las tres partes confinaban con su tierras, es a saber, al Levante, al Norte y al Sur, porque al Poniente dellas está la mar.

El grande y poderoso Chimu, habiendo oído el requerimiento del Inca, respondió diciendo, que estaba aprestado con las armas en las manos para morir en defensa de su patria, leyes y costumbres, y que no quería nuevos dioses, que el Inca se enterase desta respuesta que no daría otra jamás. Oída la determinación de Chimu caminó el príncipe Inca Yupanqui hasta el valle Parmunca, donde el enemigo le esperaba. El cual salió con un buen escuadron de gente a escaramuzar y tentar las fuerzas de los Incas; peleó con ellos mucho espacio de tiempo por les defender la entrada del valle, más no pudo hacer tanto que los enemigos no le ganasen la entrada y el sitio, donde se alojaron, aunque con muchas muertes y heridas de ambas partes. El príncipe, viendo la resistencia de los yuncas, porque no tomasen ánimo, por ver poca gente en su ejército, envió mensageros al Inca su padre, dándole cuenta de lo hasta allí sucedido, y suplicándole mandase enviarle veinte mil hombres de guerra, no para los trocar con los del ejército, como se había hecho en las conquistas pasadas, sino para abreviar la guerra con todos ellos; porque no pensaba dar tanto espacio a los enemigos como se había hecho con los pasados, y menos con aquellos, porque se mostraban más soberbios.

Despachados los mensageros apretó la guerra por todas partes el Inca, en la cual se mostraban muy enemigos del poderoso Chimu los dos curacas, el de Pachacamac y el de Runahuanac; porque en tiempos atrás antes de los Incas tuvo guerra cruel con ellos sobre los términos y los pastos, y sobre hacerse esclavos unos a otros, y los traía avasalla-

dos. Y al presente con el poder del Inca querían vengarse de los agravios y ventajas recebidas, lo cual sentía el gran Chimu más que otra cosa alguna, y hacía por defenderse toóo lo que podía.

La guerra anduvo muy sangrienta entre los yuncas, que por la enemistad antigua hacían en servicio de los Incas más que otra nación de las otras; de manera que en pocos días ganaron todo el valle Parmunca, y echaron los naturales dél al de Huallmi, donde tambien hubo recuentros y peleas; más tampoco pudieron defenderlo, y se retiraron al valle que llaman Sancta, hermosísimo en aquel tiempo entre todos los de la costa, aunque en este casi desierto, por haberse consumido sus naturales como en todos los demás valles.

Los de Sancta se mostraron más belicosos que los de Huallmi y Parmunca; salieron a defender su tierra; pelearon con mucho ánimo y esfuerzo todas las veces que se ofreció pelear; resistieron muchos días la pujanza de los contrarios; sin reconocerles ventaja hicieron tan buenos hechos que ganaron honra y fama con sus propios enemigos; esforzaron y aumentaron las esperanzas de su curaca el gran Chimu. El cual, confiado en la valentía que los suyos mostraban, y en ciertas imaginaciones que publicaba, diciendo que el príncipe, como hombre regalado y delicado, se cansaría presto de los trabajos de la guerra y que los deseos de amores de su corte le volvieran aína a los regalos della, y que lo mismo haría de la gente de guerra el deseo de ver sus casas, mugeres y hijos, cuando ellos quisiesen irse el calor de su tierra los echaría della, o los consumiría si porfiasen a estarse quedos. Con estas vanas imaginaciones porfiaba obstinadamente el soberbio Chimu en seguir la guerra, sin aceptar ni oir los partidos que el Inca le enviaba a sus tiempos. Antes, para descubrir por entero su pertinacia, hizo llamamiento de la gente que tenían los otros valles de su estado, y como iban llegando los suyos así iba esforzando la guerra más y más cruel de dia en dia. Hubo muchos muertos y heridos de ambas partes, cada cual dellos hacía por salir con la victoria: fué la guerra más reñida que los Incas tuvieron hasta entonces. Más con todo eso los capitanes y la gente principal de Chimu, mirándolo desapasionadamente, holgaran que su curaca abrazara los ofrecimientos de paz y amistad que hacía el Inca; cuya pujanza entendían que a la corta o a la larga no se podía resistir. Empero por acudir a la voluntad de su señor sufrían con esfuerzo y paciencia los trabajos de la guerra, hasta ver llevar por esclavos sus parientes, hijos, mugeres y no osaban decirle lo que sentían della.

CAPITULO XXXIII

PERTINACIA Y AFLICCIONES DEL GRAN CHIMU, Y COMO SE RINDE

ENTRE tanto que la guerra se hacía, tan cruel y porfiada, llegaron los veinte mil soldados q' el príncipe pidió de socorro, con los cuales reforzó su ejército, y reprimió la soberbia y altivez de Chimu, trocada ya en tristeza y melancolía, por ver trocadas en contra sus imaginadas esperanzas, porque vió por una parte doblado el poder de los Incas, cuando pensaba que iba faltando; por otra sintió la flaqueza de ánimo que los suyos mostraron de ver el nuevo ejército del enemigo, q' como mantenían la guerra días había, más por condescender con la pertinacia de su señor, que por esperanza que hubiese tenido de resistir al Inca, viendo ahora sus fuerzas tan aumentadas, desmayaron de golpe, y los más principales de sus parientes se fueron a Chimu y le dijeron que no durase la obstinación hasta la total destruición de los suyos, sino que mirase que era ya razón aceptar los ofrecimientos del Inca, siquiera porque sus émulos y enemigos antiguos no enriqueciesen tanto con los despojos que cada día les ganaban, llevándose sus mugeres y hijos para hacellos esclavos; lo cual se debía remediar con toda brevedad antes que el daño fuese mayor, y antes que el príncipe, por su dureza y rebeldía, cerrase las puertas de su clemencia y mansedumbre, y los llevase a fuego y a sangre.

Con esta plática de los suyos (que más le pareció amenaza y reprensión que buen consejo ni aviso) quedó del todo perdido el bravo Chimu, sin saber donde acudir a buscar remedio, ni a quien pedir socorro, porque sus vecinos antes estaban ofendidos de su altivez y soberbia que no obligados ayudarle; su gente acobardada y el enemigo pujante. Viéndose pues tan alcanzado de todas partes propuso en sí de admitir los primeros partidos que el príncipe le enviase a ofrecer, más no pedirlos él, por no mostrar tanta flaqueza de ánimo y falta de

fuerzas; así encubriendo a los suyos esta intencion les dijo que no le faltaban esperanzas y poder para resistir al Inca, y salir con honra y fama de aquella guerra, mediante el valor de los suyos. Que se animasen para defender su patria, por cuya salud y libertad estaban obligados a morir peleando, y no mostrasen pusilanimidad, que las guerras tenían de suyo ganar unos días y perder otros; que si al presente les llevaban algunas de sus mugeres por esclavas se acordasen cuantas más habían traido ellos de las de sus enemigos, y que él esperaba ponerlas presto en libertad; que tuviesen ánimo y no mostrasen flaqueza, pues nunca sus enemigos en lo pasado se la habían sentido, ni era razón q' al presente la sintiesen; que se fuesen en paz, y estuviesen satisfechos que cuidaba más de la salud de los suyos que de la suya propia.

Con estos flacos consuelos y esperanzas tristes, que consistían más en las palabras que en el hecho, despidió el gran Chimu a los suyos, quedando harto afligido por verles caídos de ánimo; más con todo el mejor semblante que pudo mostrar entretuvo la guerra, hasta que llevaron los recaudos acostumbrados del Inca, ofreciéndole perdon, paz y amistad, según que otras muchas veces se había hecho con él. Oído el recaudo, por mostrarse todavía entero en su dureza, aunque ya la tenía trocada en blandura, respondió que él nó tenía propósito de aceptar partido alguno; más que por mirar por la salud de los suyos se aconsejaría con ellos, y haría lo que bien les estuviese. Luego mandó llamar sus capitanes y parientes, y les refirió el ofrecimiento del Inca, y les dijo mirasen en aquel caso lo que a todos ellos conviniese, que aunque fuese contra su voluntad obedecería al Inca por la salud dellos.

Los capitanes holgaron mucho de sentir a su curaca en alguna manera apartado de la dureza y pertinacia pasada, por lo cual, con más ánimo y libertad, le osaron decir resolutamente que era muy justo obedecer y tener por señor a un príncipe tan piadoso y clemente como el Inca. que aun teniéndolos casi reunidos los convidaba con su amistad.

Con este resoluto parece, dado más con atrevimiento y osadía de hombres libres que con humildad de vasallos, se dió el poderoso Chimu por convencido en su rebeldía, y mostrando estár ya fuera della, envió sus embajadores al príncipe Inca Yupanqui, diciendo suplicaba a su alteza no faltase para los suyos y para él la misericordia y clemencia que los Incas, hijos del sol, habían usado en todas las cuatro partes del mundo que habían sujetado; pues a todos los culpados y pertinaces como él, los había perdonado; y que se conocía en su delito, y pedía perdon, confiado en la esperiencia larga que de la clemencia de todos los Incas sus antepasados se tenía, que su alteza no se lo negaría, pues se preciaba tanto del renombre de amador y bienhechor de pobres; y que suplicaba por el mismo perdón para todos los suyos, que tenían menos culpa que no él, porque habían resistido a su alteza más por obstinación de su curaca que por voluntad propia.

Con la embajada holgó mucho el príncipe por haber acabado aquella conquista sin derramar la sangre que se temía; recibió con mucha afabilidad los embajadores, mandóles regalar, y decir que volviesen por su curaca, y lo llevasen consigo para que oyese el perdon del Inca de su misma boca, y recibiese las mercedes de su propia mano para mayor satisfacción suya.

El bravo Chimu, domado ya de su altivez y soberbia, pareció ante el príncipe con otra tanta humildad y sumisión, y derribándose por tierra le adoró, y repitió la misma súplica que con su embajador había enviado. El príncipe por sacarle de la aflicción que mostraba, lo recibió amorosamente; mandó a dos capitanes que lo levantasen del suelo, y habiéndole oído, le dijo que le perdonaba todo lo pasado, y mucho más que hubiera hecho, que no había ido a su tierra a quitarle su estado y señorío, sino a mejorarle en su idolatría, leyes y costumbres; y que en confirmación de lo que decía, si Chimu temía haber perdido su estado, le hacía merced y gracia del para que lo poseyese con toda seguridad, con que echados por tierra sus ídolos, figuras de peces y animales, adorasen al sol y sirviesen al Inca su padre.

Chimu, alentado y esforzado con la afabilidad y buen semblante que el príncipe le mostró, y con las palabras tan favorables que le dijo, le adoró de nuevo, y respondió diciendo, que el mayor dolor que tenía era no haber obedecido la palabra de tal señor luego que la oyó: que esta maldad, aunque ya su alteza se la tenía perdonada, la lloraría en su corazon toda su vida, y en lo demás cumpliría con mucho amor y voluntad lo que el Inca le mandase, así en la religión como en las costumbres.

Con esto se asentaron las paces y el vasallage de Chimu, a quien el Inca hizo mercedes de ropa de vestir para él y para sus nobles. Visitó los valles de su estado; mandólos ampliar e ilustrar con edificios reales, y grandes acequias que de nuevo se sacaron para regar y ensanchar las tierras de labor en mucha más cantidad que las tenía antes ,y se hicieron pósitos, así para las rentas del sol y del Inca, como para socorrer los naturales en años de esterilidad. Todo lo cual era de costumbre antigua mandarlo hacer los Incas. Particularmente en el valle de Parmunca mandó el príncipe se hiciese una fortaleza en memoria y trofeo de la victoria que tuvo contra el rey Chimu (45), que la estimó en mucho, por haber sido la guerra muy reñida de ambas partes; y porque la guerra se empezó en aquel valle mandó se hiciese la fortaleza en él. Hiciéronla fuerte y admirable en el edificio, y muy galana en pinturas,

---

(45) La fortaleza de Paramouga es construccion antiquisima, obra de los yungas y no de los Incas. Probablemente sirvió para defender la entrada al paradisiaco Callejon de Huailas. Véase mi estudio sebre esta fortaleza en EL PERU, BOCETOS HISTORICOS t. I. Garcilaso recogió la tradicion que contaba cómo los Incas se aprovecharon de esta fortaleza en sus campañas contra el Chimu Capac,

y otras curiosidades reales. Más lo estrangeros no respetaron ni lo uno ni lo otro, para no derribarla por el suelo, todavía quedaron algunos pedazos que sobrepujaron a la ignorancia de aquellos que la derribaron para muestra de cuán grande fué.

Dada orden y traza en lo que se ha dicho, y dejado los ministros necesarios para el gobierno de la justicia y de la hacienda, y la gente de guarnición oidinaria, dejó el príncipe a Chimu muy favorecido y contento en su estado, y él se volvió al Cosco, donde fué recebido con la solemnidad de triunfo y fiestas que de otras jornadas hemos dicho, las cuales duraron un mes.

CAPITULO XXXIV

ILUSTRA EL INCA SU IMPERIO, Y SUS EJERCICIOS HASTA SU MUERTE

EL Inca Pachacutec viéndose ya viejo, le pareció descansar y no hacer más conquistas; pues había aumentado a su imperio mas de ciento y treinta leguas de largo, Norte Sur; y de ancho todo lo que hay de la gran cordillera de la Sierra Nevada hasta la mar; q' por aquel parage hay por partes sesenta leguas Leste hueste, y por otras setenta y más y menos. Entendió en lo que siempre había entendido en confirmar las leyes de sus pasados, y hacer otras de nuevo para el beneficio comun.

Fundó muchos pueblos de advenedizos en las tierras que por su industria de estériles encultas se hicieron fértiles y abundantes mediante las muchas acequias que mandó sacar.

Edificó muchos templos al sol a imitación del que había en el Cosco y muchas casas de las vírgenes que llamaban escogidas. Ordenó que se renovasen y librasen muchos pósitos de nuevo por los caminos reales, donde se pusiesen los bastimentos, armas y munición para los ejércitos que por ellos pasasen, y mandó se hiciesen casas reales donde los Incas se alojasen cuando caminasen.

Mandó que también se hiciesen pósitos en todos los pueblos grandes o chicos donde no los hubiese para guardar mantenimiento con que socorrer los moradores en años de necesidad, los cuales pósitos mandó que se basteciesen de sus rentas reales y de las del sol.

En suma se puede decir que renovó su imperio en todo, así en su vana religion con nuevos ritos y ceremonias quitando muchos ídolos a sus vasallos como en las costumbres y vida moral con nuevas leyes y premáticas, prohibiendo muchos abusos y costumbres bárbaras que los indios tenían antes de su reinado.

Tambien reformó la milicia en lo que le pareció que convenía, por mostrarse tan gran capitan como rey y sacerdote, y la amplió en favores

y honras y mercedes, para los que en ellas se aventajasen. Y particularmente ilustró y amplió la gran ciudad del Cosco con edificios y moradores. Mandó labrar una casa para sí cerca de las escuelas que su bisabuelo Inca Roca fundó. Por estas cosas y por su afable condición y suave gobierno fué amado y adorado como otro Júpiter. Reinó según dicen más de cincuenta años, otros dicen que más de sesenta. (46) Vivía en suma paz y tranquilidad, tan obedecido, como amado, y tan servido como su bondad lo merecía, y al fín deste largo tiempo falleció. Fué llorado uuiversalmente de todos sus vasallos, y puesto en el número de sus dioses como los demás reyes Incas sus antepasados. Fué embalsamado conforme a la costumbre dellos; y los llantos, sacrificios y ceremonias del entierro segun la misma costumbre duraron un año.

Dejó por su universal heredero a Inca Yupanqui su hijo, y de la Coya Anahuarque, su legítima muger y hermana. Dejó otros más de trescientos hijos y hijas, y aun quieren decir, según su larga vida y multitud de mugeres, que más de cuatrocientos legítimos en sangre y no legítimos: que con ser tantos, dicen los indios que eran pocos para hijos de tal padre.

A estos dos reyes, padre y hijo, confunden los historiadores españoles, dando los nombres de ambos a uno solo. El padre se llamó Pachacutec, fue su propio nombre. El nombre Inca fue comun a todos ellos; porque fue apellido desde el primer Inca llamado Manco Capac. Cuyo nieto se llamó Lloque Yupanqui, en cuya vida dijimos lo que significaba la diccion Yupanqui, la cual diccion también se hizo apellido despues de aquel rey, y juntando ambos apellidos que son Inca Yupanqui, se lo dicen a todos los reyes Incas, como no tengan por nombre propio el Yupanqui; y estánles bien estos renombres, porque es como decir Cesar Augusto a todos los emperadores. Pues como los indios contando las hazañas de sus reyes y nombrando sus nombres dicen Pachacutec Inca Yupanqui. Entienden los españoles que es nombre de un rey solo, y no admiten al hijo sucesor de Pachacutec, que se llamó Inca Yupanqui, el cual tomó ambos apellidos por nombre propio, y dió el mismo nombre Inca Yupanqui a su hijo heredero. A quien los indios por escelencia y por diferenciarle de su padre llamaron Tupac (quiere decir el que resplandece) Inca Yupanqui, padre de Huaina Capac, Inca Yupanqui, y abuelo de Huascar Inca Yupanqui, así se puede decir a todos los demás Incas por apellido. Esto he dicho para que no se confundan los que leyeran las historias.

CAPITULO XXXV

AUMENTO LAS ESCUELAS, HIZO LEYES PARA EL BUEN GOBIERNO

HABLANDO deste Inca el P. Blas Valera, dice en suma lo q' se sigue: muerto Viracocha Inca, y adorado por los indios entre sus dioses, sucedió su hijo el Gran Titu, por sobrenombre Manco Capac; llamóse así hasta que su padre le dió el nombre Pachacutec, que es reformador del mundo. El cual nombre confirmó él despues con sus esclarecidos hechos y dichos, de tal manera que de todo punto se olvidaron los nombres primeros para llamarle por ellos. Este gobernó su imperio con tanta industria, prudencia y fortaleza, así en paz como en guerra, q' no solamente lo aumentó en las cuatro partes del reino que llamaron Tavantinsuyu, más también hizo muchos estatutos y leyes, las cuales todas confirmaron muy de grado nuestros católicos reyes, sacando las que pertenecían a la honra de los ídolos y a los matrimonios no lícitos. Este Inca ante todas cosas ennobleció y amplió con grandes honras y favores las escuelas que el rey Inca Roca fundó en el Cosco, aumentó el número de los preceptores y maestros, mandó que todos los señores de vasallos, los capitanes y sus hijos, y universalmente todos los indios de cualquier oficio que fuesen los soldados, y los inferiores a ellos usasen la lengua del Cosco, y que no se diese gobierno, dignidad, ni señorío, sino al que la supiese muy bien. Y porque ley tan provechosa no se hubiese hecho de balde, señaló maestros muy sabios de las cosas de los indios para los hijos de los príncipes y de la gente noble; no solamente para los del Cosco, más tambien para todas las provincias de su reinos, en las cuales puso maestros que a todos los hombres de provecho para la república enseñasen aquel lenguaje del Cosco; de lo cual sucedió que todo el reino del Perú hablaba una lengua, aunque hoy por la negligencia (no sé de quién) muchas provincias que la sabían la han perdido del todo, no sin gran daño de la pre-

dicación evangélica. Todos los indios que obedeciendo esta ley, retienen hasta ahora la lengua del Cosco, son más urbanos y de ingenios más capaces, los demás no lo son tanto.

Este Pachacutec prohibió que ninguno, sino los príncipes y sus hijos pudiesen traer oro ni plata, ni piedras preciosas, ni plumas de aves de diversas colores, ni vestir lana de vicuña, que se teje con admirable artificio. Concedió que los primeros días de la luna, y otros de sus fiestas y solemnidades se adornasen moderadamente; la cual ley guardan hasta ahora los indios tributarios, que se contentan con el vestido comun y ordinario, y así escusan mucha corruptela, que los vestidos galanos y soberbios suelen causar. Pero los indios, criados de los españoles, y los que habitan en las ciudades de los españoles son muy desperdiciados en esto, y causan mucho daño y mengua en sus haciendas y conciencias. Mandó este Inca que usasen mucha escaseza en el comer, aunque en el beber tuvieron más libertad, así los príncipes como los plebeyos. Constituyó que hubiese jueces particulares contra los ociosos holgazanes; quiso que todos anduviesen ocupados en sus oficios, o en servir a sus padres, o a sus amos, o en el beneficio de la república; tanto, q' a los muchachos y muchachas de cinco, seis, siete años les hacian ocuparse en alguna cosa conforme a su edad. A los ciegos, cojos y mudos, que podían trabajar con las manos, los ocupaban en diversas cosas; a los viejos y viejas les mandaban, que ojeasen los pájaros de las sembrados, a los cuales todos daban cumplidamente de comer y de vestir de los pósitos públicos. Y porque el continuo trabajo no les fatigase tanto que los oprimiese, estableció ley que en cada mes (que eran por lunas) hubiese tres días de fiesta, en las cuales se holgasen con diversos juegos de poco interés. Ordenó, que en cada mes hubiese tres ferias de nueve en nueve días, para que los aldeanos y trabajadores del campo, habiendo cada cual gastado ocho días en sus oficios viniesen a la ciudad, al mercado, y entonces viesen y oyesen las cosas que el Inca o su consejo hubiesen ordenado; aunque después este mismo rey quiso que los mercados fuesen cotidianos, como hoy los vemos, los cuales ellos llaman Catu, y las ferias ordenó que fuesen en día de fiesta, porque fuesen más famosas. Hizo ley que cualquiera provincia o ciudad tuviese término señalado que encerrase en sí los montes, pastos, bosques, ríos y lagos, y las tierras de labor; las cuales cosas fuesen de aquella tal ciudad o provincia en término y jurisdicción perpétua, y que ningún gobernador ni curaca, fuese osado a las disminuir, dividir o aplicar alguna parte para sí, ni para otro; sino que aquellos campos se repartiesen por medida igual, señalada por la misma ley en beneficio comun y particular de los vecinos y habitadores de la tal provincia o ciudad, señalando su parte para las rentas reales, y para el sol, y que los indios arasen, sembrasen y cogiesen los frutos, así los suyos como los de los erarios de la manera que les dividían las tierras; y ellos eran obligados a labrarlas en particular y en comun. De aquí se averigua ser falso lo que muchos

falsamente afirman, que los indios no tuvieron derecho de propiedad en sus heredades y tierras; no entendiendo que aquella división se hacía, no por cuenta ni razón de las posesiones, sino por el trabajo comun y particular que habían de poner en labrarlas; porque fué antiquísima costumbre de los indios que no solamente las obras públicas, más también las particulares, las hacían y acababan: trabajando todas ellas, y por esto medían las tierras para que cada uno trabajase en la parte que le cupiese. Juntábase toda la multitud, y labraban primeramente sus tierras particulares en comun, ayudándose unos a otros, y luego labraban las del rey, lo mismo hacían al sembrar y coger los frutos, y encerrarlos en los pósitos reales y comunes. Casi desta misma manera labraban sus casas, que el indio que tenía necesidad de labrar la suya, iba al consejo, para que señalase el día que se hubiese de hacer; los del pueblo acudian con igual consentimiento a socorrer la necesidad de su vecino, y brevemente le hacían la casa. La cual costumbre aprobaron los Incas y la confirmaron con ley, que sobre ella hicieron. Y el día de hoy muchos pueblos de indios, que guardan aquel estatuto, ayudan grandemente a la cristiana caridad; pero los indios avaros que no son mas de para sí, dañan a sí propios, y uo aprovechan a los otros, antes os tienen ofendidos.

CAPITULO XXXVI

EN suma este rey con parecer de sus consejos, aprobó muchas leyes, derechos y estatutos, fueros y costumbres de muchas provincias y regiones, porque eran en provecho de los naturales. Otras muchas quitó que eran contrarias a la paz comun, y al señorío y magestad real. Otras muchas instituyó de nuevo contra los blasfemos, pasricidas, fratricidas, homicidas, contra los traidores al Inca, contra los adúlteros, así hombres como mugeres, contra los que sacaban las hijas de casa de sus padres, contra los que violaban las doncellas, contra los que se atrevían a tocar las escogidas, contra los ladrones de cualquiera cosa que fuese el hurto, contra el nefando, y contra los incendiarios, contra los incestuosos en línea recta; hizo otros muchos decretos para las buenas costumbres, y para las ceremonias de sus templos y sacrificios; confirmó otros muchos que halló hechos por los Incas sus antecesores, que son estos: que los hijos obedeciesen y sirviesen a sus padres hasta los veinte y cinco años: ninguno se casase sin licencia de sus padres y de los padres de la moza: casándose sin licencia, no valiese el contrato, y los hijos fuesen no legítimos; pero si después de habidos los hijos y vivido juntos los casados, alcanzasen el consentimiento y aprobación de sus padres y suegros, entonces fuese lícito el casamiento; y los hijos se hiciesen legítimos. Aprobó las herencias de los estados y señoríos, conforme a la antigua costumbre de cada provincia o reino, que los jueces no pudiesen recebir cohechos de los pleitantes. Otras muchas leyes hizo este Inca de menos cuenta, que las dejo, por excusar proligidad. Adelante diremos las que hizo para el gobierno de los jueces, para contraer los matrimonios, para hacer los testamentos, y para la milicia, y para la cuenta de los años. En estos nuestros días, el visorrey don Francisco de Toledo trocó, mudó y revocó muchas leyes y estatutos de los que este

Inca estableció: los indios admirados de su poder absoluto, le llamaron segundo Pachacutec, por decir, que era reformador del primer reformador: era tan grande la reverencia y acatamiento que tenían a aquel Inca, que hasta hoy no pueden olvidarle. Hasta aquí es del P. Blas Valera que lo hallé en sus papeles rotos; lo que promete decir adelante de las leyes para los jueces y para matrimonios y testamentos, para la milicia y la cuenta del año, se perdió, que es gran lástima. En otra hoja hallé parte de los dichos sentenciosos deste Inca Pachacutec, son los que se siguen:

Cuando los súbditos y sus capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al rey, entonces goza el reino de toda paz y quietud.

La envidia es una carcoma, que roe y consume las entrañas de los envidiosos.

El que tiene envidia y es envidiado tiene doblado tormento.

Mejor es que otros por ser tú bueno, te hayan envidia, que no que la hayas tú a otros por ser tu malo.

Quien tiene envidia de otro, a si propio se daña.

El que tiene envidia de los buenos, saca dellos mal para sí. como hace la araña en sacar de las flores ponzoña,

La embriaguez, la ira y locura, corren igualmente; sino que las dos primeras son voluntarias y mudables, y la tercera es perpetua.

El que mata a otro sin autoridad o cosa justa, a él propio se condena a muerte.

El que mata a su semejante, necesario es que muera; por lo cual los reyes antiguos, progenitores nuestros, instituyeron, que cualquiera homiciano fuese castigado con muerte violenta, y Nos lo confirmamos de nuevo.

En ninguna manera se deben permitir ladrones; los cuales pudiendo ganar hacienda con honesto trabajo, y poseerla con buen derecho, quieren más haberla hurtando o robando; por lo cual es muy justo que sea ahorcado, el que fuese ladrón.

Los adúlteros que afean la fama y la calidad agena, y quitan la paz y la quietud a otros, deben ser declarados por ladrones, y por ende condenados a muerte, sin remisión alguna.

El varon noble y animoso, es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades.

La impaciencia es señal de ánimo vil y bajo, mal enseñado, y peor acostumbrado.

Cuando los súbditos obedecen lo que pueden, sin contradición alguna, deben los reyes y gobernadores usar con ellos de liberalidad y clemencia; más de otra manera, de rigor y justicia, pero siempre con prudencia.

Los jueces que reciben a escondidillas las dádivas de los negociantes y pleiteantes, deben ser tenidos por ladrones, y castigados con muerte, como tales.

Los gobernadores deben advertir y mirar dos cosas con mucha atencion; la primera, que ellos y sus súbditos guarden y cumplan perfectamente las leyes de sus reyes. La segunda, que se aconsejen con mucha vigilancia y cuidado para las comodidades comunes y particulares de su provincia. El indio que no sabe gobernar su casa y familia, menos sabrá gobernar la república: el este tal no debe ser preferido a otros.

El médico o herbolario que ignora las virtudes de las yerbas, o que sabiendo las de algunas, no procura saber las de todas, sabe poco o nada. Conviénele trabajar hasta conocerlas todas, así las provechosas, como las dañosas, para merecer el nombre que pretende.

El que procura contar las estrellas no sabiendo aún contar los tantos y ñudos de las cuentas, digno es de risa.

Estas son las sentencias del Inca Pachacutec. Decir los tantos y ñudos de las cuentas, fue, porque como no tuvieron letras para escribir, ni cifras para contar, hacían sus cuentas con ñudos y tantos.



Pescador del lago titicaca en una embarcación formada con dos haces de totora.

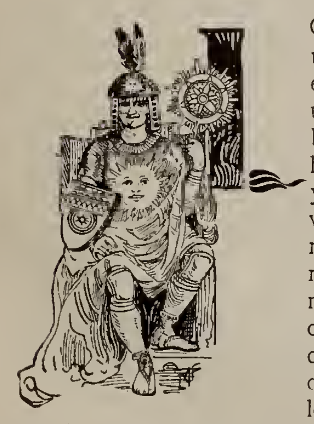


LIBRO SEPTIMO

En la cual se da noticia de las colonias que hacian los Incas. De la crianza de los hijos de los señores. De la tercera y cuarta fiesta principal que tenian. De la descripcion de la ciudad del Cosco. De las conquistas que Ynca Yupanqui, décimo rey, hizo en el Perú y Chili. De la rebelion de los araucos contra los españoles. De la muerte de Valdivia. De la fortaleza del Cosco y de sus grandezas.—Contiene veinte y nueve capitulos.

CAPITULO I

LOS INCAS HACIAN COLONIAS. TUVIERON DOS LENGUAGES



OS reyes Incas trasplantaban indios de unas provincias a otras para que habitasen en ellas; hacíanlo por causas que les movían, unas en provecho de sus vasallos. otras en beneficio propio para asegurar sus reinos de levantamientos y rebeliones. Los Incas, yendo conquistando, hallaban algunas provincias fértiles y abundantes de suyo, pero mal pobladas y mal cultivadas por falta de moradores; a estas tales provincias, porque no estuviesen perdidas, llevaban indios de otras de la misma calidad y temple fría o caliente, porque no se les hiciese de mal la diferencia del temperamento. Otras veces los trasplantaban cuando multiplicaban mucho, de manera que no cabían en sus provincias, buscábanles otras semejantes en que viviesen, sacaban la mitad de la gente de la tal provincia, más o menos la que convenía. También sacaban indios de provincias flacas y estériles, para poblar tierras fértiles y abundantes. Esto hacían para beneficio así de los q' iban, como de los que quedaban; porque como parientes se ayudasen con sus cosechas los unos a los otros. Como fué en todo el Collao, que es una provincia de más de ciento y veinte leguas de largo, y que contiene en sí otras muchas

provincias de diferentes naciones, donde por ser la tierra muy fría, no pa el maiz ni el uchu, que los españoles llaman pimiento y se dan en grande abundancia otras semillas y legumbres, que no se dan en las sierras calientes como la q' llaman Papa y Quinua, y se cria infinito ganado. De todas aquellas provincias frías sacaron por su cuenta y razón muchos indios, y los llevaron al Oriente dellas, que es a los Antis, y al Poniente, que es a la costa de la mar, en las cuales regiones habían grandes valles fertilísimos de llevar maiz y pimiento, y frutas, de las cuales tierras y valles, antes de los Incas, no se habitaban, estaban desamparados como desiertos, porque los indios no habían sabido ni tenido maña para sacar acequias para regar los campos. (47) Todo lo cual bien considerado por los reyes Incas, poblaron muchos valles de aquellos incultos con los indios, que a una mano y a otra más cerca les caían. Diéronles riego, allanando las tierras, para que gozasen del agua, y les mandaron por ley, que se socorriesen como parientes, trocando los bastimentos que sobraban a los unos y faltaban a los otros. Tambien hicieron esto los Incas, por su provecho, por tener renta de maiz para sus ejércitos; porque, como ya se ha dicho, eran suyas las dos tercias partes de las tierras, q' sembraban; esto es, la una tercia parte, del sol, y la otra del Inca. Desta manera tuvieron los reyes abundancia de maiz en aquella tierra tan fría y estéril, y los Collas llevaban en su ganado para trocar con los parientes trasplantados, grandísima cantidad de quinua y chinu, que son papas pasados, y mucho tasajo, que llaman Charqui, y volvían cargados de maiz, y pimientos y frutas, que no las había en sus tierras; y este fué un aviso y prevencion. que los indios estimaron en mucho.

Pedro de Cieza de León, hablando en este mismo propósito, capítulo 99, dice: siendo el año abundante, todos los moradores de este Collao, viven contentos y sin necesidad; más si es esteril y falto de agua, pasan grandísima necesidad. Aunque a la verdad, como los reyes Incas, que mandaron este imperio, fueron tan sabios y de tan buena gobernación, y tan bien proveídos, establecieron cosas y ordenaron leyes a su usanza, que verdaderamente si no fuera mediante ello, las más de las gentes de su señorío, pasaran con gran trabajo, y vivieran con gran necesidad, como antes, que por ellos fueran señoreados. Y esto he lo dicho, porque en estos collas, y en todos los más valles del Perú, que por ser

---

(47) Los estudios arqueológicos de los últimos 30 años han demostrado la falsedad de este aserto del Inca Historiador. Los valles de la costa mantuvieron antes de los Incas una población civilizada, y allí floreció esa espléndida cultura, yunga hoy tan admirada sobre todo por su cerámica y su industria textil. En cuanto a los trabajos hidráulicos, el afan de Garcilaso de ponderar las acciones de los Incas lo lleva, hasta negar los grandes trabajos emprendidos por los yungas para la irrigación de sus valles. Muestras de las magníficas obras de irrigación anteincaicas se ven todavia en las ruínas de acueductos y represas, en Piura, Chicama, Moche, Supe, Cañete, Nasca, y Tambo, etc.

fríos no eran tan fértiles y abundantes como los pueblos cálidos, y bien proveídos, mandaron, que pues la gran serranía de los Andes comarcaba con la mayor parte de los pueblos, q' de cada uno saliese cierta cantidad de indios con sus mugeres; y estos tales, puestos en las partes que sus caciques les mandaban, y señalaban, labraban los campos, en donde sembraban lo que faltaba en sus naturalezas, proveyendo con el fruto q' cogían a sus señores o capitanes, y eran llamados Mitimaes. Hoy día sirven y están debajo de la encomienda principal, y crian y curan la preciada coca. Por manera, que aunque en todo el Collao, no se coge ni siembra maiz, no les falta a los señores, naturales dél, y a los q' quieren procurar con la orden ya dicha; porque nunca dejan de traer cargas de maiz, coca, y frutas de todo género y cantidad de miel. Hasta aquí es de Pedro de Cieza, sacado a la letra. (48)

Trasplantábanlos tambien por otro respecto y era cuando habían conquistado alguna provincia belicosa, de quien se temia que por estar lejos del Cosco, y por ser de gente feroz y brava, no había de ser leal, ni había de querer servir en buena paz: entonces sacaban parte de la gente de aquella tal provincia, y muchas veces la sacaban toda, y la pasaban a otra provincia de las domésticas, donde viéndose por todas partes rodeados de vasallos leales y pacíficos, procurasen ellos también ser leales, bajando la cerviz al yugo, que ya n podíano desechar. Y en estas maneras de mudar indios, siempre llevaban Incas, de los que lo eran por privilegio del primer rey Manco Capac, y enviábanlos, para que gobernasen y doctrinasen a los demás. Con el nombre destos Incas honraban a todos los demás. que con ellos iban, porque fuesen más respetados de los comarcanos. A todos estos indios trocados desta manera, llamaban Mitmac, (49) así a los que llevaban, como a los que traían, quiere decir trasplantados o advenedizos, que todo es uno, (50)

Entre otras cosas que los reyes Incas inventaron para buen gobierno de su imperio, fué mandar, que todos sus vasallos aprendiesen la lengua de su corte, que es la que hoy llaman lengua general; para cuya enseñanza pusieron en cada provincia maestros, Incas de los de privilegio,

---

(48) Cieza de León, *Primera Parte de la Crónica General del Perú.*

(49) Los parientes trasplantados de que habla Garcilaso eran los *mitimaes* o *llactarunas*, que sacados de las altiplanicies del Collao habian sido trasportados a la costa. Muchas de las posiciones geográficas del valle de Lima, para no citar otras, conservan nombres aimaras o collas como Chucuito, Huachipa, Huaillas etc, lo que demuestra la existencia de antiguos establecimientos de indios del altiplano.

(50) Mitimac o Mitimaes, es advenedizo, pero trasportado o trasladado se traduce por *astasca*, *apasca* o *apanusca*. Parece que a estos antiguos mitimac se refiere el licenciado Polo cuando habla de los pleitos q' se promovían entre ellos y los corregidores por la recaudación de tributos, bajo la dominación española, pero Polo los designa con el nombre de *llactarunas*. Véase *Religion y Gobierno de los Incas* t. III pp. 157 y 158, en Col Urteaga-Romero, Llactaruna se traduce por habitante de la ciudad. *Llacta*= ciudad, pueblo, *runa*=hombre.

y es de saber, que los Incas tuvieron otra lengua particular, que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla, como lenguage divino. Esta me escriben del Perú, que se ha perdido totalmente; porque como pereció la república particular de los Incas, pereció también el lenguage dellos. Mandaron aquellos reyes aprender la lengua general por dos respectos principales; el uno fué por no tener delante de sí tanta muchedumbre de intérpretes, como fuera menester, para atender y responder a tanta variedad de lenguas y naciones como había en su imperio. Querían los Incas que sus vasallos les hablasen boca a boca (a lo menos personalmente y no por terceros) y oyesen de la suya el despacho de sus negocios, porque alcanzaron cuánta más satisfacción y consuelo da una misma palabra dicha por el príncipe, que no por el ministro. El otro respecto y más principal fué, porque las naciones estrañas, (las cuales como atrás dijimos, por no entenderse unas a otras se tenían por enemigas, y se hacían cruel guerra) hablándose y comunicándose lo interior de sus corazones, se amasen unos a otros, como si fuesen de una familia y parentela, y perdiesen la esquiveza que les causaba el no entenderse. Con este artificio domesticaron y unieron los Incas tanta variedad de naciones diversas y contrarias,en idolatría y costumbres, como las que hallaron y sujetaron a su imperio; y los trajeron mediante la lengua a tanta unión y amistad, que se amaban como hermanos; por lo cual, muchas provincias que no alcanzaron el imperio de los Incas, aficionados y convencidos deste beneficio, han aprendido después acá la lengua general del Cosco, y la hablan y se entienden con ella muchas naciones de diferentes lenguas; y por sola ella se han hecho amigos y confederadores, donde solían ser enemigos capitales. Y al contrario, con el nuevo gobierno, la han olvidado muchas naciones, que la sabían, como lo testifica el P. Blas Valera, hablando de los Incas, por estas palabras: mandaron que todos hablasen una lengua, aunque el día de hoy, por la negligencia (no se de quién) la han perdido del todo muchas provincias, no sin gran daño de la predicación evangélica; porque todos los indios que obedeciendo esta ley retienen hasta ahora la lengua del Cosco, son más urbanos y de ingenios más capaces, lo cual no tienen los demás. Hasta aquí es del P. Blas Valera; quizá adelante pondremos un capítulo suyo, donde dice, que no se debe permitir que se pierda la lengua general del Perú; porque olvidada aquella, es necesario que los predicadores aprendan muchas lenguas, para predicar el evangelio, lo cual es imposible. (51)

(51) Refiriéndose seguramente a la variedad de idiomas que aún se hablaban en el Imperio en tiempo de la conquista, como el *puteua*, el *mochica*, el *sec*, el *cauqui* etc. etc.

CAPITULO II

LOS HEREDEROS DE LOS SEÑORES SE CRIABAN EN LA CORTE, Y LAS CAUSAS POR QUE

MANDARON tambien aquellos reyes que los herederos de los señores de vasallos se criasen en la corte, y residiesen en ella, mientras no heredasen sus estados, para q' fuesen bien doctrinados, y se hiciesen a la condición y costumbres de los Incas, tratando con ellos amigablemente; para que después por la comunicación y familiaridad pasada, los amasen, y sirviesen con aficion: llamábanles Mitmac porque eran advenedizos. Tambien lo hacían por ennoblecer y honrar su corte, con la presencia y compañía de tantos herederos de reinos, estados y señoríos, como en aquel imperio había. Este mandato facilitó que la lengua general se aprendiese con más gusto, y menos trabajo y pesadumbre, porque como los criados y vasallos de los herederos iban por su rueda a la corte a servir a sus señores, siempre que volvían a sus tierras, llevaban algo aprendido de la lengua cortesana, y la hablaban con gran vanagloria entre los suyos, por ser lengua de gente, que ellos tenían por divina, y causaban grande envidia para que los demás la deseasen, y procurasen saber; y los q' así sabían algo, por pasar adelante en el lenguaje, trataban más a menudo y más familiarmente con los gobernadores y ministros de la justicia y de la hacienda real que asistían en sus tierras. Desta manera con suavidad y facilidad, sin la particular industria de los maestros, aprendieron y hablaron la lengua general del Cosco en pocas menos de mil y trescientas leguas de largo, que ganaron aquellos reyes.

Sin la intención de ilustrar su corte, con la asistencia de tantos príncipes, tuvieron otra aquellos reyes Incas, para mandarlo, y fué por asegurar sus reinos y provincias, de levantamientos y rebeliones; que como tenían su imperio tan estendido, que había muchas provincias que estaban a cuatro cientas, y a quinientas y a seiscientas leguas de

su corte, y eran las mayores y más belicosas, como eran las del reino de Quitu, y Chili, y otras sus vecinas, de las cuales se recelaban, que por la distancia del lugar y ferocidad de la gente se levantarían en algún tiempo, y procurarían desechar el yugo de el imperio; y aunque cada una de por sí no era parte, podrían convocarse y hacer liga entre muchas provincias y en diversas partes, y acometer el reino por todos cabos, que fuera un gran peligro para que se perdiera el señorío de los Incas. Para asegurarse de todos estos inconvenientes, y otros que suceden en imperios tan grandes, tomaron por remedio mandar que todos los herederos asistiesen en su corte, donde en presencia y ausencia del Inca, se tenía cuidado de tratarlos con regalo y favores, acariciando a cada uno conforme a sus méritos, calidad y estado. De los cuales favores particulares y generales, daban los príncipes cuenta a sus padres a menudo, enviándoles los vestidos, y preseas que el Inca les daba de su propio traer y vestir, que era tan estimado entre ellos, que no se puede encarecer. Con lo cual pretendían los reyes Incas obligar a sus vasallos a que, en agradecimiento de sus beneficios, les fuesen leales; y cuando fuesen tan ingratos que no los reconociesen, a lo menos, temiesen y reprimiesen sus malos deseos, viendo que estaban sus hijos y herederos en la corte, como en rehenes y prendas de la fidelidad dellos.

Con esta industria y sagacidad y otras semejantes, y con la rectitud de su justicia, tuvieron los Incas su imperio en tanta paz y quietud, que en todo el tiempo que imperaron, casi apenas hubo rebelión ni levantamiento que aplacar o castigar. El P. José de Acosta, hablando del gobierno de los reyes Incas, libro seis, capítulo doce, dice: sin duda era grande la reverencia y afición que esta gente tenía a sus Incas, sin que se halle jamás haberles hecho ninguno dellos traición; porque en su gobierno procedían no solo con gran poder sino también con mucha rectitud y justicia, no consintiendo que nadie fuese agraviado. Ponía el Inca sus gobernadores por diversas provincias, y había unos supremos e inmediatos a él; otros más moderados, y otros particulares, con estraña subordenación; en tanto grado, que ni en borracharse ni tomar una mazorca de maiz de su vecino se atrevían. Hasta aquí es del P. M. Acosta. (52)

---

(52) *Historia Natural y Moral de las Indias*. No obstante las declaraciones de Acosta, las luchas intestinas se ocultan mal bajo los reinado de Inca Roca, Yahuar Huacac y Viracocha, y la exclusión de los Incas Urco y Amaro a ocupar el trono, hace suponer sangrientas agitaciones dinásticas.

CAPITULO III

DE LA LENGUA CORTESANA

EL capítulo del P. Blas Valera, que trata de la lengua general del Perú, que atrás propusimos decir, era el capítulo nono del libro segundo de su historia, q' así lo muestran sus papeles rotos, el cual con su título al principio, como su paternidad lo escribía, dice así: capítulo nono de la lengua general, y de su facilidad y utilidad.

Resta que digamos algo de la lengua general de los naturales del Perú, que aunque es verdad que cada provincia tiene su lengua particular, diferente de las otras, una es, y general, la que llaman Cosco; la cual en tiempo de los reyes Incas se usaba desde Quitu hasta el reino de Chili y hasta el reino Tumac (53), y ahora la usan los caciques y los indios q' los españoles ti enen para su servicio y para mínistros de los negocios. Los reyes Incas desde su antigüedad, luego que sujetaban cualquiera reino o provincia, entre otras cosas, qus para la utilidad de los vasallos se les ordenaba, era mandarles que aprendiesen la lengua cortesana del Cosco, y que la enseñasen a sus hijos. Y porque no saliese vano lo que mandaban, les daban indios, naturales del Cosco, que les enseñasen la lengua y las costumbres de la corte. A los cuales en las tales provincias y pueblos daban casas, tierras y heredades, para que naturalizándose en ellas, fuesen maestros perpetuos ellos y sus hijos. Y los gobernadores Incas anteponían en los oficios de la república, así en la paz como en la guerra, a los que mejor hablaban la lengua general. Con este concierto regían y gobernaban los Incas en paz, y quietud todo su imperio, y los vasallos de diversas naciones se habían como hermanos, porque todos hablaban una lengua. Los hijos de aquellos maestros

(53) El estudio de las posiciones geográficas en estas regiones ha demostrado la verdad de esta afirmación del Inca Garcilaso. Aún hoy, el idioma kechua se habla entre las poblaciones indígenas del bajo Ecuador y del noroeste Argentino.

naturales del Cosco, viven todavía derramados en diversos lugares donde sus padres solían enseñar: más porque les falta la autoridad que a sus mayores antiguamente se les daba, no pueden enseñar a los indios ni compelerles a que aprendan. De donde ha nacido, que muchas provincias, que cuando los primeros españoles entraron en Casamarca, sabían esta lengua comun, como los demás indios, ahora la tienen olvidada del todo; porque acabándose el mando y el imperio de los Incas, no hubo quien se acordase de cosa tan acomodada y necesaria para la predicación del santo Evangelio, por el mucho olvido que causaron las guerras, que entre los españoles se levantaron y después dellas por otras causas principalmente (segun pienso) por los varios impedimentos, que el malvado Satanás ha sembrado, para que aquel estatuto tan provechoso, no se pusiese en ejecución. Por lo cual todo el término de la ciudad de Trujillo y otras muchas provincias de la jurisdicción de Quitu ignoran del todo la lengua general que hablaban. y todos los collas y los puquinas, contentos con sus lenguages particulares y propios, desprecian el del Cosco. Demás desto, en muchos lugares donde todavía vive la lengua cortesana, está ya tan corrupta que casi parece otra lengua diferente. También es de notar que aquella confusión y multitud de lenguas que los Incas con tanto cuidado procuran quitar, ha vuelto a nacer de nuevo; de tal manera, que el día de hoy se hallan entre los indios más diferencias de lenguages que había en tiempo de Huaina Capac, último emperador dellos. De donde ha nacido que la concordia de los ánimos que los Incas pretendían que hubiera en aquellos gentiles, por la conformidad de un lenguage, ahora en estos tiempos casi no la hay, con ser ya fieles porque la semejanza y conformidad de las palabras, casi siempre suelen reconciliar y traer a verdadera union y amistad a los hombres. Lo cual advirtieron poco o nada los ministros que por mandado de un visorrey (54) entendieron en reducir muchos pueblos pequeños de los indios en otros mayores, juntando en un lugar muchas diversas naciones, por el impedimento que antes había para la predicación de los indios por la distancia de los lugares, el cual ahora se ha hecho mucho mayor por la variedad de las naciones y lenguages que se juntaron; por lo cual, (humanamente hablando) es imposible que los indios del Perú, mientras durare esta confusión de lenguas, puedan ser bien instruídos en la fé y en las buenas costumbres, sino es que los sacerdotes sepan todas las lenguas de aquel imperio, que es imposible; y con saber sola la del Cosco. como quiera que la sepan, pueden aprovechar mucho. No faltan algunos que les parece sería muy acertado que obligasen a todos los indios a que aprendiesen la lengua española, porque los sacerdotes no trabajasen tan en vano en aprender la indiana. La cual opinion ninguno que la oye. deja de entender que nació antes de flaqueza de

---

(54) D. Francisco de Toledo, Virrey del Perú que ordenó la reducción de los centros habitados a pueblos, labor en la que fué eficazmente ayudado por las órdenes religiosas de franciscanos. dominicos, jesuitas y agustinos.

ánimo, q' torpeza de entendimiento. Porq' si es único remedio q' los indios aprendan la lengua castellana, tan dificultosa, ¿porqué no lo será que aprendan la suya cortesana, tan fácil y para ellos casi natural? Y al contrario, si los españoles q' son de ingenio muy agudo, y muy sabios en ciencias, no pueden como ellos dicen aprender la lengua general del Cosco, ¿cómo se podrá hacer, que los indios no cultivados ni enseñados en letras, aprendan la lengua castellana? Lo cierto es que aunque se hallasen muchos maestros, que quisiesen enseñar de gracia la lengua castellana a los indos, ellos no habiendo sido enseñados, particularmente la gente comun, aprenderían tan mal q' cualquier sacerdote, si quisiese, aprendería y hablaría despiertamente diez diversos lenguages de los del Perú, antes que ellos hablasen ni aprendiesen el lenguage castellano. Luego no hay para qué impongamos a los indios dos cargas tan pesadas, como mandarles olvidar su lengua y aprender la agena por librarnos de una molestia tan pequeña como aprender la lengua cortesana dellos. Bastará que se les enseñe la fé católica por el general lenguage del Cosco, el cual no se diferencia mucho de los demás lenguages de aquel imperio. Esta mala confusión que se ha levantado de las lenguas, podrían los visoreyes y los demás gobernadores atajar fácilmente con que a los demás cuidados añadiesen este; y es que a los hijos de aquellos preceptores que los Incas ponían por maestros, les mandasen que volviesen a enseñar la lengua general a los demás indios como antes solían, que es fácil de aprender: tanto que un sacerdote que yo conocí, docto en el derecho canónico y piadoso, que deseaba la salud de los indios del repartimiento que le cupo doctrinar, para enseñarles mejor, procuró aprender con gran cuidado la lengua general, y rogó e importunó muchas veces a sus indios que la aprendiesen; los cuales por agradarle, trabajaron tanto, que en poco más de un año la aprendieron y hablaron como si fuera la suya materna, y así se les quedó por tal, y el sacerdote halló por esperiencia, cuantos más dispuestos y dóciles estaban para la doctrina cristiana con aquel lenguage que con el suyo. Pues si este buen sacerdote con una mediana diligencia pudo alcanzar de los indios lo que deseaba ¿porqué no podrán lo mismo los obispos y visoreyes? Cierto, con mandarles que sepan la lengua general pueden los indios del Perú, dende Quitu hasta los Chichas, ser gobernados y enseñados con mucha suavidad. Y es cosa muy digna de ser notada, que los indios, que el Inca gobernaba con muy pocos jueces, ahora no basten trescientos corregidores a regirles con mucha dificultad, y casi perdido el trabajo. La causa principal desto es la confusión de las lenguas, por la cual no se comunican unos con otros. La facilidad de aprenderse en breve tiempo y con poco trabajo la lengua general del Perú, la testifican muchos, que la han procurado saber; y yo conocí muchos sacerdotes que con mediana diligencia se hicieron diestros en ella. En Chuquiapu, (55) hubo un sacer-

(55) Chuquiabo llaman los antiguos cronistas a la antigua Charyanta ncaica que después fué la región de Charcas, hoy República de Bolivia.

dote teólogo, q' de relación de otros no aficionados a esta lengua general de los indios, la aborreció de manera que aún de oirla nombrar se enfadaba, entendiendo que de ninguna manera la aprenderia, por la mucha dificultad q' le habían dicho que tenía. Acaeció que antes q' en aquel pueblo se fundara el colegio de la Compañía, acertó a venir un sacerdote della y paró allí algunos días a doctrinar los indios, y les predicaba en público en la lengua general. Aquel sacerdote por la novedad del hecho, fué a oír un sermón, y como viese que declaraba en indio muchos lugares de la santa escritura, y que los indios oyéndolos se admiraban y se aficionaban a la doctrina, cobró alguna devoción a la lengua: y después del sermón, habló al sacerdote diciendo: ¿es posible que en una lengua tan bárbara se puedan declarar y hablar las palabras divinas tan dulces y misteriosas? Fuéle respondido que sí, y que si el quería trabajar con algún cuidado en la lengua general, podría hacerlo mismo dentro en cuatro o cinco meses. El sacerdote con el deseo que tenia de aprovechar las ánimas de los indios, prometió de aprenderla con todo cuidado y diligencia; y habiendo recebido del religioso algunas reglas y avisos para estudiarla, trabajó de manera, que pasados seis meses, pudo oír las confesiones de los indios y predicarles con suma alegría suya y gran provecho de los indios.

———∿———

CAPITULO IV

DE LA UTILIDAD DE LA LENGUA CORTESANA

PUES hemos dicho y probado cuán fácil es de aprender la lengua cortesana, aún a los españoles q'van de acá, necesario es decir, y conceder cuánto más fácil será aprenderla los mismos indios del Perú, aunque sean de diversos lenguages; porque aquella parece que es de su nación y propia suya. Lo cual se prueba fácilmente porque vemos, que los indios vulgares, que vienen a la ciudad de los Reyes, o al Cosco, o a la ciudad de la Plata, o a las minas de Potocchi,(56) q'tienen necesidad de ganar la comida y el vestido por sus manos y trabajo, con solo la continuación, costumbre y familiaridad de tratar con los demás indios, sin q' les den reglas, ni manera de hablar, en pocos meses hablan muy despiertamente la lengua de el Cosco; y cuando se vuelven a sus tierras, con el nuevo y más noble lenguage que aprendieron, parecen más nobles más adornados y más capaces en sus entendimientos; y lo q' más estiman es, que los demás indios de su pueblo los honran, y tienen en más por esta lengua real que aprendieron. Lo cual advirtieron y notaron los padres de la Cía. de Jesús en el pueblo llamado Sulli,(57) cuyos habitadores son todos aimaraes; y lo mismo dicen y afirman otros muchos sacerdotes, y los jueces y corregidores de aquellas provincias, que la lengua cortesana tiene este don particular, digno de ser celebrado, q' a los indios del Perú les es de tanto provecho como a nosotros la lengua latina, porque demás del provecho que les causa en sus comercios, tratos y contratos, y en otros aprovechamientos temporales y bienes espirituales, les hace más agudos de entendimiento, y más dóciles y más ingeniosos para lo que quisieren aprender, y de bárbaros los truecan en hombres políticos y más urbanos. Y así los indios Puquinas, Collas, Urus,

---

(56) Potosí, en la antigua Charcas.

(57) Hoy Juli capital de la provincia peruana de Chucuito. Véase sobre la importancia de esta ciudad y la magnificencia de sus templos mi libro: EL PERU. BOCETOS HISTORICOS p. 221.

Yuncas y otras naciones que son rudos y torpes, y por su rudeza aún sus propias lenguas las hablan mal; cuando alcanzan a saber la lengua del Cosco, parece que echan de sí la rudeza y torpeza que tenían, y que aspiran a cosas políticas y cortesanas, y sus ingenios pretenden subir a cosas más altas: finalmente se hacen más capaces y suficientes para recebir la doctrina de la fé católica, y cierto los predicadores, que saben bien esta lengua cortesana, se huelgan de levantarse a tratar cosas altas y declararlas a sus oyentes, sin temor alguno; porque así como los indios que hablan esta lengua tienen los ingenios más aptos y capaces, así aquel lenguage tiene más campo y mucha variedad de flores y elegancias, para hablar por ellas; y desto nace que los Incas del Cosco, que la hablan más elegante y más cortesanamente reciben la doctrina evangélica en el entendimiento y en el corazón con más eficacia y más utilidad. Y aunque en muchas partes y entre los rudísimos indios Uriquillas y los fierísimos Chirihuanas, la divina gracia muchas veces, sin estas ayudas ha obrado grandezas y maravillas, como adelante diremos. Pero también se ve q' por la mayor parte corresponde y se acomoda a estos nuestros humanos medios. Y cierto que entre otros muchos, de q' la divina Magestad quiso usar, para llamar y disponer esta gente bárbara, y ferina a la predicación de su Evangelio, fué el cuidado y diligencia que los reyes Incas tuvieron de doctrinar estos sus vasallos con la lumbre de la ley natural y con que todos hablasen un lenguage; lo cual fué uno de los principales medios para lo que se ha dicho: lo cual todos aquellos reyes Incas (no sin divina providencia) procuraron con gran diligencia y cuidado, que se introdujese, y guardase en todo aquel su imperio. Pero es lástima, que lo q' aquellos gentiles bárbaros trabajaron, para desterrar la confusión de las lenguas, y con su buena maña e industria salieron con ello, nosotros nos hayamos mostrado negligentes y descuidados en cosa tan acomodada para enseñar a los indios la doctrina de Cristo nuestro señor. Pero los gobernadores, que acaban y ponen en efecto cualquiera cosa dificultosa, hasta la muy dificultosa de la redución de los pueblos, podrían también mandar y poner en ejecución, ésta tan fácil, para q' se quite aquella maldad de idolatrías y bárbaras tinieblas entre los indios, ya fieles y cristianos. Hasta aquí es del P. Blas Valera, que por parecerme cosa tan necesaria para la enseñanza de la doctrina cristiana, lo puse aquí, lo que más dice de aquella lengua genera, les decir (como hombre docto en muchas lenguas) en qué cosas se asemeja la del Perú a la latina, y en qué a la griega, y en qué a la hebrea: q' por ser cosas no necesarias para la dicha enseñanza no las puse aquí. Y porque no salimos del propósito de lenguas, diré lo q' el P. Blas Valera en otra parte dice, hablando contra los que tienen, que los indios del nuevo orbe, descienden de los judíos descendientes de Abraham; y que para comprobación desto traen algunos vocablos de la lengua general del Perú, que semejan a las dicciones hebreas, no en la significación, sino en el sonido de la voz. Reprobando esto el P. Blas Valera dice entre otras cosas cu-

riosas, que a la lengua general del Perú le faltan las letras que en las advertencias dijimos, que son B. D. F. G. J. jota, X: y que siendo los indios tan amigos de su padre Abraham, que nunca se les cae su nombre de la boca, no habían de tener lengua con falta de letra B, tan principal para la pronunciación deste nombre Abraham. A esta razón añadiremos otra y es, que tampoco tiene aquella lengua sílaba de dos consonantes, que llaman *muta cumliquida*, como Bra,Cra,Cro,Pla,Pri,Ella, Ello,ni otros semejantes. De manera que para nombrar el nombre Abraham le falta a aquella lengua general no solamente la B., pero también la sílaba Bra. De donde se infiere que no tienen razón los que quieren afirmar por conjeturas, lo que no se sabe por razón evidente: y aunque es verdad, que aquella mi lengua general del Perú tiene algunos vocablos con letras *muta cumliquida*, como Papri, Huacra, Rocro, Pocra, Chacra, Llaclla, Choclo. Es de saber que para el deletrar de las sílabas y pronunciar las dicciones se ha de apartar la muta de la liquida, como Pap-ri, Huac-ra, Roc-ro, Poc-ra, Chac-ra Llac-lla, Choc-llo, y todos los demás que hubiere semejantes: en lo cual no advierten los españoles sino que los pronuncian con la corrupcion de letras y silabas que se le-antoja, que donde los indios dicen Pampa, que es Plaza, dicen los españoles Bamba, y por Inca dicen Inga, y por Roc-ro dicen Locro y otros semejantes, que casi no dejan vocablo, sin corrupción. como largamente lo hemos dicho, y diremos adelante; y con esto será bien volvamos a nuestra historia.

CAPITULO V

TERCERA FIESTA SOLEMNE QUE HACIAN AL SOL

CUATRO fiestas solemnes celebraban por año los Incas en su corte. La principal y solemnísima era la fiesta del sol, llamada Raimi, de la cual hemos hecho larga relación. La segunda y no menos principal era la que hacían cuando armaban caballeros a los noveles de la sangre real; también hemos hecho mención desta. Resta decir de las otras dos, que quedan, con las cuales daremos fin a las fiestas; porque contar las ordinarias, q' se hacían cada luna, y las particulares, q' se celebraban en hacimiento de gracias de grandes victorias que ganaban, o cuando alguna provincia o reino venía de su voluntad a sujetarse al imperio del Inca, sería cosa muy prolija y aún penosa; baste saber que todas se hacían dentro en el templo del sol, a semejanza de su fiesta principal, aunque con muchas menos ceremonias, y menos solemnidad, sin salir a las plazas.

La tercera fiesta solemne se llamaba Cusquieraimi. (58) Hacíase cuando ya la sementera estaba hecha, y nacido el maiz. Ofrecían al sol muchos corderos, ovejas machorras y carneros, suplicándole, mandase al hielo no les quemase el maiz, porque en aquel valle del Cozco, y en el de Sacsahuana y otros comarcanos, y en cualesquiera otros, que sean del temple de aquellos, es muy riguroso el hielo por ser tierra fria, y daña más al maiz q' a otra mies o legumbre; y es de saber, que en aquellos valles hiela todo el año, así de verano como de invierno, como anochezca raso, y más hiela por San Juan que por Navidad; porque entonces anda el sol más apartado dellos. Viendo los indios a prima noche el cielo raso sin nubes, temiendo el hielo, pegaban fuego a los muladares, para que se hiciesen humo, y cada uno en particular procuraba

---

(58) Véase Molina. Ob. cit. Col. Urteaga p. 35 y sigs. y las notas correspondientes

hacer humo en su corral; porque decían que con el humo, se escusaba el hielo, porque servía de cubija como las nubes. para que no helase. Yo ví esto que digo en el Cosco: si lo hacen hoy, no lo sé, ni supe si era verdad, o no, que el humo escusase el hielo, que como muchacho no curaba saber tan por extenso las cosas que veía hacer a los indios.

Pues como el maiz fuese el principal sustento de los indios, y el hielo le fuese tan dañoso, temíanle mucho; y así, cuando era tiempo de poderles ofender, suplicaban al sol con sacrificios, fiestas y bailes y con gran bebida, mandase al hielo que no les hiciese daño. La carne de los animales, que en estos sacrificios mataban, toda se gastaba en la gente que acudía a la fiesta, porque era sacrificio hecho por todos, salvo el cordero principal, que ofrecían al sol, y la sangre y asaduras de todas las demás reses que mataban; todo lo cual consumían en el fuego, y lo ofrecían a su dios el sol, a semejanza de la fiesta Raimi.

CAPITULO VI

CUARTA FIESTA. SUS AYUNOS Y EL LIMPIARSE DE SUS MALES

LA cuarta y última fiesta solemne, que los reyes Incas celebraban en su corte llamaban Citua (59), era de mucho regocijo para todos, porque la hacían cuando desterraban de la ciudad y su comarca las enfermedades y cualquiera otras penas y trabajos, que los hombres pueden padecer. Era como la espiación, de la antigua gentilidad q' se purificaban, y limpiaban de sus males. Preparábanse para esta fiesta con ayuno y abstinencia de sus mugeres; el ayuno hacían el primer dia de la luna del mes de setiembre, después del equinocio. Tuvieron los Incas dos ayunos rigurosos, uno más que otro. El más riguroso era de solo maiz y agua, y el maiz había de ser crudo, y en poca cantidad este ayuno por ser tan riguroso, no pasaba de tres días, en el otro más suave; podían comer el maiz tostado y en alguna más cantidad, y yerbas crudas, como se comen las lechugas y rábanos &. Y axi (60) que los indios llaman Uchu y sal, y bebían de su brebage, más no comían vianda de carne, ni pescado, ni yerbas guisadas; y en el un ayuno y en el otro no podían comer más de una vez al día: llaman al ayuno Caci y al más riguroso Hatuncaci, que quiere decir, el ayuno grande.

Preparados todos en general, hombres y mugeres, hasta los niños, con un día del ayuno riguroso, amasaban la noche siguiente el pan llamado Cancu: (61) cocíanlo hecho pelotas en ollas en seco, porque no

---

(59) Citua o Situa sin etimologia extricta, porque es voz q' falta en los vocabularios, significa según D. Vicente Fidel López *la primavera* y era la fiesta con que se abria esta estación del año; yo la he llamado, por la indole de su ceremonial, la *fiesta de la purificación*. Véase Urteaga. *El Perú. Bocetos Históricos* p. 107; Balboa *Histoire du Perou*, p. 127; Cobo. cit. Ob. IV.—Acosta. Lib. V. c. XXVIII. p. 179 «La fiesta *Situay* q' era a la manera de nuestros regocijos de San Juan, que se levantaban todos a media noche con lumbreras y se iban a bañar y decían que con aquello quedaban limpios de toda enfermedad,» leemos en Sarmiento de Gamboa. Ob. cit. 31. Rivero y Tschudi, Ob. cit. c, VIII, 18.

(60) El ají fué llamado por los españoles pimiento de Indias.

(61) Canen o Zanen con el que se hacían unos panecillos que se amasaban con la sangre de las víctimas. Molina, la llama *Sancu ensangrelado*, = *yahuar sanco*. Ob. cit., Col. cit. p. 46

supieron qué cosa era hacer hornos: dejábanlo a medio cocer hecho masa. Hacían dos maneras de pan, en el uno echaban sangre humana de muchachos y niños, de cinco años arriba y diez abajo, sacada por sangría y no con muerte. Sacábanla de la junta de las cejas, encima de las narices; y esta sangría también la usaban en sus enfermedades. Yo las ví hacer. (62) Cocían cada manera de pan aparte, porque era para diversos efectos: juntábanse a hacer estas ceremonias por sus parentelas. Iban a casa del hermano mayor los demás hermanos; y los que no los tenían, a casa del pariente más cercano mayor en edad.

La misma noche del amasijo, poco antes del amanecer, todos los que habían ayunado, se lavaban los cuerpos, y tomaban un poco de la masa mezclada con sangre, y la pasaban por la cabeza y rostro, pechos y espaldas, brazos y piernas, como que se limpiaban con ella, para echar de sus cuerpos todas sus enfermedades. Hecho esto, el pariente mayor señor de la casa, untaba con la masa los umbrales de la puerta de la calle y la dejaba pegada a ellos, en señal que en aquella casa se habia hecho el lavatorio y limpiado los cuerpos. Las mismas ceremonias hacía el sumo sacerdote en la casa y templo del sol, y enviaba otros sacerdotes, que hiciesen lo mismo en la casa de las mugeres del sol y en Huanacauri, que era un templo, una legua de la ciudad, que tenían en gran veneración, por ser el primer lugar donde paró el Inca Manco Capac, cuando vino al Cusco, como en su lugar dijimos. Enviaban tambien sacerdotes a los demás lugares, que tenían por sagrados, que era donde el demonio les hablaba, haciéndose dios. En la casa real hacían las ceremonias un tío del rey, el más antiguo dellos, había de ser de los legítimos.

Luego en saliendo el sol, habiéndole adorado y suplicado mandase desterrar todos los males interiores y esteriores que tenían, se desayunaban con el otro pan amasado sin sangre. Hecha la adoración y el desayuno, que se hacía a hora señalada; porque todos a una adorasen a el sol, salía de la fortaleza un Inca de la sangre real como mensagero del sol, ricamente vestido, ceñida su manta al cuerpo, con una lanza en la mano, guarnecida con un liston, hecho de plumas de diversas colores, de una tercia en ancho, q' bajaba desde la punta de la lanza, hasta el recaton, pegada a trechos con anillos de oro (la cual insignia también servía de bandera en las guerras) salía de la fortaleza, y no del templo del sol, porque decían, que era mensagero de guerra y no de paz, que la fortaleza era casa del sol, para tratar en ella cosas de guerra y armas, y el templo era su morada, para tratar en ella de paz y amistad. Bajaba corriendo por la cuesta abajo del cerro, llamado Sacsahuaman, blandiendo la lanza hasta llegar en medio de la plaza principal, donde estaban otros cuatro Incas de la sangre real, con sendas lanzas en las manos, como la que traía el primero: y sus mantas ceñidas, como se las ciñen todos los indios siempre que han de correr, o hacer alguna cosa de importancia,

(62) Véase Lorente. *Historia del Perú* t. I, Lib. IV c. II. p. 278.

porque no les estorbe. El mensagero que venía, tocaba con su lanza las de los cuatro indios y les decía, que el sol mandaba, que como mensageros suyos, desterrasen de la ciudad y de su comarca las enfermedades, y otros males que en ella hubiese.

Los cuatro Incas partían corriendo hácia los cuatro caminos reales, que salen de la ciudad, y van a las cuatro partes del mundo que llamaron Tavantinsuyu; los vecinos y moradores hombres y mugeres, viejos y niños, mientras los cuatro iban corriendo, salían a las puertas de las casas, y con grandes voces y alaridos de fiesta y regocijo, sacudían la ropa, q' en las manos sacaban de su vestir y la que tenían vestida, como cuando sacuden el polvo, luego pasaban las manos por la cabeza y rostro, brazos y piernas, y por todo el cuerpo como cuando se lavan, todo lo cual era echar los males de su casas, para que los mensageros del sol los desterrasen de la ciudad. Esto hacían, no solamente en las calles por donde pasaban los cuatro Incas, más tambien en toda la ciudad, generalmente. Los mensageros corrían con las lanzas un cuarto de legua fuera de la ciudad, donde hallaban apercebidos otros cuatro Incas, no de la sangre real, sino de los de privilegio, los cuales tomando las lanzas, corrían otro cuarto de legua, y así otros y otros, hasta alejarse de la ciudad cinco y seis leguas, donde hincaban las lanzas, como poniendo término a los males desterrados, para que no volviesen de allí adentro. (63)

---

(63) Vease Urteaga. EL PERU. BOCETOS HISTORICOS. La *Fiesta de la Purificación* y la minuciosa descripción de esta célebre y solemne fiesta en Molina. Ob. cit. pp. 35 y sigs. y la notas respectivas. Cobo. Ob. cit. t. IV, Lib. XIII c. XXIX. p. 113. Cobo llama la fiesta de *Situa*, Coya Raymi.

CAPITULO VII

FIESTA NOTURNA PARA DESTERRAR LOS MALES DE LA CIUDAD

LA noche siguiente salían con grandes hachos de paja tejida, como los capachos del aceite, en forma redonda como bolas; llámanles Pancuncu, duran mucho en quemarse. Atábanles sendos cordeles de una braza de largo; con los hachos corrían todas las calles hondeándolas hasta salir fuera de la ciudad, como que desterraban con los hachos los males noturnos, habiendo desterrado con las lanzas los diurnos, y en los arroyos que por ella pasan, echaban los hachos quemados, y el agua en que el día antes se había lavado, para que las aguas corrientes llevasen a la mar los males, que con lo uno y lo otro habían echado de sus casas y de la ciudad. Si otro día después, cualquier indio, de cualquier edad que fuese, topaba en los arroyos algún hacho destos, huía dél mas que del fuego, porque no se le pegasen los males que con ellos habían ahuyentado.

Hechá la guerra y desterrados los males a hierro y a fuego, hacían por todo aquel cuarto de la luna grandes fiestas y regocijos, dando gracias al sol, porque les había desterrado sus males. Sacrificábanle muchos corderos y carneros, cuya sangre y asaduras quemaban en sacrificio, y la carne asaban en la plaza y la repartían por todos los que se hallaban en la fiesta. Había aquellos días y también las noches, muchos bailes y cantares, y cualquiera otra manera de contento y regocijo, así en las casas como en las plazas, porque el beneficio y la salud que habían recibido, era común.

Yo me acuerdo haber visto en mis niñeces parte desta fiesta. Ví salir el primer Inca con la lanza, no de la fortaleza, q' ya estaba desierta sino de una de las casas de los Incas, que está en la falda del mismo cerro de la fortaleza: llaman al sitio de la casa, Collcampata; ví correr los cuatro indios con sus lanzas, ví sacudir la ropa a toda la demás gente comun y hacer los demás ademanes. Víles comer el pan llamado Cancu. Ví los hachos llamados Pamcuncu. No ví la fiesta que con ellos

hicieron de noche, porque fué a deshora y yo estaba ya dormido: acuérdome que otro día ví a un Pancuncu en el arroyo, que corre por medio de la plaza; estaba junto a las casas de mi condiscípulo en gramática Juan de Cellorico, acuérdome que huían dél los muchachos indios que pasaban por la calle: yo no huí porque no sabía la causa, que si me la dijeran, también huyera, que era niño de seis a siete años.

Aquel hacho echaron dentro en la ciudad donde digo: porque ya no se hacía la fiesta con la solemnidad, observancia y veneración que en tiempo de sus reyes. No se hacía por desterrar los males, que ya se iban desengañando sino en recordación de los tiempos pasados, porque todavía vivían muchos viejos antiguos en su gentilidad, q' no se habían bautizado. En tiempo de los Incas no paraban con los hachos, hasta salir fuera de la ciudad, y allá los dejaban, El agua en que se habían lavado los cuerpos, derramaban en los arroyos, que pasan por ella, aunque saliesen lejos de sus casas a buscarlos: que no les era lícito derramarla fuera de los arroyos, porque los males que con ella se habían lavado, no se quedasen entre ellos, sino que el agua corriente los llevase a la mar, como se ha dicho arriba.

Otra fiesta hacían los indios en particular cada uno en su casa; y era después de haber encerrado sus mieses en sus orones, que llaman Pirua; quemaban cerca de los orones un poco de sebo en sacrificio al sol, la gente noble y más rica, quemaba conejos caseros que llaman Coy, dándole gracias por haberles proveído de pan para comer aquel año. Rogábanle mandase a los orones guardasen bien, y conservasen el pan, que había dado para sustento de los hombres, y no hacían más peticiones que éstas.

Otras fiestas hacían los sacerdotes entre año, dentro en la casa del sol, más no salían con ellas a plaza, ni se tenían en cuenta para las cotejar con las cuatro principales, que hemos referido; las cuales eran como pascuas del año y las fiestas comunes eran sacrificios ordinarios, que hacían al sol cada luna. (64)

---

(64) Véase en Cobo, Ob. cit., t. IV Lib. XIII, lo referente a la fiesta de *Ytu* y a las otras fiestas ordinara y extraordinarias.



Plano en perspectiva de la ciudad del Cusco, representando el momento en que la ciudad era sacudida por el terremoto de 1650.—Cuadro al óleo existente en la sacristía de la iglesia del Triunfo (Cusco). En la segunda plaza, en el ángulo formado por ésta y la calle central, se vé la casa del historiador, tal como éste la describe en los Comentarios Reales.

CAPITULO VIII

LA DESCRIPCION DE LA IMPERIAL CIUDAD DE EL COSCO

EL Inca Manco Capac, fué el fundador de la ciudad de el Cosco, la cual los españoles honraron con renombre largo y honroso, sin quitarle su propio nombre: dijéronla la gran ciudad del Cosco, cabeza de los reinos y provincias del Perú. Tambien la llamaron la nueva Toledo, más luego se les cayó de la memoria este segundo nombre, por la impropiedad dél; porque el Cosco no tiene río, que la ciña, como a Toledo, ni le asemeja en el sitio, que su población empieza de las laderas y faldas de un cerro alto, y se tiende a todas partes por un llano grande, y espacioso. Tiene calles anchas y largas, y plazas muy grandes, por lo cual los españoles, todos en general, y los escribanos reales, y los notarios en sus escrituras públicas usan del primer título; porque el Cosco en su imperio fué otra Roma en el suyo; y así se puede cotejar la una con la otra, porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal, en haber sido fundadas por sus primeros reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones, que conquistaron y sujetaron a su imperio. La tercera, en las leyes tantas, y tan buenas y bonísimas, que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta, en los varones, tantos y tan excelentes, q' engendraron, y con su buena doctrina urbana, y militar criaron. En los cuales Roma hizo ventaja al Cosco, no por haberlos criado mejores, sino por haber sido más venturosa en haber alcanzado letras, y eternizado con ellas a sus hijos, que los tuvo, no menos ilustres por las ciencias, que escelentes por las armas; los cuales se honraron al trocado unos a otros: estos haciendo hazañas en la guerra y en la paz; y aquellos escribiendo las unas y las otras, para honra de su patria, y perpetua memoria de todos ellos, no sé cuales dellos hicieron más, si los de las armas, o los de las plumas: que por ser estas facultades tan heroicas, corren lanzas parejas, como se vé, en el muchas veces grande, Julio César, que las ejercitó ambas con tantas ventajas, que no se determina en cual dellas fué más grande. Tambien se duda cual destas dos partes de varones famosos debe más a la otra: si los guerreadores a los escritores, porque escribieron sus hazañas, y

las eternizaron para siempre. O si los de las letras, a los de las armas, porque les dieron tan grandes hechos, como los que cada día hacían, para que tuvieran que escribir toda su vida. Ambas partes tienen mucho que alegar, cada una en su favor: dejarlas hemos, por decir la desdicha de nuestra patria; que aunque tuvo hijos esclarecidos en armas, y de gran juicio y entendimiento, y muy hábiles y capaces para las ciencias, porque no tuvieron letras, no dejaron memoria de sus grandes hazañas y agudas sentencias; y así perecieron ellas y ellos, juntamente con su república. Solo quedaron algunos de sus hechos y dichos, encomendados a una tradición flaca. y miserable enseñanza de palabra de padres a hijos; la cual también se ha perdido con la entrada de la nueva gente, y trueque de señorío y gobierno ageno, como suele acaecer siempre que se pierden, y truecan los imperios.

Yo, incitado del deseo de la conservación de las antiguallas de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan escesivo, como hasta aquí me ha sido, y delante me ha de ser, el escribir su antigua república, hasta acabarla; y porque la ciudad del Cosco, madre y señora della, no quede olvidada en su particular, determiné dibujar en este capítulo, la descripción della, sacada de la misma tradición, que como a hijo natural me cupo, y de lo que yo con propios ojos ví, diré los nombres antiguos, que sus barrios tenían, que hasta el año de 1560, que yo salí della, se conservaban en su antigüedad. Después acá se han trocado algunos nombres de aquellos, por las iglesias parroquiales, que en algunos barrios se han labrado.

El rey Manco Capac, considerando bien las comodidades, que aquel hermoso valle del Cosco tiene, el sitio llano, cercado por todas partes de sierras altas, con cuatro arroyos de agua, aunque pequeños, que riegan todo el valle y que en medio dél había una hermosísima fuente de agua salobre para hacer sal, y que la tierra era fértil, y el aire sano, acordó fundar su ciudad imperial en aquel sitio, conformándose, como decían los indios, con la voluntad de su padre el sol, que según la seña que le dió de la varilla de oro, quería que asentase allí su corte, porque había de ser cabeza de su imperio. El temple de aquella ciudad antes es frío, que caliente; más no tanto que obligue a que busquen fuego para calentarse; basta entrar en un aposento, donde no corra aire, para perder el frío que traen de la calle, más si hay brasero encendido, sabe muy bien; y si no lo hay, se pasan sin él. Lo mismo en la ropa del vestir, que si se hacen a andar como de verano, les basta; y si como de invierno, se hallan bien. En la ropa de la cama es lo mismo, que si no quieren más de una frisada, tienen harto, y si quieren tres, no congojan; y esto es todo el año, sin diferencia del invierno al verano, y lo mismo es en cualquiera otra region fría, templada o caliente de aquella tierra, que siempre es de una misma manera En el Cosco, por participar, como decimos, más de frío y seco, que de calor y humido, no se corrompe la carne; q' si cuelgan un cuarto della, en un aposento que tenga ventanas abiertas,

se conserva ocho días, y quince, y treinta y ciento, hasta que se seca como un tasajo. Esto ví en la carne del ganado de aquella tierra, no sé que será en la del ganado que han llevado de España, si por ser la del carnero de acá más caliente que la de allá, hará lo mismo, o no sufrirá tanto, que esto no lo ví, porque en mis tiempos, como adelante diremos, aún no se mataban carneros de Castilla, por la poca cria que había dellos. Por ser el temple frío no hay moscas en aquella ciudad, sino muy pocas, y esas se hallan al sol, que en los aposentos no entra ninguna. Mosquitos de los que pican, no hay ninguno, ni otras sabandijas enfadosas; de todas es limpia aquella ciudad. Las primeras casas, y moradas dellas, se hicieron en laderas y faldas del cerro, llamado Sacsahuaman, que está entre el Oriente y el Septentrion de la ciudad. En la cumbre de aquel cerro edificaron después los sucesores deste Inca, aquella soberbia fortaleza, poco estimada, antes aborrecida de los mismos que la ganaron, pues la derribaron en brevísimo tiempo. La ciudad estaba dividida en las dos partes que al principio se dijo, Hanan Cosco, que es Cosco el alto y Hurin Cosco, que es Cosco el bajo. Dividíalas el camino de Antisuyu, que es el que va al Oriente, la parte Septentrional se llamaba, Hanan Cosco, y la Meridional, Hurin Cosco. El primer barrio que era el más principal, se llamaba Collcampata. Collcam, debe de ser dicción de la lengua particular de los Incas, no sé que signifique. Pata, quiere decir anden. También significa grada de escalera; y porque los andenes se hacen en forma de escalera, les dieron este nombre; tambien quiere decir poyo, cualquiera que sea.

En aquel anden fundó el Inca Manco Capac su casa real, que después fué de Paullu, hijo de Huaina Capac. Yo alcancé della un galpon muy grande, y espacioso, que servía de plaza en días lloviosos, para solemnizar en él sus fiestas principales. Solo aquel galpon quedaba en pié cuando salí del Cosco, que otros semejantes, de que diremos, los dejé todos caídos. Luego se sigue, yendo en cerco hácia el Oriente, otro barrio llamado Cantutpata, quiere decir anden de clavelinas. Llaman Cantut a unas flores muy lindas, que asemejan en parte a las clavelinas de España. Antes de los españoles no había clavelinas en aquella tierra. Seméjase el Cantut en rama, y hoja y espinas, a las cambroneras de la Andalucía; son matas muy grandes, y porque en aquel barrio las había grandísimas (que aún yo las alcancé) le llamaron así. Siguiendo el mismo viaje en cerco al Levante, se sigue otro barrio, llamado Pumacurcu, quiere decir, viga de leones: Puma es leon, Curcu, viga; porque en unas grandes vigas q' había en el barrio, ataban los leones, que presentaban al Inca, hasta domesticarlos y ponerlos donde habían de estar. Luego se sigue otro barrio grandísimo, llamado Tococachi, no se qué signifique la compostura deste nombre, porque Toco quiere decir ventana; Cachi es la sal que se come. En buena compostura de aquel lenjuage dirá sal de ventana, que no sé qué quisiesen decir por él; sino es que sea nombre propio, y tenga otra significación que yo no sepa. En

este barrio estuvo edificado primero el convento del divino San Francisco. Torciendo un poco al Mediodía, yendo en cerco, se sigue el barrio que llaman Munaycenca quiere decir, ama la nariz; porque Muna es amar o querer y Cenca es nariz. A qué fin pusiesen tal nombre no lo sé, debió ser con alguna ocasión o superstición, que nunca los ponían acaso. Yendo todavía con el cerco al Mediodía, se sigue otro gran barrio, que llaman Rimacpampa; quiere decir la plaza que habla, porque en ella se apregonaban algunas ordenanzas, de las que para el gobierno de la república tenían hechas. Apregonábanlas a sus tiempos, para que los vecinos las supiesen y acudiesen a cumplir lo que por ellas se les mandaba, y porque la plaza estaba en aquel barrio, le pusieron el nombre de ella. Esta plaza sale al camino real que va a Collasuyu. Pasado el barrio de Rimacpampa, está otro al Mediodía de la ciudad, que se dice Pumapchupan, quiere decir cola de leon; porque aquel barrio fenece en punta por dos arroyos, que al fin dél se juntan, haciendo punta de escuadra. También le dieron este nombre, por decir que era aquel barrio lo último de la ciudad, quisieron honrarle con llamarle Cola y Cabo del León, Sin esto tenían leones en él y otros animales fieros. Lejos deste barrio, al Poniente dél, había un pueblo de más de trescientos vecinos, llamado Cayaucachi. Estaba aquel pueblo más de mil pasos de las casas últimas de la ciudad. Esto era el año de mil y quinientos y sesenta; ahora que es el año de mil y seiscientos y dos que escribo esto, está ya (según me han dicho) dentro en el Cosco, cuya población se ha extendido tanto, que lo ha abrazado en sí por todas partes.

Al Poniente de la ciudad, otros mil pasos della, había otro barrio llamado Cbaquillchaca, q' también es nombre impertinente para compuesto, si ya no es propio. Por allí sale el camino real, q' va a Cuntisuyn; cerca de aquel camino están dos caños de muy linda agua, que va encañada por debajo de tierra, no saben decir los indios de dónde la llevaron, porque es obra muy antigua, y también porque van faltando las tradiciones de cosas tan particulares. Llaman Collquemachachuay a aquellos caños, quiere decir, culebras de plata, porque el agua se asemeja en lo blanco a la plata, y los caños a las culebras, en las vueltas que van dando por la tierra. También me han dicho, q' llega ya la población de la cuidad hasta Chaquillchaca. Yendo con el mismo cerco, volviendo del Poniente hácia el Norte, había otro barrio llamado Pichu. También estaba fuera de la ciudad. Adelante deste, siguiendo el mismo cerco, había otro barrio llamado Quillipata, el cual también estaba fuera de lo poblado. Más adelante, al Norte de la ciudad, yendo con el mismo cerco, está el gran barrio llamado Carmenca, nombre propio, y no de la lengua general. Por él sale el camino real que va a Chinchasuyu. Volviendo con el cerco hácia el Oriente, está luego el barrio llamado Huacapuncu, quiere decir, la Puerta del Santuario; porque Huaca, como en su lugar declaramos, entre otras muchas significaciones que tiene, quiere decir, templo o santuario. Puncu, es puerta; llamáronle así, porque

por aquel barrio entra el arroyo que pasa por medio de la plaza principal del Cosco, y con el arroyo baja una calle muy ancha y larga,y ambos atraviesan toda la ciudad, y legua y media della van a juntarse con el camino real de Collasuyu. Llamaron aquella entrada, Puerta del Santuario o del Templo, porque demás de los barrios dedicados para templo del sol, y para la casa de las vírgenes escogidas, que eran sus principales santuarios, tuvieron toda aquella ciudad por cosa sagrada, y fué uno de sus mayores ídolos; y por este respecto llamaron esta entrada del arroyo y de la calle. Puerta del Santuario, y a la salida del mismo arroyo y calle, dijeron Cola del León, por decir q' su ciudad era santa en sus leyes, y vana religión, y un leon en sus armas y milicia. Este barrio Huacapuncu, llega a juntarse con el de Collcampata, de donde empezamos a hacer el cerco de los barrios de la ciudad, y así queda hecho el cerco entero.

CAPITULO IX

LA CIUDAD CONTENIA LA DESCRIPCION DE TODO EL IMPERIO

LOS Incas dividieron aquellos barrios, conforme a las cuatro partes de su imperio, que llamaron Tahuantinsuyu, y esto tuvo principio desde el primer Inca Manco Capac, que dió orden que los salvages, que reducía a su servicio, fuesen poblando, conforme a los lugares de donde venían. Los del Oriente al Oriente, y los del Poniente al Poniente, y así a los demás. Conforme a esto, estaban las casas de aquellos primeros vasallos en la redondez de la parte de adentro de aquel gran cerco, y los que se iban conquistando, iban poblando conforme a los sitios de sus provincias. Los curacas hacían sus casas, para cuando viniesen a la corte, y cabe las del uno hácia el otro las suyas, y luego otro y otro, guardando cada uno dellos el sitio de su provincia: que si estaba a mano derecha de su vecina, labraba sus casas a su mano derecha y si a la izquierda, a la izquierda, y sí a las espaldas, a las espaldas: por tal orden y concierto, q' bien mirados aquellos barrios y las casas de tantas y tan diversas naciones como en ellas vivían, se veía y comprehendía todo el imperio junto, como en el espejo o en una pintura de cosmografía. Pedro de Cieza, escribiendo el sitio del Cosco, dice al mismo propósito lo que se sigue, capítulo noventa y tres: y como esta ciudad estuviese llena de naciones estrangeras y tan peregrinas, pues había indios de Chile, Pasto, Cañares, Chachapoyas, Huancas, Collas, y de los demás linages de que hay en las provincias ya dichas. Cada linage dellos estaba por sí en el lugar y parte que le era señalado por los gobernadores de la misma ciudad. Estos guardaban las costumbres de sus padres, andaban al uso de sus tierras, y aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácil mente se conocían con las señales que en las cabezas se ponían &. Hasta quí es le Pedro de Cieza.

Las señales que traían en las cabezas eran maneras de tocados que cada nación y cada provincia traía, diferente de la otra, para ser conocida. No fué invención de los Incas sino uso de aquellas gentes, los reyes mandaron que se conservase, porque no se confundiesen las naciones y linages de Pasto a Chile, según el mismo autor, capítulo treinta y ocho, hay más de mil y trecientas leguas. De manera, que en aquel gran cerco de barrios y casas vivían solamente los vasallos de todo el imperio, y no los Incas, ni los de su sangre real: eran arrabales de la ciudad, la cual iremos ahora pintando por sus calles de Septentrional al Mediodía y los barrios y casas, que hay entre calle y calle, como ellas van, diremos las casas de los reyes, y a quien cupieron en el repartimiento, que los españoles hicieron dellas cuando las ganaron.

Del cerro llamado Sacsahuaman desciende un arroyo de poca agua, y corre Norte Sur. hasta el postrer barrio llamado Pumapchupan. Va dividiendo la ciudad de los arrabales. Más adentro de la ciudad hay una calle que ahora llaman la de San Agustín, que sigue el mismo viage Norte Sur, descendiendo dende las casas del primer Inca Manco Capac hasta en derecho de la plaza Rimacpampa. Otras tres o cuatro calles, atraviesan de Oriente a Poniente aquel largo sitio que hay entre aquella calle y el arroyo. En aquel espacio largo y ancho vivían los Incas de la sangre real, divididos por sus Ayllus, que es linages, que aunque todos ellos eran de una sangre, y de un linage, descendientes del rey Manco Capac, con todo eso hacían sus divisiones de descendencia de tal, o tal rey, por todos los reyes que fueron, diciendo: estos descienden del Inca Fulano, y aquellos del Inca sutano, y asi por todos los demás. Y esto es lo que los histoariadores españoles dicen en confuso, que tal Inca hizo tal linage, y tal Inca otro linage llamado tal, dando a entender, que eran diferentes linages, siendo todo uno, como lo dan a entender los indios con llamar en comun a todos aquellos linages divididos, Capac Ayllu, q' es linage augusto de sangre real: también llamaron Inca, sin division alguna, a los varones de aquel linage, que quiere decir, varón de la sangre real; y a las mujeres Palla, que es muger de la misma sangre real. En mis tiempos vivían en aquel sitio, descendiendo de lo alto de la calle, Rodrigo de Pineda, Joan de Saavedra, Diego Ortiz de Guzmán, Pedro de los Ríos y su hermano Diego de los Ríos, Hierónimo Costillas, Gaspar Jara, cuyas eran las casas que ahora son convento del divino Augustino, Miguel Sanchez, Juan de Santa Cruz, Alonso de Soto, Gabriel Carrera, Diego de Trujillo, conquistador de los primeros y uno de los trece compañeros que perseveraron con don Francisco Pizarro, como en su lugar diremos. Anton Ruiz, Joan de Salas, hermano del Arzobispo de Sevilla, e Inquisidor general, Valdez de Salas, sin otros, de que no me acuerdo, todos eran señores de vasallos que tenían repartimiento de indios de los segundos conquistadores del Perú. Sin estos vivían en aquel sitio otros muchos españoles, que no tenían indios. En una de aquellas casas se fundó el convento del divino Augustino, después que yo salí de aquella

ciudad. Llamamos conquistador de los primeros, a cualquiera de los ciento y sesenta españoles que se hallaron con don Francisco Pizarro en la prisión de Atahuallpa; y los segundos son los que entraron con don Diego de Almagro, y los que fueron con don Pedro de Alvarado, que todos entraron casi juntos; a todos estos dieron nombre de conquistadores del Perú, y no a más, y los segundos honraban mucho a los primeros, aunque algunos fuesen de menos cantidad, y de menos calidad que ellos, porque fueron primeros.

Volviendo a lo alto de la calle de San Agustín, para entrar más adentro en la ciudad, decimos que en lo alto della está el convento de Santa Clara. Aquellas casas fueron primero de Alonso Díaz, yerno del Gobernador Pedro Arias de Avila. A mano derecha del convento hay muchas casas de españoles, entre ellas estaban las de Francisco de Barrientos, que después fueron de Juan Alvarez Maldonado. A mano derecha dellas están las que fueron de Hernando Bachicao, y después de Juan Alonso Palomino: de frente dellas al Mediodía están las casas episcopales, las cuales fueron antes de Juan Balsa, y luego fueron de Francisco de Villacastin. Luego está la iglesia Catedral que sale a la plaza principal. Aquella pieza en tiempo de los Incas, era un hermoso galpón que en días lloviosos les servía de plaza para sus fiestas. Fueron casas del Inca Virachocha, octavo rey. Yo no alcancé dellos más del galpón. Los españoles, cuando entraron en aquella ciudad, se alojaron todos en él por estar juntos para lo que se les ofreciese. Yo la conocí cubierta de paja, y la vi cubrir de teja. Al Norte de la iglesia mayor, calle en medio, hay muchas casas con sus portales, que salen a la plaza principal; servían de tiendas para oficiales. Al mediodía de la iglesia Mayor, calle en medio, estaban las tiendas principales de los mercaderes más caudalosos.

A las espaldas de la iglesia, están las casas que fueron de Juan de Berrio, y otras, de cuyos dueños no me acuerdo.

A las espaldas de las tiendas principales, están las casas que fueron de Diego Maldonado, llamado el Rico; porque lo fué más que otro alguno de los del Perú; fué de los primeros conquistadores. En tiempo de los Incas se llamaba aquel sitio Hatuncancha; quiere decir, barrio grande. Fueron casas de uno de los reyes, llamado Inca Yupanqui Al Mediodía de las de Diego Maldonado, calle en medio, están las que fueron de Francisco Hernandez Girón. Adelante de aquellas al mediodía, están las casas que fueron de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, y Francisco de Frías, y Sebastián de Casalla, con otras muchas, que hay a sus lados y espaldas. Llámase aquel barrio Puca Marca, quiere decir, Barrio colorado. Fueron casas de rey Tupac Inca Yupanqui. Adelante de aquel barrio al Mediodía, está otro grandísimo barrio, que no me acuerdo de su nombre: en él están las casas que fueron de Alonso de Loaisa, Martín de Meneses, Joan de Figueroa, don Pedro Puerto-Carrero, García de Melo, Francisco Delgado, sin otras muchas de señores de vasallos, cuyos nombres se me han

ido de la memoria. Más adelante de aquel barrio, yendo todavía al Sur, está la plaza llamada Intipampa, quiere decir, plaza del sol, porque estaba delante de la casa y templo del sol, donde llegaban los que no eran Incas con las ofrendas que le llevaban, porque no podían entrar dentro en la casa. Allí las recebían los sacerdotes, y las presentaban a la imagen del sol, que adoraban por dios. El barrio donde estaba el templo del sol se llamaba Coricancha, que es barrio de oro, plata y piedras preciosas, que como en otra parte dijimos, había en aquel templo y en aquel barrio. Al cual se sigue el que llaman Pumapchupan, que son ya arrabales de la ciudad

CAPITULO X

EL SITIO DE LAS ESCUELAS, Y EL DE TRES CASAS REALES, Y EL DE LAS ESCOGIDAS

PARA decir los barrios que quedan, me conviene volver al Barrio Huacapuncu, que es puerta del santuario, que estaba al Norte de la plaza principal de la ciudad, al cual se le seguía, yendo al Mediodía, otro barrio grandísimo, cuyo nombre se me ha olvidado; podrémosle llamar el barrio de las escuelas, porque en él estaban las que fundó el rey Inca Roca, como en su vida dijimos. En indio, dicen Yacha Huasi que es casa de enseñanza. Vivían en él los sabios y maestros de aquella república, llamados Amauta, q' es filósofo, y Haravec que es poeta, los cuales eran muy estimados de los Incas, y de todo su imperio, tenían consigo muchos de sus discípulos, principalmente los que eran de la sangre real. Yendo del barrio de las Escuelas al Mediodía, están dos barrios, donde había dos casas reales, que salían a la plaza principal. Tomaban todo el lienzo de la plaza, la una dellas, que estaban al Levante de la otra, se decía Coracora, quiere decir herbazales, porque aquel sitio era un gran herbazal y la plaza que está adelante, era un tremadal o cenegal, y los Incas mandaron ponerla como está. Lo mismo dice Pedro de Cieza, capítulo noventa y dos. En aquel herbazal fundó el rey Inca Roca su casa real, por favorecer las escuelas, yendo muchas veces a ellas a oir a los maestros. De la casa Coracora no alcancé nada, porque ya en mis tiempos estaba todo por el suelo: cupo en suerte cuando, se repartió la ciudad, a Gonzalo Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizazarro que fué uno de los que la ganaron. A este caballero conocí en el Cosco después de la batalla de Huarina, y antes de la de Sacsahuana; tratábame como a hijo propio; era yo de ocho a nueve años. La otra. casa real que estaba al Poniente de Coracora, se llamaba Cassana, que quiere decir, cosa para helar. Pusiéronle este nombre por admiración, dando a entender que tenía tan grandes como hermosos edificios, que habían de helar y pasmar al q' los mirase con atención. (65) Eran casas del gran Inca Pachacutec, bisnieto de Inca Roca, que por favorecer las escuelas que su bisabuelo fundó, mandó labrar su casa cercadel las.

---

(65) La etimología es muy arbitraria y forzada si se hace derivar de *Casas* o *Caxa*=hielo, en aimará *cassa* o *caxa*, es abierto, amplio, y quizá si en esta significación se halle el verdadero nombre dado al palacio de Cassana, ya que no es raro encontrar en esta región nombres aimaras.

Aquellas dos casas reales tenían a sus espaldas las escuelas. Estaban las unas y las otras todas juntas sin división. Las escuelas tenían sus puertas principales a la calle y al arroyo. Los reyes pasaban por los postigos a oir las lecciones de sus filósofos y el Inca Pachacutec las leía muchas veces declarando sus leyes y estatutos q' fué gran legislador. En mi tiempo abrieron los españoles una calle, q' dividió las escuelas de las casas reales, de la que llamaban Cassana, alcancé mucha parte de las paredes que eran de cantería ricamente labrada, que mostraban haber sido aposentos reales y un hermosísimo galpón, que en tiempo de los Incas, en días lloviosos, servía de plaza para sus fiestas y bailes. Era tan grande que muy holgadamente pudieran sesenta de a caballo, jugar cañas dentro en él. Al convento de San Francisco ví en aquel galpón, que porque estaba lejos de lo poblado de los españoles, se pasó a él desde el barrio Tococachi, donde antes estaba. En el galpón tenían apartado para iglesia un gran pedazo, capaz de mucha gente: luego estaban las celdas, dormitorio y refitorio, y las demás oficinas del convento; y si estuviese descubierto, dentro pudieran hacer claustro. Dió el galpón y todo aquel sitio a los frailes Juan de Pancorvo, conquistador de los primeros, a quien cupo aquella casa real en el repartimiento, que se hizo de las casas. Otros muchos españoles tuvieron parte en ellas; más Juan de Pancorvo las compró todas a los principios, cuando se daban de balde. Pocos años después se pasó el convento donde ahora está, como en su lugar diremos, tratando de la limosna, que los de la ciudad hicieron a los religiosos para comprar el sitio, y la obra de la iglesia. También ví derribar el galpón, y hacer en el barrio Cassana las tiendas con sus portales, como hoy están, para morada de mercaderes y oficiales.

Delante de aquellas casas, que fueron casas reales, está la plaza principal de la ciudad, llamada Haucaipata, que es anden o plaza de fiestas y regocijos. Tendrá Norte Sur doscientos pasos de largo, poco más o menos, que son cuatrocientos pies. y Leste Hueste ciento y cincuenta pasos de ancho, hasta el arroyo. Al cabo de la plaza, al Mediodía della, había otras dos casas reales, la que estaba cerca del arroyo, calle en medio, se llamaba Amarucancha, que es barrio de las culebras grandes, estaba de frente de Cassana. Fueron casas de Huaina Capac, ahora son de la santa Compañía de Jesús. Yo alcancé — dellas un galpón grande, aunque no tan grande como el de la Cassana. Alcancé también un hermosísimo cubo redondo, que estaba en la plaza delante de la casa. En otra parte diremos de aquel cubo que por haber sido el primer aposento que los españoles tuvieron en aquella ciudad (demás de su gran hermosura) fuera bien que los sustentáran los ganadores della. No alcancé otra cosa de aquella casa real, toda la demás estaba por el suelo. En el primer repartimiento cupo lo principal desta casa real, que era lo que salía a la plaza; a Hernando Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizarro, que también fué de los primeros ganadores de aquella ciudad. A este caballero ví en la corte de Madrid, año de mil y qui-

nientos y sesenta y dos. Otra parte cupo a Mancio Serra de Leguizamo, (66) de los primeros conquistadores. Otra parte a Antonio Altamirano, al cual conocí dos casas, debió de comprar la una dellas. Otra parte se señaló para carcel de españoles. Otra parte cupo a Alonso Mazuela, de los primeros conquistadores, despues fue de Martín Dolmos. Otras partes cupieron a otros, de los cuales no tengo memoria. Al Oriente de Amarucancha, la calle del Sol en medio, está el barrio llamado Acllahuasi, que es casa de escogidas, donde estaba el convento de las doncellas dedicadas al sol, de las cuales dimos larga cuenta en su lugar, y de lo que yo alcancé de sus edificios, resta decir, q' en el repartimiento cupo parte de aquella casa a Francisco Mejia, y fué lo que sale al lienzo de la plaza, que también se ha poblado de tiendas de mercaderes. Otra parte cupo a Pedro del Barco, y otra parte al licenciado de la Gama, (67) y otras, a otros, de que no me acuerdo..

Toda la poblazon que hemos dicho de barrios y casas reales estaba al Oriente del arroyo que pasa por la plaza principal; donde es de advertir q' los Incas tenían aquellos tres galpones a los lados y frente de la plaza, para hacer en ellos sus fiestas principales, aunque lloviese, los días en que cayesen las tales fiestas, que eran por las lunas nuevas, de tales o tales meses, y por los solsticios. En el levantamiento general, que los indios hicieron contra los españoles, cuando quemaron toda aquella ciudad, reservaron del fuego los tres galpones, de los cuatro que hemos dicho, que son el de Collcampata, Cassana y Amarucancha, y sobre el cuarto, que era alojamiento de los españoles, que ahora es iglesia catedral, echaron innumerables flechas con fuego, y la paja se encendió en más de veinte partes, y se volvió apagar, como en su lugar diremos, que no permitió Dios, que aquel galpón se quemase aquella noche, ni otras muchas noches y días que procuraron quemarlo, que por estas maravillas y otras semejantes, q', el Señor hizo, para que su fé católica entrara en aquel imperio, lo ganaron los españoles. También reservaron el templo del sol, y la casa de las vírgenes escogidas. Todo los demás quemaron, por quemar a los españoles.

---

(66) Mancio Sierra de Leguizamo, uno de los primeros conquistadores, compañero de D. Francisco Pizarro y fundador y vecino del Cusco. Le cupo en el reparto de los tesoros hallados en la ciudad imperial, la efigie de oro del sol, la que jugó en una noche, dando motivo su acción al adagio aquel de *jugarse el sol antes que nazca.* Casó Mancio Sierra con doña Betriz Coya, hermana del Inca Manco II, y de ella tuvo un hijo llamado Juan. Una extensa biografía de este conquistador, cuyos últimos descendientes son los Diez de Medina, de la república de Bolivia, se puede leer escrita por José Rosendo Gutierrez en el tomo II de *La Revista Peruana.*

(67) D. Antonio de la Gama. Véase noticia sobre este interesante personaje que jugó papel importante en las guerras civiles de los Pizarro, en Mendiburu. Dic. his. bio. del Perú, p. 9 y sigs.

CAPITULO XI

LOS BARRIOS Y CASAS QUE HAY AL PONIENTE DEL ARROYO

TODO lo que hemos dicho de las casas reales, y poblazon de aquella ciudad estaba al Oriente del arroyo, que pasa por medio della. Al Poniente del arroyo está la plaza, que llaman Cusipata, que es anden de alegría y regocijo. En tiempo de los Incas aquellas dos plazas estaban hechas una, todo el arroyo estaba cubierto con vigas gruesas y encima dellas losas grandes para hacer suelo; porque acudían tantos señores de vasallos a las fiestas principales que hacían al sol, que no cabían en la plaza que llamamos principal: por esto la ensancharon con otra, poco menos grande que ella. El arroyo cubrieron con vigas porque no supieron hacer bóveda. Los españoles gastaron la madera, y dejaron cuatro puentes a trechos, que yo alcancé, y eran también de madera. Después hicieron tres de bóveda, que yo dejé. Aquellas dos plazas en mis tiempos no estaban divididas, ni tenían casas a una parte y a otra del arroyo como ahora la tienen. El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, siendo corregidor Garcilaso de la Vega, mi señor, se labraron y adjudicaron para propios de la ciudad, que la triste, aunque había sido señora y emperatriz de aquel gran imperio, no tenía entonces un maravedí de renta: no sé lo que tiene ahora. Al Poniente del arroyo, no habían hecho edificios los reyes Incas, solo había el cerco de los arrabales, que hemos dicho. Tenian guardado aquel sitio, para que los reyes sucesores hicieran sus casas, como habían hecho los pasados; q' aunque es verdad, q' las casas de los antecesores también eran de los sucesores, ellos mandaban labrar por grandeza y magestad otras, para sí; porque retuviesen el nombre del que las mandó labrar, como todas las demás cosas que hacían, que no perdían los nombres de los Incas sus dueños: lo cual no deja de ser particular grandeza de aquellos reyes. Los españoles labraron sus casas en aquel sitio, las cuales iremos diciendo, siguiendo el viage, Norte Sur, como ellas están, y cuyas eran cuando yo las dejé.

Bajando con el arroyo desde la puerta Avacapuncu, las primeras casas eran de Pedro de Orue: luego seguían las de Juan de Pancorvo, y en ellas vivía Alonso de Marchena, q' aunque tenía indios, no quería Juan de Pancorvo, que viviese en otra casa, por la mucha y antigua amistad, q' siempre tuvieron. Siguiendo el mismo viage, calle en medio, están las casas, que fueron de Hernan Bravo de Laguna, que antes fueron de Antonio Navarro, y Lope Martín, de los primeros conquistadores. Otra había pegada, a ésta, que por ser españoles, que no tenían indios no los nombramos; y lo mismo se entienda de los barrios que hemos dicho, y dijéremos; porque hacer otra cosa fuera proligidad insufrible. A las casas de Hernan Bravo sucedían las q' fueron de Alonso de Hinojosa, q' antes fueron del licenciado Carvajal, hermano del fator Illen Suarez Carvajal, de quien hacen mención las historias del Perú: siguiendo el mismo viaje, Norte Sur, sucede la plaza Cusipata, que hoy llaman de Nuestra Señora de las Mercedes; en ella están los indios e indias, que con sus miserias hacían en mis tiempos oficios de mercaderes, trocando unas cosas por otras; porque en aquel tiempo no había uso de moneda labrada, ni se labró en los veinte años después, era como feria o mercado, q' los indios llaman Catu. Pasada la plaza al Mediodía della, está el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que abraza todo un barrio de cuatro calles; a sus espaldas, calle en medio, había otras casas de vecinos que tenían indios, que por no acordarme de los nombres de sus dueños no las nombro: no pasaba entonces la poblazon de aquel puesto.

Volviendo al barrio llamado Carmenca, para bajar con otra calle de casas, decimos, que las más cercanas a Carmenca son las que fueron de Diego de Silva, que fué mi padrino de confirmación, hijo del famoso Feliciano de Silva. Al Mediodía destas, calle en medio, estaban las de Pedro Lopez de Cazalla, secretario que fué del presidente Gasca y las de Juan de Betanzos, y otras muchas que hay a un lado y a otro, y a las espaldas de aquellas, cuyos dueños no tenían indios. Pasando adelante, al Mediodía, calle en medio, están las casas que fueron de Alonso de Mesa, conquistador de los primeros, las cuales salen a la plaza de nuestra Señora: a sus lados y espaldas hay otras muchas colaterales, de que no se hace mención: las casas que están al Mediodía de las de Alonso de Mesa, calle en medio, fueron de Garcilaso de la Vega, mi señor: tenía encima de la puerta principal un corredorcillo largo y angosto, donde acudían los señores principales de la ciudad a ver las fiestas de sortija, toros y juegos de cañas, que en aquella plaza se hacían; y antes de mi padre fueron de un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Francisco de Oñate, que murió en la batalla de Chupas. De aquel corredorcillo y de otras partes de la ciudad, se vé una punta de sierra nevada, en forma de pirámide, tan alta, que con estar veinte y cinco leguas della, y haber otras sierras en medio, se descubre mucha altura de aquella punta: no se ven peñas, ni riscos, sino nieve pura y



CUSCO.- Casa entre la plaza y la calle de la Coca, que perteneció al capitan Garcilaso de la Vega y donde nació el historiador.—Estado actual.



Puerta de entrada de la cosa de Garcilaso que hace frente a la calle de la Coca, donde se ha colocado una placa conmemorativa.

perpetua, sin menguar jamás (68) Llámanle ¡Villcanuta, quiere decir cosa sagrada o maravillosa, más que las comunes, porque este nombre Villca, nunca lo dieron, sino a cosas dignas de admiración: y cierto aquella pirámide lo es sobre todo encarecimiento, que della se pueda hacer, Remítome a los q' la han visto o la vieren. Al Poniente de las casas de mi padre estaban las de Vasco de Guevara, conquistador de los segundos, que después fueron de la Coya doña Beatriz hija de Huaina Capac. Al Mediodía estaban las de Antonio de Quiñones, q' también salían a la plaza de Ntra. Sra., calle en medio. Al Mediodía de las de Antonio de Quiñones estaban las de Tomás Vasquez, conquistador de los primeros. Antes dél, fueron de Alonso de Toro, teniente general, q' fué de Gonzalo Pizarro. Matóle su suegro Diego Gonzales de puro miedo q' dél hubo en ciertos enojos caseros. Al Poniente de las de Tomás Vasquez estaban las q' fueron de D. Pedro Luis de Cabrera y después fueron de Rodrigo de Esquivel. Al Mediodía de las de Tomás Vasquez estaban las de D. Antonio Pereira, hijo de Lope Martín, portugues. Luego se seguían las casas de Pedro Alonso Carrasco, conquistador de los primeros. Al Mediodía de las casas de Pedro Alonso Carrasco había otras de poco momento, y eran las últimas de aeuel barrio, el cual se iba poblando por los años de mil y quinientos y cincuenta y siete, y cincuenta y ocho. Volviendo a las faldas de cerro Carmenca, decimos, que al Poniente de las casas de Diego de Silva, están las q' fueron de Francisco de Villafuerte, conquistador de los primeros, y uno de los trece compañeros de D. Francisco Pizarro. Al Mediodía dellas, calle en medio, había un anden muy ancho y largo, no tenia casas. Al Mediodia de aquel anden, había otro hermosísimo, donde ahora está el convento del divino San Francisco. Delante del convento está una muy grande plaza, al Mediodía della, calle en medio, están las casas de Juan Julio de Hojeda, de los primeros conquistadores, padre de don Gomez de Tordoya, que hoy vive. Al Poniente de las casas de D. Gomez, estaban las que fueron de Martin de Arbieto, y por aquel parage el año de mil y quinientos y sesenta no había más poblazon. Al Poniente de las casas de Martín de Arbieto, está un llano muy grande, q' en mis tiempos servía de ejercitar los caballos en él, al cabo de el llano labraron aquel rico y famoso hospital de indios, q' está en él, fundóse año de mil y quinientos y cincuenta y cinco o cincuenta y seis, como luego diremos. La poblazon que entonces había era la que hemos dicho. La que ahora hay más, se ha poblado de aquel año acá. Los caballeros que he nombrado en este discurso, todos eran muy nobles en sangre y famosos en armas, pues ganaron aquel riquísimo imperio. Los más dellos conocí, que de los nombrados no me faltaron diez por conocer.

---

(68) En los grabados, adjuntos a estos capitulos, quedan marcados el sitio que ocupó la casa del historiador.

CAPITULO XII

DOS LIMOSNAS QUE LA CIUDAD HIZO PARA OBRAS PIAS

PARA tratar de la fundación de aquel hospital, y de la limosna primera que para ella se juntó, me conviene decir primero de otra limosna, que los vecinos de aquella ciudad hicieron a los religiosos del divino San Francisco, para pagar el sitio, y el cuerpo de la iglesia, q' hallaron labrado; porque lo uno sucedió a lo otro, y todo pasó siendo corregidor del Cosco Garcilaso de la Vega, mi señor. Es así, que estando el convento en Cassana, como hemos dicho, los frailes, no sé con qué causa pusieron demanda a Juan Rodriguez de Villalobos, cuyo era el sitio y lo q' en el estaba labrado, y llevaron carta y sobrecarta de la chancillería de los reyes, para q' les diesen la posesión del sitio, pagando a Villalobos lo q' se apreciase que valían aquellos dos andenes, y lo labrado de la iglesia. Todo ello apreció en veinte y dos mil y doscientos ducados, Era entonces guardian un religioso de los recoletos, llamado Fray Juan Gallegos, hombre de santa vida, y de mucho ejemplo, el cual hizo la paga dentro en casa de mi padre, que fué el que le dió la posesión, y llevó aquella cantidad en barras de plata. Admirándose los presentes, de que unos religiosos tan pobres hiciesen una paga tan cumplida y rica, y en tan breve tiempo, porque vino mandado, que se hiciese dentro de tiempo limitado. Dijo el guardián: señores, no os admiréis que son obras del cielo, y de la mucha caridad desta ciudad, que Dios guarde, y para que sepáis cuán grande es, os certifico, que el lunes desta semana en que estamos, no tenía trescientos ducados para esta paga, y hoy jueves por la mañana me hallé con la cantidad que veis presente; porque acudieron estas dos noches en secreto, así vecinos, que tienen indios, como caballeros soldados, que no los tienen, con sus limosnas, en tanta cantidad, que despedí muchas dellas, cuando ví que tenía bastante recaudo; y más os digo, que estas dos noches pasadas no nos dejaron dormir, llamando a la portería con su caridad y limosnas. Todo esto dijo aquel buen religioso, de la liberalidad de aquella ciudad, y yo lo oí. Para decir ahora de la fundación de aquel hospital, es de saber, que a este guardián sucedió

otro, llamado Fray Antonio de San Miguel, de la muy noble familia, que deste apellido hay en Salamanca, gran teólogo, y en su vida y doctrina hijo verdadero de San Francisco; que por ser tal, fué después obispo de Chili, donde vivió con la santidad que siempre, como lo apregonan aquellos reinos de Chili, y del Perú. Este santo varón, el segundo año de su trienio, predicando los miércoles, viernes y domingos de la Cuaresma, en la iglesia catedral del Cosco, un domingo de aquellos propuso sería bien, que la ciudad hiciese un hospital de indios, y que el cabildo della fuese patrón dél, como lo era, el de la iglesia del hospital de los españoles que había, y que se fundase aquella casa, para que hubiese a quien restituir las obligaciones, que los españoles conquistadores, y no conquistadores tenían; porque dijo, que en poco o en mucho ninguno escapaba desta deuda. Prosiguió con esta persuación los sermones de aquella semana, y el domingo siguiente concluyó, apercibiendo la ciudad para la limosna, y les dijo: señores, el corregidor, y yo saldremos esta tarde a la una a pedir por amor de Dios para esta obra; mostraos tan largos, y dadivosos para ella, como os mostrásteis fuertes, y animosos para ganar este imperio. Aquella tarde salieron los dos, y la pidieron, y por escrito asentaron lo que cada uno mandó: anduvieron de casa en casa de los vecinos que tenían indios, que aquel día no pudieron a otros; y a la noche volvió mi padre a la suya, y me mandó sumar las partidas, q' en el papel traía para ver la cantidad de la limosna: hallé por la suma veinte y ocho mil y quinientos pesos, que son treinta y cuatro mil y doscientos ducados: la manda menos fué de quinientos pesos, que son seiscientos ducados, y algunos llegaron a mil pesos. Esta fué la cantidad de aquella tarde, que se juntó en espacio de cinco horas, otros días pidieron en común a vecinos, y no vecinos, y todos mandaron muy largamente, tanto, que en pocos meses pasaron de cien mil ducados, y luego que por el reino se supo la fundación del hospital de los naturales, acudieron dentro del mismo año muchas limosnas, así hechas en salud, como mandas de testamentos, con que se empezó la obra, a la cual acudieron los indios de la jurisdicción de aquella ciudad con gran prontitud, sabiendo que era para ellos.

Debajo de la primera piedra, que asentaron en el edificio, puso Garcilaso de la Vega, mi señor, como corregidor, un doblón de oro de los q' llaman de dos caras, que son de los reyes católicos don Fernando, y doña Isabel: puso aquel doblón por cosa rara y admirable, q' en aquella tierra se hallase entonces moneda de oro, ni de otro metal: porque no se labraba moneda, y la costumbre de los mercaderes españoles, era llevar mercaderías, por la ganancia que en ellas había, y no moneda de oro, ni de plata. Algún curioso debió de llevar aquel doblón, por ser moneda de España, como han llevado las demás cosas que allá no había, y se lo daría a mi padre en aquella ocasión por cosa nueva (que yo no supe como lo hubo) y asi lo fué para todos los que aquel día lo vieron, que de mano en mano anduvo por todos los del Cabildo de la ciudad, y de

otros muchos caballeros, que se hallaron presentes a la solemnidad de las primeras piedras, dijeron todos que era la primera moneda labrada, que en aquella tierra se había visto, y que por su novedad se empleaba muy bien en aquella obra (69) Diego Maldonado, llamado el Rico, por su mucha riqueza, natural de Salamanca, como regidor más antiguo puso una plancha de plata, y en ella esculpidas sus armas. Esta pobreza se puso por fundamento de aquel rico edificio. Después acá han concedido los sumos Pontífices muchas indulgencias y perdones, a los que fallecieren en aquella casa. Lo cual sabido por una india de la sangre real que yo conocí, viéndose cercana a la muerte pidió, que para su remedio, la llevasen al hospital. Sus parientes les dijeron, que no los afrentase con irse al hospital, pues tenía hacienda para curarse en su casa. Respondió, q. no pretendía curar el cuerpo, que ya no lo había menester, sino el alma, con las gracias e indulgencias, que los príncipes de la iglesia habían concedido a los que morían en aquel hospital; y así se hizo llevar, y no quiso entrar en la enfermería: hizo poner su camilla a un rincon de la iglesia del hospital. Pidió, que le abriesen la sepultura cerca de su cama: pidió el hábito de San Francisco para enterrarse con él: tendiólo sobre su cama: mandó traer la cera que se había de gastar a su entierro, púsola cerca de si, recibió el Santísimo Sacramento, y la Estrema Unción: así estuvo cuatro días llamando a Dios y a la Virgen María, y a toda la corte celestial, hasta que falleció. La ciudad, viendo que una india había muerto tan cristianamente, quiso favorecer el hecho con honrar su entierro, porque los demás indios se animasen a hacer otro tanto, y así fueron a sus obsequias ambos cabildos eclesiástico, y seglar, sin la demás gente noble, y la enterraron con solemne caridad, de q' su parentela y los demás indios se dieron por muy favorecidos, regalados y estimados. Y con esto será bien nos pasemos a contar la vida y hechos del rey décimo, donde se verán cosas de grande admiración.

---

(69) La casa de moneda se estableció en Lima para el acuñamiento del oroo y la plata bajo la Gobernación del licenciado Lope García de Castro el año de 1565 que mas tarde Toledo la trasladó a Potosí.

CAPITULO XIII

NUEVA CONQUISTA QUE EL REY INCA YUPANQUI PRETENDE HACER

EL buen Inca Yupanqui, habiendo tomado la borla colorada y cumplido, así con la solemnidad de la posesion del imperio, como con las obsequias de sus padres, por mostrarse benigno y afable, quiso que lo primero que hiciese, fuese visitar todos sus reinos y provincias, que como ya se ha dicho. era lo más favorable y agradable, que los Incas hacían con sus vasallos, q' como una de sus vanas creencias, era creer, que aquellos sus reyes eran dioses, hijos del sol, y no hombres humanos tenían en tanto el verlos en sus tierras y casas, que ningún encarecimiento basta a ponerlo en su punto. Por esta causa salió el Inca a visitar sus reinos. En los cuales fué recebido y adorado conforme a su gentilidad. Gastó el Inca Yupanqui en esta visita más de tres años. y habiéndose vuelto a su ciudad. y descansado de tan largo camino, consultó con los de su consejo, sobre hacer una brava y dificultosa jornada, que era hácia los Antis, al Oriente del Cosco; porque como por aquella parte atajaba los términos de su imperio, la gran cordillera de la Sierra Nevada, deseaba atravesarla y pasar de la otra parte por alguno de los ríos, que de la parte del Poniente pasan por ella al Levante, que por lo alto de la sierra es imposible atravesarla, por la mucha nieve que tiene, y por la que perpetuamente le cae.

Tenía este deseo Inca Yupanqui por conquistar las naciones, que hubiese de aquella parte, para reducirlos a su imperio, y sacarlas de las bárbaras, y inhumanas costumbres que tuviesen, y darles el conocimiento de su padre el sol, para q' lo tuviesen y adorasen por su dios, como habían hecho las demás naciones, que los Incas habían conquistado. Tuvo el Inca este deseo por cierta relación, q' sus pasados, y él, habían tenido de que en aquellas anchas y largas regiones había muchas tierras

dellas pobladas, y dellas inhabitables por las grandes montañas, lagos, ciénagas y pantanos, que tenían, por las cuales dificultades, no se podían habitar.

Tuvo nueva que entre aquellas provincias pobladas, una, de las mejores, era la que llaman Musu, y los españoles llaman los Mojos, a la cual se podría entrar por un río grande, que en los Antis, al Oriente de la ciudad, se hace de muchos ríos, que en aquel parage se juntan en uno, que los principales son cinco, cada uno con nombre propio, sin otra infinidad de arroyos, los cuales todos hacen un grandísimo río, llamado Amarumayu. Donde vaya a salir este río a la mar del Norte, no lo sabré decir, más de que por su grandeza y por el viaje, que lleva corriendo hacia el Levante, sospecho, que sea uno de los grandes, que juntándose con otros muchos, se llaman el río de la Plata, llamado así, porque preguntando los españoles (que lo descubrieron) a los naturales de aquella costa, si había plata en aquella provincia, les dijeron, que en aquella tierra no la había, empero que en los nacimientos de aquel gran río había mucha. Destas palabras se le dedujo el nombre, que hoy tiene, y se llama Río de Plata, sin tener ninguna; famoso y tan famoso en el mundo, que de los que hasta hoy se conocen, tiene el segundo lugar, permitiendo que el río de Orellana tenga el primero.

El Río de la Plata se llama en lengua de los indios Parahuay, si esta dicción es del general lenguage del Perú, quiere decir, llovedme, y podríase interpretar en frasis de la misma lengua, que el río, como que jactándose de sus admirables crecientes, diga, llovedme, y veréis maravillas; porque como otras veces hemos dicho, es frasis de aquel lenguage decir en una palabra significativa, la razón que se puede contener en ella. Si la dicción Parahuay es de otro lenguage, y no del Perú, no sé qué signifique.

Juntándose aquellos cinco ríos grandes, pierde cada uno su nombre propio, y todos juntos hecho uno se llaman Amarumayu. Mayu quiere decir río, y Amaru llaman a las culebras grandísimas, que hay en las montañas de aquella tierra, q' son como atrás las hemos pintado, y por la grandeza del río le dieron este nombre por excelencia, dando a entender, que es tan grande entre los ríos, como el Amaru entre las culebras.

CAPITULO XIV

LOS SUCESOS DE LA JORNADA DE MUSU, HASTA EL FIN DELLA

POR este río, aunque tan grande, y hasta ahora mal conocido, le pareció al rey Inca Yupanqui hacer su entrada a la provincia Musu, que por tierra era imposible poder entrar a ella, por las bravísimas montañas y muchos lagos, ciénagas y pantanos, q' hay en aquellas partes. Con esta determinación, mandó cortar grandísima cantidad de una madera, que hay en aquella región, que no sé como se llame en indio; los españoles la llaman higuera, no porque lleve higos, que no los lleva, sino por ser tan liviana, y más que la higuera.

Tardaron en cortar la madera, y aderezarla, y hacer della muy grandes balsas casi dos años. Hiciéronse tantas, que cupieron en ellas diez mil hombres de guerra, y el bastimento que llevaron. Lo cual todo proveído y aprestada la gente y comida, y nombrado el general y maeses de campo, y los demás ministros del ejército, q' todos eran Incas de la sangre real, se embarcaron en las balsas que eran capaces, de treinta, cuarenta, cincuenta indios, cada una, y más y menos. La comida llevaban en medio de las balsas en unos tablados o tarimas de media vara en alto, porque no se les mojase. Con este aparato se echaron los Incas el río abajo, donde tuvieron grandes recuentros y batallas con los naturales, llamados Chunchu, que vivían en las riberas a una mano y a otra del río. Los cuales salieron en gran número por agua y por tierra, así a defenderles que no saltasen en tierra, como a pelear con ellos por el río abajo: sacaron por armas ofensivas arcos y flechas, q' son las que más en común usan todas las naciones de los Antis. Salieron almagrados los rostros, brazos y piernas, y todo el cuerpo de diversos colores, que por ser la región de aquella tierra muy caliente, andaban desnudos no más de con pañetes: sacaron sobre sus cabezas grandes plumages, compuestos de muchas plumas de papagayos y guacamayas.

Es así que al fin de muchos trances en armas, y de muchas pláticas que los unos y los otros tuvieron, se redujeron a la obediencia y ser-

vicio del Inca todas las naciones de la una ribera, y otra de aquel gran río, y enviaron en reconocimiento de vasallage muchos presentes al rey Inca Yupanqui, de papagayos, micos y guacamayas, miel y cera, y otras cosas q' se crían en aquella tierra. Estos presentes duraron hasta la muerte de Tupac Amaru, que fué el último de los Incas, como lo veremos en el discurso de la vida y sucesión dellos, al cual cortó la cabeza el visorrey don Francisco de Toledo. Destos indios Chunchus, que salieron con la embajada, y otros que después vinieron, se pobló un pueblo cerca de Tono, veinte y seis leguas del Cosco, los cuales pidieron al Inca los permitiese poblar allí para servirle de mas cerca, y así ha permanecido hasta hoy. Reducidas al servicio del Inca las naciones de las riberas de aquel río, que comunmente se llama Chunchu, por la provincia de Chunchu, pasaron adelante y sujetaron otras muchas naciones, hasta llegar a la provincia, q' llaman Musu, tierra poblada de mucha gente belicosa, y ella fértil de suyo: quieren decir, que está a docientas leguas de la ciudad del Cosco.

Dicen los Incas que cuando llegaron allí los suyos, por las muchas guerras, que atrás habían tenido, llegaron ya pocos. Más con todo eso se atrevieron a persuadir a los Musus, se redujesen al servicio de su Inca, que era hijo del sol, al cual había enviado su padre dende el cielo, para que enseñase a los hombres a vivir como hombres, y no como bestias, y que adorasen al sol por dios, y dejasen de adorar animales, piedras y palos y otras cosas viles. Y que viendo que los Musus les oían de buena gana, les dieron los Incas más larga noticia de sus leyes, fueros y costumbres, y les contaron las grandes hazañas, que sus reyes en las conquistas pasadas habían hecho, y cuantas provincias tenían sujetas, y que muchas dellas habían ido a someterse de su grado, suplicando a los Incas les recibiesen por sus vasallos, y los que adoraban por dioses. Particularmente dicen, que les contaron el sueño del Inca Viracocha, y sus hazañas. Con estas cosas se admiraron tanto los Musus, que holgaron de recebir la amistad de los Incas, y de abrazar su idolatría, sus leyes y costumbres, porque les parecían buenas, y q' prometían gobernarse por ellas, y adorar al sol, por su principal dios. Más que no querían reconocer vasallage al Inca, pues que no los había vencido, y sujetado con las armas. Empero, que holgaban de ser sus amigos y confederados, y que por vía de amistad harían todo lo que conviniese al servicio del Inca, más no por vasallage, que ellos querían ser libres, como lo habían sido sus pasados. Debajo de esta amistad dejaron los Musus a los Incas poblar en su tierra, que eran pocos más de mil cuando llegaran a ella; porque con las guerras y largos caminos se habían gastado los demás, y los Musus les dieron sus hijas por mugeres, y holgaron con su parentesco, y hoy los tienen en mucha veneración, y se gobiernan por ellos en paz y en guerra, y luego que entre ellos se asentó la amistad y parentela, eligieron embajadores de los más nobles para que fuesen al Cosco, a adorar por hijo del sol al Inca, y confirmar la amistad, y parentesco,

que con los suyos habían celebrado, y por la aspereza y maleza del camino de montañas bravísimas, ciénagas, y pantanos, hicieron un grandísimo cerco para salir al Cosco. Donde el Inca los recibió con mucha afabilidad, y les hizo grandes favores, y mercedes. Mandó que les diesen larga noticia de la corte, de sus leyes y costumbres, y de su idolatría, con las cuales cosas volvieron los Musus muy contentos a su tierra, y esta amistad y confederación duró hasta que los españoles, entraron en la tierra y la ganaron.

Particularmente dicen los Incas, que en tiempo de Huaina Capac quisieron los descendientes de los Incas, q' poblaron en los Musus, volverse al Cosco; porque les parecía que no habiendo de hacer más servicio al Inca que estarse quedos, estaban mejor en su patria que fuera de ella, y que teniendo ya concertada su partida para venirse todos al Cosco con sus mugeres e hijos, tuvieron nueva, como el Inca Huaina Capac era muerto, y que los españoles habían ganado la tierra, y que el imperio y señorío de los Incas se había perdido; con lo cual acordaron de quedarse de hecho, y que los musus los tienen, como dijimos, en mucha veneración, y q' se gobiernan por ello, en paz y en guerra. Y dicen, que por aquel parage lleva ya el río seis leguas ancho, y que tardan en pasarlo en sus canoas dos días.

CAPITULO XV

RASTROS QUE DE AQUELLA JORNADA SE HAN HALLADO

TODO lo que en suma hemos dicho desta conquista, y descubrimiento, que el rey Inca Yupanqui mandó hacer por aquel río abajo, lo cuentan los Incas muy largamente, jactándose de las proezas de sus antepasados, y dicen muy grandes batallas, q' en el río y fuera dél tuvieron, y muchas provincias q' sujetaron con grandes hazañas que hicieron. Más yo, por parecerme alguna dellas increíbles, para la poca gente q' fué; y también porq' como hasta ahora no poseen los españoles aquella parte de tierra, que los Incas conquistaron en los Antis, no pudiendo mostrarla con el dedo, como se ha hecho de toda la demás que hasta aquí se ha referido, me pareció no mezclar cosas fabulosas, o que lo parecen con historia verdadera, porque de aquella parte de tierra no se tiene hoy tan entera, y distinta noticia, como de la que los nuestros poseen. Aunque es verdad, que de aquellos hechos han hallado los españoles en estos tiempos grandes rastros. como luego veremos.

El año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, un español llamado Diego Alemán, natural de la villa de San Juan, del Condado de Niebla, vecino de la ciudad de la Paz, por otro nombre llamado el Pueblo Nuevo, donde tenía un repartimiento pequeño de indios, por persuación de un curaca suyo, juntó otros doce españoles consigo, y llevando por guía al mismo curaca, el cual les había dicho q' en la provincia Musu había mucho oro, fueron en demanda de ella a pié, porque no era camino para caballos, y también por ír más encubiertos, que el intento que llevaban no era sino descubrir la provincia, y notar los caminos, para pedir la conquista, y volver después con mas pujanza para ganar, y poblar la tierra. Entraron por Cochapampa, que está más cerca de los Mojos.

Caminaron veinte y ocho días por montes y breñales, y al fin dellos llegaron a dar vista al primer pueblo de la provincia; y aunque su cacique les dijo que aguardasen a que saliese algún indio, que pudiesen prender en silencio, para tomar lengua, no lo quisieron hacer; antes lue-

go que cerró la noche, con demasiada locura, entendiendo, q' bastaba la voz española para que todo el pueblo se le rindiese, entraron dentro, haciendo ruido de más gente de la que iba, porque los indios temiesen, pensando que eran muchos españoles. Más sucedióles en contra, porque los indios salieron dando arma a la grita que les dieron, y reconociendo que eran pocos, se apellidaron, y dieron sobre ellos, y mataron los diez, y prendieron a Diego Alemán, y los otros dos se escaparon por la escuridad de la noche, y fueron a dar donde su guía les había dicho q' les esperaría, el cual, con mejor consejo, viendo la temeridad de los españoles, no había querido ir con ellos. Uno de los que se escaparon se decía Francisco Moreno, mestizo, hijo de español, y de india. nacida en Cochapampa, el cual sacó una manta de algodón, que colgada en el aire servía de hamaca o cuna, a un niño, traía seis campanillas de oro; la manta era tejida de diversas colores, q' hacían diversas labores. Luego que amaneció vieron los dos españoles, y el curaca de un cerro alto donde se habían escondido un escuadrón de indios fuera del pueblo, con lanzas y picas y petos, que relumbraban con el sol hermosamente, y la guía les dijo, que todo aquello que veian relumbrar, era todo oro, y que aquellos indios no tenían plata, sino era la que podían haber contratando con los del Perú. Y para dar a entender la grandeza de aquella tierra, tomó la guía su manta, que era tejida de listas, y dijo: en comparación desta tierra es tan grande el Perú, como una lista destas, en respecto de toda la manta. Más el indio, como mal cosmógrafo, se engañó: aunque es verdad, que aquella provincia es muy grande.

De Diego Alemán se supo después, por los indios que salen, aunque de tarde en tarde, a contratar con los del Perú, que los que le habían preso; habiendo sabido q' tenía repartimiento de indios en el Perú, y que era capitán, y caudillo de los pocos y desatinados compañeros q' llevó, le habían hecho su capitán general para la guerra, que con los indios de la otra ribera del río Amarumayu tienen, y que le hacían mucha honra y lo estimaban mucho por la autoridad y provecho que se les seguía de tener un capitán general español. El compañero que salió con Francisco Moreno, el mestizo, luego que llegaron a tierra de paz. falleció de los trabajos del camino pasado, que uno de los mayores fué haber atravesado grandísimos pantanales, que era imposible poderlos andar a caballo. El mestizo Francisco Moreno contaba largamente, lo que en este descubrimiento había visto, por cuya relación se movieron algunos, deseosos de la empresa, y la pidieron; y el primero fué Gomez de Tordoya, un caballero mozo, al cual se la dió el conde de Nieua, visorrey que fué del Perú; y porque se juntaba mucha gente para ir con él, temiendo no hubiese algún motín, le suspendieron la jornada y le notificaron, que no hiciese gente, que despidiese la que tenía hecha.

CAPITULO XVI

DE OTROS SUCESOS INFELICES, QUE EN AQUELLA PROVINCIA HAN PASADO

DOS años después dió la misma provisión el licenciado Castro, gobernador que fué del Perú, a otro caballero, vecino del Cosco, llamado Gaspar de Sotelo, el cual se aprestó para la jornada con mucha y muy lucida gente, q' se ofreció a ir con él; y el mayor y mejor apercibimiento que había hecho, era haberse concertado con el Inca Tupac Amaru, que estaba retirado en Villcapampa, que hiciesen ambos la conquista, y el Inca se había ofrecido a ir con él, y darle todas las balsas q' hubiese menester, y habían de entrar por el río de Villcapampa, que es al Noreste del Cosco. Más como en semejantes cosas no falten émulos, negociaron con el gobernador, que derogando, y anulando la provisión a Gaspar de Sotelo, se la diese a otro vecino del Cosco llamado Juan Alvarez Maldonado, y así se hizo. El cual juntó consigo docientos y cincuenta y tantos soldados, y más de cien caballos y yeguas, y entró en grandes balsas, que hizo en el río Amarumayu, que es al Levante del Cosco. Gomez de Tordoya, habiendo visto, que la conquista que le quitaron, se la habían dado a Gaspar de Sotelo, y últimamente a Juan Alvarez Maldonado, para la cual él había gastado su hacienda y la de sus amigos, desdeñado del agravio, publicó, que también él tenía provisión para hacer aquella jornada; porque fué verdad, que aunque le habían notificado q' le derogaban la provisión, no le habían quitado la cédula; con la cual convocó gente, y por ser contra la voluntad del gobernador, le acudieron pocos, que apenas llegaron a sesenta; con los cuales aunque con muchas contradiciones, entró por la provincia que llaman Camata, que es al Sueste del Cosco, y habiendo pasado grandes montañas y cenagales llegó al río Amarumayu, donde tuvo nueva que Juan Arias no había pasado; y como a enemigo capital le esperó con sus trincheras, hechas en la ribera del río, de donde pensaba ofenderle y ser superior, q'

aunque llevaba pocos compañeros, fiaba en el valor dellos, que era gente escogida, y le eran amigos, y llevaba cada uno dellos dos arcabuces, muy bien aderezados.

Juan Alvarez Maldonado, bajando por el río abajo, llegó donde Gomez de Tordoya le esperaba; y como fuesen émulos de una misma empresa, sin hablarse, ni tratar de amistad o tregua; (que puedieran hacer compañía y ganar para ambos, pues había para todos) pelearon los unos con los otros; porque esta ambición de mandar no quiere igual, ni aun segundo. El primero que acometió fué Juan Alvarez Maldonado, confiado en la ventaja, que a su contrario hacía de gente Gomez de Tordoya le esperó, asegurado de su suerte y de las armas dobles, que los suyos tenían, pelearon todo el dia, Hubo muchos muertos de ambas partes: pelearon también el segundo y tercero día tan cruelmente, y tan sin consideración, que se mataron casi todos, y los que quedaron, quedaron tales, que no eran de provecho. Los indios Chunchus, cuya era la provincia donde estaban, viéndolos tales, y sabiendo que iban a los conquistar, apellidándose unos a otros, dieron en ellos y los mataron todos, y entre ellos a Gomez de Tordoya, Yo conocí a estos tres caballeros y los dejé en el Cosco cuando salí della. Los indios prendieron tres españoles, el uno de ellos fué Juan Alvares Maldonado, y un fraile mercenario llamado Fray Diego Martín, portugués, y un herrero, que se decía maestro Simón Lopez, gran ofical de arcabuces. Al Maldonado, sabiendo que había sido caudillo del un bando, le hicieron cortesía, y por verle ya inútil que era hombre de días, le dieron libertad para que se volviese al Cosco a sus indios, y le guíaron hasta ponerlo en la provincia de Callavaya (70), donde se saca el oro finísimo de veinte y cuatro quilates. Al fraile y al herrero detuvieron más de dos años. Y a maestro Simón, sabiendo que era herrero, le trujeron mucho cobre, y le mandaron hacer hachas y azuelas, y no le ocuparon en otro cosa todo aquel tiempo. A Fr. Diego Martín, tuvieron en veneración, sabiendo que era sacerdote, y ministro del Dios de los cristianos; y aún cuando les dieron licencia para que se fuesen al Perú, rogaban al fraile, que se quedase con ellos para que les enseñase la doctrina cristiana, y él no lo quiso hacer. Muchas semejantes ocasiones se han perdido con los indios para haberles predicado el santo Evangelio, sin armas.

Pasados los dos años y más tiempo, dieron los Chunchus licencia a estos dos españoles, para que se volviesen al Perú, y ellos mismos los guíaron y sacaron hasta el valle de Callavaya. Los cuales contaban el suceso de su desventurada jornada. Y contaban también lo que los Incas habían hecho por aquel río abajo, y como se quedaron entre los Musus y como los Musus, desde entonces reconocían al Inca por señor, y acudían a le servir, y le llevaban cada año muchos presentes de lo que en su tierra tenían. Los cuales presentes duraron hasta la muerte del

---

(70) Léase Carabaya, actual provincia del Departamento de Puno.

Inca Tupac Amaru, que fué pocos años después de aquella desdichada entrada que Gomez de Tordoya y Juan Alvarez Maldonado hicieron. La cual hemos antepuesto, sacándola de su lugar, y de su tiempo, por atestiguar la conquista que el rey Inca Yupanqui mandó hacer por el gran río Amarumayu, y de como se quedaron entre los Musus los Incas, que entraron a hacer la conquista De todo lo cual traían larga relación Fr. Diego Martín, y maestro Simón, y la daban a los que se la querían oír. Y particularmente decía el fraile de sí. q'le había pesado mui mucho de no haberse quedado entre los indios Chunchus, como se lo habían rogado, y que por no tener recaudo para decir misa, no se había quedado con ellos, que si lo tuviera, sin duda se quedara; y que estaba muchas veces por volverse solo, porque no podía desechar la pena que consigo traía, acusado de su conciencia, de no haber concedido una demanda, que con tanta ansia le habían hecho aquellos indios, y ella de suyo tan justa. También decía este fraile, q' los incas que habían quedado entre los Musus, serían de gran provecho para la conquista que los españoles quisiesen hacer en aquella tierra. Y con esto será bien volvamos a las hazañas del buen Inca Yupanqui, y digamos de la conquista de Chili, que fué una de las suyas y de las mayores.

CAPITULO XVII

LA NACION CHIRIHUANA, Y SU VIDA Y COSTUMBRES

COMO el principal cuidado de los Incas fuese conquistar nuevos reinos y provincias, así por la gloria de ensanchar su imperio, como por acudir a la ambición, y codicia del reinar, q' tan natural es en los hombres poderosos, determinó el Inca Yupanqui, pasados cuatro años, despues de haber enviado el ejército por el río abajo, como se ha dicho, hacer otra conquista, y fué la de una grande provincia, llamada Chirihuana, q' está en los Antis, al Levante de los Charcas. A la cual, por ser hasta entonces tierra incógnita, envió espías, que con todo cuidado y diligencia, acechasen la tierra, y los naturales della, para que se proveyese con más aviso lo que para la jornada conviniese. Las espías fueron como se les mandó, y volvieron diciendo, que la tierra era malísima de montañas bravas, ciénagas, lagos y pantanos, y muy poca de ella de provecho, para sembrar y cultivar, y que los naturales eran brutísimos, peores que bestias fieras, que no tenían religión ni adoraban cosa alguna: que vivían sin ley ni buena costumbre, sino como animales por las montañas, sin pueblo ni casas, y que comían carne humana, y para la haber, salían a saltear las provincias comarcanas, y comían todos los que prendían, sin respetar sexo ni edad, y bebían la sangre cuando los degollaban porque no se les perdiese nada de la presa. Y que no solamente comían la carne de los comarcanos que prendían, sino también la de los suyos propios, cuando se morían; y q' después de habérselos comido les volvían a juntar los huesos por sus coyunturas, y los lloraban y los enserraban en resquicios de peñas o huecos de árboles, y que andaban en cueros, y que para juntarse en el coito no se tenía cuenta con las hermanas, hijas y madres. Y que esta era la comun manera de vivir de la nación Chirihuana.

El buen Inca Yupanqui (damos este título a este príncipe porq' los suyos se llaman así a muy de ordinario; y Pedro de Cieza de León

también se lo dá, siempre que habla dél) habiéndola oído, volviendo el rostro a los de su sangre real, que eran sus tíos, hermanos y sobrinos, y otros más alejados q' asistían en su presencia dijo: ahora es mayor y más forzosa la obligación, que tenemos, de conquistar los chirihuanas, para sacarlos de las torpezas y bestialidades en que viven, y reducirlos a vida de hombres pues, para eso nos envió nuestro padre el sol. Dichas estas palabras, mandó que se apercibiesen diez mil hombres de guerra, los cuales envió con maeses de campo y capitanes de su linage, hombres esperimentados en paz y en guerra: bien industriados en lo que debían hacer. estos Incas fueron, y habiendo reconocido parte de la maleza, y esterilidad de la tierra y provincia chirihuana, dieron aviso al Inca, suplicándole mandase proveerles de bastimento, porque no les faltase; porque no lo había en aquella tierra, lo cual se les proveyó bastantísimamente y los capitanes y su gente hicieron todo lo posible, y al fín de dos años salieron de su conquista, sin haberla hecho por la mucha maleza de la provincia, de muchos pantanos y ciénagas, lagos y montañas bravas Y así dieron al Inca la relación de todo lo que les había sucedido El cual los mandó descansar para otras jornadas, y conquistas que pensaba hacer de más provecho, que la pasada. El visorrey don Francisco d eToledo, gobernando aquellos reinos el año de mil y quinientos y setenta y dos; quiso hacer la conquista de los chirihuanas, como lo toca muy de paso el P. M. Acosta, libro séptimo, capítulo veinte y ocho, para la cual apercibió muchos españoles, y todo lo demás necesario para la jornada. Llevó muchos caballos, vacas y yeguas, para criar y entró en la provincia y a pocas jornadas vió por esperiencia las dificultades della, las cuales no había querido creer a los q' se las habían propuesto, aconsejándole no intentase lo q' los Incas por no haber podido salir con la empresa, habían desamparado. Salió el visorrey huyendo, y desamparó todo lo que llevaba, para que los indios se contentasen con la presa q' les dejaba. y lo dejasen a él. Salió por tan malos caminos q' por no poder llevar las acémilas una literilla, en q' caminaba, la sacaron en hombros indios y españoles; y los chirihuanas que los seguían, dándoles grita, entre otros vituperios, les decían: soltad esa vieja que llevais en esa petaca (que es canasta cerrada) que aquí nos la comeremos viva.

Son los chirihuanos, como se ha dicho, muy ansiosos por comer carne, porque no la tienen de ninguna suerte doméstica, ni salvagina, por la mucha maleza de la tierra. Y si hubiesen conservado las vacas, que el visorrey les dejó, se puede esperar, que hayan criado muchas, haciéndose montaraces como en las islas de Santo Domingo y de Cuba, porque lae tierra es dispuesta para ellas. De la poca conversación y doctrina, que de la jornada pasada de los Incas, pudieron haber los chirihuanas, perdieron parte de su inhumanidad, porque se sabe, que desde entonces no comen a sus difuntos, como solían, más de los comarcanos, no perdonan alguno, y son tan golosos y apasionados por comer carne humana, que cuando salen a saltear, sin temor de la muerte, como insensibles, se

entran por las armas de los enemigos, a trueque de prender uno dellos, y si hallan pastores guardando ganado, más quieren uno de los pastores que todo el hato de las ovejas o vacas. Por esta fiereza e inhumanidad son tan temidos de todos sus comarcanos, que ciento ni mil dellos, no esperan diez chirihuanas, y a los niños y muchachos los amedrentan y acallan con solo el nombre. También aprendieron los chirihuanas de los Incas a hacer casas para su morada, no particulares sino en común· porque hacen un galpón grandísimo, y dentro tantos apartadijos cuantos son los vecinos, y tan pequeños que no caben más de las personas, y les basta porque no tienen ajuar, ni ropa de vestir que andan en cueros. Y desta manera se podrá llamar pueblo, cada galpón de aquellos. Esto es lo que hay que decir acerca de la bruta condición y vida de los chirihuanas, que será gran maravilla poderlos sacar della.

CAPITULO XVIII

PREVENCIONES PARA LA CONQUISTA DE CHILI

EL buen rey Inca Yupanqui, aunque vió el poco o ningun fruto que sacó de la conquista de los chirihuanas, no por eso perdió el ánimo de hacer otras mayores. Porque como el principal intento, y blasón de los Incas fuese reducir nuevas gentes a su imperio, y a sus costumbres y leyes, y como entonces se hallasen ya tan poderosos, no podían estar ociosos sin hacer nuevas conquistas, que les era forzoso. así para ocupar los vasallos en aumento de su corona, como para gastar sus rentas, que eran los bastimentos, armas, vestido y calzado, que cada provincia y reino, conforme a sus frutos y cosecha, contribuía cada año, Porque del oro y plata, ya hemos dicho, que no lo daban los vasallos en tributo al rey, sino que lo presentaban (sin que se lo pidiesen) para servicio y ornato de las casas reales, y de las del sol. Pues como el rey Inca Yupanqui se viese amado y obedecido, y tan poderoso de gente, y hacienda, acordó emprender una gran empresa, que fué la conquista del reino de Chili. Para lo cual habiéndolo consultado con los de su consejo, mándó prevenir las cosas necesarias. Y dejando en su corte los ministros acostumbrados para el gobierno y administración de la justicia, fué hasta Atacama que hácia Chili es la última provincia que había poblada, y sujeta a su imperio, para dar calor de más cerca a la conquista; porque de allí adelante hay un gran despoblado que atravesar, hasta llegar a Chili.

Desde Atacama envió el Inca corredores y espías q' fuesen, por aquel despoblado, y descubriesen paso para Chili, y notasen las dificultades del camino, para llevarlas prevenidas. Los descubridores fueron Incas, porq' las cosas de tanta importancia, no las fiaban aquellos reyes sino de los de su linage, a los cuales dieron indios de los de Atacama, y de los de Tucma (por los cuales, como atrás dijimos, había alguna noticia del reino de Chili) para que los guíasen, y de dos a dos leguas fuesen, y viniesen con los avisos de lo que descubriesen: porque era así menester, para

que los proveyesen de lo necesario. Con esta prevención fueron los descubridores, y en su camino pasaron grandes trabajos y dificultades por aquellos desiertos, dejando señales por donde pasaban, para no perder el camino cuando volviesen. Y también porque los que los siguiesen supiesen, por donde iban. Así fueron yendo y viniendo como hormigas, trayendo relación de lo descubierto, y llevando bastimento, que era lo que más habían menester. Con esta diligencia y trabajo, horadaron ochenta leguas de despoblado que hay desde Atacama a Copayapu, que es una provincia pequeña, aunque bien poblada, rodeada de largos y anchos desiertos; porque para pasar adelante, hasta Cuquimpu, hay otras ochenta leguas de despoblado. Habiendo llegado los descubridores a Copayapu, y alcanzado la noticia que pudieron haber de la provincia por vista de ojos, volvieron con toda diligencia, a dar cuenta al Inca de lo que habían visto. Conforme a la relación, mandó el Inca apercebir diez mil hombres de guerra, los cuales envió por la orden acostumbrada con un general, llamado Sinchiruca, y dos maeses de campo de su linage, que no saben los indios decir como se llamaban. Mandó que les llevasen mucho bastimento en los carneros de carga, los cuales también sirvieron de bastimento, en lugar de carnage; porque es muy buena carne de comer.

Luego que Inca Yupanqui hubo despachado los diez mil hombres de guerra, mandó apercibir otros tantos, y por la misma orden los envió en pos de los primeros, para q' a los amigos fuesen de socorro, y a los enemigos, de terror y asombro. Los primeros habiendo llegado cerca de Copayapu enviaron mensageros segun la antigua costumbre de los Incas, diciendo se rindiesen y sujetasen al hijo del sol, que iba a darles nueva religión, nuevas leyes y costumbres, en que viviesen como hombres y no como brutos. Donde no, q' se apercibiesen a las armas; porque por fuerza o de grado habían de obedecer al Inca, señor de las cuatro partes del mundo. Los de Copayapu se alteraron con el mensage, y tomaron las armas, y se pusieron a resistir la entrada de su tierra; donde hubo algunos recuentros de escaramuzas, y peleas ligeras; porque los unos y los otros andaban tentando las fuerzas y el ánimo ageno. Y los Incas, en cumplimiento de lo que su rey les había mandado, no querían romper la guerra a fuego y a sangre, sino contemporizar con los enemigos a q' se rindiesen por bien. Los cuales estaban perplejos en defenderse: por una parte los atemorizaba la deidad del hijo del sol, pareciéndoles que habían de caer en una gran maldición suya, si no recibían por señor a su hijo. Por otra parte, los animaba el deseo de mantener su libertad antigua y el amor de sus dioses, que no quisieran novedades, sino vivir como sus pasados.

CAPITULO XIX

GANAN LOS INCAS HASTA EL VALLE, QUE LLAMAN CHILI, Y LOS MENSAGES Y RESPUESTAS QUE TIENEN CON OTRAS NUEVAS NACIONES

EN estas confusiones los halló el segundo ejército. que iba en socorro del primero, con cuya vista se rindieron los de Copayapu, pareciéndoles que no podrían resistir a tanta gente, y así capitularon con los Incas lo mejor q' supieron, las cosas que habían de recebir, y dejar en su idolatría. De todo lo cual dieron aviso al Inca: el cual holgó mucho de tener camino abierto, y tan buen principio hecho en la conquista de Chili: que por ser un reino tan grande y tan apartado de su imperio; temía el Inca el poderlo sujetar. Y así estimó en mucho, que la provincia Copayapu quedase por suya por vía de paz y concierto, y no de guerra, y sangre. Y siguiendo su buena fortuna, habiéndose informado de la disposición de aquel reino. mandó apercebir luego otros diez mil hombres de guerra, y proveídos de todo lo necesario los envió en socorro de los ejércitos pasados. Mandándoles que pasasen adelante en la conquista, y con toda diligencia pidiesen lo que hubiesen menester. Los Incas con el nuevo socorro, y mandato de su rey pasaron adelante otras ochenta leguas, y después de haber vencido muchos trabajos en aquel largo camino, llegaron a otro valle, o provincia, que llaman Cuquimpu; la cual sujetaron. Y si no sabemos decir si tuvieron batallas o recuentros; porque los indios del Perú, por haber sido la conquista en reino extraño. y tan lejos de los suyos, no saben en particular los trances que pasaron, más de que sujetaron los Incas aquel valle de Cuquimpu. De allí pasaron adelante conquistando todas las naciones, que hay hasta el valle de Chili, del cual toma nombre todo el reino llamado Chili. En todo el tiempo que duró aquella conquista, que según dicen fueron más de seis años, el Inca siempre tuvo particular cuidado de socorrer los suyos con gente, armas y bastimento, vestido y calzado, que no les faltase cosa alguna; porque bien entendía cuanto importaba a su honra y magestad. que los suyos

no volviesen un pié atrás. Por lo cual vino a tener en Chili más de cincuenta mil hombres de guerra, tan bien bastecidos de todo lo necesario, como si estuvieran en la ciudad del Cosco.

Los Incas, habiendo reducido a su imperio el valle de Chili, dieron aviso al Inca de lo que habían hecho, y cada día se lo daban de lo que iban haciendo por horas; y habiendo puesto orden y asiento en lo que hasta allí habían conquistado, pasaron adelante hácia el Sur, que siempre llevaron aquel viage, y llegaron conquistando los valles y naciones, que hay hasta el río de Maulli; que son casi cincuenta leguas del valle Chili. No se sabe qué batallas o recuentros tuviesen, antes se tiene q'se hubiesen reducido por vía de paz y de amistad, por ser este el primer intento de los Incas en su conquistas, atraer los indios por bien, y no por mal. No se contentaron los Incas con haber alargado su imperio más de docientas y sesenta leguas de camino, que hay desde Atacama' hasta el río Maulli, entre poblado y despoblado; porque de Atacama a Copayapu ponen ochenta leguas y de Copayapu a Cuquimpu, dan otras ochenta. De Cuquimpu a Chili cincuenta y cinco; y de Chili al río Maulli casi cincuenta, sino que con la misma ambición y cudicia de ganar nuevos estados, quisieron pasar adelante; para lo cual, con la buena orden y maña acostumbrada dieron asiento en el gobierno de lo hasta allí ganado, y dejaron la guarnición necesaria, previniendo siempre cualquiera desgracia que en la guerra les pudiese acaecer. Con esta determinación pasaron los Incas el río Maulli con veinte mil hombres de guerra, y guardando su antigua costumbre, enviaron a requerir a los de la provincia Purumauca, que los españoles llaman Promaucaes, recibiesen al Inca por señor o se apercibiesen a las armas. Los purumaucas que ya tenían noticia de los Incas y estaban apercididos, y aliados con otros sus comarcanos, como son, los Antalli, Pincu, Cauqui, y entre todos determinados de morir, antes que perder su libertad antigua. Respondieron, que los vencedores serían señores de los vencidos. y que muy presto verían los Incas de qué manera los obedecían los purumaucas.

Tres o cuatro días después de la respuesta, asomaron los purumaucas con otros vecinos suyos aliados, en número de diez y ocho o veinte mil hombres de guerra, y aquel día no entendieron sino en hacer su alojamiento a vista de los Incas, los cuales volvieron a enviar nuevos requirimientos de paz y amistad, con grandes protestaciones que hicieron, llamando al sol y a la luna, de que no iban a quitarles sus tierras y haciendas, sino a darles manera de vivir de hombres. y a que reconociesen al sol por su dios, y a su hijo el Inca por su rey y señor. Los purumaucas respondieron diciendo, que venían resueltos de no gastar el tiempo en palabras, y razonamientos vanos, sino en pelear, hasta vencer o morir. Por tanto, que los Incas se apercibiesen a la batalla para el día venidero, y que no les enviasen más recaudos, que no los querían oir.

CAPITULO XX

BATALLA CRUEL ENTRE LOS INCAS, Y OTRAS DIVERSAS NACIONES, Y EL PRIMER ESPAÑOL QUE DESCUBRIO A CHILI

EL día siguiente salieron ambos ejércitos de sus alojamientos, y arremetiendo unos con otros, pelearon con grande ánimo y valor, y mayor obstinación, porque duró la batalla todo el día, sin reconocerse ventaja, en q' hubo muchos muertos y heridos: a la noche se retiraron a sus puestos. El segundo y tercero, día pelearon con la misma crueldad, y pertinacia, los unos por la libertad y los otros por la honra. Al fin de la tercera batalla vieron, q' de una parte y otra faltaban más que los medios que eran muertos, y los vivos estaban heridos casi todos. El cuarto día aunque los unos y los otros se pusieron en sus escuadrones, no salieron de sus alojamientos, donde se estuvieron fortalecidos esperando defenderse del contrario, si le acometiese. Así estuvieron todo aquel día, y otros dos siguientes. Al fin dellos se retiraron a sus distritos temiendo cada una de las partes, no hubiese enviado el enemigo por socorro a los suyos, avisándoles de lo que pasaba, para que se lo diesen con brevedad. A los puramaucas, y a sus aliados les pareció, q' habían hecho demasiado en haber resistido las armas de los Incas, que tan poderosas e invencibles se habían mostrado hasta entonces; y con esta presunción se volvieron a sus tierras, cantando victoria; y publicando haberla alcanzado enteramente.

A los Incas les pareció, q' era más conforme a la orden de sus reyes los pasados, y del presente, dar lugar al bestial furor de los enemigos, que destruírlos para sujetarlos, pidiendo socorro que pudieran los suyos dárselo en breve tiempo. Y así, habiéndolo consultado entre los capitanes, aunque hubo pareceres contrarios que dijeron se siguiese la guerra, hasta sujetar los enemigos. Al fin se resolvieron en volverse a lo que tenían ganado y señalar el río Maulli por término de su imperio, y

no pasar adelante en su conquista, hasta tener nueva órden de su rey Inca Yupanqui; al cual dieron aviso de todo lo sucedido. El Inca les envió a mandar que no conquistasen más nuevas tierras, sino que atendiesen con mucho cuidado en cultivar, y beneficiar las que habían ganado, procurando siempre el regalo y provecho de los vasallos, para que viendo los comarcanos cuān mejorados estaban en todo con el señorío de los Incas, se redujesen también ellos a su imperio,como lo habían hecho otras naciones, y que cuando no lo hiciesen, perdían ellos más que los Incas. Con este mandato cesaron los Incas de Chili de sus conquistas,fortalecieron sus fronteras, pusieron sus términos y mojones, que a la parte del Sur, fué el último término de su imperio el río Maulli. Atendieron a la administración de su justicia y a la hacienda real, y del sol, con particular beneficio de los vasallos: los cuales con mucho amor abrazaron el dominio de los Incas: sus fueros, leyes y costumbres, y en ellas vivieron hasta que los españoles fueron a aquella tierra

El primer español q' descubrió Chili fué D. Diego de Almagro ,pero no hizo más que darle vista y volveree al Perú con innumerables trabajos, que a ida y vuelta pasó. La cual jornada fué causa de la general rebelión de los indios del Perú y de la discordia que entre los dos gobernadores después hubo, y de las guerras civiles que tuvieron, y de la muerte del mismo don Diego de Almagro, preso en la batalla que llamaron de las Salinas,y la del marqués don Francisco Pizarro.y la de don Diego de Almagro el mestizo, que dió la batalla que llamaron de Chupas. Todo lo cual diremos más largamente si Dios nuestro Señor nos dejare llegar allá. El segundo que entró en el reino de Chili, fué el gobernador Pedro de Valdivia, llevó pujanza de gente y caballos, pasó adelante de lo q' los Incas habían ganado, y lo conquistó y pobló felicísimamente, si la misma felicidad no le causara la muerte por mano de sus mismos vasallos, los de la provincia llamada Araucu, que el propio escogió para sí, en el repartimiento que de aquel reino se hizo entre los conquistadores que lo ganaron. Este caballero pobló y fundó muchas ciudades de españoles, y entre ellas la que de su nombre llamaron Valdivia: hizo grandísimas hazañas en la conquista de aquel reino: gobernólo con mucha prudencia y consejo, y en gran prosperidad suya y de los suyos, y con esperanzas de mayores felicidades, si el ardid y buena milicia de un indio no lo atajara todo, cortándole el hilo de la vida. Y porque la muerte deste gobernador y capitan general, fué un caso de los más notables y famosos, que los indios han hecho en todo el imperio de los Incas, ni en todas las indias, después que los españoles entraron en ellas, y más de llorar para ellos, me pareció ponerlo aquí, no más de para que se sepa llana y certificadamente, la primera y segunda nueva, q' del suceso de aquella desdichada batalla vino al Perú luego que sucedió ,y para la contar será menester decir el orígen y principio de la causa.

CAPITULO XXI

REBELION DE CHILI CONTRA EL GOBERNADOR VALDIVIA

ES así, q' de la conquista y repartimiento de aquel reino de Chili cupo a este caballero digno de imperios, un repartimiento rico de mucho oro y de muchos vasallos, que le daba por año más de cien mil pesos de oro de tributo; y como la hambre deste metal sea tan insaciable, crecía tanto más cuanto más daban los indios. Los cuales, como no estuviesen hechos a tantos trabajos como pasaban en sacar el oro. ni pudiesen sufrir la molestia que les hacían por él, y como de suyo no hubiesen sido sujetos a otros señores, no pudieron llevar el yugo presente, determinaron los de Arauco, que eran los de Valdivia, y otros aliados con ellos, rebelarse; y así lo pusieron por obra, haciendo grandes insolencias en todo lo que pudieron ofender a los españoles. El gobernador Pedro de Valdivia que las supo, salió al castigo con ciento y cincuenta de a caballo, no haciendo caso de los indios, como nunca lo han hecho los españoles en semejantes revueltas y levantamientos; por esta soberbia han perecido muchos, como pereció Pedro de Valdivia, y los q' con él fueron, a manos de los que habían menospreciado.

Desta muerte, la primera nueva que vino al Perú, fué a la ciudad de la Plata, y la trujo un indio de Chili, escrita en dos dedos de papel, sin firma ni fecha, de lugar, ni tiempo, en que decía: a Pedro de Valdivio y a ciento y cincuenta lanzas que con él iban, se los tragó la tierra. El traslado destas palabras, con testimonio de las que había traído un indio de Chili, corrió luego por toda el Perú con gran escándalo de los españoles, no pudiendo atinar qué fuese aquel tragárselos la tierra; porq' no podían creer, q' hubiesen indios con pujanza para matar ciento, y cincuenta españoles de a caballo, como nunca lo había habido hasta entonces; y decían (por ser aquel reino también como el Perú, de tierra áspera, llena de sierras, valles y honduras, y ser la región sujeta a terremotos) que podría ser, que caminando aquellos españoles por alguna quebrada honda, se hubiese caído algún pedazo de sierra, y los hubiese cogido debajo, y en esto se afirmaban todos: porque de la fuerza de los indios ni de su ánimo. (según la esperiencia de tantos años atrás) no

podían imaginar que los hubiesen muerto en batalla. Estando en esta confusión los del Perú, les llegó al fin de más de sesenta días, otra relación muy larga de la muerte de Valdivia y de los suyos, y de la manera cómo había sido la última batalla que con los indios habían tenido. La cual preferiré, como la contaba entonces la relación que de Chili enviaron; q' habiendo dicho el levantamiento de los indios, y las desvergüenzas y maldades que habían hecho, procedía, diciendo así.

Cuando Valdivia llegó a donde andaban los araucos rebelados, halló doce o trece mil dellos, con los cuales hubo muchas batallas muy reñidas en que siempre vencían los españoles; y los indios andaban ya tan amedrentados del tropel y furia de los caballos, q' no osaban salir a campaña rasa, porque diez caballos rompían a mil indios. Solamente, se entretenían en las sierras y montes; donde los caballos no podían ser señores de ellos, y de allí hacían el mal y daño que podían, sin querer oír partido alguno de los q' les ofrecían, sino obstinados a morir, por no ser vasallos, ni sujetos de españoles. Así anduvieron muchos días los unos y los otros. Estas malas nuevas iban cada día la tierra adentro de los araucos: y habiéndolas oído un capitán viejo que había sido famoso en su milicia, y estaba ya retirado en su casa, salió a ver que maravilla era aquella, que ciento y cincuenta hombres trujesen tan avasallados a doce o a trece mil hombres de guerra, y que no pudiesen valerse con ellos, lo cual no podía creer si aquellos españoles no eran demonios o hombres inmortales, como a los principios lo creyeron los indios. Para desengañarse destas cosas, quiso hallarse en la guerra, y ver por sus ojos lo q' en ella pasaba. Llegado a un alto de donde se descubría los dos ejércitos, viendo el alojamiento de los suyos tan largo y estendido, y el de los españoles tan pequeño y recogido, estuvo mucho rato considerando qué fuese la causa de que tan pocos venciesen a tantos, y habiendo mirado bien el sitio del campo, se habían ido a los suyos y llamado a consejo, y después de largos razonamientos de todo lo hasta allí sucedido, entre otras muchas preguntas les había hecho estas.

Si aquellos españoles eran hombres mortales como ellos, o si eran inmortales como el sol y la luna: si sentían hambre, sed y cansancio: si tenían necesidad de dormir y descansar. En suma, preguntó si eran de carne y hueso, o de hierro y acero; y de los caballos hizo las mismas preguntas. Y siéndole respondido a todas, que eran hombres como ellos, y de la misma compostura y naturaleza, les había dicho: pues idos todos a descansar, y mañana veremos en la batalla quienes son más hombres, ellos o nosotros. Con esto se apartaron de su consejo, y al romper del alba del día siguiente, mandó tocar arma, la cual dieron los indios con mucha mayor vocería y ruído de trompetas y atambores, y otros muchos instrumentos semejantes qus otras veces; y en un punto armó el capitán viejo trece escuadrones, cada uno de a mil hombres, y los puso a la hila uno en pos de otro.

CAPITULO XXII

BATALLA CON NUEVA ORDEN Y ARDID DE GUERRA DE UN INDIO, CAPITAN VIEJO

LOS españoles salieron a la grita de los indios, hermosamente armados, con grandes penachos en sus cabezas y en las de sus caballos, y con muchos pretales de cascabeles, y cuando vieron los escuadrones divididos, tuvieron en menos los enemigos por parecerles que más fácilmente romperían muchos pequeños escuadrones que uno muy grande. El capitan indio, viendo los españoles en el campo, dijo a los del primer escuadrón: id, vosotros, hermanos, a pelear con aquellos españoles; y no digo que los venzáis, sino que hagáis lo que pudiéredes en favor de vuestra patria; y cuando no podáis más, huíd, que yo os socorreré a tiempo, y los que hubiéredes peleado en el primer escuadrón, volviendo rotos, no os mezcléis con los del segundo, ni los del segundo con los del tercero, sino que os retireis detrás de todos los escuadrones, que yo daré orden de lo que hayais de hacer. Con este aviso envió el capitan viejo a pelear los suyos con los españoles, los cuales les arremetieron con el primer escuadrón, y aunque los indios hicieron lo que puedieron en su defensa, los rompieron; también rompieron el segundo escuadrón, y el tercero, cuarto y quinto con facilidad; más no con tanta, que no les costase muchas heridas, y muertes de algunos dellos y de sus caballos.

El indio capitán, así como se iban desbaratando los primeros escuadrones, enviaba poco a poco que fuesen a pelear por su orden los que sucedían. Y detrás de toda su gente tenía un capitán, el cual, de los indios huídos que habían peleado, volvía a hacer nuevos escuadrones de a mil indios y les mandaba dar de comer y de beber, y que descansasen para volver a pelear cuando les llegase la vez. Los españoles, habiendo rompido cinco escuadrones, alzaron los ojos a ver los que les quedaban, y vieron otros once o doce delante de sí. Y aunque había más de tres horas que peleaban, se esforzaron de nuevo y apellidándose unos a otros

arremetieron al sexto escuadrón, que iba en socorro del quinto, y lo rompieron, y también al septimo, octavo, noveno, y décimo. Más ellos ni sus caballos no andaban ya con la pujanza que a los principios, porque había grandes siete horas que peleaban, sin haber cesado un momento, que los indios no los dejaban descansar en común ni en particular, que apenas habían desecho un escuadrón, cuando entraba otro a pelear y los desbaratados se salían de la batalla a descansar y ponerse en nuevos escuadrones Aquella hora miraron los españoles por los enemigos. y vieron que todavía tenían diez escuadrones en pié, más con sus ánimos invencibles se esforzaron a pelear; empero las fuerzas estaban flacas y los caballos desalentados, y con todo eso peleaban como mejor podían, por no mostrar flaqueza a los indios. Los cuales de hora en hora cobraban las fuerzas, que los españoles iban perdiendo, porque sentían que ya no peleaban como al principio, ni al medio de la batalla. Así anduvieron los unos y los otros hasta las dos de la tarde.

Entonces el gobernador Pedro de Valdivia, viendo que todaveía tenían ocho o nueve escuadrones, que romper, y aunque rompiesen aquellos, irían los indios haciendo otros de nuevo, considerando la nueva manera de pelear, y que según lo pasado del día, tampoco les habían de dejar descansar la noche como el día, le pareció sería bien recogerse antes que los caballos les faltasen del todo, y su intención era irse retirando hasta un paso estrecho, que legua y media atrás habían dejado, donde, si llegasen, pensaban ser libres: porque dos españoles a pié podían defender el paso a todo el ejército contrario.

Con este acuerdo, aunque tarde, apellidó los suyos, como los iba topando en la batalla, y les decía: a recoger caballeros, y retirar poco a poco hasta el paso estrecho, y pase la palabra de unos a otros. Así lo hicieron, y juntándose todos, se fueron retirando, haciendo siempre rostro a los enemigos, más para defenderse, que no para ofenderles.

CAPITULO XXIII

VENCEN LOS INDIOS POR EL AVISO Y TRAICION DE UNO DE ELLOS

A esta hora un indio que desde muchacho se había criado con el gobernador Pedro de Valdivia, llamado Felipe, y en nombre de indio, Lautaru, hijo de uno de sus caciques (en quien pudo más la infidelidad y el amor de la patria, que la fé que a Dios y a su amo debía) oyendo apellidarse los españoles para retirarse, cuyo lenguage entendía por haberse criado entre ellos, temiendo no se contentasen sus parientes con verlos huír y los dejasen ír libres, salió a ellos dando voces, diciendo: no desmayéis hermanos, que ya huyen estos ladrones, y ponen su esperanza en llegar hasta el paso estrecho. Por tanto, mirad lo que conviene a la libertad de nuestra patria, y a la muerte y destruición destos traidores. Diciendo estas palabras, por animar los suyos con el ejemplo, tomó una lanza del suelo, y se puso delante dellos a pelear contra los españoles.

El indio capitan viejo, cuyo fue aquel nuevo ardid de guerra, viendo el camino que los españoles tomaban, y el aviso de Lautaru, entendió lo que pensaban hacer los enemigos, y luego mandó a dos escuadrones de los que no habían peleado que con buena orden, y mucha diligencia, tomando atajos fuesen a ocupar el paso estrecho que los españoles iban a tomar, y que se estuviesen quedos, hasta que llegasen todos. Dada esta orden caminó con los escuadrones que le habían quedado en seguimiento de los españoles, y de cuando en cuando enviaba compañías y gente de refresco, que reforzasen la batalla y no dejasen descansar los enemigos, y también para que los indios que iban cansados de pelear se saliesen de la pelea a tomar aliento para volver de nuevo a la batalla. Desta manera los siguieron, y fueron apretando y matando algunos hasta el paso estrecho, sin dejar de pelear un momento. Y cuando llegaron al paso era ya cerca del sol puesto. Los españoles, viendo ocupado

el paso que esperaban que les fuera defensa y guarida, desconfiaron del todo de escapar de la muerte, antes certificados en ella, para morir como cristianos, llamaban el nombre de Cristo nuestro Señor y de la Virgen su Madre, y de los santos a quien más devoción tenían.

Los indios, viéndolos ya tan cansados, que ni ellos, ni sus caballos no podían tenerse, arremetieron todos a una, así los que les habían seguido como los que guardaban el paso, y asiendo cada caballo quince o veinte gandules, cual por la cola, piernas, brazos, crines y otros que acudían con las porras, herían los caballos y caballeros do quiera que les alcanzaban, y los derribaban por tierra, y los mataban con la mayor crueldad y rabia, que podían mostrar. Al gobernador Pedro de Valdivia, y a un clérigo que iba con él, tomaron vivos, y los ataron a sendos palos, hasta que se acabase la pelea, para ver despacio lo que harían dellos. Hasta aquí es la segunda nueva, que como he dicho vino de Chili al Perú del desbarate y pérdida de Valdivia, luego que sucedió, y enviáronla por relación de los indios amigos, que en la batalla se hallaron, que fueron tres los que escaparon della, metidos en unas matas, con la escuridad de la noche. Y cuando los indios se hubieron recogido a celebrar su victoria, salieron de las matas, y como hombres que sabían bien el camino, y eran leales a sus amos, más que Lautaru, fueron a dar a los españoles la nueva de la rota, y destruición del famoso Pedro de Valdivia, y de todos los que con él fueron.

CAPITULO XXIV

MATAN A VALDIVIA. HA CINCUENTA AÑOS QUE SUSTENTAN LA GUERRA

LA manera como mataron los araucus al gobernador Pedro de Valdivia, la contaron después desta segunda nueva de diversas formas, porque los tres indios que escaparon de la batalla. no pudieron dar razón de ella porque no la vieron. Unos dijeron que lo había muerto Lautaru, su propio criado, hallándole atado a un palo, diciendo a los suyos: ¿para qué guardáis este traidor? y que el gobernador había rogado y alcanzado de los indios, que no lo matasen hasta que su criado Lautaru viniese, entendiendo que por haberle criado procuraría salvarle la vida. Otros dijeron y esto fué lo más cierto. que un capitán viejo lo había muerto con una porra, pudo ser que fuese el mismo capitán que dió el ardid para vencerlo. Matólo arrebatadamente, porque los suyos no aceptasen los partidos que el triste gobernador ofrecía, atado como estaba en el palo, y lo soltasen y dejasen ir libres. Porque los demás, capitanes indios, fiados en las promesas de Pedro de Valdivia, estaban inclinados a le dar libertad, porque les prometía salirse de Chili, y sacar todos los españoles que en el reino había, y no volver más a él. Y como aquel capitán reconociese el ánimo de los suyos, y viese que daban crédito al gobernador, se levantó de entre los demás capitanes, que oían los partidos, y con una porra que tenía en las manos, mató a priesa al pobre caballero, y atajó la plática de los suyos, diciendo: habed vergüenza de ser tan torpes e imprudentes, que fiéis en las palabras de un esclavo rendido, y atado Decidme, qué no prometerá un hombre que está como este se vé? ¿y qué cumplirá después que se vea libre?

Otros dijeron desta muerte, y uno dellos fué un español, natural de Trujillo, que se decía Francisco de Rieros, que estaba entonces en Chili, y era capitán y tuvo indios en aquel reino, el cual vino al Perú,

poco después de aquella Rota, y dijo, que la noche siguiente a la victoria, la habían gastado los indios en grandes fiestas de danzas y bailes, solennizando su hazaña, y que a cada baile cortaban un pedazo de Pedro de Valdivia, y otro del clérigo que tenían atado cabe él, y que los asaban delante dellos mismos y se los comían; y que el buen gobernador mientras hacían en ellos esta crueldad, se confesaba de sus pecados con el clérigo, y q' así acabaron ambos en aquel tormento: pudo ser q' después de haberle muerto con la porra aquel capitán, se lo comiesen los indios; no porque acostumbrasen a comer carne humana, que nunca la comieron aquellos indios, sino por mostrar la rabia que contra él tenían, por los grandes trabajos y muchas batallas, y muertes que les había causado.

Desde entonces tomaron por costumbre de formar muchos escuadrones divididos, para pelear con los españoles en batalla, como lo dice don Alonso de Ercilla en el primer canto de su Araucana, y há cuarenta y nueve años que sustentan la guerra que causó aquella rebelión, la cual se levantó a los últimos días del año de mil y quinientos y cincuenta y tres; y en aquel mismo año fué en el Perú, la rebelión de don Sebastian de Castilla, en la villa de la Plata y Potosí, y la de Francisco Hernandez Girón en el Cosco.

Yo he referido llanamente lo que de la batalla y muerte del gobernador Pedro de Valdivia escribieron y dijeron entonces en el Perú los mismos de Chili. Tomen lo que más les agradare; y helo antepuesto de su tiempo y lugar, y por haber sido un caso de los más notables, que en todas las indias han acaecido; y también lo hice, porque no sé si se ofrecerá ocasión de volver hablar más en Chili; y también porque temo no poder llegar al fin de carrera tan larga, como sería contar la conquista, que los españoles hicieron de aquel reino.

CAPITULO XXV

NUEVOS SUCESOS DESGRACIADOS DEL REINO DE CHILI

HASTA aquí tenía escrito, cuando me dieron nuevas relaciones de sucesos desgraciados y lastimeros que pasaron en Chili el año de mil y quinientos y noventa y nueve, y en el Perú, el año de mil y y seiscientos. Entre otras calamidades contaban las de Arequepa de grandes temblores de tierra, y llover arena como ceniza cerca de veinte días, de un volcán que reventó, y que fué tanta la ceniza, que en partes cayó más de una vara de medir en alto, y en partes más de dos, y donde menos más de una cuarta. De que se causó, q' las viñas y sembrados de trigos y maizales quedaron enterrados y los árboles mayores frutíferos y no frutíferos desgajados, y sin fruto alguno y que todo el ganado mayor y menor pereció por falta de pasto. Porque la arena que llovió cubrió los campos, por unas partes más de treinta leguas, y por otras más de cuarenta en contorno de Arequepa. Hallaban las vacas muertas de quinientas en quinientas, y los hatos de ovejas, cabras y puercos enterrados. Las casas, con el peso de la arena, se cayeron, y las que quedaron fué por la diligencia que sus dueños hicieron en derribar el arena que encima tenían. Hubo tan grandes relámpagos y truenos, que se oían treinta leguas en contorno de Arequepa. El sol, muchos días de aquellos, por la arena y nieblina que sobre la tierra caía, se escurecía de tal manera que en medio del día encendían lumbres para hacer lo que les convenía. Estas cosas y otras semejantes escribieron que habían sucedido en aquella ciudad y su comarca, las cuales hemos dicho en suma, abreviando la relación que enviaron del Perú, que basta, porque los historiadores que escribieron los sucesos destos tiempos, están obligados a decirlos más largamente como pasaron.

Las desdichas de Chili diremos como vinieron escritas de allá, porque son a propósito de lo que se ha dicho de aquellos indios araucos y sus hazañas. nacidas de aquel levantamiento del año de mil y quinien-

tos y cincuenta y tres, que dura hasta hoy, que entra ya el año de mil y seiscientos y tres, y no sabremos cuando tendrá fin, antes parece que de año en año va tomando fuerzas y ánimo para pasar adelante, pues al fin de cuarenta y nueve años de su rebelión; y después de haber sustentado guerra perpetua a fuego y a sangre todo ese largo tiempo, hicieron lo que veremos, que es sacado a la letra de una carta, que escribió un vecino de la ciudad de Santiago de Chili, la cual vino juntamente con la relación de las calamidades de Arequepa. Estas relaciones me dió un caballero, señor y amigo mío, que estuvo en el Perú, y fué capitán contra los amotinados que hubo en el reino de Quitu, sobre la impusición de las alcabalas, y sirvió mucho en ellas a la corona de España: dícese Martín Suazo. El título de las desventuras de Chili, dice: Avisos de Chili, y luego entra diciendo: cuando se acababan de escribir los avisos arriba dichos de Arequepa, llegaron de Chili otros, de grandísimo dolor y sentimiento, que son los que se siguen, puestos de la misma manera que de allá vinieron.

Relación de la pérdida y destruición de la ciudad de Valdivia en Chili, que sucedió miércoles veinte y cuatro de noviembre de quinientos y noventa y nueve. Al amanecer de aquel día, vino sobre aquella ciudad hasta cantidad de cinco mil indios de los comarcanos, y de los distritos de la Imperial Pica y Purem, los tres mil de a caballo y los demás de a pié, dijeron traían más de setenta arcabuceros, y más de docientas cotas. Los cuales llegaron al amanecer, sin ser sentidos, por haberlos traído espías dobles de la dicha ciudad. Trajeron ordenadas cuadrillas, porque supieron que dormían los españoles en sus casas, y que no tenían en el cuerpo de guarda más de cuatro hombres, y dos que velaban de ronda; que los tenía la fortuna ciegos con dos malocas (que es lo mismo que correrías) que hicieron veinte días antes, y desbarataron un fuerte que tenían los indios hecho en la vega y ciénaga de Paparlen, con muerte de muchos dellos; tantos, que se entendía, que en ocho leguas a la redonda no podía venir indio, porque habían recebido muy gran daño. Más cohechando las espías dobles, salieron con el más bravo hecho q' jamás bárbaros hicieron, que pusieron con gran secreto cerco a cada casa, con la gente que bastaba para la que ya sabían los indios que había dentro; y tomando las bocas de calles entraron en ellas, tomando arma a la ciudad desdichada, poniendo fuego a las casas, y tomando las puertas, para que no se escapase nadie, ni se pudiesen juntar unos con otros; y dentro de dos horas asolaron el pueblo, a fuego y a sangre: ganaron los indios el fuerte y artillería, por no haber gente dentro. La gente rendida y muerta, fué en número de cuatrocientos españoles, hombres y mugeres y criaturas. Saquearon trescientos mil pesos de despojos, y no quedó cosa sin ser derribada y quemada. Los navíos de Vallano, Villarroel, y otro de Diego de Rojas, se hicieron a lo largo por el río. Allí con canoas se escapó alguna gente, que si no fuera por esto, no escapara quien trujera la nueva. Hubo este rigor en los bárbaros por los muertos, que

en las dos correrías q' arriba q' dijo hicieron en ellos: y por haber dado y vendido los más de sus mugeres y hijos q' habían preso, a los mercaderes, para sacarlos fuera de su natural. Hicieron esto, habiendo tenido servidumbre de más de cincuenta años, siendo todos bautizados y habiendo tenido todo este tiempo sacerdotes q' les administraban doctrina. Fué lo primero que quemaron los templos, haciendo gran destrozo en las imágenes y santos, haciéndolos pedazos con sacrílegas manos. Diez días después deste suceso llegó al puerto de aquella ciudad el buen coronel Francisco del Campo, con socorro de trescientos hombres, que su escelencia enviaba del Perú para el socorro de aquellas ciudades. Rescató allí un hijo y una hija suya, niños de poca edad, los cuales había dejado en poder de una cuñada suya, y en este rebato los habían cautivado con los demás. Luego como vió la lastimosa pérdida de la ciudad, con grande ánimo y valor desembarcó su gente para ír al socorro de las ciudades de Osorno y Villarrica, y la triste Imperial: de la cual no se sabía más de q' había un año q' estaba cercada de los enemigos, y entendían que eran todos muertos de hambre, porque no comían sino los caballos muertos, y después perros y gatos y cueros de animales. Lo cual se supo por lo q' avisaron los de aquella ciudad, q' por el río abajo vino un mensagero a suplicar, y a pedir socorro con lastimosos quejidos de aquella miserable gente. Luego que el dicho coronel se desembarcó, determinó lo primero, socorrer la ciudad de Osorno, porque supo que los enemigos, habiendo asolado la ciudad de Valdivia, victoriosos con este hecho, iban a dar cabo a la dicha ciudad de Osorno, la cual socorrió el coronel, y hizo otros buenos efectos. A la hora q' escribo esta, ha venido nueva q' los de la Imperial perecieron de hambre todos, después de un año de cerco. Solo se escaparon veinte hombres, cuya suerte fué muy más trabajosa que la de los muertos, porque necesitados de la hambre se pasaron al bando de los indios. En Angol mataron cuatro soldados, no se sabe quienes son. Nuestro Señor se apiade de nosotros. Amen. De Santiago de Chili, y de marzo de mil y seiscientos años.

Todo esto, como se ha dicho, venía en las relaciones referidas del Perú y del reino de Chili, que ha sido gran plaga para toda aquella tierra. Sin lo cual el P. Diego de Alcobaza, ya otras veces por mí nombrado, en una carta q' me escribió año de mil seiscientos uno, entre otras cosas que me escribe de aquel imperio, dice del reino de Chili estas palabras: Chili está muy malo y los indios tan diestros y resabiados en la guerra, que no hay indio, que con una lanza y a caballo no salga a cualquiera soldado español por valiente que sea; y cada año se hace gente en el Perú para ir allá, y van muchos, y no vuelve ninguno: han saqueado dos pueblos de españoles, y muerto todos los que hallaron en ellos, y llevádose las pobres hijas y mugeres, habiendo primero muerto los padres y hijos, y todo género de servicio; y últimamente mataron en una emboscada al gobernador Loyola, casado con una hija de don Diego Sayritupac, el Inca que salió de Villcapampa antes que Vmd. se fuera a

esas partes. Dios haya misericordia de los muertos. y ponga remedio en los vivos. Hasta aquí es del P.Alcobaza, sin otras nuevas de mucha lástima que me escribe, que por ser odiosas no las digo: entre las cuales refiere las plagas de Arequepa, que una dellas fué, que valió el trigo en ella aquel año a diez, y a once ducados, y el maiz a trece.

Con todo lo que se ha dicho de Arequepa, viven todavía sus trabajos con las inclemencias de todos los cuatro elementos. q' la persiguen, como consta por las relaciones que los Padres de la Santa Compañía de Jesús enviaron a su generalísimo, de los sucesos notables del Perú del año de mil seiscientos dos. En las cuales dicen, aun no se han acabado las desventuras de aquella ciudad. Pero en las mismas relaciones dicen, cuánto mayores son las del reino de Chili, que sucedieron a las que atrás hemos dicho, las cuales me dió el P. M. Francisco de Castro, natural de Granada, que este año de seiscientos y cuatro es perfecto de las escuelas deste santo colegio de Córdova, y lee retórica en ellas. La relación del particular de Chili, sacado a la letra con su título, dice así:

DE LA REBELION DE LOS ARAUCOS

De trece ciudades q' había en este reino de Chili destruyeron los indios las seis, que son, Valdivia, la Imperial. Angol, Santa Cruz, Chillan y la Concepción. Derribaron. consumieron y talaron en ellas la habitación de sus casas, la honra de sus templos, la devoción y fé que resplandecía en ellos, la hermosura de sus campos; y el mayor que se padeció fué que con estas victorias crecieron los ánimos de los indios. y tomaron avilantez para mayores robos e incendios, asolamientos, sacos y destruiciones de ciudades y monasterios. Hicieron estudio en sus malas mañas, artificiosos engaños, cercaron la ciudad de Osorno, y gastando las fuerzas a los españoles, los fueron retirando a un fuerte, adonde los han tenido casi con un contínuo cerco, sustentándose los asediados con unas semillas de yerbas. y con solas hojas de nabos, y estos no lo alcanzaban todos sino a muy buenas lanzadas. En uno de los cercos que ha tenido esta ciudad quebraron las imágenes de nuestro Señor y nuestra Señora, y de los santos con infinita paciencia de Dios, por su indecible clemencia: pues no faltó poder para castigo, sino sobró bondad para tolerarlo y sufrirlo. En el último cerco que hicieron las indios a este fuerte, sin ser sentidos de los españoles, mataron las centinelas, y a su salvo le entraron, y apoderáronse dél, con inhumanidad de bárbaros, pasaban a cuchillo todas las criaturas, maniatando todas las mujeres y monjas, queriéndolas llevar por sus cautivas: pero estando codiciosos con sus despojos, ocupados en ellos y desordenados, dándose priesa a recogerlos y guardarlos, tuvieron lugar de reforzarse los ánimos de los españoles, y revolviendo sobre los enemigos fué Dios servido de dar a los nuestros buena mano, que quitándoles la presa de las mugeres y religiosas, aunque con pérdida de algunas pocas que llevaron consigo,

los retiraron y ahuyentaron. La última victoria que los indios han tenido ha sido tomar a la Villarrica, asolándola con mucha sangre de españoles derramada. Los enemigos le pegaron fuego por cuatro partes, mataron todos los religiosos de Santo Domingo, San Francisco, y nuestra Señora de las Mercedes, y a los clérigos que allí estaban: llevaron cautivas todas las mugeres, que eran muchas y muy principales, con que se dió remate a una ciudad tan rica, y un fin tal, con tan infelice suerte a un lugar por su conocida nobleza tan ilustre. Hasta aquí es de la relación de Chili, que vino al principio deste año de mil seiscientos cuatro. A todo lo cual no se qué decir, más de que son secretos juicios de Dios, que sabe por qué lo permite. Y con esto volveremos al buen Inca Yupanqui, y diremos lo poco que de su vida resta por decir.

CAPITULO XXVI

VIDA QUIETA Y EJERCICIOS DEL REY INCA YUPANQUI, HASTA SU MUERTE

EL rey Inca Yupanqui habiendo dado orden y asiento en las provincias, que sus capitanes conquistaron en el reino de Chili, así en su idolatría, como en el gobierno de los vasallos, y en la hacienda real y del sol, determinó dejar del todo las conquistas de nuevas tierras, por parecerle que eran muchas las que por su persona y por sus capitanes había ganado, que pasaba ya su imperio de mil leguas de largo: por lo cual quiso atender lo que de la vida le quedaba en ilustrar y ennoblecer sus reinos y señoríos; y así mandó, para memoria de sus hazañas, labrar muchas fortalezas, y nuevos grandes edificios de templos para el sol, y casas para las escogidas; y para los reyes hizo pósitos reales y comunes. Mandó sacar grandes acequias y hacer muchos andenes. Añadió riquezas a las que había en el templo del sol en el Cosco, que aunque la casa no las había menester, le pareció adornarla todo lo que pudiese, por mostrarse hijo del que tenía por padre. En suma, no dejó cosa de las buenas que sus pasados habían hecho, para ennoblecer su imperio, que él no hiciese. Particularmente se ocupó en la obra de la fortaleza del Cosco, que su padre le dejó trazada y recogida grandísima cantidad de piedras o peñas para aquel bravo edificio que ahora veremos. Visitó sus reinos, por ver por sus ojos las necesidades de los vasallos, para que se remediasen. Las cuales socorría con tanto cuidado que mereció el renombre de Pio. En estos ejercicios vivió este príncipe algunos años en suma paz y quietud, servido y amado de los suyos. Al cabo dellos enfermó, y sintiéndose cercano a la muerte llamó al príncipe heredero, y a los demás sus hijos, y en lugar de testamento les encomendó la guarda de su idolatría, sus leyes y costumbres, la justicia y rectitud con los vasallos, y el beneficio dellos: díjoles quedasen en paz, que su padre el sol le llamaba, para que fuese a descansar con él. Así falleció lleno de

hazañas y trofeos, habiendo alargado su imperio más de quinientas leguas de largo a la parte del Sur, desde Atacama hasta el río Maulli. Y por la parte del Norte, más de ciento y cuarenta leguas por la costa, desde Chincha hasta Chimu. Fué llorado con gran sentimiento. Celebraron sus obsequias un año, según la costumbre de los Incas. Pusiéronle en el décimo número de sus dioses, hijos del sol, porque fué el décimo rey; ofreciéronle muchos sacrificios. Dejó por sucesor y universal heredero a Tupac Inca Yupanqui, su hijo primogénito y de la Coya Chimpu Ocllo, su muger y su hermana. El nombre propio desta reina fué Chimpu, el nombre Ocllo era apellido sagrado entre ellos, y no propio. Dejó otros muchos hijos y hijas legítimos en sangre, y no legítimos, que pasaron de docientos y cincuenta, que no son muchos, considerada la multitud de mugeres escogidas, q' en cada provincia tenían aquellos reyes; y porq' este Inca dió principio a la obra de la fortaleza del Cosco, será bien la pongamos luego en pos de su autor, para que sea trofeo de sus trofeos; no solamente de los suyos, más también de todos sus antepasados y sucesores, porque la obra era tan grande, que podía servir de dar fama a todos sus reyes.

CAPITULO XXVII

LA FORTALEZA DEL COSCO. EL GRANDOR DE SUS PIEDRAS

MARAVILLOSOS edificios hicieron los Incas, reyes del Perú,en fortalezas, en templos, en casas reales, en jardines, en pósitos y en caminos, y otras fábricas de grande escelencia, como se muestran hoy por las ruinas q' dellas han quedado; aunque mal se puede ver por los cimientos lo que fué todo el edificio.

La obra mayor y más soberbia, que mandaron hacer para mostrar su poder y magestad, fué la fortaleza del Cosco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención, le hacen imaginar,y aún creer, que son hechas por vía de encantamiento,y que las hicieron demonios y no hombres; porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que mas son peñas que piedras) causa admiración imaginar, cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron, porque los indios no tuvieron hierro ni acero para las cortar ni labrar; pues pensar cómo las trujeron al edificio,es dar en otra dificultad no menor: porque no tuvieron bueyes, ni supieron hacer carros, ni hay carros que las puedan sufrir,ni bueyes q' basten a tirarlas;llevábanlas arrastrando a fuerza de brazos con gruesas maromas; ni los caminos por donde las llevaban eran llanos, sino sierras muy ásperas,con grandes cuestas por do las subían y bajaban a pura fuerza de hombres. Muchas dellas llevaron de diez, doce, quince leguas, particularmente la piedra, o por mejor decir la peña, que los indios llaman Saycusca, que quiere decir cansada (porque no llegó al edificio) se sabe que la trujeron de quince leguas de la ciudad, y q' pasó el río de Yucay, q' es poco menor que Guadalquivir por Córdova. Las que llevaron de más cerca fueron de Muyna, que está cinco leguas del Cosco: pues pasar adelante con la imaginación y pensar cómo pudieron ajustar tanto unas piedras tan grandes, q' apenas pueden meter la punta de un cuchillo por ellas, es nunca acabar. Muchas dellas están ajustadas, que apenas se aparece la juntura: para

ajustarlas tanto era menester levantar y asentar la una piedra sobre la otra muy muchas veces; porque no tuvieron escuadra, ni supieron valerse siquiera de una regla para asentarla encima de una piedra, y ver por ella si estaba ajustada con la otra. Tampoco supieron hacer gruas, ni garruchas, ni otro ingenio alguno que les ayudara a subir y a bajar las piedras, siendo ellas tan grandes que espantan, como lo dice el M. R. P. José de Acosta, hablando desta misma fortaleza que yo, por tener la precisa medida del grandor de muchas dellas, me quiero valer de la autoridad deste gran varon, que aunque lo he pedido a los condiscípulos, y me la han enviado no ha sido la relación tan clara y distinta como yo la pedía, de los tamaños de las piedras mayores, que quisiera la medida por varas y ochavas, y no por brazas, como me la enviaron; quisiérala con testimonios de escribanos, porque lo más maravilloso de aquel edificio es la increíble grandeza de las piedras, por el imcomportable trabajo q' era menester para las alzar, y bajar hasta ajustarlas y ponerlas como están: porque no se alcanza, cómo se pudo hacer con no más ayuda de costa que la de los brazos. Dice pues el P. Acosta, libro sesto, capítulo catorce: los edificios y fábricas que los Incas hicieron en fortalezas, en templos, en caminos, en casas de campo y otras, fueron muchos y de escesivo trabajo, como lo manifiestan el día de hoy las ruinas y pedazos que han quedado, como se ven en el Cosco, y en Tiahuanaco, y en Tambo, y en otras partes, donde hay piedras de inmensa grandeza, que no se puede pensar como se cortaron, y trajeron, y asentaron donde están; para todos estos edificios y fortalezas que el Inca mandaba hacer en el Cosco, y en diversas partes de su reino, acudía grandísimo número de todas las provincias; porque la labor es estraña y para espantar y no usaban de mezcla, ni tenían hierro ni acero para cortar y labrar las piedras, ni machinas, ni instrumentos para traerlas; y con todo esto, están tan polidamente labradas, que en muchas partes apenas se ve la juntura de unas con otras. Y son tan grandes muchas piedras destas, como está dicho, q' sería cosa increíble si no se viese. En Tiahuanaco medí yo una piedra de treinta y ocho pies de largo y de diez y ocho de ancho, y el grueso sería de seis pies; y en la muralla de la fortaleza del Cosco, que es de mampostería, hay muchas piedras de mucho mayor grandeza: y lo que más admira es que no siendo cortadas estas que digo de la muralla, por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura, sin mezcla. Todo esto se hacía a poder de mucha gente, y con gran sufrimiento en el labrar, porque para encajar una piedra con otra, era forzoso proballa muchas veces, no estando las más dellas iguales ni llanas &c. Todas son palabras del P. M. Acosta, sacadas a la letra, por las cuales se verá la dificultad y el trabajo con que hicieron aquella fortaleza, porque no tuvieron instrumentos ni machinas de que ayudarse.

Los Incas, según lo manifiesta aquella su fábrica, parece que quisieron mostrar por ella, la grandeza de su poder. cono se ve en la inmen-

sidad y magestad de la obra; la cual se hizo más para admirar que no para otro fin. También quisieron hacer muestra del ingenio de sus maestros y artífices, no solo en la labor de la cantería pulida (que los españoles no acaban de encarecer) más tambien en la obra de la cantería tosca, en la cual no mostraron menos primor que en la otra. Pretendieron asímesmo mostrarse hombres de guerra en la traza del edificio, dando a cada lugar lo necesario para defensa contra los enemigos.

La fortaleza edificaron en un cerro alto que está al Septentrion de la ciudad, llamado Sacsahuaman, de cuyas faldas empieza la poblazón del Cosco, y se tiende a todas partes por gran espacio. Aquel cerro (a la parte de la ciudad) está derecho casi perpendicular, de manera que está segura la fortaleza de que por aquella banda la acometan los enemigos en escuadrón formado, ni de otra manera, ni hay sitio por allí donde puedan plantar artillería, aunque los indios no tuvieron noticia della hasta que fueron los españoles. Por la seguridad que por aquella banda tenía, les pareció q' bastaba cualquiera defensa, y así echaron solamente un muro grueso de cantería de piedra, ricamente labrada por todas cinco partes, sino era por el trasdos como dicen los albañis: tenía aquel muro más de docientas brazas de largo. Cada hilada de piedra era de diferente altor, y todas las piedras de cada hilada muy iguales, y asentadas por hilo con muy buena trabazón, y tan ajustadas unas con otras por todas cuatro partes, que no admitían mezcla. Verdad es, que no se la echaban de cal ni arena, porque no supieron hacer cal; empero echaban por mezcla una lechada de un barro colorado, que hay muy pegajoso, para que hinchese y llenase las picaduras q' al labrar la piedra se hacían. En esta cerca mostraron fortaleza y pulicía, porque el muro era grueso, y la labor muy pulida a ambas partes.

CAPITULO XXVIII

TRES MUROS DE LA CERCA, LO MAS ADMIRABLE DE LA OBRA

EN contra deste muro, por la otra parte tiene el cerro un llano grande: por aquella banda suben a lo alto del cerro con muy poca cuesta, por donde los enemigos podian arremeter en escuadrón formado. Allí hicieron tres muros uno delante de otro, como va subiendo el cerro, tendrá cada muro más de doscientas brazas de largo. Van hechos en forma de media luna, porque van a cerrar y juntarse con el otro muro pulido, que está a la parte de la ciudad. En el primer muro de aquellos tres, quisieron mostrar la pujanza de su poder, q' aunque todos tres son de una misma obra, aquel tiene la grandeza de ella, donde pusieron las piedras mayores, que hacen increíble el edificio, a quien no lo ha visto, y espantable a quien lo mira con atención, si considera bien la grandeza y la multitud de las piedras, y el poco aliño, que tenían para las cortar, labrar y asentar en la obra.

Tengo para mí que no son sacadas de canteras, porque no tienen muestra de haber sido cortadas, sino que llevaban las peñas sueltas y desasidas (que los canteros llaman tormos) que por aquellas sierras hallaban acomodadas para la obra; y como las hallaban, así las asentaban porque unas son cóncavas de un cabo, y convejas de otro, y sesgas de otro. Unas con puntas a las esquinas, y otras sin ellas: las cuales faltas o demasías no las procuraban quitar ni emparejar, ni añadir, sino que el vacio y cóncavo de una peña grandísima lo henchían con el lleno y convejo de otra peña tan grande y mayor, si mayor la podían hallar; y por el semejante el sesgo ó derecho de una peña, igualaban con el derecho o sesgo de otra: y la esquina que faltaba a una peña, la suplían sacándola de otra, no en pieza chica, que solamente hinchiese aquella falta, sino arrimando otra peña con una punta sacada de ella, que cumpliese la falta de la otra; de manera, que la intención de aquellos indios parece que fué, no poner en aquel muro piedras chicas, aunque fuese para cumplir las faltas de las grandes, sino que todas fuesen de admirable grandeza, y que unas a otras se abrazasen, favoreciéndose to-

das, supliendo cada cual la falta de la otra para mayor magestad de el edificio. Y esto es lo que el P. Acosta quiso encarecer, diciendo: lo q' más admira es, que no siendo cortadas estas de la muralla por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura, sin mezcla. Con ir asentadas tan sin orden, regla, ni compás, están las peñas por todas partes tan ajustadas unas con otras, como la cantería pulida: la haz de aquellas peñas labraron toscamente, casi las dejaron como se estaban en su nacimiento, solamente para las junturas labraron de cada peña cuatro dedos, y aquello muy bien labrado: de manera que de lo tosco de la haz, y de lo pulido de las junturas, y del desorden del asiento de aquellas peñas y peñascos, vinieron a hacer una galana y vistosa labor.

Un sacerdote, natural de Montilla, que fué al Perú, después que yo estoy en España, y volvió en breve tiempo, hablando de esta fortaleza, particularmente de la monstruosidad de sus piedras, me dijo que antes de verlas, nunca jamás imajinó creer que fuesen tan grandes como le habían dicho; y que después que las vió, le parecieron mayores que la fama: y que entonces le nació otra duda más dificultosa, que fué imaginar, q' no pudieron asentarlas en la obra, sino por arte del demonio. Cierto tuvo razón de dificultar el cómo se asentaron en el edificio, aunque fuera con el ayuda de todas las máquinas que los ingenieros y maestros mayores de por acá tienen; cuanto más tan sin ellas, porque en esto eccede aquella obra a las siete que escriben, por maravillas del mundo; porque hacer una muralla tan larga y ancha como la de Babilonia, y un coloso de Rodas, y las pirámides de Egipto, y las demás obras, bien se vé como se pudieron hacer, que fué acudiendo gente innumerable, y añadiendo de día en día y de año en año material a material, y más material, eso me dá que sea de ladrillo y betún, como la muralla de Babilonia, o de bronce y cobre, como el coloso de Rodas, o de piedra y mezcla, como las pirámides: en fín se alcanza el como las hicieron, que la pujanza de la gente mediante el largo tiempo, lo venció todo. Más imaginar cómo pudieran aquellos indios sin máquinas, ingenios, ni instrumentos cortar, labrar, levantar y bajar peñas tan grandes (que más son pedazos de sierra que piedras de edificios) y ponerlas tan ajustadas como están, no se alcanza; y por esto lo atribuyen a encantamiento, por la familiaridad tan grande que con los demonios tenían.

En cada cerca, casi en medio della, había una puerta, y cada puerta tenía una piedra levadiza, del ancho y alto de la puerta con que la cerraban. A la primera llamaron Tiupuncu, que quiere decir Puerta del Arenal, porque aquel llano es algo arenoso, de arena de hormigon. Llaman Tiu al arenal y a la arena, y Puncu quiere decir puerta. A la segunda llamaron Acahuana Puncu, porque el maestro mayor que la hizo se llamaba Acahuana, pronunciada la sílaba ca, en lo interior de la garganta. La tercera se llamó Viracocha Puncu, consagrada a su dios Viracocha; aquella fantasma de quien hablamos largo, que se apa-

reció al príncipe Viracocha Inca, y le dió el aviso del levantamiento de los Chancas, por lo cual lo tuvieron por defensor y nuevo fundador de la ciudad del Cosco, y como a tal le dieron aquella puerta, pidiéndole fuese guarda della y defensor de la fortaleza, como ya en tiempos pasados lo había sido de toda la ciudad y de todo su imperio. Entre un muro y otro de aquellos tres, por todo largo dellos, hay un espacio de veinte y cinco o treinta pies; está terraplenado hasta lo alto de cado muro: no sabré decir si el terraplen o es del mismo cerro, que va subiendo, o si es hecho a mano; debe de ser de lo uno y de lo otro. Tenía cada cerca su antepecho de más de una vara en alto de donde podían pelear más defensa que al descubierto.

CAPITULO XXIX

TRES TORREONES. LOS MAESTROS MAYORES Y LA PIEDRA CANSADA

PASADAS aquellas tres cercas hay una plaza larga y angosta. donde había tres torreones fuertes en triángulo prolongado conforme al sitio. Al principal dellos que estaba enmedio, llamaron Moyoc Marca, quiere decir fortaleza redonda; porque estaba hecha en redondo: en ella había una fuente de mucha y de muy buena agua, traída de lejos por debajo de tierra. Los indios no saben decir de dónde ni por dónde. Entre el Inca y los del supremo consejo andaba secreta la tradición de semejantes cosas. En aquel torreon se aposentaban los reyes, cuando subían a la fortaleza a recrearse, donde todas las paredes estaban adornadas de oro y plata, con animales y aves y plantas, contrahechas al natural. y encajadas en ellas, que servían de tapicería. Había así mismo mucha vajilla, y todo el demás servicio que hemos dicho que tenían las casas reales.

Al segundo torreon llamaron Paucar Marca, y al tercero Sacllac Marca; ambos eran cuadrados, tenían muchos aposentos para los soldados que había de guarda, los cuales se remudaban por su orden; habían de ser de los Incas del privilegio, que los de otras naciones no podían entrar en aquella fortaleza, porque era casa del sol, de armas y guerra, como lo era el templo, de oración y sacrificios. Tenía su capitan general como alcaide; había de ser de la sangre real y de los legítimos el cual tenía sus tenientes y ministros, para cada ministerio el suyo; para la milicia de los soldados, para la provisión de los bastimentos, para la limpieza y pulicía de las armas, para el vestido y calzado que había de depósito para la gente de guarnición, que en la fortaleza había.

Debajo de los torreones había labrado debajo de tierra otro tanto como encima: pasaban las bóvedas de un torreon a otro, por las cuales se comunicaban los torreones tan bien como por cima. En aquellos soterraños mostraron grande artificio: estaban labrados con tantas calles y callejas, que cruzaban de una parte a otra, con vueltas y revuel-

tas, y tantas puertas, unas en contra de otras, y todas de un tamaño, que a poco trecho que entraban en el laberinto perdían el tino, y no acertaban a salir; y aún los muy pláticos no osaban entrar sin guía, la cual había de ser un ovillo de hilo grueso; que al entrar dejaban atado a la puerta para salir guiándose por él. Bien muchacho, con otros de mi edad, subí muchas veces a la fortaleza, y con estar ya arruinado todo el edificio pulido, digo lo que estaba sobre la tierra, y aún mucho de lo que estaba debajo, no osábamos entrar en algunos pedazos de aquellas bóvedas, que habían quedado, sino hasta donde alcanzaba la luz del sol, por no perdernos dentro según el miedo que los indios nos ponían.

No supieron hacer bóveda de arco. Yendo labrando las paredes dejaban para los soterraños, unos canecillos de piedra, sobre los cuales echaban, en lugar de vigas, piedras largas, labradas a todas seis haces, muy ajustadas, que alcanzaban de una pared a otra. Todo aquel gran edificio de la fortaleza fué de cantería pulida y cantería tosca, ricamente labrada con mucho primor, donde mostraron los Incas lo que supieron y pudieron, con deseo que la obra se aventajase en artificio y grandeza a todas las demás, que hasta allí habían hecho, para que fuese trofeo de sus trofeos, y así fué el último dellos; porque pocos años después que se acabó, entraron los españoles en aquel imperio, y atajaron otros tan grandes que se iban haciendo.

Entendieron cuatro maestros mayores en la fábrica de aquella fortaleza El primero y principal a quien atribuyen la traza de la obra, fué Huallpa Rimachi, Inca; y para decir que era el principal, le añadieron el nombre Apu, que es capitan o superior en cualquier ministerio, y así le llaman Apu Huallpa Rimachi, al que le sucedió le llaman Inca Maricanchi. El tercero fué Acahuana Inca, a este atribuyen mucha parte de los grandes edificios de Tiahuanacu, de los cuales hemos dicho atrás. El cuarto y último de los maestros se llamó Calla Cunchuy. En tiempo deste, trujeron la Piedra Cansada, a la cual puso el maestro mayor su nombre, porque en ella se conservase su memoria, cuya grandeza también como de las demás, sus iguales, es increíble. Holgára poner aquí la medida cierta del grueso y alto de ella, no he merecido haberla precisa, remítome a los que la han visto. Está en el llano antes de la fortaleza. Dicen los indios que del mucho trabajo q' pasó por el camino, hasta llegar allí se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar al edificio. La piedra no está labrada sino tosca, como la arrancaron de donde estaba escuadrada. Mucha parte della está debajo de tierra: dícenme que ahora está más metida debajo de tierra que yo la dejé; porque imaginaron que debajo de ella había gran tesoro, y cavaron como pudieron para sacarlo; más antes que llegasen al tesoro imaginado, se les hundió aquella gran peña, y escondió la mayor parte de su grandor; y así lo más de ella está debajo de tierra. A una de sus esquinas altas tiene un agujero o dos, que si no me acuerdo mal, pasan la esquina de una parte a otra. Dicen los indios que aquellos agujeros son los ojos de la piedra

por do lloró la sangre: del polvo que en los agujeros se recoge, y del agua que llueve y corre por la piedra abajo, se hace una mancha o señal algo bermeja, porque la tierra es bermeja en aquel sitio. Dicen los indios que aquella señal quedó de la sangre que derramó cuando lloró. Tanto como esto afirmaban esta fábula, y yo se la oí muchas veces:

La verdad historial, como las contaban los Incas Amautas, que eran los sabios filósofos y doctores en toda cosa de su gentilidad, es qué traían la piedra más de veinte mil indios, arrastrándola con grandes maronas. Iban con gran tiento; el camino por dó la llevaban es áspero, con muchas cuestas agras q' subir y bajar: la mitad de la gente tiraba de las maromas por delante; la otra mitad iba sosteniendo la peña con otras maromas que llevaba asidas atrás, porque no rodase por las cuestas abajo, y fuese a parar donde no pudiesen sacarla.

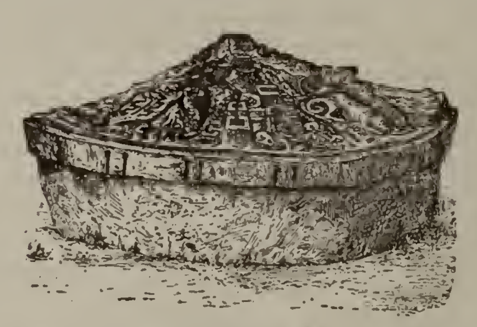
En una de aquellas cuestas (por descuido que hubo entre los que iban sosteniendo, que no tiraron todos a la par) venció el peso de la peña a la fuerza de los que la sostenían, y se soltó por la cuesta abajo, y mató tres o cuatro mil indios de los q' la iban guiando; más con toda esta desgracia la subieron y pusieron en el llano donde ahora está. La sangre que derramó, dicen que es la que lloró, porque la lloraron ellos, y porque no llegó a ser puesta en el edificio. Decían que se cansó, y que no pudo llegar allá, porque ellos se cansaron de llevarla; de manera que lo que por ellos pasó, atribuyen a la peña. De esta suerte tenían otras muchas fábulas que enseñaban por tradición a sus hijos y descendientes, para que quedase memoria de los acaecimientos más notables que entre ellos pasaban.

Los españoles como envidiosos de sus admirables victorias, debiendo sustentar aquella fortaleza, aunque fuera reparándola a su costa para que por ellas vieran en siglos venideros, cuán grandes habían sido las fuerzas, y el ánimo de los q' la ganaron, y fuera eterna memoria de sus hazañas; no solamente no la sustentaron, más ellos propios la derribaron para edificar las casas particulares que hoy tienen en la ciudad del Cosco, que por ahorrar la costa y la tardanza y pesadumbre con que los indios labraban las piedras para los edificios, derribaron todo lo que de cantería pulida estaba edificado, dentro de las cercas, que no hay casa en la ciudad que no haya sido labrada con aquella piedra, a lo menos las que han labrado los españoles.

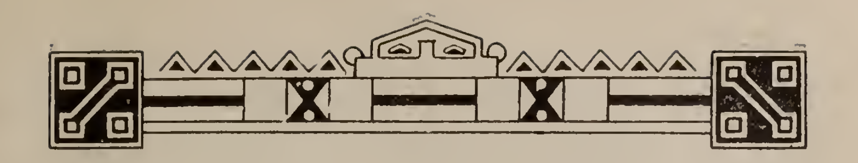
Las piedras mayores que servían de vigas en los soterraños, sacaron para umbrales y portadas, y las piedras menores para los cimientos y paredes: y para las gradas de las escaleras buscaban las hiladas de piedra, del altor que les convenía y habiéndola hallado, derribaban todas las hiladas que había encima de las que habían menester, aunque fuesen diez o doce hiladas, o muchas más. De esta manera echaron por tierra aquella gran magestad, indigna de tal estrago, que eternamente hará lástima a los que la miraren con atención de lo que fué. Derribáronla con tanta priesa, que aún yo no alcancé de ella sino las pocas re-

liquias que he dicho. Las tres murallas de peñas dejé en pie, porque no las pueden derribar por la grandeza de ellas: y aún con todo eso, según me han dicho, han derribado parte dellas, buscando la cadena o maroma de oro, que Huaina Capac hizo; porque tuvieron conjeturas o rastros, que la habían enterrado por allí.

Dió principio a la fábrica de aquella no bien encarecida y mal dibujada fortaleza, el buen rey Inca Yupanqui, décimo de los Incas, aunque otros quieren decir, que fué su padre Pachacutec Inca: dícenlo porque dejó la traza y el modelo hecho, y recogida grandísima cantidad de piedra y peñas, que no hubo otro material en aquella obra. Tardó en acabarse más de cincuenta años, hasta los tiempos de Huaina Capac: y aún dicen los indios que no estaba acabada, porque la piedra cansada la habían traído para otra gran fábrica, que pensaban hacer, la cual con otras muchas que por todo aquel imperio se hacían atajaron las guerras civiles, que poco después entre los dos hermanos Huascar Inca y Atahuallpa se levantaron; en cuyo tiempo entraron los españoles, que las atajaron y derribaron del todo, como hoy están.



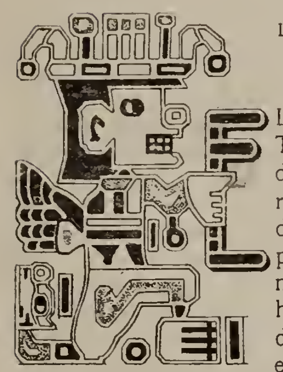
La piedra tallada de Concacha (Apurimac) cubierta de relieves representando dibujos de cuadriculados y canales y figuras de pumas y sierpes. Para unos es una piedra de sacrificio y para otros es un calendario.



LIBRO OCTAVO

Donde se verán las muchas conquistas que Tupac Inca Yupanqui, undécimo rey, hizo; y tres casamientos que su hijo Huaina Capac celebró. El testamento y muerte del dicho Tupac Inca. Los animales mansos y bravos, mieses y legumbres, frutas y aves, y cuatro ríos famosos, piedras preciosas, oro y plata; y en suma, todo lo que había en aquel imperio, antes que los españoles fueran a él.—Contiene veinte y cinco capítulos.

CAPITULO I



LA CONQUISTA DE LA PROVINCIA HUACRACHUCU, Y SU NOMBRE

L gran Tupac Inca Yupanqui, (cuyo apellido Tupac, quiere decir el que relumbra o resplandece, porque las grandezas deste príncipe merecieron tal renombre) luego que murió su padre, se puso la borla colorada: y habiendo cumplido con sus obsequias y con las demás ceremonias y sacrificios que a los reyes muertos les hacían, en que gastó el primer año de su reinado, salió a visitar sus reinos y provincias, que era lo primero que los Incas hacían heredando para conocer y ser conocidos y amados de sus vasallos, y para que así los consejos y pueblos en común, como los vecinos en particular, le pidiesen de más cerca lo que bien les estuviese; y también para que los gobernadores y jueces y los demás ministros de la justicia no se descuidasen o tiranizasen con el ausencia del Inca. En la visita gastó largos cuatro años, y habiéndola acabado y dejado los vasallos muy satisfechos, y contentos de sus grandezas,y buena condición, mandó para el año venidero levantar cuarenta mil hombres de guerra,para pasar adelante en la conquista, que sus

pasados le dejaron instruída; porque el principal blasón de que aquellos Incas se preciaban, y el velo con que cubrían su ambición por aumentar su imperio, era decir que les movía celo de sacar los indios de las inhumanidades y bestialidades en que vivían, y reducirlos a vida moral y política, y al conocimiento y adoración de su padre el sol, que ellos predicaban por Dios.

Levantada la gente, habiendo puesto orden en quien quedase en la ciudad por su lugar-teniente, fué el Inca hasta Casamarca, para de allí hacer su entrada a la provincia llamada Chachapuya, que según el P. Blas Valera, quiere decir, lugar de varones fuertes. Está al Oriente de Casamarca, era poblada de mucha gente muy valiente, los hombres muy bien dispuestos, y las mujeres hermosas en estremo. Estos Chachapuyas adoraban culebras y tenían al ave Cuntur por su principal dios: deseaba Tupac Inca Yupanqui reducir aquella provincia a su imperio por ser muy famosa, la cual entonces tenía más de cuarenta mil vecinos: es asperísima de sitio.

Traen estos indios Chachapuyas por tocado y divisa en la cabeza una honda, por la cual son conocidos, y se diferencian de las otras naciones, y la honda es de diferente hechura, que lo que usan otros indios, y es la principal arma, que en la guerra usaban, como los antiguos mallorquinos.

Antes de la provincia Chachapuya hay otra, que llaman Huacra, chucu, es grande y asperísima de sitio, y de gente en estremo feroz y belicosa. Traen por divisa en la cabeza, o traían (q' ya todo está confundido)un cordón negro de lana con moscas blancas a trechos, y por plumage una punta de cuerna de venado o de corzo, o de gamo, por do le llamaron Huacrachucu, que es tocado o sombrero de cuerno: llaman Chucu al tocado de la cabeza y Huacra al cuerno. Los Huacrachucus adoraban culebras antes que fuesen señoreados de los Incas, y las tenían pintadas por ídolos en sus templos y casas.

Al Inca le era necesario conquistar primero aquella provincia Huacrachucu para pasar a la Chachapuya; y así mandó enderezar su ejército a ellas, Los naturales se pusieron en defensa, atrevidos en la mucha aspereza de su tierra, y aún confiados de la victoria, porq' les parecía inexpugnable. Con esta confianza salieron a defender los pasos, donde hubo grandes recuentros, y muchas muertes de ambas partes. Lo cual visto por el Inca y por su consejo, les pareció que si la guerra se llevaba a fuego y sangre, sería con mucho daño de los suyos y total destruición de los enemigos. Por lo cual, habiendo ganado algunos pasos fuertes, les envió a requerir con la paz y amistad, como lo habían de costumbre los Incas: díjoles que mirasen que más andaba el Inca por hacerles bien (como lo habían hecho sus pasados con todos los demás indios que habían reducido a su imperio) que no por señorearlos, ni por el provecho que dellos podía esperar. Advirtiesen que no les quitaban nada de su tierras y posesiones, antes se las aumentaba con nuevas acequias y

otros beneficios; y que a los curacas los dejaban con el mismo señorío. que antes se tenían, que no querían más de que adorasen al sol, y quitasen las inhumanidades q' tuviesen. Sobre la cual platicaron los Huacrachucos, y aunque hubo muchos de parecer que recibiesen al Inca por señor, no se concertaron, porque la gente moza, como menos esperimentada, y más en número, lo contradijeron, y salieron con su porfía, y siguieron la guerra con mucho furor, pareciéndoles que estaban obligados a vencer o morir todos, pues habían contradicho a los viejos.

El Inca porque los enemigos viesen que el haberles convidado con la paz, no había sido flaqueza de ánimo, ni faltas de fuerzas, sino piedad y mansedumbre, tan acostumbrada por sus pasados, mandó reforzar la guerra de veras, y que los acometiesen por muchas partes, repartiendo el ejércitopor sus tercios, para q' los divirtiesen y enflaqueciesen las fuerzas y el ánimo. Con el segundo acometimiento que los Incas hicieron, ganaron otras plazas y pasos fuertes, apretaron a los enemigos, de manera que les convino pedir misericordia. El Inca los recibió con mucha clemencia, por la comun costumbre de aquellos reyes, que siempre se preciaron della, y por convidar con ella a los comarcanos; y así mandó a sus ministros que tratasen a los Huacrachucus, como si fueran hermanos: mandó que a los curacas se les diese mucha ropa de vestide la fina, que llaman Compi, y a la gente común de la que llaman Avasca. Mandó proveerles de mucho bastimento, porque con la guerra se les había desperdiciado lo que tenían para su año, con lo cual quedaron muy contentos los nuevamente conquistados, y perdieron el temor del castigo, que por su rebeldía y pertinacia habían temido.

El Inca no quiso pasar adelante en su conquista, por parecerle que se había hecho harto en aquel verano, en haber conquistado una provincia como aquella, tan áspera de sitio y tan belicosa de gente: y también porque aquella tierra es muy lloviosa: mandó alojar su ejército en la comarca de aquella frontera. Mandó asímismo que para el verano siguiente se aprestasen otros veinte mil hombres más; porque no pensaba dilatar tanto sus conquistas como la pasada.

A los nuevamente reducidos, mandó instruir en su vana religión y en sus leyes y costumbres morales para que las supiesen guardar y cumplir. Mandó que se les diese traza y orden para sacar acequias de agua, y hacer andenes, allanando cerros y laderas, que podían sembrarse, y eran de tierra fértil, y por falta de aquella industria la tenían perdida, sin aprovecharse della. Todo lo cual reconocieron aquellos indios, que era en mucho beneficio dellos.

CAPITULO II

LA CONQUISTA DE LOS PRIMEROS PUEBLOS DE LA PROVINCIA CHACHAPUYA

VENIDO el verano y la gente de socorro, mandó el gran Tupac Inca Yupanqui sacar su ejército en campaña, y caminar hácia la provincia Chachapuya. Envió un mensagero delante, según la costumbre antigua de los Incas, a protestarles la paz o la guerra. Los Chachapuyas repondieron resolutamente, que ellos estaban apercibidos para las armas, y para morir en la defensa de su libertad; que el Inca hiciese lo que quisiese, que ellos no querían ser sus vasallos.

Oída la respuesta se empezó la guerra cruel de ambas partes, con muchas muertes y heridas. Los Incas iban determinados a no volver atrás. Los Chachas (que también admite este nombre aquella nación) estaban resueltos de morir, antes que dar la ventaja a sus enemigos. Por esta obstinación de ambas partes hubo mucha mortandad en aquella conquista, y también porque los Chachas viendo que el imperio de los Incas se acercaba a su provincia, la cual pudiéramos llamar reino, porque tiene más de cincuenta leguas de largo, y veinte de ancho, sin lo que entra hasta Muyupampa, que son otras treinta leguas de largo: se habían apercibido de algunos años atrás para defenderse, y habían hecho muchas fortalezas en sitios muy fuertes, como hoy se muestran, que todavía viven las reliquias: y habían cerrado muchos pasos estrechos que hay, de más de la aspereza que aquella tierra tiene en sí, que es tan dificultosa de andar, que por algunos caminos se desguindan los indios ocho y diez estados de alto, porque no hay otros pasos para pasar adelante.

Por estas dificultades ganaron los Incas, a mucha costa de su gente, algunos pasos fortificados, y algunas fortalezas, que estimaron en mucho; y las primeras fueron en una cuesta, que tiene dos leguas y media de subida, que llaman la cuesta de Pias, porque pasada la cuesta está un pueblo que llaman así. Es uno de los principales de aquella pro-

vincia, está diez y ocho leguas la tierra adentro por la parte que entraron los Incas: todo aquel espacio ganaron con mucha dificultad. El pueblo hallaron desamparado, que aunque el sitio era fuerte, tenían fortificados otros lugares más fuertes.

En Pias hallaron los Incas algunos viejos y viejas inútiles, que no pudieron subir a las sierras con los mozos: tenían consigo muchos niños, que sus padres no habían podido llevar a las fortalezas; a todos estos mandó el gran Tupac Inca Yupanqui,que los tratasen con mucha piedad y regalo.

Del pueblo Pias, pasó adelante con su ejército, y en una abra o puerto de Sierra Nevada, que há por nombre Chirmac-cassa, que quiere decir,Puerto dañoso, por ser de mucho daño a la gente que por él pasa, se helaron trescientos soldados escogidos del Inca, que iban delante del ejército descubriendo la tierra, que repentinamente les cogió un gran golpe de nieve que cayó, y los ahogó y heló a todos sin escapar alguno. Por esta desgracia no pudo el Inca pasar el puerto por algunos días, y los chachapuyas, entendiendo que lo hacía de temor, publicaron por toda su provincia que se había retirado y huído dellos.

Pasada la furia de la nieve, prosiguió el Inca en su conquista, y con grandes dificultades fué ganando palmo a palmo lo que hay hasta Cunturmarca, que es otro pueblo principal, sin otros muchos menores que a una mano y a otra del camino real,dejó ganados con gran trabajo, por la aspereza de los sitios, y porque sus moradores los habían fortificado más de lo que de suyo lo eran. En el pueblo Cunturmarca hicieron gran resistencia los naturales, que eran muchos, pelearon valerosamente y entretuvieron la guerra muchos días: más como ya en aquellos tiempos la pujanza de los Incas era tanta que no había resistencia contra ella, ni los Chachas tenían otro socorro, sino el de su valor y esfuerzo, los ahogaron con la inundación de gentes que sobre ellos cargaron; de tal manera, que les fué forzoso rendirse a la voluntad del Inca. El cual los recibió con la clemencia acostumbrada, y les hizo mercedes y regalos para aquietarles los ánimos, y también para convidar a los no rendidos hiciesen lo mismo.

Habiendo dejado en Cunturmarca, ministros que asentasen lo ganado hasta allí, pasó el Inca adelante y fué ganando los pueblos y fortalezas que halló por delante, aunque ya con menos trabajo y menos sangre; porque a ejemplo de Cunturmarca, se rindieron los más y los que peleaban no era con la obstinación que los pasados. Desta manera llegó a otro pueblo de los principales, llamado Cassamarquilla, que está ocho leguas de Cunturmarca, de camino muy áspero de sierras y montañas bravas. En Cassamarquilla hubo mucha pelea, por la mucha y muy belicosa gente que el pueblo tenía: más pasados algunos recuentros en q' los Chachas conocieron la pujanza de los Incas, considerando que la mayor parte de su provincia estaba ya sujeta al Inca,tuvieron por bien sujetarse ellos también.

CAPITULO III

LA CONQUISTA DE OTROS PUEBLOS Y DE OTRAS NACIONES BARBARAS

DE Cassamarquilla pasó a otro pueblo principal, llamado Papamarca, que quiere decir,pueblo de papas,porque son muy grandes las que allí se dán. El Inca ganó aquel pueblo como los pasados. De allí pasó ocho leguas conquistando todos los pueblos q' halló, hasta un pueblo de los principales que llaman Raimipampa, que quiere decir,campo de la fiesta, y pascua principal del sol, llamada Raimi, de la cual hemos dado larga cuenta en su capítulo de por sí;y porque Tupac Inca Yupanqui, habiendo ganado aquel pueblo.que está en un hermosísimo valle, celebró en el campo aquella fiesta del sol, le llamaron así, quitándole el nombre antiguo que tenía, porque es de saber como se ha dicho, que era costumbre de los Incas celebrarla, como quiera que pudiesen, donde quiera les tomase el tiempo de la fiesta; puesto que el sumo sacerdote y los demás Incas,que en el Cosco se hallaban, la celebraban allá con toda solemnidad.

Ganado el pueblo Raimipampa pasó a otro llamado Suta (71) que está tres leguas adelante,y también lo ganó con facilidad,porque ya no hacían resistencia los naturales,viendo la mayor parte de la provincia en poder del Inca. De Suta fué el ejército a otro pueblo grande q' se dice Llavantu, (72) que es el postrer pueblo principal de la provincia Chachapuya; el cual se dió como los demás de su nación, viendo que no se podían defender; y así quedó el Inca por señor de toda aquella gran provincia, cuyos pueblos principales son los que se han nombrado, sin los cuales tenía entonces una gran multitud de pueblos pequeños. Fué muy trabajosa de ganar esta gran provincia, y costó mucha gente al Inca, así por la aspereza y dificultades de la tierra, como por ser la gente animosa y valiente.

---

(71) *Suta* actual pueblo de la Provincia de Chachapoyas. *Sutuy* — Jalamiento.

(72) Levanto, distrito actual de Chachapoyas, antigua capital del reyno de los Chachapuyas.

Desde Llavantu envió el gran Tupac Inca Yupanqui parte de su ejército a la conquista, y redución de una provincia llamada Muyupampa por donde entró el valeroso Hancohuallu, cuando desamparó sus estados por no reconocer superioridad a los Incas, como se dijo en la vida del Inca Viracocha, la cual provincia está dentro en los Antis, y por confederación amigable, o por sujeción de vasallage, que no concuerdan en esto aquellos indios, reconocía superioridad a los chachas, y está casi treinta leguas de Llavantu, al Levante.

Los naturales de Muyupampa, habiendo sabido que toda la provincia Chachapuya quedaba sujeta al Inca, se rindieron con facilidad y protestaron de abrazar su idolatría y sus leyes y costumbres. Lo mismo hicieron, los de la provincia llamada Cascayunca y otras, q' hay en aquel distrito, de menor cuenta y nombre. Todas las cuales se rindieron al Inca con poca o ninguna resistencia. El cual proveyó lo necesario para la vana creencia y adoración del sol, y para el beneficio de los vasallos. Mandó sacar acequias y romper nuevas tierras, para que la provincia fuese más abundante; a los curacas dió mucha ropa que ellos estimaron en mucho, y por entonces mandó para la guerra hasta el verano venidero, y que alojasen el ejército, y trujesen de las provincias comarcanas mucho bastimento para la gente de guerra, y para los vasallos nuevamente conquistados, que por la guerra pasada padecían necesidad de comida. Venido el verano, fué Tupac Inca Yupanqui con ejército de cuarenta mil hombres a la provincia Huancapampa, grande y poblada de mucha gente, empero de diversas naciones y lenguas: vivían divididas cada nación de por sí, agenos de paz y amistad unos con otros, sin señor ni república, ni pueblos poblados. Hacíanse guerra unos a otros bestialmente, porque ni reñían sobre el señorío, porque no lo había, ni sabían qué era ser señor. Tampoco lo habían por quitarse las haciendas, porque no las tenían, que los más dellos andaban desnudos, que no supieron hacer de vestir. Tenían por premio de los vencedores las mugeres y hijas de los vencidos, que les quitaban todas las que podían haber, y los varones se comían unos a otros muy bestialmente.

En su religión fueron tan bestiales o más que en su vida moral, adoraban muchos dioses cada nación, cada capitanía o cuadrilla, y cada casa tenía el suyo. Unos adoraban animales, otros aves, otros yerbas y plantas, otros cerros, fuentes y ríos, cada uno lo que se le antojaba: sobre lo cual también habían grandes batallas y pendencias en común y particular, sobre cuál de sus dioses era el mejor. Por esta behetría en que vivían, sin conformidad alguna, fueron facilísimos de conquistar; porque la defensa que hicieron fué huír como bestias a los montes y sierras ásperas, a las cuevas y resquicios de peñas, donde pudiesen esconderse: de donde a los más dellos sacó la hambre, y redujo a la obediencia y servicio del Inca. Otros, que fueron más fieros y brutos, se dejaron morir de hambre en los desiertos.

El rey Tupac Inca Yupanqui los hizo recoger con gran diligencia, y mandó darles maestros que les enseñasen a poblar pueblos, labrar las tierras y cubrir sus carnes; haciéndoles de vestir de lana y algodón; sacaron muchas y grandes acequias para regar los campos; cultivaron la provincia de manera que fué una de las mejores que hubo en el Perú. El tiempo adelante, para más la ilustrar, hicieron en ella templo para el sol, y casas de escogidas, y otros muchos edificios: mandáronles echar por tierra sus dioses, y a que adorasen al sol por solo y universal dios, y que no comiesen carne humana, so pena de la vida y de su total destruición: diéronles sacerdotes, y hombres enseñados en sus leyes y costumbres para que los industriasen en todo: y ellos se mostraron tan dóciles, que en breve tiempo fueron muy políticos, y fueron aquellas dos provincias Cascayunca y Huancapampa, de las mejores que hubo en el imperio de los Incas.

CAPITULO IV

LA CONQUISTA DE TRES GRANDES PROVINCIAS BELICOSAS Y MUY PERTINACES

HECHA la conquista de la gran provincia Huancapampa, no saben decir cuántos años después pasaron los Incas adelante a conquistar otras tres provincias que también contienen en sí muchas diversas naciones; empero al contrario de las pasadas, que vivían como gente política, tenían sus pueblos y fortalezas y manera de gobierno. Juntábanse a sus tiempos para tratar del provecho de todos, no reconocían señor; pero de común consentimiento elegían gobernadores para la paz y capitanes para la guerra, a los cuales respetaban y obedecían con mucha veneración, mientras ejercitaban los oficios: llámanse estas tres provincias, que eran las principales, Cassa, Ayahuaca y Callua. El Inca, luego que llegó a los términos dellas, envió a requerir a los naturales le recibiesen por señor, o se apercibiesen para la guerra. Respondieron que estaban apercebidos para morir en defensa de su libertad, que ellos nunca habían tenido señor ni lo deseaban. Con esto se encendió la guerra cruelísima de ambas partes, que no aprovechaban cosa alguna los ofrecimientos que el Inca les hacía, con la paz y clemencia; a lo cual respondían los indios que no querían recibirla de quien pretendía hacerlos súbditos, quitándoles su antigua libertad; que le requerían los dejase en ella y se fuese en paz, que era la mayor merced que les podía hacer. Las provincias unas a otras se acudían con gran prontitud en todas sus necesidades: pelearon varonilmente, mataron mucha gente de los Incas, que pasaron de ocho mil hombres; lo cual visto por ellos los apretaron malamente a fuego y a sangre, con todas las persecuciones de la guerra; más los contrarios la sufrían con grande ánimo, por sustentar su libertad; y cuando les ganaban algunas plazas

fuertes; los que escapaban se recogían a otras, y de allí a otras, y a otras, desamparando sus propias tierras y casas, sin atender a muger ni hijos, que más querían morir peleando que verse súbditos de otro.

Los Incas les fueron ganando la tierra poco a poco, hasta arrinconarlos en lo último della, donde se fortalecieron para morir en su pertinacia: allí estuvieron tan apretados, que llegaron a lo último de la vida, pero siempre firmes en no sujetarse al Inca; lo cual visto por algunos capitanes que entre ellos hubo más bien considerados, viendo que habían de perecer todos, sin haber para qué, y que otras naciones tan libres como ellos se habían rendido al Inca, y q' antes se habían aumentado en bienes, que menoscabado de los que tenían, tratándolo entre sí unos con otros, acordaron todos los capitanes rendirse al Inca y entregar la gente. Lo cual se hizo, aunque no sin alboroto de los soldados, que algunos se amotinaron: más viendo el ejemplo de los capitanes, y los requerimientos que les hacían, por la obediencia debida, se rindieron todos.

Tupac Inca Yupanqui los recibió con mucha afabilidad y lástima, de que se hubiesen dejado llegar a la estrema necesidad; mandó que les regalasen como a propios hijos· y porque faltaban muchos dellos que habían perecido en la guerra, y quedaban las tierras muy despobladas, mandó que de otras provincias trujesen gentes, que las poblasen y cultivasen: y habiendo dejado todo lo necesario para el gobierno y para su idolatría, se volvió al Cosco cansado y enfadado de aquella guerra, más por la obstinación y disminución de aquellos indios, que no por las molestias della: y así lo decía muchas veces, q' si las provincias que había adelante por conquistar no tomáran mal ejemplo con la pertinacia de aquellas naciones, dejára de sujetarlas por entonces, y aguardara tiempo que estuvieran más dispuestas para recebir el imperio de los Incas.

Algunos años se ocupó el gran Tupac Inca Yupanqui en visitar sus reinos, y en ilustrarlos con edificios particulares en cada pueblo o provincia, como casas reales, fortalezas, y pósitos, y acequias, y templos para el sol y para las escogidas, y en otras obras generales para todo el reino, como fueron los caminos reales que mandó hacer, de los cuales hablaremos más largo en otra parte: particularmente tuvo gran cuidado de la obra de la fortaleza de el Cosco, que su padre Inca Yupanqui dejó empezada.

Pasados algunos años en estos ejercicios de paz, volvió el Inca a la conquista de las provincias, que había al Norte, que llaman Chinchasuyu, por reducirlas a su imperio. Fué a la que llaman Huanucu, la cual contiene en sí muchas naciones desunidas, y que se hacían guerra cruel unos a otros. Vivían derramados por los campos, sin pueblos ni república. Tenían algunas fortalezas en los altos, donde se acogían los vencidos, las cuales naciones el Inca conquistó con facilidad, por su acos-

tumbrada clemencia, aunque al principio de la conquista, en algunos recuentros, se mostraron los de Huanucu belicosos y desvergonzados; por lo cual los capitanes del Inca hicieron en ellos gran castigo, que los pasaban a cuchillo con mucho rigor, más el Inca los aplacó diciéndoles, que no olvidasen la ley del primer Inca Manco Capac, que mandaba sujetasen los indios a su imperio con halagos y regalos, y no con armas y sangre.

Los indios, escarmentados por una parte con el castigo, y por otra movidos por los beneficios y promesa del Inca, se redujeron con facidad, y poblaron pueblos, y recibieron la idolatría y el gobierno de los Incas, los cuales en breve tiempo ennoblecieron mucho esta hermosa provincia de Huanucu, por su fertilidad y buen temple: hiciéronla metrópoli y cabeza de otras muchas provincias que hay en su comarca. Edificarón en ella templo para el sol, q' no se hacía sino en las famosas provincias y por mucho favor. Fundaron también casas de escogidas Acudían al servicio destas dos casas, veinte mil indios por año, por su rueda, y aún quieren decír que treinta mil, según la muchedumbre de los que había en su distrito. Pedro de Cieza, cap. 8º, dice de Huanucu lo que se sigue, sacado á la letra, sin otras cosas que hay que notar en aquel capítulo.

En lo que llaman Guanucu, había una casa real, de admirable edificio, porque las piedras eran grandes, y estaban muy pulidamente asentadas. Este palacio o aposento era cabeza de las provincias comarcanas a los Andes, y junto a él había templo del sol, con número de vírgenes y ministros: y fué tan gran cosa en tiempo de los Incas, que había a la contina, para solamente servicio dél, más de treinta mil indios. Los mayordomos de los Incas tenían cuidado de cobrar los tributos ordinarios y las comarcas acudían con sus servicios a este palacio. Hasta aquí es de Cieza de León.

Hecha la conquista de Huanucu, que la hemos contado brevemente, y así contaremos todo lo q' se sigue, si no se ofreciese cosa notable, que deseo llegar ya al fin de las conquistas que aquellos reyes hicieron para tratar de las guerras que Huascar y Atahuallpa, nietos deste Inca Tupac Yupanqui tuvieron Decimos que para el año venidero mandó, el Inca apercebir un poderoso ejército; porque propuso conquistar la gran provincia llamada Cañari, cabeza de otras muchas, poblada de mucha gente, crecida, belicosa y valiente. Criaban por divisa los cabellos largos, recogíanlos todos en lo alto de la corona, donde los revolvían y los dejaban hechos un ñudo. En la cabeza traían por tocado los más nobles y curiosos un aro del cedazo de tres dedos en alto. Por medio del aro echaban unas trenzas de diversas colores: los plebeyos, y mas aína los no curiosos y flojos, hacían en lugar del aro del cedazo otro semejante de una calabaza; y por esto a toda la nación Cañari llaman los demás indios, para afrenta, Matiuma, que quiere decir Cabeza de Calabaza. Por estas divisas y otras semejantes que en tiempo de los

Incas traían en las cabezas, era conocido cada indio, de qué provincia y nación era. En mi tiempo tambien andaban todos con sus divisas; ahora me dicen que está ya todo confundido. (73)

Andaban los cañaris, antes de los Incas, mal vestidos, o casi desnudos, ellos y sus mugeres, aunque todos procuraban traer cubiertas siquiera las vergüenzas. Había muchos señores de vasallos, algunos de ellos aliados entre sí. Estos eran los más pequeños, que se unían para defenderse de los mayores, que como más poderosos querían tiranizar y sujetar a los más flacos.

———∿———

(73) Vease al respecto, *Una ordenanza inedita que sirve a la etnologia y a la historia*. EL PERU —*Bocetos historicos* t. I.

CAPITULO V

LA CONQUISTA DE LA PROVINCIA CAÑARI. SUS RIQUEZAS Y TEMPLO

TUPAC Inca Yupanqui fué a la provincia Cañari, y de camino conquistó las que hay antes, que llaman Palta, de donde llevaron al Cosco o a sus valles calientes la fruta sabrosa y regalada que llaman Palta, la cual provincia ganó el Inca con mucha facilidad con regalos y caricias, más que no con las armas, aunque es gente belicosa; pero puede mucho la mansedumbre de los príncipes. Esta nación traía por divisa la cabeza tableada, que en naciendo la criatura le ponían una tablilla en la frente y otra en el colodrillo, y las ataban ambas, y cada día iban apretando y juntando más y más, y siempre tenían la criatura echada de espaldas, y no le quitaban las tablillas hasta los tres años. Sacaban las cabezas feísimas; y así por oprobio, a cualquer indio que tenía la frente más ancha que lo ordinario, o el cogote llano, le decía, Palta-uma, que es cabeza de Palta. Pasó el Inca adelante dejando ministros para el gobierno espiritual y temporal de aquella provincia; y llegando a los términos de los Cañaris, les envió los requerimientos acostumbrados, que se rindiesen o tomasen las armas. Los Cañaris estuvieron con alguna variedad en sus pareceres; más al fin se conformaron en obedecer al Inca y recebirle por señor, porque vieron q' por sus bandos y discordias no podían resistirle; y así salieron con mucha fiesta a darle la obediencia. El ejemplo de aquellos primeros imitaron los demás curacas, y se rindieron con facilidad. El Inca los recibió con mucho aplauso, y les hizo mercedes; mandóles dar de vestir, q' lo habían bien menester ordenó q' los doctrinasen en adorar al sol, y en la vida política q' los Incas tenían. Antes de los Incas adoraban los Cañaris por principal dios a la luna, y segundariamente a los árboles grandes y las piedras que se diferenciaban de las comunes; particularmente si eran jaspeadas. Con la doctrina de los Incas adoraron al sol, al cual hicieron templo y casa de escogidas, y muchos palacios para los reyes.

Hicieron pósitos para la hacienda real y para los vasallos; aumentaron las tierras de labor; sacaron acequias para regar. En suma, hicieron en aquella provincia todo lo que acostumbraban hacer en todas las que ganaban los Incas, y en aquella se hicieron más aventajadamente: porque la disposición de la tierra admitía muy bien cualquiera beneficio q' se le hacía: de que los Cañaris holgaran mucho, y fueron muy buenos vasallos, como lo mostraron en las guerras de Huascar y Atahuallpa; aunque después cuando los españoles entraron, uno de los Cañaris, que se les pasó, bastó con su ejemplo a que los suyos amasen a los españoles, y aborreciesen a los Incas, como diremos lo uno y lo otro en sus lugares. Usanza es del mundo decir: viva quien vence. Hecha la conquista de los Cañaris, tuvo el gran Tupac Inca Yupanqui bien en qué entender y ordenar y dar asiento a las muchas y diversas naciones que se contienen debajo del apellido Cañari; y por favorecerlas más, quiso asistir personalmente a la doctrina y enseñanza de su idolatría y leyes. En lo cual gastó mucho tiempo, por dejarlo bien asentado, pacífico y quieto; de manera, que las demás provincias, no sujetas se aficionasen al imperio del Inca, y holgasen recebirle por señor. Entre aquellas naciones hay una que llaman Quillacu: es gente vilísima, tan mísera, y apocada, que temen les ha de faltar la tierra, y el agua, y aún el aire; de donde nació un refrán entre los indios y los españoles lo admitieron en su lenguage, de decir: es un quillacu, para motejar a uno de avaro o de cualquiera otra bajeza. A los cuales particularmente mandó el Inca imponer el tributo, q' los tan desastrados, pagaban de sus piojos, por obligarles a que se limpiasen, y no se dejasen comer dellos.

Tupac Inca Yupanqui, y después su hijo Huaina Capac, ennoblecieron mucho estas provincias de los Cañaris, y la que llaman Tumipampa, con edificios y casas reales, entapizados los aposentos con yerbas, plantas, y animales contrahechos al natural, de oro y plata; las portadas estaban chapadas de oro, con engastes de piedras finas, esmeraldas y turquesas. Hicieron un famoso templo al sol, asímismo chapado de oro y plata; porque aquellos indios se esforzaban en hacer grandes ostentaciones en el servicio de sus reyes; y por lisonjearles empleaban en los templos y palacios reales, cuanto tesoro podían hallar.

Pedro de Cieza, capítulo cuarenta y cuatro dice largamente de la riqueza que había en aquellos templos y aposentos reales de las provincias de los Cañaris, hasta Tumipampa, que los españoles llaman Tomebamba, sin necesidad de trocar las letras, que truecan unas por otras: sin la cual riqueza dice, que había grandísima suma de tesoro en cántaros, y ollas, y otras vasijas de servicio, y mucha ropa de vestir, riquísima, llena de argentería y chaquira.

Toca en su historia muchos pasos de las conquistas, que hemos dicho. Chaquira llaman los españoles a unas cuentas de oro, muy menudas, mas que al aljófar muy menudo, que las hacen los indios con tanto primor y sutileza, q' los mejores plateros que en Sevilla conocí, me pre-

guntaban cómo las hacían; porque con ser tan menudas, son soldadas las junturas: yo truje una poca a España, y la miraban por gran maravilla. Habiendo hablado Pedro de Cieza muy largo del tesoro de las provincias de los Cañaris, dice estas palabras: en fin, no puedo decir tanto, que no quede corto en querer engrandecer la riqueza que los Incas tenían en estos palacios reales. Y hablando en particular de los aposentos y templo de Tumipampa, dice: algunos indios quisieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del sol, las habían traído de la gran ciudad del Cosco, por mandado del rey Huaina Capac, y del gran Tupa, su padre, con crecidas maromas, q' no es pequeña admiración (si así fuese) por la grandeza y muy gran número de piedras, y la gran longura del camino. (74) Todas son a la letra palabras de aquel historiador; y aunque por ellas muestra poner duda en la relación de los indios por la grandeza del hecho, yo, como indio, que conocí la condición de los indios, osaré afirmar que pasó así: porque los reyes Incas mandarían llevar las piedras del Cosco por hacer mayor favor y merced a aquella provincia: porque, como muchas veces hemos dicho, las piedras, y cualquiera otra cosa de aquella imperial ciudad, tenían los indios por cosa sagrada. Pues como fuese gran favor remitir y dar licencia para hacer templo del sol en cualquiera principal provincia, porque era hacer a los naturales della ciudadanos del Cosco; y siendo tan estimada esta merced, como los indios la estimaban, era mucho mayor favor y merced, sin encarecimiento alguno, mandar el Inaca, que llevasen las piedras del Cosco; porque aquel templo y palacios, no solamente semejasen a los del Cosco, sino que fuesen lo mismos, pues eran hechos de las mismas piedras y materiales. Y los indios por gozar desta grandeza, que la tenían por cosa divina, se les haría descanso cualquier trabajo que pasasen en llevar las piedras por camino tan largo y tan fragoso como el que hay desde el Cosco a Tumipampa, que deben ser pocas menos de cuatrocientas leguas de largo, y la aspereza dellas no la creerán sino los que la hubieren caminado; por lo cual dejaré yo de decirlo aquí, y el dar cuenta los indios a Pedro de Cieza, diciendo que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos aquellos palacios y aquel su templo del sol, las habían traído del Cosco, más fué por jactarse de la gran merced y favor, que sus reyes les habían hecho en mandárselas traer, que por encarecer el trabajo de haberlas traído de tan lejos: y véese esto claro, porque en ninguna otra parte de su historia hace el autor mención de semejante relación, en cosa de edificios: y esto baste para ver la grandeza y riqueza de los palacios reales y templos del sol, que hubo en Tumipampa y en todo el Perú.

---

(74) Concordante con Cieza. *Crónica. Señorío de los Incas*, Col. Ob. cit. Acosta. Ob. cit.



CAPITULO VI

LA CONQUISTA DE OTRAS MUCHAS Y GRANDES PROVINCIAS HASTA LOS TERMINOS DE QUITU

DADA la orden para todo lo que se ha dicho, acerca de las provincias de los Cañaris, se volvió el Inca al Cosco, donde gastó algunos años en los ejercicios del gobierno de sus reinos, haciendo oficio de gran príncipe. Más como los Incas, por la natural costumbre de los poderosos, estuviesen tan ambiciosos por aumentar su imperio, hacíaseles de mal perder mucho tiempo de sus conquistas; por lo cual mandó levantar un famoso ejército y con él caminó hasta ponerse en los confines de Tumipampa y de allí empezó su conquista y ganó muchas provincias que hay hasta los confines del reino de Quitu, en espacio de pocas menos de cincuenta leguas, que las más nombradas son Chanchán, Moca, Quesna, Pumallacta, q' quiere decir tierra de leones, porq se crian en ella más que en sus comarcanas, y los adoraban por dioses Ticsampi, Tiucasa, Cayampi, Urcollasu y Tincuracu, sin otras muchas que hay en aquella comarca de menos cuenta, las cuales fueron fáciles de ganar, que las más son mas pobladas, y de tierra estéril, de gente muy rústica, sin señores, ni gobierno, ni otra policia alguna, sin ley ni religión: cada uno adoraba por dios lo que se le antojaba: otros muchos no sabían qué era adorar y así vivían como bestias sueltas y derramadas por los campos, con los cuales se trabajó más en doctrinarlos y reducirlos a urbanidad y pulicía q' en sujetarlos. Enseñáronlos a hacer de vestir y calzar, y a cultivar la tierra, sacando acequias y haciendo andenes para fertilizarla. En todas aquellas provincias hicieron los Incas por los caminos reales, pósitos para la gente de guerra y aposentos para los reyes, más no hicieron templos para el sol, ni casas para sus vírgenes escogidas, por la incapacidad y vileza de sus moradores: impusiéronles el tributo de los piojos en particular. (75)

(75) Concordante con Cieza. *Señorío de los Incas*, capítulo referente.

Andando el Inca Tupac Yupanqui ocupado en la conquista y enseñanza de las provincias arriba nombradas, otras naciones que están al Poniente de aquellas, en los confines de la provincia q' los españoles llaman Puerto Viejo, le enviaron sus embajadores con presentes, suplicándole quisiese recebirlos por sus vasallos y súbditos, y les enviase capitanes y maestros, que les enseñasen hacer pueblos y a cultivar los campos, para que viviesen como hombres, que ellos le prometían ser leales vasallos. Los principales autores desta embajada fueron los de la nación llamada Huancavillca El Inca los recibió con mucha afabilidad y les hizo mercedes, y mandó les diesen recaudo de todo lo que venían a pedir. Llevaron maestros para su idolatría, y para las buenas costumbres, e ingenieros para sacar acequias, cultivar los campos y poblar sus pueblos, a los cuales todos mataron después con mucha ingratitud de los beneficios recebidos, y menosprecio de las promesas que hicieron al Inca, como lo refiere también Pedro de Cieza de León en su demarcación, q' por ser a propósito de lo que en muchas partes de nuestra historia hemos repetido, de la mansedumbre y afabilidad de los reyes Incas, y de las cosas que enseñaron a los indios, que a su imperio reducían, me pareció poner aquí sus mismas palabras sacadas a la letra, las q' en este paso escribe para que se vea que lo que decimos de los Incas lo dicen también los historiadores españoles. En el capítulo cuarenta y siete, hablando de aquellas provincias, dice lo que se sigue.

Volviendo pues, a propósito, digo, que (según yo tengo entendido de indios viejos, capitanes que fueron, de Guaina Capa) que en tiempo del gran Topa Inga Yupangue vinieron ciertos capitanes suyos con alguna copía de gente, sacada de las guarniciones ordinarias, q' estaban en muchas provincias del reino y con mañas y maneras que trujeron, los atrajeron a la amistad y servicio de Topa Inga Yupangue: y muchos de los principales fueron con presentes a la provincia da los Paltas, a le hacer reverencia, y él los recibió benignamente, y con mucho amor dando a algunos de los que le vinieron a ver piezas ricas de lana hechas en el Cosco. Y como le conviniese volver a las provincias de arriba, a donde por su gran valor era tan estimado que le llamaban padre y le honraban con nombres preminentes: y fué tanta su benevolencia y amor para con todos, que adquirió entre ellos fama perpétua: y por dar asiento en cosas tocantes al buen gobierno del reino, partió sin poder por su pesona visitar las provincias destos indios, en las cuales dejó algunos gobernadores y naturales del Cosco para que le hiciesen entender la manera con que habían de vivir para no ser tan rósticos, y para otros efectos provechosos. Pero ellos no solamente no quisieron admitir el buen deseo destos, que por mandado de Topa Inga quedaron en estas provincias para que los encaminasen en buen uso de vivir, y en la policía y costumbres suyas: y les hiciesen entender lo tocante al agricultura, y les diesen manera de vivir con más acertada orden de la que

ellos usaban; más antes en pago del beneficio que recibieron (si no fueran tan mal conocidos) los mataron todos que no quedó ninguno en los términos desta comarca, sin que les hiciesen mal ni les fuesen tiranos para que lo mereciesen.

Esta grande crueldad afirman que entendió Topa Inga. y por otras causas muy importantes, las disimuló no pudiendo entender en castigar a los que tan malamente habían muerto estos sus capitanes y vasallos. Hasta aquí es de Pedro de Cieza con que acaba el capítulo referido. El Inca, hecha la conquista de aquellas provincias se volvió al Cosco a descansar de los trabajos y pesadumbres de la guerra.

———∿———

CAPITULO VII

HACE EL INCA LA CONQUISTA DE QUITU: HALLASE EN ELLA EL PRINCIPE HUAINA CAPAC

HABIENDO gastado Tupac Inca Yupanqui algunos años en la quietud de la paz, determinó hacer la conquista del reino de Quitu por ser famoso y grande, q' tiene setenta leguas de largo y treinta de ancho, tierra fértil y abundante, dispuesta para cualquier beneficio de los q'se hacían para la agricultura y provecho de los naturales. Para la cual mandó juntar cuarenta mil hombres de guerra y con ellos se puso en Tumipampa, que está a los términos de aquel reino, de donde envió los requirimientos acostumbrados al rey Quitu, que había el mismonombre de su tierra. El cual, de su condición era bárbaro de mucha rusticidad, y conforme a ella era áspero y belicoso, temido de todos sus comarcanos por su mucho poder, por el gran señorío que tenía. El cual, confiado en sus fuerzas, respondió con mucha soberbia, diciendo, q' él era señor y que no quería reconocer otro, ni quería leyes agenas, que él daba a sus vasallos las que se le antojaban, ni quería dejar sus dioses que eran de sus pasados, y se hallaba bien con ellos, que eran venados, y árboles grandes que les daban leña y carne para el sustento de la vida. El Inca oída la respuesta, fué contemporizando la guerra sin romperla de hecho, por atraerles con caricias y afabilidad, conforme a las costumbres de sus antepasados, más los de Quitu se mostraron tanto más soberbios, cuanto más afable sentían al Inca. De lo cual se causó durar la guerra muchos meses y años con escaramuzas, recuentros y batallas ligeras, en las cuales hubo muchos muertos y heridos de ambas partes.

Viendo Tupac Inca Yupanqui, que la conquista iba muy a la larga, envió por su hijo primogénito llamado Huaina Capac, que era el príncipe heredero, para que se ejercitase en la milicia. Mandó que llevase consigo doce mil hombres de guerra: su madre la reina se llamó Mama Ocllo, era hermana de su padre, según la costumbre de aquellos reyes: llamaron a este príncipe Huaina Capac, que según la común interpre-

tación de los historiadores españoles. y según el sonido de la letra quieren que diga Mozo Rico. y parece que es así. según el lenguage común. Más aquellos indios en la impusición de los nombres y renombres que daban a sus reyes, tenían (como ya hemos dicho) otro intento, otro frasis y elegancia diferente del comun lenguage, que era mirar con atención las muestras y señales, q' los príncipes cuando mozos, daban de las virtudes reales que prometían para adelante. Miraban también los beneficios y grandezas q' hacían cuando hombres, para darles el nombre y renombre conforme a ellas; y porque este príncipe mostró desde muy mozo las realezas y magnanimidad de su ánimo, le llamaron Huaina Capac, que en los nombres reales quiere decir, desde mozo rico de hazañas magnánimas que por las que hizo el primer Inca Manco Capac con sus primeros vasallos, le dieron este nombre Capac q' quiere decir, rico, no de bienes de fortuna sino de escelencia y grandeza de ánimo; y de allí quedó aplicarse este nombre solamente a las casas reles, que dicen Capac Aillu, que es la generación y parentela real: Capac Raimi llamaban a la fiesta principal del sol; y bajando más abajo decían Capac Runa que es vasallos del rico, que se entendía por el Inca y no por otro señor de vasallos, por muchos que tuviese, ni por muy rico que fuese; y así otras muchas cosas semejantes, que querían engrandecer con este apellido Capac.

Entre otras grandezas, q' este príncipe tuvo, con las cuales obligó a sus vasallos a q' le diesen tan temprano el nombre Capac, fué una que guardó siempre, así cuando era príncipe, como después cuando fué monarca, la cual los indios estimaron sobre todas las que tuvo; y fué, que jamás negó petición que muger alguna le hiciese de cualquier edad, calidad y condición que fuese; y a cada una respondía conforme a la edad que tenia. A la que era mayor de días q' el Inca, le decia madre, hágase lo que mandas; y a la que era igual en poco o más o menos le decia: hermana, hacerse há lo que quieres; y a la que era menor decía: hija, cumplirse há lo que pides, y a todas igualmente les ponía la mano derecha sobre el hombro izquierdo en señal de favor y testimonio de la merced que le hacía. Y esta magnanimidad la tuvo tan constante, que aún en negocios de grandísima importancia contra su propia magestad la sustentó, como adelante veremos.

Este príncipe que era ya de cerca de veinte años, reforzó la guerra y fué ganando el reino poco a poco, ofreciendo siempre la paz y en sus conquistas; más los contrarios, que eran, gente rústica, mal vestida y nada política, nunca la quisieron admitir.

Tupac Inca Yupanqui, viendo la buena maña que el príncipe daba a la guerra, se volvió al Cosco para atender al gobierno de su imperio dejando a Huaina Capac absoluto poder para lo de la milicia. El cual, mediante sus buenos capitanes ganó todo el reino en espacio de tres años; aunque los de Quitu dicen que fueron cinco deben de contar dos años o poco menos, que Tupac Inca Yupanqui gastó en la conquista,

antes que llamase al hijo y así dicen los indios. que ambos ganaron aquel reino Duró tanto la conquista de Quitu porque los reyes Incas padre y hijo, no quisieron hacer la guerra a fuego y a sangre, sino que iban ganando la tierra como los naturales la iban dejando y retirándose poco a poco· y aún dicen que durára más si al cabo de los cinco años no muriera el rey de Quitu. El cual murió de aflicción de ver perdida la mayor parte de su principado, y que no podía defender lo que le quedaba, ni osaba fiar de la clemencia del príncipe, ni aceptar los partidos que le ofrecía, por parecerle que su rebeldía pasada no merecía perdón ninguno. Metido en estas aflicciones, y fatigado dellas murió aquel pobre rey. Sus capitanes se entregaron luego a merced del Inca Huaina Capac, el cual los recibió con mucha afabilidad y les hizo merced de mucha ropa de su vestir, q' era lo mas estimado de los indios y otras dádivas muy favorables; y a la gente comun mandó que tratasen con mucho regalo y amistad. En suma hizo con los de aquel reino todas las generosidades que pudo para mostrar su clemencia y mansedumbre; y a la misma tierra mostró también el amor que le tenía, por ser la primera que ganaba, que luego como se aquietó la guerra sin las acequias de agua y los demás beneficios ordinarios, que se hacían para fertilizar el campo mandó hacer templo para el sol y casa de escogidas, con todo el ornamento y riquezas que las demás casas y templos tenían En todo lo cual se aventajaron mucho aquellos indios, porque la tierra tenía mucho oro sacado para el servicio de su rey, y mucho más que después sacaron para servir al príncipe Huaina Capac, porque le sintieron el afición que les había cobrado; la cual creció adelante en tanto grado que le hizo hacer estremos, nunca usados por los reyes Incas, que fueron causa que su imperio se perdiese, y su sangre real se apagase y consumiese.

Huaina Capac pasó adelante de Quitu y llegó a otra provincia, llamada Quillacenca, quiere decir nariz de hierro, porque se horadaban la ternilla, que hay entre las ventanas de las narices, y traían colgando sobre los labios un joyelito de cobre, o de oro, o de plata, como un zarcillo: hallólos el Inca muy viles y sucios, mal vestidos y llenos de piojos, que no eran para quitárselos, sin idolatría alguna, que no sabían que cosa era adorar, si ya no dijésemos, q' adoraban la carne, porque son tan golosos por ella, que hurtan cualquier ganado que hallan; y el caballo o yegua, o cualquiera otra res que hoy hallen muerte, por muy podrida que esté, se la comen con grandísimo gusto: fueron fáciles de reducir como gente vil, poco menos que bestias. De allí pasó el Inca a otra provincia llamada Pastu, de gente no menos vil que la pasada, y tan contraria en el comer de la carne que de ninguna manera la comían; y apretándoles que la comiesen decían que no eran perros. Atrajéronlos al servicio del Inca con facilidad: diéronles maestros, que les enseñasen a vivir; y entre los demás beneficios que les hicieron para la vida natural, fué imponerles el tributo de los piojos, porque no se dejasen

morir, comidos dellos. De Pastu fué a otra provincia llamada Otavallu de gente más política y más belicosa q' la pasada: hicieron alguna resistencia al Inca, más luego se rindieron, porqué vieron q' no podían defenderse de un príncipe tan poderoso. Dejando allí la orden que convenía, pasó a otra gran provincia, q' há por nombre Caranque, de gente barbarísima en vida y costumbres: adoraban tigres y leones y culebras grandes; ofrecían en sus sacrificios corazones y sangre humana, la que podían haber de sus comarcanos, que con todos ellos tenían guerra solamente por el gusto y codicia de tener enemigos que prender y matar para comérselos. A los principios resistieron al Inca con gran ferocidad, más en pocos días se desengañaron, y se rindieron.

Huaina Capac les dió maestros para su idolatría, y vida moral, mandóles quitar los ídolos y el sacrificar sangre y comer carne humana, que fué lo que ellos más sintieron porque eran golosísimos della. Esta fué la última conquista de las provincias que por aquella banda confinaban con el reino de Quitu.

---

(76) La existencia de este reyno y de la dinastias de los reyes llamados Schiris, ha sido negada con pruebas incontrovertibles por el historiógrafo ecuatoriano S. Jacinto Jijón Caamaño, en su magnifica critica sobre la obra del padre Velazco. Vease *Boletin de la sociedad ecuatoriana de historia americana*, entrega I — Quito 1918.

CAPITULO VIII

TRES CASAMIENTOS DE HUAINA CAPAC. LA MUERTE DE SU PADRE Y SUS DI HOS

TUPAC Inca Yupanqui del todo apartado de la guerra, entendía en gobernar su imperio: visitábalo a sus tiempos por regalar los vasallos, que sentían grandísimo favor de ver al Inca en sus tierras, Ocupóse muy de veras en la obra de la fortaleza del Cosco, que su padre dejó trazada y empezada. Había muchos años, q' duraba esta obra, en la cual trabajaban más de veinte mil indios, con tanto orden y concierto, que cada nación, cada provincia, acudía al trabajo y al oficio que le estaba señalado, que parecía una casa muy puesta en orden. Visitaba por sus gobernadores el reino de Chili, cada dos o tres años. enviaba mucha ropa fina, y preseas de su persona, para los curacas y sus deudos, y otra mucha ropa de la común para los vasallos. De allá le enviaban los caciques mucho oro y mucha plumería, y otros frutos de la tierra; y esto duró hasta que don Diego de Almagro entró en aquel reino como adelante veremos.

El príncipe Huaina Capac, hecha la conquista del reino de Quitu y de las provincias Quillacenca, Pastu, Otavallu, y Caranque, y dada orden de lo que convenía a toda aquella frontera, se volvió al Cosco a dar cuenta a su padre de lo que en su servicio había hecho. Fué recebido con grandísimo triunfo: desta venida casó segunda vez con la segunda hermana llamada Raua Ocllo, porque de la primera muger, y hermana mayor, que había por nombre Pillcu Huacu no tuvo hijos; y porque el heredero del reino fuese heredero legítimo por el padre y por la madre, como aquellos reyes lo tenían de ley y costumbre, casó con la segunda hermana: también casó legítimamente, según sus leyes y fueros, con Mama Runtu, su prima hermana, hija de su tío Auqui Amaru Tupac Inca,hermano segundo de su padre. Auqui.es nombre apelativo, quiere decir infante, Daban este apellido a los hijos segundos del rey, y por

participación a todos los de la sangre real, y no a la gente comun, por grandes señores q' fuesen. Amaru, es nombre de las muy grandes culebras que hay en los Antis. Los Incas tomaban semejantes nombres de animales, o flores, o yerbas, dando a entender que como aquellas cosas se estremaban entre las de su especie, así lo habían de hacer ellos entre los hombres.

El Rey Tupac Inca Yupanqui, y todos los de su consejo, ordenaron, que aquellas dos mugeres, fuesen legítimas mugeres, tenidas por reinas, como la primera, y no por concubinas; cuyos hijos sucediesen por su orden en la herencia del reino. Hicieron esta prevención por la esterilidad de la primera, que los escandalizó mucho; y el tercer casamiento fué con la prima hermana, porque no tuvo Huaina Capac hermana tercera, legítima de padre y madre; y por falta della le dieron por muger la prima hermana que después de sus hermanos, era la más propincua al árbol real. De Raua Ocllo, su hermana hubo Huaina Capac a Huascar Inca. Huascar es nombre apelativo: adelante en su lugar diremos cómo y por qué le pusieron este nombre, siendo el suyo propio Inti Cusi Huallpa. De la tercera muger, que fué la prima hermana, hubo a Manco Inca, que también sucedió en el reino, aunque no más de en el nombre, porque estaba ya enagenado, como adelante veremos.

Pasados algunos años de la quietud, y sociego, en que Tupac Inca Yupanqui vivía, adoleció de manera que sintió morirse: llamó al príncipe Huaina Capac y a los demás hijos que tenía, que fueron muchos, que entre varones y hembras pasaron de docientos. Hízoles el parlamento que los reyes acostumbraban por vía de testamento, encomendóles la paz y justicia, y el beneficio de los vasallos. Encargóles que en todo se mostrasen verdaderos hijos del sol. Al príncipe heredero le encomendó en particular la reducción y conquista de los bárbaros que los atrajese a la adoración y servicio del sol, y a la vida política, y que en todo presumiese parecer a sus antepasados. A lo último le encargó el castigo de la alevosía y traición, que los de Puerto Viejo y su comarca, principalmente los huancavillcas, hicieron, en matar los capitanes, y los demás ministros, que a pedimento dellos mismos les habían enviado, para que los doctrinasen y sacasen de la vida ferina, que tenían, que aún no sabían labrar los campos ni cubrir sus carnes; que no era lícito aquella ingratitud pasase sin castigo, porque los demás vasallos no imitasen el mal ejemplo. Díjoles se quedasen en paz, que él se iba a la otra vida, porque su padre el sol le llamaba para que descansase con él. Así murió el gran Tupac Inca Yupanqui, dejando perpetua memoria entre los suyos, de su piedad, clemencia y mansedumbre, y de los mucho beneficios que a todo su imperio hizo, por los cuales, sin los demás renombres, q' a los demás reyes habían puesto, le llamaron Tupac Yaya, que quiere decir, el padre que resplandece. Dejó de su legítima muger Mama Ocllo, sin el príncipe heredero, otros cinco hijos varones, al segundo llamaron Auqui Amaru Tupac Inca como a su padre, por tener

delante siempre su nombre. El tercero se llamó Quehuar Tupac. El cuarto fué Huallpa Tupac Inca Yupanqui. Este fué mi abuelo materno. El quinto, Titu Inca Rimachi. El sesto Auqui Maita. Embalsamaron su cuerpo, como yo lo alcancé a ver despues el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, que parecía que estaba vivo. (77)

El P. Blas Valera dice deste Inca lo que se sigue, sacado a la letra de su latín en romance: Topac Inca Yupanqui dijo: muchos dicen que el sol vive, y que es el hacedor de todas las cosas, conviene, que el que hace alguna cosa, asista a la cosa que hace; pero muchas cosas se hacen estando el sol ausente; luego no es el hacedor de todas las cosas; y q' no vive se colije, de que dando siempre vueltas no se cansa: si fuera cosa viva se cansara como nosotros, o si fuera libre, llegara a visitar otras partes del cielo, a donde nunca jamás allega.

Es como una res atada, que siempre hace un mismo cerco; o es como la saeta que va donde la envían, y no donde ella querría. Dicen también, q' repetía muchas veces un dicho de los de Inca Roca, sesto rey, por parecerle muy importante para la república. Decía: no es lícito que enseñen a los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenecen a los generosos, y no más; porq' como gente baja no se eleven, y ensorberbezcan, y menoscaben y apoquen la república: bástales que aprendan los oficios de sus padres; que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio, y a la república, encomendársela a la gente común. También dijo: la avaricia y la ambición, hacen que el hombre no sepa moderarse así propio, ni a otros; porque la avaricia divierte el ánimo del bien público y común, y de su familia y la ambición acorta el entendimiento para que no pueda tomar los buenos consejos de los sabios y virtuosos, sino que siga su antojo. Hasta aquí es del P. Blas Valera, de los dichos sentenciosos del gran Tupac Inca Yupanqui.

Y porque andamos ya cerca de los tiempos en que los españoles fueron a ganar aquel imperio, será bien decir en el capítulo siguiente las cosas que había en aquella tierra, para el sustento humano; y adelante después de la vida y hechos del gran Huaina Capac, diremos las cosas que no había, que después acá han llevado los españoles, para que no se confundan las unas con las otras.

---

(77) Sobre embalsamientos de los cuerpos de los Incas ilustres vease J. T. Polo *Momias de los Incas*, en Doc. de Odriozola, t. X y las noticias de Ondegardo en los tomos III y IV de Col. Urteaga-Romero, fuentes históricas del Perú

CAPITULO IX

DEL MAIZ, Y LO QUE LLAMAN ARROZ, Y DE OTRAS SEMILLAS

LOS frutos que el Perú tenía de que se mantenía antes de los españoles, eran de diversas maneras, unas, que se crian sobre la tierra y otras debajo della. De los frutos que se crian encima de la tierra tiene el primer lugar el grano, que los mexicanos y los barloventanos llaman maiz, y los del Perú, zara; porque es el pan que ellos tenían. Es de dos maneras, el uno es duro, que llaman muruchu; y el otro tierno y de mucho regalo, que llaman, capia. Cómenlo en lugar de pan, tostado o cocido en agua simple: la semilla del maiz duro es la que se ha traído a España; la del tierno no ha llegado acá. En unas provincias se cría más tierno y delicado que en otras, particularmente en la que llaman Rucana.(78) Para sus sacrificios solemnes, como ya se ha dicho, hacían pan de maiz, que llaman zancu, y para su comer, no de ordinario, sino de cuando en cuando por vía de regalo, hacían el mismo pan que llaman huminta: diferenciábase en los nombres, no porque el pan fuese diferente, sino porque el uno era para sacrificios y el otro para su comer simple: la harina la molían las mugeres en unas lozas anchas, donde echaban el grano, y encima dél traían otra loza hecha a manera de media luna, no rendonda sino algo prolongada, de tres dedos de canto. En los cornejales de la piedra hecha media luna, ponían las manos, y así la traían de canto de una parte a otra sobre el maiz: con esta dificultad molían su grano y cualquiera otra cosa que hubiese de moler por lo cual dejaban de comer pan de ordinario.

No molían en morteros, aunque los alcanzaron porque en ellos se muele a fuerza de brazos por los golpes que dan; y la piedra como media luna, con el peso que tiene, muele lo que toma debajo, y la india la trae con facilidad por la forma que tiene: subiéndola y bajándola de una parte a otra, y de cuando en cuando recoje en medio de la loza con la una mano lo que está moliendo para remolerlo, y con la otra tiene la piedra, la cual con alguna semejanza podríamos llamar batán, por lo

---

(78) Lease *Lucanas*, actual provincia del Departamento de Ayacucho antigua intendencia de Guamanga.

golpes q' le hacen dar a una mano y a otra. Todavía se están con esta manera de moler para lo que han menester. También hacían gachas, que llaman Api, y las comían con grandísimo regocijo, diciéndoles mil donaires, porque era muy raras veces. La harina, porque se diga todo, la apartaban del afrecho, echándola sobre una manta de algodón limpia, en la cual traían con la mano, asentándola por toda ella. La flor de la harina, como cosa tan delicada, se pega a la manta: el afrecho, como más grueso, se aparta della, y con facilidad lo quitan; y vuelven a recoger en medio de la manta la harina que estaba pegada a ella; y quitada aquella, echaban otra tanta, y así iban cerniendo toda la que habían menester; y el cerner la harina, más era para el pan que hacían los españoles, que no para el que los indios comían: porque no eran tan regalados, que les ofendiese el afrecho, ni el afrecho es tan áspero, principalmente el del maiz tierno, que sea menester quitarlo. Cernían de la manera que hemos dicho, por falta de cedazos que no llegaron allá de España, mientras no hubo trigo. Todo lo cual ví por mis ojos, y me sustenté hasta los nueve o diez años con la sara, que es el maiz, cuyo pan tiene tres nombres. Cancu era el de los sacrificios. Huminta el de sus fiestas y regalo, Tanta, (pronunciada la primera sílaba en el paladar) es el pan común: la sara tostada llaman Cancha, quiere decir maiz tostado, incluye en sí el nombre adjetivo, y el sustantivo háse de pronunciar con M, porque con la N significa barrio de vecindad, o un gran cercado. A la sara cocida llaman musti (y los españoles mote) quiere decir maiz cocido, incluyendo en sí ambos nombres De la harina del maiz hacen los españoles los bizcochillos, y fruta de sarten, y cualquiera otro regalo, así para sanos como para enfermos; para cuyo medicamento, en cualquiera género de cura que sea, los médicos esperimentados han desterrado la harina del trigo y usan la de la maiz. De la misma harina y agua simple, hacen el brebage que beben, y del brebage, acedándolo, como los indios lo saben hacer, se hace muy lindo vinagre: de las cañas antes que madure el grano, se hace muy linda miel. Porque las cañas son dulces, las cañas secas y sus hojas son de mucho mantenimiento y muy agradables para las bestias. De las hojas de la mazorca y del mastelillo se sirven los que hacen estátuas, para que salgan muy livianas. Algunos indios más apasionados de la embriaguez que la demas comunidad, echan la sara en remojo, y la tienen asi hasta q' echa sus raíces, entonces la muelen toda como está, y la cuecen en la misma agua con otras cosas, y colada la guardan, hasta que se sazona. Hácese un brebage fortísimo, que embriaga repentinamente: llámanle vinapu, y en otro lenguage sora. Los Incas lo prohibieron por ser tan violento para la embriaguez. Después acá me dicen se ha vuelto a usar por algunos viciosos. De manera que de la sara, y de sus partes sacan los provechos que hemos dicho, sin otros muchos que han hallado para la salud por vía de medicina, así en bebida como en emplastos, según que en otra parte dijimos.

El segundo lugar de las mieses, q' se crian sobre la haz de la tierra dan a la que llaman quinua, y el español mujo o arroz pequeño; porque en el grano y en el color se le asemeja algo. La planta en que se cría, se asemeja mucho al bledo, así en el tallo como en la hoja y en la flor, que es donde se cría la quinua: las hojas tiernas comen los indios, y los españoles en sus guisados, porque son sabrosas y muy sanas. También comen el grano en sus potages, hechos de muchas maneras. De la quinua hacen los indios brebage para beber, como del maiz, pero es en tierras donde hay falta de maiz. Los indios herbolarios usan de la harina de la quinua, para algunas enfermedades. El año de mil y quinientos y noventa, me enviaron del Perú esta semilla, pero llegó muerta, que aunque se sembró en diversos tiempos no nació. Sin esta semillas tienen los indios del Perú, tres o cuatro maneras de frisoles, del talle de las habas, aunque menores: son de comer, en sus guisados usan dellos, llámanles purutu: tienen chochos, como los de España, algo mayores y más blancos, llámanlos tarui. Sin los frisoles de comer tienen otros frisoles que no son de comer: son redondos como hechos con turquesa: son de muchas colores y del tamaño de los garbanzos, en común les llaman chuy: y diferenciándolos por las colores, les dan muchos nombres, dellos ridiculosos, dellos bien apropiados, q' por escusar proligidad q' los dejamos de decir; usaban dellos en muchas maneras de juegos que había, así de muchachos, como de hombres mayores: yo me acuerdo haber jugado los unos y los otros.

CAPITULO X

DE LAS LEGUMBRES QUE SE CRIAN DEBAJO DE TIERRA

OTRAS muchas legumbres se crían debajo de la tierra, q' los indios siembran y les sirven de mantenimiento, principalmente en las provincias estériles de sara. Tiene el primer lugar la que llaman papa, que les sirve de pan; cómenla cocida y asada, y también la echan en los guisados: pasada al hielo y al sol para que se conserve, como en otra parte dijimos, se llama chunu. Hay otra que llaman oca, es de mucho regalo, es larga y gruesa, como el dedo mayor de la mano, cómenla cruda, porque es dulce, y cocida y en sus guisados, y la pasan al sol para conservarla, y sin echarla miel y azucar parece conserva, porque tiene mucho de dulce,: entonces se llama Cavi. Otra hay semejante a esta en el talle, más no en el gusto, antes contraria, porque toca en amargo, y no se puede comer sino cocida, llamada Añus. Dicen los indios que comida es contraria a la potencia generativa, para que no les hiciese daño, los que se preciaban de galanes, tomaban en la una mano una varilla un palillo mientras la comían, y comida así decían que perdía su virtud y no dañaba. Yo les oí la razón, y algunas veces ví el hecho, aunque daban a entender que lo hacían más por vía de donaire, que no por dar crédito a la burlería de sus mayores.

Las que los españoles llaman batatas, y los indios del Perú Apichu, la hay de cuatro o cinco colores, que unas son coloradas, otras blancas, y otras amarillas, y otras moradas, pero en el gusto difieren poco unas de otras; las menos buenas son las que han traido a España. También hay las calabazas o melones, q' acá llaman calabazas romanas y en el Perú, Capallu: críanse como los melones, cómenlas cocidas o guisadas; crudas no se pueden comer. Calabazas de que hacen vasos, las hay muchas, y muy buenas, llámanlas Mati: de las de comer, como las de España, que las había antes de los Españoles. Hay otra fruta que nace debajo de la tierra que los indios llaman Inchic y los españoles mani

(todos los nombres que los españoles ponen a las frutas y legumbres del Perú, son del lenguage de las islas de Barloveto, que los han introducido ya en su lengua española, y por eso damos cuenta dellos) el inchic semeja mucho en la médula y en el gusto a las almendras: si se come crudo ofende a la cabeza, y si tostado es sabroso y provechoso con miel, hacen dél muy buen turron; tambien sacan del inchic muy lindo aceite para muchas enfermedades. Demás destas frutas nace otra de suyo debajo de tierra, que los indios llaman Cuchuchu; hasta ahora no sé que los españoles le hayan dado nombre, y es porque no hay desta fruta en las islas de Barlovento, que son tierras muy calientes, sino en el Collao, que es tierra muy fría: es sabrosa y dulce, cómese cruda, y es provechosa para los estómagos de no buena digestión: son como raices mucho más largo, que el anis. No echa hojas, sino que la haz de la tierra donde ella nace, verdeguea por cima, y en esto conocen los indios que hay Cuchuchu debajo, y cuando se pierde aquel verdor ven que está sazonado, y entonces lo sacan. Esta fruta y el inchic, más son regalos de la gente curiosa y regalada, que no mantenimiento de la gente común y pobre, aunque ellos las cojen y las presentan a los ricos y poderosos.

CAPITULO XI

DE LAS FRUTAS DE ARBOLES MAYORES

HAY otra fruta muy buena que los españoles llaman pepino, porque se le parece algo en el talle, pero no en el gusto, ni en lo saludable que son para los enfermos de calenturas, en la buena digestión que tienen, antes son contrarios a los de España: el nombre que los indios les dán se me ha ido de la memoria, aun q' fatigándola yo en este paso muchas veces y muchos días, y reprendiéndola por la mala guarda que ha hecho y hace, de muchos vocablos de nuestro lenguage, me ofreció por disculparse, este nombre Cacham, por pepino: no sé si se me engaña confiada de q' por la distancia del lugar y ausencia de los míos, no podré averiguar tan aína el engaño: mis parientes, los indios y mestizos del Cosco, y todo el Perú serán jueces desta mi ignorancia, y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdónenmelas, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan incomportable, como esto lo es para mis pocas fuerzas (sin ninguna esperanza de galardón, suyo ni ageno) los pepinos son de tres tamaños, y los más pequeños que tienen forma de corazón, son los mejores, nacen en matas pequeñas. Otra fruta que llaman Chili llegó al Cosco año de 1557. Es de muy buen gusto y de mucho regalo. Nace en unas plantas bajas, casi tendidas por el suelo; tienen un granujado por cima como el madroño, y es del mismo tamaño, no redonda sino algún tanto prolongada en forma de corazón.

Otras muchas frutas hay que nacen en árboles altos (que las dichas más parecen legumbres) unas se dán en tierras muy calientes, como las marítimas y en los Antis, otras se crían en tierras más templadas, como son los valles calientes del Perú: más porque las unas y las otras se alcanzan todas y se gozan en todas partes, no será necesario hacer división entre ellas, sino que se digan como salieren; y haciendo principio de la que los españoles llaman guayabas, y los indios sauintu: decimos que son redondas, del tamaño de manzanas medianas, y como

ellas con ollejo y sin corteza. Dentro en la médula tienen muchas pepitas o granillos redondos, menores que los de la uva. Unas son amarillas por de fuera, y coloradas por de dentro: estas son de dos suertes. unas tan agras que no se pueden comer; otra son dulces, de muy buen gusto; otras hay verdes por de fuera, y blancas por de dentro; son mejores que las coloradas con muchas ventajas y al contrario, en muchas regiones marítimas tienen las coloradas por mejores que las blancas. Los españoles hacen conserva della y de otras frutas, después que yo salí del Perú, que antes no se usaba. En Sevilla ví la del sauintu, que la trujo del Nombre de Dios un pasagero, amigo mío, y por ser fruta de mi tierra me convidó a ella.

Otra fruta llaman los indios pacay, y los españoles guavas; críase en unas vainas verdes de una cuarta más ó menos de largo, y dos dedos de ancho; abierta la vaina se hallan unas vedijitas blancas, ni más ni menos que algodón, tan parecidas a él, que ha habido españoles visoños, que no conociendo la fruta, han reñido con los indios que se la daban, entendiendo que por burlar dellos les daban a comer algodón. Son muy dulces, pasadas al sol se guardan largo tiempo; dentro en las vedijitas o capullos, tienen una pepita negra, como habas pequeñas, no son de comer.

La fruta que los españoles llaman peras, por parecerse a las de España en el color verde, y en el talle, llaman los indios Palta; porque de una provincia deste nombre se comunicó a las demás. Son dos y tres veces mayores que las peras grandes de España; tiene una vaina tierna y delgada; debajo della tiene la médula que será de un dedo en grueso; dentro della se cría un cuesco o hueso, como quieren los muy mirlados; es de la misma forma de la pera, y tan grueso como una pera de las comunes de acá, no se ha esperimentado que sea de provecho para cosa alguna: la fruta es muy sabrosa, muy saludable para los enfermos, comida con azucar, es comer de una conserva muy regalada.

Hay otra fruta grosera, que los indios llaman rucma, y los españoles lucma, porque no quede sin la corrupción, que a todos los nombres les dan. Es fruta basta, no nada delicada ni regalada, aunque toca antes en dulce, que en agro ni amargo, ni se sabe que sea dañosa para la salud, más de que es manjar bronco y grosero; son del talle y tamaño de las naranjas comunes, tienen dentro en la médula un cuesco, muy semejante a la castaña en el color de la cáscara, y en el grueso della, y en el color blanco de la médula, aunque es amarga y no de comer. Tuvieron una suerte de ciruelas, que los indios llaman Ussun, son coloradas y dulces; comidas hoy hacen echar otro día la urina tan colorada que parece que tiene mezcla de sangre.

CAPITULO XII

DEL ARBOL MULLI Y DEL PIMIENTO

ENTRE estas frutas podemos poner la de el árbol llamado Mulli, nace de suyo por los campos, dá su fruto en racimos largos y angostos, el fruto son unos granillos redondos del tamaño del culantro seco, las hojas son menudas y siempre verdes. El grano, estando sazonado, tiene en la superficie un poco de dulce muy sabroso y muy suave, pasado de allí lo demás es muy amargo. Hacen brebage de aquel grano para beber, traénlo blandamente entre las manos en agua caliente, hasta que ha dado todo el dulzor q' tenía, y no han de llegar a lo amargo, porque se pierde todo. Cuelan aquella agua, y la guardan tres o cuatro días, hasta q' llega a sazón: es muy linda de beber, muy sabrosa y muy sana para males de urina, hijada, riñones y vejiga; y mezclada con el brebage del maiz, lo mejora y lo hace más sabroso. La misma agua cocida hasta q' se espece, se convierte en miel, muy linda: la misma agua puesta al sol, con no sé qué, q' le añaden, se aceda y se hace muy lindo vinagre. De la leche y resina del mulli dijimos en otra parte cuán provechosa era para heridas. El cocimiento de sus hojas en agua es saludable para lavarse las piernas y el cuerpo, y para echar de sí la sarna, y curar las llagas viejas: palillos hechos de la ramas tiernas, son muy buenos para limpiar los dientes. Conocí el valle del Cosco adornado de innumerables árboles destos tan provechosos, y en pocos años le ví casi sin ninguno; la causa fué, que se hace dellos muy lindo carbón para los braceros; y aunque al encender chispea mucho, después de encendido guarda el fuego hasta convertirse en ceniza.

Con estas frutas, y aún por la principal dellas, conforme al gusto de los indios, pudiéramos poner el condimiento, que echan en todo lo que comen, sea guisado, sea cocido o asado, no lo han de comer sin el que llaman uchu, y los españoles pimiento de las indias, aunque allá le llaman axi, que es nombre del lenguage de las islas de Barlovento. Los

de mi tierra son tan amigos del uchu, que no comerán sin él, aunque no sea más que unas yerbas crudas. Por el gusto que con él reciben en lo q' comen, prohibían el comerlo en su ayuno riguroso, porque lo fuese más riguroso, como en otra parte dijimos. Es el pimiento de tres o cuatro maneras; el común es grueso, algo prolongado, y sin punta, llámanle Rocot uchu, quiere decir pimiento grueso, a diferencia del que se sigue: cómenlo sazonado o verde, antes que acabe de tomar su color perfecto que es colorado. Otros hay amarillos y otros morados, aunque en España no he visto más de los colorados. Hay otros pimientos largos de un geme poco más, poco menos, delgado como el dedo menique o merguerite, estos tenían por más hidalgos que los pasados y ásí se gastaba, en la casa real y en toda la parentela; la diferencia de su nombre se me ha ido de la memoria: también le llaman uchu como al pasado; pero el adjetivo es el que me falta. Otro pimiento hay menudo y redondo ni más ni menos que una guinda con un pezón o palillo: llámanle chinchi uchu, quema mucho más que los otros sin comparación, críase en poca cantidad, y por ende es más estimado. Las sabandijas ponzoñosas huyen del pimiento y de su planta. A un español venido de México, oí decir que era muy bueno para la vista, y así comía por postre a todas sus comidas dos pimientos asados. Generalmente todos los españoles, que de Indias vienen a España, lo comen de ordinario, y lo quieren más que las especias de la India Oriental. Los indios lo estiman tanto, que lo tienen en más que todas las frutas que hemos dicho.

CAPITULO XIII

DEL ARBOL MAGUEY Y DE SUS PROVECHOS

ENTRE estas frutas podremos poner el árbol que los españoles llaman maguey, y los indios Chuchau, por los muchos provechos que dél se sacan, de los cuales hemos hecho mención en otra parte. Pero el P. Blas Valera dice otras muchas más virtudes del chuchau, y no es razón que se callen, aunque las diremos más brevemente que su paternidad. Dice que es feo a la vista y que el madero es liviano, que tiene una corteza y que son largos de a veinte pies y gruesos como el brazo, y como la pierna, el meollo esponjoso y muy liviano, del cual usan los pintores y escultores de imágenes. Las hojas son gruesas y largas de media braza, nacen todas al pie como las del cardo hortense; y por ende lo llaman los españoles cardon, y las hojas con más propiedad podríamos llamar pencas; tienen espinas también como las hojas del cardo. El zumo dellas es muy amargo, sirve de quitar las manchas de la ropa, y de curar las llagas canceradas o inflamadas, y de estirpar los gusanos de las llagas. El mismo zumo, cocido con sus propias raíces en agua llovediza, es muy bueno para quitar el cansancio al que se laváre con ella y para hacer diversos lavatorios medicinales. De las hojas que se sazonan y secan al pie del tronco, sacan cáñamo fortísimo, de que hacen las suelas de el calzado, y las sogas, jáquimas y cabestros, y otras cosas groseras, de las que cortan antes que se sequen (majadas las ponen a las corrientes de los arroyos, para que se laven y pierdan la vascosidad que tienen) sacan otro cáñamo menos grosero que el pasado, de que hacían hondas, que traían en la cabeza, y hacían ropa de vestir, donde había falta de lana o de algodón: parecía al angeo que traen de Flandes, o la estopa más basta que tejen en España. Otro cáñamo sacan más sutil, que los que hemos dicho, de que hacen muy lindo hilo para redes, con que cazan los pájaros: pónenlas en algunas quebradas angostas entre cerro y cerro, asidas de un árbol a otro, y ojean por la parte baja los pájaros que hallan: los cuales huyendo de la gente caen en las redes, que son muy sutiles y teñidas de verde, para que con el verdor del campo y

de los árboles no se parezcan las redes, y caigan los pájaros en ellas con mas facilidad. Hacen las redes largas, de seis, ocho, doce, quince, veinte brazas, y más de largo: las hojas del maguey son acanaladas, y en ellas se recoge agua llovediza, es provechosa para diversas enfermedades. Los indios la cogen, y della hacen brebage fortísimo, mezclándola con el maiz o con la quinua o con la semilla del árbol mulli. También hacen della miel y vinagre. Las raíces del chuchau muelen, y hacen dellas panecillos de jabón, con q' las indias se lavan las cabezas, quitan el dolor dellas, y las manchas de la cara. Crían los cabellos y los ponen muy negros. Hasta aquí es del P. Blas Valera; solo añadí yo el largo de las redes, por ser cosa notable, y porque él no lo dice. Ahora diremos cómo crían los cabellos, y cómo los ennegrecen, que es cosa bárbara y espantable.

Las indias del Perú todas traen el cabello, largo y suelto, sin tocado alguno, cuando mucho traen una cinta ancha, como el dedo pulgar, con que ciñen la cabeza: si no son las collas, que por el mucho frío que en la tierra dellas hace, la traen cubierta. Son las indias naturalmente amicísimas de el cabello muy negro y muy largo, porque lo traen al descubierto. Cuando se les pone de color castaño, o se les ahorquilla, o se les cae al peinar, lo cuecen al fuego en una caldera de agua con yerbas dentro. La una de las yerbas debía de ser la raiz del chuchau, que el P. Blas Valera dice, que según yo lo ví hacer algunas veces, más de una echaban; empero como muchacho y niño, ni pedía cuenta de cuántas eran las yerbas, ni cuáles eran. Para meter los cabellos dentro en la caldera, que con los menjurges hervía al fuego, se echaba la india de espaldas, al pescuezo le ponían algún reparo, porque el fuego no la ofendiese. Tenían cuenta con que el agua que hervía, no llegase a la cabeza, porque no cociese las carnes, para los cabellos que quedaban fuera del agua, también los mojaban con ella, para que gozasen de la virtud de las yerbas del cocimiento. Desta manera estaban en aquel tormento voluntario, estoy por decir casi dos horas, aunque como muchacho no lo noté entonces con cuidado, para poderlo decir ahora ajustadamente: más no dejé de admirarme del hecho, por parecerme rigoroso contra las mismas que lo hacían. Pero en España he perdido la admiración, viendo lo q' muchas damas hacen para enrrubiar sus cabellos, que los perfuman con azufre, y los mojan con agua fuerte de dorar, y los ponen al sol en medio del día, por los caniculares, y hacen otros condumios, que ellas se saben, que no se cuál es peor, y más dañoso para la salud si esto o aquello. Las indias habiendo hecho otros lavatorios para quitar las orruras del cocimiento, sacaban sus cabellos más negros y más lustrosos que las plumas del cuervo recien mudado. Tanto como esto y mucho más, puede el deseo de la hermosura.

CAPITULO XIV

DEL PLATANO: PIÑA Y OTRAS FRUTAS

VOLVIENDO a las frutas, diremos de algunas más notables que se crían en los Antis del Perú, que son tierras más calientes y más húmedas que no las provincias del Perú: no las diremos todas por escusar proligidad. El primer lugar se debe dar al árbol y a su fruto q' los españoles llaman plátano: seméjase a la palma en el talle, y en tener las hojas en lo alto; las cuales son muy anchas y muy verdes: estos árboles se crian de suyo, quieren tierra muy lloviosa, como son los Antis, dán su fruto con racimos tan grandes, q' ha habido algunos (como dice el P. Acosta, libro cuarto, capítulo veinte y uno) que le han contado trecientos plátanos. Críase dentro de una cáscara, que ni es ollejo, ni corteza, fácil de quitar, son de una cuarta poco más ó menos en largo, y como tres dedos en grueso.

El P. Blas Valera, que también escribía dellos, dice que les cortan los racimos cuando empiezan a madurar, porque con el peso no derriben el árbol, que es fofo y tierno, inútil para madera y aún para el fuego: maduran los racimos en tinajas cúbrenlos con cierta yerba, que les ayuda a madurar; la médula es tierna, suave y dulce, pasada al sol, parece conserva, cómenla cruda y asada, cocida y guisada en potages, y de todas maneras sabe bien. Con poca miel o azúcar (que ha menester poca) hacen del plátano diversas conservas: los racimos que maduran en el árbol son más dulces y más sabrosos: los árboles son de dos varas en alto, unos más y otros menos. Hay otros plátanos menores que a diferencia de los mayores, les llaman domínicos, porque aquella cáscara cuando nace el racimo está blanca, y cuando la fruta está sazonada participa de blanco y negro a remiendos: son la mitad menores que los otros; y en todo les hacen mucha ventaja, y por ende no hay tanta cantidad destos como de aquellos.

Otra fruta que los españoles llaman piña, por la semejanza que en la vista y en la hechura tiene con las piñas de España q' llevan piñones; pero en lo demás no tienen q' ver las unas con las otras, porque aquellas

quitada la cáscara con un cuchillo. descubren una médula blanca, toda de comer muy sabrosa, toca un poco y muy poco en agro, q' la hace más apetitosa; en el tamaño son dos tantos mayores que las piñas de acá. También se dá en los Antis otra fruta que los españoles llaman manjar blanco, porque partida por medio parecen dos escudillas de manjar blanco, en el color y en el sabor; tienen dentro unas pepitas negras como pequeñas almendras, no son de comer. Esta fruta es del tamaño de un melón pequeño; tiene una corteza dura como una calabaza seca. y casi de aquel grueso; dentro de ella se cría la médula tan estimada, es dulce y toca en tantito de agro, que la hace más golosa, o golosina. Muchas otras frutas se crían de suyo en los Antis, como son las que los españoles llaman almendras y nueces, por alguna semejanza que tengan a las de acá, en que quiera que sea: que esta rotura tuvieron los primeros españoles que pasaron a las Indias, que con poca semejanza. y ninguna propiedad llamaron a las frutas de allá con los nombres de las de acá, que cotejadas las unas con las otras son muy diferentes. que es muy mucho más en lo que difieren que no en lo que se asemejan; y aún algunas son contrarias no solo en el gusto, más también en los efectos; y así son estas nueces y almendras, las cuales dejaremos con otras frutas y legumbres, que en los Antis se crían, que son de poco momento, para dar cuenta de otras de más nombre y fama.

CAPITULO XV

DE LA PRECIADA HOJA LLAMADA CUCA, Y DE EL TABACO

NO será razón dejar en olvido la yerba que los indios llaman cuca y los españoles coca, que ha sido y es la principal riqueza del Perú para los que la han manejado en tratos y contratos: antes será justo se haga larga mención della, según lo mucho que los indios la estiman, por las muchas y grandes virtudes que de ella conocían antes; y muchas más, q' después acá los españoles han esperimentado, en cosas medicinales. El P. Blas Valera, como más curioso y que residió muchos años en el Perú, y salió dél más de treinta años después que yo escribe de las unas y de las otras como quien vió la prueba dellas. Diré llanamente lo que su paternidad dice, y adelante añadiré lo poco que dejo de decir, por no escribir largo, desmenusando mucho cada cosa. Dice pues: la cuca es un cierto arbolillo del altor y grosor de la vid: tiene pocos ramos y en ellos muchas hojas delicadas, del anchor del dedo pulgar, y el largo como la mitad del mismo dedo, y de buen olor, pero poco suave: las cuales hojas llaman cuca, indios y españoles. Es tan agradable la cuca a los indios, q' por ella posponen el oro y la plata y las piedras preciosas, plántanla con gran cuidado y diligencia, y cójenla con mayor: porque cojen las hojas de por sí, con la mano, y las secan al sol, y así seca las comen los indios, pero no la tragan, solamente gustan del olor y pasan el jugo. De cuánta utilidad y fuerza sea la cuca para los trabajadores, se colige de que los indios que la comen, se muestran más fuertes y más dispuestos para el trabajo y muchas veces contentos con ella, trabajan todo el día sin comer. La cuca preserva el cuerpo de muchas enfermedades, y nuestros médicos usan della hecha polvos, para atajar y aplacar la hinchazón de las llagas; para fortalecer los huesos quebrados; para sacar el frío del cuerpo, o para impedirle que no entre; para sanar las llagas podridas llenas de gusanos. Pues si a las enfermedades deafuera hace tantos beneficios con virtud tan singular; ¿en las entra-

ñas de los que la comen nó tendrá más virtud y fuerza? Tiene también otró gran provecho y es, que la mayor parte de la renta del obispo, y de los canónigos, y de los demás ministros de la iglesia catedral del Cosco, es de los diezmos de las hojas de la cuca; y muchos españoles han enriquecido y enriquecen con el trato y contrato desta yerba; empero algunos, ignorando todas estas cosas han dicho y escrito mucho contra este arbollilo, movidos solamente de que en tiempos antiguos los gentiles, y agora algunos hechiceros y adevinos, ofrecen y ofrecieron la cuca a los ídolos: por lo cual dicen se debía quitar y prohibir del todo. Ciertamente fuera muy buen consejo si los indios hubieran acostumbrado a ofrecer al demonio solamente esta yerba. Pero si los antiguos gentiles y los modernos idólatras, sacrificaron y sacrifican las mieses, las legumbres y frutos que encima y debajo de la tierra se crían y ofrecen su brebage, y el agua fría, y la lana, y los vestidos, y el ganado y otras muchas cosas: en suma todo cuanto tienen; y como todas no se les deben quitar tampoco aquella. Deben doctrinarles que aborreciendo las supersticiones sirvan de veras a un solo Dios, y usen cristianamente de todas aquellas cosas. Hasta aquí es del P. Blas Valera. Añadiendo lo que falta para mayor abundancia decimos, que aquellos arbolillos son del altor de un hombre, para plantarlos echan la semilla en almácigo como las verduras, hacen los hoyos como para las vides. Echan la planta acodada como la vid. Tienen gran cuenta con q' ninguna raiz por pequeña q' sea quede doblada porque basta para que la planta se seque. Cojen la hoja tomando cada rama de por sí entre los dedos de la mano; la cual corren con tiento hasta llegar al pimpollo; no han de llegar a él, porque se seca toda la rama: la hoja de la haz y del envés en verdor y hechura, es ni más ni menos que la del madroño: salvo que tres o cuatro hojas de aquellas, por ser muy delicadas, hacen tanto grueso, como una de las del madroño. Huelgo mucho de hallar en España cosas tan apropiadas a q' comparar las de mi tierra, y que no las haya en ella, para que allá y acá se entiendan y conozcan las unas por las otras. Cogida la hoja la secan al sol; no ha de queda del todo seca, porque pierde mucho del verdor que es muy estimado, y se convierte en polvo por ser tan delicada, ni ha de quedar con mucha humidad, porque en los cestos donde la echan para llevarla de unas partes a otras se enmohece y se pudre: han de dejarla en un cierto punto, que participe de uno y de otro Los cestos hacen de cañas hendidas, que las hay muchas y muy buenas, gruesas y delgadas en aquellas provincias de los Antis; y con las hojas de las cañas gruesas que son anchas de más de una tercia, y largas de más de media vara, cubren por de fuera los cestos porque no se moje la cuca que la ofende mucho el agua; y con un cierto género de cáñamo que también lo hay en aquel distrito, enredan los cestos. Considerar la cantidad q' de cada cosa destas se gasta para el beneficio de la cuca, es más para dar gracias a Dios que así lo provee todo donde quiera que es menester que para lo escrebir, por ser increíble. Si todas estas cosas o cualquiera

dellas se hubiera de llevar de otra parte, fuera más el trabajo y la costa que el provecho. Cójese aquella yerba de cuatro en cuatro meses, tres veces al año, y si escardan bien y a menudo la mucha yerba q' con ella se cría de continuo, porque la tierra en aquella región es muy húmida y muy caliente, se anticipa más de quince días cada cosecha: de manera, que viene a ser casi cuatro cosechas al año; por lo cual un dezmero codicioso de los de mi tiempo, cohechó a los capataces de las heredades más ricas, y principales, que había en el término del Cosco, porque tuviesen cuidado de mandar que las escarbasen a menudo: con esta diligencia quitó al dezmero del año siguiente las dos tercias partes del diezmo de la primera cosecha: por lo cual nació entre ellos un pleito muy reñido que yo como muchacho no supe en qué paró. Entre otras virtudes de la cuca, se dice que es buena para los dientes. De la fuerza que pone al que la trae en la boca, se me acuerda un cuento que oí en mi tierra a un caballero en sangre y virtud, que se decía Rodrigo Pantoja, y fué, que caminando del Cosco a Rimac topó a un pobre español (que también los hay allá pobres como acá) que iba a pié y llevaba a cuestas una hijuela suya de dos años: era conocido del Pantoja y ahí se hablaron ambos. Díjole el caballero: ¿cómo váis así cargado? Respondió el peon: no tengo posibilidad para alquilar un indio que me lleve esta muchacha y por eso la llevo yo Al hablar del soldado le miró Pantoja la boca y se la vió llena de cuca; y como entonces abominaban los españoles todo cuanto los indios comían y bebían como si fueran idolatrías, particularmente el comer la cuca por parecerles cosa vil y baja, le dijo: puesto que sea así, lo que decís de vuestra necesidad, ¿porqué coméis cuca como hacen los indios, cosa tan asquerosa y aborrecida de los españoles? Respondió el soldado: en verdad señor, que no la abominaba yo menos q' todos ellos, más la necesidad me forzó a imitar los indios y traerla en la boca; porque os hago saber que si la llevara no pudiera llevar la carga que mediante ella siento tanta fuerza y vigor que puedo vencer este trabajo que llevo. Panoja se admiró de oírle y contó el cuento en muchas partes; y de allí adelante daban algún crédito los indios q' la comían por necesidad y no por golosina; y así es de creer porque la yerba no es de buen gusto. Adelante diremos, como la llevan a Potosí y tratan y contratan con ella.

Del arbolillo que los españoles llaman tabaco y los indios sayri dijimos en otra parte. El doctor Monardes escribe maravillas dél. La zarzaparrilla no tiene necesidad que nadie la loe: pues bastan para su loor, las hazañas q' en el Mundo nuevo y viejo ha hecho y hace, contra las bubas y otras graves enfermedades. Otras muchas yerbas hay en el Perú de tanta virtud para cosas medicinales, que como dice el P. Valera, si las conocieran todas no hubiera necesidad de llevarlas de España ni de otras partes: más los médicos españoles se dán tan poco por ellas, que aún de las que antes conocían los indios se ha perdido la noticia, de la mayor parte dellas. De las yerbas por su multitud y menu-

dencia será dificultoso dar cuenta: baste decir q' los indios las comen todas las dulces y las amargas, dellas crudas como acá las lechugas y los rábanos, dellas en sus guisados y potages; porque son el caudal de la gente común, q' no tenían abundancia de carne y pescado como los poderosos: las yerbas amargas como son las hojas de las matas que llaman sunchu, y de otras semejantes, las cuecen en dos, tres aguas, y las secan al sol y guardan para el invierno cuando no las hay: y es tanta la diligencia que ponen en buscar y guardar las yerbas para comer, que no perdonan ninguna, que hasta las ovas y los gusarapillos que se crían en los ríos y arroyos, sacan y aliñan para su comida.

CAPITULO XVI

DEL GANADO MANSO. Y LAS RECUAS QUE DE EL HABIA

LOS animales domésticos que Dios dió a los indios del Perú, dice el P. Blas Valera, que fueron conforme a la condición blanda de los mismos indios; porque son mansos que cualquiera niño los lleva donde quiere, principalmente a los que sirven de llevar cargas. Son de dos maneras, unos mayores que otros. En común les nombran los indios con este nombre Llama, que es ganado; al pastor dicen Llama Michec, quiere decir el que apacienta el gando. Para diferenciarlo llaman al ganado mayor Huanacullama, por la semejanza que en todo tiene con el animal bravo que llaman huanacu, que no difieren en nada sino en las colores, que el manso es de todas colores como los caballos de España, según se ha dicho en otras partes: y el huanacu bravo no tiene más de un color, que es castaño deslavado, bragado de castaño mas claro. Este ganado es del altor de los ciervos de España: a ningún animal semeja tanto como al camello, quitada la corcova y la tercia parte de la corpulencia. Tiene el pescuezo largo y parejo. cuyo pellejo desollaban los indios cerrado y lo sobaban con sebo hasta ablandarlo y ponerlo como curtido, y dello hacían las suelas del calzado que traían: y porque no era curtido, se descalzaban al pasar de los arroyos, y en tiempos de muchas aguas, porque se les hace como tripa en mojándose. Los españoles hacían dello riendas muy lindas para sus caballos, que parecen mucho a las que traen de Berbería. Hacían asímismo correones y gruperas para las sillas de camino, y látigos y aciones para las cinchas y sillas ginetas. Demás desto sirve aquel ganado a indios y españoles, de llevarles sus mercaderías, donde quiera que las quieren llevar; pero donde más comunmente andan y mejor se hallan por ser la tierra llana, es desde el Cosco a Potocchi, que son cerca de docientas leguas, y de otras muchas partes van y vienen aquellas minas con todo el bastimento, ropa de indios, mercaderías de España, vino y aceite, conservas y todo lo

demás que en ellas se gastan; principalmente llevan del Cosco la yerba llamada cuca. En mis tiempos había en aquella ciudad para este acarreo recuas de seiscientas, de a ochocientas, de a mil y más cabezas de aquel ganado. Las recuas de a quinientas cabezas abajo no se estimaban. El peso q' lleva es de tres a cuatro arrobas: las jornadas que caminan son de a tres leguas porque no es ganado de mucho trabajo: no le han de sacar de su paso porque se cansa y luego se echa en el suelo, y no hay levantarlo por cosas q' le hagan, ni que le quiten la carga: pueden luego desollarlo que no hay otro remedio: cuando porfían a levantarlos y llegan a ellos para alzarles, entonces se defienden con el estiercol que tienen en el buche q' lo traen a la boca y lo escupen al q' más cerca hallan, y procuran echárselo en el rostro antes que en otra parte. No tienen otras armas con qué defenderse ni cuernos como los ciervos: con todo esto les llaman los españoles, carneros y ovejas, habiendo tanta diferencia del un ganado al otro como la que hemos dicho. Para que no lleguen a cansarse llevan en las recuas cuarenta o cincuenta carneros vacíos, y en sintiendo enflaquecer alguno con la carga, se la quitan luego y la pasan a otro antes que se eche; porque en echándose, no hay otro remedio sino matarlo. La carne deste ganado mayor, es la mejor de cuantas hoy se comen en el mundo, es tierna, sana y sabrosa: la de sus corderos de cuatro, cinco meses, mandan los médicos dar a los enfermos, antes que gallinas ni pollos.

En tiempo del visorrey Blasco Nuñez Vela, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, y cuarenta y cinco, entre otras plagas que entonces hubo en el Perú, remaneció en este ganado la que los indios llaman Carache, que es sarna. Fué cruelísima enfermedad, hasta entonces nunca vista: dábales en la bragada y en el vientre; de allí cundía por todo el cuerpo, haciendo costras de dos, tres dedos en alto: particularmente en la barriga donde siempre cargaba más el mal, hacíansele grietas de dos y tres dedos en hondo, como era el grueso de las costras hasta llegar a las carnes: corría della sangre y materia de tal manera, que en muy pocos días se secaba y consumía la res. Fué mal muy contagioso: despachó con grandísimo asombro y horror de indios y españoles las dos tercias partes del ganado mayor y menor, paco y huanacu. Dellas se les pegó al ganado bravo, llamado huanacu y vicuña, pero no se mostró tan cruel con ellos por la región más fría en que andan, y porque no andan tan juntos como el ganado manso. No perdonó las zorras, antes las trató cruelísimamente, que yo ví el año de mil y quinientos cuarenta y ocho, estando Gonzalo Pizarro en el Cosco victorioso de la batalla de Huarina, muchas zorras que heridas de aquella peste, entraban de noche en la ciudad y las hallaban en las calles y en las plazas vivas y muertas, los cuerpos, con dos, tres y más horados que les pasaban de un cabo a otro, que la sarna les había hecho; y me acuerdo que los indios, como tan agoreros, pronosticaban por las zorras la destruición y muerte de Gonzalo Pizarro, q' sucedió poco después. A los principios desta pla-

ga, entre otros remedios desesperados que le hacían, era matar o enterrar viva la res que la tenía, como también lo dice el P. Acosta, libro cuarto, capítulo cuarenta y uno; más como luego cundió tanto, no sabiendo los indios ni los españoles, qué hacer para atajarla, dieron en curarla con fuego artificial. Hacían cocimientos de soliman y piedra azufre, y de otras cosas violentas, que imaginaban serían a popósito, y tanto más aína moría la res. Echábanles manteca de puerco hirviendo, tambien las mataban muy aina. Hacían otras muchas cosas, de que no me acuerdo, más todas les salían a mal, hasta q' poco a poco probando una cosa y otra, hallaron por esperiencia, q' el mejor remedio era untar las partes donde había sarna con manteca de puerco tibia, y tener cuidado de mirar si se rascan en la bragada que es donde primero les da el mal, para curarlo antes que cunda más; con esto se remedió mucho aquella plaga y con que la mala influencia se debió ír aplacando, porque después acá no se ha mostrado tan cruel como al principio. Por este beneficio que hallan en la manteca, tienen precio los puercos, que según lo mucho que multiplican valdrían de balde; es de notar que con ser la plaga tan general, no dió en los venados, corzos ni gamos; deben de ser de otra complexión. Acuérdome también que en el Cosco tomaron por abogado y defensor contra esa plaga a santo Antonino, que les cupo en suerte, y cada año le hacían gran fiesta: lo mismo será ahora.

Con ser las recuas tan grandes como se ha dicho y los caminos tan largos, no hacen costa alguna a sus dueños ni en la comida, ni en la posada, ni en el herraje, ni aparejos de albarda, jalma, ni albardoncillo, pretal, cincha, ni gurupera, ni otra cosa alguna de tantas como los arrieros han menester para sus bestias. En llegando a la dormida los descargan, y los echan al campo, donde pacen la yerba q' hallan; y desta manera los mantienen todo el camino, sin darles grano ni paja; bien comen la zara, si se la dán; más el ganado es tan noble, que aún trabajando se pasa sin grano: herrage no lo gastan, porque además de ser patihendida tienen pulpejo en pies y manos, y no casco. Albarda, ni otro aparejo alguno no lo han menester, porque tienen lana gruesa bastante para sufrir la carga que les echan; y los tragineros tienen cuidado de acomodar y juntar los tercios de un lado y de otro, de manera que la sobrecarga no toque en el espinazo que es donde le podría matar: los tercios no van asidos con el cordel, que los arrieros llaman lazo; porque no llevando el carnero jalma ni albarda, podría entrársele el cordel en las carnes con el peso de la carga. Los tercios van cosidos uno con otro, por las arpilleras; y aunque la costura asiente sobre el espinazo, no les hace mal, como no llegue la sobrecarga. Entre los indios llevan a cargo veinte y cinco carneros para cargar y descargar por ayudarle el uno al otro, que uno solo no podría valerse, yendo los tercios juntos, como se ha dicho. Los mercaderes llevan sus toldos, y los arman en los campos, donde quiera q' quieren parar a dormir, y echan dentro dellos la mercadería: no entran en los pueblos a dormir, porque sería cosa muy prolija llevar

y traer el ganado del campo. Tardan en el viage del Cosco a Potocchi cuatro meses, dos en ir y dos en volver, sin lo que se detienen para el despacho de la mercadería. Valía en el Cosco un carnero escogido diez y ocho ducados y los desechados a doce y a trece. La principal mercancía que de aquella ciudad llevaban era la yerba cuca, y ropa de vestir de los indios. Todo lo que hemos dicho, pasaba en mi tiempo que yo lo vi por mis ojos, no sé ahora cómo pasa: traté con muchos de los que iban y venían: hubo algunos caminos, que vendieron a más de treinta pesos ensayados, el cesto de la cuca. Con llevar mercancías de tanto valor y volver cargados de plata con treinta y cuarenta, cincuenta y cien mil pesos, no recelaban los españoles ni los indios que las llevaban, dormir en el campo, sin otra compañía ni más seguridad que la de su cuadrilla, porque no tenían ladrones ni salteadores: la misma seguridad había en los tratos y contratos de mercaderías fiadas, o las cosechas que los vecinos tenían de sus rentas o empréstitos de dineros, que por grandes que fuesen las partidas de la venta o del préstamo, no había más escritura ni más conocimiento, ni cédula por escrito que sus palabras, y estas se guardaban inviolablemente. Acaeció muchas veces jugar un español la deuda, que otro que estaba ausente y lejos le debía, y decir al que se la ganaba: diréis a fulano que la deuda que me debe, que os la pague a vos que me la ganásteis; y bastaba esto para que el ganador fuese creído, y cobrase la deuda por grande que fuese. Tanto como esto se estimaba entonces la palabra de cada uno, para creer y ser creído, fuese mercader, fuese vecino, señor de indios, fuese soldado, que en todos había este crédito y fidelidad y la seguridad de los caminos, que podía llamarse el siglo dorado: lo mismo entiendo que habrá ahora.

En tiempo de paz, que no había guerra, muchos soldados muy caballeros y nobles, por no estar ociosos, entendían en este contrato de ír y venir a Potocchi con la yerba cuca y ropa de indios, y la vendían en junto y no por menudo: desta manera era permitido a los hombres, por nobles que fuesen, el tratar y contratar con su hacienda: no había de ser en ropa de España, que se vende por varas, y en tienda de asiento. Muchos dellos holgaban de ir con su hacienda: y por no caminar al paso de los carneros, llevaban un par de halcones y perros perdigueros, y galgos y su arcabuz, y mientras caminaba la recua a su paso corto, se apartaban ellos a una mano o a otra del camino, e iban cazando: cuando llegaban a la dormida, llevaban muertas una docena de perdices, o un huanacu, o vicuña, o venado: que la tierra es ancha y larga, y tiene de todo. Desta manera se iban holgando y entreteniendo a ida y a vuelta y así era más tomar ocasión de cazar y holgarse que de mercadear· y los vecinos poderosos y ricos se lo tenían a mucho a los soldados nobles que tal hacían. El P. José de Acosta, lib. 4. cap. 41 dice mucho en loor de este ganado mayor y de sus provechos. (79)

---

79 En la *Historia Natural y Moral de las Indias.*

Del ganado menor, que llaman Pacollama, no hay tanto que decir, porque no son para carga ni para otro servicio alguno, sino para carne, que es poco menos buena que la del ganado mayor, y para lana, que es bonísima y muy larga, de que hacen su ropa de vestir de las tres estofas que hemos dicho, con colores finísimos, que los indios las saben dar muy bien, que nunca desdicen. De la leche del un ganado ni del otro no se aprovechaban los indios, ni para hacer queso, ni para comerla fresca. Verdad es que la leche que tienen es poca, no más de la que han menester para criar sus hijos En mis tiempos llevaban quesos de Mallorca al Perú, y no otros, y eran muy estimados. A la leche llaman nuñu, y a la teta llaman nuñu, y al mamar dicen nuñu, asi al mamar de la criatura como al dar a mamar de la madre. De los perros que los indios tenían decimos, que no tuvieron las diferencias de perros castizos que hay en Europa: solamente tuvieron de los que acá llaman gozques; habíalos grandes y chicos, en común les llaman Alco, que quiere decir perro.(80)

(80) Vease Tchudi, *Contribuciones a la Historia Civilización y linguística del Perú* COL. URTEAGA-ROMERO. t. X p. 55.

CAPITULO XVII

DEL GANADO BRAVO Y DE OTRAS SABANDIJAS

NO tuvieron los indios del Perú, antes de los españoles, más diferencias de doméstico ganado que las dos que hemos dicho, paco y huanacu: de ganado bravo tuvieron más, pero usaban dél como del manso, según dijimos en las cacerías que hacían a sus tiempos. A una especie de las bravas llaman huanacu, por cuya semejanza llamaron al ganado mayor manso con el mismo nombre; porque es de su tamaño, y de la misma forma y lana. La carne es buena, aunque no tan buena como la del manso: en fin, en todo se asemejan. Los machos están siempre atalayando en los collados altos, mientras las hembras pacen en lo bajo, y cuando ven gente, dan relinchos a semejanza de los caballos para advertirlas; y cuando la gente va hácia ellos, huyen antecogiendo las hembras por delante: la lana destos huanacus es corta y áspera; pero también la aprovechaban los indios para su vestir: con galgos los corrían en mis tiempos, y mataban muchos.

A semejanza del ganado menor que llaman paco, hay otro ganado bravo que llaman Vicuña. Es animal delicado, de pocas carnes; tiene mucha lana, y muy fina de cuyas virtudes medicinales escribe el P. Acosta muchas y muy buenas (81) Lo mismo hace de otros muchos animales y aves que se hallan en las Indias: más como su paternidad escribe de todo el Nuevo Orbe es menester mirar con advertencia lo q' en particular dice de las cosas del Perú a quien me remito en muchas de las que vamos diciendo. La vicuña es más alta de cuerpo que una cabra, por grande que sea: el color de su lana tira a castaño muy claro, que por otro nombre llaman leonado: son ligerísimas no hay galgo que las alcance: mátanlas con arcabuces, y con atajarlas, como hacían en tiempo de los Incas. Apaciéntanse en los desiertos más altos, cerca de la nieve, la carne es de comer, aunque no tan buena como la del huanacu: los indios la estimaban porque eran pobres de carne.

(81) En su obra citada, y lo mismo el Padre Bernabe Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo* t. I.

Venados o ciervos, hubo en el Perú: aunque mucho menores que los de España: los indios les llaman Taruca. En tiempo de los reyes Incas había tanta cantidad dellos, que se les entraban por los pueblos. Tambien hay corzos y gamos. De todos estos animales bravos sacan la piedra bezar en estos tiempos. En los mios no se imaginaba tal. Hay gatos cervales que llaman Oscollo, son de dos o tres diferencias. Hay zorras mucho menores de las de España, llámanles Atoc: otros animalejos hay pequeños, menores que gatos caseros: los indios les llaman Añás, y los españoles zorrina: son tan hediondos que si como hieden, olieran, fueran más estimados que el ámbar y el almizcle: andan de noche por los pueblos, y no basta que estén las puertas y ventanas cerradas para q' deje de sentirse su hedor, aunque estén lejos cien pasos y más. Hay muy pocos, que si hubieran muchos atosigaran al mundo. Hay conejos caseros y campestres, diferentes los unos de los otros en sabor y color. Llámanles Coy, también se diferencian de los de España. De los caseros han traído a España, pero dánse poco por ellos. Los indios, como gente pobre de carne, los tiene en mucho y los comen por gran fiesta. Otra diferencia de conejos hay, que llaman vizcachas, tienen cola larga como gato, críanse en los desiertos donde haya nieve, y no les vale, que allá van a matarlos. En tiempo de los reyes Incas y muchos años después (que aún yo lo alcancé), aprovechaban el pelo de la vizcacha, y lo hilaban de por sí, para variar de colores la ropa fina que tejían. El color que tiene es pardo claro, color de ceniza, y él es de suyo blando y suave. Era cosa muy estimada entre los indios, no se echaba sino en la ropa de los nobles.

CAPITULO XVIII

LEONES, OSOS, TIGRES, MICOS Y MONAS

LEONES se hallan, aunque pocos, no son tan grandes ni tan fieros como los de Africa: llámanles Puma. También se hallan osos, y muy pocos: porque como toda la tierra del Perú es limpia de montañas bravas, no se crían estos animales fieros en ella; y también porque los Incas, como dijimos en sus cacerías reales, mandaban que los matasen. Al oso llaman Ucumari. Tigres no los hay sino en los Antis, donde son las montañas bravas, donde también se crían las culebras grandes que llaman Amaru, que son de a veinte y cinco y de a treinta pies de largo, y más gruesas que el muslo; donde también hay gran multitud de otras culebras menores, que llaman Machachuay, y víboras ponzoñosas, y otras muchas sabandijas malas, de todas las cuales está libre el Perú. Un español que yo conocí, mató en los Antis término del Cosco, una leona grande q' se encaramó en un árbol mui alto; de allí la derribó de cuatro jarazos que le tiró; halláronle en el vientre dos cachorrillos, hijos de tigre, porque tenían las manchas del padre. Cómo se llame el tigre en la lengua general del Perú, se me ha olvidado, con ser nombre del animal más fiero que hay en mi tierra. Reprendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde, ¿que por qué la riño de lo que yo mismo tengo la culpa?; que advierta yo que há cuarenta y dos años que no hablo ni leo en aquella lengua. Válgame este descargo para el que quisiera culparme de haber olvidado mi lenguage. Creo que el tigre se llama Uturuncu, aunque el P. M. Acosta dá este nombre al oso, diciendo Otoroncos, conforme a la corrutela española: no sé cuál de los dos se engaña, creo que su paternidad. Hay otros animales en los Antis que semejan a las vacas, son del tamaño de una vaca muy pequeña, no tienen cuernos. (82) El pellejo es muy estremado para cueras fuertes, por la fortaleza que tiene, que algunos, encareciéndola, dicen, que resiste más que una cota. Hay jabalíes q' en parte semejan a los puercos case-

(82) En el Perú se llama *Danta o Gran Bestia*.

ros: de todos estos animales, y de otros, se hallan pocos en aquellos Antis, que confinan con el Perú que yo no me alejo a tratar de otros Antis que hay más lejos. Monas y micos, hay muchos, grandes y chicos, unos tienen cola, otros hay sin ella.

De la naturaleza dellos pudiéramos decir mucho; empero porque el P. M. Acosta lo escribe largamente, libro cuarto, capítulo treinta y nueve, que es lo mismo que yo oí, a indios y a españoles, y parte dello ví, me pareció ponerlo aquí, como su paternidad lo dice, que es lo que se sigue: micos hay innumerables por todas esas montañas de islas y Tierra Firme y Andes. Son de la casta de monas, pero diferentes en tener cola y muy larga, y haber entre ellas algunos linages de tres tantos, y cuatro tantos, más cuerpo que monas ordinarias. Unos son negros del todo, otros bayos, otros pardos, otros manchados y varios La ligereza y maña destos admira, porque parece que tienen discurso y razón; y en el andar por árboles parece q' quieren casi imitar las aves. En Capira, pasando de Nombre de Dios a Panamá, ví saltar un mico destos de un árbol a otro, que estaba a la otra banda del río, que me admiró. Asense con la cola a un ramo, y arrójanse donde quieren; y cuando el espacio es muy grande, que no pueden con un salto alcanzarle, usan una maña graciosa, de asirse uno a la cola del otro, y hacer desta suerte una como cadena de muchos: después, ondeándose todos, o columpiándose, el primero ayudado de la fuerza de los otros salta y alcanza, y se hace al ramo y sustenta a los demás hasta que llegan asidos, como dije, a la cola de otro. Las burlas y embustes y travesuras que estos hacen, ės negocio de mucho espacio; las habilidades que alcanzan cuando los imponen no parecen de animales brutos sino de entendimiento humano. Uno ví en Cartagena, en casa del gobernador, que las cosas que de él me referían apenas parecían creíbles; como enviarle a la taberna por vino, y poniendo en la una mano el dinero y en la otra el pichel, no haber orden de sacarle el dinero hasta que le daban el pichel con vino. Si los muchachos en el camino le daban grita, y le tiraban, poner el pichel a un lado y apanar piedras y tirarlas a los muchachos hasta que dejaban el camino seguro. y así volvía a llevar su pichel. Y lo que es más con ser muy bebedor de vino (como yo se lo ví beber echándoselo su amo de alto) sin dárselo o dalle licencia, no había tocar al jarro. Dijéronme también que si veía mugeres afeitadas iba y les tiraba del tocado, y las descomponía y trataba mal. Podrá ser algo desto encarecimiento, que yo no lo ví, más en efecto, no pienso que hay animal que así perciba y que se acomode a la conversación humana como esa casta de micos. Cuentan tantas cosas, que yo, por no parecer que doy crédito a fábulas, o porque otros no las tengan por tales, tengo por mejor dejar esta materia con solo bendecir al Autor de toda criatura; pues para sola recreación de los hombres, y entretenimiento donoso, parece haber hecho un género de animal que todo es reir, o para mover a risa. Algunos han escrito q' a Salomón se le llevaban estos micos de Indias Occidentales,

yo tengo para mí que iban de la India Oriental. Hasta aquí es del P. M. Acosta, donde pudiera añadir que las monas y micos traen los hijuelos a cuestas hasta que son para soltarse y vivir por sí, andan abrazados con los brazos a los pescuezos de las madres, y con las piernas las abrazan por el cuerpo. El encadenarse unos con otros que el P. M. dice, lo hacen para pasar ríos o arroyos grandes que no pueden pasar de un salto. Asense como se ha dicho, de un árbol que esté enfrente de otro, y colúmpianse hasta que el último que anda abajo, alcanza a asir alguna rama del otro árbol, y por ella se sube, hasta ponerse a nivel en derecho del que está asido de la otra parte, y entonces dá voces y manda que suelte; luego es obedecido, y así dán todos del otro cabo y pasan el río, aprovechándose de sus fuerzas y maña en sus necesidades, a fuer de soldados pláticos, y porque se entienden con sus gritos (como tengo para mí que lo hacen todos los animales y aves con los de su especie) dicen porque no les hagan sacar oro y plata. También dicen que por remediar a las indias traen sus hijos a cuestas. Otras muchas burlerías dicen de llos; pero de micos y monas baste.

———∿———

CAPITULO XIX

DE LAS AVES MANSAS Y BRAVAS DE TIERRA Y DE AGUA

LOS indios del Perú no tuvieron aves caseras sino solo una casta de patos, que por semejar mucho a los de acá les llaman así los españoles. Son medianos, no tan grandes ni tan altos como los gansos de España, ni tan bajos ni tan chicos como los patos de por acá. Los indios les llaman ñuñumu, deduciendo el nombre de nuñu, que es mamar, porque comen mamullando, como si mamasen; no hubo otras aves domésticas en aquella mi tierra. Aves del aire, y del agua dulce y marina, diremos las q' se nos ofrecieren, aunque por la multitud y variedad dellas no será posible decir la mitad, ni la cuarta parte dellas. Aguilas hay de todas suertes, reales y no reales, aunque no son tan grandes como las de España. Hay alcones de muchas raleas, algunos se asemejan a los de acá y otros no. En común les llaman los indios Huaman, de los pequeños he visto por acá algunos, que los han traído, y los estiman en mucho: los que en mi tierra llaman neblies son bravísimos de vuelo y de garras: son casi prietos de color. En el Cosco el año de mil quinientos cincuenta y siete un caballero de Sevilla, que se preciaba de su cetrería, hizo todas las que supo y pudo en un nebli. Venía a la mano y al señuelo de muy lejos: más nunca pudo con él hacer que se cebase en prisión alguna, y así desesperó de su trabajo. Hay otras aves que también se pueden poner con las de rapiña, son grandísimas; llámanles Cuntur, y los españoles condor: muchas han muerto los españoles, y las han medido, por hablar con certificación del tamaño dellas, y les han hallado quince y diez y seis pies, de una punta a otra de las alas, que reducidas a varas de medir, son cinco varas y tercia: no tienen garras como las águilas, que no se las dió naturaleza, por templarles la ferocidad: tienen los piés como las gallinas, pero bástales el pico, que es tan

fuerte que rompe el pellejo de una vaca. Dos dellos acometen a una vaca y a un toro, y se lo comen. Ha acaecido uno solo acometer muchachos de diez, doce años, y comérselos; son blancos y negros a remiendos como las urracas: hay pocos que si hubieran muchos destruyeran los ganados: en la frente tienen una cresta pareja a manera de navaja, no con puntas como la del gallo: cuando bajan, cayendo de lo alto, hacen tan gran zumbido que asombra.

El P. M. Acosta hablando de las aves del Nuevo Orbe, particularmente del cuntur, libro cuarto, capítulo treinta y siete (donde remito al que quisiere leer cosas maravillosas) dice estas palabras: los que llaman cóndores son de inmensa grandeza, y de tanta fuerza, que no sólo abren un carnero y se lo comen, sino a un ternero.

En contra del cuntur dice su paternidad de otras avecillas que hay en el Perú, que los epañoles llaman tominejos y los indios Quenti, que son de color azul dorado, como lo más fino del cuello del pavo real: susténtanse como las abejas chupando con un piquillo largo que tienen, el jugo o miel que hallan en las flores; son tan pequeñitas que muy bien dice su paternidad dellas, lo que se sigue: en el Perú hay lo que llaman tominejos, tan pequeñitos, que muchas veces dudé, viéndolos volar, si eran abejas o mariposillas, más son realmente pájaros &. Quien oyere estos dos estremos de aves que hay en aquella tierra no admirará de las q' dijéremos que hay en medio. Hay otras aves grandes que los indios llaman Suyuntu y los españoles gallinaza; son muy tragones de carne y tan golosas que si hallan alguna bestia muerta en el campo comen tanto della, que aunque son muy ligeras no pueden levantarse al vuelo por el peso de lo que han comido. Entonces cuando sienten que va gente a ellas, van huyendo a vuela pie, vomitando la comida, por descargarse para tomar vuelo; es cosa donosa ver el ansia y la priesa con que echan lo que con la misma comieron. Si les dan priesa las alcanzan y matan; más ellas no son de comer ni de otro provecho alguno, sino de limpiar las calles de las inmundicias que en ellas echan; por lo cual dejan de matarlas aunque puedan, no son de rapiña: el P. Acosta dice que tiene para sí, que son de género de cuervos.

A semejanza destas hay otras aves marinas que los españoles llaman alcatraces; son poco menores que las avutardas; mantiénense de pescado, es cosa de mucho gusto ver como pescan. A ciertas horas del día por la mañana y por la tarde, debe de ser a las horas que el pescado se levanta a sobreaguarse, o cuando las aves tienen más hambre: ellas se ponen muchas juntas como dos torres en alto, y de allí como alcones de altanería, las alas cerradas se dejan caer a cojer el pescado, y se zabullen y entran debajo del agua, hasta que lo pescan: algunas veces se detienen tanto debajo del agua, que parece que se han ahogado, debe ser por huirles mucho el pescado; y cuando más se certifica la sospecha las ven salir con el pece atravesado en la boca, y volando en el aire lo engullen. Es gusto ver caer unas, y oír los golpazos que dán en el agua;

y al mismo tiempo ver salir otras con la presa hecha y ver otras, que a medio caer se vuelven a levantar y subir en alto, por desconfiar del lance. En suma, es ver docientos halcones juntos en altanería, q' bajan y suben a veces como los martillos del herrero. Sin estas aves andan muchas bandas de pájaros marinos, en tanta multitud que es increíble que lo dellas se dijere a quien no las ha visto. Son de todos tamaños, grandes, medianos y chicos. Navegando por la mar del Sur los miré muchas veces con atención: había bandas tan grandes, que de los primeros pájaros a los postreros me parece que había más de dos leguas de largo; iban volando tantos y tan cerrados, que no dejaban penetrar la vista de la otra parte. En su vuelo van cayendo unos en el agua a descansar y otros se levantan della que han ya descansado. Cierto es cosa maravillosa ver la multitud dellos que se levanta el entendimiento a dar gracias a la Eterna Magestad, que crió tanta infinidad de aves; y q' las sustente con otra infinidad de peces; y esto baste de los pájaros marinos.

Volviendo a las aves de tierra, sin salir de las del agua, decimos que hay otra infinidad dellas en los ríos y lagos del Perú, garzas y garzotas, patos y fojas, y las que por acá llaman flamencos, sin otras muchas diferencias de que no sé dar cuenta, por no haberlas mirado con atención. Hay aves grandes mayores que cigueñas, que se mantienen de pescado; son muy blancas, sin mezcla de otro color, muy altas de piernas; andan apareadas de dos en dos, son muy hermosas a la vista; parecen pocas.

CAPITULO XX

DE LAS PERDICES, PALOMAS Y OTRAS AVES MENORES

DOS maneras de perdices se hallan en aquella mi tierra, las unas son como pollas ponederas, críanse en los desiertos que los indios llaman puna. Las otras son menores que las de España; son de buena carne, más sabrosa que la de las grandes, las unas y las otras son de color pardo, los picos y pies blancos: las chicas propiamente parecen a las codornices en el color de la pluma, salvo las pecas blancas que no las tienen, llámanles Yutu, pusiéronles el nombre del sonido del canto que tienen, que dicen yutyut; y no solamente a las perdices, pero a otras muchas aves les ponen el nombre del canto dellas, como diremos de algunas en este discurso. Lo mismo hacen en muchas cosas: otras declararemos donde se ofrecieren. De las perdices de España no sé qué hayan llevado a mi tierra. Hay palomas torcazas como las de acá, en tamaño, pluma y carne, llámanles Urpi, quiere decir paloma. A las palomas caseras que se han llevado de España, dicen lo indios Castilla urpi, que es paloma de Castilla, por decir que fueron llevadas de acá. Hay tórtolas, ni más ni menos que las de España, si ya en el tamaño no son algo mayores, llámanles Ccohuay, tomadas las dos primeras sílabas del canto dellas, y pronunciadas en lo interior de la garganta, porque se asemeje más el nombre con el canto.

Hay otras tortolillas pequeñas, del tamaño de las calandrias o cogujadas, y del color dellas; crían por los tejados, como acá los gorriones y también crían en el campo, hállanse pocas. Hay unos pajarillos pardos que los españoles llaman gorriones, por la semejanza del color y del tamaño, aunque diferente en el canto, que aquellos cantan muy suavemente; los indios les llaman Pariapichiu, crían por los bardales de las casas, donde quiera que hay matas en las paredes, y también crían en el campo. Otros pajarillos vermejuelos, llaman ruiseñor los españoles

por la semejanza del color, pero en el canto difieren como lo prieto de lo blanco; porque aquellos cantan malísimamente, tanto qu los indios en su antigüedad lo tenían por mal agüero. Hay unos pajarillos prietos que los españoles llaman golondrinas, y más son aviones que golondrinas; vienen a sus tiempos, aposéntanse en los agujeros de los tejados, diez, doce juntos. Estas avecillas son las que andan por los pueblos más cerca de la gente que otras: golondrinas ni vencejos, no los ví por allá, a lo menos en lo que es la serranía del Perú. Las aves de los llanos son las mismas, sin las marinas que son diferentes. Sifones, gangas ni ortegas ni zorzales no las hay en aquella tierra, ni grullas ni avutardas Otras habrá en lugar dellas. de que yo no me acuerdo. En el reino de Chili, que también fué del imperio de los Incas del Cosco, hay avestruces, que los indios llaman Suri, no son de pluma tan fina, ni tan galana como las de Africa; tienen el color entre pardo y blanco, no vuelan por alto, más a vuela pie son muy ligeras, corren más que un caballo: algunas tomaron los españoles, poniéndose en paradas en sus caballos que el aliento de un caballo, ni de dos solos no basta a cansar aquellas aves. En el Perú hay Sirgueros que los españoles llaman así, porque son de dos colores, amarillo y negro, andan en bandas. Los indios les llaman Chayna, tomando el nombre de su mismo canto. Otras muchas maneras de pájaros hay, chicos y grandes, de que no acertaré a dar cuenta por la multitud dellos, y poquedad de la memoria. Acuérdome que hay cernícalos como los de acá; pero más animosos que algunos se ceban en pajarillos. En el llano de Yucay ví volar dos cernícalos a un pajarillo, traíanlo de lejos, encerróseles en un árbol grande y espeso que hay en aquel llano. Yo lo dejé en pie que los indios en su gentilidad tenían por sagrado; porque sus reyes se ponían debajo del, a ver las fiestas que en aquel hermoso llano se hacían: el uno de los cernícalos usando de su natural industria, entró por el árbol a echar fuera el pajarillo, el otro se subió en el aire encima del árbol para ver por donde salía, y en saliendo el pájaro, forzado del que le perseguía, cayó a él, como un neblí; el pajarillo volvió a socorrerse en el árbol: el cernícalo que cayó a él entró a echarle fuera, y el que le había sacado del árbol se subió en el aire, como hizo el primero para ver por donde salía: desta manera los cernícalos, trocándose ya el uno, ya el otro, entraron y salieron del árbol cuatro veces, y otras tantas se les encerró el pajarillo con grande ánimo defendiendo su vida hasta que la quinta vez se les fué al río, y en unos paredones de edificios antiguos, que por aquella banda había, se les escapó con gran contento y gusto de cuatro o cinco españoles q habían estado mirando la volatería, admirados de lo q' la naturaleza enseña a todas sus criaturas hasta las aves tan pequeñas, para sustenar sus vidas: unas acometiendo y otras huyendo con tanta industria y maña como se ve a cada paso. Abejas silvestres hay de diversas maneras: de las domésticas criadas en colmenas, ni los indios las tuvieron antes, ni los españoles se han dado nada hasta ahora por criarlas: las silvestres crían

en resquicios y concavidades de peñas, y en huecos de árboles: los que son de tierras frías, por las malas yerbas de q' se sustentan, hacen poca miel, y esa desabrida y amarga, y la cera negra de ningún provecho: las de tierras templadas o calientes, por las buenas yerbas de q' gozan, hacen muy linda miel, blanca, limpia olorosa y muy dulce: llevadas a tierras frías se cuaja, y parece azucar, ténenla en mucha estima, no solo para comer, más también para el uso de diversas medicinas, que la hallan muy provechosa.

CAPITULO XXI

DIFERENCIAS DE PAPAGAYOS Y SU MUCHO HABLAR

EN los Antis se crían los papagayos, son de muchas maneras, grandes, medianos, menores, chicos y chiquillos: los chiquillos son menores q'calandrias, y los mayores son como grandes neblis: unos son de solo un color; otros de dos colores, verde y amarillo, o verde y colorado, otros son de muchas y diversas colores, particularmente los grandes, que los españoles llaman guacamayas, que son de todas colores; y todas finísimas: las plumas de la cola que son muy largas y muy galanas, las estiman en mucho los indios para engalanarse en sus fiestas. De las cuales plumas por ser tan hermosas, tomó el famoso Juan Bocacio el argumento para la graciosa novela de *Frate Cipolla*. Los españoles llaman a los papagayos con diferentes nombres por diferenciar los tamaños. A los muy chiquillos llaman periquillos, a otros algo mayores llaman catalnillas, a otros masmayores, y q' hablan más y mejor q' los demás llaman loro. A los muy grandes llaman guacamayas, son torpísimas, para hablar más nunca hablan; solamente son buenas para mirarlas por la hermosura de sus colores y plumas: estas diferencias de papagayos han traído a España para tener en jaulas y gozar de su parlería, y aunque hay otras más, no las han traído, debe de ser porque son más torpes, En Potocsi, por los años de 155- y 55 hubo un papagayo de los q' llaman loro, tan hablador que a los indios e indias que pasaban por la calle, les llamaba por sus provincias a cada uno de la nación que era sin errar alguna: diciendo Colla Yunca Huayru Quechua &c.; como que tuviera noticia de las diferencias de tocados que los indios en tiempo de los Incas traían en las cabezas para ser conocidos. Un día de aquellos pasó una india hermosa por la calle do el papagayo estaba, iba con tres o cuatro criadas, haciendo mucho de la señora palla, que son las de la sangre real En viéndola el papagayo dió grandes gritos de risa diciendo: Huairu, Huairu, Huairu, que es una nación de gente mas vil, y tenida en menos que otras. La india pasó avergonzada por los que esta-

ban delante. que siempre había una gran cuadrilla de indios escuchando el pájaro; y cuando llegó cerca, escupió hácia el papagayo, y le llamó supay, que es diablo. Los indios dijeron lo mismo, porque conoció la india con ir difrazada en hábito de palla. En Sevilla, en Caldefrancos pocos años há, había otro papagayo que en viendo pasar un cierto médico indigno del nombre. le decía tantas palabras afrentosas que le forzó a dar queja dél. La justicia mandó a su dueño que no lo tuviese en la calle, so pena que se lo entregarían al ofendido. Los indios en común les llaman Uritu, quiere decir papagayo, y por el grandísimo ruido enfadoso. que hacen con sus gritos cuando van volando, porque andan en grandes bandas, tomaron por refrán llamar uritu a un parlador fastidioso, que como el divino Ariosto dice en el canto 25. sepa poco y hable mucho: a los cuales con mucha propiedad les dicen los indios: calla papagayo. Salen los papagayos de los Antis al tiempo, que por todo lo raso del Perú está en sazón la sara, de la cual son amicísimos hacen gran estrago en ella: vuelan muy recio y muy alto: las guacamayas porque son torpes y pesadas. no salen de los Antis. Andan en bandas como se ha dicho, más no se mezclan los de una epecie con los de otra. sino que cada diferencia anda por sí.

———∿———

CAPITULO XXII

DE CUATRO RIOS FAMOSOS, Y DEL PESCADO QUE EN LOS DEL PERÚ SE CRIA

OLVIDADO se me había hacer relación del pescado, que los indios del Perú tienen de agua dulce en los ríos que poseen, que como es notorio, son muchos y muy grandes, de los cuales nombraremos cuatro, los mayores y no más, por no causar hastío al que lo oyere. El que llaman río Grande, y por otro nombre el de la Madalena que entra en la mar, entre Cartagena y Santa Marta, tiene de boca según la carta de marear, ocho leguas: nace en las sierras y cordilleras del Perú. Por la furia con que corre entre diez o doce leguas la mar adentro, rompiendo sus aguas, que no basta la inmensidad de ellas a resistir la ferocidad del río. El de Orellana q' le llamamos así, a diferencia del río Marañón, tiene según la misma carta cincuenta y cuatro leguas de boca, antes más que menos; y aunque algunos autores le dan treinta leguas de boca y otros menos, y otros cuarenta, y otros setenta me pareció poner la opinión de los mareantes que no es opinión sino esperiencia, porque aquella república que anda sobre aguas de la mar, le conviene no fiarse de opiniones, sino traer en las manos la verdad sacada en limpio: los que le dan las setenta leguas de boca la miden al sesgo de la una punta de la tierra a la otra, que están desiguales: porque la punta de la mano izquierda del río, entra en la mar mucho más que la punta de la mano derecha: y así midiendo de punta a punta, porque están al sesgo, hay las setenta leguas que algunos dicen con verdad: más por derecho de cuadrado no hay más de cincuenta y cuatro leguas como lo saben los pilotos. Las primeras fuentes de aquel famoso río, nacen en el distrito llamado Cuntisuyu, entre el Poniente y el mediodía del Cosco, que los marineros llaman Sudueste, pasa once leguas al Poniente de aquella ciudad. Dende muy cerca de su nacimiento no se deja vadear porque lleva mucha agua, y es muy raudo, y vá muy recogido entre altísimas sierras q' tienen desde lo bajo hasta lo alto de sus nieves, trece, catorce y quince leguas y más de altura casi a plomo. Es el mayor río que hay en el Perú: los indios le llaman Apurimac, quiere decir el principal o

el capitán que habla, que el nombre Apu tiene ambas significaciones, q' comprehende los principales de la paz y de la guerra. También le ádn nombre por ensalsarle más, que es Capac Mayu. Mayu quiere decir río. Capac es renombre que daban a sus reyes, diéronselo a este río, por decir que era el príncipe de todos los ríos del mundo. Retiene estos nombres hasta salir de los términos del Perú: si los sustenta hasta entrar en la mar, o si las naciones que viven en las montañas por dó pasa le dán otro nombre, no lo sé. El año de 1555 por las muchas aguas del invierno cayó sobre aquel río un pedazo de sierra tan grande y con tanta cantidad de riscos, piedra y tierra, que le atravesó de una parte a otra, y le atajó de manera que en tres días naturales no corrió gota de agua, hasta que la represa della sobrepujó la montaña que le cayó encima: los que habitaban de allí abajo, viendo que un río tan caudaloso se había secado tan súbitamente, entendieron que se acababa el mundo. La represa subió catorce leguas el rio arriba hasta la puente que está en el camino real que va del Cosco a la ciudad de los Reyes. Este rio Apurimac corre del Mediodía al Norte, más de quinientas leguas q' hay por tierra, desde su nacimiento hasta la equinoccial. De allí revuelve al Oriente y corre casi debajo de la Equinocial otras seiscientas y cincuenta leguas medidas por derecho hasta que entra en la mar, que con sus vueltas y revueltas más son de mil y quinientas leguas las que corre al Oriente, según lo dijo Francisco de Orellana, que fué el que las navegó por aquel río abajo cuando fué con Gonzalo Pizarro al descubrimiento que llamaron de la Canela, como en su lugar diremos: las seiscientas y cincuenta leguas de Poniente a Oriente, sin las vueltas y revueltas del río, se las dá la carta de marear, aunque no suelen los mareantes entremeterse en pintar las cosas de la tierra adentro, sino las de la mar y sus riberas, quisieron salir de sus términos con este río por ser el mayor que hay en el mundo, y por decir que no sin causa entra en la mar con la grandeza de setenta leguas de boca, y hace que con más de cien leguas en contorno sea más dulce aquel golfo donde va a parar: de manera que conforme a la relación de Orellana (como lo atestiga Gomara, cap. 86) (83) con las quinientas leguas que nosotros decimos, corre dos mil leguas con las vueltas que va haciendo a una mano, y a otra entra en la mar, debajo de la Equinocial a plomo: llámase río de Orellana por este caballero que lo navegó año de mil y quinientos cuarenta y tres. Aunq' los que se llamaron Pinzones, naturales de Sevilla, lo descubrieron el año de mil y quinientos. El nombre que le pusieron, río de las Amazonas fué porque Orellana y los suyos vieron que las mugeres por aquellas riberas peleaban con ellos tan varonilmente como los hombres: que lo mismo vimos en algunos pasos de nuestra historia de la Florida: más no porque haya amazonas en aquel río, que por la valentía de las mugeres dijeron que las había. Hay muchas islas en aquel río, grandes y chicas:

---

(83) De su obra *Hispania Vectrix. Historia General de Mexico y el Perú.*

la marea de la mar sube por él más de cien leguas; y esto baste de aquel famoso emperador de los ríos. El que llaman Marañón entra en la mar poco más de setenta leguas al Mediodía del río de Orellana: está en tres grados al Sur, tiene más de veinte leguas de boca: nace de los grandes lagos que hay a las espaldas del Perú, que es al Oriente, y los lagos se hacen de las muchas aguas q' salen de la gran cordillera de Sierra Nevada que hay en el Perú. Pues como estos dos ríos tan caudalosos entren en la mar, tan cerca el uno del otro, se juntan las aguas dellos que no las divide el mar y hacen que sean mayor al mar dulce, y el río de Orellana quede más famoso, porque se las atribuyen a él todas: por esta junta de aguas sospecho yo llamen Marañón al de Orellana, aplicándole el nombre también como las aguas y de ambos ríos hacen uno solo. Resta decir del río que los españoles llaman río de la Plata, y los indios Parahuay. En otra parte dijimos, como se impuso el nombre castellano y lo que significa el nombreindiano. Sus primeras aguas nacen como las del Marañón, en la increíble cordillera de Sierra Nevada, que corre todo el Perú a la larga, tiene grandísimas crecientes con que anega los campos y los pueblos. y fuerza a sus moradores que por tres meses del año vivan en balsas y canoas atadas a los pimpollos de los árboles, hasta que las crecientes se hayan acabado, porque no hay donde parar. Entra en la mar en treinta y cinco grados, con más de treinta leguas de boca; aunque la tierra se le estrecha a la entrada de la mar. porque ochenta leguas arriba tiene el río cincuenta leguas de ancho. De manera que juntando el espacio y anchura destos cuatro ríos, se puede decir que entran en la mar con ciento y treinta leguas de ancho, que no deja de ser una de las muchas grandezas que el Perú tiene. Sin estos cuatro ríos tan grandes, hay otra multitud dellos q' por todas partes entran en la mar a cada paso, como se podrán ver en las cartas de marear, a que me remito, que si se juntasen, harían otros ríos mayores que los dichos.

Con haber tantas aguas en aquella tierra, q' eran argumento de que hubiera mucho pescado, se cría muy poco, a lo menos en lo que es el Perú, de quien pretendo dar cuenta en todo lo que voy hablando, y no de otras partes. Créese que se cría, tan poco, por la furia con que aquellos ríos corren, y por los pocos charcos que hacen. Pues ahora es de saber, q' eso poco q' se cría es muy diferente del pescado q' se cría en los ríos de España: parece todo de una especie, no tiene escama, sino ollejo: la cabeza es ancha y llana como la del zapo, y por tanto tiene la boca muy ancha. Es muy sabroso de comer, cómenlo con su ollejo que es tan delicado, que no hay que quitarle, llámanle Challua. que quiere decir pescado. En los ríos, que por la costa del Perú entran en la mar,entra muy poco pescado della, porque los más dellos son medianos y muy raudos, aunque de invierno no se dejan vadear, y corren con mayor furia.

En la gran laguna Titicaca se cría mucho pescado, que aunque parece que es de la misma forma del pescado de los ríos, le llaman los indios Suchi. por diferenciarle del otro Es muy gordo, que para freirle

no es menester otro graso que el suyo: también se cría en aquel lago otro pescadillo que los castellanos llaman bogas: el nombre de los indios se me ha olvidado, es muy chico y ruin, de mal gusto y peor talle; y si no me acuerdo mal, tiene escama; mejor se llamará harrihuelas, segun es menudo. Del un pescado y del otro se cría en abundancia en aquel gran lago; porque hay donde estenderse, y mucho que comer en las horruras, que llevan cinco ríos caudalosos que entran en él, sin otros de menos cuenta, y muchos arroyos: y esto baste de los ríos y pescados que en aquella tierra se crían.

CAPITULO XXIII

DE LAS ESMERALDAS, TURQUESAS Y PERLAS

LAS piedras preciosas que en tiempo de los reyes Incas había en el Perú eran turquesas y esmeraldas, y mucho cristal muy lindo, aunque no supieron labrarlo. Las esmeraldas se crían en las montañas de la provincia llamada Manta jurisdicción de Puerto Viejo. No ha sido posible a los españoles por mucho que lo han procurado, haber dado con el mineral donde se crían: y así casi ya no se hallan esmeraldas de aquella provincia y eran las mejores de todo aquel imperio. Del Nuevo Reino han traído tantas a España, que se han hecho ya despreciables, y no sin causa, porque además de la multitud (que en todas las cosas suele causar menosprecio) no tienen que ver con muchos quilates con las de Puerto Vejo. La esmeralda se perfecciona en su mineral, tomando poco a poco el color verde que después tiene, como toma la fruta su sazón en el árbol. Al principio es blanca parduzca, entre pardo y verde; empieza a tomar sazón o perfección por una de sus cuatro partes, debe de ser por la parte que mira al Oriente como hace la fruta que con ella la tengo comparada; y de allí va aquel buen color que tiene por el un lado y por el otro de la piedra, hasta rodearla toda. De la manera que la sacan de su mina, perfecta o imperfecta, así se queda. Yo ví en el Cosco dos esmeraldas, entre otras muchas, que ví en aquella tierra, eran del tamaño de nueces medianas redondas, en toda perfección, horadada por medio. La una dellas era en estremo perfecta de todas partes, la otra tenía de todo; por la una cuarta parte estaba hermosísima, porque tenía toda la perfección posible. Las otras dos cuartas partes de los lados no estaban tan perfectas, pero iban tomando su perfección yhermosura: estaban poco menos hermosas que la primera parte; la última, que estaba en opósito de la primera, estaba fea, porque había recibido muy poco del color verde, y las otras partes la afeaban más con su hermosura: parecía un pedazo de vidrio verde pegado a la esmeralda por la cual su dueño acordó quitar aquella parte, porque afeaba las otras, y así lo hizo aunque le culparon algunos curiosos diciendo: que para prueba y testimonio de que la esmeralda va madurando por sus partes en su mineral se había de guardar aquella joya, que era de mucha estima. A mí me dieron entonces la parte desechada, como a muchacho, y hoy la tengo en mi poder, que por no ser de precio ha du-

rado tanto, la piedra turquesa es azul. Unas son de más lindo azul que otras; no las tuvieron los indios en tanta estima como a las esmeraldas. Las perlas no usaron los del Perú, aunque las conocieron; porque los Incas que siempre atendieron y pretendieron más la salud de los vasallos, que aumentar las que llamamos riquezas porque nunca las tuvieron por tales; viendo el trabajo y peligro con que las perlas se sacan de la mar, lo prohibieron, y así no las tenían en uso. Después acá se han hallado tantas que se han hecho, tan comunes, como lo dice el P. Acosta, capítulo quince del libro cuarto, que es lo que se sigue, sacado a la letra. Ya que tratamos de la principal riqueza que se trae de Indias, no es justo olvidar las perlas que los antiguos llamaban margaritas, cuyo estima en los primeros fué tanta, que eran tenidas por cosa, que solo a personas reales pertenecían. Hoy día es tanta la copia de ellas, que hasta las negras traen sartas de perlas, &. Al postrer tercio del capítulo, habiendo dicho antes cosas muy notables de historias antiguas, acerca de perlas famosas que ha habido en el mundo, dice su paternidad: sácanse las perlas en diversas partes de Indias, donde con más abundancia es en el mar del Sur, cerca de Panamá, donde están las islas, q' por esta causa llaman delas Perlas. Pero en más cantidad y mejores se sacan en la mar de Norte, cerca del río que llaman de la Hacha. Allí supe cómo se hacía esta grangería, que es con harta costa y trabajo de los pobres buzos, los cuales bajan, seis, nueve y aún doce brazas de hondo a buscar los ostiones, que de ordinario están asidos a las peñas y escollos de la mar. De allí los arrancan y se cargan dellos, y se suben y los echan en las canoas, donde los abren y sacan aquel tesoro que tienen dentro. El frío del agua allá dentro del mar es grande, y mucho mayor el trabajo de tener el aliento, estando un cuarto de hora a las veces, y aún media, en hacer su pesca. Para que puedan tener el aliento, hácenles a los pobres buzos que coman poco, y manjar muy seco, y que sean continentes. De manera que también la codicia tiene sus abstinentes, aunque sea a su pesar: lábranse (es yerro del molde, por decir sácanse) de diversas maneras las perlas y horádanlas para sartas. Hay ya gran demasía donde quiera. El año de ochenta y siete ví en la memoria de lo que venía de Indias para el rey, diez y ocho marcos de perlas, y sin esto otros tres cajones dellas, y para particulares mil y docientos y sesenta y cuatro marcos de perlas, y sin esto otras siete talegas por pesar, que en otro tiempo se tuviera por fabuloso. Hasta aquí es del P. Acosta, con que acaba aquel capítulo. A lo que su paternidad dice que se tuviera por fabuloso, añadiré dos cuentos que se me ofrecen acerca de las perlas. El uno es, q' cerca del año de 1564, un año más o menos, trujeron tantas perlas para su Magestad, que se vendieron en la contratación de Sevilla, puestas en un montón, como si fuera alguna semilla. Andando las perlas en pregón, cerca de rematarse, dijo uno de los ministros reales, al que las pusiere en tanto precio se la darán seis mil ducados de prometido: luego, en oyendo el prometido, las puso un mercader próspero

que sabía bien de la mercancía, porque trataba en perlas. Pero por grande que fué el prometido le sacaron de la puja; más él se contentó por entonces con seis mil ducados de ganancia, por una sola palabra que habló; y el que las compró quedó mucho más contento, porque esperaba mucha mayor ganancia, según la gran cantidad de perlas; que por el prometido se puede imaginar cuán grande sería. El otro cuento, es, que yo conocí en España a un mozo de gente humilde, y que vivía con necesidad, q' aunque era buen platero de oro, no tenía caudal, y trabajaba a jornal: este mozo estuvo en Madrid, año de 1562 y 63, posaba en mi posada; y porq' perdía el agedrez (que era apasionado dél) lo que ganaba a su oficio, y yo se lo reñía muchas veces, amenazando que se había de ver en grandes miserias, por su juego, me dijo un día: no pueden ser mayores las que he pasado, que a pie, y con solo catorce maravedís entré en esta Corte. Este mozo tan pobre, por ver si podía salir de miseria, dió en ir y venir a Indias, y tratar en perlas, porque sabía algo dellas: fuéle tan bien en los viages y en la grangería, que alcanzó a tener más de treinta mil ducados: para el día de su velación (que también conocí a su muger)le hizo una saya grande de terciopelo negro, con una bordadura de perlas finas de una sesma en ancho, que corría por la delantera y por todo el ruedo, que fué una cosa soberbia y muy nueva. Apreciose la bordadura en más de cuatro mil ducados: háse dicho esto, porque se vea la cantidad increíble de perlas que de Indias han traído sin las que dijimos en nuestra historia de la Florida, libro 3, cap. 15 y 16 que se hallaron en muchas partes de aquel gran reino, particularmente en el rico templo de la provincia llamada Cosachiqui. Los diez y ocho marcos de perlas que el P. Acosta dice que trujeron para su Magestad, (sin otros tres cajones dellas), eran las escogidas por muy finas; que a sus tiempos se tiene cuenta en Indias de apartar las mejores de todas las perlas que dán a su Magestad de Quinto, porque vienen a parar a su cámara real, y de allí salen para el culto divino, donde las emplea, como las ví en un manto y saya para la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y en un terno entero con capa, casulla dalmáticas, frontal y frontalera, estolas, manípulos, y faldones de albas, y bocas mangas, todo bordado de perlas finísimas y grandes, y el manto y saya toda cubierta, hecha a manera de agedréz. Las casas que habían de ser blancas estaban cubiertas de perlas; de tal manera puestas en cuadrado, que se iban relevando y saliendo afuera, que parecían montoncillos de perlas: las casas que habían de ser negras tenían rubíes y esmeraldas, engastados en oro esmaltado, una casa de uno y otra de otro; todo tan bién hecho, que bien mostraban los artífices para quién hacían la obra, y el rey católico en quien empleaba aquel tesoro; que cierto es tan grande, que si no es el emperador de las Indias, otro no podía hacer cosa tan magnífica, grandiosa y heroica.

Para ver la gran riqueza deste monarca, es bien leer aquel cuarto libro, y todos los demás del P. Acosta, donde se verán tantas cosas y

tan grandes, como las q' se han descubierto en el Nuevo Mundo. Entre la cuales sin salir del propósio, contaré una que ví en Sevilla año de mil y quinientos y setenta y nueve, q' fué una perla que trujo de Panamá un caballero q' se decía don Diego de Temez, dedicada para el rey don Felipe Segundo. Era la perla del tamaño y talle y manera de una buena cermeña, tenía su cuello levantado hácia el pezón, como lo tiene la cermeña o la pera: también tenía el huequecito de debajo en el asiento. El redondo, por lo más grueso, sería como un huevo de paloma de los grandes. Venía de Indias apreciada en doce mil pesos, q' son catorce mil y cuatrocientos ducados. Jacomo de Trenzo, milanés, insigne artífice y lapidario de la Magestad católica, dijo, que valía catorce mil, y treinta mil y cincuena mil, y cien mil ducados, y que no tenía precio, porque era una sola en el mundo: y así la llamaron la Peregrina. En Sevilla la iban a ver por cosa miraculosa. Un caballero italiano andaba entonces por aquella ciudad comprando perlas escogidas, las mayores que se hallaban, para un gran señor de Italia, traía una gran sarta de ellas: cotejadas con la Peregrina, y puestas cabe ella, parecían piedrecitas del río. Decían los que sabían de perlas y piedras preciosas, que hacía 24 quilates de ventaja a todas cuantas se hallasen, no sé qué cuenta sea esta para poderla declarar. Sacola un negrillo en la pesquería, que según decía su amo, no valía cien reales y que la concha era tan pequeña, que por ser tan ruín, estuvieron por arrojarla en la mar, porque no prometía nada de sí. Al esclavo, por su buen lance, dieron libertad. La merced que a su amo hicieron por la joya, fué la vara de alguacil mayor de Panamá. La perla no se labra, porque no consiente que la toquen, sino para horadarla: sírvense dellas, como las sacan de las conchas: unas salen muy redondas, y otras no tanto: otras salen prolongadas, y otras abolladas, que de la una mitad son redondas, y de la otra mitad llanas. Otras salen de forma de cermeñas, y otras son las más estimadas, porque son muy raras. Cuando un mercader tiene una destas acermeñadas, o de las redondas que sea grande y buena, y halla otra igual en poder ageno, procura comprarla de cualquier manera que sea, porque hermanadas, siendo iguales en todo, cada una dellas dobla el valor a la otra: que si cualquiera dellas, cuando era sola, valía cien ducados, hermanadas vale cada una dellas docientos, y ambas cuatrocientos, porque pueden servir de zarcillos que es para lo que más se estiman. No se consienten labrar, porque su naturaleza es ser hecha de cascos, o hojas como la cebolla, que no es maciza. La perla se envejece por tiempo, como cualquiera otra cosa corruptible, y pierde aquel color claro y hermoso que tiene en su mocedad, y cobra otro pardusco ahumado. Entonces le quitan la hoja encima y descubren la segunda con el mismo color que antes se tenía: pero es con gran daño de la joya, porque por lo menos le quitan la tercia parte de su grandor: las que llaman netas por muy finas, salen desta regla general.

CAPITULO XXIV

DEL ORO Y PLATA

DE la riqueza de oro y plata que en el Perú se saca es buen testigo España; pues de más de veinte y cinco años, sin los de atrás, le traen cada año doce, trece millones de plata y oro, sin otras cosas q' no entran en esta cuenta: cada millón monta diez veces cien mil ducados. El oro se coge en todo el Perú; en unas provincias es en más abundancia que en otras pero generalmente lo hay en todo el reino. Hállase en la superficie de la tierra, y en los arroyos y ríos, donde lo llevan las avenidas de las lluvias: de allí lo sacan, lavando la tierra o la arena, como lavan acá los plateros, la escubilla de sus tiendas, que son las barreduras dellas. Llaman los españoles lo que así sacan, oro en polvo, porque sale como limalla. Algunos granos se hallan gruesos de dos, tres pesos y más: yo ví granos de a más de a veinte pesos, llámanles pepitas: algunas son llanas como pepitas de melon o calabaza, otras redondas, otras largas como huevos. Todo el oro del Perú es de diez y ocho a veinte quilates de ley, poco más poco menos. Solo el q' se saca en las minas de Callavaya o Callahuaya, es finísimo de veinte y cuatro quilates, y aún pretende pasar dellos, según me lo han dicho algunos plateros en España. El año de mil y quinientos y cincuenta y seis se halló en un resquicio de una mina de las de Callahuaya una piedra de las que se crían con el metal, del tamaño de la cabeza de un hombre, el color propiamente era color de bofes, y aún la hechura lo parecía, porque toda ella estaba agugereada de unos agugeros chicos y grandes, que la pasaban de un cabo a otro. Por todos ellos asomaban puntas de oro, como si le hubieran echado oro derretido por encima; unas puntas salían fuera de la piedra; otras emparejaban con ella; otras quedaban más adentro. Decían los que entendían de minas que si no las sacaran de donde estaba, que por tiempo viniera a convertirse toda la piedra en oro. En el Cosco la miraban los españoles por cosa maravillosa, los indios la lla-

maban Huaca, q' como en otra parte dijimos, entre otras muchas significaciones de este nombre tiene, una, es decir, admirable, cosa digna de admiración por ser linda, como también significa cosa abominable, por ser fea; yo la miraba con los unos y con los otros. El dueño de la piedra, que era hombre rico, determinó venirse a España, y traerla como estaba, para presentarla al rey don Felipe II, que la joya, por su estrañeza, era mucho de estimar. De los que vinieron en el armada en que él vino supe en España, que la nao se había perdido con otra mucha riqueza que traía.

La plata se saca con más trabajo que el oro y se beneficia y purifica con mas costa. En muchas partes del Perú se han hallado y se hallan minas de plata pero ningunas como las de Potocsi, las cuales se descubrieron y registraron año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, catorce año después q' los españoles entraron en aquella tierra El cerro donde están se dice Potocsi, porque aquel sitio se llamaba así, no sé qué signifique en el lenguage particular de aquella provincia, q' en la general del Perú no significa nada; está en un llano, es de forma de un pilón de azúcar, tiene de circuito por lo más bajo, una legua, y de alto más de un cuarto de legua: lo alto del cerro es redondo, es hermoso a la vista porque es solo; hermoseólo la naturaleza para q' fuese tan famoso en el mundo como hoy lo es. Algunas mañanas amanece lo alto cubierto de nieve, porq' aquel sitio es frío. Era entonces aquel sitio del repartimiento de Gonzalo Pizarro, q' después fué de Pedro de Hinojosa: como lo hubo diremos adelante, si es lícito ahondar y declarar todos los hechos secretos q' pasan en las guerras, sin caer en odio, q' muchas cosas dejan de decir los historiadores por este miedo. El P. Acosta, Libro cuarto, escribe largo del oro, plata y azogue q' en aquel imperio se ha hallado, sin lo q' cada día va descubriendo el tiempo. Por esto dejaré yo de escribirlo. Diré brevemente algunas cosas notables de aquellos tiempos, y cómo beneficiaban y fundían los indios el metal antes q' los españoles hallaran el azogue. En lo demás remito aquella historia al que lo quisiere ver más largo; donde hallará cosas muy curiosas, particularmente del azogue. Es de saber que las minas del cerro de Potocsi las descubrieron ciertos indios, criados de españoles, que en su lenguage llaman Yanacuna, que en toda su significación quiere decir Hombre que tiene obligación de hacer oficio de criado; los cuales debajo de secreto, en amistad y buena compañía, gozaron algunos días de la primera veta q' hallaron; más como era tanta la riqueza, y ella sea mala de encubrir, no pudieron o no quisieron encubrirla de sus amos y así la descubrieron a ellos, y registraron la veta primera, por la cual se descubrieron las demás. Entre los españoles q' se hallaron en aquel buen lance fué uno, q' se llamó Gonzalo Bernal, mayordomo que después fué de Pedro de Hinojosa; el cual, poco después del registro, hablando un día delante de Diego Centeno (famoso caballero) y de otra mucha gente noble, dijo: las minas prometen tanta riqueza, que a

pocos años q' se labren valdrán más el hierro que la plata. Este pronóstico ví yo cumplido los años de mil quinientos cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, que en la guerra de Francisco Hernandez Girón, valió una herradura de caballo cinco pesos, q' son seis ducados, y una de mula cuatro pesos; dos clavos de herrar un tomín. q' son cincuenta y seis maravedís. Ví comprar un par de borceguíes en treinta y seis ducados. Una mano de papel en cuatro ducados La vara de grana fina de Valencia a sesenta ducados; y a este respecto los paños finos de Segovia, y las sedas, y lienzos y las demás mercaderías de España. Causó esta carestia aquella guerra, porque en dos años q' duró no pasaron armadas al Perú, q' llevan las cosas de España. También la causó la mucha plata q' daban las minas, que tres y cuatro años antes de lo q' hemos nombrado, llegó a valer un cesto de yerba que llaman cuca treinta y seis ducados, y una hanega de trigo, veinte y cuatro y veinte y cinco ducados. Lo mismo valió el maiz y al respecto el vestir y calzar, y el vino, que las primeras botijas, hasta que hubo abundancia, se vendian a docientos y a más ducados. Y con ser la tierra tan rica y abundante de oro y plata, y piedras preciosas, como todo el mundo sabe, los naturales della, son la gente más pobre y mísera que hay en el universo.

CAPITULO XXV

DEL AZCGUE, Y COMO FUNDIAN EL METAL ANTES DE EL

COMO en otra parte apuntamos, los reyes Incas alcanzaron el azogue, y se admiraron de su viveza y movimiento, más no supieron qué hacer dél, ni con él, porque para el servicio dellos no le hallaron de provecho para cosa alguna: antes sintieron que era dañoso para la vida de los que lo sacan y tratan; porque vieron que les causaba el temblar y perder los sentidos Por lo cual, como reyes que tanto cuidaban de la salud de sus vasallos, conforme al apellido, amador de pobres, vedaron por ley que no lo sacasen ni se acordasen dél, y así lo aborrecieron los indios de tal manera que aún el nombre borraron de la memoria y de su lenguage, que no lo tienen para nombrar el azogue, sino lo han inventado después que los españoles lo descubrieron año de mil y quinientos y sesenta y siete, que como aquellas gentes no tuvieron letras olvidaban muy aína cualquier vocablo q' no traían en uso: lo que usaron los Incas, y permitieron que usasen los vasallos, fué del color carmesí finísimo, sobre todo encarecimiento, que en los minerales del azogue se cría en polvo, q' los indios llaman Ichma, que el nombre Llimpi que el P. Acosta dice, es de otro color purpúreo menos fino, que sacan de otros mineros; que en aquella tierra los hay de todas las colores; y porque los indios, aficionados de la hermosura del color ychma (que cierto es para aficionar apasionadamente) se desmandaban en sacarlo, temiendo los Incas no les dañase el andar por aquellas cavernas vedaron a la gente común el uso dél, sino que fuese solamente para las mugeres de la sangre real, que los varones no se lo ponían, como yo lo ví; y las mugeres que usaban dél eran mozas y hermosas, y no las mayores de edad, que más era gala de gente moza que ornamento de gente madura; y aún las mozas no lo ponían por las megillas, como acá el arrebol, sino dende la punta de los ojos hasta las cienes con un palillo a semejanza del alcohol: la raya q' hacían era del ancho de una

paja de trigo, y estábales bien: no usaron de otro afeite las Pallas sino del ychma en polvo, como se ha dicho; y aún no era cada día, sino de cuando en cuando por vía de fiesta. Sus caras traían limpias, y lo mismo era de todo el mugeriego de la gente común. Verdad es que las que presumían de su hermosura y buena tez de rostro, porque no se les estragase, se ponían una lechecilla blanca, q' hacían no se de qué en lugar de mudas, y la dejaban estar nueve días: al cabo dellos se alzaba la leche se despegaba del rostro, y se dejaba quitar del un cabo al otro, como un ollejo, y dejaba la tez de la cara mejorada. Con la escaseza que hemos dicho, gastaban el color ychma, tan estimado entre los indios, por escusar a los vasallos el sacarlo. El pintarse o teñirse los rostros con diversos colores en la guerra, o en las fiestas, que un autor dice, nunca lo hicieron los Incas, ni todos los indios en común, sino algunas naciones particulares que se tenían por más feroces, y eran más brutos. Resta decir cómo fundían el metal de la plata antes que se hallara el azogue. Es así, que cerca del cerro Potocchi hay otro cerro pequeño, de la misma forma que el grande, a quien los indios llaman Huaina Potocchi, q' quiere decir Potocchi el Mozo, a diferencia del otro Grande, al cual, después q' hallaron el pequeño, llamaron Hatun Potocsi, o Potocchi q' todo es uno, y dijeron q'eran padre y hijo. El metal de la plata se saca del cerro grande, como atrás se ha dicho; en el cual hallaron a los principios mucha dificultad en fundirlo, porque no corría, sino que se quemaba y consumía en humo, y no sabían los indios la causa aunque habían trazado otros metales. Mas como la necesidad o la codicia sea tan grande maestra, principalmente en lances de oro y plata, puso tanta diligencia buscando y procurando remedios, que dió en uno, y fué en en el cerro pequeño halló metal bajo, que casi todo o del todo era de plomo, el cual mezclado con el metal de plata le hacía correr; por lo cual le llamaron Suruchec, que quiere decir el que hace deslizar. Mezclaban estos dos metales por su cuenta y razón, que a tantas libras del metal de plata echaban tantas libras del metal de plomo, más y menos, según que el uso y la esperiencia les enseñaba de día en día; porque no todo el metal de plata es de una misma suerte, que unos metales son de más plata q' otros, aunque sean de una misma veta; porque unos días lo sacan de más plata q' otros, y otros de menos; y conforme a la calidad y riqueza de cada metal le echaban el suruchec: templado así el metal lo fundían en unos hornillos portátiles, a manera de alnafes de barro. No fundían con fuelles ni a soplos con los cañutos de cobre, como en otra parte dijimos que fundían la plata y el oro para labrarlo, que aunque lo probaron muchas veces nunca corrió el metal, ni pudieron los indios alcanzar la causa; por lo cual dieron en fondirlo al viento natural. Más también era necesario templar el viento como los metales, porque si el viento era muy recio, gastaba el carbón y enfriaba el metal, y si era blando no tenía fuerza para fundirlo. Por esto iban de noche a los cerros y collados, y se ponían en las laderas altas o bajas, conforme la

viento que corría, poco o mucho, para templarlo con el sitio, más o menos abrigado. Era cosa hermosa, ver en aquellos tiempos, ocho diez doce, quince mil hornillos arder por aquellos cerros y altares. En ellas hacían sus primeras fundiciones, con los cañutos de cobre, para apurar la plata y gastar el plomo; porque no hallando los indios los ingenios que por acá tienen los españoles, de agua fuerte y otras cosas para apartar el oro de la plata y el cobre; y la plata del cobre y del plomo, la afinaban a poder de fundirla muchas veces. De la manera que se ha dicho habían los indios la fundición de la plata en Potocsi antes que se hallara el azogue, y todavía hay algo desto entre ellos, aunque no en la muchedumbre y grandeza pasada.

Los señores de las minas, viendo que por esta vía de fundir con viento natural, se derramaban sus riquezas por muchas manos, y participaban dellas otros muchos, quisieron remediarlo por gozar de su metal a solas, sacándolo a jornal, y haciendo ellos sus fundiciones y no los indios; porque hasta entonces lo sacaban los indios, con condición de acudir al señor de la mina, con un tanto de plata por cada quintal de metal que sacasen. Con esta avaricia hicieron fuelles muy grandes, que soplasen los hornillos dende lejos como viento natural. Más no aprovechando este artificio hicieron máquinas y ruedas con velas, a semejanza de las que hacen para los molinos de viento, que las trujesen caballos. Empero, tampoco aprovechó cosa alguna, por lo cual desconfiados de sus invenciones, se dejaron ir con lo q' los indios habían inventado; y así pasaron veinte y dos años hasta el año de mil y quinientos y sesenta y siete q' se halló el azogue, por ingenio y sutileza de un lusitano llamado Enrique Garcés, que lo descubrió en la provincia Huanca; que no sé porqué le añadieron el sobrenombre Villca, que significa grandeza y eminencia, sino es por decir el abundancia del azogue que allí se saca, que sin lo que se desperdicia son cada año ocho mil quintales para su Magestad, que son treinta y dos mil arrobas. Más con haberse hallado en tanta abundancia no se usó del azogue para sacar la plata con él; porque en aquellos cuatro años no hubo quien supiese hacer el ensaye de aquel menester hasta el año de mil y quinientos setenta y uno, que fué al Perú un español que se decía Pedro Fernandez de Velasco, que había estado en México, y visto sacar la plata con azogue; como larga y curiosamente lo dice el P. M. Acosta a quien vuelvo a remitir al q' quisiere ver y oír cosas galanas, y dignas de ser sabidas.

———∿———

INDICE

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

PAG.

PAG.

LIBRO SEXTO

PAG.

LIBRO SEPTIMO

LIBRO OCTAVO

Lista de los suscritores a la Colección de historiadores clásicos del Perú

Supremo Gobierno
H. Concejo Provincial de Lima
Beneficencia del Callao
Universidad Mayor de San Marcos
Facultad de Letras
Facultad de Ciencias
Facultad de Medicina
Profesores de Jurisprudencia
Sociedad Geográfica de Lima
Escuela de Ingenieros
Escuela Normal de Preceptores
Biblioteca de la Escuela Militar
Colegio de Guadalupe
Federación Universitarios del Perú
Cuerpo de Ingenieros de Minas
Excmo. Sr. Pdte. de la República

Aljovín Miguel Dr.
Almeida Arnaldo Dr.
Aspillaga Antero
Alvarez Sáenz Jorge
Avendaño Leonidas Dr.
Alcántara César A.
Arnao Aurelio
Alayza y Paz Soldán Francisco
Albertis Alfredo de
Alvarado L.

Barreda y Laos Felipe Dr.
Barreto Anselmo Dr.
Balta José Ing.
Bentin Ricardo
Bernales José Carlos
Beas Lizardo
Belaúnde Victor A. Dr.
Benvenutto M.
Basadre Carlos
Borga Garcia y C. H.
Boza E. Dr.
Balarezo Román
Biblioteca Ministerio de Fomento
Biblioteca Pública (Arequipa)
Bonilla M. C.
Buraschi Carlos
British Mureum
Ballivián Manuel Vicente

Castro Fr. Gregorio (Obispo)
Castillo Daniel I. Dr.
Cornejo Mariano H. Dr.
Cáceres Zoila Aurora
Campodónico Esteban Dr.
Cúneo Vidal Rómulo
Cazorla José Alberto
Calvo Perez Manuel
Casinelli Pablo
Corta Fr. Ladislao de
Casimir Cipriano
Colmenares Eusebio
Cosio José Gabriel Dr.
Castañón José Dr.
Cancino J. T. Dr.
Canaval Mansueto Dr.
Cáceres Vega Fray Inocencio (Buenos Aires
Carbajal Ascención
Cornejo Gustavo Dr.
Concha Carlos Dr.
Caparó Muñiz J. L.
Convento de San Francisco
Carcovich Aquiles
Centro Cerreño
Cámara de Senadores
« « Diputados
Casanova Juan Antonio (Canóng.)
Calle Juan José
Club de la Unión
Club Nacional
Carmona Nicanor M.
Convento de Santo Domingo
Chopitea J. I.

Dávalos Lissón Pedro
Director Colegio Alemán
Dirección General de Correos
Director Colegio de Guadalupe.
Delgado Tomás Fr.

Eléspuru Juan N. Gral.
Elguera Federico
Encinas G. A.
Eguiguren Luis Dr.
Einfelt Carlos
Eizaguirre R. Dr.

Falconí Teófilo Dr.
Festini Esther Dra.
Flores Ricardo Dr.
Forno Humberto Dr.
Ferreyros Manuel O.
Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires.)
Fernández Concha Aurelio Dr.

Gálvez Aníbal Dr.
Gamarra Heanández Enrique
García Calderón E.
García Arturo Dr.
García Irigoyen David Dr.
Gardini Federico
Góngora Luis
Gagliniffi Pascual
González Olachea M. Dr.
Gamio Ignacio
Giraldo Santiago Dr.
Girón Manuel
Graña Francisco Dr.
Girón Manuel E.
Garland Antonio
Garay Juen H. (Canónigo)
Goytizolo Enrique
Gómez Teodomiro
Galvez L.

Hurtado Pedro Dr. (párroco)
Hessler Michelsen
Herrera Genaro Dr.
Herrera Fortunato L.
Haward Calleja Library

Irigoyen Pedro Dr.
Izcue José Augusto de
Izcue Luis
Iberíco Rodriguez M.
Ibarra Manuel
Izaguirre Bernardino (Rdo. P.)

Jancke F.
Jerí Ricardo

Lavalle Juan Bautista de Dr.
Lavalle y García José Ing.

Leguía A—A. G.
Leguía y Martínez German Dr.
Larco A.
Larco Nicolás
La Jara y Ureta José María, Dr.
Loayza Francisco A.
Library of the University of Illinois—Urbana
Larco Herrera Alberto
Lafone Quevedo Samuel A.
Loayza Luis
López Lizardo

Morales Macedo Carlos Dr.
Menéndez Julio Dr.
Mellet Leon Alfonso
Means Amsworlh P.
Mac-Lean Ricardo
Muro Felipe S.
Mendoza Valdemaro
Molina Facundo Dr.
Molina Wenceslao Dr.
Martinelli Enrique Dr.
Miranda José María
Morales Justo
Mackehenie y García Carlos
Ministerio de Relaciones Exteriores
Malpartida Elias
Museo Histórico Nacional
Museo La Plata
Molinari Diego Luis (Ministerio RR. EE. Buenos Aires)
Mendoza del Solar José A.

Napanga Agüero C. Dr.
Northwestern University Library
Novella Andrés

Oviedo Pedro F. Dr.
Osma Felipe de Dr.
Ortiz de Zevallos C. L.
Ochoa A.
Ortega J. Y.
Osores Arturo Dr.
Obispo de Huarás Iltmo. Sr.
,, de Trujillo Iltmo. Sr.
,, de Ayacucho Iltmo Sr.
,, de Chachapoyas Iltmo. Sr.
Osma Pedro Dr.
Olano Guillermo Dr.

Prado y Ugarteche Javier Dr
Prado Mariano Ignacio Dr.
Piérola Carlos de
Piérola Isaías de
Paz Soldán Carlos E. Dr.
Porras Melitón Dr.
Pando Edelmira del
Philipps Belisario Dr.

Polo José Toribio
Prada Manuel G.
Pórtal Ismael
Pinto Raul Dr.
Pizarro José R. Gral.
Peña y Prado Juan M.
Pérez Valvin Ascencio
Paz Soldán J. P.
Palomino y Salcedo Leonidas
Peña Enrique (Buenos Aires)
Puente (General)

Quintana Tobias N.
Quiroga Adolfo Dr.

Restrepo y Sanz Dr. (Colombia
Ramírez Barinaga M. A. Dr.
Riva Aguero José Dr.
Reinere Carlos Rv. P.
Rodó Matilde
Romero Eleodoro Dr,
Rosay María
Ramos Liborio
Rodríguez José Enrique
Ráez Luis A.
Ritchic John
Rebagliati Raul Dr.
Ruiz Albino José
Rojas Franco S.
Rey de Castro A. D.
Ramos Enrique del C.

Supr. Colegio Recoleta
,, ,, Jesuitas
,, , S. Agustin
Solano Alberto
Soto Isaac
Salazar C. R.
Segura José María
Samanez Juan Gmo.
Swayne y Mendoza Guillermo

Sousa Aurelio Dr.
Silva Vidal Ismael
Solar Amador Dr.
Sivirichi Francisco Dr.
Silva Santisteban E,
Sotomayor M.
Seminario Manuel

Tassara M.
Tassara Glicerio
Tudela y Varela Francisco Dr.
Thol Juan Dr.
Talleri Angela
Trillo A. V.
Torres Luis M.

Ulloa Alberto Dr.
Ureta Alberto
U. y Chávez Moises
Ugarte Angel Dr.
Uceda C. E. Dr.

Varela y Orbegoso Luis Dr.
Villarán Manuel Dr.
Valdelomar Abraham
Velarde Carlos Aureo
Valdeavellano Fausto
Valdez de la Torres Carlos Dr
Valcárcel Luis Dr.
Valdizán Hermilio Dr.
Vásquez y Romero S.

Wiesse Carlos Dr.
Whilar Agustín Dr.
Webster Smith I.

Yuychud Moisés A.
Ynfante Luis C.

Zapata Ernesto
Zúñiga Andrés.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL 17 DE FEBRERO DE 1919.

